3 1761 08166235 5

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

AÑO 8. NÚM. 91

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

JULIO 1896

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIAL
1.797.—*San Bernardo, 92.*

462632

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

AP
60
E8
año 8
no. 91-93

LA REGENERACIÓN DEL TEATRO ESPAÑOL

Escribo por el arte que inventaron los que el vulgar aplauso pretendieron, porque, como las paga el vulgo, es justo hablarle en necio para darle gusto.

(Lope de Vega, en su *Arte nuevo de hacer comedias.*)

Desde hace algún tiempo se observan corrientes, si no del todo nuevas, renovadas, en la actual literatura dramática española y en la crítica de ella. Se estudia, con nuevo espíritu, nuestro castizo y glorioso teatro y á la vez el contemporáneo de las demás naciones europeas, estudios ambos que han de concurrir á un mismo fin.

En las notas subsiguientes empiezo por recordar brevísimamente al lector lo que de sobra sabe, la historia de nuestro teatro, pues en su historia es donde ha de aprenderse su naturaleza. Es una perogrullada la de que el teatro precediera á la dramaturgia, como la oratoria á la retórica y á la astronomía los astros, pero hay que repetir á diario las perogrulladas que por saberse *de sobra,* de puro sabidas se olvidan. Repensar los más molidos lugares comunes es la más honda filosofía y el único modo de apagar su maleficio. «Se lo sabe de corrido, como el *Padre nuestro*», se dice, y aún no sabemos el Padre nuestro, sino *de corrido.* Preocupados en convertir lo reflexivo en automático, descuidamos hacer reflexivo y conciente

lo automático é inconciente; cuidando convertir el progreso en tradición, abandonamos el hacer de la tradición progreso.

Una vez que el lector haya repasado en su memoria la historia de nuestro teatro, puede fijarse en los males que hoy éste sufre, y examinar luego las tendencias nuevas, *forma* de la regeneración, y la vida dramática del pueblo español actual, *fondo* de ella.

A inducirle á que se haga tales reflexiones, no á enseñarle cosa alguna, van enderezadas las páginas siguientes, meros puntos de un programa razonado. Se escribe de sobra y á quien quiera vivir le queda apenas tiempo para leer, por lo cual no debo abusar del lector empeñándome en instruirle en lato desarrollo y ordenado sistema de lo que acerca de esto ó de lo otro pienso... ¿qué le importa? Deseo tan sólo excitarle á que repase sus ideas y las repiense, convencido de que lo que realmente se aprende se saca siempre de propio fondo, de que con la realidad toda llevamos en los senos oscuros de la mente la sabiduría potencial. Si el lector al contacto de estas deshilvanadas notas siente resucitar en su entendimiento un concepto, uno solo y propio suyo, y lo vivifica, habré cumplido con el deber á que me obligo al escribir, y es lo bastante.

*
* *

Algo, muy breve, de historia.

Al acabar con el imperio cesáreo el mundo antiguo y hundirse su fábrica ostensible y aparatosa, se alza el pueblo *(populus)* sin historia, la omnipotente masa en cuyo seno se elabora y cumple la evolución del paganismo al cristianismo, aún hoy no perfecta. Nunca se interrumpió en los pueblos europeos la tradición antigua ni hay en su vida soluciones de continuidad. Su curso, como el del Guadiana, se oculta á las veces bajo el suelo de la historia, pero sigue cursando. El Re-

nacimiento, con flujos y reflujos, acciones latentes y patentes, fué continuo y persistente. Mientras se olvidaba el latín clásico, cayendo en bárbara jerga de torpe imitación, el popular, de que aquel brotara, el *sermo vulgaris*, palpitaba vigoroso en los romances, que en sus entrañas llevaban la potencia toda del primero. Y como con la lengua sucedió con todo; mientras al imperio romano, escindido, sucedían la Iglesia y un nuevo imperio, y al romanismo, el catolicismo que de él retoñó al fomento del espíritu cristiano.

El teatro siguió el curso general, pareció haber muerto y renacer de nuevo en doble origen, religioso y profano, ambos populares. Del origen religioso del drama moderno abundan pruebas, y ricas noticias acerca de las representaciones en los templos, por los clérigos mismos no pocas veces, en días de solemne fiesta. ¿Quién no ha oído hablar de los *misterios*? Y no hay menos datos de los orígenes profanos de nuestro teatro en viejos mimos y pantomimas. Es cosa también puesta en claro la continua y recíproca mutualidad de ambos elementos, profano y religioso, que llegó á punto de haberse compuesto el *Cristo paciente*, atribuido á San Gregorio Nacianceno, con versos de Eurípides y Licofrón (1).

Arrrojadas por los concilios las representaciones escénicas, á causa de excesos y liviandades, de los templos, pasaron á escenarios improvisados, al aire libre, en tablados ó carros, para fijarse más tarde en corrales que administraban piadosas hermandades y cofradías en beneficio de enfermos y desvalidos.

En el pueblo se conservaron vivas las tradiciones y las fuentes vivas literarias, de la vida dramática coetánea sacaba la suya el drama. Por ministerio del pueblo revivió el teatro á lozana vida.

---

(1) Acerca de todo esto, véase la «Historia de la literatura y del arte dramático en España» de A. F. Schack. No es lo más nuevecito, es cierto, pero es de lo mejor y de lo más accesible.

La vida toda del teatro español se concentra en el juego mutuo y la lucha entre el elemento popular y el erudito, lucha que acaba con el triunfo del primero, bien que modificado, y no poco, por el segundo. Cuando las dos tendencias se unen y el proceso docto informa al vulgar tomando de él materia y alma, el drama sube en excelencia, pero siempre que los doctos se apartan del pueblo, caen ellos en el cultivo de vaciedades muertas y el pueblo en recrearse con truculentos disparates, porque la escisión del pueblo en espontáneo y reflejo, su disgregación interna, lo polariza en mandarinato de un lado y de otro populacho.

Pero el elemento popular, mejor ó peor informado, es la sustancia vivífica de nuestro teatro y la raíz de su grandeza. Nació de humildes gérmenes que aún pueden estudiarse en vivo, porque así como subsisten junto á los más elevados mamíferos organismos representantes de la gástrula embrionaria de que brotan, así quedan hoy verdaderos dramas gástrulas. No son otra cosa el romance que recita el ciego por las plazas acompañándose de violín y mostrando en su cartel decoración incipiente, ni son otra cosa los villancicos y los nacimientos de noche buena y las farsas de los pueblos (1). Y en la esfera litúrgica quedan las antífonas, uno de los óvulos de las representaciones simbólicas de que se valían los sacerdotes para enseñar al pueblo, y ¿quién no recuerda la honda

(1) Recientemente invadió á Alemania la moda de ir á presenciar representaciones populares de la Pasión, análogas á las medio evales, á pueblos rurales donde se conservaban, como en Oberammergau. En España se representa en muchos pueblos, y hasta en las Provincias Vascongadas (en Elorrio y en Anzuola, por lo menos que yo sepa, y por cierto en graciosísimo castellano chapurrado la relación en el ségundo) en días señalados batallas entre moros y cristianos, ú homenaje de aquéllos á éstos. Y nadie se cuida de ir recogiendo este riquísimo material de estudio. *El folk-lore* está aquí más muerto que en parte alguna; ni la lengua, ni el derecho, ni la literatura, ni las supersticiones, ni nada del pueblo se rebusca, ó investiga; el estudio libresco lo absorbe todo.

impresión que de niño nos produjera el solemne recitado de la Pasión en cadenciosos diálogos en la Misa de Jueves Santo?

De aquellos humildes gérmenes de representaciones escénicas populares, ya religiosas, ya profanas, surgió nuestro teatro. El llamado por antonomasia Renacimiento, ó más bien los Renacimientos, pues hubo más de uno, momentos críticos del renacimiento continuo, aquel despertar de la memoria reflexiva que volvía al pasado, olvidándose no poco de que el pasado lo llevaba en sí, en el presente, produjo acciones de la conciencia refleja del pueblo, cuyo órgano pueden ser los doctos, sobre su conciencia espontánea, encauzándola á las veces, empobreciéndola casi siempre.

A fines del siglo XIV, en los reinados de Enrique II, Juan I y Enrique III padeció España un ataque de eruditismo, ministrado, sobre todo, por los marqueses de Villena y Santillana y Juan de Mena, y eternizado en el *Cancionero de Baena*. Y en tanto que ahondaban su distancia al pueblo, dramatizaba éste, empezando á sacar su teatro de donde todo gran teatro ha salido, de la epopeya.

De la epopeya, escrita ó no, ha surgido todo grán teatro. El griego se alimentó de las leyendas del ciclo troyano sobre todo, y el español de nuestras rapsodias, los romances.

El romance, que precedía á toda representación en tiempo de Lope de Rueda y que Maese Pedro representaba con sus muñecos ante Don Quijote, se hizo drama. Y se hizo drama la epopeya viva del pueblo español, la de la reconquista.

Volvió el pueblo, pasado el aluvión cortesano de Juan II y recogido su poso aprovechable, á tomar el desquite, y en tiempo de los Reyes Católicos empezó á robustecerse el teatro, por ser popular, nacional.

En Juan de la Cueva se manifiesta la doble corriente de nuestro teatro, pues que acudió «al caudal clásico erudito, sacando á escena á Mucio Escévola, Ayax, Virginia, á la vez que de los viejos romances, copiándolos á la letra á las veces, tomó el cerco de Zamora, las leyendas de Bernardo del Car-

pio, de los Siete Infantes de Lara, y ahogada la tragedia clásica por sufragio popular, sube el teatro español á su verdadero culmen con Lope de Vega.

Había vivido España vigorosa y desbordante vida dramática en el siglo XVI, en Italia, en Flandes, en América, y aquel nuestro pueblo de aventureros, retirado á sí, empieza á convertir la acción cumplida en idea, pero en idea activa, en idea que en acción se vierte, desbordando, en el teatro, lo hondamente popular de la vida artística española.

El teatro es, en efecto, la expresión más genuina de la conciencia colectiva del pueblo; nace con la épica y la lírica populares, cuando aún se ostentan estas en unidad indiferenciada (1), y lleva á escena la vida dramática del pueblo, sus tradiciones y la gloria de su historia.

El fondo de que se nutrió nuestro teatro fué riquísimo y popular ó popularizado, y aún siendo tan rico, los asuntos se repiten en las tablas como buscando por tanteos su expresión más adecuada, la forma única de revestimiento. Cualquiera que conozca, siquiera un poco, nuestro teatro, sabe de sobra cómo se repiten en él los temas y argumentos; cómo más de uno ha recorrido de poeta en poeta hasta nuestros días; cómo abundan los arreglos, refundiciones é imitaciones, qué frecuente es en él el plagio. Pero no son muchos los que penetran hasta lo hondo la significación de este fenómeno, mucho más frecuente en la dramática que en otra cualquiera producción literaria.

---

(1) Acaso huelgue advertir lo superficial que es discutir acerca del orden genético de los llamados géneros literarios, porque apenas queda quien no sepa que no procede uno á otro, sino que surgen los tres de una primitiva unidad más ó menos homogénea é indiferenciada, que en potencia los contiene, y siguen luego accionando y reaccionando entre sí en íntima reciprocidad. Conviene también recordar lo vago de la distinción entre ellos, y que la lírica popular suele confundirse en lo épico, por ser expresión de sentimientos colectivos y no de pasiones individuales. Hay una lírica objetiva, por contradictorio que esto parezca á primera vista. Y basta de nota.

El teatro es algo colectivo, es donde el público interviene más y el poeta menos. En un tiempo, en el tiempo de vigor juvenil, las condiciones de la publicación eran muy diferentes de las de hoy; un drama permanecía en manuscrito mucho más que hoy y muchísimo más sujeto á continua revisión y enmienda, para las que daba sugestiones cada representación nueva. De la comparación de las ediciones del *Hamlet* resalta la manera que tenía de reformar Shakespeare hasta sus obras más personales y preciadas. Y aquí, ¿quién sabe hasta dónde llegó la influencia de aquellas honradas masas de *mosqueteros* del *paraíso*, definidores casi inapelables, de aquellos zapateros críticos que obligaron á Lope á que, ahogando su conciencia refleja y la superfetación erudita de ésta, les hablara en necio con la sublime necedad del genio más radicalmente popular?

El drama se hacía representándose, como todo lo verdaderamente vivo por adaptación selectiva y trasmisión hereditaria; el drama era hijo del pueblo y productor de grandes ingenios, que no éstos de él. Lo grande, lo glorioso y profundo aquí fué el drama, no el dramaturgo. ¿Qué hacía éste, sino sacar á aquel, sin grande esfuerzo, del opulento fondo de las tradiciones vivas del pueblo? No eran, como hoy suelen ser, meras invenciones del autor, invenciones infecundas, eran engendros de generación sexuada, hijos de la robusta matriz de la fantasía colectiva.

Nuestra dramática llegó á su ápice con «Lope de Vega todopoderoso, poeta del cielo y de la tierra», ídolo del pueblo, héroe verdadero, arte él mismo, que fué, como se ha dicho, una fuerza natural, en cuanto lo es un pueblo, porque fué todo un pueblo. Sus comedias son de la naturaleza y no de la industria, porque un pueblo es la verdadera naturaleza humana (1).

---

(1) La frase entrecomillada es de un *símbolo de la fe que ha de tener á la poesía el apóstata de ella* de que habla el índice de la Inquisición de 1647. El que él mismo fuera arte *(ipse sit ars)* y que sus obras son de la naturaleza y no de la industria, con otros elogios que en su tiempo se

Riquísimo como pueblo, como éste sereno y grave hasta en la burla, hondamente serio, en él se sumergió y á él le puso ante los ojos la historia nacional y la vida de los campos. En Calderón lo nacional domina á lo popular y aun lo ahoga, la conciencia refleja á la espontánea, simboliza á su casta, no como Lope en su contenido todo, sino más bien en sus caracteres diferenciales, el *yo* reflejo colectivo sofoca mucho al pueblo espontáneo. Lope, como Cervantes, es ciudadano del mundo (1).

Después de Lope continuó la vida del teatro español, vivificado por el espíritu popular, decadente cuando éste languidece, cuando se vigoriza vigoroso, grande cuando ha sido voz del pueblo y cuando todos eran pueblo, mar de hermosura. Las vicisitudes de nuestro teatro son las del popularismo en España, y su decadencia actual efecto del abismo que separa á nuestros literatos de nuestro pueblo. Hoy es reflejo del público que lo mantiene.

*
* *

Los males del teatro español actual.

A diario casi se denuncian los complejos males de la actual literatura dramática española, males comunes unos á la ge-

---

le tributaron, y revelan la *idolatría* verdadera que se le tuvo, puede verse en Schack.

Obsérvese cómo se dice hoy en tono ponderativo de algo enorme: «eso sería un pueblo.»

(1) Claro está que en Calderón hay sustancia popular, como accidente nacional en Lope; pero en aquél la individualización por *via remotionis*, por exclusión, es dominante. En esta misma Revista, en el número de Abril de 1895, tomo LXXVI, hice reflexiones acerca de Calderón en este respecto, en el tercero de los cinco artículos que bajo el título común de «En torno del casticismo» me hizo la Revista la gracia de publicar. El presente ensayo es en esencia consecuencia y secuela de aquellos.

neral nuestra y al mismo ingenio español, otros privativos de la de hoy; no pocas enfermedades del teatro moderno en todos los países y muchos resultado del concurso y conjunción de pestes endémicas en nuestra literatura española con otras epidémicas europeas.

El mal que más se denuncia es la difusión hipertrófica del género chico y la vacuidad de éste. No ha mucho que un crítico juiciosísimo, de conciencia y sinceridad verdaderas, *Zeda*, escribía en *El Imparcial* (13 Octubre 1895):

«Si como hay manuales de cocina los hubiera de hacer comedias, la receta correspondiente á la manera de confeccionar los *juguetes* cómicos podría redactarse en estos ó parecidos términos: Reúnanse con un pretexto cualquiera, ó sin él, cinco ó seis polichinelas que no tengan de persona más que la figura; métase entre ellos un sujeto, cuanto más grotesco mejor; imagínese una equivocación cualquiera; derívense de ella otras, sean ó no posibles; hágase hablar á los personajes de tal manera que cada palabra ofrezca dos ó tres sentidos á cual más disparatado; sosténgase esta quisicosa durante cuarenta minutos en las tablas del escenario, y puede apostarse doble contra sencillo á que el público aplaude á rabiar y se desternilla de risa.

»Copias de tipos reales, observación de costumbres, situaciones verdaderamente cómicas, frases atinadas, lógica, verosimilitud... ¿Quién se atreve á pedir semejantes gollerías? Nosotros—dicen los espectadores—venimos á reirnos al teatro, y con tal de conseguir este objeto, poco importa lo demás, Los autores, por su parte (hay excepciones, aunque pocas), repiten aquello de «Pues lo paga...» y todos tan contentos.»

El padecimiento de nuestro teatro que aquí se señala es en gran parte obra de nuestro ingenio nacional que ve la realidad en discreto y mosaico, caleidoscópicamente, á cachos, es obra del mismo temperamento que lleva á nuestros autores de artículos festivos á hacerlos ensartando chistes sin unidad orgánica, incapaces, al parecer, de que surjan los chistes del

artículo mismo, como flores de una mata, y mucho más incapaces, por lo que se ve, de hacer artículo chistoso sin chistes, con gracia difusa y de conjunto que se derrame suavemente por sus partes todas.

Con sus defectos y todo el género chico es lo que queda de más vivo y más real, y en los sainetes es donde se ha refugiado algo del espíritu popular que animó á nuestro teatro glorioso. El género grande vive divorciado del pueblo, sin penetrar en su vida dramática, atento á esas casuísticas del adulterio que aquí á nadie interesan de veras y que son de torpe importación.

El pueblo abandona el teatro y se va á los toros, por ofrecerle éstos representación más dramática y más viva; entre las corridas de toros y las representaciones escénicas existe una verdadera concurrencia industrial (1), fenómeno que merece ser estudiado. El pueblo se va á los toros ó á otras diversiones ó no va á parte alguna, y las personas de más elevada cultura tampoco van al teatro, y en realidad no van porque son también pueblo, porque á él vuelve toda cultura honda y de meollo.

El teatro no vive ya del pueblo ni busca sustento en las entrañas de éste; vive de sí mismo.

Todo el mundo sabe lo que va en pintura del estudio del natural á la copia de los modelos, y cuán inagotable fuente de males es la de que los artistas pinten en vez de la realidad visible otros cuadros, cayendo así en el cromo. Este y no otro es hoy en España el mal mayor del teatro, el convencionalismo del cromo teatral. Fórmanse los autores dramáticos en el teatro y á él sacan el mundo teatral; es el teatro teatro de teatro, una muerte, y peste que se agrava cuando se escribe para tal ac-

---

(1) Llaman los economistas concurrencia industrial á la que se establece entre productores de productos diversos y cuyo efecto es ajustar al coste la remuneración, y comercial á la que se establece entre vendedores del mismo producto, siendo su efecto nivelar los precios.

tor ó actriz, mal ya antiguo, puesto que Cervantes lo denunciaba (en el capítulo XLVIII de la primera parte del *Quijote*), y según todas las apariencias, nada menos que en Lope.

Al teatro, que languidece por querer nutrirse de sustancia propia, no le queda otra salvación que bajar de las tablas y volver al pueblo. Conviene en ocasiones tales la irrupción en escena de algún *bárbaro* que ahuyente al público no pueblo, un azote de todo convencionalismo. No importa que fracase; ha abierto vereda por donde pueden pasar los dramas no teatrales. Sí, dramas no teatrales. A nadie extrañaría que un crítico recomendara á un actor el que no declamase teatralmente, y no debe extrañar que se sostenga que el teatro tiene que renunciar á lo teatral para nutrirse de lo de fuera de él. ¡Que no se diga al ver un drama: eso sólo pasa en las tablas!

Dramaturgos y público y críticos están teatralizados; no respiran aire libre. Ni el dramaturgo es poeta, verdadero poeta en el rigor íntimo de su sentido, ni el público es apenas pueblo como lo era en los gloriosos tiempos en que el divino Lope hablaba á los mosqueteros en necio para darles gusto.

***

El autor, el público y el pueblo y la crítica.

El autor y el público se hacen y rehacen uno á otro en la atmósfera confinada del teatro, y la crítica bendice y atestigua su infecundo enlace. ¡Qué tiempos para el teatro aquellos en que un ingenio salido del pueblo y que en él se chapuzaba hasta la coronilla, después de haber vivido vida dramática sacaba á escena tradiciones y leyendas arrancadas á las entrañas del pueblo mismo! Hoy al autor suele abrumarle educación libresca, ha pasado por él la peste de nuestro bachillerismo, y suele ir al teatro formado en el teatro mismo. Salen de

la cervecería, del café, de la academia ó ateneo, de la redacción de un periódico, de una estufa cualquiera donde se han despopularizado; tratan y se comunican los unos con los otros; viven á oscuras de la vida honda, no la conocen, ni la ven.

Si se acercan al pueblo es *a posteriori*, en vista del argumento, con segunda intención literaria, para aprovecharlo cual materia dramatizable, mero *caput mortuum*, tomándolo cual rana ó conejillo de Indias de fisiólogo. «¡Qué asunto!» exclaman, como un industrial «¡qué negocio!» y ¡es claro! así sale ello, como tiene que salir cuando el propósito de hacer drama precede á lo dramatizable. Son de los que decía Schopenhauer que piensan para escribir y no escriben porque han pensado. Esta es la raíz de todas las preocupaciones que esterilizan su labor.

Hay que repetirlo; en nuestro glorioso teatro, el drama se hacía solo, por ministerio del pueblo, y hacía á los autores; la materia popular informábase por virtud propia en la fantasía del poeta dramático.

Y, ¿qué les importa á los nuestros el pueblo, si no escriben para él sino para el público, que es quien les paga? Porque el público no es sino parte del pueblo y la más artificiosa de él, apenas es pueblo; el público no representa á la totalidad, on es representativo ni mucho menos. Como se habla del público de los estrenos puede hablarse del de los teatros, no mucho más numeroso, y del público de cada teatro en la corte. Tal diferenciación es raíz de todo mal en arte. El público se forma como el autor en el teatro mismo y va á ver lo teatral, es la quinta esencia del espíritu de rutina y convención hipócrita. Va al teatro á hacer la cocción y ver caras bonitas, á reirse y olvidar luego aquello de que se rió; todo latigazo moral le corta los horrores de la digestión.

La prensa sólo se ocupa con alguna detención de lo que se escribe para ese público, que es el mismo de la prensa. Donde el público tiene algo de pueblo, como en Novedades, no interesa á lo que se llama neciamente el *todo Madrid*.

Entre ese público y esos autores se interpone la crítica que Galdós fustigaba achacándole vicios que no son de ella sino que son de todos nosotros, de nuestra sociedad. Esa crítica es verdadera y genuina representación del público, es informadora ó dogmatizadora, *impresionista* á las veces, *crítica* casi nunca. Ni por asomo se le ocurre indagar por qué gusta un drama cuando gusta, por qué desagrada cuando lo rechazan, ó da la noticia del éxito ó el fracaso, ó define aprobando ó condenando, no estudia la suerte de la obra, ni ahonda en la impresión colectiva. Hay veces en que el crítico, oponiéndose al veredicto del público, insinúa lo de que el vulgo es necio, pero no ve el abismo de enseñanzas que abre el estudio de esa necedad (1).

Tal vez para forzar el argumento exagere yo un poco, pero en el fondo los aquí denunciados, son los males de público, crítica y autores dramáticos. ¿Cuál es el remedio?

* * *

Tendencias nuevas ó, más bien, renovadas.

Predican algunos la vuelta á nuestros clásicos castizos y un repaso más de nuestro teatro; otros el estudio hondo de las tendencias modernas en la literatura dramática; los juiciosos, y en esto lo son casi todos, una y otra cosa á la vez. Por un lado Ibsen, por otro Calderón; lo sensato juntarlos. Tal vez

(1) La crítica al día, de lo palpitante hoy, es la que verdaderamente exige jugoso vigor mental, empapamiento de vida y sólida preparación, porque la otra, la llamada alta crítica, la que se hace sobre producciones *ya juzgadas* por otros, suele reducirse á crítica mediata, á crítica de críticas, suele ser labor de alquimia en que los alambiques y retortas de la erudición, más ó menos viva, hacen el principal gasto. Con algún talento asimilatorio y leerse algunas críticas de las más juiciosas y hondas acerca de tal ó cual producción, basta hojearla por encima para hablar ó escribir de ella con toda discreción y sin temor á desbarrar.

no sea la sociedad noruega actual más desemejante á la nuestra que la pasada sociedad española, que si con ésta nos une la sucesión, con aquélla la coexistencia. La estructura económico-social de nuestra actual sociedad española, estructura que forma la verdadera base de las variaciones en el carácter de un pueblo, es más análoga acaso á la estructura económico-social de la actual sociedad noruega que á la de nuestro pueblo de los siglos XVI y XVII.

Utiles, indispensables tal vez, son los *lunes clásicos*, necesario re-vivir la vida de nuestro teatro y no menos necesario abrir el pecho á lo moderno; pero lo esencial es zahondar en el popularismo actual, no nacional sólo, internacional sobre todo, cosmopolita. Hay que chapuzarse en pueblo, plasma germinativo, raíz de la continuidad humana en espacio y tiempo, sustancia que nos une con nuestros remotos antepasados y nuestros lejanos contemporáneos, fuente de toda fuerza (1).

Ahora se agita eso que llaman tendencias nuevas y se revuelve en el teatro el realismo, y se vuelve á la tesis y al simbolismo dramático. ¡Tendencias nuevas! sí, nuevas... y no nuevas, porque tan verdad es que nada hay nuevo bajo el sol como que no metemos dos veces los pies en el mismo arroyo. Junto al misoneísmo tenemos la neomanía, hermana gemela de aquél, porque la moda es una forma de la rutina, la rutina en el cambio. Modernismo no es modernidad, lo eternamente moderno es verdaderamente eterno. Hay una frase estúpida que es como la consigna de la modernistería, y es la que á troche y moche espetan los que «están al corriente» de la moda, los que viven *al día*, cuando pronuncian: «eso está

(1) Desde que me puse á escribir estas reflexiones he venido pensando que puede el lector interrumpírmelas á cada paso para decir: «¿y qué es el pueblo de que tanto hablas? ¡defínelo!» No, no lo defino, porque definirlo es falsearlo; sólo se *define* las figuras geométricas. Con un poco de buena voluntad, bien claro se ve lo que es el pueblo, *populus*, que sustenta los pueblos y hace y deshace las naciones.

mandado recoger.» Este es el santo y seña del esnobismo, que se burla de nuestra hermosa y castiza cursilería.

Mas dejando estos escarceos, vengamos á lo de las tendencias nuevas en el teatro, y en primer lugar al realismo.

Pocas cosas han ocasionado, con grandísimos y numerosos beneficios, mayores daños á la pintura, que la fotografía, ó mejor dicho, el fotografismo. Su influencia es tal que se extiende á todo arte, pues por todas partes va haciendo estragos el pseudo-impresionismo y la condenada instantánea. Tómase por lo sumo de la realidad total la fotografía instantánea sin pensar que el ojo humano es algo más que una cámara oscura. Se sabe de sobra que en el ojo se funden instantes sucesivos, se sobreponen imágenes consecutivas, y se verifica verdadera síntesis psíquica y combinatoria de impresiones en nuestro sensorio. Esto se sabe *de sobra*, y por eso se olvida. A todas horas se nos muestran *realidades* análogas á la realidad del agua de un globo lleno de oxígeno é hidrógeno en mescolanza, y los que nos las muestran saben de sobra la doctrina abstracta (1). Sabiéndola de sobra les lleva la verdadera pedantería á procurar dejar turulato al hortera, lo que los franceses llaman *épater le bourgeois*, oponiendo la realidad objetiva, aprendida más en libros que en laboratorios, á la psí-

(1) Hoy es muy conocido el cinetoscopio y no kinetoscopio, porque no se escribe kefalico, kenobita, kiklope, kilindro, kitara, kinamomo, kitrico, etc., etc., aparato en que fundiéndose en la retina las imágenes sucesivas de un curso rápido de instantáneas representativas de sucesivos momentos del movimiento complejo de un objeto cualquiera, se engendra con maravillosa verdad la impresion del tal movimiento, impresión psíquicamente mas real que cada una de las instantáneas. Y sin embargo de esto, se persiste en pintar con instantáneas sin discernimiento, como si alguien pintara una rueda en reposo en coche en marcha, y si no véase los caballos a toda carrera que se pintan.

Por de contado las instantáneas son de poderoso auxilio para el pintor, como *datos componentes* y fuente de estudios, y como gimnasia para educar la vista y corregir ilusiones ópticas. La vista misma evoluciona en la especie humana, es cierto, pero hay que entender la evolución y no querer adelantarse a ella.

quica, como cuando el bachiller afirma muy serio y tiritando en cruda noche de helada que el frío no existe.

Sí, ya sé que los realistas esos han leído el capítulo de Spencer sobre el realismo trasfigurado, y que saben por Zola que el arte es la realidad «vista á través de un temperamento.» Pero esto es letra muerta cuando el temperamento es bachilleresco con arlequinado dominó de modernista.

¿Y el realismo en el teatro? El teatro vivo sale del pueblo, y á él se dirige: ante el pueblo, ó cuando menos ante un público, se representa el drama, para suretina colectiva. Y es claro, que para que el drama sea drama y guste ha de estar visto con retina colectiva, con una participación de la vista colectiva. El novelista lucha con cien, con mil lectores, uno á uno, con cien ó mil conciencias individuales y las vence una á una; mil conciencias individuales sumadas no dan más que una sola conciencia individual. El dramaturgo lucha con una conciencia colectiva, verdadera síntesis combinatoria de conciencias individuales, ha de vencerlos no ya á todos juntos, al conjunto (1). El teatro hay que verlo á través del pueblo y por verlo así fué grande Lope; un pueblo entero él mismo, como lo es siempre el genio, ministro de la espontaneización de lo reflejo y conciencia individualizada del pueblo.

En la visión popular tiene su raíz todo el llamado convencionalismo del teatro. Mientras se creyó que el lenguaje ha surgido de convención humana, que es un volapük construido por el pueblo en una especie de pacto lingüístico, no hubo filología científica posible; mientras queden rastros de la vieja

(1) La doctrina de la conciencia colectiva, frase metafórica después de todo, no tiene nada de lo que algunos llaman metafísico. En el individuo puede estar una cualidad ó complejo de cualidades, *b*, contenida por las demas, y si se unen los individuos *b cd*, *bfg*, *bhij*, *blmn*, etc., en su unión y juego mutuo se engendra *b acdefghijlmn*... en que el carácter *b*, *secundario tal vez en cada uno*, es el predominante. Creo basta para indicar la idea esta imperfectísima y tosca mostración esquemática. La muchedumbre suele ser un verdadero compuesto social, como los químicos, y hasta hay isomerías en ella.

concepción *convencionalista* del teatro no hay salvación verdadera para el drama. No es convención el que las cosas guarden en escena entre sí las mismas relaciones que en la realidad guardan, por mucho que varíen los elementos relacionados de como la realidad nos los da. Anticonvencionalismos hay profundamente convencionales (1), porque convención es todo lo que se saca de conciencia refleja, de razón raciocinante, de silogismo, y no lo que brota de conciencia espontánea.

El convencionalismo terrible es la invasión en el teatro de la *hechología* porque si de algo carece el hechólogo de toda laya es del sentido dramático de la realidad.

Con el realismo ha vuelto al teatro otra cuestión tan vieja y tan nueva como ella, la de la tesis, que en el fondo se reduce á la de la moralidad.

¿Será preciso acaso repetir una vez más que todo arte, como toda realidad, es docente, que todo argumento si es vivo y real es tesis por ser tesis la realidad viva misma? Si la obra genial no envejece es por ser, como la realidad misma, eternamente docente, y educativa siempre. El teatro es docente, escuela de costumbres por ser espejo de ellas, y para enseñar al pueblo hay que aprender primero de él, como para domar á las fuerzas naturales precísase primero someter á su estudio la mente. Son las fuerzas mismas naturales las que, por ministerio del hombre, se aplican á la mecánica artificiosa; es el

(1) Sirva de ejemplo cierta engañosa naturalidad en el diálogo que se logra á costa de que no lo oigan en el paraíso los que para oirlo pagan. Porque si á dos personas que están conversando familiarmente se les hace alzar la voz de manera que les oiga un concurso entero y numeroso, al variar la intensidad varía por fuerza la cualidad ó entonación de la voz. En nuestros teatros se ve que los actores modernistas sacrifican á las veces la intensidad á la naturalidad de la voz, defraudando así en provecho de los que tienen cerca los intereses de los espectadores lejanos. «¡Más alto!» gritan del paraíso entre los siseos de la cazuela, á esos actores naturalistas y no naturales, y tienen razón los paradisíacos.

pueblo mismo quien por mediación del poeta, verdadero *medium*, se ve y conoce en el teatro.

La tesis está en la cabeza de quien contempla la realidad, pero ésta la ofrece siempre á quien la contempla con cariño. Una noche serena enseña astronomía, y es una verdad siempre la de que *coeli enarrant gloriam Dei*, traducida á una ú otra lengua. Donde no hay tesis no hay realidad. El valor del poeta estriba en acentuar con la realidad su tesis, en poner de relieve las voces de las cosas, en despejar la incógnita y sacar á toda luz la tesis, que es la hermosura de las cosas mismas. Si el espíritu humano llegara á ver en todas y en cada una de ellas, y en sus partes y en su conjunto total verdadera tesis, aparecerían totalmente hermosas y la hermosura una con la bondad y la verdad, identificadas con el ser mismo; porque el espíritu purificado lo purifica todo y el ojo luminoso ilumina cuanto ve.

El fondo verdadero de la tesis es la moralidad. Sostener que el teatro ha de ser amoral (ni moral ni inmoral) en sí, es sostener que el verdadero universo, el dramático, el que llevamos en el alma, el universo psíquico, es amoral. En fin de cuenta, la honda misión del arte, su misión moral, consiste en preservar esa realidad de la acción corrosiva de la realidad de la ciencia imperfecta, en tanto va ésta, á medida que se perfecciona, fundiéndose con aquélla en las entrañas del espíritu humano.

El artista es moral por fuerza, y su moralidad, buena ó mala, tiñe su visión y empapa su obra.

Hay otro aspecto de moralidad en el teatro, y es que éste sirve de liberador de pasiones. Así como es una ley física la de la convertibilidad mutua del calor y el movimiento, su identidad esencial, lo es psicológica y análoga á la física, la de la convertibilidad de la acción y la idea, la identidad esencial de la sensación y el movimiento. Pensar es obrar; tan acción es la interiorizada como la exteriorizada; todo movimiento que se complica y surge en forma de idea lo hace á cambio de

acción exterior, y nadie ignora que un exceso de ideación paraliza los actos, como un exceso de éstos amengua el curso de las ideas. Artistas ha habido que se han libertado de alguna obsesión perniciosa, trasladándola á obra artística, así se purificaba Goethe. ¡Cuantos hombres educados doman al brutal salvaje que duerme en el seno de todos, y dan salida á no extinguidos criminales instintos describiendo crímenes! Y lo que sucede con un hombre sucede con una muchedumbre; la impresión trágica es, en virtud de la ley psicológica precitada, una impresión liberadora (1).

¡Liberar de pasiones! Pero ¿qué es la moralidad para ese público, apestado de gazmoñería, que se asusta de ver en escena *El Castigo sin venganza*, y se precipita á presenciar vistas de causas públicas desnudas de todo velo artístico?

Otra característica de las tendencias modernas es la irrupción en el teatro del psicologismo y de las psicologiquerías con él.

Naturalísimo es que en el teatro se tire á mostrar la realidad total y el interior de las almas, que no siempre se revelan

---

(1) Certísimo es, por otra parte, que hay impresiones que solicitan á la acción y mueven los afectos, aspecto en que se fijan los rigoristas que combaten el teatro, olvidándose del otro aspecto, del expuesto arriba. No es difícil, sin embargo, con algún estudio discernir qué impresiones y en qué circunstancias mueven á acción y cuáles la descargan. La impresión trágica, que tan bien estudió Schopenhauer, es de esta última clase.

Un amigo mío, desdeñador y aborrecedor del teatro, al que acusa de enmuellecer los espíritus, defiende las corridas de toros como espectáculo trágico liberador de los instintos sanguinarios de nuestro pueblo. Y recuerdo que en cierta ocasión le mostraba un espectáculo vicariante de las corridas, una sustitución de ellas, recordándole las famosas corridas que en el circo de Parish daba el clown Tony Gryce, y cómo oí á un espectador, que al salir decía: «¡Bah! Ya no voy mañana á la corrida; me he puesto ronco de gritar.»

al exterior, que se quiera mostrar á los oyentes el fondo de la conciencia de los protagonistas porque no hay tiempo para que con sus actos la patenticen por entero. No á otra cosa conducen los monólogos y es á la vez tal necesidad la justificación de las apariciones todas de fantasmas y de todo lo maravilloso en escena. Pero junto á esto ha empezado á hacer estragos en el arte dramático el psicologismo.

La psicología se reduce hoy en general al estudio de los fenómenos psíquicos, de los estados de conciencia, más bien que extenderse al de los individuos concretos; apenas balbuce lo que Stuart Mill llamó *etologia,* la ciencia del carácter. La psicología en su grado y fase actual desindividualiza, muestra en vez de almas (complejos concretos de estados de conciencias) tejidos de fenómenos anímicos, y sobre todo, nos presenta al hombre promedio típico, á verdaderas abstracciones, no á realidades concretas (1).

---

(1) Aún apenas ha empezado á bosquejarse la síntesis psicológica, estamos todavía en el análisis, que habiendo adelantado muchísimo en pocos años, tiene que adelantar mucho aún. Y como á algunos artistas se les ha subido el cerebro á la mollera y no aciertan á dar paso sin agarrarse del nombre de Wundt, de Ribot, de James ó de Münsterberg, venga ó no á pelo, conviene indicar hasta qué punto es hoy aprovechable por el arte la psicología. Tal vez el flaco mayor de Zola, soberano artista cuando habla *en necio,* ó en romántico, sea su psicología tosca, su obsesión de claudio bernardismo superficial, que le lleva á trazar un cuadro genealógico de sus personajes, siguiendo en él á Próspero Lucas, y que luego se revela en lo endeble de sus personajes junto á lo vigoroso de las masas populares, que pinta con honda verdad por ser él mismo un pueblo. En un tiempo los autores sin visión genial presentaban bajo el nombre de un avaro la avaricia, el concepto abstracto, y hoy han progresado, presentando, no ya la avaricia, sino el avaro tipo, el promedio sacado de una pirámide de datos, una abstracción más perfecta y detallada, con más elementos concretos, pero abstracción al fin y al cabo. Zola nos presenta en *L'assommoir* á un borracho típico, *construido* de datos sacados de memorias clínicas, lo cual no es en el fondo mas que presentar la borrachera personificada. Claro está que como la abstracción naturalista procede de mayor cantidad de documentos y datos, y estos más precisos, tiene más elemento concreto y produce mayor ilusión de realidad viva, pero no lo es. Realidades vivas, tomadas en vivo de la realidad objetiva, chorreando vi-

Todo teatro grande es psicología espontánea, como la realidad misma; en los dramas no debe haber psicología sino psique, alma. El teatro de Shakespeare, el de Lope, el de Calderón mismo, enseñan psicología, como la enseña la realidad misma (1). El valor de la psicología, como de todo conocimiento de lo real, es en el arte enseñar á ver, á intuir, pero ¡ay del que sin ampliar su espíritu se lo llena de fórmulas! Cuando una doctrina ha sido olvidada y ha descendido al fondo de la mente, donde forma cuerpo con ella, es cuando es viva y fecunda, y da fruto artístico; entonces es parte orgánica de nuestra conciencia.

Con el psicologismo vuelve al teatro, remozado y vigorizado en baño de mayor realidad, el espíritu que informó nuestros autos sacramentales y los dramas alegóricos, vuelve en otra forma, y bienvenido sea, el drama de conceptos. Bienvenido, sí, porque los conceptos tienen, como los hombres, vida

---

da, nos las presentan los artistas geniales, sean antiguos ó modernos Todo lo que no sea ver en intuición es pura abstracción y alquimia, sáquese de la ideología escolástica ó de la psico-fisiología.

Otro absurdo del mismo jaez es llevar el determinismo científico al arte, donde sólo produce monigotes, porque en la infinita complejidad de lo concreto é individual, no cabe que veamos lo determinado como tal, y así resultan fantoches todos esos personajes cuyos actos se prevén. Hay fantoches de admirable mecanismo, como muchos de Stendhal, pero fantoches con algún que otro arranque vivo.

La función artística de la psicología es educar la visión del artista, enseñarle á ver, afinarle la retina mental. Cuando en una obra de arte aparece en la superficie psicología técnica, irreducida á intuición, es que só o está en la superficie. La experiencia enseña que el que cita en obras de arte nervios, acciones reflejas, psicosis, abulias, etc., etc., sólo las ha visto en libro.

(1) No es mera impertinencia la de hacer notar que es un disparate el llamar fenómenos psicológicos á los psíquicos y sociológicos á los sociales. Y no es impertinencia por ser tal disparate síntoma inconciente de un error en que se cae á cada paso, y es el de confundir la ciencia con la realidad y dar á aquélla valor objetivo distinto de el de ésta, como cuando se dice que la ciencia *dice* ó *enseña* esto ó lo otro. De hecho, hay gentes que discurren como si los libros guiaran y dirigieran las cosas, como si la fisiología hubiera inventado la digestión.

interior y dramática y alma; un concepto es una persona ideal llena de historia y de intra-historia. No son ya las viejas alegorías en sus formas antiguas, la justicia, la gracia, el pecado, el alma, la razón, la fe, el mundo, el demonio y la carne, el tiempo... no son ya alegorías, sino conceptos más concretos y encarnados, pero son como los viejos, verbo hecho carne, símbolos. El simbolismo ha venido con la comprensión del dinamismo de las ideas, con la ideología dinámica. El simbolismo ibseniano es la resurrección del alegorismo antiguo á nueva vida.

La Vida es sueño ó *El Condenado por desconfiado* sacaron á tablas hecho carne el verbo teológico popular de entonces, conceptos de fe; hoy hay que ir á buscar los símbolos rebosantes de vida al fondo del pueblo donde hay fe, porque vivimos en una época de fe, de honda fe.

Y con el simbolismo, esfuerzo del verdadero espíritu dramático por desasirse de sus mantillas, viene la expresión de lo indeterminado é inorganizado, de lo que escapa á los hechólogos que ven toda realidad en visión caleidoscópica, ó á través de libros, etiquetada en fórmulas.

*
* *

El teatro popular y el nacional.

Todas las tendencias apuntadas concurrirán á la reforma del teatro, pero su verdadera regeneración está en que vuelva á ser lo que fué, en que se sumerja en su primitiva é íntima esencia, sofocada por el ámbito histórico; en que se remoce al contacto de su propio plasma germinativo, en que torne á ser popular.

Y aquí conviene hacer notar que no faltan doctos conocedores del proceso de nuestro teatro castizo, clásico y popular, convencidos de que aquél nació del pueblo, pero que no por

eso ven al pueblo de hoy, que no les llega depurado á través del arte, y no viéndole, ó le creen muerto ó inferior al pasado. Enamorados estos doctos de los que entonces pelearon por el popularismo y lo entronizaron, pelean hoy ellos por aquel popularismo antiguo contra el moderno, por el que lo fué contra el que lo es. ¡Cómo se prendan del pueblo de Lope no pocos que sienten secreta é instintiva aversión al pueblo vivo y palpitante hoy, que lo desconocen! Es la eterna canción, el empeño por re-encerrar á la mariposa para que rejuvenezca en el capullo en que se encerró cuando gusano, sin esperar á que ponga huevos y el gusano sea otro y otro el capullo.

Popular no es lo mismo que nacional. El pueblo es en esencia cosmopolita y lo nacional, cuando más, forma de lo popular, forma representativa de caracteres diferenciales, individuales. Esto cuando más; que de ordinario es, en su mayor parte, sólo forma de parte sólo del pueblo. El héroe popular de nuestro teatro es Lope, el nacional Calderón (1); aquél más rico, más espontáneo y más inorganizado; éste más pobre, más reflejo y más preciso.

Hubo un tiempo en que la labor de los pueblos ó de los pastores y miembros reflejos de ellos fué la formación de las grandes nacionalidades, la integración de la anarquía medioeval; á ello se reducía la historia. Y entonces el teatro, reflejo de la vida dramática del pueblo, fué nacional. Ya el gigantesco Esquilo, genio arrebatado de la locura dramática, nos presenta grandes dramas históricos, *Los Siete contra Tebas, Los Persas,* en que la masa es el protagonista. Es el drama de la individuación del pueblo griego. Nuestro Cervantes llevó al teatro su *Numancia,* y con los dramas históricos sólo de Lope podría componerse una historia dramática de España hasta su

(1) Claro está, lo repito, que ni Lope dejaba de ser nacional, sino más hondamente nacional acaso que Calderón, intra-nacional que diría algo bárbaramente, ni á Calderón le faltó espíritu popular; pero la cosa no es tan oscura.

tiempo. Dramas históricos reventando vida abundan en nuestro teatro; modelo de ellos aquel vigoroso cuadro de *Las mocedades del Cid,* en que palpita la nación castellana entera. La serie de dramas históricos de Shakespeare es acaso lo que más raices le da en el pueblo inglés. Goethe llevó al teatro un pueblo vivo con su «Goetz de Berlichingen», en que se ve la agonía de Alemania feudal; y Schiller hizo desfilar la guerra de los treinta años en la portentosa tragedia de *Wallenstein.* Dramas son todos ellos poderosísimos é imperecederos, mil veces más grandes que los infortunios de cualquier adúltera vulgar, porque es irremediable la vulgaridad del adulterio.

El teatro, recogiendo de la conciencia popular el sentimiento patriótico en formación, se lo devolvía reflejo, le mostraba la labor de su alma misma, provocando así el ulterior desarrollo del sentimiento mismo; la voz directa y el eco se acordaban en uno para acrecentarse mutuamente y pulir en su armónico acorde las esperanzas de una y de otro.

Del pueblo, masa relativamente homogénea, origen y fuente de donde toda la diferenciación surge y adonde vuelve para resucitar en incesante palingenesia, plasma germinativo de las naciones y raiz de su inmortalidad, principio de la continuidad en espacio y tiempo de las naciones todas, del pueblo brotó el drama, del coro.

El coro era en el drama antiguo compacto, indiferenciado, verdadera masa homogénea en que á lo sumo se dibuja embrionaria oposición de semi-coros. Luego, á medida que la vida individual toma significación y relieve dentro de la colectiva, con el individualismo social creciente, desciende el coro á comparsa y acúsase más el relieve de los protagonistas, del protagonista al cabo, que suele llegar á ser uno (1).

(1) En Calderón, v. gr., el coro se ha reducido, como sugiere é indica Schak, al gracioso, á menudo estorbadizo y de pegote, y la acción, empobrecida, se nos ofrece sencillísima, con pocos personajes, llena de monólogos.

Y hoy parece que quiere resucitar el coro, surgiendo de la multiplicación de personajes, pero coro de integración, no la masa antigua indiferenciada, coro resultante de muchedumbre de protagonistas concordados. Dibújase ya el coro moderno en *Los Tejedores*, de Hauptmann, robusta pintura de aquella dramática revolución de los tejedores de Silesia, que cantó Enrique Heine y dramatizó antes que Hauptmann Freiligrath (1).

Y á la vez que vislumbramos el advenimiento del coro redivivo y remozado, el teatro mismo, que tomado en amplísimo sentido representa el fondo primero de donde brotaron diferenciándose las artes, y en la literaria la épica y la lírica, volverá á reunirlas en poderosa síntesis como tal vez fundirá de nuevo lo profano con lo religioso (2).

Nuestro teatro clásico puede y debe darnos orientación para el sentido nacional español, sentido aún no agotado ni mucho menos, pero hay que decirlo frente á todas las patrioterías en que ofician tantos escritores, el popularismo se impondrá aquí y en todo el mundo culto al nacionalismo, remozándolo y regenerándolo. La honda patria, la ideal, el reino que radicando aquí no es de este mundo, ha de ahogar al mezquino producto histórico que lleva tal nombre. El concepto y el sentimiento de patria sufren honda crisis á duras penas velada por hipócritas convencionalismos ó intereses egoístas y estrechas con-

(1) Para cuando vuelvan á ponerse en moda filosofías hoy «trasnochadas» y «mandadas recoger», puede decirse que en el teatro antiguo se nos muestra el coro en tesis, en el moderno en la antítesis de personajes, y que el futuro volverá al coro, pero al coro sintético; lo cual en otra lengua, menos pasada de moda, quiere decir que á la diferenciación del homogéneo coro antiguo sucederá la integración en él de lo diferenciado. En ese carácter del coro antiguo en oposición al coro que se esboza en obras como la de Hauptmann se ve la diferencia del socialismo antiguo al venidero, integración de la diferenciación individualista.

(2) De las más hondas concepciones wagnerianas es á la vez que la de la tragedia, tomada en mucho de Schopenhauer, la de la integración de las artes todas en el teatro y la del carácter religioso de éste. Aún no ha influido Wagner lo que debiera fuera de la música.

cepciones suicidas. Hoy la religión es inmensamente más popular que la patria, y tienen religión aún los que de todas abominan.

El pueblo va recobrando fuerza y adquiriendo conciencia de sí en el regionalismo y el internacionalismo crecientes de día en día, movimientos paralelos y al fin de cuenta convergentes. El sentimiento de la patria ha de regenerarse y hacerse fecundo de nuevos frutos, como se fecundan las células orgánicas, por polarización del nucleo, por lo que se llama en embriología carioquinesis. El concepto de patria se está polarizando; en efecto, tira de un lado la patria chica, de campanario, la sensitiva, de impresión directa, y de otro la gran patria humana, la intelectiva. Y así que se fundan en uno y mutuamente se fecunden en el espíritu la patria chica y la gran patria surgirá la patria completa y pura, la de los hombres emancipados de la tierra.

España también ha entrado en esta crisis regenerativa del patriotismo, y los literatos no lo saben en general, y sigue la prensa soplando en el viejo clarín y oficiando en el culto á la patria de los terratenientes. Y ¡es claro! así no se vuelve al pueblo que no ha estudiado historia de España, pero que lleva en su seno la sustancia viva de esa historia, y sólo se piensa en el público ávido de chismes. ¡Qué tesoros ignorados guarda aún para el pensador y el poeta el pueblo! ¡Qué mundo dramático en sus entrañas! Pero ¿cómo han de verlo los que, hundidos hasta el cogote en la prosa ritmoide de una vida galvánica, repiten á diario la enorme simpleza de que vivimos en una edad de prosa?

Y no sólo no ven los abismos de vida que palpitan gigantescamente debajo de la historia, tampoco ven ésta. Id donde uno de nuestros literatos jóvenes salido de alguna redacción donde toda política se ve á luz de gas y en parlamentos y *meetings* é *interviews* y telegramas, y decidle que hay un venero dramático en lo hondo de las querellas de íntegros, leales y mestizos, en las peregrinaciones y romerías, en el apedreo

de procesiones, en la historia de nuestras guerras civiles, en la Mano Negra, y no os entenderán del todo. Son cosas de provincias que no llegan á ese *todo Madrid*, que de nada se entera.

Galdós ha intentado llevar á escena el coro futuro en su *Gerona*, drama nacionalista. ¡Ah! si en un marco como el de Gerona hubiera puesto, dándole la vida que tiene *Realidad*, el pensamiento inicial de *La de San Quintín*, drama de endeble alegorismo y de un simbolismo ultra-esquemático y candidísimo en que se ven los hilos todos del reverso del tapiz! ¡qué drama popular si hubiera hecho eso! O si hubiera llevado á las tablas su *León Roch*, su *Doña Perfecta*, su *Gloria*, lo mejor de su ingenio acaso, lo más fresco sin duda, lo que le brotaba de la conciencia espontánea antes de que diera en el zumbido de las correas sin fin novelescas.

Quieren los ingenios bien intencionados que nuestro teatro sea español, europeo y contemporáneo, y esto sólo se encuentra en el pueblo. Cuando se toca á sus fibras sensibles, responde. Nuestro pueblo aplaudió con delirio al Marcial de *La Pasionaria*, y no por aquellas sus chabacanas patrioterías de la bandera roja y gualda, sino por sus arranques insurreccionales. Y el que aplaudía era pueblo entre el público, el que va cada año, religiosamente, á ver el *misterio* moderno del día de difuntos, al Tenorio desafiando toda autoridad. Hay que ver en el paraíso á los *mosqueteros* de hoy presos en el encanto de un *Don Alvaro*, de todo insurrecto, hay que verles en Novedades aplaudir *El Pan del pobre*, un melodrama declamatorio (también esto trasnochado) que dicen los verdaderos cursis. En tanto el público menos pueblo va á hacer la digestión oyendo insulseces acromadas.

Y no son pasiones malsanas las que mueven á ese pueblo que aplaude al insurrecto, no, es un pueblo sumiso y resignado, va el pobre á liberarse allí.

Así, mientras se hace el pueblo y en su inmensa conciencia empieza á trasformarse la patria, siguen los autores rumiando su dramaturgia de escuela, atentos al público que les

paga, y obsesionados con el todo Madrid, público mezquino, sin acordarse del popular ni aun del español, del público de provincias, incluso el del Madrid-provincia.

La salvación está, una vez más, en volver á hablar en necio, con la sublime necedad con que Lope hablaba á los mosqueteros de los corrales y desde los carros de los cómicos de la legua al pueblo de los campos.

El fondo del problema y para concluir, un sueño.

Demos que todo eso esté bien—podría contestar un empresario, si tuviera tiempo que perder leyendo estas cosas—todo eso está bien; pero el teatro popular ¿produciría rendimientos? Y los autores podrían inquirir también si es que el pueblo les había de dar lo que el público hoy les da.

Cuando Lope hablaba en necio le pagaba el vulgo, en honores á idolatría más que en dinero; en dinero ó cosa que lo valiera pagaban entonces los reyes y los grandes al artista. Ya he dicho que en los heroicos tiempos del teatro era éste superior á los ingenios que lo cultivaban, no había el dramaturgo cobrado la importancia malsana que hoy se da, importancia derivada de la triste necesidad de acreditar la firma.

Teatro popular es teatro para todos, porque el pueblo, *populus*, lo componen todos, es el conjunto orgánico. Y si el teatro no es popular es pura y sencillamente porque se escribe para quien paga y parece que sólo lo paga el *público*. El empresario, he aquí el microbio del arte dramático.

Hemos llegado al último fondo del problema, al nucleolo de su nucleo, á su *ultima ratio*, que es la razón económica. En el fondo de todo problema literario y aun estético, se halla, como en el fondo de todo lo humano, una base económica y un alma religiosa. El económico y el religioso son, en acción y reacción mutuas, los factores cardinales de la historia huma-

na, el cuerpo y el alma de todo ideal vivo, nacido de la unión sustancial de esos factores. De la panza sale la danza y de la fe la mística.

Los críticos é investigadores de literatura que, bien comidos y bien bebidos, sin cuidarse de su vestido más que los lirios del valle del suyo, ni más de su pan que del suyo los pajarillos del aire, no buscan las razones económicas de los procesos literarios, no ven la verdadera realidad, como no la ven los que desdeñan el problema teológico que Proudhon señalaba en el fondo de todo tema.

La economía es la lógica material, la fe el ideal de toda cuestión (1).

La literatura, el arte y la ciencia misma se sustentan y arraigan en la estructura económica; raíces económicas tiene la literatura mandarinesca que padecemos, razones económicas explican nuestro teatro, y por esto no se le puede culpar á autor alguno. En contaduría es donde puede ahondarse los elementos de nuestra dramaturgia y estética teatral. Sujeto á la oferta y la demanda, el arte se hace industrial y huelen á leguas sus producciones á manufactura. Y de esto nadie tiene la culpa en especial; ó se acomoda uno al ámbito, ó degenera si es que no perece. Estudiar problemas literarios ó artísticos dejando de lado su aspecto económico, es como estudiar anatomía sin vivisección, porque la vista de las carnes amoratadas, de las abiertas entrañas tal vez hedientes, da asco.

¡Qué triste es el régimen de la mentira! Y si se rompieran sus cadenas y apareciéramos desnudos todos, una inmensa co-

(1) Max Nordau, en su obra *Degeneración*, donde hay mucho aprovechable, revela aún más que su ceguera estética, y ésta no es en él floja, la económica. En *Las mentiras convencionales* la superficialidad estriba en no ir siempre hasta la base económica. Y esto de no tirarse á fondo en todo problema á esta base, aún cuando se la vea clara, es la gran mentira convencional de todas las gentes que forman la superfetación social, como es el síntoma de su enorme archi-cursilería evitar tocar las cuestiones religiosas.

rriente de caridad fundiría en la Humanidad á los hombres y á través de los cielos se alzaría un *miserere* formidable y augusto á que el universo respondería con un místico *sursum corda*.

Mas basta de digresión y volvamos al hilo. Las primeras empresas teatrales fueron en España cofradías y hermandades benéficas, y los primeros corrales escénicos pertenecieron á los hospitales. No fué el teatro empresa privada, sino societaria y benéfica, y estuvo bajo protección oficial. Hoy ha vuelto á pedirse en parte ésta, pero será todo pobre paliativo mientras no vuelva á ser el teatro á la vez que en esencia popular, popular también en pertenencia, institución pública. En tanto haya pueblo que no pueda ir al teatro por no tener humor, ni dinero, ni tiempo para ello, será el teatro teatral y el arte será mezquino artificio, en tanto sea la función de artista profesión y oficio especializado y haya quienes se dediquen á hacer dramas, novelas, poemas, sinfonías ó cuadros como quien se dedica á construir zapatos ó sillas (1).

Ser poeta no es nada diferente de ser hombre, verdadero hombre, todo un hombre, como Goethe. Triste necesidad es la de que el artista viva de su arte, pero ¡cuán nobles los cantos de un Burns que soltando la mancera del arado, y mientras

---

(1) La especialización es una muerte para el arte; aplicada á él la división del trabajo, lleva al artificio mecánico, porque el arte es la suprema integración. ¡Grandes artistas aquellos que no vivían de su arte! Escribe Schopenhauer que hay tres clases de escritores: los que escriben sin pensar, los que piensan para escribir, y los que escriben porque han pensado. Los que pensamos para escribir, escribimos por lo general por la paga, pero si pecamos por ella es que hay un público que paga por pecar.

El arte y la literatura como profesiones lucrativas llevan á sentir para cantar, á mirar para pintar, y no se sabe cómo envenena esto la fuente verdadera del arte, grande cuando se pinta porque tal se ha visto, y se canta porque se ha sentido, y no se siente y mira para cantar y pintar. ¡Qué triste es ver á tanto Tamberlick del arte y de la literatura arrastrando su nombre glorioso por los escenarios y cantando con voz senil y cascada viejas arias ya olvidadas.

descansan humeando sus bueyes, traza estrofas tan frescas y puras como el aire que respira en el campo del trabajo regado con su sudor! Y un Burns, un noble Burns, después de haber divertido á los señoritos ociosos, concluye tristemente en aforador de cerveza.

Cuando el trabajo en fuerza de diferenciación remitida al ámbito y á los instrumentos y útiles llegue á hacerse llevadero y más fructuoso, cuando trabajen las máquinas, ahorros de inteligencia, y quede al hombre, una vez cumplida su labor directora, fuerza y tiempo para integrarse y vivir vida humana, sobrehumana más bien, entonces el arte será holocausto santo, espontánea expansión de un espíritu honda y realmente culto, profundo *Te Deum* á la madre Naturaleza humanizada por el esfuerzo humano, por el trabajo santísimo sobrenaturalizador del hombre. Será la edad del sobre-hombre, del *Uebermensch,* con que entre tanta escoria de egoístas sueños, soñaba el pobre Nietzsche; la edad del triunfo, no de los más brutos ni de los más listos, sino de los más hombres, de los que lleven en su seno más humanidad, más sustancia común, de los más buenos. En esta edad el teatro, recogiendo su proceso histórico todo en un supremo momento crítico, volverá á ser el de ayer, el de hoy y el de mañana, el eterno, recobrando vigor como Anteo al contacto de la tierra, al contacto del pueblo, entonces verdadero pueblo. Disiparánse los modernismos todos ante el eternismo triunfador.

Y este teatro será lo que fué al nacer, religioso.

¡Qué teatro! Es la tarde de un domingo, la muchedumbre se agolpa al aire libre, bajo el ancho cielo común á todos, de donde sobre todos llueve luz de vida, de visión y de alegría; va á celebrar el pueblo un *misterio* comulgando en espíritu en el altar del Sobre-Arte. Contempla su propia representación en una escena vigorosa de realidad idealizada y por idealizada más real, y oye con religioso silencio el eco de su conciencia, el canto eterno del coro humano. Canta su gloriosa y doliente historia, la larga lucha por la emancipación de la ani-

malidad bruta, el inmenso drama de la libertad en que el espíritu humano se desase trabajosamente del espíritu de la tierra para volver á él, la leyenda de los siglos. Como orquesta armónica acompaña en vasta sinfonía á la voz cantante del coro humano la música de los campos y de las esferas, hecha ya perceptible con sublime arte, y á su voz siente la muchedumbre en recogimiento augusto irradiar en sus pechos el Amor, intuyendo con intuición profunda el misterio de la Trinidad del Bien, la Verdad y la Belleza...

.....

¡Basta! Todo esto son utopías enterradas en hojarasca retórica, fantasías poco serias y nada documentadas, trasnochadas y mandadas recoger por los más graves hechólogos, por los más concienzudos picapedreros que á maza y martillo labran las piezas de granito de la torre de Babel; todo esto no es formal, ni digno siquiera, porque á nadie le importa lo que pueda soñar otro...

E pur si muove.

MIGUEL DE UNAMUNO.

RECUERDOS

Había pasado dos días en Murcia, y si aquellos recuerdos tan vivos de mi infancia y de mi primera juventud, que por todas partes encontraba, como si á mi paso fueran despertando, me retenían con la misteriosa atracción que siempre ejerce sobre nuestro espíritu lo pasado, con más fuerza me atraía Madrid, en donde mis padres me esperaban con impaciencia.

Me resolví, pues, á emprender mi viaje de regreso.

En aquellos siete años el mundo había progresado, y aunque lentamente, también había progresado nuestra patria. Quiero decir que ya se iba de Murcia á la capital de las Españas en diligencia, más ó menos desquiciada y con *celeridad* más ó menos *lenta*.

De modo que ya teníamos diligencia. Diligencia hasta Aranjuez; porque en Aranjuez teníamos ferrocarril. ¡Por algo se empieza!

En el momento de subir al vehículo noté cierta agitación entre los viajeros y las personas que habían ido á despedirlos. Hablaban en voz baja de graves sucesos políticos; de una sublevación en Madrid, en que habían tomado parte unos cuantos escuadrones de caballería; y aunque nadie precisaba los hechos, todos estaban conformes en que bien podía surgir, de un día á otro, un gran movimiento revolucionario.

Cuando uno es joven toda agitación le agrada, de cualquier clase que sea. La agitación y el movimiento son la vida para el que empieza á vivir.

Contentísimo ocupé mi asiento en la diligencia.

Viajar, que era entonces mi delicia; ir á Madrid, que era entonces el centro de mis esperanzas; abrazar á mis padres, que eran el foco de todos mis cariños; y entrar en la corriente de una nueva vida: y como si todo esto no bastase, encontrarme con una revolución formal, como si dijéramos con un drama real y soberbio en acción, ¡qué mayor felicidad!

Arrancó la diligencia y emprendí mi viaje.

A cada paso evocaba recuerdos del viaje anterior, cuando iba á los catorce años, como estudiante y en compañía de mi padre, á emprender la carrera de ingeniero.

Al pasar por la Mancha no pude menos de consagrar un recuerdo al *pobre macho* que se nos murió de calor, de fatiga y de disgustos, cerca del corral de Almaguer.

Yo á mi paso por la vida me he encontrado con bastantes animales domésticos y con muchísimas personas más ó menos domesticadas. De muchas de éstas no me acuerdo: de la plancha fotográfica de mis memorias sus imágenes se borraron para siempre; pero de aquéllos no me he olvidado nunca: puedo irlos enumerando uno por uno. Los veo; recuerdo sus nombres; y casi me atrevería á decir que recuerdo sus fisonomías: porque, digan lo que quieran los vanidosos y los secos de corazón, un perro, un gato, un caballo, un macho, hasta un pájaro, todo ser tiene en el mundo su fisonomía, y á veces muy expresiva.

Yo recuerdo el primer perro que tuvimos en Murcia; aquel perro, uno de mis primeros cariños y uno de mis primeros dolores.

Era un hermoso perro de aguas, blanco, gallardo, fuerte, feroz con todo el mundo menos con nosotros; se llamaba *Adonis*.

Era preciso tenerle en casa, y atado casi siempre, porque

como se fuese solo á la calle, había de dar algún disgusto á los que pasaban.

En el portal estaba casi de continuo sujeto con una cadena, y en los días de Navidad y en los días de San José, en que entraban en casa, casi me atreveré á decir que centenares de regalos, demostraba con su conducta su buen talento y el cariño que nos profesaba.

Sentado gravemente sobre su cuarto trasero, luciendo su noble hocico cuidadosamente trasquilado, y las blancas y espléndidas madejas de su pelambre, veía entrar grandes platos de dulce, que llaman *platos montados,* con dos y tres pisos de tostados arcos de caramelo, anchas bandejas con docenas y docenas de colosales merengues rellenos y de cónicos pechos de monja; ya grandes cestos de fruta; ya palomas, perdices, pavos y gallinas; algún cochinillo que otro, y á veces objetos de más valor, aunque no tan gustosos: pues bien, *Adonis* veía entrar por el portón y subir por la escalera aquella regalada procesión sin dar la menor señal de enojo, sin un ladrido, sin un tirón de la cadena, sin un gruñido siquiera.

Pero ¡ah! cuando mujeres, hombres y chicos bajaban llevándose cestos y bandejas, entonces su cólera estallaba, sacudía ferozmente la cadena y lanzaba ladridos aterradores que ponían en precipitada fuga á la pobre gente.

*
* *

Porque *Adonis* era feroz—ya lo he dicho. Al principio andaba suelto por la casa; pero un día vió la puerta abierta, salió como una centella, cruzó la calle en cuatro saltos y se arrojó sobre un pobre sacerdote, que pasaba por la acera de enfrente, derribándole en tierra. El diablo del perro tenía un espíritu anticlerical formidable.

Afortunadamente, ni le mordió ni le causó ningún daño, salvo el susto de la caída.

Pero fué para mis padres un gravísimo disgusto, y fué preciso sujetarle con una cadena.

¡Pobre *Adonis!* ¡Su fin fué trágico! Le sacaron un día á la calle, pasó un perro corriendo, y al pasar le mordió; le mordió cruelmente. El perro estaba rabioso.

A los pocos días notó mi padre que *Adonis* presentaba síntomas alarmantes. No cabía duda: el pobre animal rabiaría muy pronto. Entonces se celebró consejo de familia: tristísimo, cruel, doloroso. Era caso de conciencia, y se le condenó á muerte casi por unanimidad de votos. Por unanimidad, porque no contaron con el mío, que yo no le hubiera sentenciado.

Bernardo se encargó de llevarlo fuera de puertas y de dispararle un balazo.

La despedida fué trágica. Bernardo tiraba de la cadena: el animal, que siempre salía gozoso á la calle, aquella vez se resistía á salir; se echaba en tierra; á todos nos miraba y á todos nos quería lamer. Yo, hecho un mar de lágrimas, pugnaba por abrazar al pobre *Adonis*; pero mi madre, que lloraba también, me contenía diciéndome: «No, hijo, no; que te va morder»; y mi padre, frunciendo el entrecejo y fingiendo mal humor, porque estaba muy conmovido, repetía volviendo la espalda para no ver al infeliz animal: «Pero llévatelo, Bernardo, llévatelo»; y Bernardo, con la escopeta en una mano y tirando de mala gana de la cadena, contestaba: «Pero si no quiere, señor, si no quiere venir».

Al fin, se lo llevó.

Yo vi salir por el portal á mi querido Adonis: después no volvió nunca. Volvió Bernardo solo, diciendo, á modo de consuelo: «No ha sufrido nada; se tumbó panza arriba él mismo, y yo le acerté en el corazón. Pero era preciso, señor, era preciso; ya le colgaba la baba.»

Luego dicen que yo en mis dramas escribo escenas terribles. Ninguna más terrible ni más dolorosa que aquélla. Por mis dramas nunca he llorado; por Adonis lloré mucho.

*
* *

Más tarde, me encariñé con un hermosísimo gato negro, gordo, lustroso, manso.

Por toda la casa me seguía, y por las noches dormía al pie de mi cama. Pero nunca le quise tanto como al inolvidable Adonis.

Era un espíritu filosófico, pacífico, quizá egoista, el de mi gato negro.

Jamás le vi enojado, nunca sacó sus uñas, nunca bufó, ni se tomó el menor disgusto por nada.

No persiguió ratones ni creo que jamás ensangrentase sus zarpas en ninguno. El pensaría que era trabajo inútil. Nunca le faltaban ni comida abundante ni pequeñas golosinas. Y con esto y con dormir veinte horas de las veinticuatro del día, tenía, por lo visto, bastante para ser feliz. Estaba gordo y rollizo; sus hermosísimos ojos, casi siempre entornados; su ancha pupila, casi siempre convertida en una estrecha hendedura como la de una pequeña alcancía de cristal; por ella el sol iba echando al fondo rayitos dorados.

Siempre tras de mí para dormir en mis piernas ó á mi lado; y hasta cuando yo jugaba con aquellos ejércitos de pajaritas de papel, que minuciosamente describía en uno de mis primeros artículos, mi gato negro me buscaba sobre el mismo campo de batalla, y pasando blanda y pausadamente por encima de batallones y escuadrones de pájaras, venía á echarse á mi lado. Y á mi lado estaba en perfecta inmovilidad horas y horas, hasta que la campaña del día terminaba.

Más de una vez me sirvió de montaña y sobre su piel lustrosa coloqué destacamentos de valerosas pájaras.

No se cuál sería el fin de mi gato negro; porque cuando mi familia salió de Murcia se lo regaló á una señora, que tenía especial predilección por perros y por gatos.

Creo, sin embargo, que dado el buen carácter del mío y su honrada conducta, pronto se ganaría el cariño de su nueva ama, llegando sin penas ni disgustos á una avanzada edad.

Mi hermoso perro Adonis, blanco como la nieve, murió de muerte trágica.

Mi gato negro, negro como el azabache, moriría de muerte natural como cualquier pacífico burgués.

¡Fíese V. de colores!

*
* *

Algún tiempo después de la muerte de Adonis me encariñé con un hermosísimo y colosal perro llamado Cervero.

Era el formidable guardián de la gran fábrica de salitre de Murcia, adonde solía yo ir de paseo todas las tardes; unas veces solo, en compañía de mi padre ó de mi familia otras veces.

El administrador era un D. Anselmo, hombre muy sabio, muy respetable y muy voluminoso; de gran cultura científica, y de gran cultura clásica sobre todo. El interventor era el célebre naturalista y sobre todo botánico, D. Vicente Cutanda, ambos, amigos íntimos de mi padre; y el hijo de mi padre resultó amigo íntimo de aquel perrazo llamado Cervero, que era como el hijo adoptivo de ambos señores.

Cervero estaba generalmente en una huerta contigua á la fábrica; pero en cuanto yo entraba en la fábrica, ó por instinto maravilloso ó por maravilloso olfato, adivinaba mi presencia y rompía en tremendos ladridos.

Le abrían la puerta; salía dando saltos y ladridos gozosos; desde lejos me veía, y hacia mí se lanzaba á toda carrera: veíale yo, y hacia él corría también cuanto correr podía, hasta que al fin nos encontrábamos en choque formidable.

El llegaba con la boca abierta, luciendo su blanca dentadura, blanca como el marfil, sus colmillos enormes y su lenguaza de coral.

Yo le presentaba mi brazo derecho á manera de escudo,

que en su bocaza penetraba; y su dentadura se hundía blandamente con cariñosas presiones en un chaquetón de punto, que yo solía llevar en aquel tiempo.

De este modo rodaba yo por tierra y él se dejaba rodar á mi lado.

Y en juegos y en saltos y en carreras; persiguiéndome él unas veces, yo persiguiéndole otras; ya procurando cabalgar sobre sus fuertes lomos, ya viniendo á tierra caballo y caballero; mordiendo en el chaquetón ó mordiendo en los mendrugos de pan que le llevaba, pasábamos toda la tarde.

A veces iba yo provisto de un poderoso arco de caña, tendido por un bramante ó por una cuerda de guitarra, arma primitiva y clásica, en cuya construcción demostraba yo cierta habilidad.

Y además del arco, construía flechas ligerísimas, de caña también, con aletas de papel.

Todo tan bien fabricado y tan propio para el caso, que las flechas que disparaba en dirección vertical, se perdían de vista.

Pero como al caer, muchas veces caían lejos, Cervero iba á buscarlas y me las traía cuidadosamente, sin estropearlas nunca.

Así vivimos algunos años, y cuando yo salí de Murcia, el buen Cervero quedaba en perfecta salud.

La despedida fué muy dolorosa; pero no quiero entristecer con ella á mis lectores, que bastantes dramas tristes he escrito en este mundo.

Algún tiempo después recibí la noticia de su muerte. ¡Quién sabe si contribuyó á ella mi ausencia! Los animales tienen á veces corazón más tierno que las personas.

*
* *

Otro de los animales á quien yo profesaba mucho cariño era á la mula negra, lustrosa, gorda, fuerte, que en nuestra

pulida tartana me llevaba de paseo y que todos los veranos me llevaba á Cartagena, como queda concienzudamente explicado en uno de los artículos precedentes.

Pero como la mula era tan grande y yo era tan pequeño, no podía jugar con ella como jugaba con Adonis, con Cervero y con mi gato negro.

No podía hacer más que sentarme en el asiento más delantero de la tartana y acariciar el anca redonda y suave del hermoso animal, con mi mano de niño.

Cuando fuí la primera vez de Murcia á Madrid en otra tartana de alquiler, tirada por el desventurado macho de que he hablado ya varias veces, al contemplar sus ancas colosales pero descarnadas, huesosas, con alguna que otra matadura, contraídas dolorosamente al tirar de la tartana sobre la desigual y áspera carretera, no podía menos de recordar las redondas ancas de nuestra regalada mula.

¡Vea V. lo que son las cosas de este mundo! ¡Cómo *todo está en todo*, y en lo pequeño, cual en diminuto espejo, se refleja lo grande!

Aquellos dos pares de ancas, las de la mula, lucientes, redondas, limpias, en que el correaje nunca hizo mella, y las del pobre macho, animal de trabajo, muerto siempre de hambre y de fatiga, esqueleto que se arrastra en convulsiones supremas bajo el sol abrasador de la Mancha; aquellas ancas y aquel lomo llenos de dolorosas mataduras, pasto sanguinolento de las moscas crueles; unas y otras ancas—repito—me dieron algo así como el presentimiento de la cuestión social, y me hicieron pensar más tarde en los seres que viven vida de regalo y en los seres que viven ó que mueren, muertes mil de trabajo y de miseria.

Si el macho, que se nos murió sobre el abrasado suelo de la Mancha, en abrasador día de Agosto, se hubiera visto frente á frente de la redonda y lustrosa mula, que nos paseaba alrededor de la Glorieta murciana, es posible—á poco discurso que le hubiese quedado—que el macho proletario hubie-

se planteado ante la mula burguesa la formidable cuestión social.

Claro es que yo entonces no pensaba estas cosas como ahora las pienso; pero si no las pensaba las sentía, y si mucho cariño despertaba en mí nuestra soberbia mula de lujo, honda piedad sentía por el pobre macho de trabajo, que penosamente procuraba llevarme desde la tierra murciana de mi infancia al Madrid de mis esperanzas y mi juventud.

Sí, sentía honda piedad por el pobre macho: verdad es, que me repugnaba poner la mano sobre aquel pellejo martirizado, áspero, sucio por el sudor y el polvo, manchado algunas veces con gotas de sangre; pero, sin embargo, le pasaba la mano, no queriendo hacer menos por la bestia moribunda que por nuestra hermosa bestia.

Me figuraba yo que el pobre macho iba á tener envidia de la mula regalona.

Todos estos sentimientos entonces eran en mí instintivos, vagos, espontáneos, y ahora son razonados y precisos; pero entonces existían, yo lo aseguro, porque no hago hoy más que explicar lo que entonces sentí, ante el recuerdo vivo de aquellos tiempos.

* * *

Ya presumo que algún crítico encontrará pesada y hasta ridícula esta enumeración de los animales que conocí y á que traté en mi infancia. Pero no se impaciente que á todos les irá llegando su turno.

* * *

Caminando iba, pues, nuestra diligencia desde Murcia á Madrid, y todos íbamos impacientes por tener noticias exac-

tas de la sublevación, revolución ó lo que fuese, que nos habían anunciado á nuestra salida de Murcia.

A las tres ó á las cuatro de la tarde del día siguiente, y á poca distancia de Aranjuez, nos detuvimos en una posada, donde también se habían detenido otros viajeros, que venían de Madrid; y por ellos tuvimos noticias más circunstanciadas de aquel movimiento militar, que por movimiento militar empezó para convertirse, por fin, en revolución formidable.

Sí; el general Dulce, director general de caballería, se había sublevado contra el gobierno, sacando al Campo de Guardias más de dos mil caballos. Es decir, todos los que tuvo á su alcance.

Se le había unido el general O'Donnell, á quien reconoció Dulce como jefe supremo del movimiento; y se les habían unido otros generales de gran prestigio y algunos hombres civiles importantes.

El conde de San Luis, es decir, Sartorius, como entonces se le llamaba, ó, mejor dicho, el gobierno, había mandado contra los insurrectos casi toda la fuerza militar de Madrid, y la víspera se había reñido un sangriento combate, de resultado dudoso, en los campos de Vicálvaro.

Las fuerzas del gobierno se habían replegado hacia la corte y O'Donnell con sus 2.000 caballos ocupaba en aquel momento Aranjuez.

Esto fué lo que los viajeros nos contaron, produciendo bastante inquietud entre mis compañeros de diligencia.

Con alguna excepción, sin embargo.

Yo no sentía inquietud ninguna, sino, por el contrario, mucha alegría. ¡Ahí es nada! Encontrarnos, como nos encontraríamos seguramente, con las fuerzas sublevadas. ¡Qué acontecimiento tan curioso! ¡Qué emoción tan nueva! A mí me han gustado durante muchos años, en el teatro y fuera del teatro, las emociones fuertes. El peligro es casi siempre artístico.

He dicho, que entre nosotros los viajeros de la diligencia hubo más de una excepción, y he dejado la segunda para lo

último, por ser la más interesante, y porque en estos casos entiendo yo, que el puesto de honor es el último, y el puesto de honor corresponde á las señoras.

Con nosotros venía, pues, una señora ó señorita en compañía de una criada.

La señora ó señorita tendría unos ventiséis ó ventiocho años: era blanca, sonrosada, buenos ojos y preciosos dientecillos. La estatura bastante elevada, pero extraordinariamente gruesa, rayando en la obesidad. Una cabeza linda sobre un bloque grandísimo é informe de nieve.

Hablaba mucho, y no cesó de hablar en todo el viaje, y por su acento dulce y su gracejo debía ser andaluza. Mostraba ser persona bien educada y de instrucción poco común. Hablaba perfectamente el francés, y de música y de pintura discurría también con discreción suma.

Aunque su charla era interminable, era siempre decorosa y oportuna.

Pues esta señora ó señorita se entusiasmó extraordinariamente con la idea de encontrarse en Aranjuez á las fuerzas sublevadas. Ella conocía—según dijo—muchos generales: «¿Estaría alguno de ellos entre los insurrectos?»

Esta idea la regocijaba, brillaban sus ojos, sonreía contentísima, y su alegría, brotando así á lo exterior en sonrisas y destellos, era algo como una mariposa de vivos colores revoloteando sobre un saco enorme de blanquísimo algodón cardado.

Cuando la tarde ya caía, nuestra diligencia entraba lentamente en Aranjuéz.

Reinaba mucha animación por todas partes; pero una animación puramente militar.

Grupos de soldados, todos de caballería, se encontraban á cada paso.

Otras veces, masas de sesenta y ochenta caballos que llevaban al abrevadero.

De cuando en cuando, jefes y ordenanzas que pasaban al trote largo.

En cambio, se veía poco paisanaje.

Llegamos, por fin, al parador de la diligencia, y allí nos dijeron que el ferrocarril estaba cortado, que ningún carruaje podia salir de Aranjuez sin un salvoconducto de los generales, y que, por consiguiente, no podíamos continuar nuestro viaje.

Todos protestamos con indignación; pero las protestas eran completamente inútiles, porque realmente se trataba de un caso de fuerza mayor.

El dueño del parador nos dijo, que él tenía una especie de ómnibus á nuestra disposición, con tal que se lo pagásemos bien; pero que el viaje sería muy lento, porque no tenía en el camino tiros de relevo, y que, de todas maneras, no podía salir de Aranjuez el carruaje sin una orden escrita del jefe de las fuerzas militares.

Aquí la simpática andaluza volvió á repetir, que ella conocía á muchos jefes muy distinguidos de la milicia y se empeñó en averiguar los nombres de los generales, que se habían unido á O'Donnell y Dulce.

Resultó, por último, que no conocía á ninguno; pero yo, en cambio, cuando oí pronunciar el nombre del general Ros de Olano, tranquilicé á mis compañeros de viaje, asegurándoles, que antes de media hora estaría el pase en nuestro poder.

Y dejando el parador, y encargando que el coche estuviera listo, me eché por las calles de Aranjuez á buscar la casa, ó posada, ó lo que fuese, en que estuviesen los generales; ó, mejor dicho, en que estuviese el general Ros de Olano.

El general Ros de Olano era muy amigo de mi padre. Se habían conocido el año 43 ó 44, pero en aquellos diez años habían estrechado lazos de amistad, que no se debilitaron nunca.

Yo recuerdo, que los hijos del general Ros de Olano venían con mucha frecuencia á mi casa á jugar con mis hermanos entre el año 48 y el 53.

Muchas veces, acompañado de mi padre, estuve yo en casa

del general Ros, y siempre mi familia ha recordado la protección noble y cariñosa, que el general prestó á mi padre, cuando aquél ocupó el Ministerio de Fomento.

Mi padre, durante su larga carrera, pudo decir con orgullo, que á nadie debió el menor beneficio. Pero esta regla general tuvo una excepción que ni él, ni yo, ni mi familia hemos olvidado nunca.

Mi padre y todos nosotros debimos al general Ros de Olano un favor inmenso. Inmenso para nosotros. Quizá más para mí que para nadie, y que tal vez fué decisivo para mi porvenir.

La gran pena de mis padres, y la mía también, que cariños y penas eran comunes para nosotros, era tener que separarnos cuando yo vine á Madrid para ingresar en la Escuela de Caminos.

Mi padre no podía abandonar Murcia: allí estaban su fama y su clientela; allí estaba su cátedra de botánica y su cátedra de griego; no era posible que se trasladase con su numerosa familia á Madrid sin contar con medios seguros de subsistencia, abandonando los amplísimos y seguros que poseía. Por otra parte, sus pequeños ahorros no hubieran bastado para sufragar los gastos de mi carrera y para vivir, sin otros recursos, durante los primeros años de su estancia en la corte.

En estas circunstancias acudió mi padre á la buena amistad del general Ros de Olano. Y el general Ros de Olano, haciendo los imposibles, como vulgarmente se dice, trasladó á mi padre de Murcia á Madrid, cambiando su cátedra de Agricultura y Botánica del Instituto, por una cátedra análoga en la Escuela superior de Veterinaria.

¡Bien lo merecía mi padre, que en Botánica y en Agricultura fué una de las primeras eminencias de España! Pero en su larga carrera, sólo la noble y cariñosa amistad del general Ros de Olano supo hacerle justicia.

Pongamos que mi padre no hubiera sido amigo del general. Pues probablemente nunca hubiera salido de Murcia. Yo me hubiera visto separado de mis padres: al concluir mi carre-

ra todo mi empeño hubiera sido, que me destinasen á aquel distrito; y mi vida toda habría corrido, probablemente, por cauces más estrechos, que los anchos cauces por donde después corrió, gracias al general Ros de Olano.

Yo no olvido nunca los favores recibidos; y el recordarlos siempre es gran regocijo para mi espíritu.

Dados estos antecedentes, ya comprenderá el lector con cuánta confianza cruzaría yo las calles de Aranjuez para pedir un salvoconducto al ilustre general.

Confianza y hasta vanidad. ¡Ahí es nada! *Yo tan joven y amigo ya de un general que se subleva*, y que se subleva en nombre de la libertad: ¡hermosa palabra, que siempre me ha sonado á toque de gloria en sábado de Resurrección!

José ECHEGARAY.

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO

NATURAL DE BORJA

Milicia antigua española.—El ejército á mediados del siglo XIX.—Palo, pan y prest.—Indumentaria.—El pelo, la música y los asistentes.—Continúa mi autobiografía.

ANTES de proseguir contando mi vida y milagros, aunque pase por echarla de erudito, hablaré de materias que pudieran suprimirse en esta historia.

Para probar el alto concepto que se tenía en España de los soldados á fines del siglo XV y principios del XVI, cuenta Juan Rufo en sus *Apotegmas* que en la catedral de Toledo entró cierto día una mujer voluminosa, abriéndose calle á codazos y empujones.—Hágaula plaza, que trae un león en la barriga, —dijo un concurrente, con sorna.—No miente, á la fe, que estoy preñada de un soldado,—replicó ella con gentil desenfado.—Lo mismo que en mi desventurada época, la más desgraciada para la milicia española desde los celtíberos, gracias á los políticos.

Añade Rufo: «Así como cien soldados viejos son de más efecto que trescientos bisoños...» Hace poco nos echaron del ejército á los viejos, y daban ventajas á los aguerridos en la mejor edad para que se retirasen. La cruz de San Hermenegildo holgaba. Se instituyó para retener en las filas á los veteranos.—Su lema es: «A la constancia militar.»

Aludiendo á los soldados españoles, escribió el gran poeta Calderón:

«Todo lo sufren en cualquier asalto;
sólo no sufren que les hablen alto.»

Cuando yo servía, á los soldados los abofeteaban y á los oficiales los insultaban sin causa ni motivo. Ahora no sucede, gracias á Dios. El noble orgullo infunde valor; los antiguos tercios españoles eran invencibles; el mal trato, acobarda. El ejército español no se ha disuelto cien veces en este siglo, porque el sufrimiento hasta el martirio es su principal virtud. De la infantería española, á la cual me honro haber pertenecido, dijo Bossuet, hablando de la batalla de Rocroy: «cuyos cuadros vivientes, parecidos á torres que saben reparar sus brechas.—¿Cuántos érais?—preguntó un francés á un español. —Cuenta los muertos—contestó.

La infantería usó arcabuz de mecha hasta el siglo XV y principios del XVI. Según se ve en el cuadro de la toma de Orán por el cardenal Cisneros, que existe en la capilla muzárabe de la catedral de Toledo, los arcabuces también se cargaban por la recámara. En el museo del Prado hay un retrato de Felipe IV, joven, cuyo monarca empuña una escopeta de chispa. En 1849 cambiaron los fusiles de esta clase por otros de percusión. A la compañía que yo mandaba en 1855 dieron carabinas rayadas, y al batallón que se hallaba á mis órdenes el 74 fusiles Remington. El Mauser no es de mi tiempo.

Si los fusiles de chispa llevaban abrazaderas de bronce, eran de fabricación española; de hierro, francesa; y si el cañón se sujetaba á la caja con pasadores, inglesa.

Según Zurita, en 1497 se puso en nueva ordenanza la gente de guerra. La tercera parte de los peones (infantes), usaban lanzas ó picas; otra espada y escudo, llamaban excusados, el resto ballestas ó espingardas. Eguiluz dice que la compañía tenía 200 piqueros y 100 arcabuceros, y el tercio de dos á tres

mil hombres. Los 14 tercios que formaban el ejército de don Juan de Austria cuando fué á sujetar á Portugal en 1640, sumaban 1536 soldados. Por esto, y por no haber destruido Felipe II las fortalezas del reino como lo verificó Fernando el Católico en Navarra, se separaron los portugueses, error que pagamos ellos y nosotros.

En 1704 se organizó la infantería en regimientos de 12 compañías. En 1707 se les dió nombre, conociéndose, lo mismo que los tercios, por los títulos ó apellidos de sus maestres de campo ó coroneles. En 1713 constaba la infantería de 94 regimientos de españoles, 24 de walones ó flamencos, 11 de italianos y 4 de irlandeses. Hasta principios del siglo XIX había en España varios regimientos suizos; de la emigración francesa de 1793, de la invasión vergonzosa del 23, de las legiones de gente perdida que vinieron a España en la primera guerra civil, ingresaron, por supuesto, en las armas generales del ejército, muchos extranjeros. Los que su apellido comenzaba con O, Mac ó Van eran irlandeses, escoceses, ó flamencos. Los que acababan en *i* italianos, según se comprueba por las Guías de forasteros del siglo XVIII. El conde de O'Relli, uno de ellos, casó con una señora muy rica; le repetía todo era de ella, la dió un azote y preguntó: ¿Y esto de quién es? Después de la expedición que mandó contra Argel en tiempo de Carlos III y fué rechazada con pérdida de 4.000 hombres, porque los franceses avisaron á los moros, se burlaban del conde diciendo:

«Debió O'Relli de creer
que el dar un golpe de mano
es lo mismo al africano;
que al cu... de su mujer.»

En la primera mitad de este siglo eran innumerables los chismes de incomodidad y farsa que llevaba el ejército. A la cabeza de los regimientos marchaban los gastadores, dejábanse las barbas, y si no las tenían, como los comediantes, se las ponían postizas. Además de las colosales gorras de pelo con plume-

ros, usaban mandil de ante que los cubría desde el cuello hasta los pies; llevaban al hombro un útil brillante y tan artísticamente construido que era inútil en caso de necesidad. Parecían tortugas puestas de pie. El cabo cogía con las dos manos una sierra que sólo servía para reflejar los rayos del sol y encantar á los muchachos. Seguía el tambor mayor, mamarracho gigantesco, lleno de galones de oro ó plata y tan majo que se hace posible el cuento del baturro aragonés, que al ver uno, cuando esperaban á Fernando VII en Zaragoza, creyó que era el Rey.

Muchos oficiales gastaban corsé ó se apretaban la cintura, hasta necesitar desabrocharse para comer. El colosal morrión abrumaba á todos, y era preciso guardar el equilibrio al andar. Correr era imposible.

El alto corbatín de suela aserraba las orejas. Los soldados se ponían una almohadilla ó peto, en la cual colocaban un bolsillo donde guardar los cuartos si por casualidad los tenían. El peto le suplían los sastres en el uniforme de los oficiales rellenando las solapas con lana ó algodón para que apareciesen abultados de pecho y se sofocasen en el verano. Cuando se suprimieron las almohadillas en los soldados, les hacían poner en su lugar las gorras de cuartel, de modo que las borlas saliesen por debajo del corbatín. ¡Qué gran regimiento! exclamaban los de cabeza huera al observar que las borlitas se movían á compás.

El summun del arte militar se reducía á tales fruslerías; que los fusiles brillasen y cantasen al manejarlos, para lo cual los soldados raspaban las cajas y limpiaban los cañones hasta que, adelgazándolos, reventaban al primer disparo.

En 1841 se mandó llevar unos pantalones famosos. Es lástima ignorar el nombre del inventor. Se hallaban abiertos por detrás para poder aliviarse de una necesidad sin quitarse el correaje y la mochila. No tenían más inconveniente si no que era difícil ponerse los botones, fácil que éstos saltasen y que se saliese como á los chiquillos el pañal, á manera de cola de

pájaro. A bien que tal suciedad se podría ocultar, porque el faldon de la casaquilla que entonces se usaba era tan corto que no llegaba donde concluye la espalda.

Las charreteras ó dragonas, que á los militares sin discurso les parecían el prototipo de la belleza, y hasta creían que daban más valor á los soldados, sólo servían de estorbo. De las compañías que llamaban de preferencia, las de granaderos no tenían razón de ser desde que no arrojaban granadas de mano. Los otros soldados del batallón se burlaban de ellos diciendo que eran altos, flacos, falsos, flojos y rompedores de alpargatas. Los llamaban pavos por los plumeros y dragoneras encarnadas que llevaban. Los cazadores las usaban verdes. Un mosaico.

En la guerra civil de los siete años se desecharon las mochilas de piel de cabra. Al acabarse volvieron, y en lugar de adoptar el morral de lona, hubo regimiento que llevaba maletines de hoja de lata forrados con bayeta encarnada los granaderos, verde los cazadores y amarilla los fusileros. Reinaba el mal gusto importado en España por el ejército de Angulema. El uniforme y equipo debe arreglarse al clima y topografía del país.

El pantalón de lienzo blanco era una mortificación para el soldado: sólo tenían dos, los lavaban, planchaban con una cuchara, algunos no se sentaban por no arrugarlos y se pasaban de pie la noche de guardia por no mancharlos. Mientras los lavaban permanecían sin ellos, expuestos á insolaciones y pulmonías.

Para manifestar que una cosa era igual á otra decían en el ejército, idem de lienzo, porque en la relación de prendas de los soldados se repetía. Pantalones de paño, idem de lienzo. Botines de paño, idem de lienzo.

Llegó la exageración hasta privar al soldado que usase bolsillos. Llevaba en el morrión dinero, tabaco y pañuelo.

Con el cortísimo haber, cuando se lo pagaban, todavía tenía lo que llamaban sobras; lo admirable es pudiera mantenerse y presentarse con decencia.

Entonces inventarían:

Cuatro cuartos me da el rey,
y con ellos como y bebo,
le pago á la lavandera
y me sobran tres y medio.

—

Cuando el centinela grita
«los de guardia, el coronel»,
se ponen sobre las armas
cuantos hay en el cuartel.

Si sólo fuera risible lo que se observaba en la milicia desde 1840 á 1860, podía pasar. La comedia se convertía las más veces en tragedia; palo, pan y prest, máxima brutal se tomaba en el peor sentido. Desde el coronel, que pegaba con el bastón, hasta el cabo con la vara, la mayor parte atropellaban injustamente. El menor descuido ó falta se castigaba con el sable ó á bofetones.

En un regimiento que serví dormían por pelotones músicos, banda y quintos separados de sus compañías; comían todos los soldados en una olla grande, contra lo que estaba mandado. El capitán que no se conformaba, reclamaba ó se oponía, con decir al director era conveniente su separación, le hacían viajar desde el cabo de Creus al de Finisterre, y le estampaban en su hoja de servicios la nota de insubordinado, caviloso ó díscolo. El soldado pasaba la vida dando bola al morrión y cartuchera, albayalde al correaje y en limpiar el fusil. La ordenanza previene al capitán, «generalmente los regimientos se han dedicado á exigir una igualdad suma inconseguible en el manejo del arma con gran mortificación de la tropa». Se discurría el modo de atormentarla.

La táctica de aquella época disponía se cogiera el fusil con la mano izquierda, de modo que el talón de la culata estuviese á la altura de la cadera con el brazo extendido. Como unos tienen el cuerpo corto y el brazo largo, ó al revés, siempre había motivo para chillar á oficiales y soldados á lo bruto. La

ciencia consistía en hacer el manejo del arma á son de caja, que al atacar las baquetas sonasen á un tiempo; y hubo jefe obtuso que repetía no tocasen con ella en pared ó interior del cañón. Imposible. Se castigaba con veinticinco palos al soldado que hallándose firme movía la borla de la gorra de cuartel, yo no lo vi, lo oí, y exigían llevasen todos de igual manera lo que la decencia prohibe nombrar. Un teniente de mi batallón, trataba tan mal á los soldados, que les dijo al irse con licencia: Si murmuran de mí, cuando vuelva me lo pagarán. Al perderlo de vista, exclamaron todos: ¡Va á volver! Llegó á tenerse tal horror á ser soldado, que se prefería ir á presidio mutilándose el dedo índice de la mano derecha para no poder disparar el fusil, ó se arrancaban los dientes que servían para morder el cartucho. Todo lo que humillaba ó mortificaba decían era muy militar. A los oficiales que tratábamos bien al soldado nos calificaban de poco carácter y falta de valor. Los que procedían de la clase de tropa ó que la echaban de liberales avanzados eran los más déspotas y crueles. Si algún soldado llevaba faja, que es higiénico, la hacían pedazos.

La ordenanza era una tela de araña donde se enredaban los mosquitos, pero que rompían los abejorros. Para los que no tenían recomendación ni los protegía el jefe de una kabila, se había reducido tan sabio código á obedecer, aunque se mandase cartuchera en el cañón.

El pan que daban á la tropa era un engrudo negro que no cocían bien para que pesase más, haciéndose proverbial como malo el llamado de munición. Ni los perros lo comían. Así se aumentaba la mortalidad en el ejército. Los contratistas robaban para ellos y para sus protectores. Con los pobres, enfermos, presidiarios y soldados, se han hecho muchos ricos.

Estaba tan arraigada la idea de robar al soldado, que el tendero, al suministrar los comestibles para el rancho, los daba faltos de peso. El cabo furriel recibía una gratificación, y el sargento primero se quedaba con menestra para su puchero,

que cocía gratis con el carbón de la compañía. A pesar de todo, la institución más decente y mejor organizada que había en España durante mi juventud era el ejército. ¡Qué tal estarían las demás!

Cuando en 1840 me incorporé al regimiento infantería voluntarios de Aragón 2.° de ligeros, los soldados que lo componían no eran voluntarios. Su equipo y uniforme no se diferenciaba de los soldados que pertenecían á los regimientos de línea. El primero que usé se componía de pantalón encarnado y dolmán azul turquí. Los galones, botones y cordones eran de plata. Conservo los de cadete de mi padre (año 1793), los de mi hijo (infantería de Marina 1873) y los míos. Estos, de los tres, son los únicos falsos. Prueba de que mis tiempos fueron peores que los de Carlos IV y la federal.

Espartero en 1841 nos puso verdes á los infantes. De este color llevábamos la casaquilla, levita, faja y cordones. Los jóvenes y delgados vestidos á la inglesa podían pasar, los barrigudos apedreaban. Los militares con panza me son antipáticos por antiestéticos. El coronel de mi regimiento disponía en la orden del cuerpo las prendas que debíamos usar, formando con ellas diversas combinaciones, sin olvidarse de mandar que lleváramos borla en el sable. Sólo tres subalternos teníamos el referido uniforme en 1.° de Setiembre de 1841. Por eso nos destinaron á mandar la escolta de la procesión cívica que se celebró en Badajoz en el aniversario del glorioso pronunciamiento de 1840. La tropa iba con pantalones y chaquetas de lienzo que se compraron con el haber de los soldados licenciados temporalmente. Patriotería y miseria todo en una pieza. Los ejércitos reflejan el estado moral y material de las naciones.

Llegó otro glorioso y el 44 nos engalanaron á la francesa; retrocedimos á Fernando VII. La reacción se conoció en alargar hasta las corvas los menguados faldones de las casaquillas. Narvaez nos vistió con casaca azul, cuello blanco y cabos dorados. El coronel de mi regimiento dispuso que las de los oficiales se hicieran por contrata; yo, teniente de cazado-

res, abultaba la mitad que el capitán de granaderos el cual todo lo tenía grande, incluso el apellido; se llamaba Mas. Las granadas bordadas en su uniforme costarían doble que las cornetas del mío, pagaría lo mismo que yo, protesté, y se rieron sin hacerme caso. ¡Ojalá fuera esta mi mayor desventura! El general Narvaez mandó el 44 se abonara al soldado cuatro reales y medio al mes por plaza; desde entonces fué el ejército bien vestido; los pantalones construidos por los regimientos y eran buenos, costaban 35 reales. Por los que cargaba la administración militar 65, y no podían ser peores. «El que administra, chupa y enjuaga algo traga.»

Años más tarde llevamos casaca con cuello y vivos encarnados. La suprimieron, y quedó la levita hasta que se introdujo la guerrera. Las tres prendas son degeneración de la túnica celtíbera que es lo que debía usarse. Al desaparecer la casaca de la infantería española exclamó un comisario de guerra, catalán muy zafio:—A nosotros nos la dejaran como cuerpo facultativo.—En 1854 nombraron comisario de guerra á un empleado en Correos y el 68 á un paisano, intendente. El referido comisario, que se creía científico, cuando le daban la mano decía en la lengua del rector de Valfogona:—Sólo el dedo porque sudo—y alargaba el meñique.

La divisa de los capitanes españoles fué una banda roja que llevaron hasta el siglo XVII que la convirtieron en la faja que usan los generales actualmente. Esta la vi por primera vez en un retrato de Felipe IV, joven.

En 1709 el bastón servía de insignia en infantería. El coronel lo llevaba con puño de oro, el teniente coronel de plata, los sargentos mayores y capitanes con casquillo del referido metal, los ayudantes y tenientes con puño de marfil, los subtenientes de madera, los sargentos liso, y los cabos una vara. Antes de Felipe V ahorcaban, pero no apaleaban á los soldados. Debe suprimirse el bastón en el ejército. Estorba. En campaña y en grandes paradas he visto á cornetas de órdenes y asistentes con los bastones de sus generales y jefes metidos

en el cañón del fusil ó entre el cinturón y el cuerpo, pudiéndoles aplicar el cuento del asistente aragonés que iba siempre cargado con la lanza de un oficial y si se le preguntaban:—¿Para qué quiere tu amo esa arma?—Contestaba:—Para jo... robarme.

Desde 1785 usaban dos charreteras los capitanes, una á la derecha los tenientes y otra á la izquierda los subtenientes. Al principio eran de tamaño chico, y en la primera guerra civil los que las podían comprar casi les llegaban los canalones al codo. En 1841 las usábamos con puente de plata en forma de media luna; el 44 se achicaron y suprimieron las de seda de los sargentos. El 55 gastábamos hombrera de metal, hasta 1864 que desaparecieron las de oficiales, granaderos y cazadores. Ahora se engalanan con ellas los generales. El general, jefe, oficial y soldado debe usar igual traje, distinguiéndose por las divisas y el más ó menos lujo de las prendas que visten las diferentes clases de la milicia. En ésta cuantos menos chismes mejor. Es ridículo que las prendas, corte, color, vivos y dimensiones de los jefes y oficiales sean diferentes de las que lleva la tropa, en cuyo caso no van de uniforme.

La prenda más difícil de encontrar para el soldado es la de la cabeza. Debe resguardarle del sol, del agua, de un golpe, poder dormir con ella y servirle de gorra de cuartel. Cuando se generalizaron las armas de fuego, al casco, capacete ó morrión sustituyó el sombrero. En el siglo XVII le levantaron un ala, en el XVIII lo convirtieron en candil, á fines del mismo siglo lo aplastaron, y después de llevar el sombrero de tres picos en batalla, para que no hiciera sombra, le dieron media vuelta como ha llegado hasta nosotros. Para que se vea lo que es la moda. Apareció un ejemplar en Tetuán cuando la guerra de Africa y acostumbrado el ejército al ros y á la leopoldina, soltó la carcajada.

Con la invasión francesa de 1808, vinieron las gorras de pelo y los enormes morriones con carrilleras de metal, colosales plumeros, cordones trenzados y otros desatinos. En la pri-

mera guerra civil, durante la acción de Zornoza, los soldados se encasquetaron las gorras de cuartel, y tiraron los morriones. La paz trajo otros más ligeros y por el año 1850 se mandó usar carrilleras y plumero. Sólo la galleta ó adorno que llevábamos en lo que nos tapaba la mollera, se componía de diez y siete piezas; las carrilleras de sesenta y siete. Si una de ellas se perdía ó descomponía, mortificaban al soldado y al oficial.

El director de infantería, para cambiar el cubrecabezas del soldado en 1855, encargó el modelo á un industrial. Este imitó la gorra escocesa, el general dió su nombre al morrión-ros que, glorificado por la guerra de Africa, es lo mejor que se ha llevado desde el siglo XVII. Debían usarlo los generales siempre en lugar del antiestético, horrible y extranjero casco. El pueblo llamaba á los generales judíos en Semana Santa. Cuando la cuestión de las Carolinas con Alemania, avisaron á los generales no bajaran con casco á la estación del Norte, para acompañar á Alfonso XII. El emperador Carlos V y el gran duque de Alba, según los retratos de Ticiano, iban como los soldados de su época. Velázquez retrató á Felipe IV con sombrero igual al que llevan los arcabuceros que hay en el cuadro de la rendición de Breda pintado por tan gran artista. Lo contrario es mojiganga, adefesio, tontería, antiespañolismo.

El 12 de Diciembre de 1811 mandó la regencia que la infantería usase pantalón celeste y gorro cónico truncado. Este debía ser azul turquí, del tejido de las boinas, con visera, supliendo al morrión y á la gorra de cuartel; sería un recuerdo de la guerra de la Independencia y se disminuiría una prenda al soldado.

Sería conveniente que los militares en activo servicio vistiesen siempre de uniforme, dando ejemplo los oficiales generales. El fajín con el traje de paisano como distintivo de su alta categoría, debían usarlo los que no se hallan empleados ó se encuentran en la reserva. Al manifestar yo en 1866 no era justa la orden que sólo obligaba á los oficiales y jefes el ir de militar, me preguntó un general atrabiliario y egoísta:—«¿No van

siempre los clérigos con su traje?»—He visto muchos de seglar, pero á ningún obispo: los generales son nuestros prelados—le contesté.

Repito que el pantalón ó bragas de la infantería debe ser celeste. La sorpresa de Lácar en 1875, se debió á los pantalones; los de los carlistas y alfonsistas eran del mismo color. Los soldados franceses llevan pantalón encarnado; los españoles no deben usar el de nuestros enemigos tradicionales.

La ordenanza de 1768 prohibe al soldado ir de capa. No rezaría con los oficiales. Mi padre la usó parda en la guerra de la Independencia. Al no llevar abrigo aunque helase, es decir, fastidiándose, llamaban ir á lo militar en el siglo XVIII. En 1841 se consentía que en la esclavina verde con forro blanco llevasen algunos oficiales charros la cruz de San Fernando, bordada, á guisa de templario en drama romántico.

El primer abrigo que tuve en la milicia y el más útil para el oficial de infantería, fué el gabán azul turquí, de reglamento en 1848. El poncho famoso en la guerra de Africa era una túnica larga con esclavina. Si esta, á impulso del aire, al dar la voz preventiva, envolvía la cabeza, no se podía añadir la ejecutiva. El color pardo es feo y de mala vejez. De coronel gasté capote ruso celeste, ascendí, lo tiñeron de azul turquí, y ahora que yo no sirvo me sirve de bata. La misma manta morellana me resguardó del frío en la guerra de Africa, en la civil y después de treinta y siete años, la tengo en la cama. A las prendas también se las toma cariño. La manta es utilísima para el soldado en paz y en guerra.

Los celtíberos llevaban el pelo corto, los godos no se raparon jamás, el invicto Cárlos V se quitó las melenas, lo imitaron sus cortesanos, algunos derramaron lágrimas al perderlas, desde Felipe IV los españoles se dejaron crecer el cabello, los soldados durante el siglo XVIII usaban coleta y para trenzarla se ayudaban unos á otros. De ahí viene el llamar al amigo íntimo camarada de peine. La única medida limpia que se tomó en el reinado de Cárlos IV, fué disminuir la suciedad

en la tropa mandándola cortar el pelo. Cuando decae la disciplina en ella, se aumenta la longitud del cabello. Siempre que veía en el regimiento que yo mandé en 1875 algún oficial que lo llevaba largo, le decía señalando á un soldado que se hallaba en el mismo caso:—Mande V. que corten el pelo á ese.—Ambos se rapaban.—¿Qué murmuran de mí?—preguntó á un médico militar.—Dicen que su empeño de que todos vayan pelados, es porque V. es calvo.—No; lo manda la ordenanza. Dispuse que los soldados de mi regimiento usasen pañuelo blanco de algodón al cuello. Les abrigaba en invierno, empapaba el sudor en verano y si los herían podía servir de venda. Como no llegué á personaje, se adoptó la trilla, inútil en campaña.

La mejor música es la que más nos gusta. Si no la entendemos, es igual á que nos hablen en chino. La inmensa mayoría va al Teatro Real por ver y que la vean. Pasos dobles que marquen bien el compás, se oigan á gran distancia, aires nacionales que alegran, conmueven, recuerdan nuestros valles y cabañas, es lo que deben tocar las charangas del ejército. Estas debían componerse en cada batallón de un sargento, dos cabos, de los cornetas y de otros tantos individuos que tocasen instrumentos que no les impidieran llevar el fusil y disparar. En la milicia no deben existir hombres inútiles.—Cuando en la última guerra civil comenzaba el fuego, me decía el músico mayor:—Con el permiso de V. S. nos iremos á retaguardia; pensaba yo.—Donde debíais iros es á... el demonio.

Antes se contaba la paparrucha de que al entrar la parada en la plaza de armas del Palacio Real de Madrid, un tambor mayor lanzaba la porra ó bastón por encima de la Armería Real y sin perder el paso regular ó lento, lo cogía en el aire después de atravesar el arco á la cabeza de la banda. Lo único bueno que ejecutó la república fué suprimir el mamarracho del tambor mayor y los estorbos de los menores.—Los han vuelto á poner.—Ya los quitarán.

Pero probar que los músicos de los regimientos son una ca-

lamidad, obsérvese en el año de gracia de 1896, lo que sucede cuando vuelven de la parada después de relevar la guardia de Palacio. Desfilan á compás gastadores, cornetas y tambores; los músicos nunca. Manda firmes un coronel á su regimiento; hay algún músico que no obedece. Marchan los músicos á compás, de lo contrario no podrían tocar, no todos llevan el paso. En los varios regimientos que serví, los únicos individuos que fusilaron fueron músicos. El mayor disgusto que tuve mandando un regimiento en campaña me lo dió un músico. El peor de los estados es la civilización á medias. Los músicos se hallan á medio civilizar.

Hasta 1859, lo mismo en paz que en guerra, si podía elegía asistentes aragoneses.—En el ejército gozan fama de valor, honradez y lealtad. Tuve uno de lo más indómito que se ha criado en las orillas del Cinca. Durante las interminables marchas que hacíamos por Cataluña, sublevada contra las quintas en 1845, al pasar los carros por entre las filas de la compañía, en cuanto mi asistente escuchaba la voz del carretero, gritaba, remedándolo: «¡Sooó!», y las mulas se paraban en seco. El catalán no podía adivinar qué soldado se burlaba, arreaba á los animales, que cesaban de caminar cuantas veces el aragonés repetía «¡Sooó!», con gran risa de los cazadores y desesperación del carretero, que juraba, blasfemaba y hasta pateaba el gorro de rabia.

Tuve un asistente en 1850, hallándome destacado en La Línea, que decía:—En Gibraltar hay ingleses, gabachos, moros, judíos, pero sólo un aragonés cuando yo estoy en ese pueblo.—Si yo era fiscal en alguna sumaria, le nombraba escribano; tomaba yo las declaraciones; no había cuidado que faltase al juramento de guardar fidelidad y secreto. No hacía sino firmar donde le indicaba. Concluía yo los autos á escape.

Al llenar un botijo en una fuente de San Roque, un aguador le dió por detrás con un cántaro en la cabeza. Cayó en tierra, se levantó, rompió los dientes al paisano y le pateó las tripas.—¿Qué es eso?—le pregunté al verle herido.—Que me

han *pegao*.—¿Se ha dejado V.?—A traición me han dado; si no me lo quitan, le saco los hígados por la boca.

En Algeciras le insultó un sastre. Lo cogió por la cintura, lo sacó fuera del balcón, y le dijo con la mayor calma:—Si no *juera* porque mi amo *pegará*, con mí lo tiraba á la calle.—Se empeñó en tocar la jota. Para que cesara el sonsonete, le gritaba yo:—¡Ibor! No oía el *tiruriru*, pregunté por el maldito instrumento, y me contestó el asistente:—No pude aprender: rompí la *vigüela* contra una esquina.—Me alegré.

La ciudad más cara de España era Cádiz; me quedaban cuatro duros, no quería pedir ni á mi familia y dije á Ibor:—Con tres duros me mantendrá V. un mes. El asistente me miró asombrado y replicó:—Yo tengo dinero —No quiero de nadie.—Jamás he recordado los manjares que me dió el asistente. Ya manifesté lo noblemente que me sirvió Ibor cuando caí herido en 1854.

Me hallo persuadido que los peores soldados son los civilizados á medias. Siempre que elegía cazadores para mi compañía entre las cuatro de fusileros del batallón, desechaba los de algunas provincias, los de las grandes ciudades y los menestrales. Tomaba labradores, pastores, leñadores, contrabandistas y que no supieran leer. Alguno presentaba la dimisión compungido, alegando que no podía aprender los toques de guerrilla.—¿No tiene V. otro motivo?—No, señor; siento marcharme. Le ponía la mano en el hombro y decía:—¡Bah! ¡Bah! Por un salvaje más ó menos no la echaremos á perder. El soldado quedaba contento. Reunía los más bárbaros del batallón, era la época de mi mayor entusiasmo militar, y supongo que la mejor compañía de cazadores del ejército era la mía.

Mandaba yo el castillo de Tortosa en 1859 se me presentaron el asistente y un ordenanza, se cuadraron respetuosamente y expusieron á duo:—Mi capitán, con su permiso nos vamos al cuartel. A usted y á los niños serviríamos de rodillas, pero... no podemos sufrir á la señora. Mi mujer por exagerada en limpia los tenía fritos.—Esperen Vds. á que yo acabe de escribir,

y.. nos iremos los tres—les dige muy serio.—Al oirlo echaron á correr riéndose á carcajadas, y permanecieron conmigo hasta que tomaron la licencia. Cuando lo verificaron, formé la compañía y pregunté á los soldados:—¿Cuál es el más bruto de ustedes?—Fornoza—contestaron á coro.—¿Quiere usted ser mi asistente?—le dije al bárbaro por elección.—Sí, señor. Había sido carbonero en Añón, pueblo situado en Moncayo. Era tan ligero de piernas como cerrado de mollera.—¿Para qué llevas puñal? ¿No tienes fusil, bayoneta y 40 cartuchos?—le interrogué.—Pues irá V. sin *cualque* herramienta—exclamó.

Pasaron veinte años; deseaba yo subir á Moncayo. Avisé á mi antiguo asistente Fornoza, y me esperó el 13 de Agosto de 1878 en el Monasterio de Veruela para servirme de guía. Me vió y dijo:—¿No trae V. *cualque* herramienta? *Paice* mal en un mandón. Pregunté á una labradora:—¿Qué imagen es la que hay en ese pilar?— La Virgen de Veruela. El cuadro lo guardó una vieja desde que echaron los frailes hasta que vinieron los jesuitas; más de cuarenta años. Es donde se apareció nuestra Señora.—*¡Miá* parecida! Los curas para sacar cuartos—exclamó Fornoza.—No seas bruto—le interrumpí—¿querías que tu mujer y tus hijas no fuesen cristianas?—¡Rediós! Las *escacharía* la cabeza—replicó furioso el aragonés.

La villa de Añón, es una fortaleza del siglo XIII bien conservada. Por las calles corren el agua, los cerdos, las gallinas, los chicos y las mujeres ágiles, fuertes, guapas y limpias; los hombres, carboneros y leñadores, no se lavan jamás. Son liberales para destruir los bosques, sin importarles que las generaciones futuras no tengan con qué calentarse. ¿Qué hace aquel que anda por el agua en el fondo del barranco?—pregunte á Fornoza.—Coge truchas; si tuviera una carabina se las quitaba—respondió.—Eso sería robar—le repliqué.—Fornoza tiró una pedrada al pescador, gritando:—¿Hay amanta? (muchas.) El montañés no le hizo caso. Llegamos á la hospedería al ponerse el sol por detrás de Moncayo. La casa está pegada á un peñasco que le sirve de abrigo. Sólo la habitan de Junio á Se-

tiembre. El resto del año se halla cubierta de nieve. A los viajeros dan gratis toda clase de utensilios. Los comestibles se encargan á Tarazona; al abandonarla antes del invierno tapian puertas y ventanas; en una bonita capilla del siglo XVI, se venera á Nuestra Señora de Moncayo. Después de rezar el Rosario, cantar gozos á la Virgen y cenar—dijo un muchacho desharrapado al capellán del santuario:—Señor vicario, las *litaguericas* y *litueniguericas* quieren las deje V. el pandero para bailar un *poquico* hoy que hace luna. Varias mozas de Litago y Lituénigo dormían en la casa, al amanecer cogen el aromático chordón (frambuesa riquísima) que venden el mismo día en Borja y Tarazona; andan las pobres á pie ocho ó diez leguas.

El 14 de Agosto, por una cuesta sin vegetación, después de dos horas de penosa marcha, subimos á la cima de Moncayo, 2.926 metros sobre el nivel del mar. Descubrimos un magnífico panorama; se extendía por Aragón, Castilla y Navarra hasta las cumbres del Pirineo. El Ebro parecía una cinta de plata; vimos pasar el tren de Zaragoza á Tudela. De pronto una neblina cubrió el valle, las nubes se espesaron, culebrearon los relámpagos y se repetían los truenos. Mientras en la cima del monte tomábamos el sol, más abajo descargaba furiosa tempestad. Fornoza, que seguía como cuando lo declararon bruto sus compañeros, exclamó: De Moncayo que está lleno de demonios salen todas las tronadas. Yo los he visto. ¡Hacen un ruido!

En la *Vida y hechos de Estebanillo González* leí: «Hallóse al presente sin cocinero D. Pedro de Ulloa, capitán de caballos, y por haberle informado que yo era el mejor de todo el ejército, me recibió para que yo le sirviese en dicho oficio, porque en la tierra de los ciegos el que es tuerto es rey. Contóme mi amo que hallándose en una aldea una víspera del Corpus llegó una compañía de la legua, y delante de mi amo y de los jurados representaron el auto *La locura por el alma,* adonde el que hacía Luzbel por dar más voces que los demás parecía mejor que todos. Salió mi amo á la plaza con todo el ayunta-

miento, hallaron al cura, preguntó al alcalde que tal eran los representantes, satisfizóle con decirle que uno qué representaba el diablo era el mejor. A lo cual le respondió el cura: Si el diablo es el mejor, ¿qué tales serán los demás? y digo que si yo pasaba plaza del mejor cocinero del ejército, ¿qué tales serían los demás?» Desde las guerras de Flandes no hemos adelantado gran cosa en materia de asistentes.

Preguntó un oficial á su asistente si había colado el café. —Sí, señor, con un calcetín de los sucios que se quitó V.—contestó. En 1875, durante el campamento de Monte-Esquinza los asistentes, á falta de agua y paños, limpiaban los cubiertos con saliva y el pañuelo. Cuanto más sucia la cocinera, más gordo el amo.

A un sibarita rico le oí no comprendía pudiera pasarse sin tomar un baño diario. En el campamento de Monte-Esquinza se habría revolcado en el fango.

Antes, si los oficiales procedían de cadetes, se ponía en la hoja de servicios. Su calidad noble. A los de la clase de tropa. Su calidad honrada. Dice la ordenanza. «Si el oficial al ser reprendido produce su nacimiento será mortificado á proporción de la irregularidad del caso.» Encarga al subalterno la circunspección y dulce trato con sus súbditos. Al capitán, que tengan los soldados buen trato, pronta justicia, ánimo, interior satisfacción, y al coronel, que su propio ejemplo, aplicación, desinterés, prudencia y firmeza, sirvan de estímulo y escuela. En los honores fúnebres dispone: «Seguirá el acompañamiento de oficiales no empleados y caballeros convidados en el mejor orden que se pueda». No expresa vayan por categorías. El siguiente artículo debía grabarse en oro. Cualquiera especie que pueda infundir disgusto en el servicio ó tibieza en el cumplimiento de las órdenes de los jefes, se castigará con rigor, y esta culpa será tanto más grave cuanto mayor fuese la graduación del oficial que la cometiere.

La regencia en 13 de Abril de 1811 ordenó: «Qué en el caso de apuro ó intimidación de una plaza ó fortificación,

tome mando el de mayor carácter que vote por la defensa aunque sea el último de la guarnición, con la propia autoridad del gobernador, quedándole subordinados todos y obligados á su obediencia bajo pena de la vida y confiscación de bienes.» Así se hace imposible capitular.

Las Ordenanzas que para el régimen, disciplina, subordinación y servicio de sus ejércitos dió Cárlos III á 22 de Octubre de 1768, hasta en literatura son un monumento cuyos preceptos son inmutables. Al reformarlo se echa á perder. Los militares deben tener ideas de nobleza; los pundonorosos son valientes; para sacrificarse por la patria es preciso amarla. En la primera guerra separatista de Cuba, los hijos de español y criolla fueron filibusteros, los de cubano y española ninguno. Los hospicianos que fueron de soldados á defender la integridad de la Nación, muchos se pasaron á los insurgentes. No tenían madre. Carlos III prohibió admitir en el ejército á los mendigos. El que carece de dignidad puede vender la puerta de una plaza y robar lo que custodia.

Los títulos aristocráticos más dignos se ganan peleando por la patria. Cervantes dice: «Que puesto que han fundado más mayorazgos las letras que las armas, todavía llevan un no sé qué, los de las armas á los de las letras, con un si sé qué de esplendor que se halla en ellos, que los aventaja á todos.»

En España existía la democracia cuando no se conocía de nombre como ahora.

Antes de que se hablase de igualdad, los soldados rasos llegaban á príncipes y duques. Díganlo Leiva en el siglo XVI y Espartero en el XIX. Los ricos y nobles tienen más obligación de defender el país que los pobres y plebeyos. El único medio que queda á la aristocracia de conservár el prestigio y de que no desaparezca es dedicarse á la milicia ó á la diplomacia. En 1796, de 613 generales que había en el ejército, 123 tenían título aristocrático. En 1896, de 496 inclusos los que se hallan en la reserva, 13 ostentan títulos antiguos y 12 modernos. Véanse las Guías de forasteros de los años mencionados.

Cuando no hay clases, aparecen los tiranos. Entró un aragonés en la iglesia con el pañuelo en la cabeza; el cura le llamó animal, se ofendió el baturro y le preguntó furioso:—¿Y V. con la casera? (ama).—Todo es malo, todo es malo—le contestó el clérigo despotismo y liberalismo.

Dejaremos por ahora á políticos civiles y militares que todos son malos, y volveremos al aburrido servicio de guarnición. Repetidas injusticias no me quitaban el entusiasmo. Siendo capitán gozaba mandando mi batallón. Un día pregunté al tambor mayor por qué no rompían la marcha los soldados al compás de la banda.—Porque no hace V. señal con la espada antes de dar la voz ejecutiva y no puedo prevenirlo á la música con el bastón—respondió.—Quedé convencido y corregido. ¡A cuántos ciega la vanidad y se ponen en ridículo creyendo que todo lo saben!

A ser posible, la tropa nunca debe caminar de noche. Las fuerzas físicas decaen más que durante el día. Cuando llega el amanecer, la humanidad necesita descanso. Se observa que los soldados de caballería se entregan al sueño aunque se lo prohiban. Los de infantería acortan el paso, vacilan y caen al suelo como aletargados. Al salir el sol se ven los rostros pálidos, se descompone el vientre: si para evitar el calor un batallón camina de noche y otro sufre los rayos del sol canicular igualmente bien mandados, el segundo tendrá menos bajas que el primero después de una larga marcha.

Al amanecer hace crisis la naturaleza; es cuando generalmente mueren los enfermos. También es la hora á propósito para las sorpresas. En las guerras de Italia y Flandes las *encamisadas* se hacían al rayar el alba.

No es fácil conducir soldados. En una marcha nocturna que hizo mi batallón en 1857, las tres cuartas partes se tendieron en las cunetas de la carretera mientras el resto con los oficiales seguía andando. Al clarear el día me dijo un capitán:—No veo mis pavos.—Así llamaban á los granaderos. Todos habían quedado dormidos en el camino.

En Reus un capellán de mi regimiento, cumpliendo con su deber, en cuanto veía alguna de esas infelices mujeres que van con los soldados daba parte al alcalde y la echaban de la población. Observó una que el capellán la perseguía, aturdida entró en el cuartel, el cura muy contento de que allí no se la escaparía, lo avisó al oficial de la guardia de prevención, ambos llegaron á la cuadra de la compañía de granaderos, donde les dijeron se había metido, cerraron la puerta y registraron hasta las mochilas; los soldados rápidamente anudaron las sábanas, con ellas descolgaron la pecadora por la ventana que daba al campo, arreglando las camas mientras el capellán y el oficial subían la escalera.

Al examinarnos de contabilidad en una revista de inspección, el general no estaba fuerte, y previno al coronel que se hallaba flojo, le sustituyera. En mi regimiento había un capitán gallego que se daba gran importancia por haber pasado toda la vida en las oficinas, llegando á enterarse de la burocracia militar, para lo cual no se necesita talento sino paciencia. El coronel creyó lo sacaría de apuros y le preguntó: ¿Qué recibe el soldado por todos conceptos?—El soldado no recibe nada.—¿Cómo no?—El general levantó la sesión y se marchó. Furioso el jefe llamó sabio de aldea al oficial. Nosotros le titulábamos *Carpeta*; iba casi siempre con papeles debajo del brazo. Los que se dedican á la burocracia en los regimientos, no son los más á propósito para la guerra. El Cid y el Empecinado huirían de la tinta de escribir. Al mismo capitán le oí que en la primera guerra civil mandaba una columna.—¿De cuatro hombres? entonces eras cabo—le interrumpí.—Se conoce que no te has encontrado en muchas batallas como yo.—¿Te hallaste en las de Guadalete y las Navas—le pregunté.—No.—¿Por qué?—No habría nacido.—Ni yo cuando estuvistes en las que has soñado. En su hoja de servicios no tenía ninguna. Como gallego con mando se daba gran importancia. Nos contó que al cabecilla Frai Saturnino le cogió un puñal de solimán.—¿Del sultán Solimán? dámelo; sabes mi afición á las antigüe-

dades.—Estaba envenenado.—¿El emperador de Turquía?—El cuchillo—contestó.—Para hacerle rabiar le referimos el siguiente cuento muy repetido en el ejército: «Varios gallegos marchaban uno tras otro por Andalucía, les detuvieron unos ladrones, les preguntaron de dónde eran, respondieron que de *Santiajo*, de *Lujo*, de *Vijo*, les arrimaron una paliza á cada uno menos al último que contestó de *Guered* (Jerez).—Al darle de beber exclamó.—Si no digo que soy de *Guered* me *goroban*.

En sociedad y menos en la milicia, se debe bromear sólo entre iguales. A los mayores se falta y á los menores se deprime.

En aquella época existía el oficial patriotero, tipo despreciable. Su liberalismo falso estaba en relación con sus malos instintos. A un capitán de mi regimiento jamás se le caía la palabra libertad de la boca. Me miraba con lástima, creyéndome familiar del Santo Oficio. Le odiaban los soldados, aseguraban había muerto dos; les metía la uña en la oreja, les daba con la empuñadura del sable en el vientre, ó con el puño cerrado debajo de la barba. Pregunté después de la revolución por aquel verdugo, y me contestaron: Por poco lo arrastran los soldados del batallón que mandaba; escapó á uña de caballo. Al oirlo me sonreí y exclamé:—¡Ya!

Hallándose mi batallón formado en columna, el segundo comandante, muy animal, que le faltaba media oreja, gritó airado dos veces:—Los capitanes, aquí. Nos acercamos y añadió en igual tono:—Si mañana no están las distribuciones, todos arrestados.—¡Qué barbaridad!, le dije en voz baja y pensé.—¡Ojalá te hubieran desorejado.—Es cosa del coronel, replicó.—Se llamaba distribución la cuenta mensual del haber y prendas que se entregaban á los soldados.

En un regimiento hay las mismas intrigas, envidias y chismes que en un pueblo pequeño. El primer comandante de mi batallón cortó relaciones con la mayoría de los oficiales casados. Se le ocurrió la diabólica idea de insultarnos, sin ries-

go por medio del santo, seña y contraseña que reciben las guardias diariamente. Calculó que enviándome el primero, descifraría el enigma y alarmaría á mis compañeros. En cuanto leí San Fernando Fanfarria Fechoría, comprendí aludía al capitán gallego. Este me relevó, le enseñé el papel y pregunté:—¿Sabes qué significa?—No.—Te lo explicaré.—San Fernando, tú; te llamas Fernando; *Fanfarria*, eres un fanfarrón; *Fechoría*, supone habrás hecho alguna fechoría. El santo que recibas me lo dedicará, comenzará con R. En efecto. Lo traduje del modo siguiente. San Rómulo, yo; el comandante sabe soy gemelo; Rómulo y Remo, reyes de Roma, también lo fueron; Retirada, le he retirado mi amistad; Risa, me da risa. El maruso se quedó como quien ve visiones. A los otros capitanes dirigió santos por el estilo. El último decía: *San Trino*, al comandante le acompañaban siempre dos aduladores; *Tinta*, los tres se titulaban «La liga negra»; *Terrible*, serían inexorables con los que nos llamaban «La liga blanca». Reclamar era inútil. Conservo los originales.

El comandante carecía de tacto, y era más pesado que la maza de Fraga. Desde su pabellón contó los cigarrillos que en seis horas se fumó el sargento que se hallaba de guardia. Trató de mortificarme más que á los demás, por creerme el de menos paciencia. Lo comprendí, y no consiguió apurármela. —He sabido,—me dijo delante de los oficiales,—opina V. que la carga á discreción no se debe hacer con igualdad.—El sentido común, el diccionario de la lengua y nuestras sabias ordenanzas lo disponen,—manifesté.

Estaba yo en el pabellón, llegó un sargento y me dijo:—El señor comandante, que vaya V. corriendo al cuartel; se ha incomodado porque la compañía no bajaba la escalera á compás. Me sonreí, pensando: busca camorra, desea que pierda yo los estribos; no le daré gusto. Al verme, exclamó el jefe: —Los cazadores todo lo hacen mal.—Según quien los manda, le interrumpí.—Que formen,—añadió. Previne á los soldados trataban de examinarnos y esperaba quedaríamos bien. El

jefe me indicaba lo que yo debía de mandar; la compañía parecía una máquina; al fin de cada movimiento preguntaba al comandante con la mayor calma:—¿Y ahora? Hasta que por no poder corregir, gritó:—Que se retiren.

Por aquella época había en el ejército superiores que gozaban en fastidiar á los inferiores, justa ó injustamente. Sobre todo chillarles en público, para darse importancia, seguros de la impunidad, olvidando que la ordenanza previene al cabo *ser medido en sus palabras aun cuando reprenda.*

Dispuso el comandante enseñase yo á los cazadores la esgrima de bayoneta dentro del cuartel y á los otros capitanes que instruyesen á sus soldados fuera del edificio en la táctica de guerrilla. Adiviné su idea. Cuando mi compañía olvidase el orden abierto peculiar de su instituto y los otros lo supiesen, ponerme en ridículo. Pasó un mes, esperó que yo estuviera de guardia y mandase mi compañía un subalterno tumbón, que siempre acudía al cuartel después que yo, y abusando de la amistad, en lugar de excusarse me preguntaba:—¿Ya lo has arreglado todo?

Mandó desplegarse en guerrilla á los cazadores al frente del batallón, y aunque trató que lo hiciesen mal, jamás otros lo ejecutaron mejor. Les advertí yo lo que iba á suceder, y de ocho á nueve cada noche se ejercitaban solos en guerrilla dentro de la cuadra tocando el corneta con la boquilla del instrumento. La masa de nuestros soldados es inmejorable, y de ellos se consigue todo tratándolos con justicia.

Para ser oficial de infantería no era indispensable durante nuestras revueltas civiles el requisito de ser caballero, ni siquiera honrado. Su procedencia era diferente en casi todos sus individuos. No se ponían de acuerdo jamás ni para bueno ni para malo. En mi regimiento un capitán se llamaba Mula, otro Cordero, y muchos, sin tener nombres de animales, sufrían que los tratasen como á bestias. Los de carácter independiente, los que sabían cumplir con su deber, no toleraban les faltasen al decoro y consideraban la milicia como religión de

hombres honrados, según la calificó Calderón, los echaban de los cuerpos con sólo escribir los coroneles á la Dirección del arma. Así los mortificaban en su amor propio, les perjudicaban en sus intereses trasladándolos de un extremo á otro de la Península, les rebajaban el sueldo, conseguían que perdiesen el entusiasmo y hasta la fe en la justicia humana. Recurrir al ministro de la Guerra era una necedad no teniendo valimiento. Pedirían antecedentes á la Dirección que no informaría en contra de lo que ella había dispuesto. Tiranía horrible.

Ya dije fuí un mentecato al continuar en el regimiento después que el coronel me ultrajó cobardemente en Julio de 1856. Me dió una satisfacción, seguí creyendo en su amistad y olvidé la ofensa. Tenía tan buena facha como mal corazón. Su instrucción corría parejas con su brutalidad; salpicaba las arengas con sucias interjecciones. Se vengaba hasta de imaginarias ofensas. Trataba á sus inferiores con el mayor desprecio. Dirigiéndose á la oficialidad dijo:—El menor de Vds. se cree más guerrero que Metternich. Un alférez versificador repentista exclamó al oirlo.

«Para frugal Eleogábalo
para sabio Marte chic,
para discursos un bárbaro;
para guerrear Metternich».

El 7 de Diciembre de 1859 un oficial de mi compañía que ha muerto de teniente general en 1896, me enseñó la *Gaceta* y leí estupefacto: «Destinando al provincial de Cangas de Onís al capitán D...» Vestido de paisano me presenté al coronel. ¿Es V. el que me echa del regimiento al cual me trajo contra mi voluntad?—Yo, no.—Pues no lo entiendo; está en la *Gaceta*. —Será equivocación.—No hay otro de mi nombre en el ejército. ¿Tiene V. algo que reprocharme? Me descubro delante de todo el mundo, sólo dirán que soy calvo.—Como V. no me visitaba... Jamás le he adulado... En una época desgraciada fuí el único que no le abandonó; romperé una carta en la que dice V. que

era yo un hidalgo aragonés. Apurado el coronel me preguntó: —¿Quiere quedarse en el regimiento? Escribiré... —¿Yo? Jamás; tiene nombre político, da asco, me inutilizaron al entrar, me trataron injustamente y ahora me expulsan. Me alegro. Volví la espalda al jefe y no lo vi más. Así se jugaba en aquella época maldita con la suerte y vida de los oficiales. Perdí la interior satisfacción que recomienda la ordenanza. Esta previene: «Podrá llegar hasta Nos con la representación de su agravio» ¿Con el sistema constitucional, dónde está Nos? (el Rey) ¡Ha de hacer justicia el que agravia!

Se envenenó mi sangre. Con la mucha que vertí al herirme y el golpe moral que recibieron mis ilusiones militares, se me acortó la vista. Los diviesos me libraron de una enfermedad.

¡Cuánto sentí dejar la compañía de cazadores que mandaba desde 1854! Mi mujer se quejaba de que yo sólo quería á los soldados: los traté con firmeza y dulzura, hice cuanto pude por ellos, me desvivía en su obsequio. Jamás hubo ninguno de mi compañía en el calabozo. Por perder un botón, poca limpieza ó llegar un minuto tarde les imponía dos horas de imaginaria, leve castigo que redundaba en ventaja de sus compañeros. Corrigiendo las faltas pequeñas se evitan las grandes. En el castillo de Tortosa supe jugaban los soldados; me vestí á escape, arengué á la compañía y al observar que distraído llevaba gorra de paisano con el traje militar la arrojé por encima de la muralla. Mi separación cayó como una bomba en el regimiento; mis compañeros huían de mí, temían que el coronel los viese, hasta el capellán; tan miserable conducta me daba risa; no les he vuelto á hablar. El coronel se ensañó conmigo, consiguió me colocaran en un cuerpo sin tropa para aburrirme, matar mi entusiasmo militar y que en nada emplease mi excesiva actividad. Lo hizo á propósito, me conocía bien. Además martirizaba á mi inocente familia. En Diciembre desde la costa del Mediterráneo á Cangas, entonces no había ferrocarril ni carretera en todo el camino, sufriría mil pena-

lidades. Me creería como á la mayor parte de los oficiales sin dinero, tendría que pedirlo á la caja, humillarme por amor á mis hijos, hacerme pasar por el aro, frase que repetía con fruición en casos semejantes. No le di ese gusto. Los honrados prenderos tortosines, muchos años después conocí esta casta de aves de rapiña, no se acercaron á comprar mis muebles hasta el día de mi marcha para llevárselos por nada. Me paro en detalles que dan á conocer la vida militar á mediados del presente siglo.

Ignoro lo que alegaría el coronel para que conmigo cometiese el gobierno tamaña tropelía. Alguna calumnia. Supondría que si se inspeccionaba el regimiento se descubriría la verdad. Le convenía atemorizar á los oficiales. Si al que creían estimaba lo lanzaba fuera del regimiento, ¿qué haría con los demás, él que no se paraba en barras? Conseguiría matarlos de hambre. Su influjo era grande. A la nación le conviene que cuantos siguen la carrera de las armas sean independientes y ricos. Los que lo son deben más que los pobres defender la patria de los enemigos de fuera y de los políticos de dentro.

Pertenecíamos á la columna que mandaba jefe tan cínico un alférez manchego, grueso, moreno, linfático, pesado, bueno y yo al cual no me parecía en genio ni en figura. Hace dos años mi antiguo compañero, coronel retirado, ya ha muerto, me dijo con su calma acostumbrada:—Sé que escribes tus *Aventuras*; aunque tenías de joven mucha memoria, de seguro no recuerdas lo que sucedió... —¿Que no?—le interrumpí con vehemencia adivinándole el pensamiento.—Si tú que eres poco impresionable no lo has olvidado, calcula yo. Escucha:—«La noche de Navidad de 1847 nos hallábamos los oficiales de nuestro batallón acostados en la paja de la Rectoría de Montagut (provincia de Tarragona). Los asistentes nos dieron de cenar. El comandante llamó al suyo gritando: «Fayana» traeme lo que la p... de mi madre me ha mandado para Nochebuena.» Todos al oir la estúpida, asquerosa y villana frase

quedamos horrorizados.—¿Era eso lo que me ibas á contar?—pregunté al veterano.—Sí—me contestó.—Entonces era yo teniente. El comandante aquél de coronel me echó de su regimiento. Murió aplastado en un tren de ferrocarril después de lenta agonía, convertido en repugnante masa; sólo por las cifras de la camisa se identificó su personalidad.

En cuanto supo el gran canalla que pedí y conseguí me destinaran al ejército que peleaba en Africa, escribió á uno del cuartel general de O'Donnell para impedir mi ascenso á comandante. No hay peor venganza que la inmotivada. Dejé á mi familia en Algeciras, el vapor hizo escala en Málaga, coloqué mi capa entre los manteos de unos frailes franciscanos en la cámara del buque, le gustó á un charrán y me la robó. Mal augurio.

UN SOLDADO VIEJO.

EL PROGRESO CIENTÍFICO EN MÉJICO

ANAHUAC, después del descubrimiento *Nueva España*, y más adelante Méjico, era un país precolombino, habitado por las razas más cultas que los heroicos aunque muchos de ellos crueles conquistadores, conocieron.

Habitaban en el Anahuac los olmecos y gicalaucos, descendientes ambos de las naciones que poblaban la antigua Atlántida; los otomites, salvajes dedicados á la caza, en la cual eran sumamente diestros, y cuyo lenguaje, bastante difícil, lleno de aspiraciones guturales y nasales, no carecía de abundancia ni de expresión; los taroscos, nación civilizada que vivía en el hermoso, rico, vasto y ameno país de Mechoacán, cuyos artistas excedieron á los de otras naciones, y en su lengua, abundante, dulce y sonora, se usaba frecuentemente la *erre* suave, constando sus sílabas, por lo común, de una consonante y de una vocal; los mozahuis y matlazuiques, que formaron un Estado considerable en el valle de Toluca y fueron sometidos á la corona de Méjico por el rey Ajayacatl; los mitjeques y zapotecos, ambos muy civilizados é industriosos; los chiapaneses, gobernados por dos jefes militares nombrados por sus sacerdotes; los tlascalcus ó teochichimecos, considerados como una tribu de la nación chichimeca que se estableció en Pajauhtlón, lugar situado en la orilla oriental del lago de Tezcuco, extendieron considerablemente sus dominios y eran

guerreros, valerosos y muy amantes de la libertad; los cuitlateques, cohuijques, jopes, mazateques, papaloques, chinanteques, totonaques, soquimilques, chalqueses, tepanecos, colhuis y los tlahuiques, así llamados por habitar el país de Tlahuicán que quiere decir «tierras de cinabrio.»

Pero sobre todos estos pueblos, hubo tres naciones en el Anahuac, que fueron, á no dudarlo, las más cultas de aquella tierra.

Quiero referirme á los toltecos, chichimecos y aztecos, que en diversas épocas, dominaron en las comarcas mejicanas, llenándolas de monumentos, de pirámides de construcciones asombrosas, que hoy contemplan admirados los hombres que á la Arqueología se dedican.

Setecientos diez y nueve años después de Jesucristo arribó al Anahuac una raza, llamada tolteca por haber habitado antes más al Norte, un país que se llamaba Toltán, raza no desprovista de civilización, puesto que vivieron siempre sus individuos congregados en ciudades bien gobernadas, bajo el dominio de soberanos y la protección de leyes saludables y benéficas.

Distinguiéronse los toltecas más que nada en el cultivo de las artes; pero aplicados á la agricultura, fueron los primeros que comenzaron á cultivar el maíz, el algodón y el pimiento.

Consumados mineralogistas, los toltecas, supieron fundir el oro y la plata, dando á estos metales toda clase de formas por medio de moldes especiales y aún no muy conocidos, y trabajaron con destreza las piedras preciosas.

A este efecto, dice Fr. Bernardino de Sahagún en su *Historia general de las cosas de Nueva España*, que «fué tan grande lo que alcanzaron acerca del conocimiento de las piedras, que aunque estuviesen metidas dentro de alguna grande y debajo de la tierra con su ingenio natural y filosofía las descubrían y sabían dónde las habían de hallar.

Eran los toltecas sumamente versados en la botánica médica, conociendo la virtud medicinal de las plantas; pero sobre

todo eran muy competentes en Astronomía, hasta el punto de haber sido los inventores del arreglo del tiempo adoptado después por todas las naciones del Anahuac.

El italiano Boturini, en su preciosa obra *Idea de una historia de Nueva España, fundada en una gran colección de figuras, símbolos, caracteres jeroglíficos, cánticos y manuscritos de autores indios nuevamente descubiertos*, impresa en Madrid el año 1746, afirma que observando los toltecas en su antigua patria Toltán la diferencia de cerca de seis horas entre el año solar y el civil que tenían en uso, pusiéronlos de acuerdo, por medio de un día intercalar que introducían de cuatro en cuatro años, cuya innovación se verificó unos siglos antes de la Era Cristiana.

Dice además el citado Boturini que reinando en el Anahuac su segundo monarca *Ijthilcuechahuac* un famoso astrónomo llamado Huematzin convocó, con la aquiescencia de su soberano, á todos los sabios de aquella tierra, los cuales trazaron bajo su dirección el célebre libro llamado *Teoamotli* esto es, *libro divino,* en el cual se exponia por medio de diversas figuras el origen de los indios, su dispersión después de la confusión de lenguas en la Torre de Babel, sus peregrinaciones al Asia, sus primeros establecimientos en el Continente de América, la fundación del imperio de Tiile y sus progresos hasta aquella época; asimismo, describíanse en el citado libro los ciclos, los planetas, las constelaciones, el calendario de los toltecas, con sus cielos las transformaciones mitológicas en que se comprendía la filosofía moral de aquellos pueblos.

El P. Sahagún en su ya nombrada obra y hablando de la competencia de los toltecas en astronomía, escribe lo siguiente: «Eran tan hábiles en la astrología natural los toltecas, que ellos fueron los primeros que tuvieron cuenta y la compusieron de los dias que tiene el año, de las noches, sus horas, de la diferencia de los tiempos, etc.; conocían y sabían muy bien los que eran sanos y los que eran dañosos, los cuales dejaron ellos compuestos por veinte figuras ó caracteres:

también inventaron el arte de interpretar los sueños y eran tan entendidos y tan sabios, que conocían las estrellas de los cielos, y las tenían puestos nombres, y sabían sus influencias y calidades; sabían asimismo los movimientos de los cielos, y esto por las estrellas.»

Unos ocho siglos y medio habitaron en el Anahuac los toltecas, y al cabo de este tiempo, destrozados y divididos por guerras civiles, abandonaron la tierra mejicana para desparramarse por toda la América Central.

Nada despreciable es tampoco la civilización chichimeca, pueblo que en los comienzos del siglo XIII de la Era Cristiana invadió el Anahuac, procedente del Norte de América, que es cuna y solar de muchos pueblos precolombinos.

Los chichimecas, cuyo primer rail en las tierras mejicanas fué Jolotl, modificaron sus costumbres y usos, convirtiéndose de un pueblo que vivía en miserables cabañas, cubría sus carnes con toscas pieles y alimentábase de la caza y de los frutos y raíces que producía la tierra inculta en una de las naciones más civilizadas del Anahuac. Pero esta gran transformación no se verificó sólo por los esfuerzos de Jolotl; contribuyó á ella la llegada á Teyameca, capital del reino chichimeca, de los sabios magnates Acolhuis, Tecuatzin, Trontehuayotl, Tracatitecheochi, Huchatzin, Tepotrotecua, é Itunculcua, así como la fusión del pueblo chichimeca con los restos que de la civilizada nación tolteca habían quedado en el Anahuac; cosa que vino á determinarla el casamiento de Arcajochil, doncella descendiente de Pochotl, uno de los príncipes de la familia real tolteca, con Nopaltrino, hijo del rey Jolotl.

Uno de los más ilustres monarcas chichemecas fué *Nezahualcoyotl*, descendiente en línea directa de Jolotl, y que había nacido en 1390, falleciendo en 1470, después de un reinado glorioso de cuarenta y cuatro años.

Este monarca, que fué un gran poeta y un esclarecido hombre de ciencia, contribuyó sobremanera al progreso de su pueblo, á pesar de que antes que subiese al trono ya los chichime-

cas se hallaban muy adelantados en lo que á la literatura concierne. Boturini dice que había entre ellos poetas que en un metro heroico referían los hechos gloriosos de sus guerreros; historiadores que llevaban memoria de los acontecimientos notables mediante cordones y nudos diferentemente combinados; fabulistas que, sirviéndose de metáforas é ingeniosas alegorías, daban lecciones útiles al pueblo, ya ridiculizando ó criticando las costumbres y los vicios, ya elogiando las virtudes de los buenos ciudadanos, y una academia ó colegio en Texcoco, que según Clavigero y Veitia, fué la Atenas del Nuevo Mundo precolombino, en la que se cultivaban las artes y se llamaba á público certamen á los hombres de más claro entendimiento.

Sin embargo de esto, poco adelantados hallábanse los chichimecas en el orden científico antes del reinado de Nezahualcoyotl, que ya en posesión del cetro de sus abuelos, mostróse recto en la administración de justicia y reformó la legislación chichimeca, promulgando ochenta leyes que después fueron compiladas por su descendiente D. Fernando de Alba Ijtlilxochitl, en su *Historia de los chichimecas;* dió nueva forma á los consejos establecidos por su abuelo Techotlalla, haciendo que fuesen servidos por las personas más aptas y dignas; creó un consejo para las causas civiles; otro para las criminales; el consejo de guerra compuesto de los más famosos guerreros de Acolhuacón (1); el de Hacienda, al que pertenecían los mayordomos de la casa real y los primeros traficantes de Texcoco ó Tezcuco; mandó que ninguna causa civil ni criminal pudiera prolongarse más de ochenta días, ó sea cuatro meses mejicanos y que cada ochenta días se celebrase una gran reunión en el palacio real, á la cual concurriesen jueces y reos, que recibían allí mismo el castigo que las leyes señalaban; señaló asimismo penas muy severas al adulterio, la sodomía, el hurto, el homicidio, la embriaguez y la traición á la patria, y

(1) Este es el nombre con el que muchos conocen á la tierra chichimeca.

era tan fiel observador de las leyes, que muchos autores aseguran mandó dar muerte á cuatro de sus hijos por incestuosos.

Mas no sólo velaba Nezahualcoyotl por el buen gobierno de sus Estados y el bienestar de sus súbditos; dedicóse al mismo tiempo y con gran afán al cultivo de las ciencias y de las artes, mereciendo cumplidamente el sobrenombre de Mecenas del Anahuac.

Estableció Nezahualcoyotl puntos ó academias para el cultivo de la poesía, de la astronomía, de la música, de la historia, de la pintura y del arte adivinatorio; llamó á su corte á los profesores más aventajados del Acolhuacón, y dispuso que se reuniesen en épocas dadas para comunicarse sus invenciones é ideas; fundando escuelas en Tezcuco para cada una de las materias anunciadas.

El estudio de la naturaleza modificó por completo las ideas religiosas, fundadas en la idolatría de sus mayores, convenciéndole que de todo cuanto prescriben y afirman los cultos dogmáticos por el conocidos no hay más verdad que una: la existencia de una causa primera, la materia, y una energía que evolucionando ha dado lugar á esa serie prodigiosa de maravillas que bajo el nombre de universo conocemos.

Esta causa primera fué el Dios á quien adoraba desde el fondo de su alma el gran rey Nezahualcoyotl. Y digo que le adoraba desde el fondo de su alma, porque las ideas cuando nacen y emanan de las propias individualidades, cuando no son expuestas por poder externo alguno, se hallan dotadas de una fuerza tal que llegan á efectuar prodigios, y dan motivo á esas creaciones asombrosas que tanto honran á la mente humana; por eso Nezahualcoyotl compuso sesenta inspiradísimos himnos en loor del Dios en quien su ciencia y sus talentos obligáronle á creer.

Nezahualcoyotl era también un consumado astrónomo y un profundo botánico; los conocimientos astronómicos adquiriólos con la frecuente observación que hacía del curso de los astros, y su pericia en botánica estudiando en la naturaleza, en

las plantas, pues su podesa inteligencia había vislumbrado la utilidad que del estudio de esta ciencia pueden obtener las sociedades de hombres.

Del mérito de este gran monarca como poeta y como hombre observador de la Naturaleza, nos da clara idea el ilustre literato mejicano, Victoriano Agüero, en su notable obrita *Escritores Mexicanos contemporáneos*.

«La ciudad donde floreció la poesía—dice Victoriano Agüero—fué Texcoco, la Atenas del Nuevo Mundo; allí existió una *academia ó colegio* en que se cultivaban las artes, allí estaba el grande é inmortal Nezahualcoyotl, una de las más bellas figuras de nuestra historia antigua; allí se pasaba él en sus contemplaciones astronómicas, y se recreaba dulcemente en los magníficos espectáculos que le ofrecían el *Popocatepetl* y el *Ixtacichuatl*, coronados de resplandeciente nieve, los mansos y brillantes lagos, sus márgenes pobladas de pintorescas aldeas y de risueños jardines. Cuando aquel soberano en medio de sus silenciosas meditaciones llegó á comprender que existía un solo Criador y Soberano de todo el Universo, y se propuso tributarle adoración y sincero amor, compuso en honor suyo sesenta cánticos según cuentan los historiadores. En sus cánticos, se descubre lo que era la poesía azteca, y se admiran las privilegiadas dotes morales de Nezahualcoyotl y su alma elevada y pensadora. Tiene uno de estos cánticos que se conserva cierta dulce y apacible melancolía propia de un alma que ha sufrido y es visitada por recuerdos dolorosos, por pensamientos tristes; las imágenes, por lo general, son agradables y modestas.

Las galas de esos cantares las tomaba su autor de los verjeles del valle; sus armonías de los bosques y de las montañas; su dulzura, de la bondad de nuestro clima; y las ideas venían gallardas y libres al suave calor de la inspiración ó de la meditación. Conviene agregar también, en elogio de este rey, y á propósito del asunto que nos ocupa, que no era su amor á la poesía el único mérito que le adornaba y que hoy hace tan

simpática su memoria, sino que además se distinguía por la benevolencia con que trataba á los que, como él, se dedicaban á cultivarla.»

Boturini refiere que habiendo sido condenado un reo á muerte en cierta ocasión, éste compuso en poco tiempo un bello y sentido poema de despedida, que fué escuchado por el monarca: prendado de su belleza, y en premio á la feliz inspipiración lel poeta, le perdonó gustoso la vida.

El hijo de Nezahualcoyotl, llamado Nezahualpilli, también monarca del Acolhuacón, fué como su padre muy versado en astronomía, para cuyo cultivo tenía un observatorio en el palacio de Tezcotzinco, desde donde observaba de noche el curso de los astros, cultivando asimismo la botánica y las letras.

Nezahualpilli era gran observador de las leyes, y como el autor de sus días, enemigo declarado de la idolatría de sus mayores.

Con su muerte, ocurrida en 1516, acabó la gloria de los reyes chichimecas. Sus hijos y sucesores Cachmrtzin también excelente astrónomo y Coacotzin, cayeron en poder de los españoles, y al morir ambos en un cadalso, terminó el reino de Acolhuacon que tanto ilustraron Nezahualcoyolt y Nezahualpilli, las dos figuras más nobles y más grandes del Anahuac precolombino.

Los aztecas, la otra raza culta del Anahuac, inventaron aquellos célebres huertos flotantes, donde primero cultivaron legumbres y hortalizas, y más tarde, cuando extendieron sus dominios, sirviéronles como jardines, á los cuales eran tan aficionados.

Construyeron asimismo edificios suntuosos, calzadas y canales, y fueron muy aptos para la pesca y para toda clase de industria.

Los aztecas conocían perfectamente la agricultura, el modo de labrar las tierras, de sembrar los granos, de extirpar los campos de hierbas nocivas, la manera de recolectar las

semillas, etc., y eran sumamente diestros en el cultivo de las flores. Entre sus huertos y jardines merecen especial memoria los jardines reales de Méjico y de Tezcuco, así como los de Iztopalapán y Huajtepec. También es celebrado por el historiador Bernal Díaz del Castillo, el jardín de Malinatepec, que Motenezoma II regaló al emperador Carlos V.

Fundían los metales preciosos haciendo las imágenes más perfectas de los objetos naturales. Fundían de una vez un pez que tenía las escamas alternativamente de plata y oro; un papagayo con la cabeza, la lengua y las alas móviles: un mono con la cabeza y los pies móviles y con un hueso en la mano en actitud de hilar; engarzaban asimismo las piedras preciosas en oro y plata y hacían joyas curiosísimas y de gran valor.

En construcción tampoco dejaban de estar adelantados.

Para defender á los pueblos usaban los aztecas diversas clases de fortificaciones, como muros y baluartes, con sus parapetos, estacadas, fosos y trincheras, puesto que la ciudad de Quanhquechollan estaba fortificada con una buena muralla de piedra y cal, de 20 pies de alto y 12 de grueso y Tlascaleses tenían una muralla de 6 millas de largo, 8 pies de alto y 18 de grueso, siendo de piedra y cal y de un betún tan fuerte que Bernal Díaz del Castillo dice que era necesario emplear picos de hierro para deshacerlo.

Construían casas de piedra y cal que tenían dos pisos, con sus salas, cámaras y patios, perfectamente distribuidos y el techo llano, de buena madera y bien labrado. Conocían el modo hacer arcos, bóvedas y cornisas, y los muros sabían construirlos derechos, perpendiculares, blancos, bruñidos y relucientes.

Para formar idea finalmente de lo que era la arquitectura mejicana, basta repetir lo que Cortés escribía á Carlos V. «Tenía—dice refiriéndose á Motenezoma—dentro de la capital casas tan grandes y maravillosas que no puedo dar á entender de otro modo su excelencia y grandeza, si no es en diciendo que no los hay iguales en España.»

Sabían también construir acueductos para conducir el agua á las poblaciones, siendo notables los de Chapoltepec por medio de los cuales conducíase agua á Méjico y eran de piedra y mezcla, de cinco pies de alto y de dos pasos de anchura, construidos sobre un camino abierto á propósito y aun el famoso de Campoalan, hecho de cal y piedra, de 32 millas de largo, con tres puentes, el primero de 47 arcos, el segundo de 13 y el último de 67.

Eran también los aztecas grandes tejedores; pero sobre todo se distinguían por los trabajos que sabían hacer con las plumas más delicadas y hermosas de los pájaros.

Tenían grandes conocimientos en Astronomía y Ciencias naturales, principalmente en Botánica, y en Botánica médica, pues sus médicos, conocían gran número de hierbas, con las cuales hacían maravillosas curas.

Los médicos tlascaleses curaron al gran Cortés las heridas que recibiera en la famosa batalla de Otumba, y mejicanos eran también los médicos que dieron á conocer al célebre naturalista español D. Francisco Hernández, 1.200 plantas con sus propios nombres aztecas, doscientas y más especies de pájaros y un gran número de cuadrúpedos, de reptiles, de peces, de insectos y de minerales.

No estaban desprovistos los aztecas mejicanos de conocimientos geológicos, puesto que distinguían cuatro edades diferentes, con otros tantos soles. La primera denominada *atoniatinh*, esto es, sol ó edad de agua, empezó en la creación del mundo y continuó hasta la época en que perecieron el sol y casi todos los hombres, en una inundación general. La segunda, *Thaltonicatinh*, edad de tierra, duró desde aquella catástrofe hasta la ruina de los gigantes y de los grandes terremotos que dieron fin del segundo sol. La tercera *Ehecationatinh*, edad de aire, empezó en la caída de los gigantes y acabó con los grandes torbellinos que exterminaron el tercer sol y todos los hombres. Y por último, la cuarta *Tletoniatinh*, edad del fuego, comprende desde la última restauración del

género humano, hasta que el cuarto sol y la tierra sean consumidos por el fuego.

Todo esto tiene marcada analogía con las tendencias y principios sustentados por la geología moderna.

Los mejicanos anteriores al descubrimiento conservaban sus tradiciones por medio de pinturas; conocían la escultura, como nos lo demuestran sus figuras y estatuas de oro y piedra; eran buenos músicos, tenían idea del teatro como institución moralizadora y de enseñanza; no desconocían la Pedagogía y practicaban juegos y ejercicios gimnásticos.

Tal era el pueblo más civilizado de la América precolombina, en cuya industria se notan vestigios, y vestigios fehacientes de conocimientos químicos y mecánicos.

*
* *

Por lo que antecede queda demostrado cumplidamente que los territorios que forman la actual república mejicana, estuvieron en los tiempos precolombinos poblados por la gente más culta de América, y esta es indudablemente la causa de que los adelantos que á Nueva España llevó la madre patria, se los asimilase tan pronto la raza azteca, para producir esos ingenios que tanto honran y glorifican al Méjico colonial.

Estaba el terreno abonado, y bien abonado, y así fué que con poco esfurzo por parte de los conquistadores, los conquistados entraron en el concierto de su civilización.

Las leyes de Indias, que llevaban en sus admirables páginas impregnado el culto á las antiguas y gloriosas Comunidades castellanas, establecieron en Nueva España el municipio, principio eminentemente liberal, y que fué la picota, por decirlo así, que durante tres siglos estuvo golpeando y no paró

hasta dar con él en tierra, el edificio reaccionario y de marcada absorción que la ambición de los gobernantes que la madre patria enviaba á América construyeron, pasando, sí, pero pasando al fin por cima de las prescripciones admirablemente democráticas de las leyes de Indias.

El virrey Mendoza, de imperecedero recuerdo en los anales del movimiento intelectual mejicano, llevó allí la primera imprenta, que comenzó á funcionar en 1540 con la publicación de *El Manual de adultos*, primer libro impreso en Méjico.

Los españoles, estimulados por su ejemplo y empujados, por decirlo así, merced á la buena disposición que para el progreso intelectual tenían los aztecas, construyeron en Méjico una catedral, superior á todas las que en su época se habían construido en España; establecieron también en Méjico la Academia de Nobles Artes de San Carlos, un Colegio de minería antes de establecerlo en Madrid, y enviaron á Nueva España los hombres de más saber y de más capacidad que existían en la metrópoli.

Fundaron en Méjico el colegio de San Pablo en 1533; el de los Infantes en 1525; el de Huejotzing en 1527; el de San Juan de Letrán, el de Niños, el de los Vizcainos, el de niños de Caciques, el de San Juan de la Penitencia y el de la Enseñanza de Guadalajara; los de Guadalupe, los Gozos, las Vírgenes y Jesús y María en Puebla; el de niños en Oaxaca, y otros muchos en Zacateca, Irapuato, Morelia, Aguas Calientes y Orizaba, sin contar el famoso colegio de San Ildefonso, el de Tepozotlán y algunos más, las escuelas de los conventos y los Seminarios de Méjico, Mechoacán, Guanaxato, etc.

De todas estas escuelas comenzaron desde un principio á salir grandes ingenios, como Avendaño, autor de un *Tratado de Cosmología*; Betancourt, que escribió el *Teatro mexicano;* Burgoa, á quien se le debe la *Palestra Histórica* y *la Geografía de la América Septentrional;* José Ignacio Bartolache, célebre por sus *Lecciones Matemáticas;* Tezomao, autor de la *Crónica Mexicana*; Montaña, famoso por sus obras médicas;

Zaraté, por sus epigramas; Avila y Amable, por sus tratados de medicina: Sandoval, por sus obras de *literautra;* Rodríguez, por sus seis de *Matemáticas;* Juárez, por su *Memorial;* Luis de Cifuentes, por sus obras forenses; Bermúdez, por sus obras médicas; Sigüenza y Góngora, por sus 53 obras de literatura é historia, antigüedades, astronomia, crítica y poética y otros muchos, cuya sola narración haría interminable este trabajo.

Y hubiérase adelantado más en Méjico durante la época colonial si hubiesen ido allí mujeres españolas, porque está probado por la fisiología que por regla general los hijos heredan las propiedades y asimilaciones de sus madres y las hijas las de sus padres.

En el siglo XVI la imprenta que como ya he dicho fué introducida en Nueva España el año 1540, produjo obras de ciencia verdaderamente notables, tales como la *Física Especulativa,* escrita el año 1557 por el agustino Fray Alonso de la Vera Cruz, español que trabajó sobremanera en las ciencias físicas, considerándosele como fundador en Méjico de estos conocimientos durante la época colonial; *La suma y recopilación de cirujía* de Alonso López de Hinojosa, impresa en 1578; el *Tratado breve de Medicina,* de Fr. Agustín Farfán; *La Instrucción Náutica para el buen uso y regimiento de las Naos,* escrita en 1587 por el Dr. Diego García del Palacio; *Los Problemas y Secretos Maravillosos de las Indias,* del Dr. Juan de Cárdenas, impresa en 1591, obra verdaderamente notable por contener ideas nuevas en lo que á las Ciencias naturales concierne.

El famoso ingeniero Enrique Martínez, tuvo grandes conocimientos en Matemáticas, Geografía é Hidráulica; trazó un plan para el desagüe de las lagunas de Méjico y escribió un famoso *Tratado de Trigonometría.*

En el siglo XVII florecieron: Luis Becerra Tauco, famoso políglota y aventajado matemático, filósofo, químico y físico y profesor de matemáticas en la Universidad de Méjico; An-

tonio de Padilla, filósofo y ex Obispo mejicano que contribuyó mucho al progreso de la *Filosofía* en la Nueva España; Carlos de Sigüenza y Góngora, el más famoso astrónomo y naturalista que sin duda ha producido América, cuyas obras son innumerables y sus observaciones preciosísimas.

En el siglo XVIII son notables: Diego José Abadiano, filósofo y geógrafo; Lucas Alamánn, naturalista, que hizo adelantar sobremanera el progreso material en aquellas tierras; Francisco Javier Alegre, jesuíta, cuyos elementos de Geometría y lecciones sobre las secciones cónicas han servido durante mucho tiempo de consulta, tres matemáticos eminentes; José Antonio Alzate, el mejor naturalista que América produjera en los tres siglos que estuvo dominada por España.

Las observaciones meteorológicas y sus experimentos sobre la electricidad fueron numerosas y variados. Escribió sobre la construcción del pararrayos y observó concienzudamente la aurora boreal aparecida en 1789. En la *Gaceta Mexicana* describió muchas máquinas é instrumentos útiles para la agricultura, la minería, las artes y la industria, y publicó observaciones curiosas y llenas de interés sobre la transmigración de la golondrina, la historia natural del chuparrosa, la cría de la cochinilla y gusanos de seda, así como sus estudios sobre muchos insectos de Méjico, apenas conocidos entonces por los naturalistas de Europa.

Alzate hizo, además, preciosas investigaciones acerca de la cochinilla, infinidad de plantas y las famosas ruinas de Xochicalco, cuya descripción publicó con algunas láminas.

El chileno José Domingo Cortés, en su *Diccionario Biográfico Americano*, dice al referirse á este profundísimo hombre de ciencia: «Alzate pasó su vida, ya remontando su espíritu á la bóveda luminosa del cielo y observando los astros atentamente, ya en los campos esmaltados de flores, donde hallaba algún nuevo recreo y una nueva adquisición para la ciencia; estudiaba al buitre que se cierne en las nubes, ó buscaba al insecto imperceptible en las ramas de un árbol. Subió á la

montaña Ixtlacihualt, haciendo numerosas observaciones barométricas, termométricas, meteorológicas y botánicas, descubriendo que el cráter de ese extinguido volcán ya se había cegado.»

José Antonio Alzate hizo las primeras observaciones del paso de Venus por el disco del sol, trabajo meritísimo que le valió el nombramiento de socio corresponsal de la Academia de Ciencias de París.

La expedición botánica del Perú dedicó una planta á la memoria de este sabio, que falleció á los sesenta y un años de edad, el 2 de Febrero de 1790.

También se señalaron por su ciencia durante el siglo XVIII, Pedro Sainz de Baranda, inteligente marino, que se halló en la batalla de Trafalgar, donde recibió tres gloriosas heridas y murió en 1845 de general de la Armada mejicana, aunque retirado ya á la vida privada, porque el gobierno no quiso ayudarle en la empresa de reorganizar la marina de su patria; los médicos Manuel Carpio y Pedro Escobedo, el primero, profesor de Fisiología é Higiene en el colegio médico de Méjico y uno de los hombres más instruídos en ciencias que en aquel país había en los comienzos de este siglo, y el segundo, sabio catedrático de varias asignaturas de su facultad y autor de varios trabajos científicos, entre ellos una interesantísima *Farmacopea Mejicana*; el botánico Miguel Bustamante y Septién, discípulo predilecto del célebre Cervantes, catedrático de Botánica en la Escuela de Minería, que fundó el Jardín Botánico de Santo Tomás é hizo infinitas observaciones de fisiología vegetal, clasificando muchas plantas hasta entonces desconocidas por completo de la ciencia; el matemático José Sanz, profundo matemático y versado en la mecánica, que enseñó ambas ciencias en Madrid, Buenos Aires y París; el arquitecto Francisco Eduardo Tres Guerras, que construyó la iglesia de los carmelitas en Celaya, el teatro de San Luis de Potosí, el puente de Celaya y otros; y los arquitectos, también notables, Zapari, García, Ortiz y Paz.

En el siglo XVIII florecieron también en Méjico tres grandes astrónomos que honran á su siglo y á su patria, Antonio de León Gama, Pedro Alarcón y Joaquín Velázquez Cárdenas y León.

León Gama llegó á hacer tantos adelantos en la astronomía, que publicó varias memorias apreciabilísimas sobre los satélites de Júpiter, el calendario y la cronología de los antiguos mejicanos y el clima de Nueva España. En colaboración con el ilustre Velázquez, emprendió el trabajo para fijar la longitud de Méjico, y el resultado de sus operaciones consignólo en una obrita, poco conocida, que lleva por título *Descripción ortográfica del eclipse de sol de 24 de Junio de 1778.*

D. Pedro Alarcón levantó un plano iconográfico de Méjico, formó las tablas astronómicas de los planetas, y llevó á cabo otras tareas científicas de importancia que le valieron el título de miembro del claustro de la famosa Sorbona, así como el importe de la impresión de sus obras, que la misma Sorbona costeó.

Joaquín Velázquez Cárdenas y León, primer director general del Tribunal de Minería, que aprendió la astronomía por sí mismo y ayudado de instrumentos que adquirió con el importe de un rudísimo trabajo de algunos años. Fué catedrático de Astronomía en la Universidad mejicana, y en California observó el enorme yerro de longitud con que todos los mapas anteriores habían marcado hasta entonces aquella parte del nuevo continente. El famoso astrónomo francés Chappe lo elogió mucho en sus escritos por las observaciones que en este tiempo hizo en California, preciosísimas todas ellas para la ciencia de los astros. Joaquín Velázquez hizo en 1773 su nivelación y trabajo trigonométrico, determinando escrupulosamente la longitud y la latitud de Méjico; hizo unos mapas de Nueva España bastante notables, y la cadena de triangulaciones desde el Peñón de los baños, en el valle de Méjico, hasta la montaña Siricope, al Norte de Huehuetoca.

En el siglo XIX, Méjico ha producido gran número de ingenios científicos, tales como los médicos Manuel Andrade y Pastor, Gabino Barredas, Francisco de Paula Cendejas. Miguel Jiménez, Rafael Lucio, Joaquín Navarro, Juan M. Navarro, José Peón Contreras, y aun Alvarado, Carmona, Hidalgo, Ortega, Chacón, Montes de Oca, Bandera, Soriano, Larrea, Lobato, Villar, Muñoz, Leciaga, Alfaro, Lavista, Segura, Verter, Bonilla, Galindo, Fernández y Puerto; los ingenieros Blas Balcarce, Ignacio Colombres, Manuel Rivera Cambas y José María Romero; los matemáticos Blas Balcarce y Antonio García Cubas; los naturalistas Mariano Barcena, Gumersindo Mendoza y Leopoldo Río de la Losa; el físico Teodulo Cevallos, gran aeronauta que ha hecho cerca de 200 ascensiones é infinidad de preciosas observaciones acerca de la navegación aérea; el astrónomo Francisco Díaz Covarrubias, director del Observatorio de Méjico, autor de una obra, *Nuevos métodos astronómicos para determinar el azimut, la latitud y la longitud geográficas con entera independencia de medidas angulares absolutas,* que ha sido traducida á varios idiomas, y presidente que fué de la comisión que fué al Japón en 1874 para observar el tránsito del planeta Venus por el disco del sol, comisión compuesta de D. Francisco Jiménez, segundo astrónomo; D. Manuel Fernández, ingeniero, topógrafo y calculador; D. Agustín Barroso, ingeniero, calculador y fotógrafo, y D. Francisco Bulnes, calculador y cronista; el arquitecto Joaquín Heredia, distinguido, distinguidísimo en la difícil ciencia de la construcción de edificios.

Méjico es uno de los países más cultos de la América española, y esto lo debe al esfuerzo hecho por su madre patria, durante la época colonial, por instruirle y ponerle á la altura de los primeros países del mundo.

Y esto lo será gracias á los progresivos gobiernos de un mejicano insigne, el general Porfirio Díaz, que, después de haber combatido con su valerosa espada al lado de Juárez, Riva Palacio, Escobedo, Altamirano, Corona y otros cien

héroes republicanos, el imperio de Maximiliano, pone sus admirables talentos al servicio del progreso y de la cultura de su patria.

Países que cuentan con hijos como Porfirio Díaz, llegarán á la meta, figurarán en primera línea en el concierto de las naciones cultas.

RAFAEL DELORME SALTO.

LA PRENSA INTERNACIONAL

DESPUÉS DE LA VICTORIA DEL SOCIALISMO

XIX

DIVERSIONES POPULARES

En todas las plazas públicas de Berlín se verifican conciertos musicales. El nuevo gran canciller conoce á fondo el arte de hacerse querer. En cada teatro hay los días de trabajo dos representaciones gratuitas y tres los domingos: Como los teatros que nos han dejado los burgueses son demasiados pequeños para el pueblo trabajador, ha habido que recurrir para las representaciones escénicas á otros más grandes locales, por ejemplo, las iglesias. Esto repugna á muchos que no han podido librarse aún de los prejuicios heredados. La iglesia con todo su mobiliario ha pasado á ser propiedad común, y según una ley fundamental fiel trasunto de un acuerdo del Congreso socialista de Erfurt de Octubre de 1891, las propiedades comunes no pueden ser dedicadas á fines eclesiásticos y religiosos. En todos los teatros se representan obras que exaltan el nuevo orden de cosas y que pintan con vivos colores las indignidades de los pasados tiempos del capitalismo explotador. Aun cuando confieso que esto llega á hacerse monótono y un tanto enojoso, comprendo que sirve de mucho para vigorizar las buenas voluntades.

Al principio pudo ir cada cual al teatro que mejor le pareciera; pero esto producía, como puede comprenderse, serias dificultades cuando todos querían ir al mismo sitio, así que hubo de organizarse metódicamente este espectáculo público. Los teatros de opera clásica estaban vacíos, y en cambio en los de opereta no había medio de encontrar sitio; tantos y tantos eran los que á ellos concurrían. Ahora el alcalde distribuye alternativamente las diferentes representaciones en los diversos barrios y los directores de los teatros reparten á la suerte las localidades entre los que pretenden asistir, como se hacía ya en 1885 en el teatro libre de la democracia social de Berlín.

¡Afortunado en amores, desgraciado en el juego! Este proverbio ha tenido comprobación á costa mía. Mi mujer y yo sacamos en suerte tres veces seguidas localidades muy incomodas, desde donde no se oía ni se veía apenas nada.

También se verifican numerosos bailes públicos, dispuestos todas las noches por el alcalde. En ellos se entra asimismo por suerte, y tienen igual derecho los viejos que los jóvenes. Es de advertir que la reforma socialista de la danza ha ofrecido alguna dificultad. El derecho igual del hombre y de la mujer se ha exagerado hasta el punto de que ésta alterna con aquél en la invitación á valsar. Bebel lo ha dicho: La mujer pide y es pedida en matrimonio. El intento de aplicar este principio al baile concediendo alternativamente la invitación á uno y otro sexo, no prosperó, porque introducía una verdadera perturbación que degenera en muchos casos en confusión tumultuaria.

El *Vorwärts* ha publicado una serie de trabajos muy notables en la que se discute en forma viva y con profundidad la cuestión de si en la sociedad socialista son las damas las que tienen derecho á la elección de caballeros ó éstos á elegir aquéllas ó ambos al mismo tiempo. La obligación de trabajar por igual, escribe una señora, debe tener por consecuencia un derecho á la igualdad de remuneración, y el pasatiempo del baile organizado por el Estado corresponde exactamente á tal remuneración.

El articulista hembra proponía en el *Vorwärts* que se sorteasen las parejas para cada baile con entera igualdad y sin privilegio por tanto del joven sobre el viejo y del feo sobre el guapo. Como en la sociedad socialista no se comprende que haya hombre sin trabajo y sin techo, tampoco en el baile debe de haber dama sin caballero.

En otro artículo un profesor de Derecho natural demostró que de la organización propuesta para el baile pudieran nacer peligrosas consecuencias por lo que se refiere al matrimonio para el cual se reclamaría también una especie de lotería en que entraran todos los hombres y todas las mujeres solteras, y entonces se alteraría profundamente la naturaleza del contrato matrimonial que es privado, convirtiéndolo en público. Sostiene, pues, el profesor que así como en éste no es precisa la intervención de ningún funcionario, tampoco en esta momentánea unión del varón y de la hembra en el baile, que es de índole privada, debían intervenir los maestros de baile en ninguna forma.

A propósito de esto, gran número de mujeres sostienen la opinión de que la igualdad social implica también la abolición de las diferencias entre casados y solteros. Estas señoras han ingresado hace poco en el partido de los jóvenes, aun cuando la mayor parte de ellas son un poco talluditas. Esta cuestión tan debatida ha fortificado la opinión para las próximas elecciones del Reichstag, porque sabido es que se ha concedido derecho de sufragio á las mujeres.

El nuevo gran canciller dirige por sí mismo los preparativos para las nuevas elecciones. La enorme cantidad de trabajo que exige el desempeño de la función más alta del estado socialista-democrático, no había permitido á los principales jefes dedicarse á este importante negocio. El derecho electoral activo y pasivo compete ahora á todos los ciudadanos, sin diferencia de sexo, que han cumplido los veinte años. Con arreglo á las decisiones del congreso socialista de Erfurt de Octubre de 1871, se ha puesto en vigor el sistema electoral

proporcional; y para ello, se han formado grandes distritos electorales con idéntico número de diputados, asignando á cada partido un número de éstos en proporción al de votantes.

XX

EXPERIENCIAS DESGRACIADAS.

Mi mujer y mi nuera trabajaban en secreto hasta hora muy avanzada de la noche. Cosían en un vestido nuevo para Inés.

En mi calidad de empleado público, y como buen socialista, hubiera debido denunciarlas por transgresión de la ley, que castiga el abuso de la jornada normal de trabajo.

En cuanto se ponen á coser las mujeres de mi casa, comienza la charla, y hablan por los codos. Si yo no las comprendo mal, no han encontrado en los almacenes lo que buscaban, y aprovechan, por lo tanto, trapos viejos.

Andan á la tema á cual de las dos habla peor de los nuevos establecimientos públicos de comercio. Ya no hay ni escaparates, ni anuncios, ni reclamos, ni envío de listas de precios; todo eso ha concluido. Los empleados no hacen el artículo ni mucho menos; son tan indiferentes con los compradores, como los expendedores de billetes de los ferrocarriles. Ha cesado la competencia entre los comerciantes, porque no tendría razón de ser. Se han establecido multitud de almacenes de venta, y en cada grupo de ellos se expenden los artículos que satisfacen determinadas necesidades.

Que se compre ó no se compre, eso nada le importa al empleado. Más de un vendedor murmura cuando siente abrir la

puerta al comprador que viene á interrumpir su lectura ó su tranquila conversación. Si quieres que te enseñen varias piezas de tela para elegir la que más te convenga, si pides alguna explicación acerca de la cualidad ó de la duración de los géneros, el comerciante empleado manifiesta bien á las claras su disgusto y hasta llega á enojarse del todo. Más de uno hay que por no tomarse el trabajo de buscar las cosas que pides, dice muy tranquilo que no las tiene.

Si deseas vestidos confeccionados estás divertido. Los vestidos hechos se prueban como los uniformes militares á los quintos. Es preciso saber el número que gasta cada uno para pedir el traje Y cuenta con que si ha de adaptarse á tu cuerpo, debe tener la regularidad prevista por la administración. Si al probarlo nos encontramos con que el vestido es estrecho ó ancho, se necesita estar dotado de elocuencia extraordinaria para convencer al empleado. No queda, pues, otro remedio que tomarlo como se lo den ó presentar demanda contra aquella casi autoridad.

Es verdad que los pleitos cuestan ahora muy poco. Como ha acordado el congreso de Erfurt, la justicia es gratuita y los abogados no pueden cobrar. El número de jueces, de escribanos, de procuradores, de abogados se ha duplicado; pero todavía no son suficientes, porque las quejas por motivo de los defectos de las mercancías suministradas por las oficinas públicas, por lo inmundo de las habitaciones, por la mala calidad de sus comidas, por las impertinencias de los delatores, son tan innumerables como los granos de arena en las playas del mar.

Así aunque los tribunales celebren sesión durante seis horas, hay multitud de procesos atrasados, y todos se quejan de que después de la abolición de los honorarios por haber sido declarados oficiales públicos, los abogados apenas atienden á los clientes y en los juicios se discute muy sumariamente. Los que no tienen el gusto ni la manía de los litigios, prefieren muchas veces transigir con la injusticia, y de este

modo se ahorran disgustos y pérdidas de tiempo. Es verdaderamnte terrible el aumento de los delitos contra la propiedad, aunque esto parezca una paradoja. El número de las prevaricaciones es siete veces mayor que antes. Hay muchísimos empleados que dan mercancías en cambio de servicios de carácter personal, ó no cortan el certificado monetario, ó dejan de registrar el cupón correspondiente al servicio hecho, con indudable perjuicio del Estado. Algunos llegan hasta falsificar el peso, la medida ó la calidad.

Son también frecuentes los hurtos de certificados monetarios. A pesar de la fotografía del portador que debe llevar todo cuaderno, no se ha podido impedir que sean utilizados por otras personas que aquellas á favor de quien le ha sido expedido. Se extiende cada vez más el abuso de prometer ó de hacer regalos á las personas influyentes ó á los empleados que puedan dar trabajo cómodo. Se han hecho muchas denuncias de esta naturaleza á nuestro jefe ; pero éste no sabe cómo corregir tantos abusos y cómo prevenir tantos verdaderos delitos.

Creía yo que esto mejoraría á medida que fuera pasando el período de transición, que es siempre difícil; pero el tiempo trascurre velozmente, y me parece que vamos de mal en peor. Hoy precisamente me decía uno de mis compañeros: «Cuando las gentes no se encuentran en estado de procurarse, legalmente mediante su actividad personal, el mejoramiento de su situación, dirigen sus esfuerzos á alcanzarle de cualquiera manera, aunque sea ilegalmente.»

XXI

LA FUGA

Hemos pasado horas terribles. El domingo muy temprano llegó Francisco de improviso, de paso para Stettin, á donde decía que había sido trasladado. A mi mujer no le sorprendió la llegada; pero noté que se afectó muchísimo cuando su hijo partió. Sollozaba, se colgaba de su cuello como si se tratara de una eterna separación. Al despedirse mi querido hijo de mí, parecía que no íbamos á volver á vernos. Inés no vino á casa ese día.

El miércoles siguiente leía yo á mi mujer el *Vorwärts*, que traía una noticia tristísima. Una vez más los que intentaban emigrar á pesar del rigor de la ley, habían sido apercibidos por las patrullas y fusilados. Mi mujer, aterrada, me preguntó: —¿A dónde ha ocurrido eso?—En la playa de Sassnitz le contesté»; y cayó desvanecida. Me costó gran trabajo que recobrara el conocimiento. Entonces, como me viera afectadísimo por su estado, me refirió llorando que Francisco é Inés habían partido juntos el domingo, y no para Stetin, sino para Sassnitz, con ánimo de abandonar á Alemania. El corresponsal refería que los emigrantes habían hecho resistencia, cuando el vapor-correo danés que venía de Stettin al aproximarse á Sassnitz, fué visitado por los guardas de frontera, y que habían sido conducidos por la fuerza á tierra.

Pasamos momentos horribles hasta que en el número siguiente del *Vorwarts*, aparecieron los nombres de los muertos en la refriega y de los presos. En la lista no se encontraban Francisco é Inés. ¿Qué les habría pasado? Mi mujer me lo

confesó todo. Francisco, antes de su salida de Berlín, después de la celebración de la fiesta onomástica de su madre, le había manifestado que tenía la firme intención de abandonar la patria tan pronto como le fuera posible; porque la existencia en las nuevas condiciones sociales se le hacía insoportable de todo punto. Rogó á su madre que no me dijera una palabra, temiendo que dadas mis ideas, me opusiera terminantemente á su proyecto. En vano mi mujer trató de disuadirle; permaneció firme y la madre no pudo dominar la terquedad del hijo. Había ésta guardado unas cuantas monedas de oro y se las dió á Francisco para el pago del pasaje en un buque extranjero.

La que más resistió fué Inés. Estaba dispuesta á seguir á su Francisco hasta el fin del mundo, como ella decía, si fuera necesario; pero no creía que hubiera llegado el momento de separarse de todos los seres queridos. Sin embargo, su situación cambió tan radicalmente en poco tiempo, según acabo de saber, que no es extraño que hubiera adoptado una resolución completamente contraria.

Tranquila y satisfecha trabajaba en la casa paterna en la confección de objetos de moda para un establecimiento en grande escala. Ahora Inés debía trabajar en una gran sastrería de mujer, todo el santo día en una sala común en compañía de otras obreras que en su mayor parte eran de costumbres un tanto libres. Se sublevaba al oir ciertas conversaciones, y no ocultaba su indignación, que producía la risa de sus compañeras. Acaso esto pudo influir en que algún empleado complaciente con las quejas de las modistas hiciera objeto de sus persecuciones á Inés, que huérfana de padre no tenía en Berlín quien la protegiese. Las cartas que escribía á Francisco le pusieron á un verdadero estado de desesperación, y como necesitaba poco para poner en planta su proyecto ya maduro, de emigrar, no quiso esperar ni un momento más.

Después de ocho mortales días de angustia, recibimos una carta de nuestros hijos fechada en las costas de Inglaterra.

Afortunadamente no se habían embarcado en el vapor correo danés. Se había hospedado en Sassnitz en casa de un pescador algo pariente de mi mujer. La población entera de este puerto es hostil en grado superlativo al nuevo orden de cosas, porque les ha privado de las ganancias que les proporcionaban los bañistas. La sociedad socialista no permite los baños más que á las personas que deben tomarlos por prescripción facultativa.

El susodicho pescador se opuso á que Francisco é Inés se embarcaran en el correo danés, sobre el cual se ejercía una rigurosa vigilancia, y aprovechando el momento en que la guardia de frontera estaba comprometida en la lucha con los emigrantes del vapor, los llevó en su bote á alta mar y allí trasbordaron á un barco inglés. Los ingleses, que se sienten grandemente perjudicados por el nuevo orden de cosas implantadas en Alemania, recogen con gusto á los que emigran. De este modo pasaron nuestros hijos á las costas de Inglaterra y á estas horas se encuentran ya en viaje para New-York.

¡Oh pobres hijos míos cuánto habréis debido sufrir! ¡Y mi buena mujer que ha sufrido tanto tiempo sola las angustias que este viaje le ha ocasionado! ¿Cómo recompensarla por tanta abnegación maternal?

XXII

OTRO CAMBIO DE CANCILLER.

El mal humor de las provincias ha llegado á su colmo con las noticias que por ahí corren de los conciertos musicales que se verifican en la plaza pública de Berlín y de las representaciones teatrales gratuitas. Invocando la igualdad social y la igual remuneración por la misma suma de trabajo, reclaman

la creación de diversiones populares accesibles á todos sin distinción y sin gasto. Se lamentan asimismo de no disfrutar del alumbrado de gas y eléctrico que en Berlín tenemos.

El *Vorwärts* ha tratado de calmar los ánimos apelando á las poéticas descripciones de la vida del campo y á consideraciones idílicas sobre los goces de la naturaleza y las ventajas higiénicas y hasta morales del *grande aire;* pero han sido mal recibidos estos desahogos del periódico oficial. ¿Dónde están, dicen los provincianos, los encantos de la naturaleza durante los terribles temporales y las largas noches del crudo invierno? ¿Dónde el aire libre en las estrechas y bajas habitaciones de las casas de los aldeanos? Nada hemos ganado con el cambio de instituciones, añaden; estamos lo mismo que antes, si no peor, porque entonces el que no quería permanecer en el campo podía venirse á la ciudad, y ahora al habitante del campo no le es permitido abandonar la comarca en que vive hasta que no conviene al Estado. Por eso la aldea tiene derecho á disfrutar de todo lo que existe en las ciudades: así lo exige el principio de igualdad social.

El gran canciller no sabía cómo salir del apuro. La gobernación del Estado es cosa algo más difícil que lustrar los botines ó limpiar los vestidos. Lo único que hasta ahora había hecho de original el jefe del Estado había sido la institución de los espectáculos populares; mas es preciso convenir en que, aunque tuviera la mejor voluntad del mundo, es difícil establecer en cada encrucijada una sala de conciertos, un circo en cada plaza parroquial y un teatro en cada aldehuela. Surge ahora el pensamiento de mandar algunos cientos de miles de berlineses todos los domingos al campo para que gocen de la naturaleza, y hacer que vengan en cambio á Berlín en los mismos días otros tantos aldeanos para que se diviertan asistiendo á los conciertos y á los teatros; pero el tiempo se opone á tan beneficioso proyecto. Cuando llueve, los berlineses, á pesar de su probada afición al campo, no se determinan á marchar á los prados amenos y á los valles umbrosos, y sin embargo, enton-

ces es la ocasión de que los aburridos aldeanos vengan á la ciudad.

Resultado, que el gran canciller se ha enajenado á un tiempo las simpatías de los ciudadanos y de los campesinos, y se decidió á abandonar el puesto, temeroso de que el disgusto que en el público había producido su conducta se tradujera en algo grave en las elecciones para el Reichstag. En Berlín el descontento es grandísimo por la suspensión de todas las diversiones públicas gratuitas. Las representaciones teatrales han vuelto á ser de pago: por supuesto que el precio de las localidades se satisface en cupones de los certificados monetarios.

Ocupa el puesto de gran canciller el que antes era secretario del Tesoro. Tiene fama de hombre enérgico y gran administrador. Es una verdadera adquisición, pues los apuros financieros preocupan mucho á los buenos socialistas.

XXIII

COMPLICACIONES INTERNACIONALES

Toda la escuadra del antiguo régimen está en estos momentos armada y preparada para el combate. El ejército permanente, pequeño, porque no tenía otra misión que la conservación del orden y la vigilancia de las fronteras, ha sido aumentado hasta quinientos mil hombres, á propuesta del nuevo Canciller, y se habla de aumentarle aún más, á causa de probables complicaciones exteriores.

El ministro de Negocios extranjeros es el que en la junta legislativa ha reclamado que se adopten toda clase de medidas de seguridad, que se imponen por la decidida actitud de las demás potencias. En verdad que ninguna responsabilidad

le cabe al ministro en el conflicto que por desgracia se avecina. A él le atañe en la sociedad socialista el reglamentar los cambios de Estado á Estado. Hoy cualquiera queja por defectos en la calidad ó por falta de puntualidad en la consignación de las mercancías da lugar á un cambio de notas diplomáticas. Aquel malestar que se observaba en otros tiempos á consecuencia de la interrupción ó de la ruptura de las relaciones mercantiles ó como resultado de un recrudecimiento en la conpetencia, puramente privado, tiene ahora un carácter público muy marcado. Es este un efecto natural de las nuevas instituciones.

La conciencia socialista democrática internacional, dice con razón el ministro de Negocios extranjeros, el sentimiento de la fraternidad entre los pueblos, conciliador y pacífico por excelencia, debería influir para que no ocurriera la lucha que todo el mundo anuncia. Enhorabuena que los ingleses, estos manchesterianos egoístas y que sus próximos parientes los americanos no quieran oir hablar de la democracia social. No pueden perdonarle que con la abolición de todos los valores públicos, acciones, etc., se hayan libertado de la esclavitud de los grandes capitalistas insulares y trasatlánticos; pero también estos insaciables hombres de dinero deberían reconocer que otro tanto ha sucedido á los alemanes poseedores de títulos de la deuda rusa, austro-húngara, italiana, etc., que también han sido declarados sin valor por los respectivos gobiernos de estos Estados, en donde impera el régimen democrático socialista.

Lo singular y extraño es que estos correligionarios nuestros no se muestran menos hostiles á nosotros que aquellos enemigos parciales de las nuevas instituciones. En su ciego egoísmo, esos gobiernos socialistas democráticos han llegado al extremo de no querer ceder los objetos que ellos producen sino á cambio de valores monetarios ó mano á mano por otras mercancías.

El pago en moneda contante y sonante no fué difícil para

nuestro gobierno mientras estaban llenas las cajas públicas del oro y la plata brutos y acuñados, ocupado á los particulares y perfectamente inútil en el interior del país; pero después que hubimos agotado el metal noble, tropezamos con enormes dificultades para poder trocar por productos propios de nuestra nación el trigo, la madera, el lino, el cáñamo, el maíz, el algodón, la lana, el petróleo, el café, etc., que importamos de los países citados: puesto que nosotros seguimos consumiendo artículos de primera necesidad, mientras que nuestros vecinos, también socialistas democráticos, no necesitan de las confecciones lujosas, ni de las guarniciones, los bordados, las felpas, los guantes, los pianos, los artículos de cristal y otros semejantes que nosotros fabricábamos en gran escala.

Los señores ingleses y americanos, en su abierta hostilidad contra la democracia social, no se ocultan para decir que los productos alemanes, especialmente los hierros manufacturados, los tejidos, los juguetes, son tan defectuosos y tan incompletos, que no valen ni con mucho lo que los que se fabricaban durante el antiguo régimen y van poco á poco surtiéndose de otras naciones. Todas las tentativas hechas para introducir en los demás países la jornada normal de las ocho horas, han sido infructuosas; porque los gobiernos socialistas en su egoísmo nacional, pretenden que debe obedecer la duración de su labor al clima, al carácter, á los hábitos, etc., de los respectivos pueblos.

¿Qué deben hacer nuestros gobiernos? El hecho de que después de la socialización de la sociedad no tenemos necesidad de importar ni seda, ni vino, no es bastante para cubrir el *déficit* de mil millones de nuestra exportación sobre la introducción total de objetos extranjeros. No es, pues, extraño que el cambio de notas diplomáticas, cada vez más ásperas, sea continuo. En el Oeste y en el Este se abre camino la idea de que si la Alemania no puede mantener á sus habitantes, debe ir pensando en ceder parte de su territorio á los Estados vecinos. Hay quien sostiene la teoría peligrosa para nosotros

de que para garantizar los créditos que en contra de Alemania tienen ciertos gobiernos fronterizos, están en el derecho de ocupar, á modo de hipoteca, porciones de nuestro territorio.

Los extranjeros damnificados por la anulación de los títulos de crédito alemanes, tratan de indemnizarse apoderándose de nuestros buques y de nuestros productos. Los emigrantes alemanes son recibidos en sus barcos con marcadas muestras de regocijo.

En suma, la esperanza de que el advenimiento de la democracia social fuera prenda de perpetua paz, amenaza convertirse en todo lo contrario. La Cámara—termina la Memoria del ministro—no podría menos de reconocer la urgente necesidad de reforzar la escuadra, de aprobar el aumento del ejército permanente en muchos millares de hombres.

XXIV

MOVIMIENTO ELECTORAL.

El domingo próximo se verificarán las elecciones para diputados. Se ha elegido ex profeso un día en que no se trabaja. Esto ya se hacía en pleno reinado de la burguesía; pero ahora es mucho más necesario fijar un día feriado para las elecciones. En el nuevo orden de cosas, todos y cada uno deben andar tan regularmente como un reloj: todas las cosas y todas las ocupaciones están previstas y reglamentadas: cuándo y cuánto se ha de trabajar, cuándo y cuánto se ha de comer, cuándo y cuánto se ha de beber, cómo y en dónde se ha de habitar, cómo se ha de vestir, etc., etc.

Esto sucede también con los programas y con los llamamientos electorales. Se van formando numerosos grupos que

mantienen caracterizándose por ellos, programas especiales. Muchos han incluido en ellos modificaciones de la comida, aumento de las raciones de carne, manteca de mejor calidad, café más cargado (por efecto de las complicaciones exteriores, apenas se toma más que achicoria), habitaciones más espaciosas, mejor sistema de calefacción, alumbrado más brillante, mayor baratura en los precios, más cuidado en el lavado y en el planchado, etc.

Se manifiesta bien claro el disgusto de muchas mujeres porque ha sido rechazado su proyecto de que se formen distritos electorales especiales para las elecciones; porque se observa en él un como remedo de las antiguas distinciones de clases. Solicitaban aquello, temerosas de que, constituyéndose círculos electorales de los dos sexos, perdieran los candidatos hembras muchos votos de personas de las mujeres que no pudiesen resistir la influencia de los hombres.

Una gran parte de aquellas hace causa común con el partido de los «jóvenes»; el cual, para obtener esta importante alianza, ha inscrito en su bandera el derecho al matrimonio. Los «jóvenes» que se conducen como verdaderos *bebelianos*, de acuerdo con á las opiniones de Bebel acerca de la mujer, reclaman también una jornada máxima de labor de cuatro horas, trabajo alternado por semanas, turno mensual de los dos sexos en la ocupación de todos los puestos superiores incluso el de gran canciller; por último, cuatro semanas de vacaciones en el verano destinadas á excursiones y á baños y restablecimiento de los espectáculos populares gratuitos.

El partido del gobierno se cree muy seguro, aun cuando su programa contenga meras generalidades. Invita á todos los demás partidos, invocando el patriotismo, á constituir, caso de necesidad, un gran partido de orden, enfrente del partido de la negación y de la revolución que se organiza en la sombra y pretende imponerse, tomando el nombre acomodaticio de «partido de la libertad». Este partido de la libertad pretende el restablecimiento del derecho de los padres á la edu-

ción de sus hijos, la abolición de las cocinas públicas, la libre elección del oficio y del domicilio y una retribución excepcional para los trabajos más difíciles. Como á cualquiera se le ocurre, esto tiende á la destrucción de la igualdad social, y á derrocar, por consiguiente, la sociedad sscialista, á tanta costa establecida. El planteamiento de las reformas propuestas por el *soi-dissant* «partido de la libertad», como se lee en la proclama de los gubernamentales, significaría el entronizamiento de la propiedad privada y del derecho hereditario, de la tiranía del capital y del sistema de explotación del antiguo régimen.»

A la multiplicidad de los programas no corresponde, en verdad, el movimiento del público que se muestra bastante frío. Conforme á las decisiones del Congreso de Erfurt, han sido abolidas todas las leyes que limitan el derecho de libre manifestación del pensamiento y de libertad de reunión; pero, ¿de qué sirve, por ejemplo, la libertad de la prensa, si el gobierno está en posesión de todas las imprentas? ¿Qué utilidad puede reportar la libertad de reunión, si todos los locales á propósito para celebrarlas pertenecen al gobierno?

No negaremos que en teoría estos locales están á disposición de todos los partidos; pero en la práctica se observa la repetición del caso de que para los partidos de oposición no hay nunca locales libres. También es cierto que los periódicos del gobierno tienen obligación de insertar los trabajos relativos á elecciones; pero da la casualidad de que nuestros certificados monetarios no contienen cupones, con los cuales se puedan pagar aquellos servicios, ni tampoco los demás gastos electorales. En este punto es preciso convenir en que el partido socialista se encontraba en mejor situación cuando imperaban los burgueses: entonces disponían de abundantes fondos electorales y se servían de ellos con suma habilidad.

Los partidos de oposición se lamentan de que haya poquísimas personas que se atrevan á presentarse enfrente de los candidatos gubernamentales. Depende esto del miedo que tie-

nen todos de que en perjuicio de ellos use el gobierno del derecho de obligarles á cambiar de oficina ó de localidad. Estas variaciones son muy penosas siempre, y sobre todo para los valetudinarios, para los que tienen familia y para las personas de edad provecta. Las leyes conceden el derecho de reclamar contra un desplazamiento arbitrario; pero es muy difícil probar que no ha sido motivado por cambios en las relaciones del trabajo, que exigen distribución diferente de las fuerzas trabajadoras.

Poco á poco va cundiendo la especie peligrosa de que un cierto fermento maligno brota y se extiende é invade profundamente el corazón del pueblo en las ciudades y en los campos. Todo el mundo cree que bastará un ligero impulso del exterior para que estalle una violenta sublevación que restablezca las antiguas instituciones. En el campo sobre todo, á cada momento ocurren colisiones sangrientas de la tropa con la población rural. En Berlín no hay todavía guarnición; en previsión de ciertas eventualidades, se ha aumentado el cuerpo de guardias de seguridad hasta treinta mil hombres, elegidos de entre los demócratas socialistas más fieles al nuevo régimen.

El cuerpo de guardias á caballo ha sido dotado de artillería y de ingenieros.

Las candidaturas han de llevar el sello de la autoridad y deben ser depositadas en urnas cerradas. Esto garantiza el secreto, pero no la libertad electoral; porque con la organización del gobierno, que penetra en todas las relaciones de la vida, con la publicidad de ésta, con el sistema de la inspección, pocos se atreven á votar en armonía con sus conciencias. Lo mismo sucedía durante el pasado régimen con los empleados del Estado. Ahora puede decirse que todos lo somos. El resultado de las elecciones es absolutamente ignorado. Hay que confesar que de respetarse la libre emisión del sufragio, el voto público se pronunciaría por el restablecimiento de la antigua organización. Como á otros vientos, tendremos un Reichstag que será instrumento ciego del gobierno.

Yo mismo no sé cómo votaré; temo que por la huida de mi hijo Francisco se ejerza sobre mí gran vigilancia. Me veré precisado á votar en blanco.

XXV

ACONTECIMIENTO TRISTÍSIMO

¡Anita, nuestra queridísima hija, ha muerto!

¡Oh! Aquella hermosa criatura, tan inteligente, tan viva, tan cariñosa, delicia de sus padres, alegría de la casa, encanto de cuantos la conocían, cuyos ojos brillaban de gozo contemplando el árbol de Navidad y que se estremecía de contento al recibir los juguetes con que la regalábamos el día de su santo, yace inmóvil, yerta al frío soplo de la infausta muerte.

Precisamente hoy era el día de su cumpleaños. Mi pobre mujer había ido al asilo por la mañana para tener el placer de pasar unos momentos con su querida niña. Con el corazón henchido de alegría y con la imaginación llena de placenteras ilusiones preguntó por aquel pedazo de nuestra alma. Un silencio aterrador respondió á su pregunta: tuvo necesidad de repetir el nombre, el domicilio de la que buscaba, y entonces recibió la horrible respuesta de que la niña había muerto por la noche y que en aquel momento se iba á transmitir la noticia fatal á su familia.

Mi mujer cayó inerte sobre la silla; pero el amor maternal la dió fuerzas sobrehumanas. No pudiendo persuadirse de que Anita estuviera verdaderamente muerta, se precipitó en la cámara funeraria y allí vió á su idolatrada hija tendida sobre una mesa y sirviéndola de mortaja su bata rosa de noche. ¡Ay

de mí! ni los besos, ni las lágrimas de una madre desolada lograron despertarla del eterno sueño que dormía.

Nadie supo decirnos de qué mal había muerto tan repentinamente. Acaso habría cogido frío durante la noche. Tenía la costumbre de destaparse: en el asilo la faltaba su madre para cubrirla de nuevo con las ropitas de la cama. Quizá la ventilación de los dormitorios, prescrita por el reglamento habría sido excesiva. Acaso no la hubiesen secado bien después del baño; porque en estos establecimientos todo se hace demasiado deprisa, obligados como están los empleados á cuidar de mucha gente. Quien sabe si la comida no sería bastante nutritiva y nuestra hija se habría debilitado. ¿Pero á qué conduce torturar nuestro pensamiento? ¡Lo cierto, lo horriblemente cierto, es que nuestra idolatrada Anita ya no existe!

Temo que mi pobre mujer no se reponga de este terrible golpe. La impresión fué tan violenta, que no pudo volver á casa por su pie. Hubo necesidad de traerla en carruaje. ¡Quién podrá consolarla! Anita era nuestra última hija, era nuestro Benjamín. ¡Cuántas esperanzas, cuántas ilusiones nos habíamos forjado acerca de su porvenir!

El buen Ernesto sabrá mañana por mí el triste suceso. Ya el abuelo no volverá á tener sobre sus rodillas á su nietecita: ya no le referirá más cuentos. Francisco é Inés no recibirán mi carta hasta dentro de ocho ó quince días. ¡Francisco quería tanto á su hermanita! La traía golosinas cuando volvía del trabajo, y la pequeñita, en cuanto sentía sus pasos, se apresuraba á salir á la escalera para abrazarle y besarle.

¡Todo, todo ha concluido como tantas otras cosas en pocos meses!

XXVI

EL RESULTADO DE LAS ELECCIONES.

El que tiene el corazón lacerado por el dolor no es extraño que le sea indiferente la política. Nada le importa el porvenir de la patria á quien preocupan gravísimos cuidados en el presente.

Francisco tiene razón en sus augurios del resultado de las elecciones. En su última carta me decía que en una sociedad donde no hay libertad ni individual ni económica, no es posible que exista independencia política. Es muy raro que quien depende del gobierno en todas sus relaciones personales y en todos los momentos de su vida, como sucede ahora en Alemania, pueda tener la suficiente energía moral para dar su voto á hombres desafectos á la política ministerial. El derecho electoral en nuestra actual organización socialista democrática es tan ilusorio como el que ejercen los soldados en los cuarteles ó los detenidos en las prisiones.

No es extraño, pues, que el partido gubernamental sin grandes esfuerzos haya obtenido más de las dos terceras partes de la votación á pesar del descontento que reina en el país entero.

Yo mismo, oprimido por el peso de la desgracia que tan profundamente me hiere, he votado por los candidatos del gobierno, y eso que tantos motivos tenía para negarles mi sufragio. En la triste situación en que nos encontramos no hubiera podido resistir los efectos de la separación de mi mujer, que hubiera indudablemente seguido al de un acto de independencia,

porque es seguro que me habrían trasladado á otro pueblo si me hubiera atrevido á votar con arreglo á mis convicciones.

Es incomprensible que en el país rural, donde existe una marcada excitación contra el actual orden de cosas, haya conseguido una compacta mayoría el gobierno; pero se explica lo sucedido porque en las pequeñas poblaciones es más fácil el espionaje que en las grandes ciudades. En Berlín el partido gubernamental está en minoría, y esto se comprende por el sistema electoral de las grandes circunscripciones; la mayoría de los diputados pertenece á la oposición, al partido llamado de la «libertad.»

Los «jóvenes», no obstante el gran apoyo que les prestaron las mujeres, sólo pudieron lograr el triunfo de un solo candidato y esto porque tuvieron de su parte á los liberales. El partido de la libertad ha obtenido cerca de la tercera parte de los votos de la totalidad de los ciudadanos, aun teniendo que luchar contra la opinión que se había formado por el gobierno que le presentaba como mezcla informe de todos los odios y rencores, de cuantos predicaban la destrucción de lo existente. Aquella fracción política debe su triunfo al decidido apoyo de las mujeres, que con ardiente entusiasmo se lanzaron á combatir contra los enemigos de la familia y contra los perturbadores de la vida privada.

Sólo ha alcanzado el triunfo una *diputada*: la mujer del nuevo canciller; sin embargo de que ha manifestado públicamente su oposición al gobierno. Ha declarado en sus discursos que lo mismo que hasta ahora en el seno del hogar ha mantenido su opinión contraria á la de su marido, combatirá en el Reichstag, defendiendo lo que crea justo aun en frente del jefe del Estado. El gobierno no ha combatido á *esta candidata*, parte por cortesía y parte por demostrar prácticamente cómo en las elecciones se ha respetado la igualdad jurídica de los hombres y de las mujeres.

XXVII

UN DÉFICIT ENORME

En mil millones, exceden cada mes los gastos á los ingresos. *En mil millones* de marcos excede el consumo á la producción todos los meses. Esta es la primera manifestación que el gran canciller ha hecho en el nuevo Reichstag. Se ha guardado el mayor secreto sobre la tristísima situación financiera antes de las elecciones; pero ya no es posible callar por más tiempo y se impone la necesidad de buscar pronto remedio al penosísimo mal que nos amenaza.

La causa del déficit no radica en la exuberancia de la demanda, reviste mayor gravedad; porque se debe á la diminución de la producción. Por eso es sumamente difícil procurarse los más necesarios artículos de vestir, hay que contentarse con telas muy malas. Los precios de las cosas que se importan del extranjero como café, petróleo, arroz, resultan tan caras, que la mayor parte tiene que privarse de ellas.

Es verdad que todavía se consume la ración de 150 gramos de carne; pero en los otros víveres va disminuyendo notablemente. Apenas hay vegetales, fuera de las patatas y los guisantes. En la festividad de Bebel nadie ha visto que se haya aumentado la ración de carne, ni que se hubiera dado gratuitamente el prometido frasco de cerveza. En cuanto á la calidad de las sustancias alimenticias cada día va empeorando. Son muy frecuentes las reclamaciones y las quejas, y hasta se advierte el recrudecimiento en los padecimientos gástricos causado indudablemente por el mal estado de los géneros de consumo ordinario.

Aun cuando la estadística advierte que la población va en aumento, debido á que el mantenimiento y la educación de los niños corre por cuenta del Estado, no se emprenden nuevas construcciones de casas, ni siquiera se reparan la existentes. De renovación y mejora de máquinas y de herramientas, de ampliación de los talleres; de la apertura de vías de comunicación, no hay que hablar. Nadie en el gobierno se ocupa de esto.

Las provisiones parecen agotadas. Sólo hay abundancia de las que son poco ó nada demandadas y de las mercancías que antes se vendían en el extranjero y que ahora no pueden ser aceptadas por razón de las circunstancias en un país socialista democrático, tales como confecciones, guantes, vino, seda, panas felpa, etc. Todos estos géneros se han puesto á la venta á precios muy inferiores al coste, para desocupar los almacenes.

A pesar de todo esto, el *déficit* ha aumentado considerablemente en los últimos meses. Las materias primeras y las materias auxiliares no son suficientes para asegurar el proceso normal de la producción. Ningún país extranjero da ya mercancías á crédito á Alemania, las vende al contado ó á cambio de otros productos.

No se puede atribuir la horrible crisis que atravesamos á ligereza del gobierno en el calculo del consumo. Según se dice en el mensaje de apertura del Reichstag, el valor de la producción total de Alemania inmediatamente antes de la revolución podría calcularse en diecisiete ó dieciocho mil millones de marcos en cada año. El gobierno no creyó conveniente contar con ningún aumento de valores en la producción por efecto de la nueva organización económica. Limitóse á suponer que con la introducción de la jornada normal de las ocho horas se conservaría la misma producción anterior. A pesar de todo, se ha adquirido la evidencia de que en la sociedad socialista la producción se ha reducido una tercera parte, es decir, que el valor de los objetos ha descendido de dieciocho

á seis millones de marcos al año, ó sea mensualmente de mil millones á cincuenta y como cada mes se consumen mil, resulta que en cuatro meses perderémos una cantidad igual á la que pagó de contribución Francia á Alemania á la terminación de la gran guerra.

¿Cómo se podrá remediar un mal de tanta gravedad? El pueblo está grandemente ansioso por conocer las causas del *déficit*. De esto habrá de ocuparse el gran Canciller en su próxima sesión. de la Cámara.

XXVIII

NOTICIAS DE LA FAMILIA

Ahora estoy completamente solo. Mi pobre mujer se encuentra todavía en el hospital. El médico me ha ordenado que no le haga muchas visitas para evitarle emociones. Cuando aquella desdichada me ve, me echa los brazos al cuello con apasionados transportes, como si hubiera salido de un gravísimo peligro. Luego, al separarnos, llora angustiosamente. Como no sabemos hablar de otra cosa que de nuestras comunes desgracias, aumenta en nosotros el desconsuelo. Cree mi querida esposa que nuestros idolatrados hijos se hallan expuestos á todo género de persecuciones y de peligros y tiene el presentimiento horrible de no volver á verlos. No se aparta de su imaginación el triste recuerdo de la malograda niña y los lúgubres incidentes de la fuga de Francisco ó Inés.

Me pareció conveniente consultar sobre esto con nuestro antiguo médico, que tan bien la conoce y la ha curado de graves enfermedades cuando nos casamos. Precisamente le encontré en el momento en que volvía de asistir á un joven que ha-

bía intentado suicidarse. Le expuse mi deseo: pero me contestó, que aun sintiéndolo mucho, nada podía decirme; porque acababa de transcurrir la última hora de las ocho de su jornada normal. De buena gana me daría la consulta que yo solicitaba de él; pero ya había sido denunciado dos veces por exceso en el tiempo de trabajo, por uno de sus colegas y rigurosamente castigado por el delito de *superproduccion*. Como no podíamos celebrar la consulta, nos entretuvimos hablando del notable incremento que habían tomado los suicidios en la sociedad socializada. Le pregunté si debía atribuirse esto á amores desgraciados. Aun cuando no falten casos ocasionados por ese motivo, me contestó, no debe atribuirse el desmesurado aumento á esa causa. Cuando yo era médico militar, durante el pasado régimen, me dijo, muchos reclutas se quitaban la vida por no poder resistir la rigurosa disciplina y eso que tenían la seguridad de volver á la vida civil al cabo de dos ó tres años. No es, pues, maravilla, continuó el médico, que ahora las grandes limitaciones impuestas á la libertad personal que ha de durar toda la vida, determinen en muchas personas, y no seguramente en las peores, la tendencia á buscar en el suicidio la manera de librarse de una vida fría, uniforme é imposible de modificar por un acto de energía de la voluntad. Acaso el médico tuviera razón.

Recibimos buenas noticias de Francisco y de Inés. Es el único punto luminoso de mi triste existencia. Han podido poner en New York una modesta casita, Francisco ha merecido por su celo y habilidad ser nombrado director de una imprenta. Inés trabaja para un almacén de confecciones, que es ahora un magnífico negocio en América, después que cesó la competencia alemana en el comercio de estos artículos. Francisco ha sentido muchísimo la desgracia de su hermanita, é insiste en que le mande á Ernesto, de cuyo porvenir quiere ocuparse exclusivamente.

Verdad es que me da pena lo que pasa con este hijo mío en el Instituto de educación. Los jóvenes acogidos están muy

desanimados. Saben que al llegar á los veintiún años, lo mismo los buenos que los malos, los hábiles que los ineptos, han de obtener idéntica retribución del Estado. Los mismos que se hayan preparado con todo cuidado para el ejercicio de la profesión más concordante con sus aptitudes, no pueden abrigar la seguridad de ser destinados á ella ó á otra análoga. Así que el tiempo que habrían de ocupar en el aprendizaje lo pierden lastimosamente, no obstante las rigurosas disposiciones adoptadas, mas propias de un presidio que de una escuela.

Sin embargo, no me atrevo á proponer á Ernesto que se marche á América sin consultar con mi mujer, y ésta se encuentra tan delicada de salud que me parece muy aventurado hablarle de ello.

XXIX

UNA SESIÓN TEMPESTUOSA EN EL REICHSTAG

Después del apasionado debate sobre los fondos de las Cajas de ahorro, no había vuelto yo al palacio del Reichstag en la plaza de Bebel. Entonces, como no se habían verificado todavía elecciones generales, los diputados socialistas democráticos que se sentaban en la Cámara del antiguo régimen estaban solos, como en familia, porque había decretado la nulidad de los poderes de los otros miembros del cuerpo legislativo; como emanados del tiempo en que dominaba la tiranía del capital. Hoy los adversarios de la democracia social que acaban de ser elegidos ocupan todo el lado izquierdo del Reichstag, esto es, cerca de una tercera parte de los puestos.

La única mujer que ha triunfado en las urnas, la esposa

del gran canciller se sienta en el centro de la primera fila. Es una verdadera matrona, de varonil aspecto; pero ataviada con cierta coquetería. Sigue con marcada atención el discurso de su marido; ora haciendo signos de aprobación, ora meneando la rizada cabeza adornada con cintas rojas.

El partido gubernamental está muy abatido por la noticia del *déficit* que arroja el balance del Estado, y por el contrario, la oposición antisocialista y los liberales no caben en sí de gozo y ríen á mandíbula batiente. Las tribunas están atestadas sobre todo de mujeres. La agitación del público es extraordinaria.

Daré una idea de la sesión:

***

ORDEN DEL DÍA: *Discusión sobre el balance.*

EL GRAN CANCILLER: Es un hecho la disminución de los valores en la producción en Alemania, en cerca de las dos terceras partes comparado con el período anterior á la gran revolución social; pero no debe pronunciarse juicio favorable ó adverso antes de oir mis explicaciones. En primer término de esto son culpables los enemigos de nuestra sociedad socializada. (*El diputado por Hagen en la izquierda: «No es verdad».*) Sí es verdad, señores diputados; para conservar el orden en el interior hemos tenido que decuplicar las fuerzas de policía y para auxiliar á la policía en su continua tarea de contrarrestar la emigración, como también para prevenirnos contra las asechanzas del extranjero, nos hemos visto obligados á duplicar el ejército y la armada. Después la anulación de los títulos de los valores públicos en los Estados socialistas europeos ha privado de los intereses á los capitales alemanes colocados en esta clase de préstamos públicos. Nuestra exportación á las naciones que conservaron el régimen burgués,

que son nuestros naturales é irreconciliables enemigos, ha disminuido notablemente.

Mencionaré en segundo lugar como causa de la minoración de la producción la diminución del tiempo dedicado al trabajo cada día. *(Rumores en la derecha.)* Además, la prohibición de todo trabajo á destajo ha determinado la baja de la producción. *(Atención, atención en la izquierda.)* A consecuencia de los malos hábitos que desmoralizaban á la sociedad que ha desparecido, todavía no se ha podido hacer efectivamente oficial la obligación de trabajar *(Agitación en la derecha);* por lo cual no es prudente renunciar *á una ampliación del día laborable hasta las doce horas. (Sensación.)* Además, mientras no se restablezca el equilibrio financiero, es menester decretar el trabajo obligatorio para todas las personas desde los catorce á los setenta y cinco años, en vez de los de veintiuno á sesenta y cinco, como ahora estaba establecido, reservándonos la concesión de exenciones parciales en favor de los jóvenes de talento extraordinario, con el fin de que dediquen mayor tiempo á su cultura, y de los viejos y los enfermos con el objeto de que puedan atender á la conservación ó á la restauración de la salud.

A parte de esto, es indudable que la adopción de un régimen alimenticio más sencillo y menos costoso que el actual contribuirá á disminuir el *déficit*. Recientes experiencias han demostrado que aumentando las porciones de legumbres y de patatas en las comidas, bastarán cincuenta gramos de carne ó de grasa por cabeza en vez de ciento cincuenta que ahora se conceden.

Es sabido que hay muchas personas que creen que el uso de la carne es sumamente dañoso *(Agitación en la derecha);* pero nosotros esperamos obtener grandes economías refrenando en la ulterior lógica elaboración de la igualdad social, refrenando cada día más, repito, los caprichos individuales y la ciega acción de la oferta y de la demanda, que todavía en este momento dificulta y encarece el consumo. La sociedad produce, por ejemplo, víveres, muebles, artículos de vestir;

pero la demanda está dirigida por el más caprichoso egoísmo, llámese moda, gusto ó como os plazca. (*La diputada se ríe.*) El gran canciller se turba y trata de calmar bebiendo un vaso de agua su visible agitación. Digo que la moda domina con absoluto imperio, no sobre los artículos que se producen en cantidad adecuada á las necesidades, sino precisamente sobre los que andan escasos ó sobre los que no se producen todavía, así los artículos ofrecidos á la sociedad se pudren en los almacenes solamente porque á los señores y á las señoras *X*, *Y* *Z*, no les placen. ¿Es justo y equitativo que cedamos á los caprichos individuales de estas personas? ¿Habrán de tener á su disposición objetos diferentes tan sólo porque el señor *A* ó la señora *B*, quieran alimentarse, vestir ó alojarse de diferente manera que el señor *D* ó la señora *F*? ¡Cuánto no se simplificaría y ahorraría la industria si en vez de elaborar objetos muy diferentes, se limitara á producir pocos artículos ó uno solo para cada grupo de necesidades homogéneas!

Atendiendo á lo dicho, señores y señoras, el gobierno os propondrá ante todo la introducción en la colación ó en la cena del mismo régimen ya en uso en la comida de medio día: se favorecerá también notablemente la igualdad social si socializamos la fabricación de todos los muebles, construyendo con arreglo á un mismo modelo y en la misma forma, camas, mesas, sillas, armarios, etc. Con esto lograremos la ventaja de ver todas las habitaciones amuebladas de idéntica manera, y se evitarán los inconvenientes y la pérdida de tiempo que trae consigo la mudanza de casa. Cuando haya necesidad de cambiar de habitación y hasta de población, no habrá necesidad de llevarse los muebles.

Al propio tiempo el Estado decretará la calidad, el color y hasta el corte de los vestidos de los ciudadanos y determinará el tiempo que deben durar. *(Sigue riendo irónicamente la diputada: las señoras de las tribunas protestan ruidosamente.)*

PRESIDENTE : No se permiten las muestras de aprobación ó de censura en las tribunas.

El gran canciller: Os ruego que no me interrumpáis. La igualdad del vestido no ha de llevarse al estremo de excluir completamente toda diferencia, antes por el contrario, el gobierno se propone crear ciertos distintivos en el traje por medio de los que sea fácil reconocer á los ciudadanos y á las ciudadanas de las diversas profesiones, empleos, oficios, etc., lo cual facilitará grandemente la misión á los inspectores del Estado.

Con esto no sería preciso aumentar el número de agentes de vigilancia que hoy son uno por cada cincuenta personas; tantos como exige el asegurar la rigurosa observancia de las leyes y de tantas disposiciones como se han promulgado sobre comida, vestidos, habitaciones, en un Estado como el nuestro, que será modelo de orden social. (*Exclamaciones á la izquierda:* ¡Sí, modelo de presidios! *El Presidente agita la campanilla é impone el silencio.*)

Tal es nuestro programa. Si lo aprobáis, esperamos que ejecutándolo con toda escrupulosidad, no sólo desaparecerá el *déficit*, sino que en nuestro pueblo experimentará un bienestar y una felicidad que crecerán á medida que vayan cayendo en desuso los hábitos perversos que desmoralizaban la antigua sociedad. (*Muestras de aprobación en la derecha. ¡Fuera, fuera! en la izquierda.*)

Presidente: Antes de entrar en la discusión del programa expuesto, los señores diputados pueden pedir al gran canciller cuantas explicaciones crean convenientes para aclarar los puntos que aquel comprende.

El gran canciller: Tendré especial, satisfacción en ello.

Un diputado del partido gubernamental ruega al gran canciller que dé explicaciones amplias sobre el nuevo régimen alimenticio y sobre las consecuencias que habrá de producir en los certificados monetarios.

El gran canciller: Agradezco al honorable preopinante su pregunta: porque así podré suplir algunas omisiones en que he incurrido. La ración diaria de pan para los

adultos se rebajará de setecientos á quinientos gramos para evitar las indigestiones. La fécula que se encuentra en gran cantidad en el pan negro produce fermentaciones en el aparato gástrico que son causa de diarreas y de catarros gástricos. Además de la ración de pan para todo el día, los adultos recibirán por la mañana diez gramos de café crudo y un decílitro de leche. Creemos que con la mezcla en esta proporción, se evitarán los trastornos nerviosos que suele producir el café. (*Risas en la izquierda.*)

Por la noche cada persona adulta disfrutará de medio litro de sopa variada de puré de lentejas, de arroz, de pan ó de patata; de cuando en cuando, en vez de sopa se pasará un cuarto de litro de leche. En las tres grandes fiestas políticas, ó sea en la conmemoración del natalicio de Bebel, Lassalle y Liebbknecht, al mediodía se dará una ración de doscientos cincuenta gramos de carne y medio kilo de manteca por persona.

He olvidado asimismo manifestar que una vez por semana se concederán cincuenta gramos de tocino ó un arenque para la cena; adoptando este régimen lograremos, al par que alimentar al pueblo muy higiénicamente, la probabilidad de vender á las naciones extranjeras los artículos de alimentación más caros y las bebidas más costosas que nosotros producimos, por ejemplo, legumbres escogidas, caza, pollos, peces raros, conservas, vinos, etc.

En cuanto á los certificados monetarios, es evidente que la mayor cantidad de los artículos en especie producirá una diminución proporcional de los cupones representativos de una suma de dinero. Nos proponemos pues, facilitar al consumidor el carbón y la leña, y la luz, y lavar gratis la ropa blanca en establecimientos oficiales, por supuesto, dentro de ciertos límites.

En tales circunstancias, creemos que para comidas y bebidas *extra*, para tabaco, jabón, para los gastos menudos, para viajes y diversiones, etc., será bastante consignar un mar-

co cada diez días, por persona adulta. *(Risas en la izquierda.)* Estos gastos no estarán sometidos á merma ni á limitación alguna, y la sociedad no ejercerá sobre ellos inspección de ninguna clase. Ved, señores, cuán lejos estamos de querer poner trabas á la actividad individual en todo lo que deba ser racionalmente libre.

Un diputado del partido de la libertad pide explicaciones al gran canciller sobre las medidas que piensa adoptar para prevenir y evitar en su caso, las faltas cometidas contra la obligación de trabajar, que han de ser frecuentes cuando se aumente la jornada laborable hasta doce horas. Desea asimismo saber qué opinión tiene el gobierno acerca de la cuestión del aumento de la población.

El gran canciller: En cuanto á las faltas cometidas contra la obligación de trabajar, confieso de buen grado que el crecimiento del día laborable traerá consigo la precisión de completar la escala de las penas con las de privación de cama, arresto en habitación oscura y en caso de reincidencia la prisión y los palos. *(Gritos de indignación en las tribunas.)*

El Presidente amenaza con hacerlas desalojar, si, no obstante sus advertencias, se repiten las manifestaciones ruidosas.

El gran canciller: Me explicaré, la pena de golpes de palo no pasará de treinta. Es preciso hacer que penetre en la conciencia de los ciudadanos la obligación de trabajar aunque sea con penas corporales.

En cuanto al aumento de la población, nos atenemos al principio de Bebel, ó sea que el Estado debe considerar á todo recién nacido como un nuevo y bien venido socialista democrático. *(Aprobación en la derecha.)* Ciertamente que también ésto debe tener su límite, puesto que no podremos tolerar que un aumento demasiado grande en la población ponga de nuevo en peligro el equilibrio del presupuesto del Estado, una vez logrado, con las medidas propuestas. Acaso será necesario, como demostrará la comisión de presupuestos, establecer una

proporción rigurosa entre la población y las subsistencias existentes conforme á los preceptos de Bebel. No olvidemos que este sabio pensador y entusiasta socialista democrático decía «el socialismo es la ciencia aplicada con conciencia clara y con conocimiento pleno á todas las esferas de la actividad humana.» *(Vivas muestras de aprobación en la derecha.)*

El Presidente: Si no hay quien pida más explicaciones al gran Canciller, podríamos entrar en la discusión regular del programa presentado. Concederé la palabra alternativamente á los oradores de la derecha y de la izquierda, empezando por esta. Tiene la palabra el

Diputado por Hagen: No tengo necesidad de examinar minuciosamente el programa del gran canciller; porque los frutos producidos por el llamado sistema socialista democrático son más que suficientes para sublevar al más frío y pusilánime contra la Democracia social que así ha perturbado la vida de la nación alemana. *(Grandes rumores en la derecha. Viva aprobación en la izquierda.)* Confieso que la horrible realidad supera en mucho á lo que auguraba un antiguo diputado de mi distrito electoral. *(Gritos en la derecha: —Sí, el asesino de los socialistas.)* Veo que los señores de la derecha no han podido todavía digerir los escritos del difunto Eugenio Richter, «sobre las doctrinas erróneas de la democracia social». Es que no saben salir de su ignorancia y adquirir un concepto claro de las cosas económicas.

El *déficit* anual de doce mil millones significa la bancarrota de la democracia social. *(Grandes rumores en la derecha.)* Vos, señor canciller, os equivocáis á sabiendas atribuyendo el *déficit* en primer término á los enemigos de la democracia social.

Alemania está hoy atestada de soldados y de agentes de policía. Esto es natural; porque cuando todas las relaciones y todas las esferas de la vida interna y externa dependen del Estado, no pueden menos de aumentarse considerablemente los órganos ejecutores de tan múltiples y extensas funciones de la institución política.

Es por desgracia demasiado cierto que nuestro comercio exterior languidece; ¿pero de quién es la culpa sino de las transformaciones de la producción y del consumo en nuestro país y en las demás naciones sometidas al régimen socialista democrático?

Todo esto no basta, sin embargo, para explicar el *déficit*. El señor canciller le atribuye también á la diminución de la jornada laborable. Pero el día de trabajo antes de la revolución no duraba más de diez horas, y era de esperar que se hubiera ido reduciendo gradualmente sin perjuicio para la producción. No tanto á la duración del trabajo, sino á lo mal que se aprovecha el tiempo, á la *poltronería (¡Oh! ¡oh! en la derecha)* de los obreros debe culparse el atraso en la industria, que lamentamos. El trabajo ha vuelto á convertirse en esclavo, en servil como en los siglos más atrasados. El salario igual para las diversas profesiones, la pérdida de la esperanza de alcanzar la mejora de situación por la diligencia y actividad del trabajador: he aquí lo que aniquila la industria.

El trabajo no puede ser tan productivo como antes: faltando el propietario, el empresario privado, falta el continuo, el infatigable director de la obra, que impide el despilfarro de los materiales y de las fuerzas, que adapta la producción á las necesidades de la demanda, y sobre todo, lo que más perjudica es que no existe el estímulo de la competencia. El *déficit* en los miles de millones convence ahora á todo el mundo de que el capitalista ó el empresario no eran unos explotadores, unos séres inútiles, unos parásitos; por el contrario, toda persona de buen sentido no puede menos de penetrarse de la verdad de que el trabajo más diligente si no está dirigido de un modo concordante con su fin, se resuelve en un despilfarro de fuerzas y de materias.

¡A dónde hemos llegado! Para eliminar las desventajas de la manera de producción socialista democrática, venís aquí á crear tales limitaciones á la libertad personal y á la libertad económica, que convertirán á Alemania en un presidio.

(Gran estrépito en la derecha. Aprobación en la izquierda y en las tribunas. El Presidente repite la amenaza de desalojar las tribunas.) Idéntica obligación de trabajar, duración igual de la tarea, aplicación forzosa á determinadas labores; esto ni siquiera se encuentra en las cárceles; en éstas, al menos, al trabajador diligente y activo se le concede una remuneración extraordinaria. Para que la semejanza sea mayor, hasta se impone á cada ciudadano la habitación que ha de ocupar y los muebles que ha de usar. Las familias están hondamente perturbadas. No os falta más que separar completamente el hombre de la mujer como en la cárcel.

Si en el trabajo todo está reglamentado, ¿qué diremos de la obligación de presentarse toda persona á una hora dada para comer? He aquí otra analogía con un presidio; pero siquiera en éstos durante el *odiado* antiguo régimen se comía mucho mejor que ahora. ¡Y para que la semejanza sea perfecta, hasta el vestido es actualmente uniforme! ¡Tenemos guardias tenemos centinelas que impiden á los presidiarios de la democracia socialista pasar la frontera!

En nuestros establecimientos penitenciarios la jornada normal no era de doce, sino de diez horas. La jornada de labor que os veis obligados á poner en uso hase abolido en muchos de aquéllos por innecesaria. En los presidios había al menos la posibilidad de obtener el perdón que abría las puertas de la prisión al condenado á reclusión perpetua; pero en nuestras galeras democrático-socialistas la pena dura toda la vida, y sólo podemos librarnos de ella por el suicidio. (*Sensación.*)

Vosotros tratáis de disculpar todas estas enormidades apelando al consabido tópico de los males del período transitorio. Niego esto en redondo; las condiciones van empeorando á medida que se extrema la tiranía de la democracia social. Estáis al borde del precipicio. Gozáis, es verdad, todavía de la luz del día, aunque ya muy atenuada por las sombras del crepúsculo vespertino. La escasa cultura, el resto de arte, la partícula de habilidad para el trabajo de que aún disfruta-

mos, débense á las instituciones pasadas. Ahora en los institutos de educación socialista democrática la juventud se deprava, no porque falten tiempo ni medios de cultura, sino porque se ha procurado aniquilar el interés individual.

Vivís aún del capital intelectual y del capital económico que habéis recibido del antiguo régimen; pero cada día os vais incapacitando más para crear nuevos establecimientos económicos, para mejorar los existentes, para abrir nuevas vías, para construir nuevos edificios, etc.; puesto que os faltan los recursos para ello desde que habéis puesto todo vuestro empeño en destruir el beneficio de la empresa de la industria privada, desde que habéis procurado con todas vuestras fuerzas abolir el *interés* que anteriormente determinaba el crecimiento del capital.

La eliminación de la *libre concurrencia* hiere de muerte el progreso económico y científico. El interés individual despertaba la iniciativa, y el espíritu de invención y la emulación de los competidores convertía en beneficio de la generalidad el fruto de los esfuerzos individuales.

Las medidas propuestas por el gran canciller no bastan para cubrir el *déficit* de los doce mil millones; como en otros tiempos en los presidios, en donde el trabajo estaba organizado al modo de nuestra sociedad socializada, no podía obtenerse ni siquiera la tercera parte de lo que costaba el presidiario. Pronto, muy pronto nos encontrarémos con un *déficit* más crecido. Pensad, pues, en la manera de obtener *una diminución de la población*. Esto se impone, aun reduciéndonos todos á vivir con el régimen de dieta á que quiere someternos el gran canciller. Lo mismo ocurrirá, seguramente, en los vecinos Estados democrático-socialistas. La ley férrea de la propia conservación obligará á la democracia social en todas partes á la mutua destrucción, hasta que desaparezca el exceso de población.

Por lo que yo entiendo, la esperanza de Bebel de transformar, por medio del riego, el desierto de Sahara en fertil co-

marca, adonde podría enviarse el sobrante de la población europea demócrata socialista, es un delirio de enfermo.

Tampoco veo muy dispuestos á los compañeros que sobran en Alemania de ir á establecerse en Noruega y en Siberia, á pesar de los consejos de Bebel. *(Hilaridad en la izquierda.)*

Yo no sé si podemos ya detenernos en el camino de perdición que por culpa nuestra hemos emprendido. La revolución ha destruido lo que valía muchos millares de millones, y hay que gastar muchos más para salir de la terrible situación en que habéis puesto á Alemania.

Mientras nosotros en la vieja Europa corremos á la ruina, gracias á vuestros desaciertos, al otro lado del Atlántico se levanta siempre opulenta, siempre omnipotente, una república que se apoya en la propiedad privada, en la libre concurrencia, porque allí los ciudadanos no se han dejado corromper por las erróneas doctrinas socialista-democráticas. Cada momento de retardo en la liberación de nuestra patria es un paso hacia la ruina fatal. Por eso grito con todas mis fuerzas: ¡ABAJO LA ERGÁSTULA SOCIALISTA-DEMOCRÁTICA! ¡VIVA LA LIBERTAD! *(Salvas de aplausos en la izquierda y en las tribunas; gritos y silbidos y gran tumulto en la derecha.)*

El Presidente llamó al orden repetidas veces al orador durante su discurso, y en vista de las manifestaciones de las tribunas, ordena que sean desalojadas sin contemplaciones.

Costó grandísimo trabajo que los concurrentes las desocuparan; pero al fin me ví obligado á salir, y por eso no presenció lo que pasó á la terminación de la sesión. Lo único que sé es que el gobierno dispone de una mayoría ser vil en el Reichstag, y que, serán aceptadas las me didas propuestas por el gran Canciller.

XXX

HUELGA INMINENTE

El nuevo proyecto del gran canciller para cubrir el *déficit* ha sido acogido en Berlín, por la mayoría de la población, de muy mala manera. Lo que sucederá nadie lo puede prever. Hace mucho tiempo que se advierte una viva agitación entre los operarios metalúrgicos y los constructores de máquinas. Ellos, que se vanagloriaban de haber contribuido en máxima parte á la gran revolución, ahora no cesan de lamentarse de haber sido engañados ignominiosamente por los *leaders* de la democracia social. Efectivamente, antes de la gran revolución, se había prometido que cada trabajador obtendría el *producto íntegro de su trabajo*. Esto se leía todos los días en el *Vorwärts*, pero ahora todos reciben igual retribución.

Si se distribuyese—dicen aquéllos,—el valor del producto, después de deducido el importe de las materias primas y de las materias subsidiarias, de los productos y de las máquinas fabricadas, sacaríamos mucho más que lo que se nos da.

En vano el *Vorwärts* ha tratado de convencerlos de que lo que pretenden es absurdo. La democracia social, escribía el *Vorwärts*, no ha prometido á cada grupo de operarios de un oficio determinado el pleno producto de su trabajo particular, sino á la colectividad, á *todos* los operarios, el producto completo del trabajo de *todo* el pueblo. Lo que se obtiene en los establecimientos metalúrgicos no procede sólo del trabajo humano, sino de la cooperación de muchas máquinas y de costosos instrumentos, y para ello son necesarios además, grandes edifi-

cios y extraordinarios medios de ejecución. Todo esto no ha sido creado por los obreros actualmente empleados en dichos establecimientos, corresponde, por consiguiente, también á la sociedad, que ha colocado en ellos todo el capital de instalación y de ejercicio, lo que queda después de pagar los salarios iguales á todos los obreros de la colectividad.

Esto no quieren oirlo los señores artesanos de la industria metalúrgica, y arguyen que si ahora el Estado ó la sociedad se traga los dividendos que antes se engullían los accionistas de las compañías explotadoras del negocio, no vale la pena de haber hecho la *grrraan* revolución.

Tampoco están conformes con el aumento de las cuatro horas de trabajo al día.

En suma, reclaman el producto íntegro de su labor, y diez horas al día de tarea como máximum. Para lograr sus propósitos han celebrado reuniones muy concurridas por la noche en los bosques de Yungfernheide y Wuhlheide, en las que se discutieron muy seriamente si convendría recurrir á la fuerza para hacer valer lo que creen su derecho. Se habla de una huelga monstruo de 40.000 obreros metalurgistas y constructores de maquinaria de Berlín.

XXXI

NOTAS AMENAZADORAS DEL EXTRANJERO.

Ni en Rusia, ni en Francia han sabido los gobiernos socialistas democráticos vencer las dificultades, interiores y por eso tratan distraer hacia el exterior la cólera de la muchedumbre. La triple alianza fué inmediatamente disuelta por el nuevo régimen. En estos momentos Italia, amenaza ocupar la Istria

y el Tirol que pertenece todavía á Austria-Hungría. Parece á Francia y á Rusia favorable la ocasión para atacar á Alemania, y ambos Estados han dirigido idénticas notas diplomáticas á nuestro ministro de Estado, exigiéndole el pago dentro de un plazo de diez días, de las deudas de Alemania por mercancías de ellos recibidas.

Pero, ¿cómo se explica que Francia sea nuestra acreedora? No habíamos recibido de ella más que algunos millones de botellas de Champagne que nos hemos bebido en los primeros momentos de entusiasmo que produjo la gran revolución y antes que el consumo fuera regulado por la ley. Rusia ha vendido á Francia una parte de sus créditos contra nosotros para poder realizar una acción común. Nuestra deuda con Rusia se eleva á más de mil millones de marcos; bien que nos hubiéramos limitado á importar únicamente algunos artículos como trigo, leña, lino, cáñamo, etc.; pero los productos manufacturados que anteriormente dábamos en cambio á Rusia y á Francia han sido rechazados últimamente á pretexto de que eran defectuosos y caros. Antes podíamos todavía saldar el excedente de importaciones de Rusia con cupones de los títulos de su deuda que poseíamos en gran número; pero ahora faltan por completo y como carecemos también de moneda de oro y plata, no hay medio de enjugar la deuda. Esto lo saben muy bien nuestros excelentes vecinos, y por eso han dejado deslizar la especie de que en caso de que no paguemos la deuda en el término citado se verán obligados á ocupar en garantía Posen y la Prusia oriental, y la Alsacia Lorena. Los dos Estados referidos no tienen inconveniente en entrar en negociaciones para un arreglo definitivo de la deuda si Alemania se decidiera á ceder aquella parte del territorio.

Me parece que esto pasa los límites de toda prudencia.

En Alemania no faltan, á Dios gracias, milicias instruidas, fusiles, pólvora y balas; de todo nos ha dejado abundantemente provistos el antiguo régimen; pero es triste confesar que, debido el retroceso en la producción y por efecto del consumo

excesivo, no nos sobra carbón para los transportes militares por camino de hierro y harina y forrajes en los depósitos.

Entre tanto los franceses no se descuidan. Se han anexionado el gran ducado de Luxemburgo que después de la disolución de la Unión aduanera, era libre é independiente. El descontento por la ruptura de las antiguas relaciones comerciales con Alemania fué estimado por el partido que deseaba la Unión con Francia. Un ejército francés acudió por el camino de Longroy, y la caballería llegó á lo largo de la frontera hasta delante de Tréveris.

XXXII

HUELGAS FORMIDABLES ANUNCIOS SEGUROS DE GUERRA

Todos los operarios metalurgistas de Berlín y de los alrededores se han declarado en huelga esta mañana, en vista de que había sido rechazada su pretensión de que se les concediera «el total producto del trabajo». El gobierno ha dispuesto que se prive á los huelguistas de la comida y de la cena. Se dió órden á todos los jefes de cocina del Estado para que rechazasen los certificados monetarios de los obreros metalurgistas. Las mismas órdenes se circularon á todos los restaurants y tiendas de venta en donde ellos acostumbraban á tomar sus medios de subsistencia. Se han colocado fuertes retenes de tropa para velar por la seguridad pública. Con estas medidas se espera reducir por el hambre á los huelguistas; porque las escasas porciones de pan y de otros víveres que les puedan facilitar sus familias y amigos habrán de durar muy poco.

También esta mañana nos hemos encontrado con la desagradable noticia de que toda la población quedará reducida

á la mitad de las raciones de pan y de que se suprimía por completo la de carne. Con esto se espera ahorrar lo suficiente para avituallar las fortalezas en la frontera, porque ya ha comenzado la destrucción del territorio germánico anunciada por Rusia y Francia. La caballería francesa ha penetrado por el gran ducado de Luxemburgo, se ha colocado sobre el Mosela y ha interrumpido el servicio en las vías férreas de Treveris-Diedenhofen (Thionville) y Treveris-Saarlouis. Otros cuerpos del ejército francés, apoyándose en Longyon, Conflans, Pont á Musson, Nancy y Luneville han entrado por la frontera lorenesa para asediar á Metz y á Diedenhofen. Las dos fortalezas no tienen víveres más que para dos meses. Otro tanto sucede con Könisberg, Thorn y Graudenz, hacia los cuales se dirigen formidables columnas rusas. Parece que el plan del enemigo es atacar la Prusia oriental á un tiempo por el Este y por el Sur para facilitar después la ocupación del lado oriental é impedir, que el ejército alemán se provea de sus caballos en esa región. La landwehr y la landsturm de la Prusia oriental corren ya hacia la frontera, pero van mal uniformados, porque á consecuencia de la crisis de la producción ha habido necesidad de emplear los efectos militares para vestir á la población.

Tendré desde ahora que abreviar estos apuntes, porque entra en vigor la ley de las doce horas de trabajo.

Procuraré terminarlos y mandar el original á Nueva York á Francisco y á Inés. Mi deseo es que lo conserven y lo transmitan á sus hijos, y éstos á los suyos, para que conozcan las miserias del tiempo en que he vivido. Además, se me considera cada vez más sospechoso y temo que se proceda á registrar mi domicilio y que se me arrebaten estas notas.

XXXIII

COMIENZA LA CONTRAREVOLUCIÓN

Los obreros metalurgistas no se dejaron sitiar por hambre. Yendo á visitar á mi suegro, que se encontraba en el asilo de ancianos establecido en el castillo de Buenavista, tuve ocasión de averiguar que los huelguistas que se habían reunido en las antiguas oficinas de Borig intentaron asaltar el almacén de pan instalado en frente del castillo al otro lado del Sprea. La policía guardaba las entradas de la gran plaza en donde están los almacenes, y cuando los obreros trataron de forzarlas los agentes los recibieron á tiros, pagando bastantes operarios con la vida su osadía. Entonces los revoltosos atacaron por los terraplenes de la vía férrea y arrancaron los railes y destrozaron los hilos telegráficos; pero el horroroso fuego que les hacían los milicianos que reforzaron á la policía y defendían el edificio desde las ventanas, cubrió pronto de muertos y heridos la plaza.

Los huelguistas no se dieron por vencidos, y subieron á los pisos de las casas en la calle de Luneburgo. Se trabó entonces una encarnizada lucha de balcón á balcón entre los sublevados y las fuerzas leales. La guardia de los almacenes era menos numerosa, pero disponía de mejores armas y de abundantes municiones.

Nuevas y nutridas masas de operarios del ferrocarril intentan abrir brecha en las paredes de los edificios; pero por los jardines del castillo de Buenavista llega á paso de carga un batallón que ocupa el puente contiguo al de la vía férrea y desde allí rompe un fuego mortífero contra la muchedumbre

inerme en su mayor parte que se encuentra en las calles. La multitud se dispersa en todas direcciones lanzando alaridos de terror y de cólera. Se dice que va á llegar la artillería de la guardia.

Yo abandono el teatro de tanta desolación y espanto para dirigirme á los barrios al sudoeste de Berlín. Por todas partes se encuentran grupos de personas presas de la mayor sobreexcitación. En esta parte de la ciudad todavía no se han cometido actos de violencia; se cuenta, sin embargo, que los obreros metalurgistas han vencido en el asalto en los almacenes de pan de Tesupelhof y en la calle de Copérnico, y que se han apoderado de gran cantidad de armas y municiones. Nada se sabe de cierto; corren noticias de que la sublevación es general.

La policía de seguridad se había aumentado en estos últimos tiempos hasta 30.000 hombres, todos ellos fanáticos demócratas socialistas. Se la ha dotado de caballería y de artillería. ¿Pero qué podrán hacer los destacamentos esparcidos por todo Berlín si una población de dos millones de habitantes se subleva?

La pólvora sin humo favorece la lucha de emboscadas y las modernas armas de tiro rápido son muy útiles en la posición cubierta de las casas.

La infantería á paso de carga y la caballería á galope cruza en dirección al Paseo de los Tilos. Se ordena la concentración de tropas en el castillo. ¿Cómo acabará todo esto?

Encontré á mi suegro muy apático é insensible á todo. Fuera de la familia y sin los cuidados y atenciones de los suyos, decaen rápidamente sus fuerzas corporales y las facultades de su espíritu. Repite veinte veces las cosas, confunde las personas y las generaciones. ¡Todo en él revela la más marcada decrepitud!

XXXIV

NOTICIAS FUNESTAS

¡Qué día más horrible!

Acabo de ver á mi mujer. La encuentro delirante. ¡Apenas me conoce! Los sufrimientos que le causó la muerte de la pobre Anita y las sacudidas molestas que su ánimo experimentó por los dolorosos acontecimientos de los últimos meses, han trastornado por completo su inteligencia. Se imagina persecuciones diabólicas y hoy debe ser conducida á un hospital de incurables.

Durante veinticinco años hemos sido ella y yo uno mismo para los placeres y para los dolores. Eramos una sola inteligencia, un solo corazón. ¡Ver ahora á mi idolatrada mujer sin conciencia, insensible á mis caricias, sorda á mis consuelos! ¡Esto es más horrible que la muerte!

¡Qué me importa la lucha en las calles! ¡Qué me importa la derrota de nuestras tropas en las fronteras! Nuestros soldados exhaustos de fuerzas por las marchas á pie, muertos de hambre y de sed, sin ropa, sin calzado, no han podido resistir el empuje de los enemigos. La sublevación de Berlín se generaliza. Ha triunfado en toda la orilla derecha del Spréa. Tres provincias envían considerables refuerzos á los insurgentes. Las tropas han comenzado á fraternizar con ellos.

Lo que había empezado por una huelga de obreros, amenaza convertirse en una verdadera contrarevolución. Se trata seriamente de acabar con el régimen socialista democrático. ¡Qué responsabilidad para mí, que he contribuido con todas mis fuerzas á procurar el advenimiento de un sistema que ha

producido la locura de una madre, la muerte de una hija, la desdicha de una familia!

A toda costa debo advertir á mi Ernesto que no ande por la calle, porque los jóvenes con su entusiasmo y sus ardimientos son fácilmente arrastrados por los movimientos populares.

XXXV

ÚLTIMO CAPÍTULO

A Francisco Schmidt, tipógrafo en Nueva York:

«¡Mi querido hermano!

Ten ánimos para recibir una tremenda noticia. Nuestro buen padre ya no existe. Ha sido una de las innumerables víctimas inocentes de la gran sublevación que ha ensangrentado durante varios días las calles de Berlín.

»Nuestro pobre padre venía á mi establecimiento para advertirme que no tomara parte en los tumultos de las calles: Allí mismo se libraba un combate entre los insurrectos y la policía, y el infeliz no lo sabía. Unos cuantos agentes se habían encerrado en la casa. Probablemente uno de los revoltosos le tomó por portador de una orden para la tropa y lo mató de un tiro. ¡Fué horrible, horrible la impresión que me produjo el contemplar ensangrentado á nuestro padre!»

»¡Murió víctima del amor filial! Supongo que ól te habrá dado noticias del triste estado de nuestra madre y del abuelo. ¡En estos duros trances, tú, querido hermano, eres mi único pensamiento, mi solo amparo! Cuando recibas esta, carta ya estaré fuera de Alemania. Aquí todo ha concluído. En la fron-

tera, la derrota de nuestras tropas; en el interior, la anarquía, la más completa desolación. Por un libro de notas que nuestro padre ha dejado, tendrás noticias exactas de todo lo ocurrido hasta el día de su muerte.

»Con el corazón transido de dolor te abraza á ti y á Inés tu desgraciado,

»ERNESTO.»

CRONICA LITERARIA

El iberismo literario.—**Tobi**, por D. Carlos M. Ocantos.—**Alejandro Herculano de Carvalho**, estudio histórico-crítico, por D. Antonio Sánchez Moguel.—Tres folletos acerca de un centenario, por el Sr. Vidart.

No soy de los que creen que la crítica literaria puede ejercer influencia, medianamente eficaz siquiera, en las relaciones internacionales. Así es que cuando llega á mis manos un libro portugués ó hispano americano, no me creo obligado á mirarle con especial benevolencia por razón del parentesco étnico ni de las aspiraciones á una unión más íntima que la existente entre los pueblos ibéricos. Las alabanzas inmerecidas, los *bombos*, como se dice en el lenguaje periodístico, podrán producir el agradecimiento individual del alabado; pero prodigados por sistema, sólo conducirían á que las personas discretas de esos países nos tuviesen por necios ó aduladores.

No, no es posible tomar en serio esa idea de una crítica literaria llamada á colaborar con las cancillerías en las alianzas de las naciones. Tal pensamiento se explica por la atmósfera de falsedad en que vivimos, acostumbrados á dar y admitir por verdaderas en el lenguaje impreso muchas cosas que discurriendo á solas reconocemos por falsas, ó cuando menos por discutibles y dudosas.

Las relaciones intelectuales entre los pueblos influyen poco en sus relaciones políticas. Grandes eran antes de la guerra de 1870 las relaciones intelectuales entre Francia y Alemania. Este último país sugestionaba verdaderamente á los pensadores franceses, habituados desde Cousin hasta Renán, á venerar la sabiduría germánica.

Ni siquiera puede decirse que entre por mucho en la influencia intelectual de un país sobre otro el aprecio que el que la ejerza haga del que la recibe. En Portugal, y más todavía en la América española, es grande la influencia intelectual, y principalmente la influencia literaria, francesa. Sin embargo, en Francia apenas se leen los libros portugueses é hispano-americanos, y hasta los naturales de estos países suelen ser mirados allí con cierto desdén, debido acaso á la ignorancia ó falta de comprensión de su carácter y condiciones. Para muchos parisienses el *rastaquouère* es el tipo del hispano-americano, y en cuanto á los portugueses, saben de ellos por cierta conocida cancioncilla, que

...sont toujours gais,

lo cual, si fuese verdad, sería para nuestros vecinos occidentales una verdadera dicha.

Mas nada de esto impide que desde el punto de vista puramente artístico, ó en términos más generales, desde el punto de vista intelectual, ofrezca para nosotros interés evidente el estudio de las literaturas portuguesa é hispano-americanas. Como primogénitos de la familia, no podemos ignorar á los demás miembros de ella. Dejaríamos de conocer algo de nosotros mismos si desconociésemos el desarrollo intelectual de esos pueblos, cuya historia ha sido por tanto tiempo la nuestra, y que aun separados de nosotros no pueden desechar, sin desnaturalizarse el sello español de su carácter, impreso por el común origen y acentuado por la convivencia y la comunidad de destinos durante largos períodos.

A esta razón, exterior al arte, hay que unir el valor intrínseco de estas literaturas. La portuguesa cuenta entre sus escritores modernos algunos como Oliveira Martins y Eça de Queiroz, que pueden figurar entre los mejores de la Península en los días contemporáneos. Y las hispano-americanas, aunque no tengan, por su juventud, el desarrollo de las europeas, van adelantando visiblemente, siquiera las afee algún tanto el *exotismo,* la influencia de literaturas de otras lenguas, principalmente de la francesa. Por razón del idioma, tienen que ser estas literaturas una extensión de la española, lo cual no las impide tener caracteres propios distintivos, pues la lengua, con ser mucho, no lo es todo en la literatura. Sólo una concepción de ésta, extremadamente materialista, puede sostener lo contrario. No todo se reduce al lenguaje, aunque todo se exprese por medio de él, en las obras literarias, como no todo se reduce al mármol ó al bronce en las escultóricas. Hay, á más de esto, la forma interior, la concepción íntima de la obra, el pensamiento, el alma de las creaciones del arte.

Estudiemos, pues, las obras de los escritores portugueses ó hispano-americanos, pero estudiémoslas desinteresadamente, sin hacernos la ilusión de que de ahí ha de salir una federación ibérica, ni alianzas, ni relaciones políticas más estrechas. Con esto, reducidas las cosas á sus verdaderas proporciones, ganará la sinceridad y ganaremos también nosotros opinión en los pueblos de nuestra raza, mejor que con cándidas cuanto estériles adulaciones.

Conviene repetirlo; no es la política internacional asunto de relaciones intelectuales ni de simpatías literarias. En ella domina el criterio utilitario; los intereses la guían y hasta son, en esta esfera, el sostén de la equidad y la justicia, poco estimadas por sí mismas. Y cada día parecen más definitivamente pasados y más ajenos á la manera de ser de los pueblos modernos, los raros arranques generosos ó idealistas que en la historia de las relaciones internacionales aparecen. Estamos en una fase positiva, y para conducirnos como ella lo requiere,

debemos empezar por darnos cuenta de los tiempos en que vivimos.

*
* *

No va encaminado este preámbulo á justificar censuras á ningún autor hispano-americano ó portugués. Pero el azar ha hecho que se reunan en esta crónica juicios acerca de literatos de esos países, y no quisiera que los lectores de LA ESPAÑA MODERNA sospechasen, por esta coincidencia casual, que trataba yo de hacer *política literaria* de unión ibero-americana. Si la política no tiene entrañas, la crítica ¡ay! no las tiene tampoco, ó no debe tenerlas. Las afinidades de raza no son para ella una razón, más que en tanto influyan inconscientemente en el sentido estético del que juzga. Para la crítica literaria no debe haber más motivos de aplauso ó de censura que los que ofrezca la obra misma dentro de su peculiar naturaleza, las consecuencias posibles de un libro, lo que de él se tema ó se espere, no puede hacerle mejor ni peor literariamente. Todo esto, perteneciente acaso á la Moral ó al Derecho, es ajeno á la Literatura.

Quedábamos en que no iba á censurar á nadie. Lejos de esto, he leído con gusto la novela del Sr. Ocantos, *Tobi*. No diré que sea una obra excepcional, pero me parece una buena novela. Aunque no fuera conocido el nombre de su autor, ni en la portada del libro apareciese una ya larga lista de obras anteriores, bastaría la lectura de ésta para comprender que no es el ensayo de un principiante. El Sr. Ocantos es un literato *formado*, que conoce bien la parte profesional de su arte. La acción de la novela se desarrolla con facilidad. Las escenas principales están bien concebidas. El autor ha dado á los personajes vida bastante para que interesen. Hay plasticidad imaginativa en las descripciones; pero lo que resalta más en

la obra, su verdadera nota característica, es esa fluidez de los oradores fáciles, á quienes parece que naturalmente les vienen las palabras á la boca, fluidez que en la novela del Sr. Ocantos se muestra en todo, tanto ó más que en el lenguaje, en el desenvolvimiento sucesivo de las escenas, en el curso de los sucesos que narra ó pinta el novelista. No se observa esfuerzo alguno para fijar y coordenar las representaciones imaginativas, ni para buscar la expresión que mejor las conviene. Diríase que la acción y el relato se desenvuelven espontáneamente. Parece la obra fruto de una inspiración sin interrupciones ni tropiezos, que fluye mansamente como el agua de un arroyo.

Es esta una cualidad muy compleja, que va casi siempre unida á cierto equilibrio espiritual, á cierto término medio que evita los grandes defectos, pero no llega á las inspiraciones geniales. Alguien ha dicho (creo que Donoso Cortés) que una metafísica clara no podía ser buena. En el arte (no tan distante al cabo de la metafísica, puesto que hay quien la considera como una poesía superior abstracta) la extremada facilidad (prescindiendo de las iluminaciones del genio) suele ser resultado de una comprensión estética superficial. Las cosas, y sobre todo las cosas del alma, que necesariamente han de ser parte principal en la novela, son infinitamente complicadas. Una mirada que no abarque su variedad, que no penetre en su interior al través de la corteza de sus formas exteriores, puede reducirlas á formulas sencillas, á expresiones fáciles y llanas y satisfacerse con esto, pero esa sencillez no será verdadera más que en la apariencia.

Acaso por esto en *Tobí* se respira cierto ambiente de mediocridad. La psicología de los personajes es muy sencilla, sus almas son claras, cristalinas, *regulares*, sin penumbras ni rincones obscuros. Son almas plenamente burguesas, hasta las de los artistas que pinta el Sr. Ocantos, y que ya creo que no pasan de meros aficionados ó de orgullosas medianías. Aquellos pintores y escultores del *Fomento* desean que sus obras se

vendan y metan ruido; los padres que sus hijos se dediquen á profesiones lucrativas y adquieran en su ejercicio bienes de fortuna; las jóvenes quieren casarse con hombres acaudalados, sin perjuicio de *flirtear* con los que son de su gusto; las señoras se perecen por los perifollos; los hombres aficionados al dinero gustan recibir herencias y legados; los tíos se entusiasman con las aptitudes artísticas de sus sobrinos. Todo esto está en el orden natural de los sentimientos humanos. No hay allí asomo de esas vagas enfermedades del alma, de esos refinamientos y de esas aberraciones, tan de moda en la psicología literaria de estos tiempos. Evidentemente, el *mal del siglo* no ha llegado á la Argentina, al menos en forma de perturbación morbosa de los espíritus, de exageración de la sensibilidad psíquica, de aspiraciones indefinidas á un más allá, velado como Isis. No, Tobí y la mayoría de los personajes que con él intervienen en la acción de la novela disfrutan, al parecer, de una robusta salud mental. Nordau se vería apurado para incluirlos en el registro de los degenerados. Hasta los que aparecen como anómalos—Roberto el suicida y Leonardo el loco —presentan una anomalía poco complicada, son casos comunes dentro de lo anormal, muy poco *fin de siglo*, en suma.

Esta doble catástrofe (el suicidio de uno de los dos artistas y la locura del otro) me parece que recarga inútilmente la obra con la repetición de una nota trágica, que es en ambos casos episódica y sólo sirve para dar color y energía á la acción principal, lo cual pudo lograrse con uno solo de estos episodios, que, á la verdad, contrastan con el tono general de la novela, más plácido y sosegado. Justo es reconocer, sin embargo, que estas dos catástrofes están bien pintadas por el autor. En lo cómico es en lo que, á mi juicio, no sobresale el Sr. Ocantos. Misia Estanisladita y Sanguil son tipos (la primera particularmente) recargados en extremo, casi grotescos. Los demás personajes están mejor concebidos, aunque Roberto y Leonardo parecen estudiados más que en la realidad en los libros antropológicos que tratan de las anomalías del ge-

nio, y á la verdad hay que hacerles mucho favor para incluirles en esta categcría. Ni uno ni otro tienen traza de genios. En cuanto al protagonista, es acaso el personaje más insignificante, más *neutro* é incoloro de la novela.

El asunto elegido por el Sr. Ocantos es uno de los mil aspectos que ofrece la lucha del artista, representante del ideal, con los obstáculos del mundo exterior, entendido en su acepción más amplia. Tobí y sus compañeros luchan con un medio poco propicio al arte, y el medio, naturalmente, les vence. La idea de la novela, en este punto, es que para los pueblos jóvenes, que están en realidad formándose, como las repúblicas suramericanas, no ha llegado aún la hora del desarrollo artístico. Concentradas sus energías en la función nutritiva de la vida social, en el comercio, en la industria, etc., no ofrecen estos pueblos condiciones propicias para que en ellos broten las delicadas flores del arte, que nacen sólo en terreno fecundado por la acumulación del esfuerzo de innumerables generaciones. El autor no se indigna por esto: comprende la razón que hay para ello, y comprender las razones de las cosas es más acertado que indignarse de sus efectos. En los pueblos, como en los individuos, la edad del desarrollo no es la edad de la creación, y así en unos como en otros los frutos del espíritu no pueden madurar en la infancia. Sería contra el orden natural de las cosas el que esto ocurriese. Los mismos artistas que retrata el Sr. Ocantos están algo influidos por el medio; más que verdaderos artistas, aunque se figuren tales, son precursores, aficionados. Tobí es el mejor ejemplo de estas vocaciones incompletas, cuando deja los cinceles por el martillo del rematador, al convencerse de que, por el camino del arte, ni consigue la gloria, ni logra realizar tampoco su ideal amoroso.

Tiene esta novela, como se comprenderá por las indicaciones anteriores, alguna semejanza de asunto con *L'Œuvre*, de Zola; pero semejanza superficial y mucho menor de lo que á primera vista parece. Lo principal en la novela del escritor

francés, no es la lucha del artista con obstáculos sociales, sino otra lucha más íntima, más trágica, que pertenece al campo de una psicología más delicada y profunda: la lucha del artista consigo mismo y con los medios de expresión, para dar formar sensible á las creaciones de su fantasía; el esfuerzo del alumbramiento mental, doloroso como el físico. En *Tobí* no hay nada de esto. Los artistas que pinta el Sr. Ocantos, tienen el *alumbramiento* fácil... lo que les duele es el no vender sus obras.

Esa facilidad, esa soltura que señalaba antes en esta novela, se observa lo mismo en el lenguaje, que en la concepción imaginativa de las escenas en que la acción se desarrolla. *Tobí* está escrito en buen castellano, con expresión y viveza. Alguno que otro descuido se observa de vez en cuando, como «*pasó desapercibida*», pág. 85... «No es por él, ni por ningún otro, *que* yo rechazo su amor» (pág. 327)... «*debía* ver poco» (por *debía de* (pág. 375). Pero justo es advertir que estas incorrecciones no son frecuentes. Tampoco lo son los *americanismos*, y como la acción de la obra pasa en la República Argentina, claro es que tienen que hablar los personajes en el lenguaje allí se usa.

La formación de palabras y giros nuevos en los países americanos de lengua española no puede condenarse en absoluto. Sería inútil oponerse á lo que es, en suma, un fenómeno natural, un caso de diferenciación y transformación del idioma, que en análogas circunstancias se ha producido siempre. Lo que sí puede censurarse es el mal gusto en la formación de algunos vocablos, las transformaciones innecesarias que afean el lenguaje en lugar de mejorarle, etc., y en este punto los escritores, y en general las personas ilustradas de la América española deben depurar y rectificar el uso común, oponiéndose á la degradación y aplebeyamiento del castellano.

Consigno con gusto que el libro del Sr. Ocantos es bastante castizo. Sobre todo la parte musical del estilo, la euritmia del período, recuerda á nuestros escritores clásicos. Y es un con-

traste sugestivo el que forma con el corte moderno de esta novela, esa cadencia á la antigua de los párrafos, que parece un eco remoto del viejo genio de la raza, un resto atávico, inconsciente, del sentido de la armonía de los escritores, ya lejanos, del siglo de oro.

*
* *

La solemnidad que celebra anualmente la Academia de la Historia para la adjudicación del premio á la virtud, fundado por D. Fermín Caballero, y la lectura de un elogio historico, ha tenido este año más resonancia que de ordinario. Al historiador portugués Alejandro Herculano de Carvalho ha correspondido en esta junta el elogio, encomendado al catedrático de literatura de la Universidad Central Sr. Sánchez Moguel. La prensa ha dedicado al trabajo de este distinguido académico una atención que pocas veces dispensa á tales discursos, á no ser á los de recepción de algún famoso literato ó de algún político importante. La circunstancia de haber venido á Madrid varios personajes portugueses para asistir á esta junta académica, dedicada en gran parte á honrar la memoria de un compatriota suyo, ha contribuido también á dar al acto mayor realce.

He dicho antes elogio histórico, porque creo que es esta la denominación académica, pero el Sr. Sánchez Moguel titula con acierto su discurso; *estudio histórico crítico*, y lo es en efecto. Dada la moderna concepción de la historia, el *elogio histórico* no tiene ya sentido, es un género muerto, un viejo resabio de una manera de entender la historia, que pertenece al archivo ó al panteón de la historiografía. El elogio histórico es género que supone el concepto de la historia como puro ejercicio retórico, como arte literario ante todo, como elocuencia más que como investigación y crítica científicas.

De índole muy distinta es el trabajo del Sr. Sánchez Moguel, sin que por estar basado en investigaciones imparciales y en datos positivos deje de ser muy literario. No es el elogio gárrulo y declamatorio de los antiguos panegiristas. Es una excelente monografía histórica, en la cual hay naturalmente alabanzas para Herculano, pero que es, como la ha llamado su autor, estudio, más que elogio, siquiera de aquél resulte este último.

El Sr. Moguel estudia á Herculano como historiador, como novelista y como poeta, pero principalmente como historiador. En el discurso predomina el carácter crítico: la investigación relativa á las fuentes de la *Historia de Portugal*, de Herculano, con motivo de la cual rectifica el académico español varios errores de escritores portugueses que han tratado del asunto; el juicio de las novelas históricas—acaso demasiado benévolo—y el de las obras poéticas en sentido estricto (porque la novela es también poesía) del autor de *O monge do Cister*, el paralelo entre Herculano y Garret, los dos grandes románticos lusitanos son, á mi entender, de los mejores pasajes del discurso. Los datos biográficos que contiene son también muy interesantes, y forman un verdadero retrato, una semblanza del historiador portugués.

El trabajo del Sr. Sánchez Moguel es muy erudito, muy completo. Revela un estudio detenido de las obras de Herculano y de lo principal que acerca de ellas se ha escrito en el vecino reino. Y revela también gran simpatía hacia el historiador portugués y cierta comunidad espiritual con él en algunos puntos. El autor de *Eurico el presbítero* merecía ser juzgado con el amor y el estudio con que el Sr. Sánchez Moguel le retrata y le juzga.

Amó la verdad y combatió por ella. Ejerció seriamente su ministerio de historiador sin miedo á las censuras ni baja solicitación del aplauso. Pertenecía á una noble raza de hombres, ya extinguida; á la raza de aquellos antiguos liberales que querían armonizar el progreso con la tradición y afirmaban

sinceramente la posibilidad de esta armonía. Hombres de fe, creían en muchas cosas. Eran los antípodas del *dilettantismo* contemporáneo. Herculano creía en la libertad y el progreso, creía en la Carta de 1826, criea en la restauración de las instituciones municipales de la Edad Media, época que, como buen romántico, admiraba. La sinceridad con que expresó sus opiniones y los resultados de sus estudios, acarreóle odios y persecuciones, fruto ordinario del amor á la verdad. El haber destruido en su *Historia de Portugal* la leyenda del milagro de Ourique provocó una verdadera cruzada contra Herculano, tachado por tal motivo de impío y antipatriota. Refiere el Sr. Sánchez Moguel que este año ha oído, en una cátedra de la Facultad de Teología de Coimbra, impugar, con razones teológicas, la autenticidad de aquel milagro. Mas á pesar de este dato, que parece mostrar que el juicio histórico de Herculano ha llegado á prevalecer hasta entre los teólogos, sospecho que debe de subsistir aún en los católicos portugueses alguna prevención contra el gran historiador. Me fundo en el discurso pronunciado por el señor Obispo de Coimbra en la Academia de la Historia, en el cual, después de hacer alguna alusión á la heterodoxia de Herculano, explica cómo él, prelado católico, ha podido asistir á la solemnidad dedicada á honrar la memoria del autor de *O monge do Cister*, invocando entre otros argumentos la presencia del P. Fita en el acto académico y la *catholicidade* de la Academia de la Historia y del Sr. Sánchez Moguel Sería ociosa esta justificación, si no subsistiera aún en Portugal, entre los intransigentes, sin duda, algun resto de la enemiga contra Herculano.

*
* *

Tres folletos ha dedicado el académico de la Historia, señor Vidart, al centenario que va á celebrarse el año próximo

en Portugal y que llaman allí, según parece, centenario del descubrimiento de la India.

Este apreciable escritor me inspira gran simpatía por el ardor con que ha defendido lo que entendía que era la verdad histórica respecto de Colón y del descubrimiento de América. Es tan esquiva con nosotros la verdad, nos muestra tan poco de sí misma, que hay cierto noble desinterés en amarla y en batallar por ella, cierta fe como la de un caballero andante que pelease por ensalzar las gracias de una beldad apenas entrevista. Este misterio que á la verdad rodea, este esfuerzo que cuesta el llegar á conocer ó á vislumbrar simplemente sus manifestaciones inferiores, la hace ciertamente más apetecible y más digna del culto que algunos pocos la profesan; pero con todo se necesitan ciertas cualidades psicológicas superiores, *religiosas:* fe, abnegación, para apreciar y saborear ese deleite que proporciona sin duda, el servir á la verdad.

En estos tres folletos: *Vasco de Gama y el descubrimiento de la Oceanía.—El descubrimiento de la Oceanía por los portugueses* y *El descubrimiento de la India por Vasco de Gama en 1497* (este último título es irónico), trata el Sr. Vidart de poner en claro, cómo debe llamarse y entenderse el centenario que van á celebrar en 1897 los portugueses.

El Sr. Vidart cree que el descubrimiento del camino marítimo de Portugal á la India por Vasco de Gama inicia el descubrimiento de la Oceanía, y que, por tanto, debe llamarse centenario del descubrimiento de la Oceanía el que va á celebrarse el año próximo. Retrotrayendo un poco más lejos las cosas, entiende el Sr. Vidart que Colón es quien inicia el descubrimiento, no sólo de América sino de Oceanía, puesto que ambas partes del globo forman lo que se llamaba en el siglo XVI Nuevo Mundo, las Indias Occidentales. El Sr. Vidart no transige con la denominación de *Mundo novísimo* que dan á la Oceanía algunos geógrafos, y menos con que se atribuya su descubrimiento á navegantes holandeses, ingleses y franceses del siglo XVIII.

Confieso que estas cuestiones de nombres me apasionan mucho menos que al Sr. Vidart y aun añadiré que me entusiasman poco los centenarios. Tienen su razón de ser estas conmemoraciones, pueden constituir un elemento de educación popular, pero no las atribuyo extraordinaria importancia y claro está que se la doy menor todavía á sus nombres, pues, si peca por exagerado aquello de que *le nom ne fait rien à la chose*, hay que reconocer, sin embargo, que los nombres importan menos que las cosas.

Creo, como el Sr. Vidart, que la denominación: *Centenario del descubrimiento de la India*, es inexacta. La India estaba descubierta hacía mucho tiempo. Pero, ¡es tan pequeña la lesión que pueden inferir á la verdad histórica los membretes de la Comisión organizadora de un centenario! Habrán de pasar miles de años para que nuestros sucesores lleguen á dudar si Vasco de Gama descubrió realmente la India ó si la conocían ya los europeos. Es muy poco probable que para entonces subsista resto alguno del centenario y aun concediendo que duren tanto las memorias de éste, tendrán indudablemente los historiadores futuros otros datos y otras fuentes más fidedignas para resolver aquella cuestión histórico-geográfica.

Tampoco quiere el Sr. Vidart que el centenario se llame de Vasco de Gama. Acerca de este punto tiene su teoría el autor de los folletos á que me refiero. Piensa que á la *historia heroica* ha sucedido la *historia social*, y que los grandes hechos no son obra individual de los hombres á quien cabe la parte más señalada en su realización, sino obra colectiva. Es indudable que de cuanto hace el hombre como ser social nada hay que sea personal exclusivamente. En la obra del individuo colaboran poderosamente las generaciones muertas con la herencia de conocimientos, de hábitos, de aptitudes, que es base de los progresos ulteriores. Cooperan también los contemporáneos en formas varias y en medida diferente. Mas el genio, el hombre superior, el héroe de Carlyle ó de Emerson se

elevará siempre á inmensa altura sobre el nivel medio de los humanos. La concepción de la *historia social*, como dice el Sr. Vidart, es correlativa de una concepción orgánica de las sociedades, que no permite considerarlas como meros agregados de individuos, dirigidos ó manejados por los superiores de entre ellos. Pero el que la historia estudie lo que fué la vida social humana en una época dada y tenga que investigar para ello como vivían los pequeños, los humildes, las multitudes anónimas, no reduce ni puede reducir á los grandes hombres al papel de meros instrumentos y ejecutores de las inspiraciones colectivas. Aunque así fuera, la vida de Alcibíades resultaría siempre más interesante que la de un patán del Atica; Colón importaría á la posteridad infinitamente más que un marinero cualquiera de la *Santa María*, y Vasco de Gama más que los que tomaron parte en sus navegaciones y descubrimientos.

Tratándose de un centenario, que no es un curso de historia, sino una conmemoración popular que nada ha de enseñar á los eruditos, ni siquiera es necesario apelar á argumentos de esta clase. La fantasía popular tiende á *antropomorfizar* los acontecimientos, á tomar como símbolo y encarnación de ellos á sus principales actores. Para el pueblo el centenario del descubrimiento de América fué centenario de Colón; el del descubrimiento del camino marítimo de la India será probablemente centenario de Vasco de Gama.

Menos aún me convence el argumento de que los centenarios de los grandes hombres deben celebrarse en los aniversarios de su nacimiento ó de su muerte. Nacer y morir todos lo hacemos, sin que esto nos dé derecho alguno á permanecer en la memoria de las generaciones futuras. Lo que debe conmemorarse de los grandes hombres es aquello en que se revelaron tales, los hechos justamente famosos que realizaron. La conmemoración del nacimiento ó de la muerte, no puede fundarse en otro motivo que en la fijeza de estas fechas, si son más conocidas, ó en la dificultad de reducir á una fecha

única los hechos memorables de algunos personajes históricos en cuya vida no hay un verdadero momento culminante. Pero esto no sucede con los autores de descubrimientos geográficos. La fecha del descubrimiento de América y la del descubrimiento de la ruta marítima de la India, son las que dan á Colón y á Vasco de Gama sus títulos al recuerdo y al agradecimiento de la posteridad.

Insensiblemente me he deslizado á discutir algunos de estos puntos, y me asusta un poco disentir del Sr. Vidart, que es un polemista infatigable. Sentiría darle materia para un nuevo folleto, al que yo no podría contestar por mi falta de fe en la eficacia de tales discusiones, por no ser propia de estas crónicas la polémica y por carecer de tiempo y de interés por la cuestión que me permitieran escribir largamente sobre ella.

Creo, además, que estas polémicas interesan poco al público. Si los folletos del Sr. Vidart, tan competente en la materia, no tuvieran ese carácter, hubieran sido, de seguro, más amenos, pues su autor habría podido prescindir de las largas citas de obras propias y ajenas, que inserta *ad probandum*, y de algunos pormenores personales, *autobiográficos*, que probablemente importarán menos á los lectores que el esclarecimiento de si puede llamarse ó no á Vasco de Gama descubridor de la Oceanía. Anuncia el Sr. Vidart su propósito de escribir una Historia de este descubrimiento geográfico, y seguramente conseguirá en ella aportar datos de valor para el conocimiento y la apreciación exacta de suceso tan importante, así como le será muy fácil evitar algunos de los ligeros defectos, que, en mi opinión, presentan sus folletos.

E. GOMEZ DE BAQUERO.

REVISTA INTERNACIONAL

La cuestión de Abisinia.—Sus guerras con Italia.—Temperamento del Negro y de su pueblo.—La coronación del czar.—Descripción de las ceremonias.—La nueva situación de Francia.—El ministerio Méline.—Necesidad en Francia de un régimen republicano conservador.—Oposición irreductible y perpetua entre la democracia liberal y la democracia comunista.—Más muertos: Gallimberti, Seé, Cernuscli, Simón.—Cuestión de Cuba y del Transvaal.

I

La primer cuestión que se ofrece á nuestro ánimo es la cuestión de Abisinia. No hay que ponerlo en duda: los tribunos demócratas debemos ser contados entre los elementos de paz universal y de progreso pacífico. Así, á toda la democracia europea le parecerá de perlas el plan respecto de Abisinia presentado por la nueva situación política y admitido por la misma compacta mayoría que sustuvo los planes y la política de Crispi. Nada de abandonar Eritrea. Dejarla en abandono sería cosa de ligereza tan imperdonable como lo fuera en su tiempo adquirirla sin reflexión. Pero es necesario limitarla y no traspasar este límite, sobre todo por el lado de las tentaciones á conquistas, por el Mediodía. Los ríos Marel y su afluente Belesa designan este límite, fuera del cual no pondrán los italianos ni por un momento sus pies. Evacuación inmediata del fuerte Adigrat, donde toda defensa es imposible.

Nada de querer levantar allende del Marel la marca de un Tigré italiano, humedecida de sangre, mejor dicho, empapada; tal país es inconquistable. Para someterlo con sumo esfuerzo y conservarlo con suma dificultad, se necesitarían dos años de guerra y mil millones de francos. Para conquistar el impero abisinio todo con mayor esfuerzo todavía y conservarlo con mayor dificultad, necesitaríanse mil quinientos millones de francos y cinco años de guerra. Unicamente se debe conservar Kassala, y eso después de ajustada la paz con Abisinia de acuerdo con Inglaterra, para que pueda esta potencia refrenar á Nubia, el alto Nilo, siempre amenazador del Nilo bajo, del Egipto, y desquitarse de las ofensas que le han hecho y de las humillaciones que le han infligido Mahedies y Dervises. Pero al Nego paz y amistad. Muy encontrados y contradictorias son los descabellados proyectos antiguos de levantar un ras contra otro ras en aquel feudalismo, todos los rases ó reyes contra el emperador ó Nego, y tras horrible guerra, en que se comieran los unos á los otros, el destronamiento de Menelik y su reemplazo por un supremo imperante, que ungiría y consagraría la mano soberana de Italia. El artículo de previo y especial pronunciamiento para la reconciliación estrecha entre Italia y Nego está en la renuncia por aquella del protectorado fingido en las cláusalas malhadadas del tratado de Uccelay, causa primordial de la guerra. Sobre tal punto no cabía vacilación tras un desengaño como el recibido entre holocaustos y matanzas, cuyos horrores evocan en las memorias asombradas los combates más horribles de que guardan recuerdo y hacen remembranza los humanos anales. Mas las negociaciones sobre tal punto están detenidas ante un pequeño incomprensible obstáculo, nacido de cavilosidades neurosténicas. El gobierno italiano quiere que Menelik se comprometa para lo sucesivo á rechazar cualquier otra tutela eventual ó posible, compromiso tomado por el belicoso emperador con su propia conciencia, pero no con los poderes extranjeros, pues harta fianza ofrecen la resolución suya

de no admitir ningún protectorado, los furores y el empeño con que ha combatido el protectorado de Italia. La paz está convenida desde la hora y punto en que Italia deja la línea de Adrigat-Adouar, encerrándose tras la línea de Marel-Belesa. Holguémonos, pues, con la paz y felicitemos al ministerio Rudini por haberla hecho, arrostrando con valor las maldiciones de un patriotismo exageradísimo, que cree posible llevar los pueblos dotados por Dios del instinto de conservación colectiva que asegura su existencia en el espacio y su perennidad en el tiempo, hasta la demencia, por falsos piques de honor malherido, hasta la demencia, repito, del suicidio.

II

Verdaderamente son un país de guerra Etiopía y un hombre de combate Menelik. El clima de un extremo calor en estío y de unas espesísimas nieblas en otoño, con bruscos cambios de temperatura entre los días tórridos y las noches glaciales, adoba los cuerpos y los curte para todas las penas y trabajos del guerrero combate. La educación belicosa comienza desde que palpitan los fetos recién avivados en el vientre de las guerreras madres y no concluye hasta que caen los cuerpos recién muertos en la tierra y quedan insepultos como despojos de batallas, al inclementísimo furor de los elementos y al hambre voraz de las hienas y de los buitres. Las armas, pues, forman parte de los órganos y componen como prolongaciones del esqueleto. Un etiope no corre la pólvora sola, como cualquier marroquí de Tánger ó Tetuán, corre la pólvora con bala. De festejos y apuestas y carreras y alardeos entre los vivos resultan allí muchos muertos. Así que no

puede arredrar peligro alguno en el combate á quien le importa un bledo perder su vida en la paz misma. Y han menester de toda esta belicosidad si quieren vivir entre las plagas de los elementos conjurados en su mal y los bostezos y los rugidos y las quijadas y las uñas de los brutos carniceros, dispuestos y apercibidos á devorarlos. El elefante mismo, noble de suyo, si provocado, y por la provocación enfurecido arremete, destroza la carne de un hombre y lo aterra por el suelo sin vida como destroza la corteza y derriba el tronco de un árbol. Pues uno de los principales oficios etiópicos es la caza de los elefantes. Víboras en el polvo, serpientes en los pedregales, mosquitos carniceros en el aire, hienas acosándoos por el rastro en vuestro camino, saltadores tigres, leones rugientes al calor de la fiebre y al acicate del hambre, águilas insaciables á la continua desplomadas sobre todo cuanto despierta su voracidad, hacen que la creación se os presente, no como nodriza ofreciéndoos la teta regalada para conservación de vuestro ser, como implacable muerte cruel, desatada tras vuestros pasos desde la cuna, y persiguiéndoos con toda suerte de asechanzas y arrancándoos la sangre con que acaba de avivaros. Hasta la misma religión, á pesar de ser el cristianismo, sugiere á los fieles amor á la fuerza como si fuera el Korán. Entre las doctrinas dualistas divulgadas por todo el Oriente al influjo y predicación de Manes; la herejía del famoso Eutiques negando á Cristo las dos naturalezas como un judío semita; el recuerdo vivo de la tradición bíblica donde truena el Dios airado del castigo, en las cumbres de un Sinaí estremecido por el trueno y azotado por el rayo; la influencia del copto egipcio que le manda sus prelados desde Alejandría, tan imbuidos en el espíritu mahometano, hacen de la caritativa religión del perdón en Abisinia una religión del desquite, y de su albísimo cordero pascual un maculado feroz leopardo. En las narraciones de las guerras etiópicas publicadas por diarios, revistas, libros innúmeros, encuentro una descripción del *Te Deum* cantado en celebración de la victoria sobre los italianos,

que define todo el carácter de aquella comarca y todo el temperamento de aquellos naturales. Era lunes de Pascua: 20.000 soldados se habían reunido á celebrar el santo rito; la terraza de palacio se abría, pero no pareciéndose á lugar de ceremonias religiosas, á campamento de militares ejercicios; una gradería cubierta de tapices persas, brillaba entre la terraza y el pomposo dosel, bajo cuyos pliegues yacía tendido sobre un colchón el ras ó rey vasallo de Menelik, circuido de sus generales, todos también tendidos en colchones; á un lado los que cazan elefantes, con crines de león en su cabeza, pieles de panteras al hombro, escudos maqueteados de plata y oro al pecho; á otro lado la caballería salvaje que alardea en batallas verdaderas y descarga fusiles cargados hasta la boca, oscureciendo con humaredas de pólvora los aires y atronando los oídos con explosiones de balas; ante la concurrencia los curas, como en espectáculo dándose, vestidos á manera de sacerdotes orientales paganos, pues cantan y danzan el himno sacro, al modo que danzaban los bárbaros en torno de sus holocaustos, mientras las mujeres los bendicen á gritos que parecen de águilas, y les contemplan los soldados castañeteando los dientes como cocodrilos, y van á pedirles absolución y oraciones los movilizados, heridos en la festividad, pues como no haya combates allí, no hay regocijos, sin golpeados ó muertos.

III

Se ha coronado el Czar. La correspondencia de París con Moscou, del demócrata con el cosaco, del hombre más libre con el hombre más esclavo, del mayor Imperio europeo con la Repú-

blica mayor, imprime á la coronación un carácter político extraordinario, el cual no empece á que las ceremonias eclesiásticas se hayan aún cumplido con observancia fidelísima del ritual y las ceremonias cortesanas con observancia fidelísima de la etiqueta. Rusia es la misma de siempre, fraccionada por dos partidos, de los cuales uno convierte sus ojos á Occidente y otro á Oriente. Fue occidental, partidario de las ideas occidentales, Alejandro II, bárbaramente despedazado y deshecho por el extremo demagógico de su escuela, por los nihilistas, la víspera del día en que pensaba dar una Constitución á su pueblo; fué oriental Alejandro III, de los que podrán tener para su conveniencia propia relaciones con Occidente, pero desean afirmar el despotismo en Rusia y extender la conquista rusa fuera, para un día, previsto y señalado en sus cálculos, arrojar como Atila y Ghengis-Kan Asia sobre Europa. Y los dos partidos á maravilla en las dos capitales de Rusia se manifiestan: en Pertersburgo, la ciudad liberal, en Moscou, la ciudad reaccionaria. Así todo lo antiguo, todo lo tradicional y todo lo secular, todo corresponde á Moscou. El Kremlin oriental con sus muros negros y sus rotundas áureas; el santuario de la tradicional Asunción ornado de los mosaicos litúrgicos; la iglesia de San Isaac erigida en el palacio, fortaleza, oratorio de los Czares, como tabernáculo propio del poder absoluto; estos timbres y blasones varios de la monarquía despótica, se prestan mejor á los espectáculos cortesanos en Rusia que los palacios europeos construidos en Petersburgo por el clásico jefe de los occidentales, Pedro el Grande, quien, al abrir de par en par el cerrado Imperio al espíritu moderno, injertó de otra savia el árbol asiático de la teocracia y aristocracia eslavas, las cuales no pueden vivir en nuestras latitudes políticas, ni adaptarse á nuestro clima espiritual. Esas procesiones de Moscou tienen tal carácter, que si hubiéramos podido resucitar la corte de Ciro como hemos encontrado fragmentos de sus palacios y sus templos, parecerían remedos y no precedentes del último espectáculo visto é increíble. Al Emperador

no le tocó en suerte la gigantesca estatura, ni el aire marcial de sus inmediatos predecesores. La tez rosada, los cabellos rubios, las retinas azules, el mirar vago, el cuerpo breve, la complexión débil y la salud incierta, dicen bien á las claras que no ha nacido para ostentar el férrreo temperamento pedido por las sociedades humanas á los personificadores de imperios. El heredero presunto, su pobre y enfermo hermano mayor, ha debido permanecer en las luminosas aguas del Mediterráneo y privarse de la ceremonia portentosa, porque un soplo del aire de Moscou le hubiese roto los pulmones y extinguido la vida. En cuanto á la ceremonia, se necesitaría el arte mágico en las enumeraciones de Homero y de la Biblia, ó el genio de la comparación que tenían Hugo y Zorrilla para evocar los cánticos á voces solas que caracterizan la liturgia rusa; las cruces griegas incrustadas de reliquias y revestidas de preciosos esmaltes; las pluviales capas canónicas semejantes por sus presas y por sus adornos á las vestimentas de los sátrapas asiáticos; el misal bizantino puesto con sus iluminaciones hieráticas entre los candelabros de variadísimas ramas; los metropolitanos ofreciendo á los emperadores el agua lustral en vasos que son verdaderas joyas moscovitas; los repiques alegres de los mil campanarios tocando al vuelo sus campanas entre los ecos de músicas y coros y salvas; el desmedido cetro, semejante á un áureo báculo de patriarca; la corona, tan parecida por su construcción, á las tiaras de Persia y á las diademas de Constantinopla; el globo áureo rematado en águila de pedrería inverosímil que parece indicar la rapacidad incansable de los Czares; todas estas insignias de otros tiempos y otros pueblos juntamente con su cortejo, como los cosacos del Don, vestidos con sus pieles históricas; los régulos de Oriente, recamados cual sus ídolos, de rubíes y esmeraldas; los montañeses del Cáucaso trajeados con zaragüelles blanquísimos; los popes de la estepa rígidos y fríos como bizantinas imágenes; el armenio con sus astrakanes y sus hopalandas; el tur-

común cubierto con sus multicolores turbantes; el tártaro en su ligero caballo, diciendo todo y todos cuánto se necesita en el despotismo deslumbrar los ojos y dorar las cadenas de los míseros esclavos, quienes, no habiendo podido ver, aunque pagaban la fiesta ellos, al emperador dentro del santuario con los metropolitanos, y á la emperatriz bajo su palco de oro adornado con plumas de avestruz, llevando imperial traje cosido en la fiel ciudad de París y pagado con un millón de francos; no pudiendo ver esto, se divertían satisfechos con recibir salchichas calientes y granos de girasol tostados; ascender por las cucañas cubiertas de jabón en requerimiento de cualquier nonada; embarcarse con algazara en los tios vivos ó caerse con vértigo por las montañas rusas; aplaudir á los cómicos de la legua que representaban en teatros ambulantes cuentos soldadescos; amorrarse á los caños de cerveza fluyentas como ríos; alardeando así de su irremediable servidumbre. Cualquiera que sea el entusiasmo de mis correligionarios franceses por la grande Rusia, yo debo decir que prefiero la diminuta Suiza, pues imposible para mí vivir en aire que no lleva diluido el indispensable oxígeno de la vivificadora libertad.

IV

El ministerio radical extremo ha cedido en Francia su puesto á un ministerio radical medio. En cuanto han vuelto los templados al poder, han salido de madre las ideas, y las pasiones comunistas, así en prensa como en tribuna, conminando y amenazando al presidente y al Senado. No hay para qué ni por qué asustarse: la indefinición del régimen francés

proviene del equívoco producido por la mezcla confusa entre republicanos radicales y republicanos conservadores; un reñido mortal combate inmediato, aunque nos haga estremecer, sacará el espíritu público de sus dudas y el pueblo francés de sus marasmos. Yo no conozco factores tan idénticos en realidad, aunque tan opuestos en apariencia, como el factor ó sumando componente de la extrema izquierda radical y el factor ó sumando componente de la extrema derecha monárquica. El uno sueña con la revolución, el otro con la reacción; el uno quiere dar fuerte golpe de mano con cualquiera turba insurrecta, el otro fuerte golpe de Estado con cualquier tropa infidentísima; el uno ataca la constitución por estrecha, el otro por amplia; el uno quiere derrotar la Cámara senatorial, creyéndola descargadora de sus utopías, el otro creyéndola obstáculo á sus ambiciones; el uno pide nuevo congreso constituyente con revisión constitucional novísima, aunque se pretenda de un lado traer la social y de otro lado traer la monarquía; el uno y el otro aborrecen de muerte así la libertad como el Parlamento, siendo uno solo por aquella identidad de los contrarios, que ridiculizaba Heine, cuando la mantuviera Hegel. De aquí rabia igual contra los partidos, contra los hombres, contra las instituciones vivientes hoy de uno y otro, como si todos estuviesen fuera de la república y todas adoptasen el mismo carácter perturbador, ya se le llame revolucionario al carácter de la izquierda, ya se le llame faccioso al carácter de la derecha. Están, dígase cuanto se quiera, los radicales y los comunistas hoy tan fuera de la República legal como los monárquicos y los imperialistas, por atacar todos las elecciones de segundo grado, elecciones republicanas de suyo, parlamentarias, y sostener las elecciones directas, elecciones de suyo retrogradas, plebiscitarias. No valía la pena de arrojar al príncipe Napoleón del suelo francés, y hacerlo morir en triste posada de Roma, para luego admitirle sus plebiscitos; con decir que valen hoy los votos directos del sufragio universal, generadores de la Cámara francesa, y no valen los votos delega-

dos, generadores así de la presidencia como de la senaduría, bastaba, porque si designan ésta los ayuntamientos y los compromisarios delegados del sufragio universal, designan aquélla los diputados y los senadores á su vez, en elecciones de segundo grado y por delegación también del sufragio universal.

V

Dentro de las fracciones monárquicas tienen verdadera sensatez para mí los realistas ó imperiales reconciliados con la república; y dentro del partido republicano, verdadera sensatez los que, dejándose de falsas utopías, aceptan una política verdaderamente conservadora, y se proponen bajo el sistema perfecto de gobierno conseguido á tanta costa por los franceses, mejoramientos parciales, no reformas de trascendencia innecesarias, no revoluciones de suicidio irremediable y deshonroso. El caso es que todos cuantos están fuera de ambas clasificaciones, los monárquicos y los republicanos extremos, no están en realidad con el pueblo francés, apegado, como ningún otro pueblo, á la estabilidad en sus instituciones; al orden público en las calles; al trabajo en paz. Aquella opción á todos los cargos públicos vedados antes á los pequeños; aquel desarraigo de las fortalezas feudales; aquel derecho de todos á las libertades públicas; aquella igualdad de todos ante las leyes; el asiento en los jurados, el voto en los comicios, la inviolabilidad de la conciencia y de la casa, después el ancóra puesta por la propiedad individual á los Estados liberales, costaron al realizarse; á una en la Constituyente primero y en la Convención demasiadas lágrimas y demasiada sangre al pueblo, para que hoy lo compro-

meta todo y todo lo destruya bajo el yugo de un soberbio dictador ó entre los estremecimientos de una insufrible anarquía. Mucho han gritado los más radicales al ver los menos radicales asentados en los bancos del gobierno, á pesar de los diputados, y por la confianza de los senadores. Brissón se ha valido del tránsito desde nuestro mundo al otro de un republicano como Pedro Blanco, nonagenario, para invocar unas reformas fantásticas, las cuales no podría él mismo formular, si hubiera de proponerlas, ni aplicar, si hubiera de practicarlas. Goblet se ha perdido en sofismas acerca del grado diverso de poder ó influjo que deben gozar las Cámaras en el nombramiento y destitución de los gobiernos. Bourgeois ha gritado, como en su reciente presidencia, para que le siguiera una mayoría de ocasión fugaz, trabucada por él con una mayoría de afectos y adhesiones permanentes, y nadie se ha movido, quedando la presidencia en su alta sede y el Senado en su templo correspondiente, contra los libelos infames, las calumnias soeces, las reuniones demagógicas, los gritos desaforados, las amenazas revolucionarias; las juntas tumultuarias y facciosas en que han intentado los vencidos por una de las representaciónes del pueblo republicano, imponerse al pueblo republicano, ya merced á recuentos de fuerzas populares, que no están á su merced y arbitrio como ellos suponen, ó al espejismo deslumbrador de ideas socialistas que no pueden sostenerse, ni menos aplicarse como ellos quisieran.

VI

El gobierno radical mostró escasa previsión y lógica en su política exterior; dañosa perplejidad en los asuntos interiores; ciega confianza puesta sobre las mayorías de aluvión; siste-

mas preconcebidos de ataques perpetuos al Senado; intenciones patentes de constitucional revisión temeraria; afecto irremediable al socialismo, para que la mayoría de Francia, deseosa de reposo é irreconciliable con las teorías contrarias, tanto á la propiedad, como al derecho individual, no manifestase por alguno de sus órganos tan arraigados sentimientos; y así acaba de manifestarlos por uno muy capital, por la Cámara de senadores, tan indispensable al desarrollo de aquella vida y al ejercicio de aquel organismo, como la Cámara popular y el mismo poder presidencial. Conjurada la crisis, y en acción cierta, el nuevo gobierno, muéstrase ahora cómo urge remediar un error antiguo y grave, transmitido por todos los gobiernos republicanos al gobierno actual y por todas las mayorías anteriores á esta mayoría presente. Uno de los principios más combatido por nosotros al comienzo de la restauración española, y que mostró mayormente la superioridad incalculable de los dogmas democráticos sobre los dogmas reaccionarios, fué aquel terrible sofisma de la legalidad ó ilegalidad de los partidos, el cual sofisma, declarando facciosos á los que disentían del régimen vigente y de la forma del Estado y del gobierno establecida hoy, lanzaba contra las leyes á muchos mal su grado, y convertía la política en una guerra, cuando por su libertad individual, por su derecho de publicar las ideas, por su derecho de reunirse y asociarse, todos los ciudadanos, pueden proponer como cualquier legislador á la nación sus opiniones y por el derecho de ir á los comicios, por el sufragio universal, todos pueden resolver y ordenar, como los más efectivos y reales soberanos. Porque haya mayoría y minoría en un Congreso, no deja de legislar; porque haya mayoría y minoría en un gabinete, no deja de gobernar; porque haya mayoría y minoría en un comicio, no deja de reinar. Y todos los partidos son aptos para dentro de las leyes aspirar al comicio, al Congreso, al gobierno. Estas afirmaciones tenían tal verdad que, no obstante la fuerza polémica y su arte magistral, en achaques de argumentar y discutir, los jefes conser-

vadores cayeron derribados por el suelo á su evidencia indiscutible y declararon su incontrastable victoria. ¿Quién diría que una doctrina, desechada por inaplicable á nuestro Parlamento monárquico, aunque demócrata, en el seno mismo de los conservadores hispanos, había de recogerla el jefe de los radicales franceses, proclamándola base de agrupación progresiva dentro del inmenso espacio, al combate de las grandes aspiraciones ofrecido en la forma y en la sociedad republicanas? Pues al ver M. Goblet la mayoría, mantenedora del nuevo gobierno Méline, reforzada por el aporte á su número de varios votos monárquicos, ochenta, declaró nulos estos votos, diciendo que sólo valieran los republicanos, ó sea el sentir y el pensar de los partidos constitucionales.

VII

Buenos constitucionales ¡vive Dios! los anarquistas, empeñados en derribar todo gobierno y concluir con todo Estado; los comuneros, que niegan desde las bases del hogar nuestro hasta las bases de nuestra propiedad; los mismos radicales, enemigos de dos poderes máximos, sin los cuales no puede sostenerse la república, y son á saber: el presidente y el Senado. Sin embargo, los votos comunistas votos son; porque se cuentan éstos por el número que suman en la urna y no por el origen que traen en la política. Tanto vale y puede, dada la distribución del poder soberano hecha por el Código fundamental á los diputados, el voto de un anarquista como el voto de un teócrata. En la química generadora de vuestros humores vitales no preguntáis cuál oxígeno mantiene la combustión en vuestra sangre, ni cuál partícula entra por la fibra de vues-

tras carnes; pues en la vida parlamentaria votos son triunfos, y no hay que pararse á contemplar si los átomos componentes de una mayoría vienen de tal ó cuál centro; pues, legales todos, jamás destruirán la soberana legalidad de donde reciben la virtud de su autoridad y la fuerza de su poder. Este principio de que sólo valgan los votos republicanos ha paralizado por mucho tiempo el movimiento, á cuyo calor debió formarse una mayoría de gobierno y concluirse la débil y confusa concentración antigua. Por él, por un error tan burdo, servían los votos monárquicos para derribar en la Cámara los gobiernos, porque se iban éstos al decreto de las mayorías, y no para mantenerlos, porque se iban, si, aunque tuvieran mayoría, no era esta mayoría republicana. Hora es, por cierto, ya de que acaben tamaños sofisteos insostenibles. Hora es ya de que á una parte del Parlamento se asienten los republicanos radicales, con sus afines comunistas, y á otra parte del Parlamento se asienten los republicanos conservadores, con sus afines monárquicos. Así, un partido será el motor que impele y otro el freno que modera; uno la máquina de vapor para correr, y otro el lastre para sostenerse; uno la fuerza expansiva, por la cual todo se dilata, y otro la fuerza concentradora, por la cual todo se organiza; uno el medio de que los avanzados puedan tener esperanza en el progreso, asimilándoselos el partido progresista, con lo cual no volcará la república por su izquierda, y otro el medio de que los reaccionarios puedan guardar el culto á sus recuerdos, asimilándoseles el partido conservador, con lo cual no volcará la república por su derecha, combinados los átomos de manera que resulte la salud pública inalterable por la medida lucha de los humores vitales, y el gobierno y el poder firmes por un movimimiento progresivo regular unido con verdadera y sólida estabilidad.

VIII

En las elecciones municipales últimas acaba de mostrarse, como no se muestra en otro ejercicio de la vida y del espíritu políticos; cuán enorme falta fuera la negación del calificativo de republicanos conservadores á cuantos hoy sustentan la república liberal y parlamentaria, tan apartada de los partidos dictatoriales como de los partidos soñadores en los comicios del sufragio universal. Y no son pocos en verdad los que así piensan y votan. Había el ministerio Bourgeois excitado los ánimos con fórmulas circulares, mitad radicalescas y mitad comunistas, usando del crédito que á las palabras de arriba prestan los de abajo en Francia, muy habituados á la obediencia; el nombramiento de funcionarios adictos á su política y cooperadores á sus maniobras había preparado la materia electoral en favor del radicalismo y de los radicales como nunca; sin embargo, han salido en su mayoría inmensa regidores los adscritos al programa de una estabilidad legal inconmovible y de una conservación progresista estable. E idéntico movimiento se ha notado en los consejos generales ó diputaciones de provincias. Así que la utopía del impuesto progresivo, impuesto comunista, saliera por los proyectos de Hacienda, las protestas en provincias sonaron tanto y tuvieron intensidad tan sincera, que se aterró el gobierno radical y se arrestó el circunspecto Senado á destuirlo. Pues un republicano de abolengo, con servicios políticos largos y con propósitos conservadores formales, fundaría partido conservador numeroso, generador de mayoría conservadora firme, con lo cual quedaba establecido el nuevo régimen establecido y afianzado para siempre sin temor alguno á los combates de la reacción y á los delirios de la utopía. No hay más que pararse á contemplar el partido socialista un momento para persuadir-

se á proclamar su imposibilidad. Tantas opiniones, cuantos individuos. En escuelas donde un principio tan absorbente y concentrador como el principio socialista, debia establecer disciplina militaresca, reina el más espantoso caos de ideas personalísimas, pues cada jefe lleva un símbolo de fe propia é individual en su cabeza, y como cuentan los autores del socialismo tal número de ellas, y digo mal cuentan, pues aparecen innumerables, apenas hay medio, no ya de obtener fieles para cada Iglesia, ni siquiera sacerdotes, quedándose los pontífices en soledad completa para unos á otros excomulgarse y maldecirse. Desde un socialismo tan mitigado como el socialismo de Goblet, predicando aquellas reformas sociales compatibles con el derecho individual y la propiedad, hasta el remedo y traducción de las ideas colectivistas alemanas ó del nihilismo ruso, hay tantos matices doctrinales, como socialistas existen, porque no fundado aun sistema de tal género en verdades objetivas, aplicables por tanto en una oportunidad posible, carecen de aquel imperio sobre las conciencias, ejercido naturalmente por los principios verdaderos y justos. El socialismo queda en París hoy, cual estuvo en Atenas y en Roma por largo tiempo, una enfermedad propia de la grande ciudad, en que la electricidad intelectual sobradísima, el continuo choque de ideas, las tempestades condensadas por grandes pasiones, el extremo de la riqueza y de la miseria conviviendo juntos, las tentaciones del poder y del lujo, los entusiasmos ardorosos producidos por legiones de pensadores y de artistas, cuyas cabezas parecen volcanes en erupción, remontan los nervios colectivos de un modo, acaloran las fantasías con fuego tan abrasador, sobreexcitan los ánimos con sobreexcitaciones de tal fuerza y de tanta intensidad que la inteligencia común cae pronto en los ensueños y pesadillas de la utopía porque se halla sobreexcitado y enfermo el sentido común. Las ciudades pitonisas más sirven para la inspiración que para el gobierno. Con solo constituir una mayoría republicana conservadora, desvanécese la utopía y se acaba el socialismo.

IX

Héme detenido mucho en el cambio político de Francia para poder dar abasto á todo lo que resta por decir. Parece un reloj de arena la tierra con el tiempo arriba enviando y la eternidad abajo recibiendo, como imperceptibles granillos, las almas. Cuatro amigos míos acaban de morir, que merecen un recuerdo en estas páginas: Galimberti, Seé, Cernuschi, Simón. El cardenal Galimberti, á quien debí extraordinarias atenciones en mi viaje á Roma, fué víctima de contradictorios juicios. Penetrado el Papa de que á su autoridad pontifical atañen los oficios de paz y de concordia entre los pueblos y los príncipes cristianos, envió Galimberti á Viena, para que le conciliase Austria con Alemania, como envió Czakg á París para que le conciliase Francia y su República. Las artes diplomáticas empleadas en congraciar al Papa con la triple alianza le costaron al latino de abolengo censuras tan acerbas, como le costaron al eslavo de abolengo también las artes diplomáticas empleadas en congraciar al Papa con la República y la democracia francesas. No obstante censuras tales, llevadas por las pasiones de partido hasta lo desmesurado é injusto, así en la redacción del *Monitor Romano*, como en la cátedra de Historia eclesiástica, mostró Galimberti la elevación de su criterio y la variedad de su ciencia. Otras esferas de la vida hoy acaban de perder también almas luminosas. Por tal deberá considerarse á un médico de tanto mérito como el doctor Seé, muerto á muy avanzada edad en París. Semita en su sangre, judío en su religión, por el temperamento linfático parecía del frío Norte, y por la variada ciencia parecía de origen ario. Si la corte de Napoleón III, y sobre todo su emperatriz, escucharan las advertencias del gran médico en Julio del 70, no le ocurriera la catástrofe de Sedán en Setiembre, pues llamado á consulta para ver si el emperador estaba en posibilidad com-

pleta de dirigir una campaña, mirólo con su ojo médico certero, estudiólo en la clínica de su experiencia sabida, y obedeciendo al superior criterio de una sabiduría profunda y á la moral severa de una profesión ejercida como verdadero sacerdocio, declaró que, adoleciendo de un mal, agudo ya, y agravado aquel año como la piedra, no podía emprender una guerra, ni aun podía montar á caballo. Catedrático de la Sorbona en su sección de ciencias, miembro del Congreso de Medicina, doctor consultadísimo, la ciencia de curar le debió muchos progresos y el ramo de patología médica observaciones profundas, adelantos múltiples, muchos remedios apreciadísimos. Fué médico de Napoleón III, de Victor Hugo, de Julio Simón, de León XIII. Nuestra sociedad madrileña le ha debido muchas grandes curaciones, cuyo recuerdo está en la memoria de todos, y yo, que le conocí en casa de Julio Simón, donde disertábamos muchas noches en agapes científicas, hele profesado toda mi vida una grande admiración y una inextinguible amistad. En paz descanse. No menor amigo el correligionario Cernuschi, republicano liberal y conservador, como yo, y como yo enemigo implacable de las utopías socialistas. Nacido y criado en Milán, de donde le expulsó el entusiasmo por la independencia italiana en tiempo de las persecuciones austriacas, se retiró á París. Esta doble vida le costó parecer un francés entre los italianos y un italiano entre los franceses. Banquero y negociante de primer orden, su apego á la banca y á la Bolsa y al negocio no le impedían una consagración religiosa casi al arte y á la ciencia y á la política. Sobre todo privaba en él esta última. Riquísimo, le mandó á Gambetta doscientos mil francos para que trabajase contra Napoleón III en el postrer plebiscito suyo, y le mandó también otra cantidad crecida más tarde á Cavallotti para que trabajase contra los fautores de la triple Alianza en los comicios italianos. Perdonaron los franceses á Gambetta que recibiera dinero para fines políticos de un francés italiano, y no quisieron los italianos sus compatriotas perdonar á Cavallotti que recibiera

dinero de un italiano francés. Alto y erguido como un álamo de Lombardía; calculador frío en los negocios y sectario entusiasta de la política, muy conversador en un francés que, puro de sintaxis, tenía en el acento y sabor milanéses es muy pronunciados, Cernuschi era uno de los hombres más queridos en París, y uno de los demócratas con mayor influjo sobre los estados mayores de las escuelas democráticas; con puro amor á las dos naciones, consideradas por él como una sola patria, Francia é Italia.

X

Pasemos á Julio Simón. Este último trató, como los alejandrinos, de conciliar en lo antiguo Aristótelos y Platón para conciliar en lo moderno el Cristianismo y la Filosofía. Puede asegurarse que á este fundamental espíritu de conciliación ha obedecido toda su vida. El quiso conciliar los movimientos progresivos con la estabilidad necesaria. El, cuando se hallaba en el volcán de la segunda República, intentó conciliar los proletarios y los capitalistas. Afre de la filosofía, como este mártir en nombre del cielo corriera las barricadas de Junio hasta encontrar la muerte, corrió él en nombre de la libertad estas mismas barricadas encontrando algo peor que la muerte misma, el desengaño. Su papel en las Asambleas del imperio fué también papel de conciliación entre orleanistas y republicanos. Llamado al gobierno de la defensa nacional, fué sin duda el más circunspecto y el más conciliador entre todos aquellos ministros. Ido á Burdeos para procurar la paz, revocó el decreto expulsando los imperialistas de las Asambleas republicanas y llamó á las Asambleas republicanas todos los ciudadanos. En el ministerio de Thiers significó una conciliación entre la Escuela y la Iglesia. En su ministerio bajo Mac Mahon, quiso conciliar al general con la República y á los republicanos entre sí. De todas estas conciliaciones unas permanecieron y otras pasaron. Mas no cabe

dudar que le infligieran muchísimas amarguras y lo encerraron en el cuerpo de inválidos á que relegó la República los mejores republicanos. Para el partido demócrata era Símón sobradamente conservador y para el partido conservador sobradamente demócrata. Los imperialistas no le perdonaban que hubiese negado su asentimiento al imperio y los enemigos del imperio que no hubiese predicado la revolución. Para los católicos era un filósofo; para los filósofos era un católico. En el terreno de la teoría no se acordaba mucho de su política y en el terreno de la práctica mucho de su teoría. Consumado catedrático, filósofo clarísimo, publicista no menos grande que orador, ameno sin ligerezas, profundo sin obscuridad, vario y no superficial, como una melodía en sus improvisaciones literarias y como una tempestad en sus discursos políticos; mi muerto hermano del alma será siempre una luz del espíritu moderno y una gloria del siglo XIX.

XI

Cumplidos estos deberes con los muertos amados, que van haciendo á diario de nuestra memoria un cementerio, resumamos las capitales cuestiones políticas para departir acerca de todas ellas con mayor amplitud en revistas futuras. La que primeramente sale al paso, por su importancia para nosotros y para todos, es la cuestión de Cuba. No ha mucho nos holgábamos con los mejores aspectos, á nuestra vista presentados, por tan terrible conflicto. Ahora un amargo dejo de tristeza dan al ánimo las últimas noticias. José Maceo en Oriente; Antonio Maceo en Occidente, y Máximo Gómez entre los dos caudillos, corriendo ya por Matanzas á socorrer al segundo y sacarlo del atolladero donde se ha metido, Pinar del Río, dan á la guerra un interés dramático, pero también un carácter agudo que no ha tenido antes. Nada valiera esto, en verdad, ni para nuestras fuerzas, ni para nuestro ejército, si la insurrección infame no fuese de continuo nutrida y sustentada en el

seno de los filibusteros yankees, consentidos por el gobierno aquel y amparados por el pueblo, en auxilio de la rebelión cubana, con detrimento de la patria nuestra, y de ahí la gravedad enorme revestida por el apresamiento de los piratas entregados á los consejos de guerra. La opinión americana se fija para defenderlos en el derecho estricto y en los tratados internacionales que tienen legal vigor; pero la opinión europea, que es á la postre un gran jurado, recurre para condenarlos á principios universales de moral fijados en la conciencia pública, que son incontrastables. Si la insurrección antillana careciera del auxilio moral y material, que América le presta, nada tan fácil como aplicar á los ciudadanos de América las reglas internacionales y cuantos convenios solemnes hoy rigen; pero sabiendo todos en Europa, cual saben, que esos ciudadanos apelan á su ciudadanía improvisada y súbita para combatir y atentar al sagrado de la independencia y de la integridad española, todos ponen su grito en el cielo y la moral pública sobre leyes capaces de amparar tales crímenes, pidiendo un castigo ejemplar. El gobierno español ha conjurado este conflicto entre la vigente legalidad y la conciencia humana por una revisión del juicio sumario, cuyas sentencias habían á pena capital condenado los reos, prometiendo cumplir todos sus deberes con los Estados Unidos y observar todos los pactos. Mas deberá presentar un cúmulo de reclamaciones vigorosas en Washington, porque los procedimientos del pueblo y del gobierno americano con España son de todo en todo intolerables.

XII

Algo como la cuestión de Cuba es la cuestión de Transvaal. También aquí filibusteros, también aquí guerra, también aquí por desgracia invasiones de gentes extrañas en pueblos autonómos, también aquí la conciencia pública indignandose contra que se quiera sobreponer al espíritu la letra del derecho internacional. Sabíamos por una serie de fundadas

sospechas la complicidad, de los gobernantes del Cabo con la criminal irrupción en armas del doctor Jameson dentro del Transvaal, pero no había prueba ninguna fehaciente, y en esta falta de pruebas se fundaba el gobierno británico para tratar á Cecil Rhodes, jefe del Cabo, como un amigo cariñoso y no como un reo de alta y verdadera traición al derecho inglés y al derecho internacional. Mas, entre los despojos dejados por el doctor Jameson al caer vencido en manos de los boeros se han hallado muchas cartas, y en estas cartas muchos testimonios de que un protegido por Inglaterra, como Rhodes, no sólo era cómplice del detenido, era verdadero coautor con el detenido Condenados á muerte los cabecillas irruptores, Inglaterra se ha creído en el caso de interceder por ellos y Kruger, el presidente de Transvaal, por su parte, hase creído en el caso también de mostrar á Inglaterra que aquellos reos habían perpetrado el crimen horrible de su irrupción por mano de Inglaterra misma ó lo que es igual, por mano de sus protegidos, y de sus representantes y de sus gobernadores y de sus delegados en el Cabo de Buena Esperanza. Imaginaos cuál habrá sido el debate armado por la oposición radical del Parlamento á estas noticias, teniendo como tienen al gobierno conservador cogido entre dos puertas y mostrándole como le muestran que sus delegados ó pupilos son reos de verdadera traición. Cumberland, el ministro de las Colonias, muy ahupado por la opinión mientras apareciera reprobando la irrupción de Jameson en Transvaal, ha quedado maltrecho desde que se ha visto cómo, sin quererlo y sin saberlo, había sido de la irrupción, por sus delegados y pupilos, un inocente coautor. Y así está la cuestión africana, produciendo en el ministerio conservador cada día más quebranto y menguando al extraordinario aventurero, cuyos esfuerzos tiran á establecer vastísimo imperio africano para la gran Bretaña, que se dilate, sin solución alguna de continuidad, desde los mares descubiertos por Gama y sus lusitanos hasta el río de los misterios y de los jeroglíficos, en siglos de siglos dominado por los fa-

raones y sus egipcios. No vale argüir con la maestría de Chamberlain para obscurecer los acontecimientos puestos por la oposición radical en evidencia irrefragable. Los uitlanderes, ó sean, los ingleses, con gran fervor pedían derechos políticos en el Transvaal, complemento de sus derechos individuales; y con grande constancia los boeros, ó sean los holandeses, á la concesión de estos derechos se resistían; primero por el instinto de conservación que ha puesto Dios en todas las sociedades humanas; después, por el temor al carácter de aventureros en los demandantes reconocido, buzos del oro africano, manipuladores de la Bolsa universal, maestros en chanchullos, de juego y holgorios á la continua, dotados por ende de las riquezas allegadas en titánicas explotaciones, pero dolientes y enfermos de los vicios connaturales á las jugadas de minas y á los juegos de cartas. ¡Grave situación la del gobierno conservador en la Cámara! Si da la razón á los boeros, ofende la susceptibilidad de los uitlanderes, que aparecen sus protegidos, y disminuye á Cecil Rhodes, creador para Inglaterra y donante á Inglaterra de un imperio casi mágico y fabuloso, como los cantados en las orientales *Mil y una noches;* pero si da la razón á los uitlanderes, acepta la responsabilidad entera del crimen cometido por éstos al armarse desde la colonia inglesa del Cabo contra la república ó Estado independiente del Transvaal, y romper en guerra que sólo ha concluido con su ignominiosa é irreparable derrota. Labouchere lo ha dicho en sus naturales atrevimientos: «La bandera británica únicamente ondea en el Cabo para proteger y amparar, á la sombra gloriosa de sus pliegues, un Mónaco gigante, una gran casa de juego.» Ya veremos cómo sale del conflicto Chamberlain, obligado á no herir el patriotismo inglés, pero así también á satisfacer la conciencia humana. Pidamos como siempre que concluimos nuestras crónicas, al cielo y á su providencia la paz y la libertad universal.

EMILIO CASTELAR.

Madrid 27 de Junio de 1896.

LA LITERATURA
CASTELLANA Y PORTUGUESA

SEGUNDA PARTE

CONCLUSIÓN

Las parodias tienen la rima constante en *ir* ó *i*, mientras el romance viejo junto á *dezir*, *huir*, etc., tiene *lid*, *paladín*, etc., y *ti*, *ofrecí* unidos con *marfil*, *fiz* con *mil*. Compárese, además, el todavía muy rudamente rimado fragmento del viejo romance: «Por el mes era de Mayo» en el «Cancionero general» (ed. de Amberes, 1557, fol. ccx, en que *calores*, *amores*, *prisiones*, *noche*, riman con *albor* y *galardón*) con las glosas de este romance hechas por Garci Sánchez de Badajoz que están en la misma obra (fol. ccxv), y los romances enteros que se hallan en el «Canc. de rom.» (fol. 265) en que por lo menos todas las rimas son asonancias sordas ó sea agudas: Pero también en los romances populares se nos presenta á las veces la rima pura, llana ó sorda, persistente en toda la composición, como en los romances del Cid número 38 de la «Primavera», en *ón*, y lo mismo en el romance que se halla en Timoneda («Rosa de rom.» pág. 53): «Angustiada está la reina». Estos ejemplos prueban que entonces las rimas engeneral rudas, propiamente tan sólo asonantadas, de los antiguos romances populares se ha-

bían tomado por consonantes *mal dolados*, cuya imperfección procuraban corregir los poetas artísticos, y que las rimas á las que seguían sílabas átonas (preferentemente cuando á una *a* ó una *o* agudas seguía una *e* átona) valían por sordas ó agudas, es decir, que se presentaban unidas con tales rimas llanas. Nos ofrecen múltiples corroboraciones de ello los más antiguos romances populares, y sobre todo, los juglarescos del ciclo de leyendas carolingias. Entre estos últimos es cosa conocida que la mayor parte y hasta los más largos tienen rima constante en *a* aguda; aunque entremezclados tan á menudo con palabras de rima en que á la *a* aguda sigue una sílaba con *e* átona y eso donde esta sílaba no cabe apocoparla etimológicamente (como *padre, madre*, etc.), que los posteriores editores y arregladores de rimas se acogieron al admirable recurso de agregar á todas las rimas sordas ó agudas monosílabas una *e* (no sólo á los infinitivos en *ar*, nombres en *al* y otras palabras semejantes, en que podía justificarse etimológicamente, sino que también en las inflexiones gramaticales como en *estáe, han-e*, etc), para restablecer así una simetría asonantada, puesto que para ellos las rimas agudas bisílabas que se presentaban en todos los antiguos cantos populares y eclesiásticos, no valían ya como para los músicos como tales (cf. *Ueber die Lais*, pág. 172) (1).

(1) Depping y Alcalá Galiano (V. Depping, l. c., I, páginas XV, LXXV y 326-327) han fijado su atención en estas rimas agudas bisílabas de los antiguos romances populares y juglarescos, pero las han explicado como «licencia poética» ó «modo de hablar antiguo». El último de los dos citados señores, hablando del romance de Isabel de Liar (l. c., p. 324), que puede servir de ejemplo, dice: «En punto á lo que nota el señor D. sobre las asonancias del romance 231, debe notarse que no sólo en los romances relativos á Carlo Magno y sus pares, sino en muchos antiguos está añadida una *e* á varias terminaciones que hoy son en la letra consonante, como, por ejemplo, los infinitivos de los verbos en *ar* y sustantivos que acaban en *r*, y *n* ó *l*. De ello es ejemplo el romance del Cid inserto en la colección presente que dice: «En Burgos está el buen Rey» etc... y así va aconsonan-

Pero aún en un romance muy posterior, corto pero popular, el de Enrique de Guzmán (en la «Silva» de 1550 y en las ediciones á las romances de Sepúlveda, ed. de 1566 «Primavera», núm. 80) se hallan tales rimas sordas bisílabas en *a-e* unidas con monosílaba en *a* (como *san-*

---

tado todo lo que hoy no podría, un verbo en *ar* y dos sustantivos en *al* y *ar* con padre y madre. Este era modo de hablar antiguo. Y aquí conviene añadir que en el romance 231 deben añadirse *ees* finales á versos segundos y cuartos de las cuartetas donde faltan» etc. Este enlace, empero, ni es una licencia poética ni se regula por antiguas inflexiones gramaticales; sino que surgió sencillamente del uso en los cantos populares de rima aguda bisílaba y de su enlace con la monosílaba. Así es que Durán al hablar del romance del Conde Arnaldos (I, núm. 286 pág. 153) en que *Flandes* está enlazado con rima aguda en *a* dice: «Aquí en el canto debia pronunciarse haciendo muda la *última* sílaba, como sucede *aun* cuando *la gente del campo* entona esta clase de romances». Este enlace de rima aguda monosílaba y bisílaba se presenta á menudo en los ya citados poemas de «María Egipciaca» y de la «Adoración de los Santos Reyes.» Mas como la poesía artística los halló demasiado rudos para su rima más exacta y los repugnó muy pronto, sucedió que los editores posteriores, que no veían en estos enlaces aparentemente desiguales nada más que una rusticidad, procuraran, ó remediarla mediante un cambio por rima aguda monosílaba (que es lo que ensayó, por ejemplo, Timoneda con los romances precitados de Isabel de Liar, en que á pesar de haberse alterado muchos versos é intercalado otros nuevos han quedado todavía un par de rimas agudas bisílabas, como *adelante, madre;* conservándose el enlace primitivo con rima aguda bisílaba en *a-e* en un *pliego suelto,* V. «Primavera» núm. 104), ó restablecerla mediante la ya mencionada añadidura de una *e* á toda rima monosílaba aguda para que formara asonancia en *a-e,* fenómeno curioso y contra toda etimología. El conocido romance: «Asentado está Gaiferos» constituye un ejemplo muy evidente de la relación entre aquel primitivo modo de rima y los arreglos que de ella hicieron los posteriores editores. Está en rima aguda en *a,* según la versión que da el «Canc. de rom.», se entremezclan las agudas monosílabas y bisílabas *(a-e),* según la versión manuscrito que ha seguido Durán (I. pág. 218, núm. 377) se obtiene una asonancia simétrica en *a e* por la agregación de una *e* á todas las palabras agudas que riman, mientras que según la «Florestu» se ha restablecido artísticamente la monorrimia por arreglos, alteraciones ó intercalaciones.— De aquí se sigue que en una edición crítica deben restablecerse en tales romances la antigua rima popular, sin sancionar ó imitar la mala inteligencia de los editores posteriores manteniendo la *e* añadida indebidamente. Mientras Dozy (l. c., p. 615) concuerda con mi opinión respecto á estos

gre, condestable, grande). Además de los ya citados tenemos ejemplos de romances con rima sorda monosilaba y bisílaba en *o* y *o-e* «Por el mes era de Mayo», los dos antiguos romances de Fernán González, anteriormente citados, («Castellanos y Leoneses» y «Buen conde Fernán

---

rimas agudas bisílabas hallándola bien fundamentada en la poesía popular románica, Amador de los Ríos en su reseña de la «Primavera» me la vitupera vivamente, intentando rectificarla con un pasaje de la «Gramática castellana» de Antonio de Lebrija (Salamanca, 1492).—Este pasaje de un libro muy raro y que me es inaccesible, dice así, según Amador de los Ríos (cap. VIII. De los géneros de los versos que estan en el uso de la lengua castellana):

«El tetrámetro yámbico que llaman los latinos octonario é nuestros poetas *pie de romance*, tiene regularmente diez é seis sílabas: é llámaronlo tetrámetro, porque tiene cuatro asientos; octonario, porque tiene ocho pies, como en este romance antiguo (esta teoría de Lebrija no hace más que corroborar la comunicación presentada más arriba de las redondillas dobles con el *octonarius ó quaternarius* reduplicado):

«Digas tú, el ermitaño, que hazes la vida santa;
Aquel ciervo del pie blanco ¿dónde haze su manida?»

»Puede tener este verso una sílaba menos, quando la final es aguda..., como en el otro romance:

«Morir se quiere Alexandre de dolor de corazón:
Embió por sus maestros quantos en el mundo son.»

»Los que lo cantan, porque hallan corto é escasso aquel último espondeo, suplen é rehazen lo que falta, por aquella figura que los gramáticos llaman *paragoge*, la qual... es *añadidura en fin de palabra*, e por *corazón* e *son* dizen *corazone* é *sone*.»

De donde el Sr. Amador de los Ríos saca estas consecuencias: «Ahora bien: ¿será posible rechazar su (de Lebrija) inequívoco testimonio como hijo de la verdad ó de la ignorancia? (palabras con las cuales he denotado el proceder de los editores, *y sigo denotándolo todavía*). No sospechamos que haya aquí en lo intente (!). Lo que clara y palpablemente se deduce es, que si antes de 1492 se cometía espontáneamente por los cantores populares la figura de que nos habla el sabio maestro de la Reina Católica, para satisfacer plenamente la inevitable *necesidad del canto* (!) siguióse llenando este requisito de igual suerte durante el siglo XVI, mostrándose devotos de la tradición los primeros editores de los romanceros,

González», en que están unidos con monosílabos en *o*, *divisiones, Ordoñez, razones, traidores, mandones, hombres, labradores)* (1).

Las rimas sonantes que ocurren más á menudo en los romances populares del «Canc. de rom.» son en *a-a, a-o* é *i-a;* rimas que son precisamente las mismas que se nos presentan en los más antiguos poemas semi-populares semi-artísticos (como en los dos del Cid, en que predomi-

---

y siendo en consecuencia dignos de la alabanza de los doctos (!)... De todos modos, el uso de las *eees* paragógicas en los asonantes agudos, principalmente con *relación al canto* (!), es un hecho altamente histórico (!!), y de no exigua importancia en la de los romances castellanos.»

A pesar de todo lo cual—y con todo el respeto que se debe á la ilustración de los señores Lebrija y Amador de los Ríos—me quedo, como he dicho ya, con mi opinión pues me parece que á estos señores, por exceso de ilustración precisamente, los árboles no les han dejado ver el bosque. —O más bien puedo decir que Lebrija presintió la razón, pero por su erudición unilateral se ofuscó tanto y ofuscó tanto al otro y se expresó tan poco claramente en la fraseología escolástica de que gustaba, que pudo muy fácilmente ser mal entendido por los que más bien que juzgar independientemente conforme á la naturaleza de las cosas mismas, juzgan *in verba magistri.—No* ya los músicos ó cantores populares, que siguiendo la analogía del canto llano sólo contaban la *última* vocal *acentuada* sobre la que hacían consonar el tono de las no acentuadas;—sino los poetas artísticos que creían justificada por esta tonalidad la aceptación de la rima *propiamente sonante* ó asonancia que correspondía más á su principio, dieron ocasión á esta reforma de la rima popular, para la cual es natural que huviese pronto un nombre en la gramática clásica (paragoge) de un humanista de escuela como era Lebrija. Durán ha expuesto muy bien (l. c. t. I. pág. XLIII) este proceder de los poetas artísticos: el poeta... ya pronuncia como *mudas,* vocales que *no deben existir* en las palabras; ya *hace mudas* las *que no lo son.* Por lo demás, ¿por qué no se hallan estas formaciones falsas, totalmente inetimologicas más que en la rima? *(a).*

(1) Los más antiguos de los romances populares sordamente rimados, del «Canc. rom.» tienen en general *a* ú *o* como vocal de rima; hallándose, sin embargo, entre ellos algunos con *e* sorda (como el de *Vergilios,* «Primavera» núm. 111; *Rico franco,* núm. 119: *Caballero de lejas tierras,* núm. 156) y con *i* sorda (como: *Bodas hacen en Francia,* núm. 157; *Tiempo es el caballero,* núm. 158; *Del Soldán de Babilonia* núm. 196).

(a) Véase lo que largamente contestó Amador de los Ríos á estas observciones en el tomo 2.° de su *Historia de la literatura Española.*

nante es la rima en *a-o)* siendo las que más corresponden al sistema fonético y flexivo de la lengua española. Es cosa, por lo demás, que de por sí se comprende que también estas rimas sonantes pasan á la asonancia, pero que no eran intencionalmente tales, y por lo tanto que hay que considerarlas nada más que como rima imperfecta.

Es obvio, empero, y se ha demostrado concluyentemente en el pasaje citado de Martínez de la Rosa, que debía desenvolverse, y como tenía que hacerlo cada vez más, la asonancia de la monorrimia imperfecta, sobre todo de la sorda, en un lenguaje tan rico en vocales plenisonantes como es el español y así lo que en realidad en un principio era un *defecto* de la poesía popular, imitado primero paródicamente por la artística, fué por último empleado adrede y con conciencia como tosca joya y gala de arte. Pues no cabe cuestión de que por el intencionado evitamiento de la consonancia perfecta y por su cambio en mera asonancia de vocales se resolvió la monotonía fatigosa que persistía en el romance entero en un acorde agradable; así que lo que en el orígen servía para la satisfacción de la necesidad natural de un ritmo que se hiciera perceptible, y que debe compararse no con el martilleo de la consonancia uniforme sino con el guitarreo de la asonancia del conjunto, se hizo una armonía realzada por el contraste, de una disonancia intencional, propia para un goce artísticamente refinado.

Desde fines del siglo XV, empero, cuando la poesía artística española se acercaba cada vez más á la popular, y empezó á darse cuenta y enterarse de los romances populares y juglarescos, á parodiarlos y glosarlos (1), y final-

(1) Rengifo (l. c., pág. 44) dice: «No ha muchos años que començaron nuestros poetas á glossar romances viejos, metiendo cada dos versos en la segunda de las dos redondillas. Y han sido tan bien recibidas estas glossas

mente hasta á imitarlos, se muestran como productos de esta acción y reciprocidad mutuas entre las poesías artística y popular en el desenvolvimiento de los romances, sobre todo por la influencia de la artística; las rimas puras sordas y la introducción de las sonantes (1); después por la reacción de la poesía popular incorregible en este respecto, primero la tolerancia y después la imitación paródica de los enlaces impuros asonantados; posteriormente el cultivo intencionado de la asonancia en artística diferencia de la consonancia; y finalmente la asonancia artística introducida á conciencia en la poesía popular y elevada hasta el predominio (2).

Es, por lo tanto, la validez de la rima como tal y como sorda á la vez un criterio para juzgar la antigüedad y carácter popular de los romances; los que tienen rima sonante, aun cuando á las veces todavía imperfecta, pertenecen ya á fines del siglo XV, y los que tienen asonancia más cultivada, esto es, más artística y todavía más sonante (3) han sido compuestos ó por lo menos arreglados

---

que les han dado los músicos muchas sonadas, y se cantan y oyen con particular gusto.»

(1) Así es que en los más largos romances juglarescos ya señalados han llegado hasta nosotros los enlaces primitivos en su rusticidad, lo menos alterados que sea posible.

(2) Se han admirado algunos de que no hallara aceptación alguna la asonancia en la lengua italiana no menos rica que la española en terminaciones vocales plenisonantes; pero esto se explica si se piensa que la poesía italiana ya desde un principio fué meramente artística, y que bajo la unilateral influencia de ésta se desenvolvió la posterior poesía popular de los italianos. En la poesía portuguesa, que tuvo un proceso evolutivo semejante, se introdujo la asonancia por la influencia del cultivo de la poesía artística española. Los demás idiomas románicos y germánicos eran demasiado pobres en terminaciones vocales plenisonantes, y así ha sucedido que sólo en el castellano llegó á ser dominante la asonancia cultivada artísticamente, porque sólo en él concurrían las dos condiciones para ello: el vocalismo y el desenvolvimiento popular de la poesía artística.

(3) La poesía artística gusta en general de rima sonante más rica, que es de su invención (v. *Ueber die Lais*, pág. 171), y sobre todo ha culti-

formalmente desde mediados del siglo XVI. En tiempo de Lope de Vega es cuando por primera vez, como lo ha notado Martínez de la Rosa (l. c., t. I, pág. 204), se hizo corriente la asonancia aun en las poesías con versos cortos, de redondilla menor, como romances cortos, letrillas, endechas, seguidillas, etc., y dominante en general en las canciones populares. (V. también Alcalá Galiano, en Depping, l. c., I, pág. LXXII.)

Finalmente, por lo que hace referencia á la composición *estrófica* y á la división de los romances, he dado ya arriba las razones por las cuales infiero que fueron compuestos originariamente en cuartetas. Voy á añadir aún á este propósito que la primitiva cuarteta se conservó y llegó á pasar por tipo normal aun después del enlace y fusión de los romances populares en más grandes conjuntos, á modo de epopeyas, con asonancia general, y á pesar de la transformación en algo semejante á tiradas, enlace y fusión introducidos por la poesía juglaresca. Lo prueba una vez más el ya mencionado pasaje del «Arte de poesía castellana», de Juan de la Encina, en el cual cita expresamente entre las «coplas ó versos de quatro pies» los romances: «Y aun los romances *suelen ser de quatro en quatro* piés etc.», añadiendo en la misma obra después que ha tratado de las estrofas de cinco ó seis versos: «Mas desde seys pies arriba por la mayor parte suelen tornar á hazer otro ayuntamiento de pies de manera que serán dos versos (dos estrofas) en una copla (doble estrofa), y comúnmente no sube ninguna copla de doze pies arriba porque parecería desvaria la cosa: *salvo los romances que no tienen número cierto* (1).

---

vado la asonancia sonante para hacerla más perceptible; pero precisamente por esto evitaba las asonancias alternadas (v. Du-Méril, *Essai*, página 108). Así es que todos los romances moriscos tienen asonancias sonantes desarrolladas.

(1) También Rengifo (l. c., pág. 40) cita la división de los romances en

De donde se sigue que por una parte es cierto que todavía entonces servían las cuartetas de estrofa fundamental y normal de los romances, pero por otra parte, en tiempo ya de Encina era tan vaga en la mayoría de los casos la división estrófica de ellos, que no se daba medida alguna determinada de renglones ó igualdad de ellos en las estrofas que fuera mantenida y marcada con precisión. Pero esta vaguedad é irregularidad están en parte basadas en este género de estrofas y en los cantos populares en general y en la monótona melodía del romance en particular (1); en parte fueron favorecidas en la poesía

---

«Quartetas». Entre los modernos se llaman las cuartetas de romances y redondillas en general «cuartetas», y las estrofas consistentes en cuatro versos más largos «cuartetos» (v. Salvá, «Gramática castellana», 7.ª edición, París, 1846, 8, pág. 407). En pro de esta acepción de *cuarteta* habla también el siguiente pasaje de las «Seyscientas Apotegmas y otras obras en verso» de Juan Rufo (Toledo, 1596, 8, hoja 26); pasaje interesante para la historia de la poesía romancesca en general: «Sin duda *este tiempo florece de poetas que hazen romances*, y músicos que les dan sonadas: lo uno y lo otro con notable gracia y aviso. Pues como es *casi ordinario* amoldar los músicos los tonos con la *primera copla* de cada romance, dixo á vno de los poetas que mejor lo componen, que escusase en el principio afecto ni estrañeza particular, si en todo el romance no pudiesse continualla: porque de no hazello resulta, que el *primer quarteto* se lleua el mayorazgo de la prop edad de la sonada, y dexa pobres á todos los demas». Así es que hallamos un romance épico del año 1496, «Primavera», núm. 102, impreso en un *pliego suelto* en cuartetas separadas de hecho, y designadas en el título como «coplas» mientras otra impresión, como la de la «Silva» de 1550, da á la misma versión el nombre de «romance».

(1) Cuán fácilmente pasa este género de estrofas en general á pareados no estróficos, lo he demostrado en mi obra *Ueber die Lais*, páginas 122-181-183 (esto es también lo que ha inducido á Du-Méril, *Essai*, pág. 197 á considerar como poema estrófico á «Lai roman et le romance espagnol», v. W. Grimen *Zur Geschichte des Reims*, pág. 169). Cuanto más antiguos y más populares son los romances, tanto menos se disponen en una división estrófica regular. Huber (Introducción, pág. xxvii), dice con razón: «Pues aunque hay y habra muchos romances que se cantan y cantaban en coplas de á cuatro versos, y que, por consiguiente, se habían pensado y sentido en esta forma por el poeta, también hay muchos y principalmente entre los más populares que se cantan sin distinción de coplas, y con toda la

juglaresca por la introducción de la monorrimia y la fusión de muchos pequeños romances en un conjunto mayor; en parte, finalmente, son la consecuencia inevitable de la transmisión oral expuesta á tantas omisiones y adiciones y de las posteriores anotaciones, á menudo incorrectas, sobre todo si no se tenía en ellas en cuenta la melodía. Nos encontramos, por lo tanto, con que los romances están impresos aun en las más antiguas coleccio-

---

solemnidad ó monotonía épica que se pueda desear.» Así es que la melodía de los romances lleva naturalmente la suya, que Durán (l. c., t. I, pág. LIV, nota 14) caracteriza así: «La música primitiva de los cantos populares se ha perdido del todo cuando la de los romances se conserva inalterable. Esta parece un gemido prolongado y monótono, pero que no deja de producir su efecto cuando acompaña las danzas pausadas del país.» Los más largos romances juglarescos podían muy bien haber sido meramente recitados en tiempo posterior, por lo cual se disipó por completo la división estrófica conservada tan sólo por la melodía.

La ingeniosa autora que escribe bajo el nombre de Fernán Caballero ha dado en su novela *La Gaviota* (Madrid, 1856, 8, t. I, páginas 127-128) una descripción del canto de romance todavía corriente en Andalucía, tan encantadora y característica, que creo deber reproducir aquí este pasaje en su original. Dice así: «El pueblo andaluz tiene una infinidad de cantos; son estos boleras, ya tristes, ya alegres; el ole, el fandango, la caña, an linda como difícil de cantar, y otras con nombre propio, entre las que sobresale el *romance*. La tonada del romance es monótona, y no nos atrevemos á asegurar que puesta en música, pudiese satisfacer á los *dilettanti*, ni á los filarmónicos. Pero en lo que consiste su agrado (por no decir encanto), en las modulaciones de la voz que lo canta, es en la manera con que algunas notas se ciernen, por decirlo así, y se mecen suavemente, bajando, subiendo, arreciando el sonido ó dejándolo morir. Así es que el romance, compuesto de muy pocas notas, es dificilísimo cantarlo bien y genuinamente. Es tan peculiar del pueblo, que sólo á estas gentes, y de entre ellas á pocos, se lo hemos oído cantar á la perfección; parécenos que los que lo hacen, lo hacen como por intuición. Cuando á la caída de la tarde, en el campo, se oye á lo lejos una buena voz cantar el romance con melancólica originalidad, causa un efecto extraordinario, que sólo podemos comparar al que producen en Alemania los toques de corneta de los postillones, cuando tan melancólicamente vibran suavemente repetidos por los ecos, entre aquellos magníficos bosques, y sobre aquellos deliciosos lagos. La letra del romance trata generalmente de asuntos moriscos, ó refiere piadosas leyendas ó tristes historias de reos.»

nes (hasta en el «Cancionero» propio de Encina) sin división estrófica, habiendo seguido no sin razón este seguro proceder los más de los modernos editores (1).

(1) Entre los españoles casi todos, como Quintana, Reguero, Durán, Ochoa, etc. Depping, por el contrario, ha concedido singular importancia á la división en cuartetas, intentando emplearlas en todos los romances sin excepción. Donde se vió sin embargo obligado á admitir estrofas de seis renglones, lo explica por una especie de licencia poética, en cuanto los dos versos así añadidos á la cuarteta «se cantaban con acompañamiento de guitarra y castañuelas, más de prisa y como entre dientes» siendo así cubierta y aplanada esta irregularidad. La inconsistencia de esta suposición ha sido mostrada por Alcalá-Galiano en las notas á la Introducción de Depping (t. I, páginas XIV-XVI y pág. LXXVI) aun cuando él también esté por la división en cuartetas. Hasta tal punto es esta opinión la derecha que, como ya lo he mostrado, la cuarteta fué y sigue siendo en realidad la estrofa fundamental y normal de los romances, pudiéndose dividir sin estorsión alguna según ella muchos de los posteriores, más líricos y artísticos. Aún hay mas, y es que concedo que á menudo, cuando queda sobrante un pareado, éste debe agregarse á la estrofa final (como v. gr., en el romance del conde Alarcos que se deja dividir en cuartetas, sin más que los dos versos que el poeta ó el juglar ha añadido como epílogo á la estrofa final: «Acá nos dé Dios su gracia y allá la gloria cumplida.») Pero el ejemplo mismo de Depping ha mostrado del modo más evidente cuán impracticable es aplicar este sistema á todos los romances, aun á los antiguos populares y á los juglarescos, y cómo apenas puede evitarse, sin ayuda de la melodía, una división insegura y caprichosa. El editor de la impresión londonense de la colección de Depping, Salvá, se ha explicado ya así (t. I, páginas XII-XIII): «Creyendo Depping equivocadamente, según lo expresa en su prólogo, que es de rigor el que el romance castellano esté dividido en estrofas de á cuatro versos, adoptó este corte, y no resultándole muchas veces, ya en medio del romance, donde el sentido queda completo en el segundo, y aun en el primer ó tercer verso de sus imaginados cuartetos, ya en el fin, porque así el romance como el sentido de cada una de sus partes, pueden tenerlo en cualquier verso; completa á su modo los cuartetos que cree faltos, agregándoles versos que pertenecen á otro concepto ó á otro miembro del periodo. De aquí resultan muchos errores que producen oscuridad y chocantes despropósitos, confundiendo el sentido y la rima, etc.» Hasta á la nueva edición se puede objetar esto, puesto que Depping ha persistido en su manera de dividir los romances (compárese, v. gr., el que empieza: «A Calatrava la vieja» en la división de Depping con la de Salvá, en el primero de los cuales no se ha tenido en cuenta la alteración de la rima separando muy a menudo en dos estrofas lo que está íntimamente unido por el ré-

Por el contrario, en los romances posteriores, compuestos ó arreglados por poetas artísticos, y aun en los modernos populares, se vuelve á observar con tanta exactitud la división en cuartetas, que no puede menos de reconocerse que es así, y que las colecciones más modernas del siglo XVII están ya impresas con separación de las cuartetas, como ya lo hice notar en la primera parte, tratando del número 21.

Como resultado de esta indagación, podría presentarse el hecho de haberse conservado en los romances secundarios la medida de versos y estrofas de los romances primarios (1), y que sólo sufrieron modificaciones las maneras de rima que no habían surgido puramente del principio de la poesía popular; y precisamente en este respecto han sido también influidas mayormente por la poesía popular las formas de las canciones populares de otras naciones, y aún más que los romances, que por lo menos no admitieron la rima propiamente alternante, y las estrofas artísticas, que sólo por ella se hacían posibles. Pues los romances total ó parcialmente en estrofas redondillas, quintillas, etc. (2),

---

gimen gramatical, como v. gr., en el romance de Reinaldos de Montalván; t. II, pág. 45, el último verso de la segunda y el primero de la cuarteta). Hállanse también en una tardía colección como los «Romances varios de diversos autores», Madrid, 1655, algunos romances contemporáneos impresos con una división estrófica muy irregular (como v. gr., páginas 146, 147, 155, 158, 163-66, etc.)

(1) La conformidad de un maestro tal como G. Grimm, me satisface en alto grado. Dice así *(Zur Geschichte des Reims):* «Los citados poemas del siglo IX hacen probable el que también en los idiomas románicos la *estrofa de cuatro versos era la forma natural y más antigua de los cantares populares,* con las diferencias que hemos notado en el latín: lo cual *vale también para los más antiguos romances españoles* como lo ha demostrado F. Wolff.»

(2) Así, por ejemplo, el fragmento de un poema romanceado en redondillas con rima alternante, atribuido á Alfonso XI (v. Argote de Molina, «Nobleza de Andalucía», lib. II, cap. 74);—lo mismo los romances que se hallan en el «Cancionero de romances», fol. 237 v.° de Torres Naharro, y fol. 272 v.°, que empieza: «Desamada siempre seas», en redondillas octo-

son meros productos artísticos ó arreglados é interpolados por poetas cultos, los cuales, como se había puesto de moda entre ellos hacer romances, llevaban á éstos ó daban como tales esos y semejantes artificios, como añadidos y apéndices de coplas, villancicos, letrillas, octavas, etc. (1), que no tenían de común con aquéllos mucho más que el nombre. Dentro del espíritu de la poesía popu-

---

sílabas.—Totalmente, en quintillas están el que hallamos en la misma colección, fol. 293 v.°, que empieza: «Después que por mi ventura;»—el de Rugero del «Romancero general», en Depping, II, pág. 159 (distribuido por éste defectuosamente; bien en la edición de Salvá, II, pág. 316).—En quintillas está, por ejemplo, el discurso del arzobispo en el romance del Conde Claros («Primavera», n.° 190), según el Can. de rom.»,—pero que propiamente es una intercalación en vez del pasaje del antiguo romance, que está por separado en el «Canc. de rom., fol. 90 v.°, y en el «Cancionero general» con una glosa de Francisco León, muchos versos de la cual están repetidos en aquellas quintillas. Además, en el «Cancionero de romances» y en la «Floresta» van agregadas á estos romances como apéndice cuatro quintillas (Su tío el conde—Respuesta y fin) que estan también tomados de aquella glosa. Este romance, admirablemente hermoso, fué arrreglado de múltiples maneras por los poetas artísticos del siglo xv, pues fuera de aquellas adiciones, Lope de Sosa imitó paródicamente en un romance el discurso del paje (empezando desde el verso: «Mas envidia he de vos conde»), añadiéndole un «villancico por desecha» (en el «Can. de Rom.», fol. 91, y también en el «Canc. general»), y este romance de Soria fué de nuevo glosado por otro trovador, Soria (en el «Canc. gen.»).

(1) Como lo acabo de mostrar en el romance del conde Claros. También Encina tiene un par de romances unidos con villancicos (v. su «Cancionero», fol. LXVII); igualmente están enlazados con villancicos y coplas en el «Canc. de rom.» (fol. 255 y 284), los romances de Nuñez y Villatoro. Con más frecuencia aún hallamos agregadas *letrillas* á los romances de los siglos XVI y XVII, procedentes de poetas artísticos, como pueden probarlo innumerables ejemplos en el «Romancero general», y hasta octavas se unían á ellos, v. gr. en Depping, I, pág. 63, á lo que observa Alcalá Galiano: «No es peculiar de este romance, sino al revés, común á muchos (es decir, de los procedentes de poetas artísticos) el variar de metro, ya sustituyendo consonantes, ya empleando versos de medida más larga que la octosílaba.» Pero á las veces pasan las redondillas á versos cortos, como v. gr. de siete sílabas con rima alternante (v. l. c., p. 314). Es sabido que los poetas artísticos posteriores, después de la introducción del endecasílabo, hicieron romances hasta en este verso, llamándolos «romances heroicos».

lar, sólo sucedió la unión de las estrofas de romance con estribillos ó refranes, lo cual podía ocurrir en romances populares genuinos, pero más líricos (1). Los romances cortos destinados al baile y la representación llevan lo más á menudo, como es natural, letrillas y estribillos, si bien estas antiguas y genuinas formas de cantares del pueblo sólo se diferencian, por lo demás, de los romances más épicos por el metro corto, los *redondillos de arte menor*, de seis sílabas, totalmente nacionales (2).

(1) Alfonso X, como se ha dicho, unió ya sus romances espirituales con *estribillos*. Así, el famoso de: «Paseábase el rey moro», en algunas ediciones de la «Historia de las guerras civiles de Granada», de Hita, lleva el refrán: «¡Ay de mí, Alhama!»—Entre los romances históricos, sin embargo, estan provistos de estribillo la mayor parte de las veces tan sólo los posteriores y procedentes de poetas artísticos, como, v. gr., muchas de las posteriores ediciones de la «Silva» y del «Romancero general» que tratan del Cid, de D. Pedro el Cruel, de D. Alvaro de Luna, del rey D. Sebastián, etc. (en Depping, I, pág. 235, 318, 332, 354, 358, 407, etc.). Más frecuentemente, como es natural, en los líricos, de que contiene muchos ejemplos el «Romancero general».—Rengifo (l. c., pág. 40) dice á este propósito: «Los romances ordinarios no llevan repetición que no sea de los mismos versos de cada quarteta. Pero hay otros que repiten un verso tras cada dos redondillas, como este que hemos puesto por exemplo: otros tras cada una, y otros que no repiten versos enteros, sino una palabra con algún affecto. La qual variedad suele nacer de la música.» Comp. los ejemplos de romances que están construidos en alguna forma divergente de la normal, y que, como es natural, proceden de poetas artísticos, reunidos por Durán en los tres primeros apéndices de su edición.

(1) Sarmiento (loc. cit., pág. 194-195) ha hecho notar ya que los redondillos de seis sílabas no son menos antiguos ni menos populares. Un ejemplo muy notable y antiguo de ello es la *serranica* ó *cántica serrana*, que hallamos en el Arcipreste de Hita (en la edición de Ochoa, pág. 481): «Cerca la Tablada», etc., un fragmento de la cual considera Argote de Molina como un romance de «Domingo Abad de los romances». Toda ella está en redondillos de seis sílabas, entre ellos muchos con ritmo dactílico (ó esdrújulo), de tal manera que, unidos dos, dan ya el prototipo de los *versos de arte mayor*. Tiene una *cabeza* en cuarteta monórrima, y consta de cuartetas en pareados ó monórrimas con un refrán que rima con la *cabeza*, es decir totalmente á la manera de las *letrillas* con *estribillo*.—Las demás *serranicas* del Arcipreste de Hita están compuestas en redondillas octosílabas con rima alternante.

FERNANDO WOLF.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

La extradición ante el Derecho internacional, por José Gascón Marín.— Zaragoza: M. Turmo, 1896. Un vol., 161 páginas.

Precedido de una breve carta laudatoria del Sr. Gil Berges, acaba de publicarse este libro en Zaragoza. Consta de nueve capítulos y cuatro apéndices, componiendo 161 páginas.

Después de unos preliminares destinados á explicar la necesidad de la extradición y á exponer el criterio de las diversas escuelas que se dividen el campo del Derecho internacional penal, estudia el Sr. Gascón Marín el concepto de la extradición, empezando por analizar las definiciones de Pascale, Martens, Fœlix, Billot, Calvo y García Parejo. La extradición es según él, «la institución jurídica y acto de mutua asistencia internacional, por el cual un Estado hace entrega de un individuo perseguido, acusado ó condenado por un delito ó tentativa, ó complicidad de infracciones punibles, cometidas fuera de su territorio, á otro Estado que lo reclama y que es competente para juzgarlo y castigarlo».

Resume luego el Sr. Gascón Marín los precedentes históricos de esta institución, fijándose especialmente en los tratados de fines del siglo XVIII y en los de la presente centuria, é insertando una lista muy completa de los suscritos por España, y de las leyes nacionales vigentes en los Estados Unidos, Inglaterra, Bélgica y el Canadá.

El fundamento de la extradición lo halla el autor, no en el interés de los Estados, ni en los tratados internacionales, ni en la cortesía, ni en motivos de moral internacional, sino en lo que Savigny llama solidaridad jurídica de los Estados. Por virtud de los lazos con que éstos se hallan unos á otros ligados en la sociedad internacional, la extradición constituye un deber jurídico perfecto como medio de cooperar al cumplimiento del Derecho.

En el capítulo quinto se examinan importantes cuestiones, tales como si la reciprocidad debe ó no figurar como condición de la extradición; si es ó no conveniente que exista una ley normal de extradición en cada Estado; qué carácter deben tener los tratados de extradición, etc.

Y los capítulos restantes, siguiendo el plan de Martens, estudian las personas que pueden ser objeto de extradición, los delitos por que puede concederse, el procedimiento para la extradición y sus consecuencias.

El Sr. Gascón Marín, como se ve por este resumen, ha sabido condensar en pocas páginas las ideas más importantes acerca de la extradición. No se encuentra en su libro mucho pensamiento propio, pero sí excelente criterio para aceptar el de los demás, y, sobre todo, el de F. de Martens, que en el último tomo de su *Tratado de Derecho internacional*, expone esta materia con la concisión y la claridad características de sus estudios. Resumiendo su doctrina, criticando la de otros autores respetables, y publicando la lista completa de los tratados de España, el Sr. Gascón Marín ha hecho, en mi sentir, una obra útil, de cuya consulta no deberán prescindir cuantos en nuestro país muestran afición á estas cuestiones.

A. SELA.

La Pathologie sociale, por PABLO LILIENFELD, vicepresidente del Instituto Internacional de Sociología, con un prefacio de Renato Worms. Un volumen de la *Bibliothèque sociologique internationale*, tiene 335 páginas, su precio 8 francos.—París, V. Giard y E. Briere: 1896.

El sociólo ruso Pablo Lelienfeld es ya conocido por otros trabajos sociológicos de gran interés. Sin embargo, como advierte nuestro ilustre amigo el Sr. Worms en su prólogo, dichos trabajos no han sido tan leídos como se merecen, sin duda porque su autor no ha vivido siempre en los centros científicos de Europa, y porque el más importante de todos ellos, escrito primero en ruso, es de proporciones demasiado grandes para que pueda ser obra de fácil manejo. Consta ésta, titulada: *Pensamientos sobre la ciencia social del porvenir*, de cinco grandes volúmenes (1), entrañando por tanto una lectura que resultará para la generalidad de las gentes, aunque sean *del oficio*, un tanto fatigosa. Pero, á pesar de todo, el nombre de Lilienfeld, es un nombre justamente célebre en sociología, por la originalidad y atrevimiento de su concepción socilógica fundamental.

En efecto, la *idea del organismo social*, esto es, la asimilación de la sociedad humana á un organismo natural, con un sentido y alcance *realista*, directo, no meramente figurado y metafórico tuvo en Lilienfeld quizá el primer teorizador cien-

(1) He aquí el título de cada uno de los cinco libros de la obra del Sr. Lilienfeld: 1.° La sociedad humana como un organismo real. 2.° Leyes sociales. 3.° La psicofísica social. 4.° La fisiología social. 5.° Ensayo de una teología natural. Un resumen en español de esta obra puede verse en el *Boletín de la Institución libre de enseñanza* (Madrid, tomo III, páginas 27 y 37). Está hecho por el Sr. Cossío, bajo el título de *Un libro de sociología contemporánea*.

tífico, verdaderamente reflexivo. Así lo reconocen todos, incluso el mismo Schäffle, que sin llegar á las conclusiones de Lilienfeld, ve en sus doctrinas un antecedente muy directo de las suyas. Realmente, piénsese lo que se quiera acerca del valor científico y filosófico de la tesis del organismo social, como tal tesis, es una de las más definidas y en cierto sentido seguidas, con estas ó aquellas atenuaciones, por los sociólogos más ilustres—Schäffle, Spencer, Fouillée, Worms, etc.—La historia de la sociología no puede, en verdad, prescindir de la doctrina á que dicha tesis he dado margen, y la historia particular de la doctrina será incompleta, si no figura en primera línea la obra de Lilienfeld.

En la *Pathologie sociale*, el Sr. Lilienfeld hace una aplicación especial á ciertos fenómenos—los patológicos—sociales, de la teoría general del organismo social, insistiendo, claro es, en la asimilación del aspecto morboso de los organismos naturales con las perturbaciones agudas ó crónicas por que las sociedades pasan. En rigor, el tema—patología social—con el alcance que dicho tema tiene en el libro de Lilienfeld, se imponía en el desarrollo lógico de su doctrina. Si una sociedad es un cuerpo vivo, al modo que lo es un ser individual cualquiera de los que figuran en la escala zoológica, la sociedad debe tener al lado de una vida normal, de formación y disolución espontáneas, obra del desarrollo gradual y graduado de las fuerzas que en su seno se producen, una vida posible anormal, enferma; la consideración de las enfermedades sociales se imponía, pues, de un modo necesario. Ahora bien; el estudio de estas enfermedades, ó más bien los orígenes y los caracteres de las mismas, es lo que constituye el contenido del libro de Lilienfeld de que hablamos.

Acerca del buen éxito filosófico ó científico del intento de *Patología social* realizado por el sociólogo ruso, habría mucho que decir. Por de pronto, como el ilustre Tarde advierte en el último número (Junio) de la *Revue philosophique*, de M. Ribot, la idea del organismo social ha sido con tal patología sometida

á una prueba de las más decisivas, siendo ya bastante que la teoría no haya resultado después de ella en quiebra completa. Podrá en efecto discutirse la verdad de la equiparación del organismo *fisiológico* y del organismo *social;* podrá también ponerse en pleito si cabe en rigor hablar de enfermedades sociales, tachando de caprichoso y exagerado decir, por ejemplo, que la sociedad musulmana padece una diátesis religiosa; pero con todo eso el intento de Lilienfeld debe estimarse como muy útil, si no por lo que tiene de sistemático, por lo que tiene de atrevido, de original y de sugestivo, sobre todo de *sugestivo.* Hoy que tanto se discute acerca del organismo social, y más particularmente del carácter orgánico del Estado, estudios como el del ilustre vicepresidente del Instituto Internacional de Sociología, son de utilidad indudable.

He aquí ahora en breves términos una ligerísima idea del contenido de la *Patología social*: Comprende tres partes, después de una interesante introducción, donde el autor expone su criterio general y su método preferente. En la primera parte, bajo el epígrafe de principios generales, indica el Sr. Lilienfeld sus ideas sobre la naturaleza de la sociedad humana, que es de todos los *agregados orgánicos* el que manifiesta la conexión y cooperación de fuerzas más variadas y más complicadas, indicando después las causas de las anomalías sociales. En la segunda parte estudia el autor las enfermedades en las diversas esferas sociales—esferas económica, jurídica, política (interesantísima esta última).—En la parte tercera expone nuestro sociólogo una *terapéutica social:* después de los males los remedios; los títulos de los dos primeros capítulos de esta parte, son muy significativos; helos aquí: el *médico y el hombre de Estado: tratamientos;* el último capítulo habla de la ciencia y de la religión. La obra termina con una especie de ojeada sintética, á manera de *conclusión,* en la cual el autor define concretamente su ideal sociológico, y el papel y función propios de la patología social. Sus últimos párrafos son muy interesantes. El Sr. Lilienfeld examina

de pasada las concepciones clásicas y modernas de las utopías sociales. Todas ellas las encuentra el autor defectuosas, bien por referirse á las regiones menos elevadas de la vida social, bien por su carácter limitado. «Toca á la patología social, dice, guiada por el método inductivo, estudiar todos esos sistemas incompletos y defectuosos, y apreciar en qué tanto reflejan las leyes naturales é inmutables que presiden la evolución progresiva de la sociedad humana», siendo deber de la misma patalogía social, poner de manifiesto las enfermedades de las diferentes comunidades humanas, é indicar el pronóstico de las anomalías que la realización de aquellas utopías debe necesariamente provocar, así como toca á la terapéutica social, después de fijar lo que los defectos y anomalías sociales tienen de curable, señalar los medios de curación y de satisfacción. La aplicación de esos medios es del dominio del arte social ejercido por los hombres de Estado colocados á la cabeza de las colectividades autónomas. «En cambio el sociólogo, colocado por encima de los partidos y libre de las pasiones que agitan á las masas populares, está llamado á juzgar de una manera consciente, cosa que no pueden hacer sino de un modo vago é instintivo los corazones dominados por la pasión y arrastrados á los excesos, mil veces involuntarios, en la lucha inexorable por la existencia.»

A. Posada.

Il Protezionismo sociale contemporáneo, por G. Fiamingo: un volúmen, 326 páginas. Roux Frassati y compañía, editores.—Turín, 1896.

Si numerosa es la literatura genuinamente socialista, ó por lo menos simpática al socialismo, también lo es la que de un modo resuelto y sin contemplaciones combate al socialismo en sus fundamentos filosóficos, en sus concepciones políticas, en sus aplicaciones prácticas y por fin, en sus efectos sociales, que se estiman en extremo perniciosos. No hay para qué recordar aquí los libros que siguen una ú otra tendencia; pero sí advertiré que pocos días ha todavía se hablaba en estas notas de una obra resueltamente antisocialista; la del barón de Garofalo *(La superstición socialista)*, y hoy tenemos que dar cuenta de otro libro, obra de un conciudadano del ilustre criminalista, y que como el de éste está inspirado en el deseo de combatir abiertamente las doctrinas socialistas, defendiendo las tendencias y soluciones radicalmente contrarias. Este libro es el del distinguido sociólogo italiano, escritor fecundo, gran conocedor de los problemas genuinamente *sociales* y uno de los directores de la *Revista de sociología*, Sr. Fiamingo.

Si comparásemos la obra del Sr. Fiamingo—*El Proteccionismo social*—con *La superstición socialista*, hay entre ambos libros algunas diferencias que en definitiva pueden interpretarse en favor del primero. Ambos libros están escritos con cierto apasionamiento, pero el del Sr. Fiamingo tiene la ventaja de no circunscribirse á rebatir un socialismo: el revolucionario, sino que recoge por entero todas las manifestaciones del socialismo, en el sentido que según él tiene esta palabra, es á saber, como doctrina del *proteccionismo social por obra de la coacción ejercida por el Estado*. Es decir, que, aun cuando

del título pudiera inferirse otra cosa—proteccionismo social dice, sin más,—en el fondo, el Sr. Fiamingo no estudia mas que el proteccionismo que se traduce en una manifestación coactiva del poder público, metido á *distribuidor* de bienes, y contra la justicia, la eficacia y la bondad moral de semejante proteccionismo, es contra lo que diserta, largo y tendido y con una erudición verdaderamente rica y escogida, que revela en el autor vastos conocimientos de las fuentes más indicadas de información.

He aquí cómo se desenvuelve el razonamiento fundamental, núcleo del libro. El socialismo tiene como nota común el supuesto de una igualdad esencial de los hombres; por ahí proviene de Rousseau y por ahí se orienta hacia la utopía que implica su propósito último: á saber, la distribución equitativa de los medios de goce. «Todo el edificio de los socialistas, dice, descansa sobre su concepto de la igualdad. Ahora bien; el concepto de igualdad... es tan poco verdadero y natural que, para verlo triunfar, deben recurrir á una personalidad especial: el Estado; el Estado es quien impone la igualdad y el bienestar de los individuos. Para esto se suprime la concurrencia social, pudiendo así definirse el socialismo como un expediente cuyo fin es sustraer al individuo á las dificultades y á los rigores de la lucha por la existencia, gracias á la intervención del Estado». Dado esto, para el Sr. Fiamingo, toda intervención del Estado en el arreglo ó distribución de la vida económica, toda manifestación de la acción coactiva del poder por medio del impuesto para obtener de quien los tiene en demasía, medios que por difusión política deben ir á menos de quienes carecen de todo medio, es práctica del socialismo, lo que implica práctica anulación de la función de la justicia.

Según el Sr. Fiamingo la pretensión del socialismo; reparto equitativo de los bienes entre todos, entraña una imposibilidad práctica. *No hay para todos.* Para demostrarlo, acude á las estadísticas, de las cuales resulta que, por ejemplo, ciertos productos necesarios no se obtienen en cantidad

suficiente para que cada individuo obtenga lo indispensable. La doctrina es *pesimista* en el fondo: los pobres tienen un fundamento irremediable, así que todo cuanto haga el Estado para extirpar el proletariado será por lo menos inútil; por tanto, el Estado debe abstenerse y dejar á la evolución y manifestación libres de la fuerzas humanas que den con el paliativo posible.

La tesis—que tan escuetamente queda indicada—es, como se ve, de las discutidas y discutibles. Seguramente que hay bienes que no existen en la proporción debida para que nadie carezca de ellos; pero también lo es que los que hay no están bien y equitativamente distribuidos; ahora bien; porque la injusticia no pueda estirparse en absoluto, ¿no ha de atenuarse en cuanto sea dable? ¿No consiste el progreso en parte, en la difusión del bienestar social por el mayor número posible de seres humanos? Y ante el espectáculo que la injusticia de la distribución de los bienes ofrece ¿debe el Estado—el órgano del derecho—permanecer indiferente?

Realmente si la intervención del Estado, para la afirmación de la justicia humana, se tradujese sólo en el ejercicio de la función coactiva por medio de la ley y como facultad de los gobiernos, no estamos muy lejos de inclinarnos á la opinión del Sr. Fiamingo, que es en definitiva la de Spencer y la del individualismo liberal. Del poder coactivo de los gobernantes, sobre todo cuando éstos son quienes suelen ser, gentes de oficio sin grandes ideales y no muy exquisita moralidad, poco debe esperarse. Pero la acción *del Estado* puede tener otro alcance; puede tener el alcance de una acción indirecta modificadora del desequilibrio económico, que implica la existencia de gentes desposeídas en absoluto, de desheredados que no les queda más recurso que la desesperación, y puede además tener el alcance de una acción directa manifiesta en el influjo de la opinión pública que, ya sea obrando sobre todos por el influjo del mejoramiento moral de las gentes, ya condensándose en soluciones legislativas reclamadas imperiosamente, im-

pone la necesidad de una mayor difusión de los elementos de goce. En rigor, cuando se reduce el socialismo á la fórmula de una intervención circunstancial del gobierno por medio del impuesto, para obtener de los ricos medios que han de pasar en forma de pensiones á los obreros inútiles, de seguros contra la vejez, etc., etc., á manos del proletariado, se empequeñece el movimiento que implica, y se lanza de él á una porción de gentes que no simpatizan con la *Estatolatría*. Pero no debe olvidarse que hay una fórmula más amplia de proteccionismo social, en la cual caben todas las tendencias regeneradoras de la humanidad aún no redimida, y que entraña en definitiva el deseo santísimo de que haya para todo ser humano un mínimum de condiciones para la vida moral, económica, política, jurídica, como consecuencia práctica del reconocimiento del principio, según el cual el hombre es fin en sí mismo...

Pero observo que me salgo de los límites en que estas notas deben encerrarse, y que ya no tengo espacio para decir más del hermoso libro del Sr. Fiamingo. Hago punto, pues, y termino felicitando al simpático sociólogo italiano por su obra utilísima y plausible.

ADOLFO POSADA.

OBRAS NUEVAS

Abril y Ochoa (J.)—La teoría del equilibrio político. En 8.°, 88 páginas: 1 peseta.

Acosta de Samper (S.)—Consejos á las mujeres. Consejos á las señoritas, seguidos de los consejos á las madres, y cartas á una recién casada. En 8.°, 175 páginas. En tela: 2,50 pesetas.

Agulló y Prats (B.)—Sistemas hipotecarios. En 8.° mayor, 35 páginas: 0,50 pesetas.

Antón del Olmet (F. de)—Fantasías. En 12.°, 31 páginas.

Arenal (C.)—Obras completas. Tomo XI. La instrucción del pueblo. En 8.°, 370 páginas: 3 pesetas.

Balaguer (V.)—Coriolanus; tragedi fran katalanskan af Doctor Göran Bjorkman. Stockholm. Samson et Wallin. S. a. (1896.) En 8.°, 24 páginas y un retrato.

Baró (T.)—Cuentos del Ampurdán. En 4.°, 64 páginas: 0,75 pesetas.

Beligerantes y neutrales; rebeldes y amigos. Estudio de derecho internacional público. En 8.° mayor, 42 páginas: 1 peseta.

Berra (F. A.)—Resumen de las leyes naturales de la enseñanza. En 8.° mayor, 336 páginas: 10 pesetas.

Biografías, artículos y datos espiritistas. En 8.° menor, 224 páginas: 1,50 pesetas.

Boletín oficial del magisterio filipino. En 4.° mayor, 100 páginas y una lámina.

Bretón (T.) y Morphy (C. de).—Discursos leídos ante la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. En 4.° mayor, 71 páginas: 2 pesetas —Temas: Barbieri. —La ópera nacional.

Bueno (M.)—Viviendo: cuentos é historias. En 8.° menor, XVI-205 páginas: 2 pesetas.

Calendario-Agenda para 1896 y Guía de la Ciudad de Alcoy. En 8.°, 78 páginas y un plano: 0,30 pesetas.

Calvo y Madroño (J.)—Instituciones de derecho romano. En 8.°, 364 páginas: 5,50 pesetas.

Canalejo y Soler (J.)—La fotografía ascética, por medio de los rayos Röhtgen. En 8.°, 93 páginas: 1,50 pesetas.

Catálogo de la 5.ª exposición bienal del Círculo de Bellas Artes: Mayo 1896. En 8.°, 62 páginas: 0,75 pesetas.

Cobles que en llahor del Beato Salvador de Horta, honor de Catalunya, cantava la poble catalá en vida de aquell varó sant. Precio en pergamino, 5 pesetas; en papel de hilo, 0,50.

Colección de disposiciones vigentes sobre 2.ª enseñanza. En 12.°, 87 páginas: 0,50 pesetas.

Concas y Palau (V. M.)—El combate naval del Papudo el 26 de Noviembre de 1865. En 4.°, 103 páginas y un mapa: 5 pesetas.

Díaz Rodríguez (M.)—Sensaciones de viaje. En 8.° mayor, 179 páginas: 4 pesetas.

Escobar y Barberán (M.)—Guía de.

jurado. En 12.°, 62 páginas: 0,50 pesetas.

Foye (R.)—Contrabando y defraudación; faltas y delitos en materia de aduanas. En 4.°, 406 páginas: 8 pesetas.

Framarino dei Malatesta (N.)—Lógica de las pruebas en materia criminal. En 4.°, 2 tomos, 392 y 430 páginas: 15 pesetas.—Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.

Garofalo (B. R.)—La superstición socialista. Traducción española, por el Dr. Luis Marco. En 4.°, 248 páginas: 5 pesetas.—Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.

González y Francés (M.)—Góngora, racionero. Noticias auténticas de hechos eclesiásticos del gran poeta, sacadas de libros y expedientes capitulares. En 8.°, 83 páginas.

González Sugrañes (M.)—La república en Barcelona. Apuntes para una crónica. En 4.°, 523 páginas: 5 pesetas.

Guillén de la Torre (M. M.)—Breve compendio de historia de la Iglesia católica. En 8.°, 260 páginas. Encartonado: 1 peseta.

Hernández Villaescusa (M.)—Oro oculto; novela. En 8.° prolongado, 207 páginas: 2 pesetas.

Herráiz (G.)—Tratado de antropología y pedagogía. En 8.° mayor, 564 páginas: 7 pesetas.

Hinojosa (R. de)—Los despachos de la diplomacia pontificia en España. Tomo I. En 4.°, LVIII-425 páginas: 10 pesetas.

Irigoyen (Dr.)—Límites con Chile. Artículos publicados en la prensa de la Capital y recopilados por Arturo B. Carranza. (El tratado. —La convención.—El protocolo.) En 8.°, 80 páginas.

Jorreto Paniagua (M.)—Guía palaciana: Cuaderno cuarto En 4.°, 40 páginas: 2 pesetas.

Juste (P.)—Literatura española. En 8.°, Tomo I, 176 páginas: 5 pesetas.

Kabezón (K.)—Neógrafos kontemporáneos. En 4.°, 21 páginas.

Labaila (J.)—Novelas íntimas. Dos Tomos. En 12.°, 181 y 189 páginas: 0,50 pesetas.

Labra (R. M. de)—La reforma colonial en las Antillas. En 8.°, XV-204 páginas: 2 pesetas.

Lampérez Romea (V.)—Apuntes para un estudio sobre las Catedrales españolas. Conferencia leída por su autor en el Ateneo de Madrid el día 17 de Marzo de 1896. En 8.°, 62 páginas: 1,50 pesetas.

La oficina de farmacia española según Dorvault. Décimo sexto suplemento de la segunda serie. En 4.° mayor. 244 páginas á dos columnas: 5,50 pesetas.

Larrubiera (A.)—Historias madrileñas. En 12.°, 187 páginas: 0,50 pesetas.

López del Arco (A. R.)—Sor María de las Nieves (novela). En 8.°, 204 páginas: 1 peseta.

López Campello (J. M.)—La revolución. En 4.°, 14 páginas, 0,25 pesetas.

Magnaso (O.)—La cuestión de límites. El alegato chileno (refutación.) En 8.°, 55 páginas.

Mella (R.)—Lombroso y los anarquistas. En 8.°, 123 páginas: 1 peseta.

Ministerio de Fomento. Dirección general de Agricultura, industria y comercio. Montes. Estadística de las siembras y plataciones. En 8.° mayor, VIII-239 páginas.

Moneva y Puyol (J.)—Derecho obrero. En 4.°, 384-XXI páginas: 4 pesetas.

Moraleda y Estevan (J.)—Mis viajes. Primera parte. España y Mediodía de Francia. En 12.°, 96 páginas: 1 peseta.

Moreno Torrado (L.)—En busca de la igualdad, poema. En 4.°, 79 páginas: 1 pesetas.

Murviedro (J. J. de)—Bosquejo de un plan de campaña en la isla de Cuba. En 8.°, VII-118 páginas: 1 peseta.

Oliver y Esteller (B.)—Derecho inmobiliario español. Exposición fundamental y sistemática de la Ley Hipotecaria vigente. Cua-

derno 5.°, fin del Tomo I. (Páginas 641 á 935). En 4.° El tomo primero completo: 18 pesetas.

Orti y Lara (J. M.)—El error del partido integrista. Opúsculo. En 4.°, 78 páginas: 1 peseta.

Ossorio y Bernard (M.)—Cuentos ejemplares. En 4.°, 36 páginas con grabados: 0,30 pesetas.

Idem.—Epigramas infantiles. En 4.°, 38 páginas con grabados: 0,30 pesetas.

Pardo Bazán (E.)—Obras completas. Tomo XIV. Adán y Eva (Ciclo), Memorias de un solterón. En 8.° mayor, 269 páginas: 3,50 pesetas.

Paz (A. de)—Mar de batalla; prosa y verso. En 4.°, 320 páginas: 3 peseta.

Pereda (J. M. de)—Obras completas. Tomo XVI. Al primer vuelo. En 8.°, 489 páginas: 4 pesetas.

Pérez Nieva (A.)—Los dos regalos. En 4.°, 31 páginas: 0,30 pesetas.

Pflüger (J.)—Tratado de estadística gráfica al alcance de todos. En 4.°, VI-135 páginas y 15 láminas: 20 pesetas.

Prefacio á unos apuntes sobre el Euskara. Publicado por El Basco. En 12.°, 32 páginas: 0,05 pesetas.

Prieto Losada (C.) y Rodríguez Espina (F.)—Algo sobre el desfalco en el ayuntamiento de Zamora. En 8.°, 38 páginas: 1 peseta.

Repullés y Vargas (E. M.) y Alvarez Capra (L.)—Discursos leidos ante la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. En 4.°, 69 páginas.—Tema: La casa-habitación moderna desde el punto de vista artístico.

Riva (E. de la)—1.° de Mayo. El trabajo y el capital. (La verdad en su punto.) En 8.°, 21 páginas: 1 peseta.

Rosseli (A.)—Desahogo. En 8.° menor, 28 páginas: 1 peseta.

Sendra (J. B.)—Guía eclesiástica de España para el año 1896. En 4.°, 352 páginas á dos columnas, con retratos y grabados: 10 pesetas.

Torre (E. de la).—Mapa de ferrocarriles á cuatro colores con índice alfabético de estaciones. En 8.°, 24 páginas de índice: 1 peseta.

Vergara de Prado (A.)—Para todos los gustos. En 8.°, 204 páginas: 2 pesetas.

Vesteiro Torres (T.)—Poesías. En 8.°, 172 páginas: 3 pesetas.

Villaamil (F.) y Castellote (J.)—Informe acerca de las causas probables de la pérdida del Crucero «Reina Regente». En folio, 31 páginas.

Zubiría (J. M. de.)—Compendio bilingüe de gramática inglesa. En 8.°, 80 páginas: 2,50 pesetas.

INDICE

	Págs.
La regeneración del teatro español, por Miguel de Unamuno...	5
Recuerdos, por José Echegaray.....	37
Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja, por un Soldado viejo.....	51
El progreso científico en Méjico, por Rafael Delorme Salto.....	79
La Prensa internacional, por el Licenciado Pero Pérez.....	97
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero.....	119
Crónica internacional, por Emilio Castelar.....	159
Sobre la poesía de los romances de los españoles, por Fernando Wolf, con notas de M. Menéndez y Pelayo.....	182
Notas bibliográficas, por A. Sela y A. Posada.....	196
Obras nuevas.....	206

España moderna

AÑO 8.º NUM. 92.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LÁZARO

AGOSTO 1896

MADRID
IMP. DEL SUC. DE J. CRUZADO Á CARGO DE F. MARQUÉS
Calle de Blasco de Garay, núm. 9.
Teléfono 3.145.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

LOS SEÑORES DE HERMIDA [1]

(NOVELA CORTA)

A mi querido amigo Román Arango.

I

En un insignificante cabo de la costa cantábrica que sostiene encarnizada lucha con las olas, está situada una aldehuela de pescadores llamada Rocamar. Tiene sus cimientos enclavados en enormes peñascos, que en esta continua guerra quedaron horadados, maltrechos, con las entrañas surcadas de caprichosos laberintos, por los cuales circula el agua como la sangre por las venas. Parecen estas peñas des-

(1) *Nota del autor.*—Las palabras, locuciones, y giros anticuados, que tal vez le extrañen al lector en esta narración, no lo achaque á prurito ó afán mío de exhumar palabras, alardeando de arcáico. Escribir hoy el lenguaje de nuestros tatarabuelos, sólo por ser antiguo, me repugna por lo que tiene de falso y poco espontáneo; como me repugnaría un pintor que, ejecutando un cuadro de hoy, imitara la pátina de las obras antiguas, que son obra del tiempo y no del artista. Lo que ocurre es, que hay regiones en las cuales las clases *ínfimas* de la sociedad, conservan y usan palabras y giros de otros siglos, que sólo viven allí (en los diccionarios están enterradas,) adonde no llegan fácilmente los vientos otoñales, que secan y arrastran las hojas del bosque de que nos habla Horacio. Algunos tipos de los que yo he procurado esbozar, abusan de los enclíticos en sus diálogos; dicen además, *prea*, *moquero*, *murar*, etc.; y no les hago yo decir cosas tales ni siquiera como curiosidad filológica, sino como realidad actual, que yo he intentado imitar lo mejor que pude.

comunales esponjas que tiemblan ante el Oceáno, dispuesto siempre á tragarlas. Cuando el temporal logra encolerizar las aguas, el combate es titánico. Las olas que en tiempo bonancible lamen suavemente las playas, lanzan entonces espumarajos de furor, y arrollándose las unas á las otras, dan la primera embestida al enemigo. Óyese un sonido seco como el chasquear de un látigo; después un rumor bronco y prolongado, como si se quejara aquella mole, y luego llegan al oído susurros vagos, melodías extrañas que resuenan en el interior, en las oquedades de la masa granítica. Retírase el oleaje para cobrar nuevos bríos; mientras dura la resaca, el peñasco chorrea agua por mil agujeros; las plantas marinas, adheridas á las rocas, dobléganse como mechones de una cabellera mojada; y el viento, aleteando como un pájaro invisible é inmenso, arranca quejidos á todos los objetos; ciérnese sobre la aldea, y allí, después de apagar la voz de los marineros que murmuran pestes contra él, arrastra en jirones el humo de las pobres chimeneas, en tanto que las miserables viviendas, como temblorosas y amedrentadas, parecen apiñarse unas contra otras para no rodar por el peñón como un caserío de fichas de dominó. Cuando el sacristán se olvida de descolgar el badajo de la campana, que está escondida en colosal espadaña, descollando sobre todas las casuchas, el huracán se encarga de dar un repique que pone de mal humor al cura, porque ya se sabe, allí

viento marero,
viento campanero.

En la pequeña ensenada, en el humildísimo ancón, abrigado cariñosamente por el cabo de Rocamar, están atados los botes y las lanchas *traineras*, y sólo se nota en él una suave agitación del agua que estremece las barcas, y un resoplido débil del viento que no tiene fuerza para romper las amarras de aquellos cautivos. En tales días el pánico se apodera de la gente. «Fulana tiene un hijo en el mar...» «Zutano no ha vuelto aún... ¡Alabado sea Dios! ¡El lo traiga en paz!» Y las

mujeres acuden á la iglesia; rodéanse los santos de tenebrarias, y el señor cura reparte palabras de consuelo y esperanza.

II

En una casucha que, valga la verdad, no apesta tanto á carroña como casi todas las del pueblo, habitaba, en compañía de su marido, la señá Ramona, alias la *Mandila*, que olía á honradez desde una legua. La vivienda, de piso terreno y con alguna que otra gotera, sería pobre, pero en lo tocante á limpieza, punto en boca; porque allí las cacerolas podían servir de espejos para afeitarse, los bancos no tenían pegada una mala escama de merluza, las camas daban ganas de acostarse, y las paredes, eso sí, estarían ahumadas porque la cocina era de leña, pero de polvo y telarañas, ni rastro. Tales porquerías ni las podía sufrir la señá Ramona ni las toleraba su esposo, conocido en la vecindad por el apodo de *Tolete*, veterano de la marinería, que cifraba su orgullo en ayudar bien á misa, haber escapado de dos naufragios y vestir almilla limpia. Según la *Mandila*, en sus buenos tiempos había sido un rapazón como un trinquete, y si á manos para el trabajo vamos, no se conocieron otras como las suyas. Durante muchos años había navegado en un mal barco de cabotaje; pero, amigo, á fuerza de tiempo y de subir á las vergas, de coser remiendos al velamen y de embrear calabrotes, comenzó el cuerpo á pedir tierra, y esto, unido á que el reuma, según las trazas, estaba dispuesto á no dejarle coyuntura sana, *Tolete*, ya viejo, no tuvo más remedio que fondear tranquilamente en su casa, al lado de la fiel *Mandila*, que fué desde entonces la encargada de calafatear aquella carraca.

Tolete era dueño de un bote, y áun salía á pescar, pero en

realidad ya no servía más que para tomar el aguardiente por la mañana, y pasarse horas y horas en nortear y leer en el cielo desde un picacho, para predecir luego el temporal ó la calma, y dar consejos á todo el mundo... siempre con las manos atrás, y la pipa apagada en la boca.

En una ocasión maldita, le atrapó en el mar una borrasca que le costó nueve días de cama, cosa jamás soñada por el pobre *Tolete*. Fué el caso que se le aferró un dolor en un lado del pecho que no le dejaba dar una vuelta en el catre.

—Escucha, Ramona—decía—¿no oyes la *regolución* que tengo aquí en los fuelles?

—Bien lo oigo, condenao... y Dios me lo perdone. Tienes los respiraderos cantando como el pote..... ¡Quietecico ahí, sin mover una pestaña, y basta de parola hasta que yo lo mande!...

Por fortuna un ladrillo caliente aplicado á la parte dolorida, y cuatro ó cinco pucheradas de un cocimiento de erizos de mar, bastaron para que á los seis días pudiera el enfermo sentarse en el lecho á fumar una pipa, abrigando el propósito de levantarse al menor descuido de la *Mandila*, la cual había tenido la precaución de esconderle la ropa.

—Arríame los calzones—se atrevió á decir *Tolete*, cansado de buscarlos con la vista.

—Lo que te debía de arriar eran un par de chicotazos, ¡carcamal!..... ¡Habráse visto *enfeliz* como este, que si doy un estornudo no para hasta el camposanto y *entoavía* piensa en maniobras!.....

—Güeno, güeno..... Ya que no hay voluntá, siquiera cierra el pico.

Y en escenas como ésta se pasaron el tiempo los cónyuges hasta que *Tolete* pudo salir á tomar el sol.

Dios no había querido complacer á este matrimonio en lo que se refiere á la prole. A raíz de casarse tuvieron un hijo; pero salió tan endiablado pillete de playa, tan travieso y aficionado á las correrías de la *rumia*, que en una de estas aventuras se lo tragó el agua para siempre.....

Miró desde entonces el mar la señá Ramona, no como á la madre cariñosa que alimenta á los pobres, sino como á un enemigo sañudo, odioso, un asesino que acecha para matar. Mil veces había llorado contemplando la inmensidad del Océano, aquellas olas verdes que le habían llevado un hijo, y seguían allí cerca de ella, bramando, escarneciendo su pena y adornándose con cresterías de espuma y reflejos de sol.. .. Sin embargo, el mar, como si oyera las quejas de la *Mandila*, había procurado remediar la desgracia, enviándole *otro hijo*, un diablejo que alegraba desde entonces el pobre hogar de la pescadora.

Veamos cómo ocurrió el caso, á pesar de no ser de esencia en nuestro relato.

Un día los pescadores de Rocamar, presenciaron un espectáculo terrible. A eso de las dos de la tarde, comenzó el mar á gruñir como un viejo socarrón que se prepara á hacer de las suyas, y á escupir con desprecio á todos los acantilados de la costa; luego, azuzado por algunas rachas de viento, extremó su cólera, haciendo uso de todas sus energías y violencias. Los marinos echaron una ojeada á las ligaduras de sus lanchas, presagiando desgracias; afortunadamente mar adentro no había nadie del pueblo. Á pesar de esto, la iglesia se llenó de mujeres provistas de la correspondiente tenebraria, para rogar al Señor que domeñara los arranques casi siempre luctuosos del Cantábrico; pero aquella vez ni el señor cura, ni las compungidas devotas lograron que el monstruo depusiera su actitud destructora. No, al revés; una maldita ráfaga de viento desgoznó una ventana del coro, colóse dentro, y sopla aquí, sopla acullá, no dejó vela ardiendo.

No tardó en correr por el pueblo la voz de barco á la vista, y efectivamente, aunque con trabajo á causa de la lluvia, que era torrencial, veíase no muy lejana una embarcación, con la cual el oleaje se divertía á su capricho. Era un mísero patache harto de luchar, desarbolado y próximo á dejarse vencer; á veces desaparecía sorbido por un abismo espumoso, otras era ex-

pelido con fuerza; cabalgaba un instante en el lomo de una ola y volvía á hundirse desfallecido y acobardado.

Nada podían hacer en favor de los náufragos los valientes pescadores, que contemplaban la escena esperando el desastre inevitable. No pasaría mucho tiempo y el barcucho sería hecho añicos contra algún escollo, y al día siguiente el mar, tal vez meloso y reposado, arrojaría con indiferencia á las playas algunos cadáveres, continuando siempre sus rumores alegres y su vaivén eterno.

Transcurrió una hora de incertidumbre. Cada vez que el buque desaparecía, las mujeres lanzaban gritos desgarradores, medio apagados por el mugir del viento. Acercábase cada vez más el barco á un arrecife conocido por *La pata del diablo...* —Ahí es la tuya—dijeron tristemente algunos marinos. Y el patache permaneció un instante casi inmóvil, como indeciso; de pronto, una ola inmensa arremetióle por la popa, y entonces el desdichado, ciego, semejante á un caballo que tasca el freno, avanzó frenético hacia el peligro, como un suicida, estrellándose contra las rocas. Las olas, como fieras hambrientas, repartiéronse los miembros del cadáver, brutalmente desgarrados; cada cual se llevó lo que pudo, y todas se alejaron bufando. El mineral de hierro de que venía fletado el barco esparcióse por el agua, tiñéndola con tinte rojo. Los restos de la embarcación parecían trozos de un monstruoso animal descuartizado, flotando en un lago de sangre.

Al día siguiente, en un arenal cercano á Rocamar, descubrió *Tolete* el cadáver de un viejo, y no lejos de él el cuerpo de un niño que no daba señales de vida. Dar con el hallazgo y ponerlo en conocimiento de las autoridades, fué cosa de unos momentos.

El juez, el médico, el cura y el alcalde, seguidos de un grupo de curiosos, acudieron al sitio donde yacían los náufragos.

Mientras *Tolete*, revestido de cierta autoridad, apartaba á los mirones, el médico se adelantó hacia el niño, quitóse el

sombrero, arremangó los brazos y comenzó el reconocimiento. Todos los presentes notaron que la fisonomía del buen señor se animó al momento, y el asombro fué grande cuando vieron que se arrodillaba al lado del niño y que, después de forcejear hasta conseguir abrirle la boca, aplicó sus labios á los labios cárdenos del cuerpo inerte y sopló con fuerza hasta ponerse rojo, procurando inyectar el aire en los pulmones de aquel desdichado. Ante tan extraño ósculo de la vida á la muerte, las mujeres se deshacían en lágrimas, y la señá Ramona vió á *Tolete* que, con la cabeza baja y las manos atrás, se alejaba silenciosamente del grupo.

—¿Qué es lo que te pasa, probe?

—¿A mí?... ¡Na! ¡Más vale callar!... ¿Te acuerdas *del nuestro?*

Y lo dijo en voz baja, como temiendo romper el silencio de aquellas gentes, que hasta respiraban con lentitud. Sólo el mar, soleado y brillante, se atrevía á mostrarse allí bullicioso y perturbador.

Al fin, el náufrago dió señales de vida. Algunos movimientos palpebrales y un conato de suspiro, bastaron para que el médico dijera con voz cansada:

—Con este se puede contar...

Entonces, la ansiedad contenida, estalló en cuchicheos y dichos.

—¡Hijo de madre que apenas nació y ya anda tirao á la arrebatiña *po* los arenales!

—¡Y qué tostao de la *itemperia* está el infeliz!

—¡Bendito sea el Señor que too lo puede!

El médico, entre tanto, procuró hallar un soplo de vida en el anciano; pero fué empresa fallida. El viejo tenía ya el alma en otro sitio.

Bien atendido, envuelto entre mantas y harto de fricciones de vino blanco cocido con romero, el niño no tardó muchas horas en quedar más despabilado que un tordo y en decir al señor juez que él era de un pueblo de Galicia; que no tenía

padre ni madre, ni nadie en el mundo que le oliera á pariente, y que en el barco le habían recogido de limosna... Tomó informes el juzgado acerca de todo lo dicho por el rapaz, y como resultara cierto, en Rocamar se quedó *Nolo* (Manuel se llamaba) bajo la protección del cura, hasta que, con los corazones reblandecidos, la *Mandila* y *Tolete* se presentaron un día en la casa rectoral diciendo que *Nolo* se vendría á vivir con ellos, porque el cielo y el mar se lo habían *regalado en vez del otro*, y en fin, que no había más que hablar... *Tolete* habló poco, pero acertado, y logró llevarse á casa aquella alhaja, parto de una ola...

III

Como á cosa de medio kilómetro de Rocamar, tierra adentro, estaba situada una quinta, que no era por cierto mansión lujosa, pero sí agradable y tranquila. Durante el invierno, y en ocasiones durante el verano, permanecía deshabitada, como sumida en un sueño.

Muchas veces, en la estación del año en que los árboles reverdecen, y á las flores les sobran aromas para dar á las brisas, la casa rejuvenecía, despertaba de la catalepsia, abriendo las dos ventanas de las buhardillas y desplegando las maderas de los balcones, como si quisiera respirar el aire fresco del Cantábrico. En el jardín, muy abandonado, crecían diversas clases de vegetales, unos de hoja temprana, que rompían las yemas al primer aviso del sol de Abril, otros perezosos, dormilones, á quienes sorprendía Mayo desnudos ó mal vestidos, y algunos enclenques, anémicos, apuntalados, como inválidos con muletas.

Pertenecía esta posesión á la familia del Sr. Hermida, que vivía en Nuvareda, capital de la provincia; y la persona encargada de la limpieza y conservación de la finca, era la señá Ramona, en quien aquella familia tenía absoluta confianza.

Corría el mes de Junio. El respetable *Tolete* hallábase sentado en un banco á la puerta de su casa, pipa en boca, yesquero de cuerno en mano, dando eslabonazos al pedernal, cuando llegó *Nolo* con una carta..... Como el veterano recordaba haber entendido algo de letra en sus buenos tiempos, algún proyecto atrevido debió surgir de pronto en su mente, porque dejó á un lado los avíos de sacar lumbre, entró en casa y se puso á revolver y escudriñar en una arca lustrosa y sobada, en la que él guardaba la ropa y los papeles.

—¿Qué buscará ahí ese hombre?—dijo la señá Ramona.

—¡Los antiojos! ¿Sabes tú leer por causalidá?... Pos aquí quien tié que leer soy yo.....

—¡El Señor nos tenga de su mano, y nos meta los torreznos en el hocico! ¿Pué que tengas la figuración de que en poniendo las vidrieras vas á arrebañar too el sentido de la escritura?.... ¡Ya estás soltando esa carta, que será de *los señores*, y voy en un Jesús á ver al señor cura!....

Como si cantara. *Tolete*, sin dignarse oirla, desenvainaba de una caja negra unas descomunales gafas de sólida armadura, sabiamente mullida con algodón para evitar que las narices sufrieran deterioro bajo el peso de tanto metal. Sentóse nuevamente el marino, y después de abrir el sobre y de colocarse aquel aparato delante de la vista, quedóse ceñudo y pensativo durante media hora sin quitar ojo del papel. Al fin, descolgó las gafas, levantóse, y entró en casa.

—¿Tas enterao, dotor?...—dijo con sorna la *Mandila*.

—¡Na!.... ¡Si se ice no se cree!—contestó *Tolete*.

Y dió un paseo por la habitación; luego, parándose al ver que la señá Ramona se caía de risa,

—¡Se ha de ver negro el señor cura pa calar toa esa letra encarnaa!... Me paece, me paece, que al comienzo hay así.

como una matemática de números..... Ver, vi un ocho; pero no lo juro tampoco..... ¡El demonio me lleve si el cura no ha de sudar como la tapadera de la olla!

—¿No te dije yo que ya se te había escapao toa la cencia?... ¡Más claro ni el sol!—dijo la *Mandila*, soltando carcajadas, mientras *Tolete*, andando lentamente, volvió á entenderse con su eslabón y su yesquero.

La carta, según dijo el cura, anunciaba la llegada de los señores de Hermida para el día siguiente. De modo que no era cosa de perder momento, y la señá Ramona se fué al instante á la quinta á sacudir polvo y ventilar habitaciones.

Al fin llegó el día señalado, y la pescadora, llevando en la cabeza un cubo de agua para dar la última mano de aseo á la cocina, llegó al jardín, atravesó el emparrado, y penetró en la casa. Como á los cinco minutos, asomóse á un balcón, y exclamó gritando:

—*¡Nolo! ¡Nolo!* ¡Menéate, so zángano!

—¡Voy volando, señá Ramona!....

Y apareció en el jardín el pillete, más vivo y alegre que unas sonajas.

En cuanto puso los pies en el camino enarenado, hizo varias zapatetas. Después el diablejo se descalzó una bota puerca y descalcañada, y con el andar cauteloso y el ojo avižor, dirigióse hacia un naranjo, en el cual se solazaba un enjambre de gorriones. El cazador avanzó de puntillas, hasta convencerse de que no erraría el tiro, y entonces ¡zas! disparó la bota.

Los pájaros, como burlándose de *Nolo*, fingieron asustarse, revolotearon unos instantes alrededor de las ramas, y algunos, más descarados, osaron cruzar el espacio, casi rozando con las alas la cabeza del granuja, el cual dió un salto, exclamando:

—¡Ya caeréis, silbantes!....

Y corrió al sitio donde estaba el proyectil, colocóse de espaldas á él, apoyó las manos en las caderas, y muy lentamente comenzó á doblarse hacia atrás, hasta que ya rojo como una

amapola, logró apoyar las manos en el suelo y morder la bota. La voz de la señá Ramona tronó entonces.

—¡Pero qué hace aquel maldito allí retorcido!... *¡Nolo!* ¡Que te vas á descoyuntar, condenao!.... ¡Aquí en seguida ó voy allá yo!...

Como si le hubieran asestado un garrotazo, *Nolo* cayó de lado, pero eso sí, con la presa entre los dientes.

—Voy á escape... ¡Diez!... No se pué coger ni lo que es de uno...

Enderezóse el rapaz hacia la casa, andando muy despacio, y royéndose las uñas. Entró en el portal. Jamás había estado en aquella casa ni en otra semejante; así es, que al ver tanto lujo allí al alcance de la mano se quedó alelado y entráronle ganas de acariciar los azulejos de la pared; pero cuando el asombro rayó en estupor fué al ver encima de la primera reja de la escalera una bola dorada como el reloj del señor cura; miróla primero con respeto, después la manoseó como si halagara la cabeza de un perro, y por último, acercó la cara al metal y lo tocó con la lengua.

—¡Sabe á frío!... Señá Ramona—dijo en voz alta—¿no decía que veníamos á limpiar? Pos ya está tirándome un trapo.

—A ver si se menea usted...

Nolo miró y remiró la bola dorada, y en seguida en cuatro saltos subió al primer piso, abrió la puerta, y colóse en un pasillo empapelado de azul.

—Señá Ramona, ¿hacia onde anda usté?... ¡Contra! ¡Y qué azulao está too!...

—Mucho cuidao con tocar en na, ¿me ascuchas? que estoy aquí... y güelvo á ripetir que ojo con las manos, ó habrá sopapos...

Aproximóse *Nolo* hacia donde sonaba la voz de la *Mandila*, y llegó á poner los piés en una salita en la cual vió dos espejos con marcos dorados, una consola de mármol blanco entre dos mecedoras, y algunos cuadros que representaban escenas de caza. Al verse por primera vez en su vida en un espejo de

cuerpo entero comenzó á bailar el pillete; pero de pronto, como se hubiera pinchado un pié, dió un salto hacia atrás al fijarse en que pisaba la estera y salió al pasillo.

—¿Tendré yo que ir por usted?

—Pero, señá Ramona, si aquí no se pueden poner los piés... Too, too se güelve tela de vestidos hasta nel suelo!...

—¡Límpiate los zapatos, marranazo!

Concibió entonces *Nolo* una idea salvadora. Apoyó las manos en la estera, lanzó al aire las piernas, y así cabeza abajo y trocando en piés las manos, cruzó la sala y apareció ante la *Mandila*, que de puro pasmada no supo decir más que:

—Estás trabajando para que un día de fraña yo las costillas seo animal! ¡Habráse visto criatura más acercada á los empecataos del infierno!

—¡Calla!—exclamó el chicuelo sin hacer caso de la pescadora, fijándose en un hermoso piano de palisandro.

—¡Cuidao conmigo con que la idea te lleve á ponerte á la vera de esa música!

—¡Recontra! ¿qué música?—dijo *Nolo* encarándose con la *Mandila*—¿oye usté algo, señá Ramona?

—¡Cómo se ha de oir, atolondrao, si está escondía ahí adentro?...

—¡Ah, escondía!...

—Claro, hombre, claro—dijo doña Ramona aproximándose al piano para impedir que lo hiciera *Nolo*, el cual pensativo, con las manos atrás, contemplaba el instrumento.

—¿No se te alcanza—prosiguió la marinera—que tiene que estar encerrada ahí, hasta que la señorita Ana, pongo el caso, saca con las manos toa la necesaria?...

—¡Diosla! Saque usté un poco...

—¡Virgen de los Remedios! ¡Dios me libre de poner yo la mano en ese tinglao á pique de que se descuajaringue! ¿Estás en tu juicio, hombre? ¡El demonio duerme en pocas pajas!...

—Oiga, ¿y dura siempre esa que está ahí metía?

—¡A mí qué me dices, *Nolo*!... Yo no sé más que lo que vi

con estos ojos: la señorita siéntase aquí delante; alza esto de aquí y comienza á revolver y á enredar con los deos en unas cosas blancas que están enfiladas unas con las otras.

—¿Y na más?

—Y basta en sabiendo la mecánica.

Doña Ramona fuese hacia el balcón, llevando al rapaz del brazo.

—Ó me cantan los oídos, ó estoy oyendo las campanillas de los caballos—dijo.

—Como si las tuviera en la palma de la mano las oigo yo.

Y luego, dando brincos de alegría, dirigióse *Nolo* á la puerta, pero detúvole la *Mandila* para decirle con entonación severa:

—Voy á darte aquí una lición, para que no se te desapegue del celebro en jamás de los jamases... Delante de los señores mucho apretar los labios, esconder la lengua, y no meter los deos en las narices... ¿Me escuchas? En cuanto lleguen quitas la gorra y como una estaca plantao... Bien; ahora hazte cuenta que la señora, ú quien dice la señora dice el señor, te manda á un recado... pos en un Jesús... y too sin chistar ni hacer la ginasia... ¿Ascuchas?

El cascabeleo del carruaje oíase cada vez más cercano. Una nube de polvo avanzaba por la carretera.

—¡La Virgen Santísima los traiga en paz!—exclamó la *Mandila*.—Ya veo á la señorita haciendo señas con el moquero... ¡Angel de Dios! Abajaremos, *Nolo*, y mucho ojo con lo dicho si no quies que mañana te resquemen las asentaderas...

Y entrambos descendieron al jardín. La ancha puerta abrióse de par en par, y un momento después dió paso á la carretela que conducía á la familia del señor Hermida.

IV

Para el señor don José Hermida, Presidente de Audiencia territorial, jubilado, no alumbraba el sol como para el mocetón que le servía de lazarillo por las calles y paseos de Nuvareda, capital de provincia, distante unas cuatro leguas de la costa cantábrica. Las oleadas de vida, el alimento espiritual que entra por los ojos, faltábale á él que vegetaba en su casa, desalentado y hambriento de luz, como un mendigo de pan. Hacía tres años que aquella alma estaba arrinconada en la sombra. Durante este tiempo, don José había sentido en sí germinar ideas nuevas, sentimientos extraños para él, tan poco dado antaño á las cosas interiores. Unas veces era un remordimiento que osaba darle un lancetazo, otras un grito de rebeldía que elevaba la blasfemia hasta sus labios, y casi siempre un temor, una zozobra, que le hacía pensar en una pendiente lisa y bruñida, por la cual se deslizaba su existencia hacia un abismo, un sumidero negro, ignoto. Era aquello una eflorescencia de cosas tristes y feas, como la de esa vegetación que brota en los parajes húmedos y solitarios donde viven los hongos. Don José, á veces, procuraba ahuyentar estas miserias recordando escenas de su juventud, que no desteñidas aún por el tiempo, conservaban el color de las cosas alegres.

Pasaba casi todo el día en su habitación, sentado en una butaca: si era en invierno, con los pies abrigados por una manta de viaje; si era en verano, cerca del balcón, envuelto en su bata de seda vieja, una de cuyas mangas ostentaba una mancha de tinta á modo de galón. Allí había limpiado el señor Hermida, durante muchos años, su pluma que muchos tacharon de venal y sucia... ¡Cuántas historias rancias, fragmentos de una vida lejana, aparecían en el cerebro del antiguo magis-

trado en esas horas de soledad! ¡Como un lince veía él, en aquel mundo *suyo*, cerrado á toda mirada ajena, en el cual no necesitaba lazarillo! Todo le era conocido. Véía su niñez, sus juegos en la escuela; por un lado asomaba el rostro del maestro, parecido á un macho cabrío de gran perilla; por otro, su padre, alto, fornido, siempre de capa con embozos felpudos color crema... ¡Y su madre! La veía viva, muerta, en la calle, en casa; recordaba sus vestidos, sus gustos, sus frases. Y no digamos nada de lo que se le aparecía al evocar sus mocedades y devaneos: las noches alegres en que había malgastado la salud entre las nieblas de la borrachera y los placeres del amor carnal, noches de cansancio después de las cuales el cuerpo desfallecido caía en la cama hasta bien entrada la tarde. Y era en vano que el sol vertiera su luz por las calles... En la alcoba de don José se le cerraba la puerta como á un importuno que viniera á despertar al señorito. Parecía que estaba viendo á su madre entrar de puntillas en la habitación cuando se acercaba la hora de comer, y oyéndola decir en voz baja: ¿duermes?... ¡Con qué gusto, después de levantarse, se remojaba el truhán en el agua purificadora de la palangana, y dejaba en ella el sudor del baile y las impurezas del rostro sobado por los besos de unos labios pintados! Una vez, al ir á lavarse, notó que sus dedos estaban cubiertos de un polvillo blanco y pegajoso. Por la noche había bebido mucho *chartreus:* era el azúcar cristalizada. En otra ocasión, su madre, después de cepillarle la ropa, llamóle aparte y le dijo: «Esta solapa está manchada con polvos de arroz. ¡Uf! apesta á mujer mala. ¡Por Dios, José, por Dios!...»

Cosas por el estilo veía el ciego mirándose á sí mismo. A veces incorporábase, tocaba un silbato de plata que llevaba pendiente de la cadena del reloj y acudia su esposa.

—¿Has llamado?

—Sí, sí... ¿Te acuerdas, Socorro, cómo se llamaba aquella muchacha que asistía á la tertulia de Fulana?... ¿Aquella rubia que cantaba?... ¡Pasaron tantos años!

—¿Zutana?

—¡Eh! la misma... ¡Qué cabeza esta!

Y la buena señora, avezada á estas preguntas, volvía á sus quehaceres, y el magistrado á sus recuerdos, después de suspirar con fuerte aspiración, como si quisiera orearse por dentro.

No salía el ciego de su despacho ni para comer. La mayor parte del tiempo pasábalo aislado, á pesar de vivir en compañía de su esposa y de Ana su hija, que era una muchacha alta, de grandes ojos negros, único vástago que le quedaba á don José de los cuatro que doña Socorro había tenido. El enfermo buscaba la soledad. A las horas de comer, colocábanle un velador delante de la butaca, y Ana servía á su padre los platos, y luego el café. A veces el viejo charlaba con ella cariñosamente, y solía decir cuchufletas amargas relativas á su ceguera.

—¿Te acuerdas cuando en vez de llevar la cuchara á la boca la llevaba á las narices?... Ahora siquiera soy un ciego que sabe algo del oficio, ¿verdad? Dame un beso y vete.

Y Ana se retiraba enternecida.

Siempre había sido don José un calavera. Siendo aún muy joven, la herencia paterna entró en sus bolsillos, y paró en ellos lo que el agua en una cesta: las mujeres y el juego se encargaron de dejárselos tan limpios como patenas. De los bienes inmuebles que formaban su patrimonio, sólo conservaba la posesión de Rocamar, de escaso valor, y gravada con una crecida hipoteca. Como don José era hombre listo y bien relacionado, al verse sin dinero pensó en su carrera, y se abrazó á las leyes. Gracias á sus amistades, consiguió ser juez y luego magistrado, pasando la mayor parte de su vida administrando justicia, á su manera, con el mismo empaque y serenidad de espíritu que por las noches se iba á jugar á un círculo de recreo ó á ver una muchacha á cualquier tugurio. Contrajo matrimonio con doña Socorro, rayando en los cuarenta; y sobre poco más ó menos, siguió haciendo igual vida. Sólo la ceguera adquirida en la vejez, consiguió detener el torrente impetuoso

de sus malas costumbres. Ya podían los años, royéndole el cuerpo, envejecerle y consumirle: nunca le faltaron alientos. Para el goce de este mundo tenía don José una idea consoladora: ¡no envejecían las mujeres! Siempre las encontraba jóvenes, frescas, nuevecitas. Podría acabarse esta ó la otra, pero el sexo sufría una renovación continua... Creía en la eterna juventud del eterno femenino. En cuanto al tapete verde, no había peligro de que se acabara, y el vino era también un fuego inextinguible... Reducíase, pues, la cuestión, á ir reparando el propio edificio, tapando goteras, rellenando grietas, enjalbegando paredes; y en esto nadie ganaba en maestría á don José, que manejaba á maravilla toda clase de afeites, zumos, y tinturas. Se veía en él un hombre restaurado, pero con arte. Era fama que alguna mujer había, en la flor de la edad, que conservaba, amorosamente guardados, rizos del pelo teñido del viejo verde...

Fué muy cruel la enfermedad con el señor Hermida, que en vano luchó y reluchó con brío insuperable. Aquel espíritu que hasta entonces dominara la materia, obligando al cuerpo á erguirse y á las piernas á afirmar el paso, sintióse de pronto blando y sin vigor; lo que no pudo aherrojar el peso de los años, logrólo el mal, que en ocho días le apagó la luz de los ojos, descubrió mil lacerias enterradas bajo la pintura, y exhumó de entre la tinta una cabellera blanca, que todas las noches besaba Ana con labios cariñosos cuando acudía á la cabecera del lecho paternal, á dar las buenas noches al anciano.

—Estás mejor así, canoso, ¡todo blanco, todo blanco!... Te vas á reir...—le dijo Ana un día.

—No sé, hija—contestó el ciego sonriendo.—La verdad es que nunca me he visto así... Mientras tuve vista siempre fué negro...

Parecía otro el magistrado. La transformación fué profunda. En vez de unos ojos vivos é inteligentes, quedáronle unos ojos opacos, tristes, como esmerilados; en lugar de cutis un pellejo; y en vez de pelo negro y lustroso, aquella nieve de la

senectud que enfría todos los ardores, y roba el calor del alma. Estaba más hermoso así, con la sublime belleza para el beso filial, para el amor de esposa anciana, para el cariño honrado de los suyos...

No en todo había cambiado don José. A los pocos meses de haber perdido la vista, servíale el desayuno una criada, admitida en la casa algunos días antes de tal desgracia. Incorporóse en la cama el enfermo, y extendiendo hacia ella los brazos, tratando de acariciarla, dijo:

—¡Ven, oye, muchacha!... ¡Eres la última, la última que vi!

Salió la sirviente corriendo del cuarto y encontróse con doña Socorro, que adivinando lo que pasaba, murmuró:

—¡Dios mío, Dios mío, siempre el mismo!

Y acercó á los ojos el pañuelo, un pañuelo siempre húmedo...

V

A pesar de la alegría juvenil de Ana, la vivienda de los señores de Hermida era triste. Don José, exhalando siempre los miasmas de sus melancolías, era como un foco corrompido que infestaba el ambiente; y doña Socorro, siempre resignada con su provisión de penas añejas, no disponía de un rayo alegre, que iluminara las oscuridades de su rostro y las penumbras de su casa...

En los primeros meses de matrimonio vivió engañada acerca de la conducta de su esposo; pero el primer vislumbre, el primer atisbo de la verdad desconsoladora, fué para ella un relámpago que hiere la vista... pero alumbra. Vió claro desde entonces. El relámpago dejó de serlo para convertirse en lám-

para; huyeron las dudas, las sospechas, y doña Socorro en adelante vivió en continua excitación y desasosiego.

En las noches de invierno, mientras don José trasnochaba como de costumbre, sin acordarse del hogar, había en él una mujer desvelada, con el oído atento á todos los rumores, y que, muy experta en estas vigilias, conocía todos los ruidos nocturnos... «Ese es el gato que salta de la mesa... Esas son las pisadas del vecino...» Conocía bien la soledad doña Socorro; pero no la soledad apacible que robustece el alma haciéndonos pensar, sino la que produce inquietud y presagia desgracias... Sola, en horas de espera, había bordado tres marcos para nimbar con un recuerdo suyo, los retratos de sus hijos muertos... ¡Cuántos sollozos que nadie oyó!... ¡Cuántas horas habían pasado aquellos ojos de madre fijos en los retratos, hasta que las lágrimas tendían un velo por la vista, empañando las imágenes adoradas! A altas horas de la noche íbase al lecho, rendida y angustiada, porque la *delicadeza* de don José, no consentía tales insomnios.

—No faltaba más... Tú acuéstate tranquila...

Allá, cerca del amanecer, oía el rechinar de la llave en la cerradura, y respiraba con fuerza... Sí, era él; subía de puntillas; oíalo toser, ahogando la tos... En los años primeros de vida conyugal, cuando el lecho era común, solía llegar don José medio helado, tiritando.

—¡Caracoles y qué frías están estas sábanas!...

—Vente á mi sitio. Estás como la nieve, Pepe...

Y doña Socorro, apartándose á un lado de la cama, ofrecíale aquel calor de sus carnes. El aceptaba siempre.

Dos hijos y una hija había visto morir. Junto al lecho, cara á cara con las enfermedades, les había disputado el terreno palmo á palmo. Sin rendir los ojos al sueño, sin dejar la lucha un instante, agotando todo el amor de madre, supo arrojar todo el fuego de su alma sobre las frialdades y los hielos que la muerte derramaba sobre sus niños; hasta quedar débil, vencida, murmurando oraciones al lado de *sus muertos*...

Tres veces soportó esta escena. Recordaba bien los hombres extraños que andaban por la casa; los amigos que venían con la cara triste desde la puerta de la calle; el murmullo de la gente que esperaba el entierro, y después, el dolor á solas, el llanto en la cama, el sueño profundo de los grandes pesares, y el horrible *buenos días* que al despertar le daba la realidad cruel..... En estos trances rudos, en que hace falta el rescoldo de un corazón fiel y amoroso, don José había tomado siempre el partido de aislarse, desentendiéndose de todo. Encerrábase en su despacho, y en él permanecía horas y más horas, como un sonámbulo, envuelto en las nubes de humo de sus cigarros, hasta que doña Socorro iba á verle, y lo hallaba desalentado, con huellas de lágrimas en los ojos. Los tres ó cuatro días siguientes, retirábase temprano; pero no tardaba en volver á las andadas. Entre la charla en el Casino, y las emociones del juego, aquel dolor sagrado se extinguía lentamente; iba poco á poco desalojando el corazón, subiendo á la cabeza, y allí quedaba como un tenue recuerdo, entre tantos otros placenteros que atesoraba don José. No era así el corazón de su esposa, que más bien parecía un asilo de penas, abierto siempre para recibirlas, y sin un mal resquicio para dejarlas escapar.

Desde que Ana se había hecho mujer, de algún consuelo disfrutaba doña Socorro. A veces se la veía sonreir. Su hija había sido criada en aquella atmósfera saturada de aflicción, pero serena. No había presenciado Ana agitaciones y violencias entre sus padres, que tanto se graban y punzan en las almas infantiles. Don José era siempre *correcto*, á veces dulce en el trato con la familia. El mal que hacía jamás se tradujo en peloteras ni altercados. Ni una palabrota fea y brutal llegó nunca á los oídos de Ana. Doña Socorro veía y callaba, sin turbar nunca la paz con quejas ni reproches. Aquel hogar era como un océano helado, sin tempestades, sin borrascas, sin olas, pero con la frialdad de un carámbano inmenso.

A pesar de esto, el semblante de Ana era risueño. Los ojos eran un quitapesares; las mejillas eran tersas y rosadas, y

aquella boca, que áun estando seria dejaba adivinar un escondrijo de sonrisas, daban á su rostro gran animación y encanto. Ana no sacaba á relucir muy á menudo sus alegrías, porque le inspiraban temor y respeto la aflicción constante, la angustia oculta y mal disimulada que veía á su alrededor. Sólo en ocasiones, sentada al piano, abría de par en par las puertas de su alma al enjambre de diablillos revoltosos que había en ella. El pobre instrumento había estado más de diez meses cubierto con un paño verde, respetando la enfermedad de don José, hasta que al fin un día, despojado de aquella vestidura que tan mal le sentaba, se descolgó, murmurando tímidamente algunas melodías y acompañamientos suaves y tristones. Los galops alocados, las marchas arrogantes y jacarandosas, los pasacalles bullangueros, entre cuyas notas se mezclaban antes las voces y los gritos de Ana, permanecieron olvidados en la papelera, como charlatanes amordazados. Un día el mismo magistrado, harto de tanta dulzura, dijo á la pianista, mientras ésta le servía el café:

—Pero, niña, ya que no puedo recrear la vista viéndote, no me regales los oídos con esas cosas tan serias y tristes... Toca algo vivo, vivo, como antes.....

—Así quiero yo verte..... Tienes razón. Desde mañana tocaré mis cosas.....

Y salió del aposento muy contenta.

Y al día siguiente, después de revolver en el rimero de piezas musicales, y de elegir una, sentóse al piano; y al ejecutar el preludio de una canción, en el cual se saboreaba la sal andaluza; cuando con la cabeza levantada parecía recoger con los ojos la luz de aquella tierra, miró hacia un retrato de su padre que tenía enfrente, y pensando que su voz iba á romper, á hollar el silencio de aquella casa donde tanto se había llorado, calló: los dedos se negaron á corretear por las teclas.

—No, no; en esta casa no—dijo Ana riendo.—¡Pero lo que es en Rocamar! Allí todo, todo el repertorio.....

Y cerró el piano.

Madre é hija salían poco de casa, porque no querían dejar á don José en poder de criadas. De tarde en tarde, después de oscurecer, salían á las tiendas con el fin de hacer las compras necesarias. Estos esparcimientos eran del agrado de Ana, que sin ser aficionada al lujo excesivo, tenía, como todas las mujeres, su pizca de inclinación á los trapos. La vista de tantos colores; los cientos de cajas amontonadas en los anaqueles; el brillo de la sedería; las luces de gas; la cháchara interminable de los horteras; los saludos á la gente conocida que entraba y salía; las oleadas de tela que corrían por el mostrador, todo esto era motivo para que Ana hablara más que de ordinario, y oyera de buena gana los chistes de los dependientes.

Después de una de estas correrías nocturnas, y mientras Ana se ponía el traje de casa, y se arreglaba el pelo al espejo, doña Socorro, que descansaba en un sillón, algo fatigada, dijo á la muchacha con acento de enfado bondadoso:

—Tengo que hablarte, y quién sabe si reñirte, Anita.....

—¿Por qué, mamá?

—Hace días que tengo alguna sospecha, pero no se me ocurrió decirte nada..... ¡Tiene una tantas cosas en qué pensar!.... Vamos á ver, ¿quién es ese chico que no se quitó del escaparate cuando estábamos en el comercio, y que luego ha venido siguiéndonos?

Aun cuando era su madre la que así le hablaba, Ana figuróse que le vaciaban el corazón con todos sus secretos en medio de la calle. Miró al espejo, y al verse muy colorada, avergonzóse más aún, como si la imagen fuese otro testigo más.

—Mamá, por Dios; no sé nada...

—Vamos, pues yo ahora casi lo sé todo... Cuéntame la verdad, como siempre...

—Pues bien, sí—dijo Ana con valentía—te lo diré todo; pero créeme, no me atreví antes; quería y no podía...

Luego, arrojándose sobre su madre, la cubrió el rostro de besos, diciendo:

—Todo, todo te lo contaré con pelos y señales; pero ahora no; cuando estemos en la cama, á oscuras.

—Bueno; cuando tú quieras.

Y aquella misma noche Ana confesó con su madre, y salió á relucir todo, sin faltar un ápice. Dormían ambas en una alcoba pequeña, tal, que entre las dos camas sólo quedaba espacio para la mesa de noche. Podían, pues, hablar en voz muy baja.

Cuatro meses hacía que Ana era novia de aquel muchacho, que se llamaba Raimundo Osoro, y que no tenía ni fortuna, ni posición social; era muy joven, y acababa de hacerse abogado; pero en cambio era muy bueno, muy franco, y sobre todo muy formal. Lo de formal, decíalo Ana subrayando la palabra á la cual daba ella gran importancia. Habíalo conocido en casa de una amiga, y allí solían hablarse, aunque no muy á menudo, pues de sobra sabía su madre que apenas visitaba á nadie.

En una pausa que hizo Ana, para continuar su confidencia, se oyó la voz de doña Socorro, que saliendo de entre las mantas dijo:

—El diablo son estas chiquillas...

Pero no fuera á creerse que Raimundo era como otros, no. Lo que es por la seriedad y buen juicio, parecía un señor de cuarenta años. Todos decían que era un joven de provecho, que de seguro llegaría á juez, subiría á magistrado... y á presidente de Sala..! Y Ana figurábase á su novio trepando de escalón en escalón, hasta llegar al último peldaño de la escala judicial.

—Vaya con las niñas, vaya con las niñas...—murmuró doña Socorro; y luego dijo:—Vamos á ver, ¿y no recuerdas lo que te ha dicho tu padre acerca de ese joven amigo suyo que al parecer te mira con buenos ojos, y es rico, en fin, un buen partido...? Siempre obráis con ligereza...

—¿Habla usted de ese Numa Albaredo?

—El mismo, niña... ¿No te parece?...

—Sí, recuerdo, recuerdo lo que me dijo papá en broma mu-

chas veces... ¡Pero no puedo!... Con ese Numa, ni cargado de oro!—exclamó Ana algo agitada.—Desde el café de enfrente me mira á veces como un tonto, y cuando viene á casa no me dice más que boberías... ¡Con ese nada!

—Pero, niña...

—¡Si es que no puedo!... ¡Ahora no coso en el balcón por no verle... ¡Qué quieres que haga!

Y hablaba emocionada, con voz temblorosa.

—Pues él te quiere, hija mía, y ya ves, como lleva tan buena amistad con Pepe, y como es persona de posición... Hay que pensarlo todo, niña, y poner con los cinco sentidos...

—No puedo, no puedo...

—Pues parece un buen muchacho...

—Dicen que es un perdido, un jugador... No soy yo quien lo invento, mamá; lo dicen todos...

Debió de pasar entonces por la mente de doña Socorro el panorama de toda su vida, porque no contestó palabra.

—¿No te parece que hago bien?—preguntó Ana.

Y á esta frase siguió el mismo silencio.

—¿Te sientes mal, mamá, ó te da el sueño?

Y como nadie le contestara, Ana encendió rápidamente una cerilla. Doña Socorro, sacando las palabras á tirones de entre sus tristezas, dijo al fin:

—No es nada, niña... ¿Decías que es un perdido?

—Eso me han dicho... y es raro que siendo verdad sea tan amigo de las personas formales como papá; ¿no es cierto?

—Mañana hablaremos, Ana. Duérmete, hija, y descansa... Tengo sueño, mucho sueño...

Y mentía, porque después oró largo rato con toda la vehemencia de su alma; y pasó muchas horas presa de insomnio, mortificada por un tropel de ideas; y vió la luz del alba que clareaba en los cristales de la galería, llegando muy suave y pálida hasta las rojas cortinas de su alcoba.

JUAN OCHOA.

(*Se continuará.*)

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO

NATURAL DE BORJA

(CONTINUACIÓN)

Ceuta.—Fuerte Martín.—Campamentos.—Tetuán.—Tierra de moros.—Un artista.—Calles y callejones.—Tiendas y talleres.—Expedición inútil.—Parlamentarios.—La primera misa.—Casa del bajá.—Acción de Samsa.—Batalla de Vad-Ras.

España, después de una larga serie de guerras civiles y revoluciones inútiles, dirigida siempre por gobiernos débiles, efímeros, de pandilla, si conservaba su independencia era por el espíritu indomable de sus habitantes, su topografía y situación geográfica. Faltándole estas circunstancias, se hubiera cometido una nueva iniquidad, repartiéndose sus provincias como hicieron con Polonia. Desde 1844, aunque hubo fuertes sacudimientos, se organizó el Ejército, se arregló la hacienda en 1845, se dió impulso á la marina, progresó la industria, el comercio y la agricultura.

La población y la riqueza del país se habían aumentado; con ellas las fuerzas de la Nación. Era preciso darlas á conocer; se necesitaba buscar un medio honroso y encontrar un campo donde manifestar que la España era grande y valiente, cambiando el concepto de los que la tenían por menguada y envilecida. Esta idea, y el haberse llevado á cabo con éxito, hará que la historia no olvide el nombre de D. Leopoldo O'Donnell.

Muchos años hacía que los moros atacaban las plazas españolas de la costa de Africa. El Gobierno, impotente siempre, y

engolfado en las miserias de los partidos, tenía que cerrar los oídos á las quejas de la honra nacional. El Vicecónsul español en Mazagán fué asesinado en 1844, y la expedición á Marruecos quedó en proyecto.

Tan continuos insultos, sólo servían para hacer en las Cortes y en la imprenta la oposición á los Ministros, los cuales, cuando dejaban de serlo se servían de las mismas armas contra los que les sucedían en el Gobierno. El general O'Donnell dió pruebas de interesarse por el decoro español villanamente ultrajado. Mandó una escuadrilla á Tánger, exigió que el marroquí indemnizase el valor de varios barcos apresados por los riffeños y se firmó un convenio para la seguridad de Melilla.

O'Donnell se propuso rehabilitar la Patria y levantarla de la postración en que yacía castigando al africano. Mandó construir fuera de las murallas de Ceuta un cuerpo de guardia aspillerado; esto era un pretexto. Los moros de la tribu de Anghera destruyeron las obras comenzadas y rompieron los escudos de armas que marcaban los límites de la plaza. Nuestros soldados sostuvieron varias escaramuzas con ellos en Agosto y Septiembre de 1859.

Mientras el encargado de Negocios de España en Tánger cambiaba notas con el ministro del Emperador de Marruecos, se formó un cuerpo de observación; cuanto más el Gobierno marroquí, con la astucia proverbial del africano, sostenido por los consejos del inglés, se prestaba á la reparación del insulto, el español aumentaba sus exigencias pidiendo que el terreno de la plaza de Ceuta se extendiese hasta las cimas de Sierra Bullones, sabiendo no se lo concederían. Muerto Muley Abderrhaman el 6 de Septiembre, el ministro de Sid Mahomet que le sucedió en el trono, contestó con evasivas y dilaciones á las garantías demandadas.

El 22 de Octubre se declaró la guerra á Marruecos, el 30 se bloquearon los Puertos de Tetuán, Tánger y Larache, habiéndose mandado organizar el 29 cuatro cuerpos de ejército á las órdenes de los generales Echagüe, Zabala, Ros y Prim,

y se nombró el 4 de Noviembre general en jefe del ejército de Africa al capitán general D. Leopoldo O'Donnell.

La declaración de guerra produjo en la Nación gran entusiasmo. Iba á continuarse la epopeya comenzada en Covadonga y San Juan de la Peña: la guerra al moro, la histórica, la tradicional, la que han emprendido todos los grandes repúblicos de España, la guerra encargada á sus sucesores por Isabel la Católica. Las tropas que se dirigían á incorporar al ejército de Africa eran despedidas con demostraciones de alegría. Los ricos ofrecían dinero, los pobres su sangre, los sacerdotes sus oraciones, hasta las monjas tomaban parte en la empresa, repartiendo entre los soldados medallas y escapularios.

Los españoles toman por escudo á la religión en todas sus grandes empresas. Por ella lucharon setecientos años con el agareno, descubrieron y conquistaron un nuevo mundo, vencieron al capitán del siglo XIX; fortificándose en ella, se preparaban á pasar el Estrecho de Gibraltar. La sangre se derramaría en abundancia, por España y la religión del Crucificado.

La generación actual sólo había presenciado los horrores de las guerras civiles, y en estas luchas no puede invocarse al cielo; Dios no ayuda al hermano contra el hermano. Las victorias son derrotas, vencedores y vencidos son igualmente malditos; los signos del valor y los honores que se adquieren vertiendo sangre española tienen algo que los hace repugnantes, porque son recompensas de fratricidios en grande ó pequeña escala.

Isabel II comprendió que la gloria de su reinado sería la guerra de Africa. Dispensó su protección, alentó al Gobierno, y adelantándose á la unánime aprobación que tuvo en las Cortes la declaración de guerra, ofreció vender sus joyas, si era necesario para la empresa.

El día 18 de Noviembre se embarcó el primer cuerpo de ejército en Algeciras, á vista de las escuadras inglesa y fran-

cesa, atravesó el Estrecho, plantó la bandera española en las almenas del Serrallo, y se atrincheró en las alturas inmediatas á Ceuta. El 22 y 23 atacaron los moros los reductos en construcción; el 25, en muchedumbre furiosa, acometieron otra vez, siendo rechazados con gran pérdida. La nuestra 80 muertos y 400 heridos. Los moros repitieron sus ataques el día 30, siendo arrojados unos 10.000 de las posiciones que ocupaban.

El general en jefe pasó á Ceuta con el segundo cuerpo el 26, el 27 lo efectuó la reserva, y el 11 de Diciembre el general Ros con el tercero.

Los días 15, 17, 20, 22, 25, 29 y 30, se repitieron las acometidas salvajes del enemigo, siendo escarmentado, especialmente el 15, que atacó el campamento español mientras se celebraba la misa. Algunos batallones cargaron á la bayoneta, y la artillería rayada concluyó de destrozarlo.

El general O'Donnell tomó la ofensiva, y el generalísimo Muley Abbas, con 40.000 moros, se opuso el 1.° de Enero de 1860 en Castillejos al paso de nuestro ejército. Trabóse un reñido combate con ocho batallones del segundo cuerpo que mandaba Prim, y los húsares de la princesa en su brillante carga, rebasaron el campamento enemigo tomando una bandera.

El español acampó el 4 en las alturas de la Condesa, el 6 en monte Negrón, y el 10 y el 12, acometido por el infiel en el río Capitanes, llevó éste la peor parte en la pelea.

Los reductos que tenían los moros en los montes de Cabo Negro, fueron tomados á viva fuerza el 14. Con 6.000 hombres desembarcó el 16 el general Ríos en la ría de Tetuán, ocupó el fuerte Martin, cuyas baterías rasantes, bombardeadas por nuestra escuadra el 29 del anterior, estaban artilladas con diez cañones de 24 y 80.

Todo el ejército acampó entre el fuerte Martín y la Aduana; se hicieron obras de defensa en estos puntos, y se construyó el fuerte de la Estrella en el valle de Tetuán. Los moros volvieron á atacar el 23 sin éxito.

Sid Hamet, hermano del emperador, reforzó el 29 con caballería al ejército marroquí, descendió al valle el 31, sostuvo un combate, y los nuestros ocuparon las posiciones del enemigo.

Las penalidades de nuestros soldados, la peste, el hambre y los horrorosos temporales sufridos desde que principió la guerra, iban á ser coronados por la victoria.

El 4 de Febrero se dió una gran batalla. El general dirigió con acierto, la tropa peleó con ardor, apoderándose de los reductos, campamentos marroquíes, de ocho cañones, dos banderas, camellos y 800 tiendas, incluso la de Muley Abbas. La morisma huyó. Tetuán, la ciudad santa, abrió sus puertas el 6; en la Alcazaba, que tenía 80 piezas de artillería, se izó el pabellón español.

Solicité y obtuve pasar al batallón de cazadores de Tarifa, número 6, destinado al ejército de Africa.

Me embarqué en Algeciras el 8 de Febrero de 1860, en el vapor *Bretagne*, y á las dos horas divisaba desde la cubierta del buque un panorama encantador. Ceuta, que está asentada en la lengua de tierra que une el monte Avila al continente africano, tiene sus blancas y bonitas casas rodeadas de jardines. El Hacho, á la izquierda de la población, levanta orgulloso su cabeza; y á la derecha, en el Serrallo, flotaba al viento la bandera española; un rayo de sol que en aquel momento se ocultaba detrás de los picos de Sierra-Bullones, la atravesaba, haciéndola aparecer de fuego. Más allá descollaban los altos reductos recién construídos y regados varias veces con sangre cristiana.

Fuertemente conmovido, saludé el pabellón nacional que ondeaba sobre la tierra acabada de conquistar.

Conforme anochecía iba iluminándose el campamento del Serrallo. Se oyó el cañonazo de retreta en Ceuta, y á los pocos segundos el de Gibraltar. Era la ronca voz de un gigante que contestaba al desafío de otro gigante enemigo, que le disputa continuamente el dominio del Estrecho que ambos vigilan.

Más tarde un corneta tocó silencio. Los fuegos del campamento se fueron apagando poco á poco, como desaparecen las chispitas en las cenizas de un papel quemado.

Después de cambiar la correspondencia, á media noche el vapor emprendió la marcha, y antes de que asomase la aurora del día 9 estábamos en la rada de Tetuán. Esta es grande y buena; al primer síntoma del viento Levante, los barcos la abandonan, refugiándose en la bahía de Algeciras; se hallaba poblada de buques de guerra y mercantes al servicio del gobierno. Multitud de lanchas y tres pequeños vapores entraban y salían por la embocadura del río Martín (Guad-el-Jelú), conduciendo pertrechos y municiones de boca y guerra.

Una canoa me condujo á la boca del río, donde se halla el fuerte Martín; no merecía el honor de haber sido cañoneado por las escuadras de dos naciones. Un edificio grande, cuadrado, con almenas y troneras; como fortaleza carecía de importancia. Lo guarnecían, y á la batería construída por los moros, cuatro compañías de infantería. En media hora llegamos á la aduana defendida por reductos de tierra y pita. Por el río bogaban infinidad de barcos pequeños. En la aduana se hallaba el parque de artillería, tren de sitio, grandes almacenes de provisiones y atrincherada la división del general Makena.

Las dos leguas que hay desde la aduana á Tetuán las anduve á pié; el camino llano, al principio algo pantanoso, estaba tan poblado de soldados, cantineros y acemileros, que á no ser porque se encontraban algunos judíos guiando borricos, gritándoles: «Ajá, ajá, ajá,» se creería uno en España. En prueba de la seguridad del camino, los cañones marroquíes que O'Donnell mandaba á Madrid los conducían á la aduana sin escolta los carros catalanes. Sólo por precaución había una gran guardia de Caballería al pié de Sierra-Bermeja.

Siguiendo la orilla de Guad-el-Jelú (río dulce), antes de llegar á la ciudad, á la derecha del camino, acampaban el cuartel general y el tercer cuerpo del ejército en medio de her-

mosas huertas de naranjos, almendros, higueras y otros frutales. Las tiendas de campaña se veían á millares, colocadas en medio del ramaje, en un terreno accidentado y separadas por grandes cercados de espesos arbustos.

Tetuán desde el mar, se asemeja á una bandada de blancas palomas paradas en una pequeña colina azul que cierra el ancho valle. La ciudad, situada en un cerro bajo, en cuya parte más alta se halla la Alcazaba (Kachbak), está cercada por una débil muralla antigua, inútil para la artillería moderna. La mayor parte de los cañones eran de hierro, de fábrica inglesa. Los de bronce, portugueses del rey don Sebastián, suecos, venecianos, árabes muy bien construídos, franceses y españoles. Unos y otros estaban montados en toscas cureñas de madera.

La puerta por donde entré, llamada por los españoles de la Reina, y por los moros *Bab-el-hocla* (puerta fuerte) la defendía una bien hecha batería; su arquitectura árabe es de buen gusto. En la casa situada detrás de dicha batería, se veía el único balcón de Tetuán. Las calles, plazas y fuertes, así como las puertas, habían recibido ya nombre de los regimientos, poblaciones, personajes célebres ó de individuos de la familia real.

Con trabajo pude llegar á la plaza de España. Todo estaba lleno de soldados, acemileros, cantineros, y judíos. Los moros eran escasos. Los más, abandonaron la ciudad; los que en ella quedaban salían poco de casa, aunque el conquistador los trataba con bondad.

Las calles, desde la puerta de la Reina hasta la plaza, son como las de nuestras ciudades de la península de tiempo de los árabes. Las fachadas de las casas lavadas y encaladas, sólo reciben la luz por pequeñas ventanas ó agujeros. En las casas de los ricos se ven, alguna vez, rejas de madera semicilíndricas como los tornos de los conventos de monjas; las puertas son muy bajas y estrechas. Una sección de soldados, con los camellos cogidos en la batalla del 4 de Febrero, limpiaban las calles de la inmundicia amontonada en ellas hacía siglos;

cuanta más se sacaba más había. Patrullas de soldados cogían á judíos sucios, de aspecto repugnante, les hacían á la fuerza barrer las calles y las casas de su barrio. Este parecía un charco de fango pestilente.

Como en Tetuán todo lo blanquean, casas, terrados, murallas y baterías, desde fuera tiene el aspecto de una colina nevada. Al entrar en la ciudad, la porquería hace huir á la poesía, se pierde el encanto y la ilusión desaparece. Puede compararse á una cortesana pintada por fuera y por dentro llena de corrupción.

El aspecto que presentaba la ciudad morisca era desolador. Nada hay más triste que una población recién conquistada, abandonada por sus moradores y entrada á saco. Cuando las hordas de la media luna atravesaron por Tetuán huyendo de las bayonetas cristianas, saquearon las casas de los judíos. Estos, antes que entrasen las tropas, hicieron lo mismo con las de los moros; nuestros soldados para alojarse, rompieron las puertas que estaban cerradas, y para guisar quemaron los muebles que encontraron. Los cantineros y demás canalla que seguía al ejército se aprovecharon impunemente de tan inevitables momentos de confusión y desorden.

Por todas partes se veían grandes montones de basura, ruinas y muebles destrozados. Algunos hebreos sucios, de figura innoble como los perros ó traperos en Europa, rebuscaban y cogían con avidez la lana de los deshechos colchones, útiles de cocina y muebles bien conservados. Sólo salvaron sus propiedades los moros que se quedaron. Los que huyeron temiendo por su vida, perdieron completamente su hacienda.

Me presenté en mi batallón y me dieron á reconocer en la sexta compañía de cazadores de Tarifa que con la división del general Rios guarnecía la plaza africana. Eran las cuatro de la tarde. Me encontraba aislado, no tenía asistente ni alojamiento; no sabía donde albergarme: no veía ningún amigo, no me había desayunado ni áun sentado en todo el día. El barullo de la judería me entristecía tanto como la soledad que

reinaba en los barrios de los moros. Solo y cruzado de brazos permanecí mucho rato en la plaza de España. Me avergonzaba de comparar mi flamante uniforme con el roto y mugriento, pero glorioso, de los oficiales que pasaban á mi lado. La repugnancia que tengo al engaño, impidió que me decidiera á ensuciar el mío, evitando las miradas que echaban á mi limpio traje y que parecían decirme: «Vienes cuando no hay peligro; llegas cuando hemos acabado.» Les envidiaba las manchas de sus roses y los rasgones de sus ponchos. Tan cierto es que las cosas nos parecen buenas ó malas según por el lado que las vemos. Tampoco me acercaba á los oficiales de mi batallón, porque siempre se mira con desconfianza á los recién ingresados en un cuerpo, y vale más pasar por corto de genio que por descarado.

Con un teniente de la guardia Civil que había servido conmigo, fuí al campamento del tercer cuerpo de ejército para ver á mi antiguo coronel el general..., á quien yo quería muchísimo. Al llegar á la casa de campo donde vivía, montaba á caballo dirigiéndose á felicitar á D. Leopoldo O'Donnell por su nombramiento de Duque de Tetuán.

Me faltaban ya las fuerzas para volver á la ciudad por el inmenso lodazal que había atravesado, me senté en una piedra y esperé. El sol se ponía por detrás de las altas almenas de la Alcazaba; el general me recibió en un cuarto muy chico y oscuro. «¿Qué se le ofrece á usted?» me preguntó. Este contratiempo coronaba dignamente el primer día de mi permanencia en tierra de moros. «¿No me conoce usted, mi general?» Se acercó y exclamó: «¡Ah! Sí.»

Mi amigo el oficial de la guardia Civil me llevó á su alojamiento, comí perfectamente, atendidas las circunstancias, dormí en una cama compuesta de colchonetas morunas, dando gracias á Dios que me proporcionaba comodidades y regalos que tan lejos estaba yo de imaginar.

La casa donde pasé la primera noche en Tetuán era de un pintor, según lo manifestaban los pinceles tirados por el sue-

lo, la piedra de moler, los colores y una arca sin concluir que había en el taller. Mientras nos alumbrábamos con bonitas hachas de cera llenas de adornos, nos lavábamos con agua de azahar del tocador de las moras, y descansábamos en las camas de la familia expatriada del pobre artista morisco. Esta sufriría al raso los rigores de la estación, y tal vez vería desfallecer de hambre á sus inocentes hijos. Una cuna que vi al despertarme oprimió de tal modo mi corazón acordándome de los míos, de lo que padecerían en igual caso, que olvidé en aquel momento las causas de nuestra campaña en Africa y di la razón á los filósofos que anatematizan todas las guerras.

La Mauritania se dividía en Tingitana (Fez y Marruecos) y Cesariense (Tremecén.) Los Romanos sujetaron á los Númidas; pero no domaron del todo á los mauros. Los godos perdieron la Mauritania tingitana, preludio de la invasión sarracena en España. Los mahometanos fueron arrojados de la península después de una lucha de más de siete siglos; los españoles y portugueses trataron de establecerse en el Almagreb ó tierra occidental. De sus expediciones, la mayor parte desastrosas, sólo sacaron ocupar algunas plazas de la costa, inútiles para el comercio, dispendiosas y de difícil conservación. Los portugueses abandonaron las suyas. Si hubo malos Gobiernos que trataron de enagenar los presidios menores de la costa africana, no lo llevaron á efecto, porque temieron lastimar el orgullo nacional. Pocos españoles cambian su honra por oro vendiendo las tierras ganadas con la sangre de sus gloriosos antepasados.

El clima de Marruecos es generalmente dulce. La alta cordillera del Atlas lo resguarda del viento abrasador del desierto; en el estío son excesivos los calores. Arando ligeramente la tierra, arrojan la simiente y suelen coger treinta por uno. Es tan vigorosa la vegetación donde el agua abunda, que en Tetuán las hojas de las hortigas tienen un palmo de longitud. La principal riqueza del país son los ganados; abundan las fieras.

Se encuentra mucha caza en el valle y montañas cercanas á Tetuán, en los huertos se ven pájaros de hermoso plumaje, que poco perseguidos, se dejan acercar sin recelo; las perdices, más chicas que las de España, tienen el cuello verde tornasolado.

La mejor población de Marruecos en la costa del Mediterráneo, es la ciudad santa de Tetuán, que los moros llaman Te-ta-güen. Las calles forman un laberinto; hay barrios cubiertos con arcos que sostienen las casas, formando largas, estrechas, torcidas y oscuras galerías. En ellas desembocan cortos callejones, cuyas puertas iguales á las de las casas, dan entrada á otros. Los vecinos, aislándose, impiden al extranjero ver hasta la calle donde viven.

Por todas partes se conoce la suspicacia de los moros, y que la seguridad individual está confiada á los esfuerzos de cada uno. Las entradas de las casas son muy pequeñas, y nunca se llega al patio que todas tienen, sin atravesar dos ó tres angostos pasadizos, con poca luz y difíciles de ganar á los que intentasen violentar el misterioso hogar mahometano. Tampoco se pueden asaltar las casas por la fachada, careciendo de ventanas y balcones, y si hay algún agujero, es muy chico ó está asegurado con grandes barras de hierro. La construcción de calles estrechas y cubiertas, tiene la ventaja de evitar los rayos del sol y poder defender con facilidad la población. Para tomar á Tetuán, si los moros se hubiesen propuesto impedir la entrada á los españoles, era preciso arrasarla.

En la judería las calles son rectas, se asemejan más al gusto europeo, viéndose ventanas, rejas y mujeres. Puede decirse que en la ciudad no había más que una plaza grande, cuadrada, llamándola los moros Fedan (prado), y los españoles plaza de España. A los primeros les servía de zoco (mercado), y á los cristianos para formar sus tropas.

La alcaicería ó barrio de los mercaderes está cubierta casi del todo con arcos y parras. Unos huecos cuadrados, levanta-

dos una vara del suelo, donde caben dos personas sentadas, sirven de tiendas á los moros. De noche retiran los géneros á sus casas, y cierran la puerta, cuyos goznes están fijos en la parte superior de la pared, con el objeto de que sostenida con dos barras, les libre del sol y del agua.

Las tiendas de los judíos son de la misma especie; en tan incómodos sitios trabajan los herreros, plateros y latoneros, sin más herramientas que una lima, un martillo, un yunque y una fragua muy primitiva, sirviéndose de los pies para sujetar como un tornillo los objetos que fabrican. El arte se halla en la infancia.

La principal industria de Tetuán es la construcción de espingardas, pudiendo admitir la comparación con las mejores armas de fuego de Europa en bondad, solidez y elegancia, superando en el gusto de sus caprichosos adornos; los operarios se dividen en cajeros, llaveros y cañoneros, todos moros, que viven en calles separadas.

La ciudad tiene siete puertas, un hermoso palacio árabe, y un hospital ó cuartel. La alcazaba es un castillo armado con cañones, y sin importancia militar, dominado por Sierra Bermeja.

La población se halla muy surtida de agua. Hay fuentes en las mezquitas, en todos los barrios y en las casas principales. En muchas de la gente poco acomodada, las tienen económicas. Dos tinajas empotradas en la pared, niveladas con la cañería que pasa por la calle, reciben de ella sólo el agua que se necesita para los usos domésticos. La bondad del líquido no corre parejas con su abundancia y con el bien entendido sistema de fontanería. Generalmente el agua es tibia, llena de sales, y dañosa á los no acostumbrados á beberla.

El 10 de Febrero los batallones de Tarifa y América vadearon Guad-el-Jelú con agua á los pechos. Atravesamos magníficos bosques de naranjos, hermosos huertos con bonitas casas rodeadas de emparrados que formaban caprichosas galerías; siempre con barro á la rodilla, llegamos á la aldea y

santuario de Kitta, pequeño templo cuadrado que remata en media naranja, cuya blancura resalta sobre el verde cerro donde está edificado. Formamos al pié del santuario; dos moros que nos servían de guías hablaron con los kábilas que sentados en el suelo y con las espingardas preparadas, ocupaban las alturas inmediatas dando gritos de alarma; después de muchas idas y venidas inútiles de nuestros emisarios, volvimos á vadear el río, regresamos á Tetuán sin disparar un tiro, mojados, llenos de lodo y los soldados hartos de comer riquísimas naranjas.

Tres personajes moros de noble aspecto y grave fisonomía, se presentaron como parlamentarios el 11 de Febrero. Montaban buenos caballos con sillas bordadas de plata y calados estribos del mismo metal. Iban envueltos en blancos jaiques y sobre ellos albornoces de paño azul. Los acompañaban cinco negros armados con lujosas espingardas y pistolas; su uniforme, túnica rayada, gran bandolera con millares de tiritas de tafilete de diversos colores y en la cabeza desnuda llevaban un largo mechón de pelo hecho trenza rodeado á las sienes. Tan extraña comitiva era escoltada por una sección de coraceros; al salir por la puerta de la Reina en dirección al cuartel general presentaba el cuadro más interesante y pintoresco; mezclados los guerreros de la cruz y los de la media luna, hasta por los trajes creí ver una escena semejante á las que tendrían lugar entre los españoles y sarracenos durante su lucha secular.

El general en jefe los recibió muy bien, y al declarar que iban autorizados para pedir la paz en nombre de Muley-el-Abbas, les contestó que sólo tenía poderes para hacer la guerra, que volviesen dentro de cinco días y sabrían lo que la reina se dignaba resolver.

Lo primero que hacían nuestros ascendientes cuando conquistaban una población á los moros, era consagrar la principal mezquita á la religión del Crucificado. Los españoles en Tetuán debían repetir lo mismo que en Zaragoza, Córdoba y Sevilla.

El Domingo 12 de Febrero formó la división que guarnecía la ciudad agarena en la gran plaza de España frente de la mezquita que hay en uno de sus lados: los ingenieros habían construído una escalinata colocando sobre ella un altar arrimado á la pared del templo musulmán. El padre fray José Savaté, prefecto de las misiones de Berbería, asistido del clero castrense, bendijo la mezquita dedicando la nueva iglesia á la virgen de las Victorias, cuya imagen puso sobre el altar; se cantaron las letanías y comenzó el sacrificio de la misa. El sacerdote, virtuoso franciscano, de negra y larga barba, de majestuosa figura y de hermosa fisonomía, predicó con voz fuerte, manifestando que Dios corona con la victoria, la resignación en los trabajos, el sufrimiento, las penalidades de la campaña y las virtudes del soldado; que siempre concede el triunfo á los que, siguiendo la verdadera religión, tienen fe, y confiando en la protección de la Virgen continúan la misión encomendada por la providencia á las armas españolas de llevar al Africa la luz del Evangelio. Concluyó el sermón levantando en alto el crucifijo, y dando vivas á Jesús, á la Virgen, á España, á la reina y al ejército, que las tropas fuertemente impresionadas, contestaron con la mayor energía y entusiasmo.

El espectáculo era magnífico y arrebatador, el más sublime que he presenciado en mi vida. O'Donnell y su brillante Estado mayor rodeaban espada en mano el altar erigido sobre las ruinas del Koran; grupos de moros sentados presenciaban impasibles tan augusta ceremonia, mientras los judíos de pié, la admiraban sin comprenderla, y las hebreas atraídas por la curiosidad cubiertas las cabezas con mantos blancos, llenaban los terrados que frente de la nueva iglesia pertenecen á su barrio.

Los soldados se hallaban tan conmovidos, que algunos con trabajo podían sostenerse de pié. Nadie respiraba; acemileros y cantineros que de los campamentos entraban bulliciosos en la plaza ignorando que se celebraba la primera misa, enmudecían, se apeaban descubriéndose de prisa, y atendían con el mayor respeto al sagrado misterio.

El cielo se abrió. Un rayo de sol, rompiendo las nubes, iluminó el ara cuando el sacerdote alzaba la hostia inmaculada. Las músicas tocaron la marcha real, las invictas armas se rindieron al Dios de los ejércitos, todos humillaron sus frentes y hasta el alcalde moro cruzó los brazos sobre el pecho é inclinó la cabeza. Sería ilusión de mi ánimo preocupado; en aquel instante no vi en toda la plaza ningún judío; creí que la tierra los había tragado mientras se elevaba al cielo el Dios que desconocieron y sacrificaron.

Por la tarde dos moros entraron en la Iglesia, besaron el altar y exclamaron: «Santo bueno, Santo bueno.» La fachada del nuevo templo católico era muy baja; el arco de la puerta en forma de herradura con arabescos, el patio que se halla al entrar tiene dos de sus lados con pórtico y en el centro existe una bonita fuente con taza de mármol. La mezquita se reduce á un paralelógramo de bastante extensión dividido en dos partes desiguales por una línea de arcadas sostenidas por columnas de piedra; el artesonado está construído de piezas de madera pintadas de colores. En un pequeño cuarto había varias sepulturas de santones cubiertas con ramos de boj; en las blanqueadas paredes se veían los clavos que hasta entonces sirvieron para sostener las tablas de madera, escritos en ellas versículos del Korán, y del techo pendían varias lámparas de vidrio.

Separada de la mezquita por una pequeña puerta se hallaba la preciosa capilla cuadrada en la que se colocó el altar de la virgen de las Victorias y los cuadros de la del Pilar, de la del Carmen y de San Francisco Javier.

En el nuevo templo católico todo el día entraban y salían soldados y oficiales, que hincados de rodillas daban gracias á la reina de los ángeles por haberlos librado de la muerte, experimentando cierta satisfacción mezclada de noble orgullo al considerar que á su valor se debía la conquista de la ciudad morisca y el triunfo del Evangelio sobre la ley de Mahoma.

Se publicó un bando previniendo que si los vecinos de Te-

tuán no volvían á la ciudad en el término de ocho días, perderían sus propiedades. Un moro pálido, de fisonomía inteligente y fina, bien vestido, cubierto con la chilaba de los montañeses, se presentó acompañado de un judío en nuestro alojamiento el 11 de Febrero reclamando su casa. No traía ningún documento que lo acreditase; al ver que se apresuró á recoger los pinceles y demás enseres de su noble arte esparcidos por el suelo, no nos quedó la menor duda era el amo de la casa. Nos dijo que tenía la familia en Chechuan, que padecían muchos trabajos, que no hubieran abandonado la población si no fuera por el miedo á los españoles, de los que tenían errada opinión; nos enteramos que el pobre artista comía con afán los higos de su despensa, le dimos galleta, dulces, queso y cuanto nosotros poseíamos; quedó sumamente agradecido de que le entregásemos la casa con todo lo que encerraba, salvado de la rapacidad hebrea.

Nos trasladamos á la casa del Bajá de Tetuán confiada á la guarda de mi amigo. Ni exteriormente ni en la distribución interior se diferenciaba mucho de la del pintor y de las que vi después, si bien superaba á todas en magnitud, riqueza y elegancia de los muebles y adornos.

Por un anguloso pasadizo se entraba al patio enlosado de mármol, de cuya materia era la taza del surtidor que había en el centro, rodeado de columnas que sostenían la galería y cubiertas las paredes de pequeños azulejos que formaban caprichosos dibujos. En el piso bajo estaban las habitaciones de las esclavas, alfombradas con colchones, y la cocina que tenía fuente de agua caliente. Una escalera angosta y pendiente daba subida á la galería en la que se hallaban tres grandes puertas de madera embutidas de diversos colores; en ellas se abrían otras de arco de herradura más pequeñas por las que escasamente cabía una persona bajando la cabeza. En el salón principal, estrecho y largo, estaba la cama de bronce, colgada de seda, donde dormía el Bajá, y á la derecha una arca colosal preciosamente pintada y dorada según el gusto morisco, mue-

ble más ó menos rico que hay en todas las casas. Tendidas en el suelo servían para sentarse muchas colchas nuevas y elegantes de terciopelo. Dos bonitos arcos de herradura formaban alcobas en los extremos de la sala.

En la pared opuesta á la puerta, había nueve grandes espejos con marcos dorados, del siglo pasado, diez cirios verdes, encarnados y amarillos, que se encenderían en las grandes solemnidades, y dos largos aparadores de brillantes colores, sobre los que se hallaban colocados grandes tazones ó poncheras, y otros objetos de china de mucho valor. A los lados de la puerta estaban los armeros para colgar las espingardas, objetos que no faltan en ninguna habitación principal de Tetuán; debajo, en dos pequeñas rejas que daban á la galería, se veían frascos de esencias de agua de rosa y azahar. El techo era de madera labrada y pintada; las paredes, á vara y media del suelo, estaban tapizadas de damasco de lana donde se recostaban al sentarse en las colchonetas, que servían de asientos alrededor del aposento, cuyo piso cubría una rica y mullida alfombra de Babat. No se encontró una silla en toda la casa.

Grande empeño tenía en ver el interior de una mezquita; se hallaban cerradas, y en la principal continuaba el Muezin desde el minarete, dirigiéndose á los cuatro puntos cardinales, recordando á los creyentes tanto de día como de noche, que no hay más que un solo Dios y Mahoma es su profeta. Los gritos sorprendían á los soldados.

—¿Qué es eso?—preguntaban.

El más sabio solía contestar, dándose importancia y echándola de indiferente:

—Nada, el moro que dice la misa.

El atrio de uno de los referidos templos, servía de cuerpo de guardia; pregunté al oficial que la mandaba si podría visitarlo, y se opuso, señalando la siguiente orden, fijada en la puerta:

«Gobierno militar de la plaza de Tetuán.=Se prohibe la entrada en esta mezquita al que no profese la religión musulmana.»

No cedí; le manifesté que si él había faltado hallándose dentro del edificio sin ser mahometano, también podía yo verificarlo; se convenció, y dijo que hiciera lo que me acomodase. De conquistador á ladrón hay sólo la diferencia de las circunstancias, considerando el mundo muy honroso lo primero, y vituperable lo segundo, cuando filosóficamente no existe ninguna en absoluto. Sin faltar al decálogo, podía llevarme algo curioso del templo. Nada vi artístico; sólo había versículos del Korán escritos en las paredes, ordinarias lámparas de vidrio y catorce huevos de avestruz pendientes del techo con cuerdas, dedicados á Mahoma, como los exvotos de nuestras iglesias, por peregrinos á su regreso de la Meca. Propuse al comandante de la guardia me dejase cargar con los expresados huevos, contestándome:

—¿Y mañana cuando me releven si los echan de menos?

—¿Están incluídos en la relación de utensilio?—le repliqué.

—Cá, no señor; ¡lléveselos!...

Era de buen componer, y más desde que le advertí cogiese una mona, única que vi en la ciudad berberisca, á pesar del dicho vulgar de *A Tetuán á buscar monas*, cuyo animal saltaba por encima de las hierbas aromáticas que cubrían varias sepulturas de santones que existían en la mezquita. Busqué un soldado, cortó las cuerdas que sostenían huevos tan colosales, llenó con ellos un saco de conducir harina, y los repartí después, quedándome el par de mayor tamaño. Lo único que robé en Africa, hallándose tranquila mi conciencia; al falso profeta se le pueden quitar sin remordimiento los huevos y la mona. En Melilla, fuerza franca de servicio, se atrincheró en el punto llamado «ataque seco» la noche del 9 de Febrero; por haberse retirado á la plaza enfermo su gobernador Bucola, falta de vigilancia ó poca disciplina del provincial de Granada que acababa de organizarse, los españoles sorprendidos por los riffeños abandonaron la posición en desorden con gran pérdida.

Poco después de mi llegada á Tetuán, el general... al verme tan atrasado en mi carrera injustamente, sin que yo nada

le indicara, obtuvo me destinaran á sus inmediatas órdenes, añadiendo era su principal objeto ascenderme á comandante. Le agradecí la intención.

Me equipé en Algeciras, volví enseguida, compré caballo, y comencé á ejercer mis nuevas funciones. El general vivía en una blanca y preciosa casita en los huertos de Tetuán, con pórtico de estilo árabe y hermoso emparrado; pertenecía al moro Abdel-Kader-Bem-Chetaf. Por la noche el general, el jefe de Estado Mayor y un ayudante, jugaban al tresillo, sirviendo de mesa la puerta de un huerto; yo leía los periódicos. A las once me retiraba á la tienda de campaña, donde ya dormían los otros ayudantes. El que estaba de guardia no se separaba del general, y los demás por la tarde se iban á satisfacer sus gustos é inclinaciones. La mía era hablar con los moros de Tetuán y comprar objetos curiosos á los judíos. Muchos oficiales solían mandar á España, donde eran muy apreciadas, rarezas moriscas construídas en Francia ó Inglaterra. En el campamento todos trataban de sacar partido de su situación distrayéndose como podían. Los del batallón cazadores de Llerena construyeron una choza de cañas, cubriéndola con latas que habían contenido carne fiambre y la alumbraron con farolillos de colores. El portero era un soldado con pantalón, casaca de paisano y cuello de camisa de papel: casino rústico que servía de agradable punto de reunión.

Del 24 al 27 de Febrero, nuestra escuadra bombardeó á Larache y Arcilla; el 28 desembarcaron, acampando junto á la aduana de Tetuán, los tercios vascongados.

El 10 de Marzo cuatro batallones fueron á Samsa, aduar situado á poca distancia de Tetuán, ahuyentando á los moros; el 11 se presentaron unos 400 caballos á legua y media, en el llano que hay camino de Tánger; ocuparon grupos numerosos las alturas que dominan al referido Samsa. Vadearon el río intentando envolver nuestra izquierda, los cargó un escuadrón de Albuera que perdió su comandante, el enemigo aumentó sus esfuerzos por la derecha, coronó los altos picos de Gevel-

el-Derza (Sierra Bermeja) del cual fué lanzado por nuestra infantería; huyó en dispersión y murió el Cerid-er-Jac-de-Fez que los mandaba.

Tomaron parte en la acción el primero y segundo cuerpo y la caballería; tuvimos un jefe, dos oficiales y 19 soldados muertos; 14 oficiales y 174 soldados heridos. Como aficionado presencié el combate.

En Marruecos había el partido de Muley-el-Abbas que deseaba la paz, y el de la Corte que residía en Fez, el cual quería la guerra á todo trance. Este se empeñó en probar fortuna mandando al Cerid-er-Jac que con los moros de rey y las kábilas de las inmediaciones tratasen el 11 de arrojar al cristiano de Tetuán, fácil para los que hallándose lejos de la guerra, como sucede en todas partes, se contentan con desear los triunfos sin exponerse. Hasta en Africa existen hojalateros. A pesar de su valor salvaje, la fortuna fué adversa á los moros.

El 21 de Marzo la tienda de O'Donnell se hallaba rodeada por una compañía de granaderos dispersa en centinelas; dos moros montados en caballos y dos en mulas, estaban con las espingardas enfundadas en señal de paz. Además se veían dos caballos enjaezados con sillas rojas, mantillas de damasco y estribos de plata; el Gobernador del Riff, y un general de caballería habían venido de parlamentarios, los cuales, al poco rato, salieron de la tienda del general en jefe que, al oirles no podían pagar tanto dinero como les pedían, y que los ingleses saldrían por ellos garantes, les replicó continuaría la guerra. La plaza que formaban las tiendas del cuartel general, se encontraba llena de oficiales de todas clases y naciones. Los moros usaban caftan de paño anaranjado, chilaba blanca y gorro encarnado; el cuadro, era interesante.

El ejército se racionó por ocho días, el orden de marcha era el siguiente: Primer cuerpo, Echagüe, que desde el 5 de Marzo se encontraba acampado en el camino de Tánger habiendo dejado en el Serrallo frente á Ceuta á Gaset con una división; el segundo Prim, el cuartel general, los bagajes;

el tercer cuerpo Ros, la división Makena y una brigada de la de Ríos, los tercios vascongados; éstos, de buen personal, no llegaron á instruirse, y sin adquirir la firmeza de tropas disciplinadas, perdieron la ligereza de los cuerpos francos; costaron mucho, sirvieron de poco, dieron malos resultados se portaron medianamente en la batalla de Vad-Ras, á muy larga distancia del valor que los catalanes manifestaron en la del 4 de Febrero.

El levante que reinaba impidió proveer antes al ejército de acémilas y vituallas; habiendo traido de la Argelia 400 camellos.

El 23 de Marzo, un cañonazo disparado á las cuatro de la mañana en la alcazaba de Tetuán dió la señal de batir tiendas y formar, comenzando el movimiento á las ocho, que se disipó la niebla; Ríos, con cinco batallones, más tres vascongados y dos escuadrones, subió á Sierra Bermeja en dirección á Samsa con orden de ocupar las montañas de nuestra extrema derecha.

El primer cuerpo, siguió la orilla del Guad-el-Jelú hasta el puente Buceja; y Prim, con el segundo cuerpo, pasó el río colocándose á la izquierda del primero, siendo molestado por el enemigo que podía retirarse impunemente al pequeño Atlas.

Enjambres de moros, á los disparos de alarma de los kábilas, acudieron por todas partes, resueltos á morir matando. Nuestras guerrillas rompieron el fuego antes de llegar al puente Buceja rechazándolos, aunque se rehacían y aumentaban en gran número.

Los batallones del primer cuerpo tomaron con trabajo una altura arrojando á un barranco á los que la defendían. Los del segundo pasaron el río, limpiaron de enemigos el llano obligándolos á guarecerse en los bosques situados en la falda de Benider, reforzando la izquierda con dos batallones y los catalanes, que acuchillados por los moros, quedaron casi aniquilados. Después de la batalla preguntó Prim al que los mandaba.—Fort, *¿cuáns quedan?—Ancara nia para otra vegada* (todavía hay para otra vez) contestó.

El tercer cuerpo dejó atrás la impedimenta, atravesó el río, la primera división reforzó á Prim, detenido y rechazado tres veces, peleando con encarnizamiento, y dando cargas desesperadas para ocupar las ásperas montañas de Benider. Cuatro batallones en línea de columnas marchamos por el llano ante una nube inmensa de caballería árabe que lo ocupaba esperando acabar con las fuerzas de Prim, seguros de que la morisma las arrojaría de cabeza.

El general en jefe atravesó el llano con un batallón, dos escuadrones y dos baterías montadas, que con sus disparos ahuyentaron la caballería marroquí dirigiéndose hacia el valle que conduce al Fondak, mientras flanqueábamos con dos batallones las posiciones de la derecha. Tan enérgico y simultáneo movimiento que rompió la línea enemiga al mismo tiempo que Prim ocupaba las cimas de Benider, decidieron la batalla abandonando los moros todas sus posiciones.

Ríos encontró fuerzas muy considerables, se detuvo sin ponerse en contacto con el centro, lo que impidió el cambio de frente de toda la línea sobre la izquierda, como había calculado el general en jefe, para atacar al enemigo por la espalda tomándole el campamento, cuyas tiendas permanecían todavía en pié.

Durante la batalla de Vad-Ras (valle de los espinos,) la más sangrienta de la campaña, los moros en número de cincuenta mil, cuya línea se extendía cuatro leguas, se batieron con rabia y á la desesperada, mezclándose varias veces con los cristianos, siendo nuestra pérdida de 137 muertos, 956 heridos y 218 contusos. La del infiel se ignora.

A las ocho de la mañana todavía nos encontrábamos junto á las murallas de Tetuán, esperando que los cuerpos de ejército primero y segundo, y las acémilas, desfilasen por el camino de Tánger. Poco rato después comenzó el fuego, que fué aumentando á proporción que nos acercábamos al Guad-el-Jelú. Los kábilas desde la orilla opuesta nos disparaban á corta distancia; una compañía de cazadores los ahuyentó.

La lucha se emprendió por cuantos lados la vista podía alcanzar. Ríos flanqueaba Sierra Bermeja por nuestra derecha, Echagüe marchaba por la falda; en línea de columnas iba adelantando Prim poco á poco; dos batallones, un escuadrón y una batería contenían á duras penas á los moros que querían cortar el camino. Como si nos halláramos en un teatro, presencié la carnicería que la caballería marroquí hizo en los catalanes, cogiéndolos en desordenada guerrilla sobre el magnífico y verde llano que se extendía á nuestro frente.

Pasamos por el puente Buceja detrás de la artillería montada; en la llanura formó mi división en columna, hallándose la caballería marroquí tan cerca, en número inmenso, moviendo sus corceles pequeños y ligeros, que con los flotantes y pintorescos trajes de sus jinetes, se asemejaban á innumerable bandada de pájaros colosales dispuestos á remontar el vuelo extendiendo sus blancas alas; estaban tan cerca, que dudé si serían enemigos ó los húsares de la Princesa. El llano de Wad-Ras parecía una alfombra de flores. Distraído, no observé que habían colocado una batería, y encantado de tan magnífico espectáculo, me asustó el ruido de los cohetes que lanzaron nuestros artilleros contra la caballería africana que huyó espantada. Vimos subir los batallones de Prim trabajosamente la montaña alta y agreste que los mahometanos defendían con tenacidad; dos líneas paralelas de humo marcaban las posiciones de los combatientes. Si los cristianos cargaban á la bayoneta, se oía la espantosa gritería de la morisma, sólo comparable á las que suele dar el público en las corridas de toros llamándonos *pegoos* (perros). O'Donnell bajó de la montaña que Ríos ocupaba, mandó desalojar á los moros que nos molestaban desde una colina inmediata; sin hacer fuego, ni armar bayoneta, se tomó, al mismo tiempo que la caballería enemiga, derrotada por la artillería, escapó en desorden.

Desde aquel momento disminuyó el fuego, los moros emprendieron la fuga, Prim coronó la cima de Benider, el gene-

ral en jefe y la artillería, precedido de una guerrilla, desembocó en el valle de Fondak, nosotros flanqueamos los cerros de la derecha de dicho valle, y á las cuatro y media, concluída la batalla, nos situamos donde los ginetes mahometanos habían acampado la noche anterior.

La batalla de Wad-Ras fué la más disputada y sangrienta de la campaña, en la que los moros, mejor dirigidos, se batieron con más desesperación, peleando cuerpo á cuerpo, ganando y perdiendo el terreno varias veces; con sólo haber conseguido el enemigo detener al ejército, las consecuencias hubieran sido desastrosas.

Nuestra infantería, con el peso abrumador de la mochila, tienda, manta, setenta cartuchos y seis raciones, atacó á la bayoneta, á pesar del calor, despreciando el nutridísimo fuego del enemigo.

O'Donnell manifestó su serenidad imperturbable, gran capacidad, ordenó los movimientos con acierto, no fué secundado por todos; fracasó su proyecto de tomar el campamento marroquí, y dormir el 23 en el Fondak.

Un cazador de Cataluña, atacado por dos moros de infantería y uno de caballería, mató á los tres.

Los oficiales del regimiento de Navarra, viendo que los soldados retrocedían, se adelantaron con la bandera, revólver en mano; todo el batallón los siguió, desalojando á los moros de un aduar.

Don Pedro Gorostiza, oficial de cazadores de Tarifa, recién salido del colegio, cayó gravemente herido; ya iban cinco kábilas á echarlo á una hoguera, cuando su asistente, Antonio Bernal, mató á un moro de un tiro, á otro de un bayonetazo, hizo huir á los restantes, y poniendo en los hombros á su joven amo, lo salvó.

Dos escuadrones de coraceros perdieron 76 hombres, entre ellos cinco oficiales muertos y seis heridos; no pudiendo adelantar por el mal terreno, eran fusilados impunemente por los moros, cuando un brigadier les dijo: «Príncipe, nadie se

mueva; recoged á vuestro capitán, que está en el suelo»; lo ejecutaron, echando pie á tierra.

La compañía que mandé yo en Tarifa, tuvo un oficial y dieciséis soldados muertos.

Todos los oficiales del batallón de cazadores de Ciudad Rodrigo, menos uno, fueron muertos, heridos ó contusos. Al regresar el ejército á Tetuán se encontraron á varios soldados heridos. Padecerían 48 horas temiendo que los moros les cortasen la cabeza.

A un oficial de cazadores de Madrid, se le aplastó una bala en el escapulario que llevaba en el pecho.

Me mandaron diera orden á la charanga de cazadores de Barcelona tocase ataque. Los músicos estaban tan cansados que se tendieron sobre la hierba.

Al tomar la última posición, mientras la división formaba en columna, nos hallábamos al frente de ella el general, un ayudante y yo. Observé que un moro colocado entre unos jarales, cargaba, cebaba y nos apuntaba con su espingarda. Para evitar supusiesen tenía miedo, me mantuve inmóvil sin decir palabra; cuando pensaba á quién daría la bala, oí el silbido y un fuerte golpe. Volví la cabeza, vi caer al suelo á un comandante que se hallaba á retaguardia; el general gritó trajesen una camilla. Dicho jefe no tuvo tiempo por la mañana de guardar en la maleta las *Memorias de Jusuf en la Argelia*, se las puso en el pecho, el proyectil resbaló en el libro, rompió las hojas y le hizo una pequeña herida en el brazo.

Prim acampó en las altas posiciones que había tomado; O'Donnell con el primer cuerpo, en la vertiente de las mismas, más bajo. Ros con la primera división, la artillería, la caballería, acémilas y camellos en el hondo del valle. La segunda, donde yo iba, se atrincheró en la colina opuesta formando el ejército una **U** inmensa.

El 24 de Marzo se reunieron al ejército las fuerzas destacadas durante la batalla, se mandaron á Tetuán enfermos y

heridos, se repartió una ración de carne, previniendo á los soldados la cocieran y guardaran para el siguiente día: se repusieron las municiones; ansiábamos proseguir el movimiento comenzado, lleno el corazón de esperanza, deseosos todos de adquirir la gloria que resulta al vencer obstáculos que la imaginación aumenta cuando son desconocidos.

Ya tarde se presentaron tres moros con bandera blanca; el que la llevaba se adelantó solo hasta nuestras avanzadas y entregó una carta del Califa á O'Donnell pidiendo una conferencia, concediéndosela si tenía lugar antes de las seis y media del 25, á cuya hora el ejército marcharía sobre el Fondak.

Jamás la fantasía de un poeta imaginara nada que pueda igualar al aspecto que presentaba de noche el campamento cristiano. A lo lejos, en el camino de Tetuán se veían sobre una colina los fuegos de la división de reserva; el inmenso arco que formaba la entrada del valle se hallaba cubierto de tiendas alumbradas por innumerables hogueras, grandes remolinos de llamas como el cráter de un volcán subían al cielo desde la cima del alto Benider al devorar los bosques y aduares; con su fatídico resplandor harían estremecer á muchas leguas de distancia á las pobres mujeres y niños de la antigua Mauritania, víctimas inocentes de la guerra.

En la noche del 23 los cristianos descansaron sin sobresalto de las fatigas del día, pero el instinto natural suponía que el 24 con la oscuridad el enemigo trataría de sorprendernos; hasta el parlamentario que mandó se consideraba como un medio para detenernos mientras reunía sus dispersas haces, y con la perfidia natural en el africano buscaba el medio de engañarnos.

Pasamos la noche en continua alarma; los espíritus estaban agitados; nuestra imaginación preocupada con el recuerdo de escenas sangrientas y la idea de su próxima repetición.

Tres veces durante la noche corrió por todo el campamento con la velocidad del rayo el alarmante grito de «¡arriba, arriba!» y otras tantas las tropas aguerridas, disciplinadas,

formaron en sus puestos con prontitud y silencio sin que se les escapase un tiro.

A las cuatro del 25 un cañonazo dió la señal al ejército de batir tiendas y cargar las acémilas. Mientras las músicas tocaban la alegre diana, los soldados abrieron dos zanjas, enterrando en ellas á un compañero suyo muerto del cólera y á un cantinero que la noche anterior se le disparó su escopeta en una de las alarmas. Sobre las sepulturas colocaron piadosamente cruces construídas de jara. (1)

A las cinco un ginete marroquí se vió venir á escape por el camino de Tánger, avisando que Muley-el-Abbas llegaría á las ocho.

Los zapadores armaron una tienda en el fondo del valle cerca de un frondoso árbol á seiscientos pasos de nuestras avanzadas; á la hora señalada el príncipe moro á galope, seguido de su escolta, bajó por la garganta que conduce al Fondak esperando que O'Donnell llegase con la suya. Las nueve serían cuando entraron los jefes de ambos ejércitos en la tienda, formando sus escoltas una en frente de otra. La escena que tenía lugar debajo de un lienzo interesaba vivamente á todos; se trataba de la existencia de muchos. A pesar de la característica indiferencia de los moros, también observaban en gran número desde los montes inmediatos. El sol africano quemaba y sus rayos eran poderosos auxiliares de la media luna. Mien-

(1) A los españoles muertos que quedaron en Marruecos, compuso Harzenbusch lo siguiente:

Les pesa la arena impía
Que huellan árabes potros,
Y al despediros vosotros
Tembló su osamenta fría.
Tal vez ya saben el día
Que han de ver nuestro pendón
Y exclaman en ronco son
Que yerbas agita y ramos:
«Hoy para después, tomamos
De esta tierra posesión.»

tras se firmaba la paz escribí sobre un cajón de municiones á mi mujer (1). Salió el Califa de la tienda seguido de O'Donnell, montaron á caballo, revistaron las escoltas y vimos venir un ginete cristiano y cuatro moros al campamento español. Estos movimientos nos dieron á conocer que la guerra habia concluído; los jefes contrarios se despidieron apretándose la mano, y Muley-el-Abbas contempló un rato alejarse á O'Donnell, mientras al Califa lo rodeaban multitud de moros que acudían por todas partes.

Los preliminares de paz estipulaban cesión del terreno comprendido entre Ceuta y el barranco de Anghera, Santa Cruz la pequeña (Agadir) en la costa del Oceáno, rectificación del convenio referente á los presidios menores, tratado de comercio el más favorecido, autorización para que el representante de España resida en Fez, establecimiento de misiones en Marruecos y veinte millones de duros de indemnización, ocupando á Tetuán en garantía.

La orden general del ejército manifestaba que la campaña elevaba la gloria del ejército, que el generalísimo príncipe imperial Muley-el-Abbas pedía la paz en nuestro campamento, que ni un país inhospitalario, sin caminos, recursos ni población, ni el azote del cólera, ni el rigor de la estación habían abatido la constancia española, que la misión que la reina y la patria había confiado á sus soldados estaba cumplida, el ultraje vengado, venciendo al enemigo numeroso, valiente, fanático en dos batallas y veintitrés combates.

El ejército se retiró, acampando el mismo día á la izquierda de Guad-el-Jelú; mientras lo verificaba, los kabilas senta-

(1) «Campamento del Fondak á 25 de Marzo de 1860: Estoy viendo á medio tiro de fusil una pequeña tienda de campaña rodeada de las escoltas de O'Donnell y Muley-el-Abbas, dentro de la cual tratan de la paz ó de la guerra, de la vida ó de la muerte de muchos moros y cristianos. Ya salen los jefes de ambos ejércitos, se despiden dándose la mano, y el silencio que reinaba se ha trocado en vivas á España y á la reina. La paz se ha firmado á las diez y cuarto.»

dos en el suelo con la espingarda entre las piernas, nos veían sin curiosidad. A la mañana siguiente varios riffeños andaban por entre nuestras tiendas, nos vendían armas y robaban lo que podían. Uno de atléticas formas que había recibido al principiar la campaña dos horribles balazos, rompiéndole un muslo, dejándole tuerto, ya completamente curado, nos decía con ademanes muy expresivos: «¡Reina de España, gran día! Rey moro falso; mucho pagar, hum, hum,» inclinando al mismo tiempo la cabeza sobre una mano. El salvaje quería guerra.

Un joven y arrogante árabe, en un bonito caballo, vino á vernos, simpatizamos, y habría cambiado con gusto como él deseaba, mi sable por el suyo que era precioso, incrustado de oro, con vaina de terciopelo y plata. Junto al puente Buceja nos despedimos tan amigos como si toda la vida nos hubiéramos conocido.

El 26 acampamos en los huertos de Tetuán.

UN SOLDADO VIEJO.

UN INSIGNE PINTOR DE HISTORIA, APENAS CONOCIDO

DON JOSÉ DE MÉNDEZ

de la Academia de Bellas Artes de San Fernando.

El realismo.—El naturalismo.—El modernismo.—El idealismo.

I.

Si no me disculpasen mi ancianidad extrema y mis dolencias, que me obligan á vivir retirado del tráfago mundano, y ya incapacitado para las tareas literarias, remordimientos me asaltarían por haber dejado transcurrir tan largo espacio, después del fallecimiento del Sr. D. José de Méndez, sin rendir á este poco renombrado pero admirable artista, el tributo de estimación y aplauso de que era altamente merecedor.

En él la modestia rayaba en lo inverosímil. Vivía instintiva y deliberadamente apartado de las esferas ruidosas de la fama, y no buscaba ni en la prensa, ni en las artísticas exposiciones el rumor de aplauso, tan engañoso á veces, que afanosamente solicita la mayoría de los cultivadores de las artes y de las letras.

No obstante, su incontestable mérito, proclamado por las pocas personas inteligentes que conocían sus obras, le llevó á la Academia de Bellas Artes de San Fernando. Ya en edad avanzada fué elegido por unanimidad Académico de número; y á mí me fué confiado el honroso encargo de contestar á su discurso de entrada, y de darle la bienvenida, en el solemne

acto de su recepción, en nombre de aquel esclarecido instituto.

Pero no permitió la Providencia que el alma hermosa del simpático artista disfrutase de aquella satisfacción de terrestre gloria.

El Sr. de Méndez había terminado su discurso. Yo, aprovechando la saludable influencia del clima y del verano en mi casa de Deva, había dado principio á la contestación académica, cuando, con pesar verdadero, recibí la triste noticia del fallecimiento del hombre excelente y del pintor insigne.

Quedó, pues, malograda la ocasión que se me había ofrecido de dar público testimonio, en el seno de la Academia, de las no comunes prendas artísticas del Sr. Méndez; y contraje en mi conciencia la piadosa obligación de escribir algunas páginas en honra suya, como justo tributo de admiración y de compañerismo, que hoy cumplo haciendo un esfuerzo de voluntad, para suplir con ella las facultades de entendimiento y fantasía que tanto se anublan y esterilizan en el último período de la vida.

Los merecimientos y artísticos timbres de D. José de Méndez no fueron conocidos de la masa popular, sino casi exclusivamente de los profesores de las bellas artes, que profundamente le estimaban.

La razón de la obscuridad relativa en que vivió siempre tan notable artista, fué, como ya he indicado, su incomparable modestia. Esta virtud, en todo tiempo rara y peregrina, y en las últimas generaciones casi moral fenómeno, fué cualidad tan singular y acrisolada en Méndez, que me atrevo á expresar el herético concepto de que tan hermosa virtud, por él llevada á los últimos límites de la humildad cristiana, si no ha coartado el ambicioso vuelo de su mente de artista, ha dañado á la expansión de su renombre, y ha obscurecido no poco el fulgor de su gloria.

Y no hay en esto exageración ni paradoja. Otros buscan en la celebridad, con afán no vituperable, el justo galardón de su talento y de sus laboriosas tareas. El Sr. de Méndez, ena-

morado del arte pictórico, le consagró su vida entera en su estudioso recogimiento; considerando la pintura como culto celestial, que, más que por el lisonjero estrépito de la fama, cautiva por el hechizo de sus misterios.

El sabio artista extremó con exceso su indiferencia al aplauso mundano. Viviendo en solitario estudio, como un ermitaño del arte, dañó al arte mismo, privando á las gentes ilustradas del conocimiento de sus cartones, dechados admirables de dibujo y de composición.

También Miguel Angel dió visibles testimonios de la concentración de su ánimo en el arte, y de su amor á la soledad y al silencio en el cultivo de la pintura. Tal lo presentan sus contemporáneos; llegando algunos á afirmar que le causaban desazón y desabrimiento hasta las visitas que hacía el Pontífice Paulo III á la Capilla Sixtina, para admirar las maravillas que iba realizando el portentoso artista.

Pero en Miguel Angel, aquel apartamiento y desvío de las gentes nacía en gran parte de su peculiar disposición idiosincrásica, que le llevaba al orgullo y á la misantropía. En sus cartas, publicadas no ha muchos años en Florencia, se ve que había nacido para la gloria, pero no para la ventura. Contrista el ánimo pensar que aquel coloso del arte, honra de su patria y de la humanidad entera, pudo escribir á su amigo Vasari estas melancólicas palabras:

«*Non nasce in me pensiero che non vi sia dentro sculpita la morte.*»

Evoco este recuerdo de aquel egregio artista para hacer resaltar el diferente proceder de los hombres según su temperamento y su carácter. Méndez amó toda su vida el retraimiento y la paz en el cultivo de la pintura, no por sombrío y altivo desdén de los juicios de la opinión, sino porque las geniales tendencias de su alma plácida y serena le hacían posponer las satisfacciones del amor propio á los puros é inefables deleites que, para los hombres dotados de vigor estético lleva consigo la pasión del arte.

La prensa no ha podido darlo á conocer al público, y ensalzar sus obras como ellas merecen, porque las más notables permanecían y aún permanecen como misteriosamente encerradas en el santuario de su estudio. Lástima en verdad. La prensa, según la ingeniosa expresión de un publicista extranjero, es el árbol del mal y del bien. Unas veces ilustra y guía, otras descamina y ofusca. En la esfera del arte, cuando, en vez de sancionar como alguna vez lo hace, con imparcial y elevado criterio, los primores de la destreza y el fuego de la inspiración, prodiga á raudales, con ciego y apasionado espíritu, encomios desmesurados y temerarios á obras de valor secundario, acarrea al arte la mayor de las desventuras, á saber: la de crear una gloria aparente y artificial, que nuestro público, impresionable y por lo común poco estético, acepta gustoso, creyendo ver un nuevo astro en el cielo del arte español. Pero, pasados esos fugaces y patrióticos enardecimientos de la fantasía, la verdad recobra sus fueros, y aquellos *genios* que parecían destinados á la inmortalidad, quedan convertidos, pocos años después, en estimables medianías.

¡Cuán dañosa es la prensa para el sano progreso de las ciencias y de las artes, cuando no tiene por faro la verdad y por única norma la justicia! En cambio, cuando habla y juzga con imparcialidad y elevación, puede ser órgano poderoso de civilización y de moral grandeza.

El Sr. de Méndez, contento en la obscuridad de sus artísticas tareas, no ambicionó jamás el *bombo* de los periódicos (perdónese por lo expresiva esta palabra familiar del vulgo), esto es, las irreflexivas y exorbitantes alabanzas, de las cuales nacen á veces falsos laureles y mal fundada nombradía.

No desdeñaba á la prensa por sistemática altivez; pero no solicitaba su apoyo. Parecíale sin duda, á causa de su inevitable precipitación y de su incurable parcialidad, un órgano engañoso y poco adecuado para dar lozana vida y duradero asiento á la verdadera gloria.

Los aplausos de la opinión no llevaron á la Academia al

insigne artista. ¿Quién le abrió sus puertas? ¿Quién lo puso en camino de alcanzar tan merecida gloria?..... Su incontestable y extraordinaria capacidad artística, reconocida y ensalzada por los más ilustres profesores de las bellas artes. Ellos son los que, formando una opinión, no de tanto rumor y alcance como la de la prensa, pero más autorizada y certera, resolvieron con noble y generoso espíritu tributarle aquel justo homenaje de estimación y de simpatía.

Fué elegido Académico de número en la clase de Profesor de la Sección de Pintura, en sesión extraordinaria del día 31 de Enero de 1887, á propuesta de los ilustres artistas D. Carlos Luis de Ribera, D. José María Avrial y D. Alejandro Ferrant.

Entre los españoles ilustres que supieron apreciar en lo que valían las altas prendas de Méndez, deben contarse D. Adelardo López de Ayala y D. Emilio Arrieta. De éste ha encontrado el ilustrado canónigo de Madrid el señor D. Francisco de Asís Méndez (entre los papeles de su padre) una carta, en la cual se expresan, de un modo tan natural como interesante, la cordial amistad que unía al compositor y al pintor, y las nobles esperanzas (que á ambos hacían concebir sus primeras obras) de gloriosos triunfos artísticos. (1).

---

(1) He aquí la carta, curioso recuerdo biográfico:

Génova, 22 de Setiembre 1851.

Mi muy querido amigo Méndez. Sin duda ninguna la carta que escribí á V., á los pocos días de mi llegada á Italia, debe haberse extraviado, lo que me extraña muchísimo, puesto que se recibieron en Madrid otras cartas mandadas al mismo tiempo.

Amigo del alma, tengo un disgusto muy grande: su carta de V. y su dibujo han tenido la misma suerte que mi primera carta. Me dijeron los empleados de correos en Milán que cuando no se presentan en el espacio de dos meses á reclamar las cartas, las vuelven á mandar al sitio de su procedencia: por lo tanto, su carta y su dibujo (que será precioso á no dudarlo) es muy probable que se hallen en Madrid devueltos.

Desearía saber, á vuelta de correo, si franqueó usted la carta, y con cuál medio me mandó V. el dibujo. Me alegraría mucho de poseerlo.

Creo muy bien que le causaría á V. sumo placer la noticia del buen

Yo, por mi parte, confieso (¿por qué negarlo?) que cuando la Academia me dispensó la honra de designarme para contestar, en representación suya, al señor de Méndez, apenas conocía sus obras. Casi no recordaba su nombre. Vi más adelante algunos de sus cuadros y sus bellísimos cartones, y recibí la más grata y profunda sorpresa.

La colección es muy numerosa; y sólo puedo hacer aquí somera mención de algunos de ellos. Por su tamaño y por las dificultades de composición, armonía y claridad que ofrece el asunto, llama en primer lugar la atención el cuadro aún no del todo terminado, que representa *La Batalla de las Navas de Tolosa*. Más de diez metros de largo tiene el lienzo, y á pesar de esta *formidable* longitud, el autor ha tenido la suficiente habilidad y fortuna para preservar su obra de la confusión casi inevitable en tal clase de composiciones artísticas. En

---

éxito de mi primera ópera: yo he trabajado mucho y he tenido algunos sinsabores que me produjeron hasta una enfermedad bastante grave; pero, por otro lado, he tenido toda clase de satisfacciones. Mi música ha sido recibida muchísimo mejor de lo que yo hubiera podido imaginar en un sueño dorado.

Ayer llegué á esta deliciosa ciudad, para dar principio á los ensayos de la *Ildegonda*, que se ejecutará á mediados del mes que viene en el Gran Teatro. Si tantos triunfos me ha valido la primera ópera, ¿no le parece á usted que podré conseguir otro tanto ó más con *La Conquista de Granada?* Dios lo quiera.

Estoy poniendo todos los medios para que se pueda ejecutar en la temporada del carnaval que viene, en alguno de los principales teatros, donde haya una buena compañía.

El *Album de la Conquista*, (obra de Méndez) ha sido admirado como se merece, por los primeros pintores italianos; y todos han sacado por el hilo el ovillo, diciendo que su autor debe ser un verdadero artista... ¿Y la *Batalla de las Navas?* ¡Qué ganas tengo de verla!

No deje usted de escribirme á correo tirado, dirigiendo la carta á Génova, sin olvidarse de franquearla.

Muchas expresiones á su señora, á don Juan y á todos mis amigos. Sea usted dichoso, y no olvide á su verdadero amigo

EMILIO ARRIETA.

medio del sangriento tráfago del combate, se distinguen los monarcas caudillos, y se retrata con vigor y gallardía la peculiar actitud guerrera de los adalides musulmanes y cristianos. En las lejanías de los montes (que, según la opinión de los que conocen aquella comarca, están reproducidos con topográfica exactitud) se divisan las inmensas masas de soldados, cuyo número, si hubiéramos de creer las relaciones tradicionales de aquel descomunal combate, ascendía á ochocientos mil. Esta cifra inverosímil, aunque aceptada, (no con gran convicción) por algunos escritores, tiene más trazas de legendaria que de histórica. De ella he encontrado mención burlesca en una curiosa comedia del siglo XVII, titulada *La Batalla de las Navas.*

Se presenta Mahomad Miramamolín muy turbado, en lo más recio del combate. Le sale al encuentro un moro y le dice:

> Huye, señor, que no hay fuerza
> que resista á los cristianos;
> más de *doscientos mil* quedan
> muertos de los tuyos.

Y el gracioso, asombrado y zumbón, exclama:

> Presto
> le has ajustado la cuenta.

La crítica moderna se inclina á desconfiar del cálculo, como el gracioso de la comedia; y con especial razón si se considera que aquellos maravillosos adalides cristianos que matan 200.000 moros (según cree el Arzobispo don Rodrigo, que asistió á la batalla), sólo pierden 25 soldados en tan feroz y empeñada contienda. Mariana reproduce las estupendas noticias del cronicón del Arzobispo; mas debe recordarse en honra suya que lo hace con reservas y reticencias que indican á las claras que no quiere hacerse cómplice de aquellas quiméricas afirmaciones de la credulidad popular.

Como quiera que sea, las huestes innumerables caben cier-

tamente en el vasto lienzo del señor de Méndez, porque todo cabe en la vaguedad de la perspectiva aérea, sabiamente empleada por manos hábiles y expertas.

En veinte cartones de gran tamaño, para cuadros destinados á la Real Capilla, representó el valiente pintor asuntos bíblicos y sagrados, de tan ardua índole como la Resurrección.

Las figuras son gigantescas, y están concebidas, agrupadas y dibujadas con audacia y vigor, no indignos de Rubens.

En otros cartones de cortas dimensiones ha desplegado igualmente el Sr. de Méndez su extraordinaria aptitud para la composición, el dibujo y la expresión moral. Parece que se complacía en triunfar de las dificultades que por lo común ofrecen al artista asuntos complicados de religión y de historia. Lástima es que no se publiquen (siquiera sea grabadas al trazo) estas acendradas y primorosas composiciones, que aumentarían el lustre del arte español de la generación presente.

Justo es mencionar asimismo, entre otros, los nueve cuadros que forman el retablo del altar mayor de la iglesia de San Jerónimo, en los cuales resalta claramente la notable vocación del artista para la pintura mística y sagrada (1).

(1) Los cuadros que ostenta el retablo del altar mayor del templo de San Jerónimo el Real son debidos al pincel del reputado pintor D. José Méndez, que lo fué de cámara del rey D. Francisco de Asís.

El retablo está dividido en sentido vertical por pilastras en tres compartimientos, de los cuales el central, que se eleva algo más sobre los laterales, se divide á su vez en sentido horizontal en otros tres por medio de los calados doseletes que coronan las pinturas. Representan éstas, enumeradas de alto á bajo, la *Santísima Trinidad*, según la tradición de la época; es decir, el Padre Eterno sosteniendo con sus manos la cruz, en que se halla el Hijo, abriendo sus brazos para abrazar á la humanidad, y sobre ellos el Espíritu Santo en forma de paloma; debajo la *Concepción de la Santísima Virgen*, con alas de águila, según la representa el Apocalipsis, y rodeada de serafines y querubines; siendo éste el cuadro mayor y el asunto principal de la composición; finalmente *San Jerónimo*, con la *Vulgata* en la mano y el león á los piés. En cada uno de los comparti-

Cuando admiraba yo las obras del Sr. de Méndez (especialmente sus cartones), no podía menos de exclamar mentalmente: ¿Cómo puede vivir obscurecido un hombre que tan asiduamente ha estudiado las condiciones plásticas é ideales de la pintura, y que sabe ver el arte tan en grande y por tan alto estilo?

Consignó sus principios estéticos en el notable discurso de entrada que envió á la Academia. Vuela en él su pensamiento, como el de todos los que sienten el hechicero influjo de la verdadera belleza, á las artes de la antigüedad.

El entusiasmo con que encarece la importancia de la *línea* en la pintura, denota la severa escuela á que pertenecía, cuyas doctrinas inculcaron en su ánimo los eminentes profesores á quienes debió su educación artística, el escultor D. José Ginés, gran dibujante, y los célebres pintores D. Juan Gálvez, don José de Madrazo, D. Juan de Ribera, D. Vicente López y don Valentín Carderera.

Aplauso merece sin duda el Sr. de Méndez por la terminante y resuelta manera con que proclama la supremacía de la línea, esto es, del dibujo en las bellas artes. En la arquitectura y en la estatuaria, es elemento absoluto y soberano. En la pintura comparte el dibujo con el colorido su poderosa eficacia; mas quedando éste siempre en segundo lugar. Hubo y hay todavía admiradores fanáticos del color, que lo anteponen al dibujo como fuerza creadora de la magia artística. Pero cometen en ello grave error, y con razón sabios críticos del

---

mientos laterales hay asimismo otros tres cuadros que representan: al lado del Evangelio, *Santa Paula*, discípula de San Jerónimo; *San Agustín* y *Santiago el Mayor*, patrón de España; al lado de la Epístola, *Santa Eustaquia*, también discípula de San Jerónimo, *San Isidro*, patrón de Madrid, y *San Dámaso*, primer Papa español, hollando con sus piés los escritos heréticos.

(*Apuntes del Sr. D. José de Méndez.*)

Véase en el Apéndice de este escrito la noticia de las principales obras del insigne artista.

arte han censurado á Diderot cuando con filosófica presunción decía: *Le dessin donne la forme; la couleur donne la vie.*

Grandemente se equivocaba el famoso escritor francés. El colorido avalora, realza al dibujo, aumenta en él la gracia y el encanto: es indudablemente hermoso complemento de la pintura; pero la vida, en su primordial virtualidad y esencia, procede de la línea. Ella basta á la manifestación de la belleza, en la majestad de las obras de carácter divino, y en la viveza del trasunto artístico de los afectos y áun de los pensamientos humanos.

Véase en el *Laoconte* y en el *Cristo* de mármol de Benvenuto Cellini, cuán fiel é intensamente, sin el auxilio del color, puede expresar el dibujo mortales angustias del hombre: recordad también las composiciones de Fláxman, el cual con la línea, llevada al último límite de la sobriedad y de la sencillez, ha podido dar animación y vigorosa realidad á las sublimes concepciones, teogónicas, heroicas, trágicas y fantásticas, de Hesiodo, Homero, Esquilo y Dante. No cabe dudarlo: la preponderancia de la línea sobre el color está en las leyes de la naturaleza misma.

La doctrina estética del Sr. de Méndez es la que en todos los pueblos y en todas las edades ha mostrado al hombre el camino de la inspiración elevada y sincera; la que, sin la presunción dogmática que hoy reina, han enseñado al mundo los genios de la antigüedad, que hallaron la perfección artística, no sólo por virtud de su asombroso instinto individual, sino además por el moral impulso, fomentador del arte, que nacía del entusiasmo público en aquellas razas privilegiadas, en las cuales parecía ingénito el sentimiento de la belleza.

El Sr. de Méndez y el que esto escribe, éramos ya en aquella sazón ancianos septuagenarios, y á nadie puede parecer extraño que, al expresar nuestras ideas teóricas sobre las bellas artes (para preparar nuestros estudios académicos) nos hallásemos tenazmente aferrados á los principios inmortales de la estética verdadera, y mirásemos con sorpresa y antipatía, como

innecesario y perturbador, el afán de aventuradas innovaciones (dolencia moral é intelectual de nuestro tiempo) que había suscitado una *evolución* repentina en la historia del arte y de las letras, para contraponerla á aquellos principios fundamentales de la belleza, que viven y vivirán mientras haya verdadera cultura en el mundo.

El *realismo* y el *materialismo*, no como caminos de la verdad, que los grandes artistas no han desdeñado nunca, sino como escuelas intolerantes y exclusivas, parecían á Méndez desvío del buen gusto y doctrina más propia para enfrenar que para dar ensanche al vuelo del arte.

Pero la invención que menos cuadraba á sus ideas, era el *modernismo*, que se hallaba por aquellos días en todo su auge. Va decayendo, como no podía menos de acontecer, por virtud del buen sentido y de la enseñanza histórica triunfante; pero como aún conserva adeptos (no hay innovación, aunque mal fundada, que no tenga alguna seducción), no juzgo inoportuno expresar aquí mi opinión acerca del *modernismo*, siquiera sea como recuerdo de mis conversaciones con el sensato D. José de Méndez acerca del hermoso arte de la pintura.

II

Uno de los síntomas que más claramente patentizan el espíritu osado y vanidoso de nuestro tiempo es el desenfado y la abundancia con que se crean sistemas y doctrinas. Estas *nuevas* creaciones dogmáticas en la filosofía y en el arte, que nos presentan como flamantes descubrimientos de la sabiduría contemporánea, son por lo común arbitrarias invenciones de escasa elevación y sustancia.

Por no renovar polémicas embarazosas, que nos llevarían más allá de lo que conviene á este somero estudio, me limitaré ahora á recordar la ilusoria doctrina artística llamada el *modernismo*. Si esto significase meramente cierta cándida y poco modesta preferencia á la reproducción fiel y sencilla de aquellos hechos comunes de la vida humana que ocurren á nuestra vista y en los cuales solemos tomar parte, pasaría acaso por derivación del naturalismo, y poco dañosa trascendencia podría tener en el cultivo elevado de las bellas artes.

Pero el tal *modernismo* se presenta con visibles trazas de exclusivismo y de arrogante intolerancia, y es forzoso combatirlo como falsa ó infecunda doctrina, que no cabe en la libre y sublime esfera del arte.

Inverosímil es sin duda, pero real y verdadero por inaudito que parezca. Los prosélitos del *modernismo* miran con supremo desdén las obras de la antigüedad en que el espíritu avasalla á la forma, y aquellas que recuerdan los hechos de los tiempos pasados; y los más ardorosos no juzgan veneros de legítima inspiración las grandezas de la religión, de la historia y de la poesía.

Modernismo llamaron desde luego los críticos innovadores á la improvisada *evolución*, que según ellos había de derrocar con su trascendental y penetrante dogma el augusto edificio de gloria imperecedera levantado por el genio de Fidias, de Polignoto, de Miguel Angel y de otros titanes del arte en pasadas y modernas edades.

Sería ofender el discernimiento de los innovadores, y mal cuadraría á su presuntuoso intento atribuir á la palabra *modernismo* la mera significación de la labor reciente del arte ó de las letras. Si fuera dable atribuirle tan trivial pensamiento, habría habido en el mundo tantos *modernismos* como épocas de creación artística. Tan *modernos* hubieron de ser para sus contemporáneos las estatuas hieráticas y las pinturas de los templos, los palacios y los hypogeos de Egipto, la prodigiosa *Sala hypóstila* de Karnac en Tebas, los curiosos bajore-

lieves del templo de Deir-el-Bahari (de la época del patriarca Abraham, ó antes) (1), el templo de Salomón descrito en la Biblia, los objetos de ornato de los fenicios, cuya destreza ensalza Homero cuando atribuye á un artífice sidonio el vaso de plata cincelada que debía servir de premio en los juegos fúnebres de Patroclo; los palacios asirios y persas, obras memorables del arte asiático, no de índole sacerdotal, cual las del egipcio, sino deslumbradora y monárquica, que desplegó su magnificencia en Nínive, Babilonia y Persépolis.... como las creaciones de Rafael, de Rúbens, de Velázquez, de Murillo, de Thorváldsen, de Kaulbach y de todos aquellos cuyas producciones lograron suscitar el entusiasmo público hasta el punto de formar escuela.

Claro es que la intención crítica de los inventores del *modernismo* es más elevada y ambiciosa. Han pretendido crear una nueva doctrina estética, pero la verdad es que no se descubren en la tal doctrina (si así puede llamarse) ni novedad, ni grandeza artística, ni claridad siquiera. Así es que nadie ha logrado definir satisfactoriamente el *modernismo,* ni explicar de un modo convincente su índole, sus excelencias y su primitivo carácter.

Si se juzga por sus obras y por sus estrechas tendencias, se echa de ver sin dificultad que es simplemente el reflejo del estado social de la actual civilización materialista; que carece de esencia propia; que es más bien un hecho que una doctrina; que tiene visible afinidad con el ya decadente *realismo;* y que, por sus trazas de evolución inconsistente y efímera, ha bajado, en la opinión de la gente ilustrada, á la categoría de *moda,* que es el concepto más antagónico al arte elevado y fundamental.

Aspira á la esfera de escuela victoriosa y preponderante. Pero, en realidad, por su falta de originalidad y de fuerza, no merece el nombre de *escuela*; y si como tal hubiera de ser con-

(1) También de Tebas. Descritos por Mr. Mariette.

siderado el *modernismo*, sería la escuela de la vulgaridad. Sólo pide fidelidad plástica en la imagen, y apenas le importan el pensamiento y el sentimiento. Este sistema, de índole puramente externa, no puede satisfacer á las gentes, verdaderamente cultas, que buscan en las ideas artísticas mayor intensidad y alcance.

El público que se contenta en las obras pictóricas ó esculturales con ese pobre materialismo, es el que las ve exclusivamente con los ojos de la materia, y carece de la facultad de verlas con los divinos ojos del espíritu. Por desgracia, este público es el más numeroso.

El *modernismo*, en el concepto de afición á las concepciones artísticas contemporáneas, ha existido siempre en todas partes: en Egipto, en Nínive, en Grecia, en Roma, en la Italia del Renacimiento, en Francia, en España, en Flandes; pero ¡qué modernismo! No como el actual, caprichoso y apocado, nacido de una de las falsas estéticas que sin bastante meditación forja de súbito, con temerario arranque, nuestra generación antojadiza é inconstante, sino aquel que brota del sentimiento universal, del entusiasmo de un pueblo entero, ante las imágenes de las glorias de la patria, de los místicos esplendores de la religión, de las emociones generosas del corazón, de las nobles ilusiones de la fantasía. Así el arte enciende, embelesa y robustece el alma.

¿Dónde está en las obras de los sectarios del modernismo actual aquella maravillosa unidad del impulso estético, aquellos altos sentimientos, aquellas vigorosas ideas que eran el manantial fecundo y la potente fuerza que constituían esencialmente la inspiración de los grandes siglos dol arte?

Al escucharles tan engreídos con su *nuevo* sistema, no parece sino que han inventado el *realismo* y el *naturalismo* (de análoga índole), y que han hallado con ellos la clave soberana de la belleza perfecta y absoluta. Hacen lo mismo que los filósofos innovadores de nuestros días, que suelen innovar con novedades cuyo fondo científico tiene á veces de fecha algunas

decenas de siglos (1). El sano *naturalismo* en el arte es lo más antiguo que se conoce en la historia del mundo. Muchos han visto en las Exposiciones universales francesas de 1867 y 1878 monumentos del arte egipcio de la primera dinastía, esto es, de una época apartada de nosotros por una distancia cronológica que no baja de siete mil años. Estos monumentos (los cuadros descriptivos que cubrían las paredes del sepulcro de Ti en Sakkarah, (2) estatuas, entalladuras en ciprés incorruptible), no representan nada dramático, ni conmovedor, ni hierático, ni belicoso: ni el llanto, ni la guerra, ni la muerte. Todas son imágenes de la vida íntima y feliz: la caza, la agricultura, la industria, el hogar. ¡Todo reproducido con sorprendente verdad y exactitud, personas, animales, artefactos; cuando el resto del género humano, exceptuando acaso la China y la Asiria, vivía en estado bárbaro y salvaje! Arte sin infancia conocida, fiel, sencillo y noble; pero exhausto de idealismo y de intención filosófica. Es el *realismo* en la ingenua expresión de un arte primitivo, que no titubea en la expresión diestra y puntual de la naturaleza y del movimiento de la vida; pero que todavía no ha llegado á aquel período de cultura intelectual que cifra en la expresión moral el mayor hechizo y privilegio de las bellas artes (3).

La escultura asiria, la más antigua después de la egipcia, era, si cabe, más realista que la primitiva de la civilización faraónica. He aquí la escuela del *naturalismo*, sin vuelo alguno

(1) Toda la ciencia filosófica de los modernos ha venido del Asia. *(Cousin.)*

(2) Recientemente descubiertos. *Ti* era un magnate del antiguo reino de Menfis.

(3) «On peut hardiment proclamer (dice Emilio Soldi) que le *réalisme* est la note artistique dominante de l'ancien empire. ¡Quelle diversité, quelle vie et quelle puissance! Que de vérité simple et cependant majestueuse, aussi bien dans les types que dans les altitudes des statues.» *L'art égyptien d'après les dernières découvertes*, 1879.

de idealidad, tal como la quieren los naturalistas de ahora, floreciente en aquellas remotísimas edades. En una circunstancia esencial, no gloriosa para los modernos, difieren, sin embargo el realismo épico del Egipto, «la nación creadora por excelencia», del realismo de la flamante escuela. Los artistas del Nilo escogían, para retratarlos, objetos nobles ó agradables; los naturalistas intransigentes de ahora hacen gala de escoger asuntos vulgares, y especialmente en la literatura, que abre mayor campo á la pintura de lo ruin y de lo rastrero, llegan á lo ideal en lo feo y en lo hediondo, como se ve en novelas famosas de la más repugnante laya. Cuando en su afán de buscar la verdad, prescindiendo de la belleza, escogen los naturalistas de ahora algún tipo ó asunto consagrado por el arte sublime de la Grecia, lo vulgarizan y lo amenguan. Puede servir de ejemplo la comparación; no del primor de la ejecución y de las formas, que tal comparación sería temeraria, sino de la expresión simbólica del Apolo del Belvedere y del Apolo de la fachada del Teatro de la Opera de París. Aquel, tipo acabado de olímpica belleza, de altivez, de majestad y de gallardía; éste, lúbricamente enardecido en medio de una *ronda* infernal de impúdicas bacantes. El uno es un dios; el otro un sátiro desenfrenado.

Qué estéril y sandia controversia han suscitado los partidarios del *naturalismo á todo trance*. ¿Ha habido jamás en la esfera de la literatura y del arte escritor ó artista inmortal, por espiritualista que fuese, que no haya puesto su conato y su gloria en estudiar escrupulosamente la naturaleza? La Biblia, la Ilíada, el Ramayana, los Vedas, cuanto hay grande y sublime en la historia moral é intelectual del hombre, se funda necesariamente en la observación de la naturaleza. Pero no sólo la naturaleza externa, la impresión objetiva. También es naturaleza lo que hay dentro del alma; y de estas naturalezas no es en verdad la del espíritu inferior á la de la materia para el triunfo y el embeleso de las letras y de las artes.

Es desvarío pretender separar, por orgullo literario, por

moda filosófica ó por falta de verdadero sentido estético, lo que Dios ha hecho inseparable. No hay escritor ni artista de aquellos que campean, por los espacios divinos de la creación intelectual, que no sea á un tiempo, en diferentes proporciones, *naturalista* é *idealista*. Dos ejemplos bastarán á probarlo. Velázquez, á quien generalmente se considera como uno de los brillantes númenes de la escuela realista, tiene en algunos de sus más bellos lienzos un idealismo incontestable. Basta recordar, por ejemplo, el famoso cuadro de la *Rendición de Breda*. La actitud noble y digna del general vencido, Justino de Nassau, y el espíritu generoso y como de fraternal compañerismo que en la expresión y en el ademán le demuestra el vencedor Spínola, son idealismo de la más alta ley.

Y ¿qué decir de la *Santa Isabel*, de Murillo, curando con sus regias y piadosas manos las llagas de los enfermos indigentes, sobreponiéndose con caridad heróica á la grima y repugnancia que causa el aspecto de tan asquerosas dolencias? Jamás el idealismo y el realismo se hermanaron de tan resuelta y espontánea manera.

Schiller, juzgando con no escasa libertad el *Wilhelm Meister*, de Gœte, dice á su amigo:

«A la altura á que habéis llegado, podéis exigir de vos mismo lo más perfecto; donde se confundan absolutamente lo *objetivo* y lo *subjetivo*.» (1)

Gœthe, que acaso por su arduo cultivo de las ciencias físicas, se había inclinado con ahinco al realismo, se arrepintió de esta exclusiva tendencia, y declaró á Schiller el gusto con que había visto al examinar sus papeles, que, merced á progresivas y cuerdas observaciones, se «hallaba ya libre de

(1) «Da Sie auf einem solchen Punkte stehen, wo Sie das Höchste von Sich fordern müssen, und *Objectives* mit *Subjectivem* absolut in Eins verfliessen muss.....»

SCHILLER, Jena, den 20 October, 1797.

su *realismo* obstinado y de su *objetividad* sistemática.» (1)

A todas las personas de entendimiento cultivado agrada el *naturalismo*, porque ¿á quien no cautivan la verdad y la naturaleza?... Pero no el naturalismo que da la preferencia á lo trivial y chabacano, de que blasonan escritores y artistas descaminados, cual si hubiesen descubierto un arte peregrino y desconocido. Tal arte debe estar muy bajo en las esferas del buen gusto, porque si acierta á copiar con fidelidad las formas externas de la materia, por su falta de elevación, no caben en él ni la inspiración ni el entusiasmo.

El que fundadamente seduce y se aplaude es el naturalismo amplio y fecundo, que busca el impulso creador en la realidad noble y hermosa, y acierta á combinarla con los movimientos internos y los vuelos de la idea, del corazón y de la fantasía, produciendo en el alma, en medio de lo material y tangible, ó los arrobamientos de la ilusión ó las emociones del sentimiento.

No debemos ser, á pesar de todo, intolerantes con las obras del sistema que presuntuosamente han dado en llamar *modernismo*. Esas obras de llano espíritu y escasa elevación moral, han complacido siempre al vulgo de las gentes, el cual no necesita que el arte hable mucho más al espíritu que á los ojos. Este arte *pequeño* ha vivido, sin censura de nadie, al lado del arte *magno*.

¿Cómo no han visto que ese *modernismo* ha sido cultivado en todas las épocas de civilización artística, no intolerante con dominadores barruntos como ahora, sino aceptado como una variedad amena del arte, digna de estimación, capaz de formar simpáticas escuelas (como en Flandes y Holanda), aunque sin

(1) «Ich habe diese Tage, beim Zertrennen und Ordnen meiner Papiere, mit Zufriedenheit gesehen, wie ich durch treues Vorscheiten und bescheidnes Aufmerken von einem steifen *Realism* und einer stockenden *Objectivität*.»

Gœthe. Weimar, den 13 Januar, 1798.

(Correspondencia entre Schiller y Gœthe.)

llegar nunca al nivel del arte ideal; y cultivado muchas veces, como por desenfado y recreo, por los mismos grandes artistas que en sus composiciones místicas, históricas y monumentales realizaron el más alto concepto de belleza que cabe en la creación artística?

Murillo, el pintor sublime, que sabe retratar tan al vivo la fervorosa caridad de Santa Isabel y el éxtasis celestial de San Antonio, no cree descender del alto pedestal de su gloria con pintar á una vieja espulgando á un muchacho, ni á unos pilluelos de Sevilla, medio en cueros ó desharrapados, jugando á los naipes, ó comiendo tajadas de melón.

Rúbens, uno de los más excelsos pintores del mundo, y de cierto el más fecundo de ellos (1), cultivó todos los géneros con incomparable amplitud y grandeza (obras mitológicas, históricas, bíblicas, alegóricas, agiográficas, campestres, cinegéticas, etc.), y no se desdeñó de bajar de su elevación estética para pintar las *brutalidades* de la *kermesse*.

El mismo Rafael, el pintor idealista por excelencia, arrastrado sin duda por el candoroso desenfado de la mitología pagana, lleva el realismo hasta la obscenidad en alguno de los bellísimos frescos y dibujos de la leyenda de *Psiquis y Cupido*.

Ejemplos de este desvío accidental del idealismo en artistas de alto vuelo, se hallan en la clásica antigüedad. Puede citarse el ingenioso pensamiento de Timantes, que para hacer resaltar la extraordinaria magnitud de un cíclope dormido, pinta unos sátiros midiendo con un tirso el dedo pulgar del gigante (2).

---

(1) Una comisión de Amberes, encargada de formar litográfica y fotográficamente la colección de las obras de Rúbens, juzga que llega su número á 2.719, distribuídas de este modo: 2.235 cuadros y bocetos y 484 dibujos.

(2) Plinio, *Naturalis Historia*, libro XXXV. Dice también el ilustre naturalista latino, que Timantes, como jovial pasatiempo, pintaba pequeños cuadros obscenos. («Pinxit et minoribus tabellis libidines, eo genere petulantis joci se reficiens.»)

Pero no siempre empleaban el naturalismo en tan donosa y gentil manera. Como ejemplo, es oportuno recordar aquí lo que del pintor griego *Pireico* dice D. Felipe de Guevara, gentil hombre de Carlos V, en sus *Comentarios de la pintura:*

«Tuvo en el arte muy pocos delante de sí. Fué celebérrimo en pinturas menudas, el cual no sé si se aceviló *(envileció)* adrede en cosas humildes y bajas; pero, en fin, en esta bajeza de pintura que escogió, tuvo el principal lugar. Pintó barberías y zapaterías, y asnos y despensas, y cosas semejantes á estas, por donde fué llamado *Riparógrafos.* Fueron las pinturas de éste sumamente deleitosas, las cuales se vendían en más precio que las grandes de otros.»

Felipe de Guevara encontró esta noticia en Plinio, el cual, da claramente á entender que, en su opinión, á pesar del éxito, amengua el arte la elección de ruines asuntos (1). El mismo Plinio cita además otros pintores, *Callicles, Antífilo, Calates,* que con aplauso emplearon su pincel en asuntos menudos: los de *Calates* eran del género cómico: Antífilo pintó también cuadros del arte elevado, que en tiempo de Plinio estaban en la Escuela de los pórticos de Octavia.

Aquí se ven precursores remotos de los Teniers, Van Ostade, Pieter de Hoogh, Craesbeeck, etc., y se advierte al propio tiempo que siempre ha habido público admirador de lo vulgar y lo grotesco, con tal que esté realzado por la perfección técnica.

Pero aquellas ilustradas gentes vivían en plena libertad artística, y no forjaban vanas teorías para proscribir ni si-

(1) «Namque subtexi par est minoris picturæ celebres in penicillo, e quibus fuit *Pyræicus:* arte paucis postferendus: proposito, nescio an destruxerit se: quoniam humilia quidem sequutus, humilitatis tamen summam adeptus est gloriam. Tonstrinas, sutrinasque pinxit, et asellos, et obsonia, ac similia: ob oc cognominatus *Rhyparographos,* in iis consumatæ voluptatis. Quippe eæ pluris veniere, quam maximæ multorum.»—Plinio, *Naturalis Historia.* Lib. XXXV.

quiera amenguar las elevadas concepciones de la religión y de la historia. Las pinturas populares de *género*, *menudas* (como las llama Felipe de Guevara), vivían estimadas, porque siempre hay personas de gusto también *menudo*, que por falta de instinto estético ó de educación artística, se contentan con lo que entretiene el ánimo, sin levantar el pensamiento y el sentimiento á más altas y trascendentales esferas.

También ilustres estatuarios, como para descanso de obras de grave y profundo sentido, se recrean esculpiendo, con ameno y gentil espíritu, asuntos de inspiración satírica, burlesca y juguetona. De esto hay ejemplos hasta en los tiempos más remotos de la escultura, y evocan el recuerdo los historiadores del arte arcáico de las figurillas, desprovistas de idealidad, pero fieles á la verdad material, que en madera ó piedra tallaban ó esculpían los artistas de la escuela egipcia de Menfis.

Entre los griegos y los romanos, especialmente en los relieves, entró ampliamente en el arte el elemento *cómico-grotesco*, como se ve en las caricaturas.

En todas las naciones artísticas se encuentran ejemplos de pintores y escultores que han cultivado á un tiempo, el arte *grande* ideal, y el arte *pequeño* realista. Entre nuestros contemporáneos, españoles, nos ocurre citar al insigne estatuario Mariano Benlliure, que tenía inspiración y aliento para crear la gallarda y magnífica estatua, al estilo heróico del Renacimiento, del Señor de Vizcaya, don Diego López de Haro, y el famoso jarrón, maravilla del arte decorativo, que causó tanta admiración en Madrid, en la Exposición de 1890; no se desdeñó de descender á la terrestre esfera burlesca, esculpiendo *El Monaguillo* y *El Buzo de playa*, que aunque de índole *naturalista*, tienen su especie de idealidad en la expresión y en la gracia. Lo mismo puede decirse de *El Aquelarre*, de Susillo; y (entre otras infinitas obras de esta especie) de la *Vieja lavando á un niño*, rebelde á la higiénica faena, grupo que, en una de las últimas exposiciones universales alcanzó éxito prodi-

gioso en París entre las gentes aficionadas al arte realista.

Los cuadros de género ó de caballete, modestos en la representación de escenas vulgares, sin ambiciosos encumbramientos filosóficos, pueden llegar hasta la grandeza moral, si en su propia sencillez despiertan un sentimiento capaz de conmover el alma. Infinitos cuadros de esta índole podrían mencionarse. Recordaremos solamente uno del inglés *Reid*, que llamó la atención en la Exposición Universal de 1889. Es un grupo de tres personas: un viejo músico, un niño y una niña que atraviesan un país desierto en un día lluvioso, sombrío y melancólico. Los trajes, sórdidos y destrozados. Caminan silenciosos. Los rostros macilentos y extenuados llevan el sello de la miseria, del hambre y del pesar. El hábil artista supo expresarlo todo con maravillosa intensidad, y ante estas imágenes del dolor humano, doctos é ignorantes se sienten avasallados por la magia del arte.

Pero entre los discípulos directos de la naturaleza que desdeñan escuelas, tradiciones doctrinales, miramientos académicos y sociales, cuanto puede ser rémora de la fantasía, ninguno fué más lejos que Goya en originalidad y en audacia. Su realismo, innato y vigoroso, es del más alto carácter. Fué el grande artista aragonés de los que, en los tiempos modernos pensaban más vivamente (como en épocas anteriores habían pensado Rubens, Velázquez, Murillo y algunos otros) que cuanto el mundo encierra, material, moral, humilde, elevado, ideal, fantástico, todo por ley de la naturaleza, cabe en el amplio dominio del arte.

El que desplegó en sus pinturas monumentales de la basílica de Zaragoza y de San Antonio de la Florida, en sus episodios de la vida de San Francisco de Borja para la catedral de Valencia, en *La Comunión de San José de Calasanz* y en sus admirables retratos una maestría firme y espontánea en que nadie le ha aventajado, desplegó en sus tapices, en sus cuadros pequeños, en sus dibujos y en sus grabados, (retratos de costumbres, de fantasía y de pasión patriótica) toda la lo-

zanía y malicia de su ingenio, toda la idiosincrática fiereza de su inflexible instinto aragonés. En los *Caprichos,* en los *Proverbios*, en los *Desastres de la guerra*, en la *Tauromaquia* y en innumerables cuadros y dibujos, es fiel, satírico y penetrante pintor de costumbres, como Callot, y como Hogart, gran maestro de la caricatura moral.

No imita á nadie; pero sus verdaderos precursores son los pintores flamencos y holandeses. Como pintor de costumbres populares y de extravagantes antojos de la imaginación, saltan á la vista las afinidades que le unen con varios de aquellos artistas. Como ejemplos, vienen á mi memoria Pedro Brueghel el Viejo, David Teniers y Adriano Brauwer. Estos pintaron escenas campestres, fiestas de plebe descompuesta y borracha, fantásticas hechicerías, tentaciones de San Antonio, tabernas, cuerpos de guardia, y ocupaciones y libertades familiares de las más abyectas y prosaicas: y todo lo realza unas veces lo festivo de la idea, otras la punzante sátira, y siempre el hechizo de la primorosa ejecución.

Goya, cuando describe con el pincel ó con el buril toreros, hechiceras, rufianes, manolas, contrabandistas, personajes pervertidos, alguaciles y otros tipos de índole general, no demuestra ni menos festivo desenfado, ni menos crudeza descriptiva, ni menos incisiva intención satírica que aquellos célebres pintores del norte.

III.

¿Quién duda de que la naturaleza debe reinar con soberana potestad en el arte? Así lo han entendido siempre los entendimientos superiores, y así lo proclama el insigne poeta Maury en estos hermosos versos:

«Abre tu libro eterno, alta maestra,
naturaleza, sírveme de guía;
dejándome sus páginas hermosas
libres leer de intérpretes y glosas.»
(*Esvero y Almedora.*)

Pero nadie puede negar al pintor y al escultor el derecho, inherente á su artístico albedrío, de escoger lo que le dicte su noble instinto, dentro de esa misma naturaleza, donde no todo es bello. A veces, sin desviarse de su esencia, hay que atenuar algún tanto su expresión externa, cuando, por antipática, aviesa ó violenta, lastima las leyes del buen gusto.

Ningún asunto en las obras del arte cristiano parece más propio para dejarse llevar del impulso de la imitación material que la muerte del Salvador. ¡Qué afortunada ocasión para presentar una imagen viva y desgarradora de la agonía de un moribundo! ¡qué tentación para dar rienda á la imitación naturalista, retratando con fidelidad y con vigor los dolorosos visajes y contorsiones del rostro humano en el horrible trance de la muerte. Esto sería verdadero, y defendible en el punto de vista en que coloca al artista la singular estética del realismo absoluto. No lo entendieron así, sin embargo, los príncipes de la pintura y de la escultura en los siglos de oro del arte. Los más eminentes artistas, al concebir imágenes de angustia y de muerte, no olvidaron que la esencia del arte, es el culto de la belleza, y que hay que escoger dentro de la verdad, para no dar nunca en lo repugnante y en lo feo. Ellos no prescindían ciertamente de la verdad material, de la naturaleza externa; pero poseían el alto don de hermanarla con la expresión moral, no sólo de las emociones y tormentos físicos, sino de los más hondos y más nobles movimientos del alma.

Recuérdense, por ejemplo, el *Cristo de la Cruz*, de Van Dyck (Museo de Amberes), el famoso *Cristo* de Martínez Montañés (escultura en madera); la *Crucifixión de Cristo*, la de *San Pedro*, la *Agonía de Cristo*, de Rubens; la *Crucifixión* del Tintoretto; el *Cristo en la columna*, de Murillo; la *Crucifi-*

xión de Velázquez; y tantas otras crucifixiones renombradas.

En todas estas aciagas imágenes el rostro de los mártires, lívido y ensangrentado, es el colmo de la amargura humana; pero en aquel corporal martirio se traslucen sobrehumano espíritu, celestial fortaleza que ayudan al hombre á sobrellevar los padecimientos de su ser mortal. En aquella admirable y doliente figura se juntan, por la magia del arte, el hombre que lucha y que padece y el Dios que se resigna y que perdona.

La Grecia antigua, que no comprendía en el arte la verdad material si no la idealizaba el embeleso de la moral belleza (1), ha dejado en el grandioso grupo de Laoconte una lección perfecta de circunspección y de grandeza artística.

Jamás se ha concebido en la esfera del arte una situación más espantosa que la de aquel desventurado príncipe troyano, de improviso ligado con sus hijos por dos gigantescas serpientes. El horror del caso, la afanosa ansiedad de la lucha, la mortal angustia de los mártires, se pintan claramente en la actitud y en el semblante; pero los autores de aquel grupo admirable no llevan el realismo hasta las nerviosas convulsiones de la desesperación, hasta la antipática descompostura, esto es, hasta los últimos é innecesarios límites de la pintura plástica del dolor físico (2).

Igual delicadeza estética se advierte en la estatua antigua del *guerrero herido,* vulgar y erradamente llamada *El Gladiador moribundo.* Se ha demostrado que nada tiene de gladiador, y puede conjeturarse, por su noble expresión y actitud, que es

(1) Así expresaba Arriaza poéticamente esta idea, juzgando al *Apolo de Belvedère:*

Revuélvense á sus piés bienes y males
sin que se imprima en su sereno gesto
flaca tristeza ó alegría insana;
complacido en vestir formas mortales
para divinizar la especie humana.

(2) Según Plinio, este famoso grupo de Laoconte (descubierto en los baños de Tito, en Roma el año de 1506), es obra de tres escultores griegos: Agesandro, Athenodoro y Polidoro.

un soldado, galo ó germano, mortalmente herido, que está expirando en un campo de batalla con un sufrimiento comprimido que raya en heroismo.

Los grandes artistas de Grecia, fieles siempre al inefable instinto del buen gusto, que Dios había derramado á manos llenas en aquella estética raza, creían respetar la dignidad del arte y al mismo tiempo la dignidad del hombre, dando á las figuras toda la belleza compatible con la expresión natural de las recias conmociones del alma.

No es dable dudarlo. El arte exclusivamente *realista* es el arte de todo el mundo, es el arte que conviene á la medianía, para el cual bastan estudio, perseverancia, talento imitador. El arte *ideal*, es decir, el arte de Fidias, de Miguel Angel, de Tenerani y de Torvaldven, es el arte del genio, el arte de los privilegiados, que desde la terrenal esfera van subiendo, por intuición divina, aquella escala de Platón, que empieza en los hechizos materiales del mundo visible, y acaba en los purísimos y eternos fulgores de inmaterial belleza que ven en el cielo, para ellos solos entreabierto, los pocos que saben levantarse sobre el nivel común en que se mira todo con los ojos de la materia (1).

El Marqués de Valmar.

(Se concluirá.)

(1) He aquí las inspiradas ideas de Platón:

«Aquel que llega al último grado de la iniciación, ve de improviso ante sus ojos una belleza maravillosa, imperecedera, increada, que ni se acrecienta ni se amengua, ni es bella sólo en una parte y fea en otra, ó en relación alguna determinada de tiempo, lugar, persona, pensamiento ó ciencia..... Existe eterna y absoluta por sí misma y en sí misma, y de ella participan todas las demás bellezas..... Para llegar á esta belleza perfecta hay que empezar por las bellezas de la tierra, y fija la vista en la suprema hermosura, subir sin cesar hacia ella, pasando por todos los grados de la escala, de los cuerpos hermosos á los hermosos sentimientos; de éstos á las nociones sublimes, hasta que se llega á la soberana ciencia: la belleza absolutamente pura y sencilla, sin formas ni colores humanos, esto es, la belleza divina.»

Platón.—*El banquete*: Discurso de Diotima de Mantinea á Sócrates.

RECUERDOS

Tengo mala memoria para los nombres.

Pero mi memoria es excelente para los hechos en sí, para las leyes de estos hechos, para todo lo que encierra en sí un elemento dinámico, ó, por lo menos, una variedad ordenada de cierto modo.

Por eso pocas veces sé cómo se llaman las personas; pero nunca olvido los sucesos, y, sobre todo, nunca olvido los beneficios.

Un gran favor obtuvo mi familia del general Ros de Olano—según dije en el artículo anterior—y jamás lo he puesto en el olvido; y siempre el nombre del insigne general ha resonado en mi memoria con ecos de cariño.

Pero, áun dejando aparte la gratitud, debo reconocer, y hay que proclamar, que el general Ros fué hombre de gran mérito. Su inteligencia era clarísima y, además, profunda.

Muchos años más tarde, le traté con intimidad en los baños de Santa Agueda, y tuve ocasión de apreciar cuánto valía su noble entendimiento, y qué muestras daba de sí en las cuestiones más arduas de la economía política, de la literatura y áun de la filosofía.

Todo el mundo lo sabe, y este es timbre de gloria para el insigne general, fué el amigo íntimo de uno de los primeros poetas de este siglo: de Espronceda, quien dedicó al general Ros su célebre poema titulado *El Diablo Mundo*.

En todas las obras del general Ros de Olano hay una mezcla constante de profundidad y de poesía; pero de poesía tan honda, que quizá por esta circunstancia no han podido adquirir sus libros la popularidad que merecen.

Uno de estos, *sobre escenas y cuadros militares*, es quizá el único en que el general se humanizó y en que quiso escribir para todo el mundo. Son cuadros sencillos, naturales, escritos con sobriedad clásica y en un estilo que recuerda el de nuestros grandes escritores del siglo de oro.

Si yo pudiera aquí hacer el retrato del ilustre general, del noble pensador y del insigne literato, tendría para llenar muchas cuartillas y quizá un libro entero.

Como no es este hoy mi propósito, aunque de mala gana, cambio de materia y me contento con pagar este tributo de cariño y de respeto á la memoria de aquel amigo de siempre.

*
* *

Al fin di con lo que pudiéramos llamar el cuartel de los generales sublevados. Pregunté por el general Ros, é hice que le pasaran mi tarjeta.

Recibirla y salir fué todo uno: me saludó con su afabilidad de costumbre y me preguntó, sonriendo, «si es que había resuelto también sublevarme.»

Yo le expuse brevemente el objeto de mi visita y él me entregó en el acto el salvo-conducto apetecido.

Al despedirnos me encargó mucho, que en cuanto llegase á Madrid, fuese á ver á su familia para darle noticias tranquilizadoras respecto á su salud y á sus esperanzas en el éxito de la aventurada empresa acometida.

Le dí toda clase de seguridades, y ya salía triunfante del cuartel general, con mi salvo-conducto en la mano, y dándome aires de persona importantísima *que acababa de conferen-*

ciar con los generales, cuando me detuvo un oficial de caballería.

Era alto, esbelto, fisonomía franca, sumamente cortés y muy simpático. Una de esas personas que, como vulgarmente se dice, *tienen ángel*.

—Dispense usted, caballero—me dijo—si le detengo un instante; pero he oído que le han dado á usted un salvo-conducto para ir á Madrid, y aunque no tengo el honor de conocerle, voy á pedirle á usted un favor, que para mí es de gran importancia.

La mía creció ante aquella petición lo que no es decible.

Decididamente yo me había convertido en pocas horas—¡qué digo en pocas horas! en unos cuantos minutos—en un personaje importantísimo.

Conferenciaba sin encontrar obstáculos con los generales de Vicálvaro, y las fuerzas sublevadas solicitaban mis favores, que era casi ponerse á mi disposición.

No hay que decir si contestaría con toda amabilidad al simpático oficial.

—Sé lo que son estos casos—dije, aunque es lo cierto, que me veía por primera vez en ellos—y por lo tanto me tiene usted incondicionalmente á su disposición. Disponga usted de mí como de un amigo.

Me sentía yo capaz en aquel momento de montar á caballo y dar una carga al lado del oficial sublevado, sólo por el gusto de servirle.

Agradeció en el alma mi cortesía, y formuló su ruego de este modo.

—Hemos reñido una acción muy sangrienta en Vicálvaro. Dejé á mi mujer en Madrid. No he podido darle noticias mías, y la pobre debe estar angustiadísima.

Yo desearía, y con todo encarecimiento se lo suplico, que en cuanto llegue usted á Madrid, aunque sea á las cuatro de la mañana, vaya usted á mi casa y tranquilice usted á mi señora. Dígale usted que me ha visto; que estoy perfectamente

bueno; que ni me mataron ni me hirieron en Vicálvaro; y que esperamos volver muy pronto á Madrid.

Y dos y tres veces, con las más vivas y más espontáneas súplicas, me repitió el encargo para su esposa.

—¡Por Dios! que se tranquilice; que no se apure; que no tenga miedo, que no me pasa nada; que ya no tendremos ninguna otra acción; que me verá muy pronto.

Y á este tenor, con el alma en los ojos, la emoción en los labios y apretándome la mano afectuosamente, repitiendo siempre lo mismo y cada vez con más ahinco y más pasión, me fué acompañando hasta la puerta del cuartel general.

—¡Qué hombre tan bueno!—pensaba yo—¡qué alma tan noble y tan apasionada, y cómo quiere á su mujer!

Si por entonces hubiera escrito yo dramas, de aquel oficial hubiera hecho un galán romántico, y de su mujer una Isabel de Segura ó una Ofelia, siquiera no fuese Hamlet tan expansivo como el oficial de caballería.

***

A la posada volví con mi salvo-conducto; y todos mis compañeros de viaje me miraron desde entonces, no sólo con gran simpatía, sino con gran respeto.

Media hora después caminábamos en nuestro ómnibus, desde Aranjuez á Madrid.

Toda la noche estuvimos caminando; pero las horas no se nos hicieron largas.

La andaluza de la cabecita mona y del cuerpo obeso, no cesó de hablar y de reir y de entretenernos á todos con sus ocurrencias saladísimas.

El interior del ómnibus parecía una pajarera por su continuo reir, dado que los pájaros rían, aunque risas y trinos allá se van.

A las altas horas de la noche, se le ocurrió que teníamos

hambre. Sacó de una cesta unos pollos y unas chuletas que ella misma dividió como pudo, y con su propia mano y á tientas nos fué dando de comer á todos.

Y entre tanto, ni cesaba de hablar, ni cesaba de reir, mezclando á su charla andaluza, párrafos en italiano y en francés, dichos con admirable pronunciación, sin sombra de pedantería, como burlándose de sí misma, de las improvisadas sublevaciones y del extraño viaje, que bajo la protección del salvoconducto, habíamos emprendido.

Al amanecer entramos en Madrid y fuimos á parar á las Peninsulares, donde nos despedimos afectuosamente unos de otros para no volvernos á ver nunca.

Y allí se quedó con su criada la simpática andaluza de la cara bonita y del cuerpo enorme.

*
* *

Todo lo aprisa que pude llegué á mi casa, y después de abrazar á mis padres, me vestí apresuradamente y salí para desempeñar mis dos encargos: visitar á la familia del general Ros de Olano y tranquilizar á la señora del simpático oficial de caballería.

Llegué á casa del general Ros, y aunque no eran más que las siete de la mañana, en cuanto dije mi nombre y de dónde venía, todas las puertas se me abrieron de par en par, y tuve el recibimiento cariñoso y agradecido, que yo había imaginado.

Después de cumplir este primer deber, me fuí á cumplir el segundo, forjando allá en mi imaginación uno de aquellos dramas, novelas ó escenas á que soy tan propenso.

Ya me imaginaba yo á la esposa del oficial tal y como ella debía ser.

Alta como él; joven como él, y esbelta y hermosísima.

Ya me la figuraba despeinada y llorosa; con dos ó tres noches de vigilia angustiosísima y pensando con profunda de-

sesperación si habría muerto en Vicálvaro el esposo adorado.

Y yo llegaba triunfante; y ella me recibía con suprema ansiedad; y la voz le faltaba para preguntarme entre sollozos: «¿Pero vive, vive? ¿Le ha visto usted? ¿No está herido? ¡No me engañe usted, por Dios!»

Y yo profundamente conmovido, le diría: «Tranquilícese usted, no está herido: está bueno, completamente bueno: hace pocas horas que he estrechado su mano. Vamos, señora, no llore usted. Yo le juro á usted que le he visto.» En fin, pensaba decirle todo lo que la inspiración me dictase.

Una escena tiernísima, una escena romántica, el presentimiento de un drama, dos almas amorosas, la una en Aranjuez en el cuartel de caballería, la otra en Madrid, desolada al principio, risueña y consolada al fin; y todo por obra y gracia de mí, aunque modesta, dramática persona, que desde el marcial campamento traía consuelos y esperanzas, si no á la doncella enamorada, por lo menos á la esposa amante.

¡Y habrá quien diga después de esto que mis dramas son inmorales!

Podrán ser, á veces, inocentones; podrán ser aburridos y áun tontos; pero ¡vive Dios! que inmorales no lo son nunca.

Pues llegué á la casa, con la imaginación inflamada ante la patética escena que me había forjado, y tiré de la campanilla vigorosamente, con tanto imperio como de ella hubiera tirado el propio oficial de caballería, dueño y señor de aquella morada honradísima y poética, ¡de aquel nido de amores!

Mucho tardaron en abrirme ó, por mejor decir, no me abrieron la puerta; que, por detrás de los hierros del ventanillo, salió la voz áspera y prosáica de una maritornes, preguntando con mal tono:

—¿Quién es? ¿qué quiere usted? ¿por qué llama usted tan fuerte?

—¡Desdichada!—pensé yo.—Sér miserable y estúpido! ¡si tú supieras quién soy, y á lo que vengo, qué pronto me abrirías de par en par esta puerta y caerías de rodillas ante mí! Mejor

dicho, caería de rodillas tu señora, que tú, con tu voz aguardentosa y tus malos modos no me haces falta de ninguna manera.

Todo esto pensé y mucho más; pero me contenté con replicar en tono reposado, como el que espera un pronto desquite, y no quiere abusar de la victoria:

—Diga usted á su señora, que un caballero, á quien no conoce, pero que en este momento acaba de llegar de Aranjuez, de Aranjuez, ¿comprende usted?... desea hablar con ella breves instantes, para un asunto de importancia.

Yo no quería decirlo todo por el enrejado de un ventanillo, porque no me parecía que el conducto era propio ni digno.

Yo me había forjado otra decoración muy distinta.

Una escalera pobre y obscura, una puerta cerrada, un miserable ventanillo, y del otro lado, una criada estúpida y grosera, era un cuadro grotesco, que no estaba en armonía con lo poético y hasta sublime de la misión que se me había encomendado.

Pero la criada no se movía, y yo, empezando á perder la paciencia, la dije de nuevo:

—¿Pero no lo oye usted, mujer de Dios? Acabo de llegar de Aranjuez; hace dos noches que no duermo: son las siete de la mañana, y vengo á una casa donde no me conocen: de suerte que por algo importante será todo esto.

Y la criada, con la terquedad del idiota, me repitió:

—Es que, ya ve usted, la señora está durmiendo.

—¡Durmiendo!—pensé yo.—¡Pobre mujer! ¡Llorando y en vela habrá pasado toda la noche!

Y en voz alta agregué:

—Ya le he dicho á usted que se trata de algo grave: despierte usted ahora mismo á su señora y dígale usted que vengo de Aranjuez y que tengo que hablarle sobre algo que se refiere á su esposo.

Y al mismo tiempo, le di por la ventanilla una de mis tarjetas:

La criada vaciló, y al fin dijo:

—Bueno; si se trata del señor, se lo diré.

Y cerrando el ventanillo, sin abrir la puerta, y dejándome por consiguiente en el descanso de la escalera, se fué á dar el recado á su señora y yo me quedé esperando.

Miré el reloj: vi que no eran las ocho, y consulté conmigo mismo sobre si estaría cometiendo una inconveniencia.

—Pero no es inconveniencia—me repetía con profunda convicción;—hace dos días que se ha dado una acción sangrienta, y esta señora no ha tenido ninguna noticia de su esposo; pues cualquier hora es buena para decirle: «Su esposo de usted vive y salió ileso.» Claro es que ella me recibirá con los brazos abiertos. O si no precisamente con los brazos abiertos, porque esto sería demasiado, al menos no conociéndome, con mucho regocijo y mucha gratitud. El oficial simpático me lo había dicho: «Aunque sea á las cuatro de la mañana, vaya usted á mi casa en cuanto llegue.»

Pues no eran las cuatro, eran las ocho; y no había duda, la señora se arrojaría de la cama en cuanto la criada le diese mi recado, se vestiría de cualquier modo para recibirme, y me haría entrar inmediatamente.

Al fin oí pasos y se abrió la puerta; pero cuando yo iba á entrar, la criada me cerró la entrada poniéndose delante, y me dijo en tono natural:

—La señora le ruega á usted que la dispense; pero no puede verle en este momento, porque no se ha levantado todavía: sin embargo, puede usted volver después de las dos de la tarde, y tendrá mucho gusto en recibirle.

Yo me quedé frío y cortado, y al fin le dije á la criada:

—Diga usted á su señora que dispense lo intempestivo de la hora á que he venido, y que volveré esta tarde á la que ella me indica.

Di media vuelta y bajé lentamente la escalera.

—Pues, señor—pensaba yo—á esta buena señora no le corre mucha prisa el recibir noticias de su esposo. Más prisa y más

afán tenía el pobre señor para que yo viniese, que la buena señora para recibirme.

Y después de todo, ¿qué sabe ella lo que yo iba á decirle? ¿Y si la noticia, que no ha querido recibir, hubiese sido la de que su esposo estaba herido?

¿Qué sabe ella si vengo á decirle que ha muerto su dueño y señor en la acción de Vicálvaro?

Todo pudiera ser, que de mucho menos nos hizo Dios, y por mucho menos nos deshace la barbarie humana.

Pues nada, la gentil señora se ha quedado en su cama; y habrá dado media vuelta, y se habrá dormido otra vez. Porque ahora creo lo que la criada me dijo: la señora estaba durmiendo tranquilamente y habrá dormido toda la noche con la calma de los bienaventurados, mientras su esposo vela en el cuartel ó en alguna avanzada.

La verdad es que yo me sentía humillado. ¡Tomarme tanto interés por cosa que tampoco interesaba á la respetable esposa del simpático oficial! Había forjado un drama lleno de pasión y de ternura, y me lo silbaban, no ya el público, sino los mismos personajes del drama.

Fué mi primer fiasco como autor dramático; y estoy por decir que mi primer desengaño como hombre.

Las alas de la ilusión habían recibido *cañazo*.

Hubiera dado cualquier cosa por encontrarme al esposo en la calle para decirle: «Hice su encargo en cuanto llegué, mi querido amigo, pero su querida esposa no se ha dignado recibirme: me ha dicho que vuelva á las dos de la tarde; de modo que va á estar seis horas sin saber si es usted vivo ó muerto. Sin embargo, no se apure usted, porque me figuro que no ha de ahogarle la pena.»

En suma: que yo estaba corrido, avergonzado y furioso. Sufrían al mismo tiempo el amor propio de hombre y las ilusiones de la vida.

¡Quién sabe! pensaba á ratos. Es posible que sea muy fea, que al levantarse de la cama esté horrible, y que no quiera re-

cibir á nadie hasta no reparar, con tres ó cuatro horas de tocador, las miserias de su fealdad y los desperfectos que causa el sueño en el ser humano.

***

A las dos de la tarde, en punto, volví á subir lentamente la obscura escalera, y tiré del cordón de la campanilla por vez segunda, aunque con menos bríos y menos confianza que la vez primera.

Es decir, que llamé con más discreción que por la mañana.

La puerta se abrió, apareció la misma criada matutina, tan ordinaria y tan antipática como se me había presentado algunas horas antes detrás del ventanillo, y me hizo entrar en la sala, diciéndome:—Espere usted un momento, que va á salir la señora en seguida.

La sala era pequeña y modesta; pero no era *cursi*; revelaba buen gusto en sus dueños, aunque poca fortuna ó sueldo escaso.

No habían pasado dos minutos, cuando se presentó la señora.

No era fea, no: al contrario, era muy hermosa y muy elegante; alta y esbelta, cara ovalada, dientecillos monísimos y magníficos ojos. Su voz era agradable y sus ademanes finos.

Por la figura era digna esposa de su esposo. Una gallarda pareja. Yo creo que eran de la misma sangre; podrían muy bien ser primos.

Pero ella, á pesar de su finura, de su amabilidad y de su voz armoniosa, no era tan expansiva como el simpático oficial de Aranjuez.

Me recibió perfectamente, me hizo sentar, pero ni me apremió á preguntas, ni manifestó gran interés por las respuestas que di á las pocas preguntas que me hizo.

En seguida varió de conversación y habló de cosas generales: del teatro Real, de la inquietud que reinaba en Madrid, de cómo habíamos podido salir de Aranjuez, de si mi carrera era muy trabajosa, en resumen, de todo, menos de su esposo y señor.

A los diez minutos me despedí, volviendo al tema de mi visita, y repitiendo—por segunda ó tercera vez—todo lo que su esposo me había encargado.

Ella se mostró muy agradecida á mi solicitud, deploró que yo me hubiese molestado, y concluyó con esta frase, que fué la única en que hizo alusión á su marido:

—Y ¿qué piensan hacer esos locos?

—Lo ignoro, señora—le contesté.—Y me despedí, para no ver nunca más á aquella mujer hermosísima, á quien todo lo que se le ocurría, al saber que su esposo no había muerto en Vicálvaro, era preguntar «qué pensaban hacer aquellos locos.»

Tan mohino como por la mañana salí por la tarde, y de este modo hice mentalmente el resumen de mi pequeña aventura.

Un oficial joven, gallardo, simpático, todo corazón, y que está loco por su mujer.

Una mujer joven, hermosísima, elegante y simpática; que no quiere á su marido ó que, si le quiere, lo disimula con toda perfección.

¡Quién sabe! ¡Acaso eran estos malos pensamientos míos! ¡Fantasías de autor dramático en germen, que en todas partes cree hallar un drama!

No es imposible que la buena señora fuese corta de genio, y que no se atreviera á ser expansiva ante una persona completamente desconocida para ella.

Lo que á mí me parecía frialdad, pudiera ser discreción; lo que yo imaginaba indiferencia, acaso fuera cortedad. Pongamos freno á los juicios temerarios.

Hubiera sido una fatalidad, que aquella pareja, tan bien emparejada en lo físico, no hubiera emparejado igualmente en el cariño. Ni es imposible que yo hubiese visto toda la escena

con cierta exageración de sentimientos, propia de mi carácter.

Cuarenta y cuatro ó más años han pasado, ¿qué habrá sido del simpático oficial y de su bella esposa?

¿Habrán sido felices? ¿Viven todavía?

Si viven, ni será él tan esbelto, ni será ella tan hermosa como en aquellos tiempos de la acción de Vicálvaro, y de mi viaje de Aranjuez á Madrid, trayendo á la esposa que duerme, noticias del valiente oficial, que aún llevaba en sus botas de montar el polvo sangriento, levantado en Vicálvaro, las sangrientas cargas de caballería del general Dulce.

***

Después vinieron para Madrid días de mucha agitación y de mucha ansiedad.

Después vino el Manifiesto de Manzanares.

Después la Revolución en toda España; y jornadas sangrientas, y centenares de barricadas por todas las calles de la villa y corte.

Aunque yo estaba destinado á Palencia, me quedé en la casa paterna á ver qué resultaba de todo aquello, y si había modo de que me destinasen de profesor á la Escuela de Caminos.

Al mismo tiempo procuraba curarme las malditas tercianas que traje de Almería, que continuaban terquísimas, aferradas á su presa.

Dicen, que para las tercianas el mejor remedio es cambiar de aires, y ríome yo de estos aforismos de la medicina vulgar.

De aires había cambiado yo, como que había atravesado media España con mis tercianas á cuestas. Los aires del Guadarrama no eran ciertamente los del puerto de Almería, y hasta vientos revolucionarios habían soplado sobre mí á mi paso por Aranjuez, sin quitarme de encima, ó sacarme de los huesos, ó escurrirme del sistema nervioso, ó matar en la circulación sanguínea, los gérmenes terquísimos de las endiabladas intermitentes.

A los ocho días de estar en Madrid ya desperté con dolor de cabeza, con malestar en el cuerpo, y con un poco de fiebre. Eran las tercianas, que empezaban su segunda serie.

Recuerdo, que en plena intermitente, fuí un día de aquellos de revolución al teatro del Instituto, que estaba en la calle de las Urosas, y en que celebraba sesión pública no sé qué Club revolucionario de los que por entonces brotaban espontáneamente al estímulo de los acontecimientos, al fuego de las pasiones políticas y entre el hueco de dos barricadas.

Gran agitación, oradores ardientes, discursos incendiarios. Pero entre todos aquellos oradores, casi todos vulgares, un orador maravilloso se presentó ante mí en aquella improvisada tribuna; un joven muy joven, ¡y era un asombro!

¡Qué palabra tan prodigiosamente correcta! ¡Qué períodos tan anchos, tan espléndidos, tan armoniosos, tan clásicos! ¡Qué ironía tan fina! ¡Qué arranques tan fogosos!

Yo había oído ya muchos oradores en el Congreso y en el Senado. Había oído, por ejemplo, á Olózaga (aunque no estoy seguro), había oído al célebre López, y á Ríos y Rosas, y á González Brabo, todos grandes maestros en oratoria; pero yo no había oído nada de igual perfección artística, de tan prodigiosa espontaneidad y de tan inconcebible pureza como los párrafos soberanos de aquel joven orador.

Aquel orador fué muchos años después íntimo y queridísimo amigo mío, fué paladín de la democracia, fué gloria del Parlamento y es hoy gloria de la historia del arte oratorio en España.

Aquel joven era Cristino Martos. Con la fiebre en las venas le oí por primera vez, que la fiebre de la terciana me caldeaba la sangre mientras le oía. Nunca le oí después sin sentir fiebre en la sangre y llamaradas en el cerebro, que siempre su palabra incendió las almas é iluminó el pensamiento. ¡Ah, mi querido Martos, cuánto tiempo ha pasado desde entonces!

José Echegaray.

LA PRENSA INTERNACIONAL.

RAMITO DE MIOSOTIS

Muy joven (diecisiete años apenas) y lindísima, aunque esmirriada y pálida, con los rubios cabellos despeinados, y los azules ojos húmedos de lágrimas como cachitos de cielo mojados, estaba sentada la loca en un banco de piedra, en el patio principal del Asilo.

En torno de ella el sol de invierno blanqueaba los altos muros, ponía su capa de nieve plateada sobre las losas y sobre la arena, donde algunos escasos árboles, negros y secos, estiraban y acuartelaban la sombra de sus esqueletos. Corría una intensa brisa, más fresca que fría, juguetona y clara, alegre; acá y allá piaban los gorriones. Si hubiese habido algunas hojas en las ramas, hubiera podido creerse que había vuelto el mes de Abril. Enero tiene esas primaveras de una hora.

Pero la pobre joven loca no hacía caso de esa furtiva primavera. Encogida, achicándose dentro de su estrecho tartán de Escocia, con el aspecto temeroso de aquel á quien le van á pegar, manteníase sentada en el borde del banco, y con la cabeza un poco inclinada, apretaba contra los labios un ramito de miosotis, donde caían una á una sus lágrimas.

El interno que me guiaba por aquella residencia de la locura y la desolación, me hizo señas de que me podía acercar á la niña, y hablarla. En efecto, no debía de ser temible, tan triste y tan débil. Al ruido de mis pasos alzó la frente con

rapidez, y de pronto me miró contenta, cara á cara, con sus dulces ojos, donde el gozo secó las lágrimas, como el sol bebe el rocío.

—¿Venía usted en mi busca?—dijo, uniendo ambas manos, cual si fuese á orar.—¿Va usted á llevarme consigo, á llevarme en seguida? ¡Oh, qué feliz soy! Ya ve usted, es preciso que salga de aquí hoy mismo, antes de la noche. ¡Hace tanto tiempo que no he ido á hablar con él, á consolarle! ¡Debe aburrirse y sufrir tanto solo!

—¿Pues á quién quiere usted ir á ver?

—A él.

—¿El?

—Roberto Daniel.

—¿El novio, el prometido de usted acaso?

—¡Oh, no! El prometido de Jane.

Y yo repetí con un poco de sorpresa:

—¿El prometido de Jane?

—Sí.

—¿La espera á usted?

—Todos los días, desde hace seis meses.

—¿Y dónde la espera á usted?

—Toma, donde está. En el cementerio. En su sepultura. ¿No conoce usted su sepultura? Es bonita. De mármol blanco, que á veces al sol es un poco de color de rosa. El nombre de Roberto Daniel está grabado en la lápida, y encima, entre las ramas que cuelgan, hay una urnita de alabastro llena de agua del cielo, y donde van á beber los pajarillos.

Me la quedé mirando con asombro, enternecido.

—¡Ah, sí!—prosiguió.—Usted no comprende, usted tampoco. ¿Cree usted que cuando se acaba la vida se acabó todo; que ya no se piensa, ni se mueve cuando se está enterrado; en fin, que los muertos están muertos? Eso no es verdad, señor. Usted no sabe las cosas, y es que nunca ha puesto el oído en la hendidura de un sepulcro para escuchar lo que pasa por allá dentro. Antes de lo que me ha sucedido, también ignora-

ba yo, como usted, que los difuntos están vivos. No le recrimino por ello; pero usted no puede saber lo que yo sé.

Interrumpióse un instante, besó la pequeña rama de flores azules, y continuó con mucha lentitud:

—Una vez había ido yo sola al cementerio del Père-Lachaise, para llevar una corona á una amiga de convento que tuve, y que ya no tenía. Puse la ofrenda en la verja y me volví. Bajo el azul y las nubes había en el aire mucha claridad, y á ratos un poco de sombra; entre las tumbas, bruscos rayos de luz iban y venían, escapábanse y regresaban, como niños que juegan corriendo unos tras otros. Hacía un tiempo tan suave, tan puro, tan hermoso, que me sentí feliz en ese lugar de tristezas, feliz y alegre. Entonces, al pasar junto á una tumba donde abrían sus pétalos muchas flores, me dieron ganas de coger una. Eso no era un sacrilegio, ¿no es así? Alargué el brazo. Me detuve asustada, teblando toda. Allá, debajo de la losa, había hablado alguien con una voz muy dulce. ¡Oh, no me engañé, oí bien! La voz dijo con un tono de queja y de esperanza: «Jane, ¿eres tú al fin?» Me incliné para escuchar. Y la voz murmuró de nuevo: «¡Oh, Jane! Al fin, eres tú. Contesta.» Al principio tuve mucho miedo; pero, se concluyó. Ningún temor. Sólo una gran conmiseración y una gran ternura. Alcé los ojos. Leí los nombres de Roberto Daniel en la piedra, y ví que había muerto de veinte años. Todo lo comprendí. Aquel á quien creían dormido dentro de esa tumba, y que no dormía, tuvo una prometida llamada Jane, quien le había dado palabra de ir á verle al camposanto y no iba. Esperábala de continuo; cada vez que á través de la tierra le llegaba algún ruido de pasos, creía que al fin le cumplía la promesa, y preguntaba: «¿Eres tú?» Pero nadie le respondía. Yo le respondí. ¡Debía de sentir tal angustia, allá en la obscuridad, en el frío, en la rígida estrechez del féretro! ¿Hice mal en querer consolarle? Le hablé, y mentí. «Sí,» le dije, poniendo la boca lo más cerca que pude de la piedra, «soy yo, soy yo, tu Jane.» ¡Oh! tuve un gran desasosiego: quizá por causa de mi voz pudiera

reconocer mi engaño; no creería que era Jane quien estaba allí. Pero, sin duda, á través del espesor del mármol, el sonido no le llegaba sino muy tenue, poco perceptible, cambiado, porque oí un largo y profundo suspiro de satisfacción. ¡Creía, creía! Y nos pusimos á charlar ambos dulce y tiernamente. Ya comprenderá usted que al principio de nuestra conversación sólo decía yo cosas bastante vagas, que podían referirse á casi todos los amores, á casi todos los noviazgos. Sobre todo, le dejé hablar, reflexionando acerca de las menores palabras, fijándome en los detalles, á fin de reconstituir la historia y poder hablar á mi vez con más extensión, como quien está al corriente de todo. ¡Hubiera sido para él una gran pena si hubiese descubierto mi fraude! En fin, al cabo de una hora, sabía yo todo cuanto había que saber; y la misma Jane que hubiera sido, no hubiese podido contestarle con más oportunidad. Permanecí allá hasta la hora en que se cierran las puertas del cementerio. Y volví al día siguiente. Por espacio de tres meses, todos los días nos hemos dicho cariñosas y dulces palabras. Nos pusimos á recordar la mañana primaveral en que nos encontramos por primera vez, la primera sonrisa, el primer apretón de manos á hurtadillas mientras que su madre y la mía iban delante de nosotros, hablando entre ellas, y no veían nada. ¡Cuántas veces había venido de noche á la puerta del jardinito! Hablábamos á través de la madera, como á la sazón á través de la piedra. Y á menudo pasaba por el agujero de la cerradura un papel donde estaban escritos versos hechos por él. Luego consintieron nuestros padres en que fuésemos felices. La muerte no quiso. Cayó enfermo. ¡Nos contamos nuestras ansiedades y nuestras vanas esperanzas durante su larga enfermedad! Pero hasta esos mismos recuerdos amargos eran dulces para nosotros, y á causa de las largas conversaciones estábamos tan contentos como si hubiéramos estado casados. ¡Ay! Un día en que iba yo á salir para marchar al cementerio y llevar á Roberto Daniel un ramito de miosotis que me había pedido (eran las flores que prefería desde que estaba muerto),

entró mi madre en mi cuarto con dos hombres á quienes yo no conocía. Me cogieron y me llevaron consigo. Aquí es donde me han dejado. Esto es mucho más triste que el cementerio; y aun cuando también yo estoy como muerta, ya no podemos hablarnos Roberto y yo, porque nuestras tumbas están muy lejos una de otra.

Se quedó callada, sollozando. Cuando levantó otra vez la cabeza, vió sin duda mi aire triste y comprendió que no había ido para sacarla de allí.

—A lo menos—me dijo—¿quiere usted encargarse de una comisión para Roberto? Está en el Père-Lachaise; ya se lo he dicho á usted. No es difícil hallar el sitio. Es á la izquierda de la calle principal, subiendo. Dé usted dos golpes en la losa, porque algunas veces duerme. Era la seña convenida entre ambos. Dígale usted que Jane (¿oye usted bien? Jane) se ha ido de viaje con su madre, pero que volverá dentro de una semana ó dos; en una palabra, muy pronto. Que no debe estar triste, ni impacientarse; que le ama siempre. Dígale usted también que le ha encargado á usted de llevarle el ramo, y póngalo en medio del tablero de mármol. Eso le causará placer.

Cogí el ramillete y me marché. Y acabóse la historia. Sin embargo, una cosa me queda por decir, á riesgo de parecer á ustedes un poco ridículo: hice el encargo.

CATULO MENDES.

LA PERLA DE TOLEDO

(TRADUCCIÓN DE LUIS MARCO.)

¿Cuándo es más hermoso el sol,
Al ocaso ó por el alba?
Del olivo y del almendro,
¿Quién tiene más bellas ramas?
Valencianos ó andaluces,
¿Cuáles son de más pujanza?
¿Quién lleva entre las mujeres
De la hermosura la palma?
«La más hermosa mujer,
»De las mujeres de España,
»Es la *Perla de Toledo*,
»Es doña Aurora de Vargas.»
El mozo Tuzani pide
Su lanzón, pide su adarga:
Del cuello cuelga el escudo,
Su diestra el lanzón embraza.
Mira sus cuarenta yeguas
Una tras otra en la cuadra:
«Es *Berja* la de más bríos
(El mozo Tuzani exclama);
»Sobre su redonda grupa
»He de traerme robada
»A la *Perla de Toledo*,
»A doña Aurora de Vargas,
»O ¡por Aláh! no entro vivo

»En Córdoba la Sultana.»
En *Berja* la vigorosa
Tuzani al punto cabalga,
Galopa, llega á Toledo
Con mil amorosas ansias.
Muy cerca del Zacatín
Con un anciano se halla,
Y le dice: «Buen anciano,
»Viejo de las barbas blancas,
»Llévame aquesto á Gutierre,
»A Gutierre de Saldaña.
»En la fuente de Almamí,
»Si es hombre, di que le aguarda
»Tuzani, el mozo de Córdoba,
»Con su lanzón y su adarga;
»Y la *Perla de Toledo*
»Hemos de ver quién la gana.»
El viejo toma el papel,
Dalo al conde de Saldaña,
Con la *Perla de Toledo*
Cuando al ajedrez jugaba.
Un cartel de desafío
Lee el conde en esa carta,
Y todas las piezas tira
Con una fuerte puñada.
Levántase de la mesa,
El corcel pide y la lanza;
Y la *Perla*, temblorosa,
Ella también se levanta,
Sabiendo que á desafío
El dueño va de su alma.
«Don Gutierre, mi señor,
»Don Gutierre de Saldaña,
»Quédate, yo te lo ruego,
»Y sigue la comenzada

»Partida conmigo.»
«¡Nunca!
»No al ajedrez, con las lanzas
»En la fuente de Almamí
»Voy á jugar.»
Y las lágrimas
De Aurora no fueron parte
A detenerlo en su marcha:
Por nadie un buen infanzón
De ir á pelear se aparta.
Y la *Perla de Toledo*,
Envolviéndose en su capa,
Jinete sobre su mula,
Va de la fuente en demanda.
En derredor de la fuente
El césped es roja mancha,
Y en la fuente de Almamí
De rojo se tiñe el agua.
Mas no sangre de cristiano
La hierba pone encarnada,
Ni enrojece del arroyo
Las linfas puras y mansas.
Tuzani, el mozo de Córdoba,
Yace tendido de espaldas:
En su pecho se ha quebrado
De don Gutierre la lanza,
Y por la tremenda herida
Toda su sangre se escapa.
Su yegua *Berja* lo ve,
En triste llanto bañada,
Pues la herida de su amo
Ella no puede curarla.
Ya la *Perla de Toledo*
Desde su mula se baja,
Y al moribundo Tuzani

De aqueste modo le habla:
«Caballero, caballero,
»No se te desmaye el alma:
»Has de vivir luengos años
»En Córdoba la Sultana,
»Para tomar por mujer
»A una mora enamorada;
»Mi mano sabe curar
»Las heridas de un Saldaña.»
«¡Oh blanca *Perla*, oh mi hermosa
»*Perla de Toledo*, arranca
»De mi mal herido pecho
»Aqueste trozo de lanza,
»Porque del acero el frío
»Me hiela, al par que me mata.»
Se acerca entonces Aurora,
Sin mostrar desconfianza;
Mas él recoge sus fuerzas,
Y su aguda cimitarra
Acuchilla sin piedad
Tan hermosísima cara.

PRÓSPERO MÉRIMÉE.

(Imitación del español.)

CRÓNICA LITERARIA.

Memorias de un solterón, por D.ª Emilia Pardo Bazán.—**Teatro ¿libre?**—La decadencia del naturalismo y la anarquía literaria.

El tomo XIV de las Obras Completas de la Sra. Pardo Bazán (recién publicado) contiene la novela *Memorias de un Solterón*, que apareció no ha mucho en La España Moderna. No necesito, pues, resumir su acción, ni consignar aquellos esclarecimientos que para la mejor inteligencia de sus opiniones se ven obligados á hacer los críticos, cuando, al revés de lo que sucede en este caso, ignoran si es ó no conocida de los lectores á quienes se dirigen, la obra de que tratan.

Y menos mal si lo ignoran solamente. Tratándose de los grandes periódicos, de las publicaciones de mucha circulación, la cuestión no se halla en estado de ignorancia ó de duda. Categóricamente se puede afirmar que la mayoría de los lectores no han leído las tres cuartas partes, por lo menos, de los libros sobre los cuales discurre el crítico. Y eso que la crítica no es en extremo diligente, y tiene frecuentes intermitencias en los periódicos, donde se la considera á veces poco más que como ripio, para llenar los huecos que dejan otras materias reputadas por más interesantes.

Esta posición es harto embarazosa para el crítico. Por una parte no es fácil dar idea de una obra literaria á quien no la ha leído. Los resúmenes de argumentos, á más de ser un tra-

bajo pesado y engorrolloso, son siempre incompletos é insuficientes, pues en las obras de la literatura amena lo de menos es *el tema*, (los hechos, etc.), y lo importante la manera de tratarle el escritor. Por otro lado, me figuro al lector arrojando el periódico ó la revista, y *diciendo* mentalmente al crítico: «¿Y á mí qué me cuenta usted? nada de eso me importa un pito.» De ahí que la única clase de crítica que puede ser en cierta medida *popular*, que puede tener un público extenso, sea la crítica satírica, que con donaires y chistes, y hasta con insolencias, consigue hacerse leer. Viene á ser como la máscara en el teatro antiguo, ó el colorete en el moderno; algo que lleva á los oídos de la multitud la voz de las letras, y á los ojos las imágenes de los rostros, exagerando aquélla y éstas para que con tal artificio puedan ser oída la una y vistas las otras. Por la misma causa es frecuente en las críticas hablar, más que de los libros objeto de ellas, de otras cosas que guardan alguna relación con los mismos, á fin de buscar por ahí la amenidad, y al menos entretener á los lectores.

Puede decirse que los que escribimos de crítica, ó con intención de hacerla, no escribimos para el público, sino para los autores y para nosotros mismos, mutuamente; ó á lo más, para un círculo reducido de personas que experimentan cierta curiosidad por saber lo que de tal obra piensa Fulano ó Mengano. En realidad, sostenemos una conversación familiar en letras de molde, con formas algo más solemnes y atildadas que las que emplearíamos en pláticas ó epístolas particulares. Mas por lo que toca al número y efectos del *coro*, es casi lo mismo.

Verdad es que la crítica puede desempeñar una función preventiva, *avisadora,* señalando lo que se debe leer, ó mejor, dando noticias y apreciaciones, por las cuales pueda elegir cada uno las obras más en armonía con su gusto, que más atraigan su curiosidad ó puedan serle de más útil estudio. Una bibliografía ilustrada de este género contribuiría más á la cultura general, que buena parte de la crítica que *se hace* con pretensiones magistrales. Pero falta la primera condición: la

afición á leer y el propósito de verificar una selección entre las lecturas posibles. En el gran público la elección de lectura es muchas veces asunto de azar, efecto de un título llamativo, del hallazgo de un ejemplar barato en un puesto de libros, de la comodidad que ofrece la biblioteca de un amigo complaciente. Se lee muy poco, y casi nunca con plan y orden. Y luego, si apenas es leída la literatura *directa*, la que tiene por objeto inmediato la realidad objetiva ó imaginada, ¿cómo ha de serlo la crítica, que es una literatura *refleja*, una literatura de literatura?

***

Por fortuna, puedo desechar estas preocupaciones tratándose de las interesantes y sugestivas *Memorias de un Solterón*. Refiriéndome á ellas como á cosa conocida de los lectores de La España Moderna, diré primeramente que lo principal, á mi entender, de esta novela, es lo *psíquico*, la intensa vida interior de los personajes. Desde este punto de vista hay casi tanta distancia entre la obra de la Sra. Pardo Bazán y *Tobi*, del señor Ocantos (que cito como ejemplo por haber hablado de ella en la Crónica anterior) como del viejo continente al nuevo mundo. A un lado está la psicología sencilla, elemental, de una raza joven, atenta al lucro, á la elaboración de la riqueza que preparará mañana las floraciones del arte; de otro la psicología complicada, honda, de las viejas razas, ricas en herencias mentales, depuradas por una larga historia, maduras ya por la acumulación de experiencias para las sensaciones refinadas, para la apreciación de los matices delicados, para el afinamiento de la *sensibilidad* moral, para producir, en suma, individuos en quienes la intensidad de la conciencia desarrolla una segunda vida interior, artificial en algún sentido, que se sobrepone á las sensaciones ordinarias y normales, al vivir

fisiológico, semi-inconsciente de los problemas de la vida, sin *auto-dirección* deliberada y reflexiva, como es la existencia de la mayoría, en los grupos humanos todos, y más en aquellos en que la orientación de la cultura tiene un carácter práctico y material. Esto trasciende naturalmente á las formas artísticas y á la manera de apreciar los problemas del arte. Aplicando las consideraciones anteriores á los dos libros mencionados, no necesito decir dónde está América, y dónde Europa.

Bueno es advertir, para que nadie se ofenda, que aunque tengamos mejores escritores y mejores artistas que ellos, no deben envidiarnos los americanos; más bien podríamos nosotros envidiarles. Los superamos porque somos más viejos, como supera el hombre maduro al mozo, y se cambiaría por éste, que tiene más porvenir y más vida. El excesivo afinamiento intelectual está muchas veces cercano de la decadencia, es la última floración de las civilizaciones. La inteligencia es una *vista* interior, y cuando se aguza y aclara extraordinariamente, la magnificencia y variedad inagotable del espectáculo la absorbe en una contemplación que atrofia las facultades activas. Convirtiéndose de actor en espectador del mundo, se da el primer paso hacia el quietismo nirvánico, umbral de la muerte, de la muerte de lo que en este mundo es vida.

***

Las dos figuras principales que pinta de mano maestra en su novela la señora Pardo Bazán (Mauro Pareja y Feita) no son precisamente decadentes, pero sí tipos refinados, modernísimos. Son los dos polos de la acción... Adán y Eva, con vistas al siglo XX. Dos tipos que se completan y se explican maravillosamente. La mujer es *hasta ahora*, obra del hombre. En realidad la *new woman*, que dicen los ingleses, la mujer nueva que pretende su emancipación jurídica y económica, más que

un efecto de las tendencias decadentes á la homogeneidad que señala Le Bon en sus últimos escritos sociológicos, es una creación de esa *filaucia* masculina que profesa el solterón de las *Memorias*. Son dos fenómenos correlativos y complementarios. En el movimiento *feminista* hay como una revelación instintiva del peligro próximo, de la huelga de maridos, que ya se anuncia en ciertos países en la disminución de la nupcialidad. Al egoísmo de los varones que rehusan soportar las cargas de la familia, prefiriendo una vida fácil é independiente, es forzoso que conteste la pretensión femenina de tomar parte en la concurrencia vital con las mismas armas que los hombres. Hay, sin duda, otras causas de índole moral y religiosas unas, otras políticas (como la extensión de las funciones públicas en sentido democrático) pero aquel es uno de los aspectos más importantes del problema.

La *filaucia* de Mauro es un egoismo atenuado, decoroso. Se podría, sin caer demasiado en la casuística, distinguir entre el egoísmo neto, que convierte al *egó* en centro del mundo, y la *filaucia*, que se limita á practicar la caridad bien ordenada, según la sabiduría popular la entiende. Al fin y al cabo la filosofía práctica del *autófilo* que pinta la señora Pardo Bazán es esa eterna filosofía hedonista que en una ú otra forma late en el fondo de todas las concepciones del mundo y de todas las reglas de conducta. Todas las morales, hasta las más austeras y religiosas, buscan la felicidad como fin último, ya en este mundo, ya en la vida futura, ya en el descanso de la nada. Todos, lo mismo el epicúreo que el asceta, lo mismo el *yogui* indio ó el estoico que el sibarita, buscamos la felicidad, sólo que cada cual la entiende á su modo. No sabemos de ningún santo que sacrificara su salvación eterna á la agena. Ni en lo humano cabe otra cosa. Así como en la superficie de una esfera cada punto es un polo ideal, el extremo de un eje posible, cada individuo es también, desde su punto de vista, un polo del Universo. La distinción profundamente verdadera y lógica, en cuanto subjetiva, entre el yo y el no yo, entre el ser que

afirma su individualidad y el resto de lo existente, equipara un minúsculo ser pensante con el Universo infinito. Mirada la cosa desde fuera, *impersonalmente*, la desproporción es ridícula, es el grano de arena que pretende contrapesar en un platillo de la balanza al mundo puesto en el otro. Y sin embargo, para sí mismo, pesa más el átomo.

Con todo, hay que convenir en que el *hedonismo* de Mauro es excesivo, especialmente cuando corteja á las muchachas solteras de Marineda sin otro propósito bueno ó malo, que el de experimentar las sensaciones del noviazgo, del «hechicero idilio soso,» como dice con frase feliz la autora. Bien sabe el pícaro Abad lo que se hace al preferir al papel del seductor vulgar esa deleitosa *flirtation*, ese floreo platónico que se detiene en los umbrales del casorio. Pero estos entretenimientos amorosos no son ya pura *filaucia*, mero amor de sí mismo, sin daño para el prójimo; entran en los dominios del egoísmo por cuanto sacrifican á la satisfacción personal de Mauro las ilusiones de las doncellas casaderas á quienes da tan crueles chascos. No es posible, por esto, que nos inspire mucha compasión el solterón de las *Memorias*, cuando de tanto ir á la fuente se le quiebra al cabo la *filaucia* y carga como cualquier hijo de vecino con la cruz del matrimonio. Y si esta expiación parece poca y hay justicia distributiva en la novela, temo mucho que cuando el tal Mauro escriba las *Memorias de un casado* tenga que relatar, si es fiel cronista, sucesos desagradables. Acaso sea infundada esta suposición mía, pero como las novelas son relatos de *vidas imaginarias* (así acaba de titular un libro suyo Marcelo Schwob) juegos *de posibles*, en lenguaje escolástico, el lector bien puede permitirse el placer de prolongarlas á su sabor y fantasear sobre ellas.

Es interesante en extremo—lo más interesante acaso de la novela—la lucha entre la filaucia de Mauro y la conjuración de circunstancias individuales y sociales que tienden á convertirle en un padre de familia, á pesar de su repugnancia á subordinar al interés de la sociedad el suyo particular. La

vida ideal del *autófilo* es, sin duda, la soltería cómoda y libre de cuidados, que describe el *abad* en sus *Memorias*. Pero la organización social y áun la misma manera de ser de los individuos, tienden de mil maneras diferentes á satisfacer los fines colectivos. La herencia, el hábito, las costumbres é ideas reinantes, las instituciones de la sociedad y la influencia sujestiva del ejemplo, en suma, todo lo que al hombre rodea, todo lo que lleva adherido de generaciones anteriores, tiende á apartarle del cultivo solitario del jardín de su propia dicha, y le empuja á que fecunde con su sudor y su fatiga el campo inmenso de la utilidad común, que da á cada generación sus frutos y recibe de ella la simiente de la cosecha venidera. Schopenhauer dice con razón, que el amor es una artimaña del genio de la especie.

En estas redes, verdadera obra maestra de la Naturaleza, cae al fin Mauro, y hay que reconocer que la especie se vale en este caso de un singular instrumento. Junta dos revolucionarios para un fin conservador como el matrimonio: al revolucionario manso, que practica sin ruido la emancipación del *yo* y á la animosa Feita, que defiende y hasta ensaya la emancipación femenina.

El caso de Feita está perfectamente explicado en la novela. Es un caso de reacción contra las inclinaciones de sus hermanas. El exceso, en éstas, de las cualidades femeninas, ó si se quiere de las cualidades que ordinariamente da á la mujer su condición social, conduce, por repulsión, á Feita, á querer ser menos *mujer*, á sublevarse contra la supremacía del hombre. Tula, Argos y Rosa explican á Feita: lo demás lo hace la librería de la Duquesa.

Muchas más cosas hay que aplaudir en la última novela de la Sra. Pardo Bazán. Mas por ser unas comunes á todas las obras de la ilustre escritora (como la naturalidad y soltura del lenguaje) y por entender que las otras contribuyen menos que las apuntadas á la impresión general que deja el libro, pondréaquí punto, diciendo para terminar, que la forma autobio-

gráfica que emplea la autora, es la más propia para una novela de esta clase.

***

El Imparcial ha abierto en sus *Lunes* una interesante información literaria acerca de si es posible y conviene la fundación de un teatro libre en Madrid. A juzgar por las opiniones publicadas, hay que rebajar algo del adjetivo. No se trata de un teatro absolutamente libre, sino de un teatro *más libre* que el actual. Se comprende esta restricción porque la consulta hecha por aquel periódico, no tiende, al parecer, á promover un debate teórico sobre la cuestión, sino á ayudar, *haciendo opinión*, é ilustrando el asunto, á la realización práctica del propósito que tienen algunos literatos de establecer ese teatro.

Varios de los escritores que han tomado parte en la información y la misma nota preliminar (muy discreta por cierto) con que *El Imparcial* la encabeza, declaran con deliberado empeño, que el teatro independiente de que se trata, no estaría reñido con la moralidad. Tanto mejor y desde luego reconozco que es oportuna y plausible esta manifestación para que no tropiece el proyecto con un obstáculo más, sobre los que tendrá de seguro. Pero ya que se habla de teatro libre, conviene aclarar algo los conceptos y no confundir los que son heterogéneos.

En España hay sin duda una gran libertad práctica en muchas cosas, excesiva quizás en algunas, pero suele haber gran timidez teórica, cuando llega el caso de emitir públicamente ideas nuevas ó que se apartan de lo acostumbrado. Sin salir de esta cuestión del teatro, que es la que ahora importa, creo que en algunos de los teatros existentes (que no pretenden ser libres) se representan obras, que bien por su misma índole ó bien por la manera de representarlas, no contribuyen en nada

á la moralidad pública, sino que, al contrario, la dejan mal parada. Esto lo vemos y lo comprendemos todos y la opinión general lo tolera y áun gusta de ello cuando tales espectáculos atraen numerosa concurrencia. Pero llega el caso de tratar del teatro libre y no nos atrevemos á reconocer que la libertad y la moralidad son cosas diversas, heterogéneas, que pueden muy bien hallarse en contradicción en casos determinados.

Para mí es incontestable que la libertad, en el sentido más amplio, es conveniente para el arte. Significa á mi juicio que no pesen sobre el artista más motivos que los artísticos y no otros algunos, por respetables y poderosos que sean. Lo inmoral puede ser artístico como lo moral, porque el fin del arte es la belleza, y la belleza no es en sí moral, sino cosa de otro género. Una mujer hermosa puede ser de malísimas costumbres y no por eso resultará fea, aunque las personas prudentes preferirán á la hermosura liviana, la hermosura virtuosa, puesto que une á la excelencia de la belleza la de la virtud, reuniendo así dos cualidades amables en vez de tener una sola. Pero la hermosura en sí misma, estéticamente, ni gana ni pierde con la virtud.

La libertad no es inmoral, es *amoral*. Pero como la sociedad no puede ser amoral, porque entonces sería imposible la coexistencia de los que la forman, surge el eterno conflicto entre la libertad individual y la conveniencia colectiva. Y claro está, como á una sociedad le importa más su conservación que la libertad artística, la última tiene que limitarse en consideración á la primera, aunque ésta no puede ser sacrificada en absoluto á aquélla, pues lo que en todos los estatutos sociales se persigue es una solución de armonía, una transacción entre los varios fines humanos, y también entre la libertad de cada individuo y las necesidades de la vida colectiva.

Por eso tiene la literatura, y particularmente el teatro, por su carácter de espectáculo público, ciertos límites morales, que no son *intrínsecos*, pero que tienen su razón de ser, aunque no

la tengan en el arte mismo, sino fuera. Estos límites no son fijos, sino variables; dependen de la concepción de la moralidad y del estado moral de la sociedad que los impone, y también de otros conceptos correlativos. No hay que olvidar que la moralidad efectiva, real, no coincide siempre con la aparente. La España de Carlos IV no era más moral que la España de hoy, y sin embargo se ponía entonces un tablón en los escenarios para que no se viesen los pies de las bailarinas.

Un *teatro libre* en absoluto no sería posible en la práctica, mas que, si acaso, como espectáculo privado. Repito, pues, que el teatro independiente que se proyecta no deberá ser inmoral, aunque esto restrinja naturalmente su independencia. Mas no se le puede pedir que *sea moral*, si lo que se quiere es hacer más libre el teatro.

No ser inmoral no es lo mismo que ser moral. Puede exigirse al *Teatro libre*, ó como quiera que se le llame, que no escandalice; no se le puede pedir que edifique. Por esto me parece que se sale de la cuestión el Sr. Pereda cuando dice que considera necesaria la libertad propia del «teatro culto y cristiano.» Eso no es libertad, es cultura y cristiandad, cosas distintas. Aunque el teatro que el Sr. Pereda llama cristiano, juntando dos conceptos que tienen muy poco de común; aunque ese teatro, (que á veces no fué cristiano en sus tesis, por más de que expresara sentimientos de una sociedad cristiana como la española del siglo XVII), presente más libertad que el actual en algunas cosas, esta libertad no dependía de que fuera cristiano. Las mismas personificaciones de los autos sacramentales (que suponen de cierto gran libertad) podrían aparecer igualmente en un teatro pagano, musulmán, budhista, etc.

La idea del teatro cristiano supone una restricción, la del teatro libre (aunque lo haya de ser relativamente) una ampliación. Concedo de buen grado que si la cuestión propuesta por *El Imparcial* fuese v. gr., ¿por qué medios puede fomentarse ó crearse (si no existe, como yo pienso), la acción moralizadora

del teatro? estaría muy en su punto que el Sr. Pereda buscara la solución en un teatro culto y cristiano. Realmente, en un país católico como España, cuya tradición religiosa va tan enlazada con su tradición literaria, nada sería tan propio para ese fin como el teatro *relativamente* cristiano á que alude el insigne novelista. Para moralizar desde la escena no habían de escribirse piececitas insulsas como las que se representan en los colegios de señoritas. Todavía concedo más: que para el interés social sería muy importante esa rectificación de la dramática en un sentido ético y religioso; pero ¡si no se trata de eso! ¡si se trata del teatro libre! Por esto decía antes que, en mi sentir, se sale de la cuestión el Sr. Pereda.

Además, el teatro no es ahora escuela de costumbres. Ha podido serlo alguna vez y dentro de ciertos límites (la tragedia griega, v. gr.); pero hoy su papel es más modesto, si se quiere, más *especializado*, por la creciente diferenciación de fines y de manifestaciones de la actividad, que separa lo artístico de lo que corresponde á otras esferas y da al arte sustantividad propia. El público no va al teatro á recibir lecciones de moral, va en busca de un recreo, á lo más de una emoción estética, y no pide ni quizás admitiría otra cosa.

Comprende también la información de *El Imparcial* el punto interesante de si es posible admitir en nuestro tiempo la libertad de fondo y forma propios del teatro clásico español, Distingo, como diría un escolástico. Primero, entre la libertad del fondo y la de la forma, y después entre las obras modernas y las antiguas que reaparezcan en escena. Respecto á la libertad de fondo no creo que haya cuestión, la considero plenamente admisible. Por lo que toca á la libertad de forma, entiendo que debe aplicarse la segunda de las distinciones señaladas. En una obra escrita hoy me parece que no puede ni debe decirse lo que hasta las mismas piedras llamaban á Celestina, pero en la *tragicomedia* famosa pueden subsistir estas libertades de lenguaje al ser representada de nuevo. Las salva el carácter histórico, *arqueológico*, que allí tienen, como salva igualmente las desnu-

deces de los Museos. En este punto me parece que acierta el Sr. Blasco al decir que el progreso de las *buenas formas*, la *cultura*, se opone á que en una obra moderna (no histórica, añadiría yo) se permitan las licencias usadas en las antiguas.

También acierta cuando dice que lo clásico es sagrado. Tiene lo clásico el gran prestigio de la autoridad, la fuerza enorme de la opinión, y singularmente de la opinión del pasado en todos los negocios humanos (el gobierno de los muertos de Spencer). Por esto la representación de obras escogidas de nuestro teatro clásico tiene, además de un interés histórico y del interés eterno de la belleza, que vence al tiempo, otra importancia. Es una preparación muy conveniente, casi necesaria para el teatro libre moderno. Abriría nuevos horizontes á gran parte del público, le enseñaría que mucho de lo que se juzga hoy atrevimiento y áun temeridad, viene consagrado por nuestra tradición literaria. Y esto lo haría con lo autoridad incontrastable que da la admiración secular, el consentimiento y el aplauso de muchas generaciones. Además estimularía á leer nuestros libros antiguos, á aprender lo que fuimos, hoy que no somos ¡gran cosa aunque nos pese y nos duela. Bajo todos conceptos ha sido acertada la idea de asociar en el futuro teatro libre nuestra dramática clásica con la dramática moderna.

Zeda, ó sea el entendido crítico Sr. Villegas, observa muy discretamente que el teatro que se proyecta será una preparación del verdadero teatro libre, y podrá influir en la mejora del gusto y hasta en el decoro y propiedad de la escena. Estoy conforme con esta opinión y me parece también muy oportuno el programa que traza *Zeda*, (comenzar las funciones con la representación de algunas escenas de la *Celestina*, celebrar una representación mensual por la tarde en uno de los mejores teatros de la corte, etc.)

En el teatro, tal como hoy se halla establecido ó sea en el teatro de empresa, influirá siempre de un modo decisivo el gusto del público, tanto por ser aquel un negocio industrial

cuanto por la naturaleza de la representación, que es, como se ha dicho, un verdadero juicio oral y público. Para reformar el teatro hay que empezar por reformar el público, y para esto no veo medio más eficaz que el de organizar las representaciones que se proyectan.

Otras opiniones importantes se han emitido acerca del teatro libre, pero como la información continúa, habrá tiempo de volver sobre el asunto.

*
* *

En la reseña y comentario que viene dedicando el escritor francés T. de Wyzewa al balance anual de las literaturas europeas, publicado últimamente por el semanario inglés *Athenæum*, veo dos conclusiones que me parecen exactas en algún sentido y merecedoras de atención. Una es la desaparición ó transformación del llamado naturalismo, otra que al predominio de esta escuela ha sucedido un interregno, digámoslo así, de verdadera anarquía literaria. Aquí no reza aquello de que «á rey muerto, rey puesto.» El rey muerto, muerto se está; mas no hay hasta ahora quien ocupe su trono, ni se ven señales de cuál ha de ser la escuela que recoja, aunque sea á beneficio de inventario, la herencia del naturalismo.

No son estos hechos dos distintos fenómenos, sino dos aspectos diferentes de uno mismo. A la desaparición ó descrédito de una escuela sigue siempre un período de confusión, de vacilaciones, de anarquía. Sucede lo mismo que cuando se verifica una revolución en un país. Hasta que se constituye de un modo estable el nuevo orden de cosas, todo anda desconcertado y revuelto.

Lo que ocurre no es en realidad extraño. Está demasiado reciente la decadencia del naturalismo para que pueda sorpren-

der el que no le haya sucedido aún otra escuela predominante. Aunque ahora vivimos muy deprisa, no es tanto que se sucedan sin interrupción sistemas y escuelas. Como en la descomposición y composición sucesivas de los cuerpos orgánicos hay todo un proceso de desintegración y de integración en el morir y en el nacer de los organismos de ideas que llamamos sistemas ó teorías. Y la desintegración del naturalismo no parece aún terminada.

Ha sido éste, por ahora, la última tentativa dogmática de una preceptiva y de una *práctica* literaria; tentativa encaminada á construir la literatura con arreglo á los datos de la ciencia. Históricamente no ha podido ser más natural la génesis de esta escuela. Nació en una época de entusiasmo ciego por la ciencia, y entonces, como siempre, la exageración condujo á sacar las cosas de quicio, á no ver que la ciencia, con ser tanto y estar llamada sin duda á ser cada día más en la vida individual y colectiva, no era ni podía serlo todo, puesto que el hombre es algo más que una inteligencia, y áun en la inteligencia misma no todo pertenece á la ciencia positiva y demostrada. A esto se deben las exageraciones en sentido contrario, tan pedantescas y ridículas como la de Brunetière, que sin ser *científico* ni por asomo, habla de la bancarrota de la ciencia, con la *sans façon* con que un periodista discurre acerca de la posible caída de un ministerio.

La pretensión naturalista ó significaba cosa tan absurda como que no pudieran ser literatos más que los hombres de ciencia, ó venía á reducirse en puridad á regla tan poco nueva é incapaz de constituir una teoría literaria, como es la de que la expresión artística necesita tener realidad, verdad, propiedad y proporción en suma con lo expresado. Debe reconocerse, no obstante, que en este punto particular, el naturalismo ha prestado enormes servicios á la cultura literaria, destruyendo muchos prejuicios y obligando á una observación más detenida de lo real, objetivo y subjetivo, y á un estudio más completo de los accesorios del arte. Pero siempre resulta que, en el un caso,

la base dogmática era, por demasiado rígida, impracticable, y en el otro se reducía casi á nada.

No sólo esta causa, sino también otras relacionadas con ella, explican suficientemente la decadencia rápida del naturalismo. Lo peor para éste fué que resultó una escuela estrecha, una especie de *partido* literario. Su tendencia materialista, *fisiológica*, reflejo de la moda científica de entonces, la marcada preferencia que concedió á los asuntos bajos y vulgares, cual si no hubiese realidad más que en ellos, hicieron de él un molde muy chico para el arte. El arte naturalista fué *parcial*, poco comprensivo, una de tantas especialidades, una provincia intelectual.

T. de Wyzewa celebra la decadencia del naturalismo, y se duele de que no le haya reemplazado otra escuela dominante. A lo primero nada tengo que decir, es cuestión que depende del gusto y de las opiniones particulares de cada uno. Sí diré, en cambio, que no veo que se pierda mucho con esa que el escritor citado llama anarquía literaria. Esas grandes escuelas que llegan á imponerse con fuerza irresistible, traen aparejados muchos inconvenientes. Producen, entre otros, una nube de imitadores que toman lo exterior y formal del arte por lo esencial en él. Empiezan siendo revolucionarias y acaban en dogmáticas. Podría decirse, exagerando un tanto, que constituyen una serie de variantes sobre los defectos del fundador ó fundadores de la escuela, pues como lo genial es inimitable, lo que se imita casi siempre es lo malo, ó lo menos bueno, de las grandes obras, ó si acaso, lo que en ellas se accesorio é insignificante. A este proceso degenerativo en la producción artística, corresponde en la teoría un proceso de petrificación y estancamiento, que convierte los principios en reglas, y las reglas en trabas. En este estado se hallaba el clasicismo francés cuando Lessing levantó contra él bandera en su *Dramaturgia*. Con el romanticismo, y después con el naturalismo, ha ocurrido algo análogo, aunque en menor escala, pues la influencia de las escuelas va decreciendo y restringiéndose.

Las reglas significan hoy menos que nunca. Su esfera se reduce á lo más elemental y exterior del arte, aumentando en la proporción correspondiente el espacio que queda abierto á la interpretación individual de la estética.

La crítica, ya sea *impresionista*, subjetiva, *artística*, ya dogmática, objetiva, científica, tiende, más bien que á juzgar y sentenciar al estilo antiguo, á *explicar* las sensaciones que produce una obra, ó bien la obra misma.

¿Es esto perjudicial? No lo creo. La diferenciación y la variedad que de ella se origina, son efectos naturales del progreso. Y luego, ¿en qué esfera del pensamiento no ocurre ahora lo mismo que en literatura?

E. Gómez de Baquero.

PINCELADAS Y BROCHAZOS

MARRUECOS

I.

Dos palabras.—Lo que sentimos.—Lo que soñamos.

Es el imán de España. Y yo me explico esa atracción sorda que allí nos lleva, sin decirnos á qué, como Cupido, vendados los ojos; como Juno, mirando con sus dos caras, á Levante la una y á Poniente la otra; como el legítimo heredero de una fortuna, que si no enseña títulos de indudable derecho á ella es porque reconoce sabidas en los extraños las cláusulas del documento. Alejandro Magno, vuelto á Babilonia, dió la paz al universo: en esta calma profunda se abandonaron los atenienses al gusto natural del descanso, al suspirado festín de los placeres, y hasta la misma Esparta suavizó en primer término aquel conocido rigor de sus leyes. La ociosidad, en consecuencia, multiplicó las escuelas de filosofía; el gusto, por consiguiente, ocupó lugar muy distinguido en la imaginación de los poetas y en la de los artistas. Pero muerto este famoso conquistador, se halló la Grecia en un estado deplorable ante la potencia política del mundo; exorbitantes exacciones empobreciéronla; guerras continuas la asolaron, y ella misma en luchas internas, en infructífero batallar, fué á hundirse quién sabe hasta dónde. El arte, envilecido más tarde ante las olea-

das que surgían de aquellos tempestuosos mares de la política, ¿cuál no hubiera sido su fin si los seléucos desde Asia, acogiéndolo y protegiéndolo como tabla salvadora, le dejaran más tarde en playa y á seguro del primer azote? Así cambiando, así en turno, de generación en generación, con sus altas y bajas presiones, permanece hoy en el olvido. El Mecenas de Marruecos, ¿cuál será? ¿Qué oculto placer nos empuja hacia las bravías costas de la Mauritania? ¿Acaso vamos inspirados por la estrella de la fortuna y allí tenemos que cumplir deuda ante la civilización y cláusula del testamento de nuestros mayores? Aún nos parece ver rígido el brazo, franca la mirada, altiva la frente de aquellos ilustres monarcas españoles que, señalando hacia el Sud de la nación, querían unir con el pensamiento lo que Dios ha separado por lengua de aguas azules, profundas, hermosas como todo lo andaluz, frescas y sonrientes de ordinario como todo lo marroquí, que es, en suma, sangre de nuestra sangre, hijo de nuestros antepasados, lazo común de una sola raza que se agita bajo las mismas pasiones, que se entrega en brazos de la indolencia y sueña con música nacida en la Alhambra para morir en el corazón del Imperio Marroquí.

Vivo interés despierta en España esa tierra *de moros* que el vulgo llama. ¿Y cómo no, si en la antigüedad fue de los romanos aquello, y romanos con españoles pasaban y traspasaban los dos países; si godos heredaron de Roma los territorios marroquíes, rindiendo traidora puerta para sus famosas correrías por nuestra península; si monarcas en cuyos estados no se ponía el sol, poseyeron plazas de litoral; si nuestros padres han sido héroes de la gloriosa campaña hace treinta y cinco años librada?

Las murallas de nuestras diminutas posesiones marroquíes, ya flageladas por los años, parece como que quisieran caer y derrumbarse, siendo ellas mismas las que señalarían puerta franca, vía llana de ventura, en abrazo verdadero de dos parientes, que tratan de olvidar ideas religiosas distintas, y

quieren estrechar aquellas afecciones entibiadas, y no pueden por el «qué dirán» de siempre; por el qué «dirán,» que en la política imponen los convencionalismos de las naciones, los supremos intereses de raza, ó los temores de aventuras, cuyo fin es imposible conocer.

Abramos los ojos al presente.

II

Convergencia de ideas.—Nuestros africanistas.

Nos entusiasma oir hablar de Marruecos. Razones hay. Nos place conocer de aquel país muchas cosas; es justo. Si nuestras aspiraciones, si nuestra futura grandeza, si el florón de la patria, si el último suspiro de nuestros padres, si los ideales todos de los españoles van en derechura y á recinto fijo hacia las playas eu que confina el horizonte de la España, gustaría seguramente conocer siquiera un ensayo del problema pretérito, presente y futuro que alegra y rejuvenece nuestro patriotismo.

Alí Bey, se hizo famoso con sus viajes por Africa y Asia. Su libro vivirá siempre, porque todo lo que nos ha dicho—desconfíese de las imitaciones, ó mejor dicho, de las distintas ediciones de su obra—está pesado, medido con exactitud pasmosa. Sus narraciones curiosísimas, sus datos geográficos, políticos, biográficos, no han encontrado competidor. A principios del siglo que corre, publicóse su obra, y es norma y guía de cuantos hoy escriben acerca de Marruecos, y de cuantos viajan por el Magreb. El arriesgado catalán estuvo á punto de realizar en favor de la causa de España una obra muy grande,

que circunstancias últimas, ajenas á la política especial de sus planes, le impidieron consumar. A la sombra de su curioso libro, podríamos distraer al lector y proporcionarle agradabilísima lectura; pero estos apuntes, ó al revés, son tarea del momento, rápida información que no entra en nuestros planes. Y si conviene una chispilla de erudición, que justo es nombrar patriotas é ilustres españoles, y distinguidos extranjeros autores de trabajos relacionados con Marruecos los unos, hechos *ad hoc* los otros, y publicados esotros sobre el terreno, bajo aquel sol que tuesta y enardece, que respira amores y embriaga con sus flores y sus perfumes el límpido cielo y los alegres campos.

Los *Recuerdos marroquíes* de Murga, bizarro húsar que en Marruecos era un sacamuelas de plaza pública y así vestido de musulmán, y así perorando en los *suék* ó mercados, y así entrando en amistad con importantes personajes, pudo escribir su preciado libro que es modelo de curiosidades, historial de mil anécdotas, de cuentos, costumbres y refranes... Abd El-káder Ben El Dchiláli—léase Urrestazazu—con sus *Viajes por Marruecos* como con su *Historia de Marruecos* dedicada á las dos naciones, que una le vió nacer y otra le dió su nacionalidad heredada, es también de los que, como Murga, forman á la cabeza. Cánovas del Castillo nos dió á conocer sus célebres *Apuntes para la historia de Marruecos*, que no sólo entraña la frase correcta, el castellano puro, la honda expresión de su escritura, sino su profundo pensar respecto de la cuestión que enuncia. Coello y Arteche, dos ilustres, geógrafo é historiador, publicaron la *Descripción y mapas de Marruecos:* los mapas del Mágreb en manos de ingeniero y geógrafo tan insigne, son magníficos en el trazado; pero, perdone mi nula opinión, adolecen de algunas inexactitudes hijas del desconocimiento de gran parte del territorio dibujado, como lo mismo se observa en ciertos detalles de las descripciones del sabio general Arteche... Alvarez Pérez titula su simpático librillo *El país del Misterio*, descrito con su castiza y autorizada pluma. Los *Viajes por Marruecos*, de Benítez, son curiosos y despiertan vivo

interés. La *Descripción histórica de Marruecos*, del Padre Fray Manuel Castellanos, publicada en 1878, aporta á la *mater temporum*, *magistra vitæ* relaciones muy acabadas. Costa, Alvarez Pérez, Jiménez, Quiroga, Cervera, Torres Campos, han publicado hermosos trabajos de geografía, geología, comercio, política, industria, relaciones filológicas acerca de Marruecos en el *Boletín de la Sociedad de Geografía comercial*. Carvajal, el popular exministro republicano, nos dió el folleto *España y Marruecos*, librito español neto y puro de política nuestra en aquel país. Los *Intereses de España en Marruecos* discutiéronlos en Sociedades y Academias Azcárate, Coello, Carvajal, Rodriguez Saavedra y Costa, publicados luego bajo el título común que los enlaza en fondo y nombre. Reparaz con su *España en Africa* nos dió regalo de erudición y saber. Julio Carrera en la *Geografía militar de Marruecos* y en la *Expedición geográfico-militar al interior y costas de Marruecos* hizo gala de sus conocimientos de geografía, de sus condiciones de literato y de su acendrado amor hacia aquellos intereses nuestros, siempre en preponderancia y en derecho respecto de la vecina nación. Teodoro de Cuevas, en sus importantes estudios acerca de Larache y en los notabilísimos de una obra inédita de gran valía para los problemas jurídicos relacionados entre Marruecos y las naciones todas del mundo, (base de un tratado de derecho internacional tomando por fundamento á Marruecos) coopera de modo muy eficaz al cultivo de esta afición por los asuntos marroquíes que, á no dudarlo, es innata en todos los buenos españoles. Tello Amondarayn, Soriano, Boada, Morote, Bonelli, Toro, Alvarez Cabrera, Ovilo, Angel Muro, Pareja Serrada, Galindo de Vera, Fernández Duro, Llana, Rodrigañez, Santonja y García, que recordemos, son populares periodistas y conocidos escritores, militares también otros, que han publicado interesantes estudios acerca del Imperio de Marruecos.

La última mitad de la presente centuria, hecha mención aparte de Ali Bey, nos ha servido de guía cronológica para la

enumeración de libros y folletos, que, á la memoria confiados más que á una detenida computación, por sí solos dicen mucho de ese vivo interés que despierta en los españoles todo cuanto se refiere á política, á costumbres, á comercio, á relaciones y problemas generales del Mágreb El-Aksa. Periódicos españoles dedicados exclusivamente á «la defensa de nuestros intereses en Marruecos» robustecen más y más esta nebulosa inspiración que nos domina.

Por esto decíamos y repetimos que Marruecos es el imán de España. Vendados los ojos, como Cupido, vamos derechos al faro de nuestras ambiciones, á Marruecos.

Ligera ojeada dirigiremos á notabilísimos africanistas extranjeros, y, tras el paréntesis, hablar de Marruecos, proporcionándote, querido lector, curiosas noticias que si las enfriara de picante invectiva esta impía literatura, ya se cuidará de sazonarla el interés de tu patriotismo, amor de los amores.

III

Africanistas extranjeros

En la *Nouvelle Geographie Universelle* de Elisec Redus, y tomo onceno, hácense citas muy oportunas de los principales autores extranjeros de obras acerca de Marruecos. Estas citas y los nombres de otros africanistas deben figurar aquí. La *Geographie comparée de la Mauretanie Tingitane* es una obrita que por sí sola da crédito al nombre de Tissot, quien nos proporciona datos científicos tan acabados y perfectos como los pudiéramos desear. Décugis en el *Bulletin de la société de Geographie;* Drummond Hay en su *Westeru Barbary;* Gerhard

Rohlfs en *Mein erster aufenthalt in Marokko;* Washington Serruys con estadística y hacienda; *Morocco und the Moors*, de Learcd; *Journal of a Tour in Marrocco* de Ball and Hooker; Oscar Leuz; el Dr. A. Marcet, autor de un *Marruecos* estudiado con grave detenimiento, como con habilidad suma produjo su *Marocco* Adolfo Von Couring; Amicis y Loti como pintores y estilistas distinguidos, todos, fíjese el lector, han ido involuntariamente á hablar de España en cuanto viajaron por Marruecos: todos, áun contando la parcialidad que impone el patriotismo, han visto un no sé qué, quizá *quid divinum* del artista, quizá misteriosa corriente histórica, ó relaciones de clima ó fauna y flora, ó comparaciones fisiológicas entre ambos países, que en suma constituyen confesión de parte, y á ella relevación de prueba.

Dos obras exprofesamente he dejado de nombrar para dedicarles párrafo aparte.

La una, hija de la ciencia, producción de un estudio, un saber, una perspicacia nada comunes. La otra, nacida de la experiencia criada al calor de práctica diaria, del trato con las gentes que en esto de Marruecos son organismo principal de su máquina, grasa de sus ruedas.

El Vizconde Charles de Foucauld, autor de la primera, publicó hace diez años próximamente, en París, un elegante libro, con Atlas adjunto, que bajo el título de *Reconnaissance au Maroc*, quizá y sin quizá es la obra que sigue en mérito á la de Ali Bey.

Kerdec, mi distinguido compañero, director del ha poco muerto *Diario de Tánger,* nos ha reportado grandísimo beneficio con *Un Boulevard de l'Islam*, que es la *puissance et la cour cherificunes*, *le Mogreb occidental et l'Europe au Maroc.*

¿Se deja en ambas reflejar la fuerza de nuestro influjo? También asoma en ellas ese espíritu de españolismo que se retrata en Marruecos, ya en el fondo, ya en el litoral de sus dilatados contornos, de sus extensas selvas.

Sirviendo de guía, no mi pluma torpe, sino la ciencia y el

conocimiento de Foucauld, y de Kerdec principalmente, verá el lector noticias de interés, asuntos de importancia que le han de llevar la atención hacia el país ese de los misterios de que tanto gustan saber mis compatriotas.

IV

La corte Feci.—Ministros y palaciegos.—Harem.

Hay un palacio en Fez, de lo más curioso, de lo más extraño que puedas imaginarte. Es dueño y señor de aquel alcázar un niño que cuenta escasos diecisiete años, absoluto jefe de los marroquíes, denominado de oficio *Sultán*, que encierra en su autoridad el dualismo de rey y de teócrata. *Sidna*-nuestro-Señor; palabra ó título de que se sirven los del *Maisen* y demás súbditos. *Hadra Cherifia el-alia bil-lah.*—S. A. Cherifiana con Dios; nombre pomposo que emplean los mismos súbditos y gobierno, pero exclusivamente usado en la suscripción de cartas dirigidas á él por los de Figuig, Tafilete, Tuat, Sus, Drâa y Riff. El *Emir el-Muminin* representa, ya lo dicen sus calificativos, dos órganos distintos del gobierno general: uno, en las relaciones temporales, otro en las relaciones político-religiosas ó puramente teocráticas.

Y aquí viene, como anillo al dedo, la explicación de ambas formas de gobierno, representadas, bajo su única jefatura, por empleados que constituyen los dos grandes cuerpos del aislamiento en que Marruecos se apoya para continuar en su obscurantismo, separado del concierto social como nave frágil á merced de los mares,

«Entre las olas, sola».

El más importante consejo del Imperio, que tiene influencias y prestigios igualmente religiosos, es el «Cuerpo Teológico del Islam Occidental», cuyo centro está en Fez. Imanes, ulemas, cadíes, eunucos sagrados, profesores de la *Universidad* kairuanoda, sus alumnos, el cuerpo de los Tulba, constituyen tal cuerpo elevadísimo, gerarquía muy grande entre los magrebitas. Al Consejo llegan las peticiones, las consultas, las demandas de todo el Imperio. Allí no se conocen rebeldes provincias. Místicamente unidos, son una «Junta de defensa», ó acción común del Islam contra los infieles.

Si el sultán dispone del Cuerpo Teológico, ya puede reirse de rebeldías, que al Cuerpo no llegarán rechiflas, y unidos todos por el lazo de la religión, han conseguido en una hora lo que un ejército respetable no pudiera realizar en un mes con el imperio de las armas. ¡Dichoso el monarca marroquí que cuenta el principal prestigio en el Consejo!

El otro Consejo, conocido en Europa por Gobierno Imperial, es el que en aquellas tierras llamamos *Majsen*.

He aquí su composición general:

Un *gran visir*, cosa así como primer ministro, más hábil y astuto que el babuchero de enfrente, especialmente encargado de los negocios interiores, y que tiene preeminencias sobre sus colegas ó visires *(usara)*.

Un *visir de la guerra (usir-el-áskar)*, que tiene tanto de Azcárraga como yo de Archipámpano, está encargado del *¡ejército regular!*, de su mando supremo y administración, jefe también de los contingentes irregulares *(gum)* de caballería é infantería, que por lo común, están formados de las tribus del Guich.

Un *visir de reclamaciones*, cual si dijéramos, Gracia y Justicia.

Un *visir el-umana*, jefe del departamento administrativo y del personal de puertos y aduanas, así como de las operaciones financieras con el extranjero.

Un *visir de negocios extranjeros*, ó tapabocas del solicitan-

te, encargado de emplear gafas azules, astucia y mala intención en los asuntos entre las potencias extranjeras y la «potencia» cherifiana. El mismísimo é invariable señor don Tedul Garnit, en cuerpo y alma, muy conocido en nuestra nación.

Figuran después: el *Caid Meschuar*, jefe del ceremonial de la corte cherifiana, introductor de embajadores y de indígenas admitidos en audiencia, que goza de honores de *visir*, y de consiguiente, es más, puede más, y vale más que Zarco del Valle. El *hayeb* ó gran chambellán, es el encargado de las babuchas del monarca, dignatario que goza de mucha importancia, porque sin tener honores de *visir*, tiene también el cargo de acudir á todo lo que concierne al interior del palacio y del harem, y vela por la vida del propio sultán.

En segundo término van desfilando: el *emin principal*, registrador general de las oficinas cherifianas; el *tesorero central* ó *emin* de Hacienda; el tesorero de entrada y el de salida, *kreryia* y *sákrel* respectivamente; el cadí de la *Dar El-Májsen;* el caballerizo nombrado *mulé er-ruá;* el porta-parasol ó *mulé ed-dúl*..... y tras éstos siguen otros empleados de menor importancia.

¿Quieres conocer un ministerio imperial? Pues vas á verlo.

En este mismo palacio, barriada más bien que armónico edificio de purezas arquitectónicas, señala una habitación muy grande, sala desnuda. Verás al *visir* ocupando el fondo de la *benika*, que así se llama aquel despacho; á sus lados los jalifas, y á continuación escribanos y escribientes. Por mesas las rodillas, por asientos larga colchoneta que ciñe el aposento. Tintero, arenillas, papel, plumas de caña, delante del lugar reducido que ocupan los empleados. Y para ya de contar.

El «Cuerpo Teológico del Islam Occidental» y el *Májsen*, no constituyen toda la corte, todos los aditamentos y adláteres del emperador de Marruecos. El resto fórmanlo empleados particulares y directos del sultán; el harem; los *churfa* (santos); los parientes muy cercanos del rey; los eunucos; los huéspedes distinguidos que siempre hay allí de temporada;

los consejeros íntimos; los amigos y otros parientes; los personajes bereberes, que generalmente viven todo el año en el alcázar, porque una diputación va y otra llega, y siempre se encuentra allí alguna; los bajos empleados, como *mulin frach*, y el *ludú* y el *ferrayin*, y en fin, los esclavos agregados al servicio interior y oficial.

Toda esta gente, muy numerosa por cierto, está regida por el ceremonial que exige la etiqueta cherifiana, y se encarga de dirigir los cumplimientos cortesanos el *Hayeb* interior de palacio. Este *Hayeb* es un verdadero maestro de ceremonias, reglamentando etiquetas y audiencias, las fiestas religiosas y populares, como el almanaque de Gotha, los días en que aparece al público la corte, los en que va á la mezquita pública el sultán, las recepciones y las audiencias de cierta intimidad.

Un recinto de altas murallas encierra todos los departamentos del palacio, y en él hay habitaciones propias del sultán, cuadras, jardines, dos ríos, *parque* de artillería, patios inmensos, dependencias, oficiales, alojamientos de tropa, cuartel de la guardia imperial, meschuár, prostitutas para los soldados, funcionarios que por sus cargos tienen necesidad de frecuentar mucho la corte, etc., etc.

El uniforme único de aquel palacio es el gorro puntiagudo que el mismo sultán lleva. Esa es la punta clásica del gobierno marroquí.

Las *árifas* son típicas en el harem. A modo de consejeras, son las Celestinas del monarca y las protectoras de tanta belleza sensual.

En esto del lujo de las cortes europeas andan muy atrasados los marroquíes, porque llevan en sí los signos de la pobreza, oropel cuando más, y de ahí no pasa. En cuanto á buscar arte en aquel palacio, tonto empeño: el aspecto exterior de los edificios es por extremo mezquino; llevan en sí los signos del abandono, ostentan casi todos la historia de centenares de años que han pasado sucesivamente sobre sus vetustas almenas, dejando cada cual las huellas de las canas en tejados y paredes,

en azoteas y muros, sin que la activa mano del progreso trasluzca por allí su marcha más ó menos acelerada... Caserón en conjunto, y viejo por ende, y por coda lleno de bultos y grietas, enfermucho y débil... ¡Ser que espira!—Allí, al abrigo de la inspección cristiana, de que nunca gustan, puede contemplarse al marroquí *pur sang*. Aislados mucho tiempo del trato con cristianos, gozan una vida tranquila, indolente, oriental. Entre las azuladas ondas que esparce el *quil* ven sus sueños de mil colores, engarzan sus cielos proféticos y respiran el aire aquél, puro y virgen, sin luz en la inteligencia ni luz en los alcances de un porvenir propio.

En el resto del mundo, ó avaros de gloria, ó ávidos de saber, deseamos extender los dominios de nuestra influencia; primero en lo moral, en lo material después. Mas ese pueblo digno de otra suerte ¿qué se hace cruzado de brazos? ¿Dónde va en medio del universal desarrollo? Sepamos, ya que ignoto designio le guía, ya que una estrella escondida le hunde, sepamos siquiera en qué consiste la administración y marcha de ese gobierno y conozcamos esos «misterios» que al salvar el Estrecho los apellidan aquí «diplomacia de los moros.»

V.

Justicia.—Comparaciones.—Resumen.

Abyecta la nación marroquí en las nebulosidades de una legislación defectuosa y rudimentaria, nos resulta fanático ese amor por lo constituído, y á fuer de veraces, repetimos que nos inspira admiración un pueblo que sobrelleva la carga tan miserable de la injusticia, la no menos ignominiosa del atra-

so, la impía de feudalismos escandalosos, con esa misma paciencia del camello en sus largas jornadas, á ciencia de que ni va á reconocer lo nuevo, ni hallará el horizonte despejado de lo porvenir.

El trabajo que es compañero de la honradez y sello del adelantamiento en las naciones, se ve cohibido por prácticas religiosas que embargan tiempo precioso al mahometano. Los derechos de cada cual, pocos los conocen, más bien por aplicación ó instinto natural que por influencias de los gobernantes, y en cambio, son totales, son absolutos los deberes. Y cuando la ley entiende por norma y camino, la arbitrariedad, el súbdito, ó vive feliz gracias á la ignorancia, ó vive mártir, en débito á sus conocimientos jurídicos. Sirven de prácticas las disposiciones koránicas ó la ley bárbara del Talión, añadidas de alguno que otro tratado especial de redacción anónima, nacido allá enel fondo del palacio imperial á expensas y fruto de manos por todo extremo incapaces. Lo expresado, siempre triste, siempre anticivilizador, no llegaría al límite si se cumpliera en manera equitativa, en modo de ley justa, ordenada y correcta; mas el abandono ó la incapacidad constituyen dos fatalidades igualmente execrables, se apoderan del funcionario encargado *ad hoc*, y entonces viene á rodar lo legislado por el declivio abismal de una razón improcedente. En efecto, así sucede: que los encargados de hacer justicia en Marruecos no llevan á efecto su primordial deber, cual es el de aprender, sancionar y saber aplicar las leyes, disposiciones y derechos ó deberes que á los súbditos incumben; y de consiguiente, no se ve con extrañeza que dos reos de delitos exactamente iguales é idénticos sean castigados con penas distintas en absoluto. Partiendo, pues, de este principio, ajustando nuestros ideales posibles en un país así, donde francamente, la ley juiciosa no se conoce, ¿á qué viene extrañarnos de su salvajismo? Al saber que tratamos de un pueblo fanático que ocupa el día en rezar desatendiendo en cambio poderosos medios de desarrollo nacional, ¿debe admirarnos

que su historia se desconozca, su comercio esté muriendo, la agricultura por peores extremos, y las artes, letras y ciencias abandonadas?

Ahí están, parlantes defensores de esta anarquía social, las cárceles de Marruecos. Yo vi una en la capital más poética del imperio y me infundió espanto. El carcelero, con una esquisita galantería que le inspiraron tres realillos de propina, me hizo entrar en una cuadra, en cuyas paredes y columnas están empotradas varias argollas de hierro de las que cuelgan pesadas cadenas que terminan en grilletes. En el terrizo suelo, como perros, había unos cuantos moros atados por sus pies derechos á los grilletes: aquellos reclusos, en sus caras, dibujaban los efectos del hambre, y en sus semblantes el sufrimiento; algunos, de criminales facciones; otros, de cándida é inocente mirada. Salí de la habitación y fuí conducido á otra idéntica, pero con menos luz que aquella, pues que la toma de la que sobra, y no es mucha, á la de entrada. En el ángulo interior de la derecha hay un boquetarro que figura puerta, y es en efecto la que franquea una escalera de negruzca piedra. Allí la obscuridad era tan grande que nos fué preciso encender el candil que mi introductor llevaba. Al final de la escalera vestida de verdín y telarañas, hay una estrecha y larga bóveda, cuyos antiguos muros destilan de continuo agua; en la izquierda, una fila de portalones raídos y sucios, que tienen en su centro cada cual un ventanuco pequeñín aspado de hierros, representan otras tantas prisiones. Allí, el alcaide empobrecido por las tiranías de su señor; allí, el bajá destituído por la influencia. Allí, junto al asesino, el preso político; junto al ladrón, el asesino; junto al niño, el viejo curtido de criminalidades. Sólo en Marruecos, única nación salvaje del Mediterráneo, se pueden observar cuadros de este tono, de este color y luz. Sólo en este miserable pueblo, estacionado en medio del universal movimiento. Nada sirve para ablandar la influencia inmoral de los jueces. ¡Lágrimas! nadie se cuida de ellas. ¡Desesperación! en nadie encuentra un

eco. ¡Derechos! nadie los conoce Si no existen derechos ¿á qué entonces me quejo de que no hay tribunales? ¿Cómo ni cuándo se puede hallar un efecto sin causa?

Refiere Murga en su curioso librito la siguiente anécdota:

«Un negociante inglés recibió la visita de cierta mora que, aquejada de dolor de muelas, solicitaba su auxilio. El buen inglés se apresuró á complacerla, con tan mala suerte, que le extrajo una muela sana, dejándole la picada. Era de oir la mora: gritos y lamentos, escándalo y pataleo, bataola por todo lo serio. El caso es que enfurecida ella del raro lance y deplorada pérdida, hizo un largo viaje á pie y se presentó al Emperador (que lo era entonces Abd Er-Rahmén) con la querella. Pedía la pena del Talión para el cristiano. Cuantas ofertas y cuantas súplicas le hizo el Emperador no tuvieron otro resultado que el de afirmarla más y más en su idea y tratar de que prevaleciese su derecho. Viéndose agobiado el Sultán, pues que el caso habíase hecho público, ofreció al ofensor grandes franquicias comerciales si se dejaba arrancar una muela, á su completa elección. Y tras algunos reparos, el inglés asintió: pretentóse en Mogador, donde estaba el Sultán á la sazón, y le sacaron una muela á presencia de su víctima y perseguidora.....»

Mahoma, como legislador, habla en el Korán de la pena del Talión, uno de cuyos párrafos dice:

«Un hombre libre por un hombre libre, un esclavo por un esclavo, una mujer por una mujer.....»

«En la pena del Talión está vuestra vida y vuestra seguridad, ¡oh mahometanos!....»

Y para que todas las desdichas pesen sobre el Imperio marroquí, tampoco son desconocidos los procedimientos inquisitoriales. Los correazos son castigos impuestos con mucha frecuencia. El tormento se aplica también algunas veces, revistiendo formas espantables, como en ciertas cárceles donde, para obligar á que declare un individuo, le sujetan de pie por una argolla que pasa alrededor del cuello, de modo que tenga que

aguantarse de puntillas, so pena de morir ahorcado, si dejan los músculos de guardar la necesaria tensión.

Meschuar es el nombre que llevan en Marruecos los tribunales de justicia, los consejos del Estado, los congresos de empleados semi-militares dedicados á fallar de una causa criminal. En la corte es el *Meschuar* de verdadera importancia, porque atiende á la resolución de problemas jurídicos en toda extensión, y allí llegan las consultas de los bajás del imperio, las altas demandas judiciales y los grandes pleitos, á modo de Tribunal Supremo que sólo el sultán puede desautorizarlo. En los bajalatos y alcaidías, el *Meschuar* es mucho más sencillo en cuanto á organización y bases generales de la práctica. Son de consulta constante para estos jueces, el Korán en primer término, las disposiciones del alto *Meschuar* y las leyes que por lo común han pasado de boca en boca á la generación presente con las reformas que considere oportunas el juez, según su talento y su talante. Los juicios, por lo general, son sumarísimos, salvo cuando se trata de un desmoche muy grande de cabezas ó de un pleiteo mayúsculo, en cuyo caso pasan á consulta del *Meschuar* cortesano, y éste resuelve lo que haya lugar. Ciertos castigos, determinadas disposiciones, delatan asimismo la falta de unidad en la legislación, que, como juego de niños más bien que sagrada mansión de la ley, son veleta al tiempo que sopla y nunca indica dirección que imprima una fijeza y seguridad indudables en la palabra del jurista. A este propósito recordamos haber oído relatar que un gobernador militar de Ceuta, seguido de escolta española iba á Tánger á saludar al ministro marroquí, y al pasar por un aduar de Anghera éste se rebeló contra el general, hasta el punto de que le fué muy apurado salir de aquel lance. Entabladas las reclamaciones del caso, el sultán mandó que todos los habitantes del aduar, denominado *El-H'Jár*, se trasladasen á la provincia y bajalato de Arcila, trayendo de allí otra kábila que había puesto en jaque á varios viajeros europeos. Verificóse la trasposición, se cortaron cabezas para fin de fiesta, y quedó cum-

plidamente satisfecha España, y asombrados, justo era, el gobierno y la nación. Estos procedimientos, y otros de distinta índole que se repiten con frecuencia en Marruecos, serían suficientísima razón para calificar á un pueblo y distinguir el conocimiento que pueda tener de lo que es y significa el derecho.

Resumamos.

Las fuentes del derecho, su origen, su fundamento, las ideas madres de la justicia, están tergiversadas porque la moral lo está también, que es su base. Si en el antiguo derecho romano, todavía no influído por el cristianismo, ley era *quod principi plamit*, en Marruecos en pleno siglo XIX, es ley también la voluntad de un déspota. Si en Roma se arroja por la roca Tarpeya y hay proscritos en los revoltosos tiempos de la primitiva república, en Marruecos se degüella y se mutilan miembros despiadadamente, y hay pregonados cuyas cabezas se sacan á pública subasta. Si en la ciudad eterna y en los pueblos bárbaros la venganza privada es restauración en muchos casos de violaciones legales, desconociéndose los fueros de una sociedad ultrajada, á la cual, y en su representación á los tribunales de justicia, le es dado juzgar y ejecutar lo juzgado, entre nuestros vecinos ese sentimiento, esa representación, ese concepto les es desconocido, como desconocido es al hombre salvaje ó al niño inexperto el tránsito de lo material á lo espiritual, de lo que penetra por los sentidos y de lo que es labor de nuestra inteligencia.

En las legislaciones todas se observa que las sombras, los enigmas y los símbolos preceden á la simplicidad y espiritualidad de las concepciones. Por eso en Roma, lo mismo que en Marruecos, en la propiedad más se atiende al *corpus* que al *animus*, y es preciso rodear hasta los actos simplicísimos del derecho con la levadura de la materia, con el fenómeno de la visibilidad de las especies, si es lícito hablar de este modo. Ahora sí, lo que ha pasado con nuestros vecinos, lo que la historia escribe de sus hechos y la actualidad lo confirma, es el estacionamiento ó retroceso punible de esta raza, debido, es

indudable, á la Religión. Porque en Roma hubo esclavitud, hubo poligamia, tormento como medio de prueba, penas infamantes, castigos bárbaros; pero todas esas instituciones cayeron ó se modificaron al contacto de las salvadoras ideas del Cristianismo, como se deshacen las tinieblas al brillar la luz. El Cristianismo fué conocido y estudiado por Mahoma; muchas de sus máximas están tomadas del Antiguo y Nuevo Testamento; las ideas capitales de esta Religión, y ¡qué digo! sus dogmas, les fueron predicadas por San Agustín en el siglo IV de nuestra Era, desde las ruinas de Ippona hasta las ruinas de Cartago, y sin embargo, esa razón, ese pueblo raro llevado del fatalismo religioso y olvidando después su grandeza primitiva, cae en el más lamentable de los errores sociales. Prueba inequívoca, digan lo que quieran los impugnadores de esta idea, de que la Religión, la Moral y el Derecho son los círculos concéntricos, dentro de los cuales gira la vida social de los pueblos, á la vez que tres palancas poderosas de las cuales depende la felicidad y bienestar de las naciones.

FELIPE RIZZO Y ALMELA.

SOBRE LA POESÍA

DE LOS

ROMANCES DE LOS ESPAÑOLES

III.

Del carácter principal y la base material de los romances y su división fundada en esta, ó sea de los diferentes géneros y clases de romances.

Antes de pasar del desarrollo formal de los romances á su fundamento material ó de asunto, tengo que anticipar algunas observaciones sobre su *forma poética* en el más elevado sentido y sobre el *carácter que según ella se determina*, esto es, sobre su diferencia de *origen* característicamente manifestada en su tono, colorido y modo de composición y de ser tratado el asunto.

Me tranquiliza en este difícil y áun poco trillado camino el poder servirme de guía tan seguro como el señor profesor Huber.

Lo que dice Huber de las colecciones de romances del Cid vale muy bien para los modernos romanceros en general. En éstos se encuentran unos inmediatamente tras de otros, á lo más, ordenados por asunto, romances entre cuyas épocas de composición median siglos; los más antiguos monumentos de la poesía popular española que han llegado hasta nosotros, se perdieron—*rari nantes*—en el circundante desierto de los pro-

ductos á modo de crónica ó amanerados de los doctos y poetas artísticos de los siglos XVI y XVII. El mal sube de punto si, como en la colección de Depping, sólo muy raras veces se mencionan las fuentes. Se ve el lector abandonado simplemente á su propio sentido y tacto para la poesía popular, teniendo que mostrar á menudo fino olfato para poder distinguir por el olor el tomillo entre las flores de jardín. Quien lo tenga y esté en disposición de poder comprobar críticamente la forma externa, sabrá distinguir las genuinas, aunque á menudo poco brillantes flores silvestres de la poesía popular de las imitadas artísticamente y más aún de los pomposos engendros de la poesía artística, brillantes con opulento colorido.

Huber divide los romances respecto á este su carácter total en «tres clases ó géneros... esencialmente diferentes en todos respectos, aunque no sin ciertas transiciones,» contando en la primera los genuinos romances antiguos ó viejos, que nacieron ya después del suceso cantado, se trasmitieron por boca del pueblo, y que cuando fueron fijados por primera vez por la escritura, es decir, en la forma en que han llegado á nosotros, no habían alterado esencialmente su carácter. Este carácter consiste precisamente en lo que hace que se reconozca toda poesía popular y que, como dice Huber (1), se siente mejor que puede definirse. Voy, sin embargo, aun á peligro de repetir lo conocido, que no obstante es insuficiente todavía, á exponer como señales distintivas del mismo: ingenua objetividad sin reflexión, ni sentimentalismo alguno; una narración viva, palpitante y un frecuente tránsito repentino de ella al diálogo dramático; continencia de toda pintura y descripción, con pocos, aunque enérgicos rasgos de los lugares ó las situaciones, de

(1) Desde entonces ha hecho éste, en las *Gotiing Anz*, (1857, cuadernos 45, 46, pág. 447,) algunas observaciones tan notables como finas acerca de la señal característica de los romances primitivos; esto es, los de la primera clase, poniendo de realce como su capital distintivo, «la profundidad de la verdad épica real,» propia de ellos.

tal modo que se siente uno transportado en medio de ellos; en los sentimientos y el lenguaje de los personajes una sencillez á menudo áspera y una naturalidad colindante con la rudeza; en una palabra, por todas partes rastros de circunstancias y estados primitivos y naturales, tan poco afinados como corrompidos por el falso brillo de la civilización. A estas notas ó señales características internas corresponden las externas y formales; una lengua y versificación robustas, pero todavía inflexibles, rima imperfecta, la mayor parte de las veces sorda ó aguda (mezclada con sorda bísilaba) una estructura estrófica suelta, y como criterio meramente literario el presentarse tales romances tan sólo en pliegos sueltos y en las más antiguas colecciones del siglo XVI (antes de 1590) como en el *Cancionero de Romances*, la *Silva*, en Timoneda, etc., (en los manuscritos no se nos presentan.)

Por último, es negativamente característico para estos romances todo aquello por lo cual se diferencian de los de las demás clases. Pero precisamente estos romances populares han sido expuestos en su mayor parte en el respecto de la lengua á cambios rejuvenecedores, puesto que se conservaron por tan largo tiempo en boca del pueblo, y la forma en que han llegado hasta nosotros apenas puede alcanzar más allá del siglo XVI. (A pesar de lo cual conservan todavía á las veces pasajes aislados que han quedado ilesos, y que pueden remontarse á alta antigüedad, á veces más remota que el comienzo de la poesía artística.) Aun cuando es, por lo tanto, difícil fijar con exactitud el tiempo propio de su composición, contienen, sin embargo, todavía algún criterio para ello. Pues aparte del ya mencionado y meramente formal de la estructura de rima y de estrofas y de la construcción sintáctica en que la tradición ha alterado los elementos menos que en los lógico-etimológicos, las inflexiones y formas gramaticales mucho más movibles, aparte de esto, son ya criterios para ello, sobre todo, el modo de sentir, los usos y costumbres que han observado fielmente durante siglos y que pueden indicarnos con aproximada certe-

za el tiempo de su nacimiento y composición (1). Con la mayor certeza pueden colocarse en la segunda mitad del siglo XV entre los romances de esta clase como contemporáneos de los sucesos cantados, muchos históricos, de las guerras con los moros. (2).

Un género intermedio ó de transición entre la primera y la segunda clase de Huber lo forman los romances juglarescos, que éste no ha mencionado, por presentarse poco á la consideración entre los del Cid, y que con todas sus notas características sólo se hallan entre aquellos que tratan de asuntos sacados de la ep opeya caballeresca, sobre todo del ciclo de leyendas carolingias (aunque también pertenecen á esta clase algunos que tratan leyendas bíblicas y de la antigüedad); tienen también la naturalidad de tono, expresión, costumbres y modo

(1) Así, v. gr., los romances de los Siete infantes de Lara, «Primavera» núms. 19, 20, 25, contienen probablemente fragmentos de un romance compuesto en los siglos XIII ó XIV; pues á este tiempo pertenece el uso, citado en ellos, de cortar el traje á las mujeres impúdicas ó infieles «por vergonzoso lugar» (v. Durán, T. I., pág. 440; Grimm «*Rechtsaltezth*» pág. 711; *Li Roman de Parise la Duchesse*, pág. 158.) Véanse ejemplos análogos con buenas observaciones en el «Romancero» de Damas Hinard, I, pág, XV-XIX.

(2) Véase esta sección en la «Primavera,» tomo I, pág. 234 y siguientes. (Romances fronterizos.) Así como también pueden servir en general de ejemplos de lo aquí dicho los pertenecientes á la primera clase que se hallan allí, tomo II, pág. 421. A esta clase pertenecen también algunos romances históricos, que fueron algo arreglados por los juglares, á pesar de lo cual han quedado sin alteración en su carácter principal y en sus notas esenciales. Así, v. gr., han sido sustituídas antiguas formas gramaticales por otras más corrientes, pero se conserva la sencilla construcción y la manera de expresarse, ó se reconoce el esfuerzo por hacer más regulares metro y rima, y ésta más general, aunque valga todavía por tal y sea sorda. Un romance de esta clase es, v. gr., el primero citado de la «Primavera,» núm. 25. Comp. También las finas observaciones de Huber en los «*Götting. Anz.*» 1857, cuadernos 45 y 46, págs. 443 á 448, acerca de la relación de los juglares con los romances primitivos y sus notas características.

de pensar de los romances populares, estando lo más cerca posible de éstos áun en el respecto formal (la mayor parte con rima sorda monosílaba ó bisílaba en *a* y *a—e* y estructura estrófica suelta), gustan, sin embargo, de la extensión y locuacidad épicas, por lo cual, así como por su enlace encíclico, se acercan á menudo al tono de los cronicones, conteniendo en general muchos menos elementos líricos y dramáticos que aquéllos; en no pocos se muestran ya trazas del esfuerzo por imitar, con los asuntos traídos de epopeyas extranjeras, también sus formas acomodándolas á lo popular, de tal modo que en realidad forman pequeños *cantares de gesta*. Se mantienen todavía totalmente objetivos, es cierto, pero se nota en ellos que no son ya canciones de inspiración del momento, que cantan con la voz misma del pueblo, sino que se las canta á éste un cantor ó recitante de profesión, que habla á las veces en primera persona, entrelazando una aplicación ó manifestación moral de su sentimiento subjetivo (1).

---

(1) Entre estos romances juglarescos que se reconocen por su desmesurada longitud, es uno de los más formados y característicos el de Grimaldos y Montesinos. Empieza con una observación admonitoria del juglar:

Muchas veces oi decir
Y á los antiguos contar,
Que ninguno por riqueza
No se debe de ensalzar,
Ni por pobreza que tenga
Se debe menospreciar.
Miren bien, tomando ejemplo
Dos buenos suelen mirar,
Como el conde, etc.

La exposición está totalmente en tono de narración, cuyas aplicaciones indica el juglar por la tradicional fórmula «hablemos de esto ó de lo otro», como

No prosigo más del rey
Sino que lo dejo estar;
Dejemos lo de la corte
Y al conde quiero tornar.

Estos romances juglarescos han sido escritos desde muy temprano, lo que está en la naturaleza misma de las cosas. Así el romance de Gaiferos: «Asentado está Gaiferos», se conserva en un manuscrito del siglo XVI. (V. Durán, I, pág. 252.) Entre los impresos primeramente en pliegos sueltos los más, no sólo para servir á los poetas artísticos de parodia ó glosa, sino también por ellos mismos, son precisamente romances

---

y

Dejo de los caballeros
Que á París quieren tornar;
Vuelvo al conde, etc.

Una vez expresa su sentimiento subjetivo:

Pues las damas y doncellas
Que allí hubieran de llegar
Hacen llantos tan extraños,
Que no los oso contar:
Porque mientras pienso en ellos,
Nunca me puedo alegrar.

Este romance está en la *Silva*, en la edición de Barcelona, de 1582, en un pliego suelto del siglo XVI y en la *Floresta*, (v. *Primavera*, número 175), pero falta en el *Cancionero de romances*, que sólo contiene un fragmento del romance que es propiamente continuación del citado arriba y que empieza: «Cata Francia, Montesinos,» el cual se halla igualmente en la *Silva*, y en la *Floresta*, (v. *Primavera* núm. 176.) De los romances pertenecientes á esta leyenda de Montesinos, el que empieza: «En las salas de París» es de composición y formación posteriores, pues tiene ya más el carácter caballeresco de los romances caballerescos y una sonante (en *a—o*). Se ha mantenido, sin embargo, dentro del tono y la manera expositiva de los romances juglarescos, á cuya manera corresponden sobre todo los dos versos agregados á la estrofa final, que contienen el epílogo del juglar:

Quedaron todos contentos,
Y el romance fué acabado.

Así dan los últimos versos el *Cancionero de romances*, y la *Silva* de 1550 (en ésta con una alteración insignificante: «Y el romance es acabado»); pero la *Floresta*, ha sustituído á eso: «Con mucha paz en su estado.» Estos versos conclusivos faltan por completo en la versión mucho más

juglarescos de que he presentado muchos ejemplos. Por esto han sufrido menos transformaciones en el respecto lengüístico y formal, siendo entre los romances en general, á juzgar por la forma en que nos han llegado, los más antiguos. Pero es más difícil determinar con exactitud el tiempo de su composición, áun cuando no falten criterios extrínsecos é intrínsecos por los cuales podamos suponerlos, no sólo del siglo XV, sino algunos del XIV, y hasta del XIII, como lo han hecho críticos españoles (1). Se nos presentan, em-

---

sencilla y popular en general, y por lo tanto, más antigua y legítima, que contienen de este romance un pliego suelto de la colección de Praga (*Primavera*, núms. 177 y 777ª) aunque en el título del pliego suelto se dice ya, «*hecho por Juan del Campo*» (esto es, arreglado por este antiguo juglar.) Una estrofa final semejante con dos versos de epílogo del juglar tiene el romance del conde Alarcos, como lo he observado en una nota anterior. Que el romance del conde Alarcos en la conocida versión española es un arreglo hecho por un juglar de uno más antiguo popular, lo prueban las versiones portuguesas que de él se conservan, dadas á conocer por Almeida Garrett, versiones con rasgos más legítimos y en comprensión más breve (v. *Primavera*, tomo II, págs. 124-126.) He dicho ya que los romances de Montesinos, Durandarte y Belerma que se hallan en Depping, II, núms. 32, 34, 35, 36 y 37, me parece no son más que fragmentos y variantes de un romance juglaresco. Por el contrario, el más gracioso que los demás romances de Montesinos que hallamos en la misma obra, número 30, tomado de la *Rosa florida*, está en tono popular, áun cuando de tiempo tardío, y el núm. 33 es una *trova* del conocido romance del Cid: «Afuera, afuera, Rodrigo.» (Los dos están en el «Canc. de ron.») y todos estos romances, de origen y carácter tan diferentes, están abigarradamente entremezclados en Depping, porque sólo tomó como guía de la ordenación el asunto.

(1) Como Durán, l. c., I, pág. 56; Clemencín, en su *Don Quijote* comentado, tomo I, pág. 80, y tomo V, págs. 386-395; *Ocios de Españoles Emigrados*, tomo IV, págs. 3-4. Pertenecen á los criterios externos los formales del lenguaje, versificación y rima; siendo éstos notablemente más antiguos y rudos en la mayor parte de los romances juglarescos, comparados con los que se ha probado proceden del siglo XV, y hasta con los poemas populares y artísticos de los siglos XV y XIV. Es, además, un criterio externo el que muchos de ellos sirvieran como temas

pero, entre los romances de esta clase algunos que han sido hechos, según se ve claro, siguiendo á las novelas de caballerías, en prosa, de los siglos XV y XVI, diferenciándose así hasta en el aspecto formal de los más antiguos, pues tienen una versificación más flúida, rima perfecta, consonante (la mayor parte de las veces en *ado)*, giros más elegantes, y una expresión más rebuscada. Pero si éstos se caracterizan por lo dicho como productos tardíos del siglo XV y de la primera mitad del XVI, esto mismo da de nuevo nueva confirmación al supuesto de un tiempo de composición notablemente más antiguo para los otros, á los que faltan todas estas ventajas (1).

---

para glosas y parodias á poetas artísticos de principio del siglo XVI, debiendo de haber sido compuestos, por lo tanto, cuando menos ya en el siglo precedente, como, por ejemplo, el romance del conde Claros, un fragmento del cual parodió Lope de Sosa, poeta de principios del siglo XVI. Comp. Clemencín, l. c., tomo V, págs. 289-391, el cual pone á Lope de Sosa, así como á los demás glosadores de este romance, Francisco de León y Soria, en la mitad del siglo XV. Aparte de que los romances juglarescos del ciclo carolingio se mencionan ya en la *Crónica general*, alfonsina, no pareciendo se hayan conservado en los llegados hasta nosotros según el contenido allí indicado, sirve para no pocos de los que estamos tratando de criterio interno, las costumbres, usos, etc., que indican su composición en la época del florecimiento de la caballería, ó sea á fines del siglo XIII, aunque la mayor parte se califiquen como productos del siglo XIV. Así, por ejemplo, en el ya mencionado romance del conde Claros el ruido del pecho de un caballo descrito así: «Con trescientos cascabeles,—Alrededor del petral, etc.,»—petrales con cascabeles, que estaban de moda, sobre todo en el siglo XIII, (v. Du Lange, s. v., *Cascavellus*, comp. Dozy, l. c., pág. 644); y hasta el anacronismo que nos presenta respecto al tiempo carolingio, la mención de las monjas trinitarias, indica el mismo siglo, en que, como es sabido, fué fundada esta orden. Se ha conservado también de la misma leyenda otro romance más moderno y popular, probablemente del siglo XV, que empieza: «A caza va el emperador», (en el *Canc. de Rom.*, en versión portuguesa también; véase *Primavera*, núm. 191) en que esta leyenda está unida con rasgos de otra y modificada por ellos, la leyenda cantada también en romances del conde de Barcelona y la emperatriz de Alemania. (*Primavera*, núm. 162.)

(1) Tales romances juglarescos posteriores se hallan sobre todo acerca de la leyenda de Reinaldos de Montalván, v. gr., el del *Canc. de rom.*, y de la *Silva*, ed. de 1617, (*Primavera*, núm. 189) que empieza: «Ya que estaba don Reinaldos» (con rima consonante en *ado*); y de la *Silva*, y la

Sirve para estos romances juglarescos en el estado en que han llegado hasta nosotros la sentencia de un crítico tan competente como Durán (l. c., tomo I, pág. 24): «Ninguno puede

Floresta (Durán, núm. 368): «Cuando aquel claro lucero,» con rima sorda, pero más perfecta en *a*, y dicción tan rebuscada, que se conoce por ella que fué arreglado por un poeta artístico, áun cuando no lo confirmara expresamente un pliego suelto de la colección de Praga, en cuyo título se dice ya: «Hecho por un gentil hombre. Agora de nuevo muy fuera del propósito de los otros.» Existe también acerca de la aventura en él narrada, una antigua versión popular en el *Canc. de rom.*, y en la *Silva*: «Estábase don Reinaldos.» (*Primavera*, núm. 188.) Un ejemplo aún más concluyente de la relación que estos más modernos romances juglarescos guardan con aquellos más antiguos, nos lo dan las dos versiones de la defensa de Rolando y venganza de Reinaldos, calumniado por Galalón, el más antiguo de los cuales empieza en el *Canc. de rom.*: «Día era y de San Jorge,» (*Primavera*, núm. 187) y el más moderno en las ediciones posteriores de la *Silva* y de la *Floresta* (Durán, núm. 367): «Francia la noblecida.» Este está muy ampliado por descripciones más circunstanciadas y discursos largos, y rimado en rima consonante, en *ado* hasta el verso: «Guarda era de una puente.»

Para hacer visible esta relación, voy á insertar aquí el discurso de Rolando en ambas versiones. La más moderna y menos conocida contiene algunas alusiones á una aventura tomada de la epopeya italiana, y que no se nos presenta en los romances conservados. (Comp. acerca de éste la nota de Durán, l. c. I, pág. 232).

Versión más antigua:

«Mucho me pesa, señor (Carlomagno),
Dello tengo gran pesar,
Que á Reinaldos en ausencia
Tan mal le quieren tratar;
Y si tal cosa pasase,
La vida me ha de costar.»
«El emperador con enojo», etc.

Versión más moderna:

«Mucho me pesa, señor,
Desto soy muy enojado,
Que á Reinaldos en ausencia
Tan mal le hayáis tratado
Por consejo de traidor;
No merecía tal pago.

»atribuirse, tal cual existe en *su actual redacción*, á un tiempo »más remoto que *la primera mitad del siglo XV*.»

En la segunda clase cuenta Huber los romances á modo de crónica, trabajados según éstas por los doctos ó poetas artís-

---

Debiéraseos acordar
De aqueste tiempo pasado
Cuando estábades perdido
De amores apasionado
De la infanta *Belisandra*,
Mora de muy grande estado;
Y cuando él os vido herido,
Y de amor apasionado,
Puso su vida por vos
Hasta haberos remediado;
Y pasó á los sus reinos,
Y su padre había matado;
Mató también tres gigantes
Que la estaban guardando,
Mató muchos caballeros
Que en su nao habían entrado;
Y á pesar de todo el reino
A la infanta se ha llevado;
Púsola en vuestro poder
Por quitaros de cuidado.
Y allá en Córdoba la llana,
Recordaos lo que ha pasado,
Que si no fuera por él
Quedárades captivado:
Mas con sus ingenios y artes
El os hizo libertado.
Mató á madama *Ruanza*,
Reina de gran Estado;
Muchas cosas os ha hecho;
De todas le dais mal pago:
Mas el falso Galalón,
Que tal os ha aconsejado,
Antes que venga mañana
De mí recibirá el pago.»

«El emperador con enojo», etc.

ticos con intención de instruir ó de aprovechar un ejemplo. En la primera parte (núms. 3 y 4), cuando hablé de los jefes de los romancistas de esta clase, Lorenzo de Sepúlveda y Alonso de Fuentes, señalé sus fuentes, motivos y fines, tal y como ellos los mencionan en sus prólogos y con sus propias palabras, quedando ya con aquello caracterizada esta clase. Se esfuerzan, es verdad, por alcanzar un tono sencillo y desprovisto de todo artificio, y hasta por imitar la forma ruda de los antiguos romances populares; sus producciones se mantienen aún en la esfera objetiva, llevando á lo sumo á modo de apéndice como prólogo ó epílogo una reflexión moral; pero se propusieron con empeño expreso sustituir los antiguos romances mentirosos con el relato de sucesos fidedignos, esto es, el canto vivo del pueblo con la letra muerta de las crónicas, no siendo, por lo tanto, sus romances difíciles de conocer por la falta de color, la sequedad y mezquindad, en una palabra, por el prosaismo á que tendían. En el esfuerzo, sin embargo, por imitar en lo posible la lengua, la versificación y la rima de los antiguos romances populares y juglares, hasta con sus inflexiones anticuadas, giros toscos y rudezas de toda clase, denúnciase á menudo exageración y afectación paródicas (su rima es más regular, no obstante, y sobre todo, con enlaces predominantemente sonantes y asonantados, la mayor parte en *a-o* ó *i-a*). Hasta la objetividad que se esforzaban por alcanzar no es ya la épica é idealizante de la leyenda, sino otra crítico-histórica, desde su punto de vista, pero casi siempre muy mezquina. Tan sólo cuando sus autoridades, las crónicas, habían aceptado leyendas populares y rasgos tradicionales—lo que por fortuna sucedió muchas veces—y había quedado algún aroma de las flores de las canciones populares en sus secas hojas, sólo entonces llegaba á estos romances á las veces un colorido popular y una vitalidad más fresca, y entonces los vemos á menudo semejantes á aquellas flores silvestres, hasta el punto de confundirse con ellas, porque eran un proceso morfológico de los gérmenes de poesía popular que conservaban en el polvo de las crónicas

vida latente, pero inextinguible (1). Cuento también en esta clase los compuestos en los siglos XVI y XVII sobre sucesos contemporáneos, sobre las cruzadas de Carlos V y Juan de Austria contra los tucos, berberiscos, etc., que no son más que noticias de gaceta en forma de romances («Acta en verso, véanse ejemplos en Durán, del tomo II, pág. 142.) Finalmente, tienen con éstos de común el tono de crónica y la redacción erudito-teológica los romances que tratan de asuntos bíblicos y de la antigüedad, según los libros (v. gr., los que hay en el *Canc. de rom.*, en la *Silva*, y en la *Rosa gentil*, de Timoneda); pues hay romances en tono popular, y pertenecientes, por lo tanto, á la primera clase, cuyos asuntos son tradiciones de la antigüedad clásica ó leyendas cristianas que sobrevivieron durante toda la Edad Media en boca del pueblo. (Ejemplos en la *Primavera*, núms. 109-112.)

Casi coetánea con esta clase de romances, esto es, del último tercio del siglo XVI hasta la mitad del XVII, se nos presenta otra, la tercera de Huber, los romances de moda. Después que los trovadores á fin del siglo XV y principio del XVI habían puesto en honor la forma de romances y dádole derecho de ciudadanía en la poesía artística (no sólo como temas de glosa ó en imitaciones paródicas, sino en composiciones propias, aunque por lo demás sólo en la forma diversas de las demás puramente líricas); después que en la primera mitad del siglo XVI se dignaron imitar los romances populares hasta los doctos, como ya lo hemos visto; después que estos ecos del antiguo renombre nacional que habían llegado á extenderse y ser gustados con el despertar de uno nuevo, si bien meramente externo, desde la mitad del siglo XVI dieron ocasión á que se siguieran las colecciones unas á otras con gran

(1) Huber (l. c., pág. 75) ha recogido los romances del Cid pertenecientes á esta clase del *Romancero*, de Sepúlveda, y de las demás colecciones, su núm. 49, citado entre los anónimos: «A Toledo ha llegado», está también en Sepúlveda; puede contarse en esta clase, v. gr., el del *Romancero general*, y *del Cid*: «En Zamora está Rodrigo», en Durán, núm. 753).

rapidez; después de todo esto era muy natural que hasta los poetas artísticos más posteriores se apoderaran desde fines del siglo XVI de esta forma sancionada por sus predecesores y reconocida como la más propia por toda la nación, y que el hacer romances se pusiera en moda ya desde principios del siglo XVII.

Estos poetas artísticos dieron un paso más toda vía, y uniendo ambas especies de imitación, la de los doctos y la de los *trovadores*, procuraban por una parte conservar de lo popular cuanto de ello toleraba su punto de vista moderno-subjetivo para fingir, á falta de sencilla inmediatividad y legendaria base, una objetividad, y anudarla á las antiguas tradiciones; pero por otra parte—persuadidos de la gracia y flexibilidad de la forma romancesca tanto para la expresión épica como para la lírica, y sobrepujando con mucho en tacto y habilidad á sus predecesores, merced al desarrollo que entre tanto había alcanzado la poesía artística—se esforzaban por redondear y afinar la forma y hasta por cultivar y ennoblecer con artística conciencia lo que había en lo popular de imperfección inconsciente, la licencia y encantador abandono que se burlaban de toda regla. Así es como fué reconocida y artísticamente desenvuelta por primera vez la fuerza de la asonancia, oculta en los enlaces imperfectos y las rimas sordas bisílabas, y lo que el oído no ya crítico, pero sí fino del pueblo había dejado pasar como suficiente, fué informado de más rebuscado encanto y elevado á norma. Este refinamiento de la poesía artística lo aceptó después en general y de grado también la poesía popular, porque se había efectuado precisamente dentro de su espíritu. Por lo tanto, como los romances de fábrica de los doctos habían sido hechos dentro de la tendencia didáctica, se echa de ver en la tercera clase ó sea en los artefactos de los poetas artísticos el esfuerzo por hacerlos más artísticos, esto es, más desenvueltos y regulares en la forma técnica, más refinados y civilizados en la forma poética ó en el modo de comprensión y exposición; en una palabra, más perfectos formalmente en todos los respectos.

Con esto queda ya expresado en gran parte el carácter diferencial de esta clase ó de la de los romances artísticos: el interés de asunto que predominaba en la clase precedente queda aquí relegado á segundo término, y el trabajo formal, hecho á conciencia refleja de la formación artística, se presenta como lo capital, puesto que el poeta artístico, busca ante todo mostrar el arte, mostrarse á sí mismo como tal poeta. (1) Por esto hallamos en estos romances, en lugar del elemento fundamental objetivo-épico, el antiguo popular subjetivo-lírico; los asuntos, sean todavía tradicionales ó históricos ó ya puras invenciones, sirven tan sólo de pretexto para las situaciones y sentimientos, de tema de sus variaciones, como dice muy bien Huber; es más, la mayor parte de las veces se indica la acción ó la situación con un par de pinceladas, para insertar enseguida descripciones detalladas de trajes y accesorios, consideraciones y reflexiones analítico-psicológicas ó largos discursos adornados con toda la pompa de la retórica lírica, pues si bien los poetas no querían hablar inmediata y descubiertamente de sus propios acontecimientos y sentimientos, escogían una máscara y situación ajustada á ellos («disfraces» véase el romance citado) y en todo caso, áun cuando no les determinara en la elección de asunto ningún interés personal sino el puramente artístico, lo comprendían desde el punto de vista de la subjetividad y lo trataban lírica ó retóricamente. Por esto precisamente estos romances son los más fáciles de reconocer; á través de cualquier disfraz y envoltura, sea la armadura del Cid, el albornoz morisco, el sayo pastoril, el justillo del jitano ó la aguela del jaque, vemos el rostro conocido del poeta, pues Lope de Vega y

(1) Esto lo expresa clara y desenvueltamente el romance satírico del *Romancero general* citado en el número 13 de la primera parte de este ensayo, sobre todo en la cuarteta:

y sin mirar al objeto
se advierte de un buen poeta
el estilo, el pensamiento,
el concepto, y la sentencia.

Góngora eran conocidos de los *aficionados* en su estilo y manera aunque lanzaran al mundo sus romances como «Belardo» ó el «Cordobés.» Y en realidad los mejores de entre estos romances —y desde el mero punto de vista estético muchos de ellos son notables—tienen algo de amanerado, porque se esforzaban por imitar algo dado, heterogéneo, con relación á la esfera artística; extendiéndose esta imitación hasta el lenguaje y la dicción, v. gr. en arcaismos, siendo no menos reconocibles por lo bueno que ha degenerado en ostensible afectación (1).

Los ejemplos de romances de esta clase, son lo más numerosos que darse puede; pues forman la mayor parte de todas las colecciones desde el *Romancero general*, y basta indicar los muchos moriscos, pastoriles, gitanescos y picarescos para aprender á diferenciar los pseudo-históricos y caballerescos de esta clase de los legítimos; sin contar aquellos que se caracterizan como productos de un estilo artístico puesto en moda, por su falta de conceptismo y culteranismo. A las señales ex-

(1) Ejemplos de ello son los romances del Cid: *Cuidando Diego Lainez; —«No me culpedes ni he fecho;—Non es de sesudos homes;—De palacio sale el Cid;—Fincad ende más sesudo, etc.»* todos de las colecciones más modernas, del «Romancero general» (sobre todo la segunda parte, que es rica en tales piezas artísticas á lo Chatterton) y de el «del Cid». El último romance se halla también entre los «Romances nuevos» de Francisco de Castaña (v. Huber. Introducción á la Crónica del Cid, pag LXXVIII) é indudablemente es de su fabricación. Todos estos y otros semejantes romances tienen junto á un afectado lenguaje antiguo, versificación flúida, construcción estrófica regulada, asonancias cultivadas, y cuando introducen á una persona hablando, su discurso lleva á la conclusión el nombre del discurrente, todas las cuales son otras tantas señales de ilegitimidad. Ya Lope de Vega y L. V. de Guevara habían hecho comedias en lenguaje anticuado, *(Las famosas asturianas*, y: *El caballo vos han muerto;)* y hasta los dos Moratines é Iriarte se ensayaron «en lenguaje antiguo.» En tiempos más modernos el mismo Durán ha compuesto tales trasuntos imitando el lenguaje antiguo y con éxito magistral en el ciclo de romances *de la Infantina de Francia* («Rom. gen,» núms. 308-316) y en su *Leyenda de las tres toronjas del vergel de amor*. (Madrid. 1856, 8) narrada tan graciosamente.

teriores de esta clase de romances pertenecen: una versificación flúida, una división estrófica regular en cuartetas y una asonancia cultivada, por lo común sonante, amenudo de una dificultad rebuscada (por ejemplo, en *u*); pues es cosa que estriba en la naturaleza misma de la poesía artística el que se haga su principio, la perfección formal, todo lo homogéneo posible; y no podía contentarse como la didáctico-erudita (que tenía más que hacer con el asunto, sobre todo, respecto á la enseñanza que de él había de sacarse), con la mera imitación de las formas populares, procurando, por lo tanto, reducir por el cultivo sus faltas á preeminencias, como la rima antiartística á asonancia artística y la fatigosa monotonía á armonía encantadoramente envuelta, y sin embargo, bien sonante. El juego irónico que se hacía con los romances, y el burlarse de ellos mismos los que los hacían en romances satíricos y burlescos, en que parodiaban, no sólo el género puesto en moda, sino el hacer romances en general, prueba cómo se iban perdiendo los romances viejos en este cultivo preferentemente formal del espíritu popular, y cómo en la aprensión por la consagración poética del objeto se hacía huera la forma. Así es, que hasta llegaron á ser para la poesía romancesca lo que el don Quijote para los libros de caballerías, pues las ideas del espíritu popular caballeresco y de la caballería popular brotaron á la vida en España casi al mismo tiempo, y si se las quería retener, á pesar de la realidad que contrastaba con ellas, tenían que convertirse en apariencias irónicas ó en caricaturas paródicas. Por lo demás, fácilmente se comprende que, como lo ha hecho notar Huber, muchos de estos romances artísticos se difundieran en esferas más amplias, y en este sentido llegaron á ser una especie de cantares populares, como hoy en día lo son aún cantares de poetas artísticos, sin que por esto puedan ser colocados en una misma clase con los que salieron del pueblo mismo. (1)

(1) Milá y Fontanals (l. c. pag. 57 y sigs.) concede tanta importancia al influjo que los poetas artísticos ejercieron sobre el *pueblo*, en el senti-

Esta clasificación iniciada por Huber y aplicada de un modo más general por mí, no sólo la ha adoptado Durán en la nueva edición de su «Romancero,» sino que la ha desarrollado aún más, la ha matizado y detallado con más precisión. Establece tres épocas de la poesía romancesca, que subdivide en ocho clases:

I. Epoca tradicional ó copias de su primitiva redacción; el romance popular propiamente tal, en la cual incluye las tres primeras clases.—II. La época erudita ó de la imitación culta de los romances populares, comprensiva de la cuarta, quinta y sexta clase.—III. La época verdaderamente artística y poética del cultivo de la forma romancesca, á la que pertenecen las dos últimas clases, la sétima y la octava. (Bien se ve que esta división en tres épocas, corresponde casi á las tres clases principales, clases de Huber.)

De las tres primeras clases, comprendidas en la primera época, la primera, la de los romances populares propiamente tales, corresponde exactamente á la primera nuestra, y está por lo tanto caracterizada con las mismas señales; la tercera es idéntica á la de los romances juglarescos, establecida por mí también como clase especial y propia. Como clase tan característicamente diferente de estas dos, que puede constituirse como otra distinta y aparte, considera Durán la de los *romances his-*

---

do moderno de esta palabra, por lo nacional y gustado de sus imitaciones y la perfección técnica que dieron á la forma romancesca, que establece esta pregunta: ¿se creó entonces (por los poetas artísticos de nuevo) una *poesía popular?*»—Sin embargo, no puede menos de reconocer la diferencia característica entre estos artefactos y los primitivos romances populares, propiamente tales, añadiendo: «(los romances de los poetas artísticos) no »eran ya poesías verdaderamente populares (!) y exceptuando los trozos »que no son sino imitación, y acaso copia perfeccionada de los antiguos, »están generalmente desprovistos de la precisión y claridad plástica de »éstos. Tienen un no sé qué de artificial (!), una complicación de cláusulas »y frases, una trabazón de ideas, todo ello excelente, pero que arguye »una procedencia *no popular* y que *no eran*, por decirlo así, *para el pa »ladar del pueblo.*»

tóricos fronterizos ó de guerras con los moros; y los populares, pero novelescos, que se refieren á estas relaciones con ellos *(moriscos novelescos*; que debe distinguirse de los romances artísticos, moriscos, ilegítimos y mucho más posteriores)¡porque halla impreso en tales romances un tipo arábigo-español, pareciéndole que tienen un tono más lírico, un colorido más brillante, y hasta á las veces un barniz fantástico-sentimental, siendo en ellos la versificación más cuidada y la mayor parte de las veces con rima propiamente dicha. Su nacimiento y composición acaecieron en el siglo XV.

Sin embargo, apenas podemos establecer con ellos una clase propia; pues los *romances fronterizos* pertenecen, por lo que hace á su carácter formal y de principio, á la misma clase que los más legítimos y más antiguos romances populares que se nos han conservado, y hasta muchos de ellos han llegado á nosotros completamente como fueron compuestos en su origen, y los pocos novelescos, que son efectivamente populares, se diferencian, lo mismo que los históricos, de los demás análogos que no se refieren á estados ó relaciones con moros, sólo por el objeto, á lo sumo por las costumbres y usos, y por el tiempo posterior de su primitiva composición, que se conoce en giros más modernos y en una versificación más flúida, y en que son de una sola forja. Pero por lo demás, apenas tienen diferencia tan notable de carácter formal que pueda justificar el que se haga con ellos una división especial desde el punto de vista que aquí consideramos. (1) Pertenecen, pues, en mi opinión, incondiciona-

(1) Ejemplos de romances *históricos* de esta clase, son los *fronterizos* (véase esta rúbrica en la «Primavera»), y los tomados de Hita y Timoneda, del matiz que aquí tiene presente Durán (pero que, como se ha dicho, hay que diferenciar con cuidado de los productos propios de aquellos escritores ó de otros romances moriscos artísticos). Los *novelescos* pertenecientes al grupo de que aquí tratamos, se limitan á los de Moriana, Bovalias (*«Primavera»*, núm. 126) y el más genuino de todos, pero por desgracia conservado sólo en un fragmento: «Yo me era mora Moraima» («Primavera», número 132.) Durán, por completo arbitrariamente, cuenta entre los últi-

damente á la primera clase ó á lo sumo, si se admite con Durán una clase intermedia, á la quinta suya, habiéndose de contar en ésta.

La segunda época de Durán, la de la imitación culta de los romances populares, comprende no sólo nuestra clase primera, su clase cuarta, sino que entran también las que él establece como propias, sus clases quinta y sexta. Forma con aquellos romances una clase propia, la quinta, que se caracteriza es cierto por contener imitaciones de los romances populares de las tres primeras clases, pero no imitaciones meramente eruditas, sino más bien poéticas. Se ve en ellos el esfuerzo por conservar la sencillez y el tono escueto de sus modelos, pero para que pre-

---

mos y lo coloca por interpolación en el de Moriana, el conocido de Julianesa (véase «Primavera», núm. 118.) Mejor podría yo contar entre ellos el de la Infanta y Alfonso Ramos («Primavera», núm. 118), enumerado por Durán en la clase tercera, y el de la esclava cristiana (núm. 131 de la misma obra) que Durán incluye en su clase quinta.—Huber, que se ha mostrado de acuerdo, tanto en el conjunto como en los detalles, con la clasificación mantenida en la «Primavera» (*Götting. Anz.* pág. 445), pone con razón de relieve la influencia del asunto, sin que por esto se alterara el carácter principal; y antes de dar la señal distintiva de nuestra primera clase, hace, respecto á esta influencia del asunto, la fina y discreta observación siguiente: «Debemos, sin embargo, de antemano discernir algunos »de los rasgos más significativos en cada respecto, por ser en cierto sentido »extraños. Pertenecen todos á los *romances novelescos*, y se distinguen »como tales porque presentan un último término trágico (si podemos de»cirlo así), de un modo nada más que presentido, con pocas palabras, con »un eco amenudo lírico. Recuerdan las canciones populares alemanas, »inglesas y nórdicas y dan, sin duda alguna, por este lado, testimonio de »un parentesco de raza. Pero precisamente por aquella indeterminación »llena de presentimiento y de turbación, diferéncianse de la señal característica general y dominante de los primitivos romances, que consiste »ante todo en la sencillez y claridad, en la objetividad y el realismo de la »exposición de la acción épica, en que muy raras veces surge el medio «subjetivo en entonación lírica».—Al tratar de los romances según su asunto he de volver á estos novelescos que se conocen por el rasgo notado de Huber, é intentaré explicar su parentesco con los cantos populares caballerescos de otras naciones.

domine con más libertad el elemento moderno subjetivo, en el lenguaje de su tiempo y en forma artística ya «(tienen en »estas últimas cualidades mucha analogía con los romances de »la clase 1.ª ó *artística* del siglo XV, y los continúan hasta *sétima* década del siglo XVI.)» Se puede designarlos como arreglos artísticos de los romances populares primitivos y tradicionales, que procuraban reproducir poéticamente («refundiciones *poéticas* de los viejos.») «Nótase esmero, cuidado y arte en la »medida y rima de sus versos que casi siempre es de *consonan*»*tes continuados*, sin mezcla de asonantes, aunque hay algún »otro *en asonancia*.» Los romances de esta clase imitados de los de la primera y tercera, son más épicos, los que lo son de la segunda predominantemente líricos. Se conoce amenudo la base tradicional de los antiguos y genuinos romances populares, á través de la imitación artística ó del arreglo modernizado.

Se ve por estas señales que el discernimiento de tales romances para formar con ellos una clase propia, exige el tacto más fino y que propiamente son formas de transición entre la poesía popular y la erudita, acercándose ya á la primera, ya á la última, de tal modo, que apenas queda diferencia característica reconocible, pudiéndoselos confundir muy fácilmente con los romances de las tres primeras clases ó con los de la sétima y octava. Aún hay más, y es, que la determinación de esta clase, como la de todas las formas de transición, depende tanto en cada caso del sentido subjetivo, que se emiten sobre tales romances los juicios más divergentes y contradictorios, habiendo preferido por lo mismo tanto yo como Huber no formar con ellos clase alguna sustantiva, incluyéndolos nada más que como formas de transición de una ó de otra. (1)

Más marcado son en general los romances que Durán inclu-

(1) He intentado, sin embargo en la «Primavera» reunir en una clase especial aquellos romances que llevan trazas de tal arreglo *poético* (véase II. pág. 421, los señalados en la clase II, a. ó romances primitivos refundidos por los eruditos ó poetas artísticos.)

ye en esta época como de la clase sexta. Son los *romances nuevos vulgares ó de ciegos* de que hehablado muchas veces, que son para su tiempo lo que los primitivos para aquel juvenil período de la nación, pero que en virtud de la gran alteración en el carácter de los tiempos y del estado social y político, y en virtud de la gran diferencia que debida á esto se establece en la comprensión del concepto «pueblo,» llevan señales tan privativas y tan divergentes de las de los primitivos que se justifica el agruparlos, como ha hecho Durán, en una clase propia, áun cuando tomados estrictamente según su principio, debían incluirse entre los de la primera clase ó sea la de los romances juglarescos. Estos romances vulgares hechos para el pueblo desde la cuarta década del siglo XVI hasta nuestros días y llamados por ello romances vulgares, para diferenciarlos de los antiguos y genuinos populares—puesto que desde aquel tiempo se entendió cada vez más por pueblo no ya el conjunto ó el núcleo de la nación *(populus)* sino tan sólo las capas de la sociedad menos cultas ó incultas, las que estaban más bajas por oposición á las altas y con pretensiones de cultura, el pueblo bajo, *vulgus* (que tampoco hay que confundir con el populacho, *plebs*)—estos romances vulgares, como es natural, ni tienen la ingenuidad y frescura de los antiguos, ni la elegancia y perfección técnica de los modernos imitados por los poetas artísticos. No ha de olvidarse sin embargo, que en España ni áun el pueblo bajo ha descendido jamás á la ordinariez como en otros países; nunca se ha vuelto sordo á la honra y la gloria nacionales, y ha conservado, como todos los meridionales, un buen oído para la armonía y la cultura formal. De aquí el que no hayan quedado sin influencia sobre estos romances los artísticos y eruditos nacidos casi al mismo tiempo que ellos; hasta afectaban á las veces un tono didáctico, que en ellos era más aún de maestro de escuela, se daban el aspecto de autoridad histórica é iban sustituyendo el elemento fabuloso que les faltaba á la mayor parte con el prosaismo de una gacetilla. Manifiéstase en ellos el esfuerzo por apropiarse la cultura ar-

tística de la forma, junto con el de evitar las rudezas é incorrecciones que se les escapaban con tanta facilidad, haciéndose conocer, aparte del contenido, por estas notas formales, por este carácter semi de cantares de feria, semi-artístico, tan fáciles de ser reconocidos y distinguidos de los romances no sólo de la clase primera sino también de la cuarta y octava, en la última de las cuales se esfuerzan por entrar y entre las que forman una especie de término medio, por lo cual Durán con razón, áun desde el punto de vista de la diferencia meramente formal de carácter, ha formado de ellos una clase propia, la sexta, colocándolos como en su punto de partida en esta segunda época. Dice con relación á sus autores: «Son por lo común »obra de *gente lega*, pero que presumiendo más de ciencia y ge»nio que el vulgo, pretende distinguirse de él afectando un len»guaje hinchado y un estilo declamatorio. Su versificación es »incorrecta y llena de ripios.»—Se hallan en las colecciones hechas después de la mitad del siglo XVI y en pliegos sueltos difundidos por los ciegos. Durán, apartándose aquí de su ordenación por asuntos determinados por el carácter de estos romances vulgares totalmente propio y que repugna tal ordenación, los ha reunido en el segundo tomo de la nueva edición de su «Romancero» bajo un título propio.

La tercera época de Durán, la del cultivo propiamente artístico de la forma de romance, responde exactamente á nuestra tercera clase. La ha dividido en dos clases capitales, la séptima y la octava de las suyas, y á esta última en dos «secciones» ó subdivisiones.

Forma Durán la clase séptima con los romances hechos por los poetas artísticos, cortesanos del siglo XV y de las primeras décadas del XVI, los trovadores, romances hechos conforme á los principios de éstos. Ya desde fines del siglo XV se habían dignado fijar su atención en la forma romancesca los poetas artísticos propiamente tales, y jugando en un principio paródicamente con ella (como en las glosas y *romances contrahechos*), fueron atraídos estos trovadores cortesanos como por

canto de sirena por el encanto de la ingenuidad nacional de los romances, de tal modo que empezaron á poetizar en ellos, y á dar carta de naturaleza en el parnaso español á la forma romancesca *como tal*. Pero tan sólo la forma, y de ésta el lado más externo, tan sólo el técnico, que regularon con más exactitud y cultivaron más artísticamente; pues en cuanto al contenido y al tono de sus romances, por el contrario, apenas se diferenciaban en cosa alguna esencial de los demás poemas cortesanos hechos á estilo de los provenzales ó italianos. Por todas partes prorrumpía la subjetividad del poeta, formaban el tema de estos romances sus sentimientos y opiniones, sus circunstancias personales, siendo por lo tanto, su tono puramente lírico, no libre de sutileza, rebuscamiento y amaneramiento.—Así escribieron, v. gr. Juan de la Encina y sus inmediatos sucesores, romances de asuntos devotos, doctrinales, alegóricos y amatorios; estos últimos nada más que para eternizar los afectos de su corazón con el canto y mostrar á la vez su habilidad artística, siendo por ello su nota capital, su construcción artificiosa y su rima y metro «bastante bien arreglados», tratando á este último como tal metro, evitando enlaces asonantados, que pasaban entre ellos cual rudezas del canto popular.

De este tiempo data la introducción de los elementos que, sacados del principio propiamente artístico, hallamos en la forma de los romances, y la separación mantenida con conciencia entre los romances artísticos y los populares.

Diferéncianse, pues, estos romances de los trovadores de los poetas artísticos posteriores (de fines del siglo XVI y del siglo XVII), no en el principio, que por oposición al de los romances populares, les es común, sino tan sólo en modificaciones de asunto y formales, de tal modo que la segunda subdivisión de la octava clase de Durán contiene romances tan análogos á los de la séptima que, como lo ha hecho notar él mismo, «para su época son lo que fueron para la suya los de la segunda sección de la clase octava.» Tomándolo estrictamente, no debía pasar esta séptima clase por otra cosa que una

sección de los romances artísticos, por lo cual Huber y yo hemos hecho de ellos una sola división capital. Ejemplos de la séptima clase los contienen el «Cancionero general,» el de Encina, la «Rosa de amor» de Timoneda, y hasta se difundieron y extendieron entre el pueblo como de contrabando, la mayor parte á modo de propina sobre los antiguos populares, en pliegos sueltos del siglo XVI (véase la colección de Praga, rúbrica IV, Romances arlísticos líricos). Como criterio meramente externo para conocerlos podría añadirse que la mayor parte de las veces se conoce el nombre de su autor. (1)

Más pasadera me parece la subdivisión que hace Durán de su clase octava ó la de los romances artísticos posteriores, más cultos (desde fines del siglo XVI en que el hacer romances se puso en moda), en dos «secciones ó series,» la primera de las cuales da los romances artísticos «donde se conserva *la forma* »*épica* y se mezcla con la lírica, doctrinal y descriptiva, guar»dando todavía mucha importancia el *asunto objetivo*, áun en »medio de los ornatos de la imaginación y de la parte que de »sí propio pone el poeta,» los cuales «tienen analogía con los de la 5.ª», que «á veces les han *servido de modelo*.» En la segunda inserta los romances artísticos puramente líricos que conservaban la forma «la más *eminentemente artística*... con

(1) Durán cuenta entre ellos, v. gr., los romances del Cid, de Escobar: *En Burgos nació el valor;* y *Grande rumor se levanta:*—á los cuales dos no los tengo por característicamente diferentes de los de la primera sección de la clase octava.—Con más razón cuenta en esta séptima clase de entre los romances artísticos antiguos que presentan todavía una apariencia de objetividad, los siguientes de autores conocidos: *Gritando va el caballero*, de Juan de la Encina (en su «Cancionero» según la edición de Zaragoza, 1516; pero en el «Cancionero general», atribuído al poeta cortesano portugués Juan Manuel, de fines del siglo XV, al cual toma Dory, l. c. páginas 637, erróneamente por el infante castellano don Juan Manuel, autordel conde Lucanor, citando, por lo tanto, al romance como uno de los ejemplos más antiguos del siglo XIV);—*Triste estaba el padre Adam*, de Torres Naharro;—*En el mes* era *de Abril*, de Gil Vicente;—*Triste está el rey Menealo*, de Soria, etc.

»*nuevas* formas, adaptando las antiguas á la entonación *lírica* »y á la expresión de los sentimientos *subjetivos*,» acortándose en cuanto al principio, al contenido y á la forma, á los de la clase séptima; de los que sólo se separan por diferencias fundadas en las circunstancias de tiempo y en su desarrollo técnico progresivo. Los romances de la primera sección, llamados vulgarmente *heróicos*, para diferenciarlos de los populares épicos y de los artísticos puramente líricos, pertenecen todavía casi todos á las tres últimas décadas del siglo XVI. Los más antiguos de ellos no están todavía libres de las rudezas de los populares y de la pesadez de los romances eruditos, como los de Pedro Padilla, Lucas Rodríguez, Lobo Laso de la Vega y Juan de la Cueva; se les conoce fácilmente, áun cuando no lleven el nombre de su autor, en su amaneramiento, sus arcaismos afectados y sus escarceos con pompas retóricas y mitológicas. Los romances de la segunda sección—que datan de las dos últimas décadas del siglo XVI y se extienden hasta los poetas de nuestros días, cuya época de florecimiento coincide, por lo tanto, con la de la poesía artística española en general, así como con su decadencia y restauración la degeneración y regeneración de aquéllos, y que contienen junto á los productos artísticos más perfectos los amanerados y más huecos de esta forma—los romances de la segunda sección eran los que tuvimos presentes de preferencia Huber y yo al caracterizar los artísticos. De aquí el que las notas señaladas para ellos concuerden de tal manera con aquellas por las que se conoce esta sección de Durán, hasta en los matices, notados y puestos más de relieve por nosotros que por él, que sirven de fundamento de diferenciación de sus dos otras clases (la séptima y primera sección de la octava), que es innecesario repetirlas aquí.

Se pondrán más en claro las diferencias características de estas clases capitales de romances en el respecto genético-formal, si consideramos y vemos ahora según sus asuntos á los distintos géneros de romances, y cómo se modifican mutuamente asunto y forma.

En los romances que conforme á su origen y su forma enlazan lo épico y lo lírico, es natural que se trataran los más diferentes asuntos. Ya decía de ellos Lope de Vega (en uno de sus prólogos: «Algunos quieren que sean los romances la cartilla »de los poetas, pero yo no lo siento así, antes bien los hallo »capaces, no sólo de esprimir y declarar cualquier concepto »con fácil dulzura, pero de seguir toda grave acción de numeroso poema.» Y así es como de hecho se cantaron la historia patria y las hazañas de sus héroes en romances; en romances se narraron leyendas y aventuras indígenas y extrañas, y en romances se regocijaba y quejaba la alegría y el dolor del corazón, lo mismo del campesino, que del cortesano. (1) Aun cuando merced á esta plenitud y multiplicidad de asuntos romancescos y á esta fusión de elementos líricos y épicos sea difícil hallar para ellos desde este punto de vista un principio divisor que los separe netamente ó cuando menos rubricarlos de un modo completo, según las materias de que traten, se puede, sin embargo, dividirlos ante todo en dos grandes masas; los que tienen base objetiva ó que debe serlo, y los puramente subjetivos; distinguiéndose entre los primeros, muchos grupos pequeños, pero homógeneos en cuanto á su asunto, á saber, los de base de hechos reales, base histórica, los de objetividad fabulosa y de aventuras, y los de fingida histórica ó con carácter de dizfraz. Los puramente objetivos, por su parte, son tan múltiples como los sentimientos humanos, pudiéndolos dividir conforme á las dos direcciones fundamentales del ánimo humano en serios y

(1) Sobre la multiplicidad y riqueza de los asuntos romancescos, véanse los ejemplos y observaciones de Stahr en su obra: *Die Spanischen Romanzen* en el *Literar historisches Taschenbuch* de Prutz, 1846, páginas 233 y sigs., y Clarus, l. c., parte I, págs. 150 y sigs.; pero sobre todo la nueva Introducción de Durán á la segunda edición de su *Romancero general* que di en resumen, en la citada reseña que de él hice en las *Blätter für litterarischen Unterhaltung*, lo más esencial, de la cual inserto aquí como complemento en el lugar correspondiente.—Acerca de su división de los romances, conforme al asunto, he hablado ya en la sección bibliográfica.

jocosos. Es cosa que está clara á todas luces el que no se puede separar siempre con toda precisión cada caso aislado en estas grandes masas, y que estos géneros capitales están enlazados por pequeñas variedades de mezcla y de transición; así los históricos son á menudo también legendarios, y los de objetividad fingida ó de carácter de disfraz, sólo se diferencian por el traje de los puramente subjetivos. Puédese, por lo tanto, para poder revistarlos con más facilidad, considerar los romances según sus asuntos en los siguientes géneros: I; Romances históricos, tradicionales y heróicos. II; Romances caballerescos y de amor, ó novelescos y fabulosos; III; 1) moriscos; 2) pastoriles y piscatorios; 3) de Germanía picarescos y jácaras; IV; líricos de todas clases; 1) serios, ó sea amatorios, espirituales, doctrinales; 2) cómico-satíricos, ó sea, festivos, jocosos, satíricos y burlescos. Esta última clase, la de los romances de varios asuntos, á pesar de procurar yo definirlos más que lo que se hace de ordinario, sigue siendo, como su nombre lo indica, un título de mero expediente (1).

(1) El docto crítico señor Amador de los Ríos, en el ya mencionado juicio crítico acerca de la *Primavera*, escrito con tanto miramiento y benevolencia, entre los puntos en los cuales no podía concordar conmigo ha hecho resaltar el de la división de los romances según sus asuntos, pero su reproche reposa en una mala inteligencia (de la cual tenga yo tal vez la culpa, pues él supone que he presentado una clasificación de miembros de un desarrollo correlativos, pero definidos con toda precisión lógica y seriados genético-históricamente, cuando lo que he hecho no puede tomarse más que como una *inducción*, dado lo vago de los límites y el nacimiento coetáneo á menudo por casualidad de los miembros que en aquella clasificación figuran.) Que su opinión sólo en la apariencia se aparta de la mía, lo prueba la división por él establecida entre los pertenecientes á la primera clase (con la división precedente en dos grandes grupos, y la determinación del segundo se manifiesta completamente de acuerdo), puesto que dice: «...Dividiríamos los romances que se asocian »en la forma indicada, al movimiento histórico de nuestra patria, en *históricos, caballerescos, moriscos, pastoriles* y *vulgares*.» Ahora bien, éste responde exactamente á la división establecida más arriba y repetida en la *Primavera* hasta llegar los vulgares (los de Germanía, picares-

Empezamos nuestra revista con los romances históricos, porque, como ya lo he dicho, la de ellos es la clase originaria ó primitiva más antigua y más popular, áun cuando se deba conceder la prioridad sobre ellos á muchos de los caballerescos, si juzgamos por la forma en que han llegado hasta nosotros. Dice con mucha verdad Lope de Vega en su *Arte de hacer comedias*, que «para contar los hechos insignes pasados, fueron verdade»ramente inventados los romances.» En ellos se expresa la conciencia nacional con la máxima intensidad, y en ellos fueron cantados de hecho todos los momentos significativos de la historia española, en gran parte por el pueblo mismo, en tanto que éste significó lo mismo el núcleo de la nación, y fué portador de la conciencia nacional. Por esto todos los sucesos más incitantes y notables desde que la nación luchaba por su existencia después de la ruina del reino visigótico, hasta el más perfecto desarrollo nacional en la monarquía universal española bajo Carlos I, todas las hazañas de los héroes nacionales hallaron su eco poético en estos romances, habiendo de buscarse, por lo mismo, precisamente en este género, los genuinos y antiguos cantares populares (nuestra primera clase de romances), cuya composición originaria, hasta tal punto brotó del pueblo mismo, que no puede ser supuesta mucho después de los sucesos mismos cantados. Cuanto más antiguos y populares son, sin embargo, tanto más idealizado legendariamente está en ellos lo efectivo y real. Pues, «esta manera legendaria,» dice muy bien Wackernagel (l. c., pág. 349), «es aquella en que todos »los pueblos conciben su historia, mientras llevan una vida

---

cos y jácaras no los menciona por separado, pudiendo, en todo caso, agregárseles á los *vulgares*), que como es natural no podía citar yo aquí en que se trata de la división según los asuntos, sino que debí hacerlo más arriba, al clasificar los romances según el carácter del *principio* que les informa. De estos romances vulgares, como tratan, no sólo de todos los géneros de asuntos aquí nombrados, sino de muchos otros y de una manera enteramente peculiar á ellos, he de hablar al fin, colocándolos bajo un título especial, según ha hecho Durán.

»natural, no perturbada por la civilización y la cultura litera»ria.» Sobre todo, lo que tenía que hacer el carácter nacional era procurar representarse en una personalidad dada ó inventada, é idealizarla legendariamente, haciéndole objeto de este género de romances. La conciencia propia del pueblo español se ha creado tales representantes en Bernardo del Carpio, y lo ha hallado en la vida del «más famoso castellano», Rui Díaz, llamado el Cid Campeador, y en estas dos figuras, la una del todo, la otra semi-legendaria, ha personificado é idealizado su más íntima peculiaridad, su esencia espiritual, teniendo que consagrar cuando se hizo dueña del lenguaje y del canto, sus primeras canciones á estas prosopopeyas de la conciencia nacional, que como fenómeno de ésta son históricas en el más elevado sentido (1).

Como substracto y fundamento histórico de ambas figuras, tenemos la victoria de la fuerza nacional sobre la dominación extranjera en la rota de Roncesvalles y en la reconquista de Valencia; pero en ambas se muestra el sentido, innato entre los españoles, de la independencia y la dignidad personales, que se sobreponen al reconocimiento y la fidelidad hacia el señor natural. Así es que se personificaba en ambos el genuino orgullo español contra la injusticia impuesta por la fuerza, aunque sea contra el rey y los mismos parientes, la

(1) En este sentido tiene Depping perfecta razón, no mereciendo la nota de reproche de Alcalá Galiano, al poner en los romances de Bernardo del Carpio entre los históricos. También Durán los ha insertado, no ya entre los caballerescos, sino entre los históricos, en su nueva edición. Nada importa para ello el que haya ó no existido en realidad una persona de ese nombre, puesto que es de todos modos una figura nacional, un carácter nacional personificado bajo un nombre determinado y en circunstancias dadas, y si no es *tal* español, es por lo menos un *español*, y como tal, una existencia, no sólo efectiva, sino también histórica. El Bernardo representa al rico-home español en lucha con las inmixtiones de los extraños y del rey de tiempo de Alfonso el Casto, como el Cid asume el mismo carácter bajo circunstancias semejantes, pero en el tiempo conocido históricamente de Fernando el Grande y de su hijo.

celosa guarda de la autonomía, y la inmaculada honra y el espíritu caballeresco y aventurero; en ambos se expresa junto el orgullo de ser *hijos de algo*, el esfuerzo por pasar, ante todo, por *hijos de sus obras*. Tenemos, además, testimonios históricos de que las leyendas de estos dos héroes nacionales andaban ya desde muy temprano en boca del pueblo, y que eran celebrados en cantares. De Bernardo del Carpio lo atestigua la *Crónica Alfonsina*, que cuando lo menciona, y esto como una persona acreditada de histórica, se refiere á los cantares que habían difundido sobre él rumores menos fidedignos, de donde se saca que aquellos cantares habían dado en muchos casos á la leyenda otra forma que aquella en que está en los romances que han llegado hasta nosotros, los cuales es evidente que justifican el relato de la *Crónica* (1).

(1) Así se dice en la *Crónica general*, tercera parte, fol. 30 vuelto: «E algunos dizen en sus cantares de gesta que fué este don Bernaldo fijo »de doña Tiber, hermana de Carlos el Grande de Francia, e que vino »aquella doña Tiber en romería á Santiago: e de su tornada que la com»bidó el conde don Sandias (Sancho Diaz), e ella otorgol quanto él quiso: »e hovo entonces este fijo de ella: e el rey don Alfonso que lo recibió por »fijo, porque non havia fijo ninguno que finearse por señor del reyno »despues de su muerte, mas esto non podia ser: por ende, non son de »creer todas las cosas que los homes dizen en sus cartas: e la verdad es »ansí como havemos ya dicho, segun que fallamos en las estorias verdade»ras las que fizieron los sabios (á saber, *Rodericus Toletanus* y *Lucas* »*Tudenses*.)» Y en el fol. 45 vuelto se dice: «E dizen en los cantares que »(el rey Alfonso) le (á Bernardo) dixo que era sobrino del rey Carlos el »Grande, e fijo de doña Tiber, su hermana, etc.... E dicen los cantares »que casó (Bernardo) entonces con una dueña que havia nombre doña »Galinda, fija del conde Alardos de Lara, e que hovo en ella un fijo que »dezian Galin Galindez, que fue despues muy buen caballero e mucho »esforçado. Mas porque nos non fallamos nada de todo esto que aquí ha»vemos dicho de Bernaldo desde la muerte del conde don Sandias, fasta »en aqueste logar, en las estorias verdaderas, las que fizieron e compusie»ron los homes sabios, por ende non afirmamos nos, ni dezimos que assi »fuesse, ca non lo sabemos por cierto, sinon quanto oymos dezir á los »juglares en sus cantares.» Por lo demás, entre los romances de Bernardo

De los cantares que cantaban al Cid se tiene un antiguo testimonio que, áun cuando no fuera cosa que de por sí se comprende, se probaría sin más el que Ruiz Díaz, apenas muerto, fué resucitado en el canto. En un poema latino acerca de la conquista de Almería por Alfonso VII de Castilla en 1147, compuesto á seguida de ella, entre los héroes que allí se distinguieron, se elogia á Alvar Fañez, nieto de su homónimo el compañero del Cid, y se hace referencia con tal motivo á su famoso abuelo y al Cid mismo con las siguientes palabras (*España Sagrada*, tomo XXI, pág. 405):

Cognitus et omnibus est avus Alvarus, arx probitatis
.....
Ipse Rodericus, mio Cid semper vocatus,
De quo cantatur, quod ab hostibus hand superatur;
Qui domuit Mauros, comites domuit quoque nostros;
Hunc extollebat, se lande minore ferebat.
Sed fateor virum quod tollet nulla dierum,
Meo Cidi primus fuit, Alvarus atque secundus.
Morte Roderici Valentia plangit amici,
Nec valuit Christi famulus ea plus retinere, etc. (1)

---

que han llegado hasta nosotros, muy pocos son antiguos legítimos, (véase *Primavera*, núms. 8-14); los más que se hallan en Sepúlveda, Timoneda y áun en el mismo *Cancionero de romances*, los restantes están hechos siguiendo á las Crónicas, y en un número mayor aún en el *Romancero general*, que son sólo variaciones sobre este tema, que llegó á ser favorito, (compárese con los antiguos, «con cartas y mensajeros», las variaciones que acerca de ello se hallan en el *Romancero general* y en el *Jardín de amadores:* «Mal mis principios pagaste»; y «Con solos diez de los suyos.») Del pasaje de la Crónica más arriba citado, resulta muy probable el que, además de los cantares populares de Bernardo, existían entonces grandes romances juglarescos encíclicos sobre él. V. Manuel José Martín, *Historia fiel y verdadera del valiente Bernardo del Carpio*. Madrid, 1776, en 4.°; y Max Theodorus Karw. *De Bernardo del Carpio, Hispanorum héroe. Dissertatio. Vratislaviae*, 1856, 8.

(1) Cf. Aschbach *De Cidi historiae fontibus dissertatio, Bonnae*, 1843, 4, págs. 5 y 7;—y la introducción de Huber á la Crónica del Cid, página na XX y siguientes.—Damas Hinard, *Poëme du Cid*, pág. 15.

El pasaje «dice Diez (en la citada reseña crítica del *Jahrbuch für wissenschaftliche kritik*,» pág. 425) «es, como se »ve fácilmente, de interés para la historia de toda la poesía »épica popular, corrobora de nuevo la presuposición de que los »comienzos de esta poesía se anudan inmediatamente á la vida »y hechos del héroe.»

En tiempos recientes, el Sr. Edélertand Du Méril, meritísimo en todo lo referente á la poesía medio latina, ha hallado y publicado en un manuscrito procedente de Cataluña un fragmento de un poema popular latino, cuando menos de fines del siglo XII ó principios del XIII (*Poésies populaires latines du moyen âge*, París, 1847, 8, p. 308 hasta 314) que estaba destinado á alabar al Cid y á cantarlo ante el pueblo:

Eia ¡lætando, POPULI CATERVAE
Campidoctoris hoc carmen AUDITE
hagis qui ejus freti estis ope;
cuncti venite! (1).

También la Crónica alfonsina y la «Crónica particular del Cid» mencionan expresamente los cantares populares del sitio de Zamora por el rey D. Sancho y el Cid («Crónica general,» cuarta parte, fol. 214 v.°, y «Crónica del Cid,» cap. 56, según la edición de Huber, pág. 67): «E dizen en los cantares que la »tovo cercada siete años, mas esto non podria ser, ca non rey»nó él (el rey Sancho) más de siete años, segun que falla»mos en chronicas,» (la «Chronica del Cid» tiene las siguientes variantes: «E algunos dizen etc.,—segun que fallamos en la Chronica.») En ambas se hallan alusiones á particularidades legendarias que se suponen conocidas de todos como lo ha probado Huber (l. c. p. 67), que dice de este respecto: «En todo »este y algunos otros pasos semejantes se deja sentir inmedia-

(1) Véase sobre esto á Milá y Fontanals, l. c. pág. 62 64. Además de haber vindicado para Cataluña el origen del poema, dice de él: «Por lo »demás la (canción) creemos en parte resumen y en parte traducción de »otra poesía *más popular, probablemente castellana* (á saber, de la des»cripción detallada del sitio de Almenara.)»

»tamente el influjo, ó por decirlo así, el aire de los romances.» De hecho hasta en los romances del Cid que han llegado á nosotros se conservan rasgos legendarios qne no se presentan ni en el «Poema del Cid» ni en la Crónica, y que atestiguan la sobrevivencia de tradiciones independientes de esos escritos. Lo que sobre todo hay que tener en cuenta es cómo en los antiguos y legítimos romances se pone de realce los sentimientos del Cid de independencia y el de pundonor, lindantes con el orgullo, hasta frente á frente del rey, rasgo completamente nacional, por el cual se pone al Cid á todas luces como el portador de la conciencia popular, rasgo que sólo lo hallamos conservado de modo imborrable en la «Crónica rimada,» editada por Michal, mientras el «Poema,» las crónicas y los romances posteriores lo ha atenuado de un modo significativo. Así es que se diferencian de estos antiguos romances populares los hechos conforme á las crónicas (1); y no sólo formalmente, sino también en cuanto á los asuntos, y todavía más los posteriores de poetas artísticos. En los antiguos aparece el Cid to-

(1) Véase acerca de la relación que la «Crónica del Cid» y la «Crónica general» guardan entre sí, con los romances y con los demás trabajos poéticos é históricos acerca de la vida del Cid la notable introducción de Huber á su edición de la Crónica del Cid. Aquí sólo diremos acerca de ella que también Huber es de convicción de que ni el «Poema» ni las crónicas han sido sacados ni arregladas de los romances, sino que más bien procuraron preservarse expresamente de ello, como hemos visto; pero que á pesar de esto han sacado de los romances, y han aceptado tal vez por mediación de una crónica latina, rasgos legendarios. Los romances posteriores hechos siguiendo á las crónicas, son bastante conocibles sin eso.—Véase también Dozy, l. c., pág. 388 y siguientes; sobre la «Crónica del Cid,» página 406 y siguientes; sobre el carácter del Cid en los antiguos romances populares y en la «Crónica rimada,» pág. 652 y siguientes; además Durán, l. c., II, pág. 649 y siguientes y pág. 663. Malo de Molina, l. c., páginas 32 y 33. Además las monografías acerca del Cid: *Le Cid, esquisse littéraire par* M. Walras. *Donai*, 1853. 8.—*Un pélésinage au pays du Cid, par* A. F. Ozanam. París, 1853. 8.—*Le Cid Campeador, on le héros de Castille, tiré fidélement des chroniques et histoires des temps espagnols et arabes, par* A. de Saint Fargeau. *Limoges*, 1852. 12;

davía como un rico home altamente osado, celoso de sus derechos, que rinde á sus naturales señores feudales la consideración y fidelidad que le compete merced á este lazo, pero lo cual no le impide poner su honor por encima de toda bondad y todo favor, y si se siente lastimado en él ó tratado con injusticia, rompe el lazo y rehusa fidelidad y vasallaje, puesto que él ganó su alodio en las batallas, peleando con su lanza y bajo su escudo (véase v. gr. el romance del *Cancionero de romances*, *Cabalga Diego Laines* y la observación de Deppig, I, 125 y Durán, I, 482, y el notable romance: *En las almenas de Toro* en la *Primavera*, núm. 54). En los romances según las crónicas, que fueron escritos en interés de la realeza ó del claustro de San Pedro de Cerdeña, es el Cid ante todo fiel servidor de su señor, y honradísimo por su enlace con linajes reales, ó el héroe de la fe, cuyo cuerpo llegó á ser una milagrera reliquia del claustro, siendo, por lo tanto, algunos de estos romances verdaderas leyendas. En los romances de los poetas artísticos, es el *en buen hora nacido* en caballero cortesano del siglo XVI ó XVII blando, galante ó conceptuoso y sentimental, que habla mucho y obra poco, y Jimena, que en los romances viejos no aparece más que en la relación natural de mujer á marido, y como ama de casa y madre, es aquí la dama de su corazón y su homenaje, á la que el Campeador corteja como cualquier galán de comedia (v. gr. el romance: *Domingo por la mañana* del *Romancero general*, en Durán, número 741, en que se describe pieza por pieza el traje de boda del Cid, como es natural según la moda del siglo XVII, y con la exclamación de: *¡Oh qué galán que salió!*) Ella, Jimena, se queja de una manera enteramente igual á la de una lánguida zagala, cuando él la abandona para irse al campo de batalla (véase v. gr. el romance: *Espántame, mi Rodrigo* en el *Romancero general*; y en Durán, núm. 747, con el conmovedor estribillo de: *Pues que con larga ausencia á Jimena quitais vida y paciencia*); á lo cual le jura él que se quedará en casa para retozar con ella (véase el romance: *La noble Ji-*

mena Gómez del *Romancero general*, en Durán, núm. 746, «Le jura de no volver—más al fronterizo campo—y vivir gozando della») (1).

Lo mismo que en Bernardo y en el Cid se ha representado al español en general. Así el castellano idealizó sus peculiaridades regionales y sus intereses particulares en la persona, no menos legendaria, del conde Fernán González. Los rasgos fundamentales generales se acentúan más aún en los esfuerzos, coronados por el éxito, de este fundador de la independencia y autonomía castellanas respecto á la corona de León. No sólo estos ricos homes, empero, sino también los infanzones é hidalgos hallaron su ideal y sus cantores, con el mismo sentido. Por la dignidad y la honra personales, con que Fernán González afirma los derechos de Castilla frente á los reyes de León, se le oponen á él y á su favorito Ruy Velázquez los siete Infantes de Lara, y cuando quedan sometidos por la fuerza y la traición engéndrales el viejo González Bustos con la propia hermana de Almanzor un hermano bastardo, Mudarra, que es su vengador. Esta potente, orgullosa y osada hidalguía forma á través de toda la Edad Media, el núcleo del pueblo español; habiendo sido compuestos los antiguos romances populares en su interés, en sus sentimientos, y convirtiéndose estos cantares en cuanto eran expresión de una persona moral, la colectividad nacional, en voces históricas llenas de sentido, á que no debe cerrar sus oídos el historiador; pues su alabanza y su vituperio que resonó durante largo tiempo en boca del pueblo denunciaban ya *qué* pueblo, y *cómo* ha hecho la historia. Así es que celebran estos cantares la osadía de los hidalgos, que prevalidos de sus privilegios y franquicias afrontaban hasta á Alfonso

(1) Aunque á Herder se le puede pasar el que en un tiempo en que todavía no se había hecho nada por la crítica de los romances, compusiera *su* Cid de elementos tan heterogéneos, hoy no puede ya justificarse ese amontonamiento falto de crítica y ese citar á tontas y á locas los romances de origen más diverso, pues se peca, al hacerlo, contra la verdad histórica y la poética.

VIII de Castilla, el vencedor de las Navas de Tolosa, obligándole á renunciar á sus pretensiones y á castigar á su mal consejero D. Diego de Vizcaya. En prueba de lo cual véase lo que uno de los dos romances que acerca de este asunto se hallan en el *Cancionero de romances*.—(*Primavera*, núm. 61) hace decir dentro del sentido de *este* pueblo, á su guión, D. Nuño de Lara:

Aquellos donde venimos
Nunca tal pecho han pagado,
Nos ménos lo pagaremos,
Ni al rey tal será dado:
El que quisiere pagarle
Quede aquí *como villano*,
Váyase luego tras mí
El que fuere hijodalgo.
Todos se salen tras él,
De tres mil, tres han quedado.

Así también se justificaba á los rapaces Carvajales y se llamó al rey Fernando IV de Castilla «el Emplazado,» porque le citaron aquellos para ante el juicio de Dios, cuando hizo que los ajusticiaran, pues él creía la «falsa información que los villanos le han dado» (*Primavera*, núm. 64). Por esto en los romances lo mismo que por los cronistas del partido de la nobleza se llamó á D. Pedro de Castilla, que procuraba sujetar á aquella con mano fuerte, «el Cruel» y áun cuando mereciera en realidad ese nombre, le pintaron con los más negros colores, complaciéndose en presentarle como un hombre cruel, mientras compadecían á sus hermanos, que no eran mejores que él, pero con los cuales estaban á bien y se regocijaban de la victoria de Enrique de Trastamara (1).

(1) Entre los romances todos referentes á Pedro de Castilla no hay más que uno sólo que tome su partido y acuse á su hermano bastardo, el Maestre de Santiago, de tratos adúlteros con la reina Blanca. V. *Primavera*, núm. 67 y 67 *a*, y las notas sobre ello en la colección de Praga, páginas 169 y 172.

Junto á estos romances que describen el estado interno político-social hay algunos también entre los históricos que celebran sencillamente hazañas guerreras, combates por la patria y por la fe, pues era costumbre de los caballeros en sus reuniones y banquetes y en las horas de descanso narrar, ó cantar, ó hacer leer los hechos de armas distinguidos, excitándose así á cumplir otros semejantes (1).

Pero como las luchas de ocho siglos con sus opresores é infieles vecinos, los moros, por afirmar los límites de sus domi-

(1) En las «Siete Partidas» se halla una ley especial acerca de esto, que es tan interesante en más de un respecto, que voy á insertarla aquí. Es la ley XX del título XXI de la Partida II; «*Como ante los caballeros »deben leer las hestorias de los grandes fechos de armas quando comie»ren.* Apuestamente tovieron por bien los antiguos que fecieron los caba»lleros estas cosas que dichas habemos en la ley ante desta: et por ende »ordenaron que así como en tiempo de guerra aprendian fechos d'armas »por vista et por prueba, que otrosi en tiempo de paz lo aprisiesen por »oida et por entendimiento, et por eso acostumbraban los caballeros »quando comian que les leyesen las hestorias de los grandes fechos de »armas que los otros fecieran, et los sesos et los esfuerzos que hobieran »para saber vencer et acabar lo que querien. Et allí do non habien tales »escripturas, faciendoselo retraer á los caballeros buenos et ancianos que »se en ello acertaron: et sin todo esto aun facien mas que los juglares non »digiesen ant'ellos cantares sinon de gesta ó que fablasen de fechos d'ar»mas. Et eso mesmo facian que quando non podiesen dormir cada uno »en su posada se facia leer et retraer estas cosas sobredichas; et esto era »porque oyéndolas les crescian los corazones, et esforzábanse faciendo »bien queriendo llegar á lo que los otros fecieran ó pasara por ellos.» No puede negarse que en relación á los romances propiamente políticos hay pocos que canten las luchas con los moros *antes* de la última decisiva de Granada, que como hemos de hacer notar en seguida, formó época en la poesía romancesca. El conde de Circont me parece que ha demostrado muy bien la causa de esto (l. c., pág. 49): «le que nous venons de dire »sul la constitution sociale de la Castille, au moyen âge, expliquera comment les protagonistes des anciens romances populaires sont *des »ricombres on des hidalgos*, et comment aussi les romances y s'occupent »beaucoup de la politique, négligeant ce qui passe pour le gran trait de »l'histoire nationale, la guerre sainte.»

nios y extender su fe, eran el interés más vivo para el cristiano español, y hasta era una cuestión de vida, siempre en suspenso, el llegar á dominar por completo á los moros, los *romances fronterizos* —que son lo correspondiente á las *border-batlads* de los escoceses é ingleses y que deben distinguirse de los *moriscos*—los romances fronterizos eran los más populares entre los del género histórico (1) y como es natural se han conservado de ellos los referentes á la última lucha decisiva por Granada en la forma y composición más legítimas, casi originarias, habiendo de buscarse precisamente entre éstos los modelos más genuinos de romances populares históricos ó de nuestra clase primera.

Medio siglo apenas después de la conquista de Granada cambia ya significativamente en España el concepto de pueblo y lo popular en el respecto político, social y literario. La nobleza se fué haciendo cada vez más una nobleza cortesana, los ricosomes grandes, los infanzones é hidalgos, gentiles hombres de cámara ó abanderados, que se esforzaban por conseguir la honra de servir en la mansión ó en el ejército del rey, y ellos y todos los que tenían pretensiones de cultura se separaban cada vez más del pueblo, que ya no significaba lo mismo que núcleo de la nación. Este pueblo que no cooperaba ya á la historia no podía tampoco cantarla; se contentaba con

(1) Así dice Durán, l. c., tomo I, pág. 61: «Hay con todo, algunos que »ascienden al siglo XV, y otros al XIV (?). Tales son los *fronterizos*, así »llamados, por ser las canciones donde los castellanos celebraban las co»rrerías que hacían en las fronteras de los moros.» La *Primavera* da cuarenta romances populares genuinos de las guerras fronterizas con los moros, en gran parte de la última lucha por Granada. Como esta última guerra formó época en la poesía romancesca, es cosa que Huber (en el *Gotting. Anz*, cuaderno 44, págs. 437-439) ha mostrado muy bien. Por este «heroísmo» rejuvenecido, los romances que de él salieron han conservado una señal característica análoga á la de los primitivos.—Estos romances se han conservado hasta hoy en día en boca del pueblo.—Véase Willkomm, *Zwei Jahre in Spanien*. Dresden, 1847, 8, tomo III, páginas 387-409.

que los eruditos y poetas artísticos le dieran la historia de los tiempos pasados según las crónicas ó siguiendo fines y opiniones subjetivas, ó que presentaran en pliegos sueltos rimados para los cantores de feria las acciones del estado ó las fiestas cortesanas del presente, en que no tomaba el pueblo la mayor parte de las veces más que una parte pasiva. Esto, junto á la repetición de los antiguos y genuinos cantores populares debía bastar para mantener viva la conciencia nacional áun en aquellas clases que cada vez se daban cuenta más clara de que no eran ya conceptos equivalentes pueblo y nación. (1) Por esto los romances históricos hechos desde mediados del siglo XVI—cuyo número es considerable, pues cuanta menos parte podían tomar en la historia, de tanto más tiempo y humor disponían para hacer romances de tal modo, que esto llegó á ponerse de moda—tales romances pertenecen en su mayoría á la clase segunda, la de los romances á estilo de crónica (como son todos los de Sepúlveda, Alonso de Fuentes, los de la *Rosa Real* de Timoneda, los más del *Romancero general* y áun del *Cancionero de romances* y de la *Silva*, etc.), y casi todos los restantes á la clase tercera ó sea á las variaciones artísticas sobre temas históricos, llamados por Durán, para diferenciarlos de los otros *heroicos*, (de esta clase son los más de los romances históricos del *Romancero general*, *Jardín de amadores*, muchos del *Romancero del Cid*, *Del rey Rodrigo*, etc.) Pero los romances históricos que siguió creando el pueblo, desde que se entendió por éste cada vez más la parte incivilizada de la nación, tienen igualmente por objeto historias que conmueven más de cerca á las clases más bajas de aquél, de

(1) El conde de Circonst (l. c., p. 48.) ha expuesto en pocos pero notables rasgos los cambios que se verificaron en España en cuanto á la comprensión del concepto «pueblo» ya desde el comienzo del siglo XVI y hasta desde la subida al trono de la dinastía de Trastamara, y después de haber hecho notar la cesación de la unidad y comunidad de intereses, concluye con razón diciendo que «C'en était fait de l'unité qui inspirait »auparavant les romances.»

que he de hablar más adelante cuando presente en su conexión los *romances vulgares*.

Durán ha reunido la rica provisión de los romances históricos, dividiéndolos, según sus asuntos, en subdivisiones y algunas de ellas de nuevo en épocas de la siguiente manera (1):

En la primera subdivisión, los romances que tratan de historia santa (bíblica), entre los cuales es muy pequeño el número de los antiguos tradicionales.

En la segunda subdivisión, los romances mitológicos, divididos de nuevo según que sean de la época griega y de la romana. Casi todos los romances de esta clase pertenecen al último tercio del siglo XVI y á la poesía artística (2).

La tercera subdivisión contiene los romances cuyo asunto trata de la historia de Asia y de las dos Grecias, y que tienen por objeto las sentencias y hechos de los antiguos filósofos. Pertenecen al mismo tiempo y al mismo principio que los de la primera división.

La cuarta comprende los romances cuya materia está tomada de la historia romana, y se desmembra según las épocas de la misma en los de los reyes de Roma, de la república hasta las guerras púnicas, desde éstas hasta la destrucción de Numancia, de la guerra civil hasta su fin y del imperio. En ésta, y las dos divisiones precedentes, los menos son romances tradicionales (quizá con excepción de un par referente á la catástrofe de Numancia), lo cual depende de la naturaleza misma de las cosas; siendo en gran parte productos secos y pedantes-

(1) Intercalo aquí el pasaje referente á esto de su ya citada reseña de la obra de Durán para dar una idea del contenido y variedad de los asuntos tratados en los romances históricos. En la *Primavera*, editada por mí y por Hofmann, ocupan los romances históricos genuinamente populares todo el primer tomo.

(2) Entre los mitológicos se hallan algunos tradicionales como verbigracia, el conocido *del Infante Troco*, que Durán ha colocado entre los caballerescos. Los mitos romanos, en efecto, han llegado á ser realmente populares en España.

cos ó ampulosos, de eruditos y poetas artísticos de la segunda mitad del siglo XVI. El mismo Durán halla disculpa de haberlos admitido en tan gran número, en que por una parte contienen á las veces algunos rasgos legendarios, en parte porque hay que caracterizar la historia de los géneros poéticos en general hasta por su lado de sombra, y en parte, finalmente, porque han llegado á ser muy raros los libros que los contienen (1).

Con la quinta sección empieza propiamente la de los históricos en estricto sentido, de los romances de la historia de España desde el tiempo de los godos hasta la mitad del siglo XVII, divididos según los reinados. Esta sección contiene, pues, sólo los romances de la más antigua historia general de España, de la historia de Asturias, de León y de Castilla y de la posterior monarquía universal española. Entre ellos son, como es natural, los más notables, los más antiguos y genuinos romances populares, los legendarios del Cid, de los siete Infantes de Lara, etc.; los conservados muy puramente de las guerras fronterizas con los moros, al tiempo de la conquista de Granada y después de ella, las leyendas caballerescas de los Pulgares, los Vegas, los maestres de Santiago y Calatrava, los novelescos de Abín, Darraez y Narvaez, etcétera. Pertenecen también á éstos los romances igualmente aún populares, pero corrientes entre el pueblo de más baja estofa del tiempo de Carlos V y de los tres Felipes, de la rebelión de los moriscos en las Alpujarras, de las expediciones contra

(1) Estoy en este respecto enteramente de acuerdo con Durán; sólo que me hubiera parecido más acertado no contar entre los históricos, en una ordenación meramente por la materia, los romances de estas cuatro secciones, sino añadirlos, quizá como apéndice, á los caballerescos, puesto que en ellos, como en las imágenes de la Edad Media, las notas más características son las maneras y costumbres, y se ha modificado hasta la naturaleza del asunto por su colorido. Durán mismo se ha visto determinado por esto á insertar entre los romances caballerescos los mitológicos, citados en la nota precedente.

los berberiscos, de la santa liga y de la batalla de Lepanto, etcétera, (1) que se apartan ya de los *fronterizos*, ¡de aquellas inspiraciones todavía tan elevadamente poéticas de un pueblo aún caballeresco, procedente en gran parte de los héroes luchadores y que vivían en boca de los cantores de este pueblo!

En la sección sexta se colocan los romances que, si bien es cierto que se refieren á la historia de Castilla y León, está tan obscurecida, sin embargo, su base histórica, que no pueden inclinarse en época alguna determinada. Como es natural, estos pertenecen á los más primitivos ó por lo menos á los viejos menos refundidos (2).

Las secciones séptima, octava y novena están destinadas á las historias de las dinastías de Navarra, Aragón y Cataluña, y son muy ricas en romances antiguos.

La sección décima, finalmente, da los romances cuyo asun-

(1) El que también entre estos, junto á muchos enteramente prosaicos á modo de crónicas ó de cantores de feria, hay algunos que tienen origen genuinamente popular, lo prueban, por ejemplo, los romances de la conquista de la ciudad de Africa por Carlos V (en Durán, núm. 1154), del *Romancero* de Sepúlveda (edición de 1580), del cual se halla en la biblioteca del Estado de Munich una impresión por separado en un pliego suelto hasta aquí desconocido, y cuya noticia debo á la amabilidad de Conrado Hofmann. Dice así su título: «Romance y relación verdadera de lo que passó en la conquista de la fortissima é inexpugnable ciudad de Africa en Berueria, ganada por fuerça de armas por los soldados españoles del emperador y rey nuestro señor en el año 1550. Fué embiado por un soldado que se halló en la conquista á otro amigo suyo que reside en Italia» (23 hojas, 4.°). Estos romances eran para su tiempo lo que los antiguos populares para siglos anteriores; tiempo en que en vez de un pueblo de caballeros libres, había llegado á ser un pueblo de soldados sometidos á obediencia.

(2) En la obra misma, la sección aquí citada como sexta ha sido enfilada después de las tres siguientes, y contiene tan sólo dos romances, números 1232 y 1233, el primero de los cuales ha sido impreso por equivocación en la sección precedente. Estos dos romances son los conocidos del *Cancionero de romances*: «*Ya se asienta el rey Ramiro*» y «*A tal anda don García*» (véase *Primavera*, núms. 99 y 133).

to está tomado de la historia de países extranjeros, por ejemplo, de Portugal, de Italia, etc., entre los cuales se hallan, empero, aún algunos antiguos y notables. Durán concluye su revista, diciendo:

«A diferencia de los caballerescos españolizados, considero »los viejos romances sobre la historia española de la Edad »Media, como los solos originales y libres de toda imitación »extraña, inclusa la que pudiera venirnos de los moros. A ésta »sólo pertenece un corto número, ya de los novelescos ó ya de »de los semi-históricos, que tratan de las guerras contra los »moros de Granada. Aun los que desde principios á fines del »segundo tercio del siglo XVI remedaron á los antiguos, par»ticipan de la ventaja de ser puramente nacionales, pues su »imitación recayó sobre lo que nos es propio y excluía lo que »era extraño.»

Tras del impulso que movía á objetivarse á la conciencia y al carácter nacionales y que engendró los romances históricos, debía procurar manifestarse poéticamente el espíritu general del tiempo de la Edad Media europea, el espíritu de la caballería y galantería en un pueblo tan caballeresco como el español. Así nacieron los *Romances caballerescos* y los de *Aventuras amorosas*. Como los españoles recibieron por los franceses la educación formal de la caballería, se les trasmitieron también las leyendas caballerescas y las aventuras en gran parte de sus vecinos de allende los Pirineos. Debieron, ante todo, servirles para la objetivación del espíritu caballeresco las leyendas de Carlo Magno y de sus Pares, puesto que contenían dos elementos homogéneos con el carácter, el estado y los cantares populares de los españoles, y son estos dos elementos: la base histórico-legendaria y su enlace con las luchas por la cruz y la conversión de los infieles, que además aparecen como sarracenos, ya á través de las epopeyas francesas, poniéndose á menudo en éstas el campo de batalla en España, ó Africa, así como de hecho pelearon á menudo caballeros franceses en común con españoles contra los moros, por ejem-

plo, en la conquista ya de Almería. El temprano conocimiento que los españoles adquirieron de las leyendas carolingias lo prueba el pasaje del poema latino de la conquista de Almería (1147) citado en los romances del Cid, en que, á los versos ya citados, preceden inmediatamente los siguientes:

Audio sic dici, quod est Alvarus ille Fanici,
Hismaelitarum gentes domuit, nec earum
Oppida velturres potuerunt starefortes.
Fortia frangebat, sic fortis ille premebat,
Tempore *Roldani* si tertius Alvarus esset
Post *Oliverum*, fateorsine crimine rerum,
Sub juga (sic) Francorum fuerat gens Agarenorum
Nec rocil chari jaculissent morte perempti;
Nullaque sub coelo melior fuit hasta sereno,
Ipse Rodericus, mio Cid, etc.

Además, en la *Vida de San Millán,* de Gesceo, copla 412:

El Rey Don Ramiro un noble caballero
Que nol venzrien de esfuerzo *Roldan* ni *Olivero*.

Igualmente en la Crónica alfonsina y en la *Gran conquista de Ultramar*, compuesta tal vez por mandato de Alfonso X, se menciona detalladamente la leyenda de Berta, la madre de Carlo Magno, la morada de Carlos (Carlos Maynete) en la corte del rey Galafre de Toledo, y su rapto de Galiana (después de bautizada bajo el nombre de Sibilla, de cuya suerte posterior trata el libro popular español de la «Reina Sebilla) (1), de

(1) Véase mi libro, *Ueber die altfranzösischen Heldensagen*, págs. 25-26, 124 y siguientes, y mi disertación *Ueber die beiden wiederanfgefundenen nieder Cändischen Volksbücher von der Königin Sibille und Huon von Bordeaux* (en el tomo VIII de las *Memorias* de la clase de Filosofía é Historia de la Academia de Ciencias, Viena, 1857, en 4.°) El «Cuento del Emperador Carlos Maynes de Roma é de la buena Emperatriz Seuilla, su muger,» mencionado al final de mi disertación, cuento que se halla en un manuscrito del Escorial, no es otra cosa más que una redacción más antigua del libro popular de la reina Sibilla, como me he convencido por la descripción del tal manuscrito que ha tenido la bondad de comunicarme

la rota de Roncesvalles y del caballero del Cisne. Y el poema del «Conde Fernán González,» compuesto en el siglo XIV, muestra, siguiendo sin duda á la crónica del pseudo Tuepin, un conocimiento exacto de los paladines de Carlo Magno. Así es que el Arcipreste de Hita, que estaba en general muy familiarizado con la literatura francesa, dice en sus «Poesías,» copla 1675:

Ca nunca fue tan leal *Blancaflor á Flores*
Nin es agora *Tristán* á todos sus amores.

Finalmente, los poemas caballerescos compuestos en el siglo XIII, el de *Alejandro Magno*, de Lorenzo de Segura, el de los *Votos del Pavón* y el del *Rey Appolonio*, todos ellos, siguiendo á fuentes francesas, prueban que estas leyendas transmigraron pasando los Pirineos. Los poetas artísticos españoles se enteraron de estas leyendas por el camino erudito de los libros (1), y llegaron ellas, sobre todo, mediante los juglares errantes hasta el pueblo español, siéndole cantados en la acostumbrada manera de los romances. Por esto los romances del ciclo de leyendas carolingias pertenecen también en gran parte á la clase de aquellos que he caracterizado como juglarescos (2).

---

el señor Gayangos. El manuscrito, un tomo en folio, con el título de *Flos sanctorum, vidas de algunos santos y otras historias*, contiene, además de aquel, «De sancta María Magdalena.—La estoria de sancta María egipciaca.—Del Emperador Constanteri (sic).—De un cauallero Placidas que fue despues christiano é ovo nombre Eustasio.—De sancta Catalina.—La estoria del Rey Guillelme (Guillaume d'Angleterre).—El cuento muy fermoso del Emperador Otas de Roma é de la Infante Florencia, su fija, é del buen cauallero Esmaro (La bonne Florence de Rome). Todo ello en prosa, y arreglo probablemente, según originales franceses, del siglo XIV ó XV.

(1) Véanse los muchos pasajes del *Cancionero de Baena*, que prueban este conocimiento, pasajes recogidos por mí en las adiciones á la traducción alemana de la obra de Ticknor, tomo II, págs. 687-688.

(2) El fragmento del poema provenzal de Santa Fe de Agen indica una temprana difusión de las leyendas en el Sud de Francia y el Norte de España mediante los juglares.

Estas leyendas, áun cuando no puede desconocerse su base francesa, tomaron en el suelo español una forma peculiar; por lo menos no se notan las fuentes francesas inmediatas en muchos de los romances que han llegado hasta nosotros. Así es que muestran figuras que parecen ser propias de los españoles, tal vez, empero, después de haberse perdido las tradiciones del mediodía de Francia, v. gr., la de Guarinos (Guerín de Montglave?), Gaiferos (Gaiferus Rex Burdegalensium?), Grimaltos, Montesinos, Claros de Montalván, Calaínos y el Conde de Irlos. El mismo Bernardo del Carpio, áun cuando según las ya mencionadas indicaciones de la Crónica alfonsina, pudo haber sido formado siguiendo á leyendas más antiguas en conexion íntima con las del ciclo carolingio, aparece en los romances conservados tan españolizado y en tan floja conexión con este ciclo, que tales romances no pueden computarse aquí sino, como lo he hecho, entre los legendario-históricos. Así también Durandarte, siguiendo á los más recientes libros de caballerías, no es otra cosa que un héroe que ha procedido de una metamorfosis que por mala inteligencia se verificó en boca del pueblo, convirtiéndose en Durandarte la espada de Roldán (Durendal) (1). Un rasgo peculiar de los romances españoles de

---

Canczon audi qu'es bell'antresca,
Que fo de razo espanesca,
.....
Tota Bascon n'et Aragons
E l'encontrada dels Gascons
Saben quals es agist canczons.

Compárese lo que dice Fauriel, l. c., tomo I, pág. 33 y siguientes; tomo II, pág. 374 375; tomo III, págs. 464-466.

(1) Así se ha conservado, por ejemplo, un fragmento de la leyenda de Aymeri de Narbona en el romance del *Cancionero de romances*, «Del roldán de Babilonia» (*Primavera*, número 196), en el cual está el conde de Aimeric tan transformado en un «Conde Benalmenique», que no se le conoce; sin embargo de lo cual el contenido del romance concuerda de modo innegable con la leyenda de la pérdida de Aymeri. (V. Fauriel, l. c., t. II, pág. 409-411.) Con este linaje enlaza la tradición española á los condes de Castilla, casando al hijo de Fernán González, Garci Fernández, con una hija de Aymeri; v. la «Crónica rimada del Cid», verso 42, en que se le lla-

este ciclo es que los más antiguos de ellos están todavía casi completamente libres de la introducción de todo lo maravilloso, hadas, gigantes, mágicos, etc., y hasta las mujeres aparecen en ellos en una relación más natural, sin que sea sensible, hasta los más recientes romances, la influencia de la caballería galante y amiga de lo maravilloso (1).

---

ma «Almelique de Narbona», y en el romance *Castilla estaba muy triste*, (en Sepúlveda; Durán, número 713), se cuenta por extenso esta tradición. —Ambos romances pertenecen, por lo tanto, al mismo ciclo.

(1) Véase Depping, l. c., I, pág. 38; y Durán, l. c., tomo I, pág. 61.— Hasta los más recientes hechos á todas luces según los libros de caballerías, como en el romance de Reinaldos de Montalván, de una novela española en prosa que apareció á principio del siglo XVI, hasta estos más recientes romances no se nos presentan alusiones de ese género. Las tenemos en: «Ya que estaba don Reinaldos» á las armas encantadas de Roldán (aquí se menciona ya el «gran Can»), y en el: «Estábase don Reinaldos» á las artes mágicas de Malgerí. Entre los demás pequeños romances de aventuras caballerescas sólo se menciona, que yo sepa, la creencia en hadas y encantamientos en los dos siguientes: «A cazar va el caballero», «las siete fadas», y en: «Helo, helo por do viene—el infante vengador,» un «venablo... siete veces templado en la sangre de un dragón.»— El número siete juega en general en los romances un papel mistico. (V. Steahr, l. c., pág. 254; y Schmidt, en *Petri Alfonsi Disciplina Clericalis*, pág. 109). Por lo demás, la gran difusión que esta creencia en las hadas alcanzó en Portugal, donde, como es sabido, hallaron más acogida que en Castilla las leyendas y los poemas caballerescos franceses, es una prueba de que su origen no es *oriental*, sino *céltico*, y que se introdujeron por mediación de tradiciones *francesas*. Esto lo ha hecho observar muy acertadamente Almelda-Gacrett (*Romanceiro*, tomo II, pág. 19) al tratar de la versión portuguesa del romance mencionado «A cazar va el caballero.» Dice así: «Accresce que o romance castelhano, propriamente ditto, nunca se lançon »no maravilloso das fadas e incantamentos que a eschola *celtica* de Fran»ça e Inglaterra, e mais ainda a neo grega de Italia fizeram depois tan »familiar na Europa: os severos descendentes de Pelaio *nao thinham my»thologia* nos seus poemas, cantados ao som da lança no escudo e a com»pano das cutilladas. O sobrenatural d'esta historia parece-se mais com as »crenças e superstições, ainda *hoje existentes no nono povo*, das moiras »incantadas, das apparições da manhan de San'João e de outros mythos »*nacionaes*.»—Véase también: *Die Gesetze Königs Alfons des Weisen*

Entre los romances pertenecientes á este ciclo se deben distinguir tres, tanto por el principio y la forma, como por el asunto y el modo de tratarlo. Los más antiguos, en gran parte juglarescos—y los más antiguos que hayan llegado hasta nosotros, á juzgar por la forma y el lenguaje, por haber sido puestos por escrito los primeros—fueron trasplantados al suelo español por tradición oral ó de las *chansons de gerte* francesas, y en él fueron más cultivados, y de un modo más peculiar en boca de los juglares indígenas y del pueblo (como los arriba citados), teniendo, por lo tanto, formas totalmente populares, una acción amplia y épica, pero objetivamente moderada, caracteres y motivos naturales y sencillos, colorido y traje sacados de las Cruzadas y de la creyente caballería; pero elementos todavía menos rústicos que los de las *chansons de gerte*—porque en España faltaban la continuidad de un heroismo místico y creencias populares pre-cristianas—y nada de mezcla con lo místico-fantástico, maravilloso-aventurero de la tardía caballería, idealmente realzada; en una palabra, se han adaptado en general al carácter fundamental legendario-histórico de los romances españoles. De aquí que se explica de por sí—lo que á Depping parece tan enigmático—la falta de lo místico-maravilloso en estos romances: Hállanse también entre ellos algunos populares (de nuestra primera clase), como: *De Mérida sale el palmero* (semejante al romance juglaresco de Montesinos: *Cata Francia Montesinos; Nuño Vero, Nuño Vero*; *En los campos de Alventosa*, (repite literalmente un pasaje del: *Asentado está Gaiferos); Domingo era de ramos; En París está doña Alda; Mala la vistes, Franceses*; *En Castilla está un castillo; Estábase la condesa; Vámonos, dijo mi tio; A caza va el emperador; Arriba, canes, arriba;* (propiamente no más que un fragmento del gran romance juglaresco de

---

über das Hexen-und Zanberwesen, de A. Kaufmann, en el *Zeitschrift für deutsche Mytologie und Sittenkunde*, tomo IV, cuaderno 2, páginas 185-193, *Göttingen*, 1858, 8.

Gaiferos: *Asentado está Gaiferos*, muchos de cuyos versos repite literalmente) todos ellos en el *Cancionero de romances* (1).—Los romances del *segundo* grupo son considerablemente más modernos, hechos conforme á los posteriores poemas caballerescos, ó siguiendo á las novelas en prosa, con forma más ó menos artística, en el traje de la caballería y galantería refinadas, presentándose ya en éstos las mencionadas inmixtiones de hadas y magos. A éstos pertenecen los más de Reinaldos de Montalván, de Durandarte y Belerma (he dado ya ejemplos de estos romances juglares, los más modernos, y de la relación que guardan con los antiguos cuando hablé de la clase de los romances juglarescos en general); los de Bravonel y de Guadalara (todos del *Romancero general* y del *Jardín de amadores* y en traje tan morisco ya que, aunque por su base legendaria deban pertenecer todavía á este ciclo, Durán los ha colocado, no sin razón, entre los moriscos) y otras semejantes variantes de antiguas tradiciones, variantes procedentes de poetas artísticos de los siglos XVI y XVII. —De los poetas artísticos de los mismos tiempos posteriores procede finalmente el *tercer* grupo de los romances contados en este ciclo, que se hicieron siguiendo á los poemas italianos, tan leídos y traducidos en España, que, como sus originales, parodias nada más de antiguas leyendas heroicas, carecen de toda base tradicional, perteneciendo por lo tanto al campo de la invención y la poesía erudita.

Tan numerosos como son relativamente los romances caballerescos del ciclo carolingio, tanto más chocante es los pocos que se hallan que traten asuntos del ciclo de leyendas bretonas, á pesar de que también estas leyendas fueron conocidas

(1) Entre los populares arriba mencionados son algunos del siglo XV, puesto que sirvieron ya de tema á los poetas artísticos del *Cancionero general*; como: «En los campos de Alventosa», y «Domingo era de ramos». —Al nuevo impulso que los romances del ciclo carolingio tomaron en el siglo XVI, «contribuyó sin duda el imperio de Carlos V», según la observación de Huber (*Götting. Anz.*, pág. 437.)

desde tiempos muy remotos en España, como lo hemos visto por el pasaje arriba citado de las *Poesías*, del arcipreste de Hita, en que se menciona á Tristán (1).

Extraño es este fenómeno, y sin embargo, fácilmente explicable, pues las leyendas no tenían para el pueblo español, para quien se destinaban ante todo los romances, interés ni nacional, ni religioso, y eran en general muy heterogéneas con él por su carácter místico y rústico. Hasta después de la lectura de las novelas caballerescas en los siglos XIV y XV, no se pusieron de moda en España; entonces lo fueron, hallaron muchas novelas del ciclo bretón, traducciones y arreglos grandemente difundidos en el público (2), viéronse movidos los poetas artísticos á cantar asuntos de esos en romances, y así se hizo que fueran recibidos por el pueblo, y pasaran á su boca. Sólo se nos han conservado de ellos *tres* romances, el que llegó á ser tan famoso de Tristán (v. Hagen, *Minnesänger*, parte IV, pág. 564), y dos de Lanzarote, uno de los cuales, el

(1) Ya también en la *Gran Conquista de Ultramar*, lib. II, pág. 43, se cita la «Tabla redonda, que fué en tiempo del rey Artús», y Alfonso Martínez, arcipreste de Talavera, cita el *Libro de Lanzarote* en su *Corbacho*, parte IV, cap. VI, libro compuesto en el siglo XV. Véase también lo que dice Clemencín respecto al *Don Quijote*, parte I, tomo I, pág. 262.

(2) Véase, por ejemplo, la reseña de los arreglos españoles de las novelas caballerescas de este ciclo en la introducción de Gayangos á su edición de Amadís. Un arreglo portugués de éstos posee en un manuscrito del siglo XV la Biblioteca imperial de Viena; v. el «Indicador de Mone,» 1838, cuaderno 551, (sin embargo, el contenido no está indicado allí con toda exactitud, pues el manuscrito contiene propiamente una «Historia dos cavalleiros da mesa redonda e da demanda do Santo Graall», bajo cuyo título está también catalogado, presentándose en él casi en el mismo orden del «Román d'Artús, et de ses chevaliers», las historias de Galaad, Tristán, Perek, Perceval, Palamedes y la muerte de Lancelot). Ritson, en su artículo sobre «Tirante de Blanco», Ticknor, pág. 231 y sig., 349 y 350, Almeida-Garret (l. c., tomo I, págs. 31 y 32), y Lemcke l. c., tomo I, páginas 64 y sig.), han notado y demostrado cómo en general se difundieron y fueron más imitadas en Portugal las novelas caballerescas francesas é inglesas.

que empieza: «Tres hijuelos había el rey,» lo parodió ya Cumillas, un poeta del *Cancionero general*, procediendo así, pues, del siglo XV, y manteniéndose en tono popular. (Los tres están en el *Cancionero de romances* y en la *Primavera*, núms. 146-148.)

Ni pueden considerarse tampoco más que como meros ensayos de poetas artísticos por poner en romances las novelas caballerescas *indígenas*, los de Amadis (v. Durán, números 335-337; y la colección de Praga, págs. 100-101. En el *Cancionero general* de 1557 hay un largo poema en octavas acerca de Amadis con el sobretítulo: «Obra nueva que es un canto de Amadis, quando hazia penitencia por mandado de su señora Oriana en la peña pobre, incerto autore») el de Don Duardos (en el *Cancionero de romances*: «En el mes era de Abril»; de Gil Vicente, tomado del libro II de Palmerin,») y el del «Caballero de Febo», de Lucas Rodríguez. (Durán, números 338-350.) Los originales mismos de estos romances no son más que meras invenciones de individuos, y carecen de toda base legendaria y nacional. Clarus (l. c., pág. 158) tiene, por lo tanto, perfecta razón al rechazar como una opinión completamente desprovista de fundamento la de Brinkmeier, de que tales novelas hayan salido de romances.

Se atienen mucho más á la realidad y á la vida nacional los romances de aventuras caballerescas y amatorias aisladas; estando, sin embargo, realzados los más, y precisamente los mejores de este género por la fuerza idealizadora de la leyenda, y siguiendo fieles al espíritu y las costumbres de la caballería, de donde salieron. Aún hay más, y es, que hay precisamente entre éstos algunos que pertenecen á los más hermosos y legítimos romances populares por un enlace de lo legendario-caballeresco y de lo histórico-nacional. He reunido de estos tales romances en la *Primavera*, bajo el título de «Romances novelescos (1) y caballerescos sueltos», por lo cual es innecesa-

(1) Huber, (en el *Götting. Anz.*, pág. 445), ha hecho notar con razón

rio citar ejemplos ahora. A pesar de lo cual, empero, como estos romances exponen las relaciones sexuales, la vida de familias, el estado moral y social, aunque idealizados legendariamente, todavía en el ropaje de su tiempo, con colorido nacional y á menudo local, y con ingenuidad objetiva, hállanse entre ellos algunos que—según la observación tan fina como acertada de Huber, mencionada ya—recuerdan por su «fondo de escena trágico», y un colorido seco y extraño á los meridionales, los cantares populares nórdicos, y hasta se ve en ellos una materia fundamental común (como por ejemplo, *Primavera*, números 136 y 136 *a*, v. las notas referentes á ello en las *Adiciones*, y mi prólogo á las *Schwedischen Volksliederk*, de R. Warrens, págs. 35-36), pudiendo concluirse de todo esto una influencia y transmisión de leyendas extranjeras. Y en realidad, este fenómeno, como ya lo hice notar en el precitado prólogo, «apenas puede explicarse de otro modo que por el lazo que unió en un tiempo á toda la caballería europea, fenómeno que nos obliga una vez más á buscar la composición originaria de tales baladas y romances en los círculos caballerescos y nobles.» De aquí que estas versiones españolas tengan el colorido nacional común con la mayor parte de los restantes antiguos romances populares, los de origen español caballeresco, pero conservando un claroscuro de la influencia y comercio de la caballería general feudal-aristocrática en todas las naciones de Europa. Otros romances de este género pintan

---

que: «la expresión *novelesco* tiene en esta aplicación mucho contra sí, »pudiendo inducir fácilmente á equivocaciones al que no esté enterado de »la cosa, no obstante lo cual no se nos ocurre una denominación mejor, »y no censuramos á la *Primavera* el que siga en eso el precedente de »Durán. Una ojeada á la *Primavera* bastará para mostrar que aquí no »se trata de novelesco en un sentido moderno y traspirenáico, sino de le»gendario del género más vario y múltiple, pero sin inclusión en un ciclo »cualquiera de leyendas ó de historia legendaria que sea conocido, á me»nudo sin enlace alguno histórico ó local, de donde puede sacarse en con»secuencia que hay aquí mucho de ruinoso.»

aventuras del trato con los moros, pero no meramente en estilo morisco, sino con base legendaria y en tono pupular, como los reunidos en la *Primavera*, bajo los números 121 á 132. Hay que diferenciar, pues, á éstos de los moriscos hechos por poetas artísticos, y que hemos de mencionar también. Entre los romances juglarescos más acabados de este género, cuento el famoso del conde de Alarcos y de la infanta Solisa, (véase *Primavera*, núm. 163; como *pliego suelto*, con el título *Romance del Conde Alarcos y de la Infanta Solisa, fecho por Pedro de Riano*, impreso, según Brunet, en 1520); y el: *Cómo el conde don Ramón de Barcelona libró á la emperatriz de Alemaña, que la tenían para quemar*, (v. *Primavera*, número 162). Dicho se está que áun entre los romances de aventuras amorosas caballerescas, ocurren algunos compuestos por los poetas artísticos de los siglos XVI y XVII, que en parte no hacen más que refundir romances más antiguos en su conocida manera, (ejemplo de ello es de Moriana, que Durán coloca con razón entre los moriscos, núm. 11), ó denuncian aún base legendaria (como por ejemplo, el romance de los «Comendadores de Córdoba», de Juan Rufo, en el *Romancero general*, y en el *Cancionero de enamorados;* en Durán, números 1.032-36; el del «Conde Cabreruelo», en el *Romancero general*, Durán, núm. 331; el de «Don Bernaldino», en el *Cancionero de romances, Primavera*, núm. 149; tal vez de un libro de caballerías, etc.); pero que en parte son puras invenciones.

Debo citar todavía aquí las opiniones de Durán acerca de los *Romances caballerescos* y la división que de ellos hace, puesto que en la segunda edición de su romance ha hecho investigaciones nuevas y detenidas acerca de ellos, poniendo más de relieve y tratando con más extensión puntos que no ha hecho más que tocar.

Tres son los puntos que principalmente ha investigado aquí de nuevo: 1.°, las fuentes de los romances caballerescos; 2.°, las causas del carácter peculiar de la poesía caballeresca,

y 3.°, su cultivo relativamente menor que en otras partes de España.

Da los resultados de sus concienzudos estudios acerca de esto con la modestia de un verdadero docto, casi siempre nada más que como conjeturas; por esto, aunque me permito presentar en muchas cosas opiniones que se separan de las suyas, estoy muy lejos de rectificarlas ó de querer saber mejor que él. Estas observaciones no tienen más pretensiones que contribuir á la solución de estos problemas oscuros en muchos respectos, sin que queramos que pasen más que como opiniones.

Como fuentes exclusivas ó principales de los romances caballerescos considera Durán las epopeyas y novelas caballerescas (libros y novelas de su género) de la Edad Media feudal, ó crónicas caballerescas semi-históricas, semi-románticas (escritas, ya en verso, ya en prosa), en una palabra, obras escritas y la tradición literaria. Estas fuentes son, en su mayor parte, de origen extranjero (francés), y fueron conocidas en España durante la más remota Edad Media sólo fragmentariamente «por unos pocos romances, y esos privados de las brillantes »bellezas orientales, y del picante epigramático y sabroso fran»cesismo que les era propio,» y sólo algunas de ellas pasaron completas al español ya desde el siglo XV. Pues las novelas de Amadis, de las cuales sólo se ha tomado un par de romances, habían nacido, es cierto, en el suelo español (por lo menos desde el libro cuarto), pero no hasta el siglo XVI, cuando ya hacía largo tiempo que había dejado de vivir el genuino espíritu feudal caballeresco, por lo tanto, sin base alguna histórica ni popular, imitaciones completamente fabulosas de las más antiguas novelas caballerescas, «producto de un espíritu feudal, facticio y falso,» sin poder echar raíces en el pueblo español ni poder sustentarse.

Para la investigación del segundo punto se pregunta Durán cómo no fué verdaderamente indígena en España el caballerismo feudal, porqué no se formó un caballerismo español. Desenvuelve de manera muy notable cómo el caballerismo

propiamente feudal no pudo echar raíces en España con el aristocratismo absoluto, ni pudo extenderse mucho más que á las partes de la península ó dominadas por dinastías francesas ó colindantes con Francia. Pues cuando después de la conquista del suelo por los árabes el pequeño grupo de cristianos libres bajando por las montañas de Asturias tuvo que ir reconquistando palmo á palmo el terreno perdido, cada cual tenía que estar armado, formar parte todos en la lucha; la comunidad de peligro hacía á todos compañeros, sin que diera consideración más alta á uno que á otro otra cosa que la bravura, y determinando la elección el jefe, y más tarde hasta los reyes. Por esto resultó que si se había introducido en la nueva sociedad española un elemento predominantemente democrático, éste fué favorecido por la manera cómo había que proteger y conservar lo reconquistado, pues para guardar las líneas y lugares, devastados aquí y allí por el enemigo, y que estaban en muy floja conexión para defenderse de sus incesantes y repentinas algaradas, no podían tenerse en pueblos aislados, sino que debían agruparse en plazas fuertes que á menudo quedaban abandonadas á sus propias fuerzas. Estas ciudades eran verdaderas comunidades, pequeñas repúblicas, que en parte se regían y gobernaban á sí mismas por necesidad, en su posición aislada, sitiadas en derredor por el enemigo, y en parte se las donaba fueros singulares y libres para promover el deseo de poblarlas y de defender lugares expuestos á tales peligros. Los derechos señoriales que en otros reinos, fundados en guerras ofensivas por conquistadores afortunados, adquirieron los guías y compañeros de éxito de los jefes del ejército, lo cual hizo que se contaran por una parte los conquistadores en la nobleza feudal dominadora, por otra parte los vencidos y todos los que no eran estos hombres privilegiados capaces de llevar las armas, que eran sus súbditos; tales derechos pasaron en España en virtud de aquellas relaciones peculiares á las comunidades ciudadanas y en ellas quedaron durante siglos. De aquí el que en España, y singularmente en Castilla, no sobre-

viniera desigualdad alguna de derechos y Estados ni caballerismo alguno exclusivo como en los Estados propiamente feudales.

Sucedió por esto que, obligado por lo regular todo español al servicio de las armas, era capaz de llevarlas y de montar á caballo: en Asturias todo el mundo se tenía por hidalgo, y todo ciudadano de ciudad castellana que contribuía al servicio á caballo y podía procurarse armadura de caballero, pasaba por tal; así como, viceversa, muchas familias de caballeresco linaje hicieron que se les admitiera en las comunidades de las ciudades y alcanzaron cargos municipales en ellas. De aquí resultó, por una parte, que en España se difundió más que en otros países el espíritu caballeresco, que los privilegios de los caballeros no estuvieran limitados según ley de carta y que se fundieran íntimamente su clase y la de los villanos, y que, por otra parte, precisamente por ser allí menos posibles y menos sensibles las usurpaciones y opresiones del señorío, no necesitaba para mitigarlas de protección convencional ni de la caballería feudal que por nobleza se limitaba á sí misma con votos y estatutos á manera de una orden. Esta caballería ha procurado empero glorificar su magnanimidad y sus leyes, sus luchas llenas de aventuras y su fe en lo maravilloso en epopeyas y novelas caballerescas.

Por esto cree Durán que se resuelve también el tercer punto ó sea el por qué no pudieron nacer ni arraigar naturalmente en el suelo español tales epopeyas y novelas caballerescas que no hallaron entrada en él hasta que lo hicieron en el siglo XVI, en gran parte de fuentes extrañas, fragmentariamente y modificadas considerablemente, introduciéndose en romances no numerosos en que las leyendas del siclo carolingio fueron en su mayor parte refundidas, porque estaban emparentadas muy de cerca en las luchas por la fe de los españoles y en parte habían sido trasplantadas á territorio español. Por esto para él las novelas de Amadis, no son más que productos artísticos de imitación sin raíces en el carácter ni en el pueblo

español, una moda cortesana pasajera, sin duración, que se habría hundido pronto áun cuando no hubiera descubierto su insustancialidad un genio tal como Cervantes, de tal modo que fuera de España, sobre todo en los estados surgidos del feudalismo, se extendieron mucho más y se conservaron por más tiempo. (1)

FERNANDO WOLFF.

(1) Como esta caracterización de las novelas de Amadis, no sólo es muy notable por sí y en sí, sino que además es para muchos nueva y muy á propósito para borrar de una vez para siempre prejuicios inveterados y hondamente arraigados, tales que han podido llevar á un crítico tan docto como Ticknor á citar este género poético como una rama de lo «popular» colocándolo por lo tanto, á una luz completamente falsa, voy á insertar aquí algunos de los más concluyentes pasajes. Dice: «...fué facticio el furor con que en el siglo XVI se lanzaron nuestros poetas y narradores á la imitación y propagación de los libros de caballería, cuyo tipo fué el Amadis de Gaula... y en efecto, qué épocas, qué circunstancias de nuestra verdadera civilización retrataban los Amadises? ¿Qué tipo necesario y popular de ellos existió entre nosotros? ¿Cómo, sin él, pudieron dar más resultados que serviles y disparatadas imitaciones? El caballerismo exagerado é inútil de los Amadises, sólo pudo representar á los hombres de corte, cuya caricatura fué Don Quixote. Además, en prueba de que las expresadas fábulas no tenían el sello de nuestra verdadera y arraigada civilización, de que no salían de nuestras entrañas, basta considerar que, áun siendo nosotros los autores de ellas, obtuvieron más boga y celebridad en los países extraños.»

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

Lógica de las pruebas en materia criminal, por NICOLÁS FRAMERINO DEI MALATESTA.—Madrid: LA ESPAÑA MODERNA, dos tomos (de la *Biblioteca de jurisprudencia, filosofía é historia)*, 15 pesetas.

Como la administración de justicia penal se viene considerando (equivocadamente, á mi juicio) *mala de por sí*, y en lo tanto *odiosa*, y como por otra parte el individualismo humanitarista que desde la revolución francesa ha ejercido tan gran imperio no consiente que la *sagrada* personalidad humana y los *absolutos* é *inviolables* derechos que la integran sufran merma alguna, ni menos se desconozcan arbitrariamente por el poder público, según ocurría en el antiguo régimen, los escritores de materias criminales andan hace más de un siglo esforzándose por encontrar y señalar los límites dentro de los cuales ha de ejercerse la función penal *legítimamente*, ó lo que es lo mismo, andan buscando los medios adecuados para que esta función, sin perder su carácter de mala y odiosa, venga á resultar lo menos mala y odiosa posible. Al efecto, han intentado formular un sistema de reglas fijas, en primer término para los legisladores, con el objeto de que éstos no vayan más allá de lo *puramente necesario* al determinar los hechos que deben ser tenidos por delictuosos y la penalidad correspondiente á los mismos; en segundo lugar, y muy especialmente, para los jueces, á fin de impedirles todo *arbitrio* (fuente en otro tiempo de multitud de abusos, aunque también remedio contra no pocos), pues los jueces son los que decretan la pena, y por tanto los que causan el mal ó perjuicio

al individuo. El procedimiento criminal, serie de reglas trazadas de antemano á los tribunales para que se atemperen á ellas y de trabas impuestas al ejercicio ilimitado de sus facultades, constituye por esto, según se dice, un como baluarte y salvaguardia de los inocentes, un antemural contra el que se estrella todo conato de extralimitación abusiva.

Mas, áun suponiendo que así fuera (que no lo es, porque con las formalidades legales, y precisamente escudándose en ellas, pueden hacer los jueces lo que se les antoje), la cuestión de la buena administración de justicia penal no queda resuelta con esto. Queda un punto muy esencial, á saber: ¿cuándo habrá motivos suficientes para que el tribunal declare que el sujeto de que se trate (el reo) debe sufrir un mal? Es decir, ¿qué grado de convicción necesita el juez para condenar? ¿Por qué medios podrá y deberá adquirir semejante convicción? ¿Qué valor habrá de otorgarse á cada uno de esos medios? ¿Qué procederá en el caso de que estén incompletos todos ó algunos? ¿Es posible que el juzgador adquiera alguna vez la *certeza plena* de la criminosidad de un sujeto? Y si no lo es, como afirman la generalidad de los tratadistas (lo que constituye una terrible confesión de impotencia del sistema penal en vigor), ¿será posible en algún caso imponer condena apoyándose en meras *probabilidades?*

A todas estas y á otras muchas preguntas análogas trata de contestar la disciplina denominada *Lógica judicial penal*, cuyo contenido le forman, por consiguiente, aquellos principios, reglas ó consejos que los tribunales penales deben tener presentes para desempeñar con acierto sus funciones dentro de los límites que las leyes les consienten, ó sea para hacer con entera conciencia aquel *mal* que legítimamente pueden hacer. A todas ellas contesta también el Sr. Framarino en la obra cuyo título va al frente de esta nota, y á la cual obra seguirán, según dice el autor, otras dos, una referente al *Arte judicial* (estudio de las formas judiciales), y otra al *Procedimiento*.

A mi juicio, la orientación que el Derecho penal ha venido

siguiendo hasta ahora, tiene que cambiar (como ya ha empezado á suceder), y este cambio traerá consigo forzosamente el de la presente lógica judicial. Pero dentro de la orientación antigua, me parece que el Tratado de Framerino es uno de los más recomendables en la materia de que se trata, por su extensión, por lo ordenado que es y por la perspicacia que el autor revela en el estudio de las cuestiones. Creo, sin embargo, que en ocasiones es demasiado abstracto y dado á sutilezas estériles.

Además de una introducción, comprende el libro cinco partes: 1.ª, *estados del alma con relación al conocimiento de la realidad* (certeza, sus especies, probabilidad, etc.); 2.ª, *pruebas en general* (sus clases y peso de la prueba); 3.ª, *división objetiva de las pruebas* (directas é indirectas: presunciones é indicios); 4.ª, *división subjetiva* (prueba real y personal); 5.ª, *división formal* (1.ª sección, prueba testifical, clases, valor, etc.; 2.ª sección, prueba documental; 3.ª sección, prueba material, cuerpo del delito, etc.)

Nuestros juzgadores y hombres de ley tienen, pues, con la traducción del trabajo del Sr. Framerino, un nuevo guía que les sirva de auxilio para desempeñar su difícil misión con relativo acierto (dentro, se entiende, del espíritu que actualmente domina en la materia, espíritu que tengo por equivocado y ya caduco). Disponiendo, como disponen, los jueces españoles de la obra ya clásica de Mittermaier acerca de las pruebas y su valor en los juicios criminales, y además de las de Bonnier, Ellero, Ricci y Framerino, últimamente traducidas, con más el *Manual del Juez*, de Gross, no tienen excusa ninguna para seguir juzgando, según lo hacen todavía muchos, *á ojo de buen cubero* y como por mera impresión.

P. Dorado.

Derecho Civil Transitorio, por MARIANO LINARES DÍEZ, abogado del Estado y abogado de los ilustres Colegios de Madrid y Burgos, con ejercicio en este último.—Burgos: imprenta de Agapito Díez y Compañía, 1896.

El Sr. Linares Díez tiene el propósito de estudiar en dos sucesivas partes el Derecho civil que habrá de aplicarse á aquellas relaciones regidas por la concurrencia de las dos legislaciones, la anterior y la posterior á la vigencia del Código. Unas, gobernadas en todo por el antiguo Derecho; otras reconocidas por las disposiciones de aquél, pero originadas en hechos realizados antes de su promulgación, y otras, en fin, sometidas en parte á la antigua, y en parte á la moderna legislación. En suma, el arduo problema del arte jurídico y político legislativa, que diría Röder, tocante á la transformación del Derecho por razón del tiempo.

En la primera sección, que es la que tenemos á la vista, estudia el Sr. Linares Díez una á una las trece reglas transitorias que van al fin del Código; y se propone para la segunda, que llamaremos con él práctica, ó mejor inmediamente práctica, aplicarlas al Derecho nuevo establecido en aquél. En el desempeño de su propósito, en lo que de él hasta ahora lleva realizado, muéstrase el Sr. Linares Diez, bien que un tanto incorrecto en la forma, bastante sagaz observador de los aspectos que el precepto que comenta ofrece, de sus aciertos, de las dudas que sugiere, así como de las deficiencias y contradicciones en que nuestro desmedrado Código sin duda tanto abunda.

Y es que vese aquí una vez más confirmada la íntima esencial compenetración de la teoría y la práctica, del arte y la filosofía; pues faltándole al entendimiento conceptos claros, precisos, exactos, principios netamente definidos, la práctica sin este seguro guía, habrá de ser, sin remedio, incierta, vacilante y contradictoria. El *principio* de la no *retroactividad*

absoluta de las leyes y del respeto á los derechos adquiridos, es cosa aún no muy claramente dilucidada en la filosofía del Derecho, obscuridad é incertidumbre que trascienden luego á la vida cuando de él se quieren aplicar las consecuencias.

Y si, por otro lado, á esta dificultad, que proviene del asunto, juntamos las que nacen del estado de nuestra cultura jurídica, tan lejos aún (y ¡para estar!) del que Savigny reclamaba como necesario para la formación de un Código (1); de aquella clarísima vista de las nociones fundamentales del Derecho, viviendo en plena realidad, que sólo los jurisconsultos romanos alcanzaron, y tan fuerte enlace y orgánica trabazón dió á sus obras, se comprenderá que entre lo bueno que contiene, ofrezca nuestro Código en esta parte mucho que tachar y corregir, y sea ello manantial abundantísimo de toda suerte de disquisiciones, interpretaciones y comentarios.

J. A. DE VELASCO.

El Socialismo contemporáneo, por el abate L. WINTERER, diputado del parlamento alemán.—Versión de J. del Mazo Franza.—Prólogo de D. F. Rubio y Contreras, arcipreste de Sanlúcar de Barrameda. Un volumen de 364 págs., Victoriano Suarez, editor. Madrid, 1896. Precio, 4 pesetas.

El prólogo del señor Rubio, y lo que dice el autor á manera también de prólogo, en las primeras páginas de su obra, casi nos dan hecha la labor de informar sumariamente á los lectores del contenido del libro, cuyo título dejamos transcrito.

Consagróse el abate Winterer á los estudios socialistas en 1878, publicando en esta época, y en los años que la siguieron, las obras siguientes: *El socialismo contemporáneo*, *Tres*

(1) Véase *La vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho*, traducido al español recientemente por LA ESPAÑA MODERNA.

años de la historia del sociolismo contemporáneo, *El peligro social* y *El socialismo internacional*, que hoy aparecen refundidas en el libro traducido al idioma patrio por el señor del Mazo.

Se divide el libro en tres partes, y dedica el autor la primera á la exposición del origen y doctrinas del socialismo de nuestros días. Por lo que respecta al origen, cree que el movimiento social que con progresivos pasos se extendió tanto, apenas cuenta con precedentes antes de este siglo, que serían á lo sumo alguna que otra institución comunista de efímera vida, errores pasajeros, ideas de esta laya vertidas en novelas escasas y la conspiración de Baboeuf durante la revolución. El socialismo nació en este siglo, alimentado por circunstancias tan propicias para su florecimiento como la irreligiosidad que parece patrimonio de algunas naciones de la época moderna, la creencia de que es fácil la destrucción del actual orden de cosas y la existencia de un proletariado, ejército que crece descontento, y se presta de buen grado á ello. La rapidez de la propagación no impide conocer que los primeros escritos se produjeron en Francia con los socialistas *utópicos*, cuyas doctrinas pronto dejaron de hacer prosélitos empujadas por la de Carlos Marx, que con su concepción materialista de la historia y con su teoría del *plus-valor*, inauguró el socialismo científico, según Engels, haciéndose dueño del campo. El anarquismo, otra forma del socialismo, según el autor, se manifiesta ya en las teorías proudhonianas; pero el anarquismo sistema, tiene con el de Proudhon desemejanzas que se perciben luego y muchos puntos de tangencia con el nihilismo ruso; un ruso, Bakounine, lo definió cumplidamente en un *Catecismo revolucionario* que predica la destrucción universal. Las diferencias que entre ambos aspectos del socialismo median, sus alianzas y sus luchas, son objeto también de consideraciones varias.

Al exponer las teorías que integran los dos sistemas, se fija Winterer, por lo que afecta al anarquismo, en la indecisión y vaguedad que las envuelve, aunque toma como tipo para el estudio, la doctrina que M. Bakounine presentó al congreso

de la Liga de la Paz, celebrado en Berna (1868): no ve en tal doctrina el parecido que R. Meyer supone con la mantenida por la Común rural rusa.

Las tendencias varias que el colectivismo entraña y las evoluciones de que fué objeto, le hacen difícil precisar lo esencial de su sistema. Distingue varias esferas:

a) La propiedad. *El capital* de Marx le parece el credo más autorizado del sistema, aunque de difícil inteligencia para los profanos, debido á sus formas hegelianas. Sus afirmaciones capitales, son: «El Estado debe poseer la propiedad exclusiva de todos los medios de producción; en esta impera el trabajo que da á los objetos un valor en el *uso* y otro en el *cambio*, que es el más importante; y lo que se denominó el *misterio del provecho*, lo relativo al *plus-valor*, ocasionado por la compra que hace el capitalista de la *potencia de trabajo* del obrero, para utilizarla capitalizada en explotaciones nuevas. Arguye el autor á su modo contra estas conclusiones, y aduce pruebas de autoridades respetables en pro de su aserto.

b) La religión. La concepción materialista de la historia, es la negación de Dios en el desenvolvimiento de la humanidad; Marx niega á Dios, el alma, la vida futura, odia á la Iglesia; hombres de valiosa reputación en el partido, Liebknecht, Bebel y otros, proclaman el ateismo, diciendo en pleno parlamento que el socialismo es ateo por naturaleza. La negación de la propiedad privada—en esto insiste el señor Rubio en el prólogo—fundada por Dios, la pretensión de crear un Estado omnipotente que rivalice con él en la alteración de los moldes donde está la sociedad fundida, el odio á la Iglesia de los socialistas implacables, revelan, según el autor, que el socialismo es la irreligión más absurda.

c) La familia es incompatible con el colectivismo, porque lo es con la irreligión que niega los derechos y deberes que la familia supone, á despecho de la opinión de Schäffle, que cree puede harmonizarse la sociedad familiar con las concepciones socialistas: la educación de los hijos que en esa organización

soñada correspondería al Estado, las teorías de C. Kaustky sobre la mujer, las declaraciones de los congresos sobre la igualdad de los sexos, hacen para Winterer irrefutable su aserto.

d) El estado actual es un *poder de reprensión* para los socialistas, un instrumento de explotación; la futura sociedad *socializada*, que diría Bebel, una esperanza para los oprimidos. No saben, sin embargo, qué será ese estado social que pregonan, ni á qué obedecen los influjos económicos que determinan la historia de la humanidad, ni qué sucederá á la libertad de trabajo, ni qué forma tendrá la distribución de los productos. Las fórmulas que explican esto último, iucluso lo de la variedad de los salarios, son un tejido de absurdos.

De intento dimos una extensión al resumen de esta parte de la obra, que es la más doctrinal, para decir muy poco de las otras dos que la componen, y que se refieren á la historia del colectivismo y del anarquismo.

Lo primero que el autor estudia al comenzar el segundo libro, es lo que atañe á las causas del desenvolvimiento de estos dos sistemas, insistiendo en que la apostasía religiosa de las naciones contemporáneas y la revolución, en gran parte económica, que trajo la adopción de la maquinaria, y con ella el proletariado, el progreso y la miseria de que habla E. Georges, son motivos que lo explican cumplidamente.

La Internacional en sus albores, en su constitución, en sus luchas, en sus disidencias, la separación que en ella determina Bakamine, los manejos de Marx y su desorganización, son objeto de otro capítulo del libro que examinamos, y de otro, los congresos en que el colectivismo sigue manifestándose; el mixto de Gante, el de París, más importante que ninguno, el de Bruselas, el de Zurich, y la fiesta del 1.° de Mayo acordada en uno de esos congresos. A la historia del anarquismo, que desde la excisión que se produjo en el congreso de La Haya (1872) obra por separado, resérvasele otro capítulo.

La última parte de la obra se consagra á historiar el socialismo y anarquismo en las naciones de Europa y América en

particular. Las circunstancias favorables ó desfavorables con que en cada una tropiezan las persecuciones, que sufren de los gobiernos sus triunfos, sus órganos oficiales, etc., son objeto de minuciosa exposición. La crítica escasea en esta parte de la obra; el autor cree que de las proposiciones atrevidas que enumera, de los complots y crímenes que relata, parten fulgores siniestros que arguyen bien en contra de sistemas tan extendidos.

Al estudio de los prosélitos que en nuestra patria hicieron tales doctrinas y al de las acciones, que inspiraron, dedica el autor bastantes páginas.

Concluye el libro con un resumen de lo que dice en todo él, con el aprecio de lo importante del movimiento y del poco valor de esas teorías que destruyen, pero no edifican. L. Winterer cree que las miserias sociales pueden corregirse, no el orden social, por Dios establecido.

No es este lugar apropósito para hacer reparos al libro que examinamos. El socialismo es, en nuestra opinión, más de lo que el autor manifiesta, y menos en cierto sentido; no nos parece acertado eso de historiar sólo sus excesos, reconociendo que los socialistas sustentan á veces justas reivindicaciones que el autor se cuida de no enumerar; pero sea lo que quiera de nuestra opinión, el libro tiene méritos indiscutibles.

Forma excelentemente editado en la Biblioteca literaria, el volumen III de la 2.ª serie, y está bien traducido.

LEOPOLDO PALACIOS MORINI.

OBRAS NUEVAS

Academia (Real) de Ciencias Morales y Políticas. Resumen de sus Actas; discurso (sobre «El concepto de organismo social,» por el excelentísimo Sr. D. Vicente Santamaría de Paredes), leído en la Junta pública celebrada el 24 de Mayo de 1896, en memoria de la fundación del Cuerpo. En 4.°, 197 páginas.

Aguilar Martínez (F. de B.)—Apuntes de hidrología médica general, ideología y física hidrológica. En 4.°, XVI-310 páginas: 9,50 pesetas.

Atamirano (F.)—Informe que rinde á la Secretaría de Fomento el Director del Instituto médico nacional. Méjico. Ofic. Tip. de la Secretaría de Fomento. En 4.°, 64 páginas y una lámina.

Andrade (B. M.)—La antropología criminal y la novela naturalista. En 8.°, 175 páginas: 2 pesetas.

Apuntes acerca del poder marítimo de los Estados-Unidos. En 8.°, 69 páginas.

Arenal (C.)—Obras completas de doña Concepción Arenal. *Tomo XII.* En 8.°, 287 páginas: 2,50 pesetas.

Artes (Las) orientales, Asiria y Caldea.—Fenicia y Judea.—Persia.—India.—China y Japón.—El arte arábigo. Con 32 grabados. En 8.°, 77 páginas: 1 peseta.

Asociación de Dependientes del Comercio de la Habana. Memoria de los trabajos llevados á cabo por la directiva durante el año de 1895. En 8.° mayor, 52 páginas, 17 láminas.

Balaguer (V.)—A granel; libro de pasatiempo y deporte. En 8.°, 4 hojas prels. y 420 páginas. Tela, 6 pesetas.

Blavia Codolosa (A.)—Estación enotécnica de España en Cette. Memoria anual. En 4.°, 152 páginas.

Boletín de la Real Academia de la Historia. *Tomo XXVIII. Cuadernos V y VI. Mayo y Junio de 1896.* En 4.°, (Páginas 353 á 544). Cada cuaderno, 1,25.

Cabanellas (V.)—La táctica en Cuba, Africa y Filipinas y en todo país cubierto y accidentado. En 12.° 82 páginas: 1,50 pesetas.

Cabanellas (V.)—Prontuario de campaña. Imposibilidad de toda colisión, choque ó abordajes entre columnas amigas en la obscuri-

dad. En 8.°, 100 páginas: 1,50 pesetas.

Canta-claro.—Equidad tributaria. En 8.°, 128 páginas: 1 peseta

Casas y Carbó (J.)—Catalunya trilingüe; Estudio de Biología lingüística. En 4.°, 38 páginas.

Cerrada (P.)—La riqueza agrícola y pecuaria en España. En 4.°, 189 páginas: 2 pesetas.

Coba Gómez (J. de la).—Cuba es de España: ópera en un acto. En 8.°, 8 páginas.

Idem.—Razones de la ley; drama en un acto y en verso. En 8.°, 8 páginas.

Colección (Nueva) de Documentos inéditos para la historia de España y de sus Indias, En 4.°, 383 páginas: 12 pesetas.

Contiene: Documentos referentes al virreinato del Perú I. 1559-1570.

Contribución industrial. Real decreto y reglamento para su imposición, administración y cobranza. En 8.° mayor, 157 páginas: 1,50 pesetas.

Díaz (F.)—Panegírico de Santo Tomás de Aquino. En 8.°, 32 páginas.

Dupuy y de Lome (E.) y Vera y López (V.)—La producción y el comercio de vinos en los Estados Unidos. En 4.° mayor, 268 páginas.

Espinosa (P.) y Calderón (J. A.)—*Primera y segunda parte* de las Flores de poetas ilustres de España, dirigidas y anotadas por Don Juan Quirós de los Ríos y D. Francisco Rodríguez Marín, 2 tomos en 4.°, VII-459 y VIII-427 páginas: 20 pesetas.

Freixa y Falcato.—Novísimo prontuario de la contribución industrial y de comercio. En 4.°, 228 páginas: 2 pesetas.

Gallego Armesto (H).—Guía del ciclista en España. *Provincia de Madrid*. 8.° prolongado, 32 páginas: 2 pesetas.

García Maceira (A).—Estudio de la invasión del insecto llamado vulgarmente Brugo. En 4.° mayor, 59 páginas y 3 láminas.

Garriga Massó (J.)—Estudio sobre el artículo doce del Código civil. En 4.°, 30 páginas: 0,50 pesetas.

Gil (C.)—Madrid riendo (artículos sueltos). En 8.°, 272 páginas: 2 pesetas.

Gómez Imaz (M.)—Inventario de los cuadros sustraídos por el Gobierno intruso en Sevilla el año de 1810. En 4.°, 103 páginas y colofon.

Jiménez Gavarre (E.)—La práctica del Código civil, tomo I. En 4.°, 509 páginas: 10 pesetas.

Jullo y Elizalde (J. J.)—Ensayos oratorios. Lima. 1896. En 8.° mayor, XXI-463 páginas.

Ladreda (M. F.)—Estudios históricos sobre los Códigos de Castilla. En 8.°, X-247 páginas: 2 pesetas.

Larrubiera (A.)—Camino del pecado, novela contemporánea. En 12.°, 255 páginas: 2 pesetas.

Lidforss (E.)—Los cantares de Myo Cid, con una introducción y notas. Lund. Imprenta de E. Malmström. 1895-96. En 4.° mayor, 4 hojas sin numeración y VIII-164 páginas.

Tirada aparte de la «Acta Universitatis Lundensis», tomo XXXI y XXXII. Sólo se han impreso 50 ejemplares, de los cuales 20 en papel vitela.

López Barril (J. L.)—Novelas cor-

tas. En 8.°, 222 páginas: 2 pesetas.

López Ferreiro (A.)—Fueros municipales de Santiago y de su tierra. *Tomo II.* En 4.°, 323 páginas: 6 pesetas.

Márquez Sterling (M).—Escarcha. En 12.°, 99 páginas. una peseta.

Massó Torrents (J.)—Croquis Pirenenes. En 8.°, 508 páginas: 3 pesetas.

Olascoaga (R. de).—Estado actua de los estudios económicos en España. En 8.° mayor, 151 páginas: 2 pesetas.

INDICE

Págs.

Los señores de Hermida, novela, 1.ª parte, por Juan Ochoa..... 5

Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja, por un Soldado viejo..... 29

Un insigne pintor de historia, don José de Méndez; por el Marqués de Valmar..... 58

Recuerdos, por José Echegaray..... 84

La prensa internacional.—Ramito de miosotis, por Cátulo Méndez.—*La perla de Toledo*, por Próspero Merimée..... 97

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 110

Marruecos, por Felipe Rizzo y Almela..... 126

Sobre la poesía de los romances de los españoles, por Fernando Wólff, con notas de M. Menéndez y Pelayo..... 140

Notas bibliográficas, por P. Dorado, J. A. de Velasco y Leopoldo Palacios Marini..... 197

Obras nuevas..... 206

España moderna

AÑO 8.º NUM. 93.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

SEPTIEMBRE 1896

MADRID

IMP. DEL SUC. DE J. CRUZADO Á CARGO DE F. MARQUÉS

Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

Teléfono 3.145.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

LOS SEÑORES DE HERMIDA

(CONTINUACIÓN)

VI

Aquel señorito, D. Numa Alvaredo, que algunas tardes iba á tomar café con el Sr. Hermida, era un joven como de veintiocho á treinta años, que olía á cigarro habano y á cognac Martell desde media legua; y además era alto, lominhiesto, fuerte como un roble; y lo que era mejor aún, estaba cargado de millones. Solía pasear á caballo por las calles de Nuvareda, y al traqueteo de los cascos de su potro, en el pavimento amorrillado, salían á los balcones no pocas niñas casaderas, para recibir un saludo que Numa hacía con la solemnidad de un monarca aclamado por la muchedumbre. Sabía bien él, que así como se franqueaban á su paso muchas vidrieras, abriríanse también los corazones de aquellas chicas al fuego de sus ojos, y á la sonrisa protectora de sus labios. Contentábase, sin embargo, con la callada admiración que veía á su alrededor, y su divisa era pasar de largo. Sólo Ana le había hecho detenerse más de la cuenta, sin duda porque le hería la indiferencia de la joven, hacia un seductor de tal prestigio y fama.

Alvaredo nada sabía de las relaciones de la muchacha con aquel pobre Raimundo, que sólo una vez al día osaba pasar por delante de la casa donde habitaba su amor. Era el de am-

bos un cariño tímido y hondo, que buscaba desahogo en cartas apasionadas llenas de juramentos, repletas de todas las esperanzas de los que creen en la realización de los sueños.

Un día en el café le dijo un amigo á Numa:

—¿Ves ese tipo?

—Sí... ¿por qué...

—Por nada; ahí donde le ves es el novio de Ana Hermida.

Sonrió Numa como un Dios y dijo:

—Vamos, tienes ganas de *quedarte conmigo*... De lo que tiene facha ése es de colillero...

Y mordió con fuerza su riquísimo habano, un manantial de aroma; y después de mirarse á un espejo con el rabillo del ojo y de arreglarse la corbata, continuó:

—¿Te parece á ti que así se deja vencer este barbián, cuando toma las cosas en serio?... Te has caído de un nido...

Decidió Numa aquella misma tarde visitar á D. José, á quien el lechuguino admiraba por su historia, por su tiesura y gravedad. Vería á Ana de camino, y al ciego indicaríale nuevamente algo acerca de sus pretensiones á la muchacha, con más interés y vehemencia que lo había hecho otras veces. Las estrechas relaciones de Numa con D. José, tenían su origen en asuntos de juego. El magistrado, más listo que Cardona, siempre había tenido al joven como un monigote muy pulido, sin maldito el pesquis: un señorito cursi de Nuvareda, que nadaba en oro. Lo que no se había escapado á la perspicacia del viejo, era la admiración, el respeto que él inspiraba á Numa, el cual, considerándole como un maestro, envejecido en la ciencia del mundo, se tenía por muy honrado no dejando escapar ocasión de mostrarle su idolatría, complaciéndole en todo, con la sumisión y acatamiento debidos á la experiencia del gran veterano. Una vez conocido el flaco de Numa, D. José no dudó jamás en penetrar cuantas veces fuera necesario, por aquella brecha que le conducía hasta el bolsillo mismo del acaudalado petrimetre. Sí; mil veces, después de jugar y perder, le había pedido dinero muy frescamente. Hoy mil pesetas,

mañana cien duros, otro día quinientos. Durante mucho tiempo, el viejo disfrutó á su gusto de semejante breva. A Numa, que lo que menos le importaban eran los cuartos, tratándose de halagar su amor propio, bastábale la satisfacción de que todo el mundo le viera en confidencias con D. José, pasándole la mano sobre el hombro; y en el afán de conservar tal amistad, dejaba correr el oro de su bolsa como el agua de un caño, sin ocurrírsele nunca desairar á D. José, que era maestro consumado en estas pedigüeñerías, y él mismo se adelantaba á ofrecer una garantía cuando la cantidad era considerable:—«Porque somos mortales, amigo Numa.» En fin, que no había más remedio que agradecerle la confianza, por lo campechano, fino y llanote, y además, porque, qué diablo, era «hombre de arranque,» como decía el pollo.

Pensando en el noviazgo de Ana con aquel pobretón que había visto en el café, fuése Numa al tocador de su casa, y allí, rodeado de esencias y pomadas, acicalóse lo mejor que supo; se pulió las uñas, frotóse los dientes con un cepillo, atusó y domó algunos pelos rebeldes del bigote; y después de mirarse al espejo de frente y de soslayo, empuñó el junquillo, encendió un veguero, y se plantó en la calle más gallardo y luciente que nunca. El día era hermoso, y hasta el cielo parecía sonreir de gusto por tener bajo su manto aquel mozo garrido, espejo y modelo de elegancia, en capital tan respetable y heróica como Nuvareda. En cambio el mancebo ingrato, sin pensar en bóvedas celestes, deslizóse con paso lento y medido por las aceras de sombra, hasta llegar al portal de la casa habitada por su amigote. Y pensaba entonces el señorito Numa:

—Pues no faltaba más que ese escribientillo... de eso tiene facha... se atreviera..... Sería gracioso. ¡Bah! Pues no se hablaría poco en el pueblo..... Y la verdad es que el tonto fui yo en hablar á cuatro amigos de la frialdad de Ana..... Y la verdad es que la chica me gusta... Y la verdad es que confío en D. José..... Y la verdad es que ese mequetrefe.....

Y Numa siguiera diciéndose verdades, á no verse con el cordón de la campanilla en la mano. Tiró de él.

Un instante después estaban sentados frente á frente joven y anciano. Aquél, adorado aún por la naturaleza, que derramaba sobre él la esplendidez de sus alientos; y éste, mustio, envuelto en el desprecio de aquella madre, que dándole un empellón todos los días, parecía decirle: «Estás de sobra aquí, hijo mío; bastante tiempo te otorgué mis favores..... Deja el puesto á otros. Ahí tienes achaques, ahí tienes canas; hártate de arrugas y dolores; quédate sin luz.....»

Parecía D. José más cabizbajo que otras veces. Acababa de tomar café, y aún permanecía sobre el velador el servicio de porcelana, una botella de cognac y una copa. Fumaba el ciego un habano, y de tiempo en tiempo, agitando el dedo meñique, quitaba al cigarro la ceniza, que caía en la alfombra como una cosa muerta. Una franja de sol entraba en el aposento. Ana había corrido la butaca de su padre, buscando el sol, hasta colocarla de modo que diera en los pies del enfermo.

—Bueno, hombre, bueno..... Usted tan valiente, tomando el sol—dijo Numa, por decir algo.

—Cariños de mi hija, amigo Numa, que se empeña en calentarme los pies..... Lástima que no sintiera la luz como siento el calor.....

Y guardó silencio. Luego preguntó al pollo:

—¿Y usted, qué tal? ¿Qué hay por el mundo?

Creía Numa, como muchas personas, que á los enfermos debe de hablárseles con la mayor alegría y despreocupación. Colocóse bien en la silla, agitó el junquillo, que nunca abandonaba, y soltó este párrafo:

—Pues nada... Ya ve usted... El Casino tan soso como siempre, los paseos desanimados. Lo que es de día no merece la pena salir de casa; créalo usted, D. José... En cambio, si viera usted... ¡vaya una mujer la tiple de la compañía de zarzuela!... ¿No le leen á usted los periódicos? ¡Vaya una garganta, vaya unas caderas, vaya unos movimientos! ¿Y cuando

se arranca con las sevillanas? ¡nada! ¡el acabóse! querido don José... ¡Ja, ja, ja! (Aquí Numa pegó con el bastón dos golpecitos cariñosos en los pies del viejo.) ¡Si usted la viera!...

—Eso ya no reza conmigo... Ustedes los jóvenes, los sanos, son los encargados de ese negociado, amigo Numa—dijo don José, añadiendo luego:

—Vamos, tendré el placer que usted me acompañe á tomar una copa de cognac.....

—Ya he tomado, gracias... pero en fin, lo probaré.

Tocó D. José el silbato que le servía de llamador, y no tardó en aparecer Ana. Saludóla Numa cordialmente, haciéndose almíbar, y contestóle ella, si no con displicencia, con tibieza, y salió en seguida á buscar una copa, que dejó en el velador, diciendo á su padre:

—¿Me permites que te corra la butaca? Ya no te da bien el sol.....

Después que el anciano estuvo colocado á gusto de su hija, ésta preguntó:

—¿Se te ofrece algo más?

—Nada, chiquilla.

Y se retiró la joven, tan seria como había entrado, sin dignarse apenas mirar al Tenorio de Nuvareda.

—Amigo D. José, tiene usted la suerte de tener en su hija la muchacha más sensata y formal de la población... y la más hermosa—dijo Numa. Y después cambiando de tono:—Pero vamos á ver, ¿qué motivos le habré dado yo á Ana para mostrarse tan seria y displicente conmigo?

—Cosas de niña... No haga usted caso.

—Es que me lastima eso, D. José; me duele por venir de quien viene..... ¿Para qué andar con rodeos?... Usted sabe lo mucho y lo muy seriamente que yo he pensado siempre en su hija—dijo Numa, al parecer cada vez más exaltado.—Recordará usted las cosas que le he dicho en distintas ocasiones acerca de mis simpatías hacia ella... mejor dicho, de mi cariño... ¿No le he hablado á usted mil veces con el corazón en la

mano? Yo siempre franco... ¿No le he dicho que Ana era la única mujer capaz de hacerme feliz?... Yo siempre franco... Pues bien; cada día pierdo terreno, sin saber por qué. Ahora ni me mira de frente, D. José; y la verdad es que esto me cohibe para venir á esta casa... Yo siempre franco...

—Cosas de niñas... Ya ve usted, á esa edad no piensan en nada serio—murmuró el viejo después de sorber media copa de cognac.

—A mí, D. José—contestó el lechuguino con acento triste—desgraciadamente, en este caso me parece que no le falta seriedad á Ana... ¿Usted no sabe que tiene un novio?

—¿Un novio?

—Me lo han asegurado hoy... Vea usted si tengo ó no razón para descorazonarme...

—Pero, hombre, no es posible... ¡Si apenas sale de casa!... Además, ¿dejaría yo de saberlo?...

Quedóse el ciego pensativo algunos instantes. Más de una vez Numa Alvaredo le había expuesto bien claramente sus preferencias por Ana, y él siempre había contestado: «Esas son cosas de ustedes». Pero en el fondo del alma anhelaba que el joven se entendiera con su hija. Semejante unión significaba mucho para el Sr. Hermida. En primer lugar, las deudas garantidas quedarían solventadas, como quien dice: y además él libraría á su conciencia de un peso enorme, que aumentaba de día en día. Según avanzaba el tiempo, preocupábale más y más á D. José la situación tristísima de su esposa y de su hija el día que él falleciera... Su herencia consistía en deudas; la viudedad que correspondía á doña Socorro era una bicoca, en el caso feliz que no fuera embargada para responder á los débitos... ¡Hermoso porvenir le esperaba á su hija, un ángel, que nada sabía de sus dilapidaciones, y que le amaba con el santo cariño que se tiene á un padre bueno; y para su esposa, la compañera mártir, siempre callada, sumisa, disimulando lacerias, ahogando penas, con resignación aterradora! Estas ideas lúgubres adquirían una densidad espantosa en el cerebro

del magistrado, el cual, como hombre práctico, experto en sortear los escollos que en la vida le habían salido al paso, como egoista empedernido, buscaba el medio de expulsar de su alma la turba de remordimientos, resolviendo la situación de un modo halagüeño para todos. Siempre que su inteligencia planteaba tal problema, salía á colación Numa, que era una providencia, un asidero, una incógnita despejada, que lo aclaraba todo. Sólo él podía salvar á la familia. Las veces que el joven le había hablado de Ana, D. José, tratando de ocultar su complacencia, no había buscado medio alguno ni camino que condujera al enlace de su hija con el ricachón... Eso nunca. Confiaba en su buena estrella, dejaba á la suerte obrar, ayudada por los encantos de Ana y la terquedad de Numa. Al tener, sin embargo, noticia de que un nuevo pretendiente se presentaba, como un espantajo, en medio de la escena, amenazando tal vez destruir sus proyectos, no pudo menos de experimentar gran inquietud y disgusto.

—¿Y tiene usted noticias de ese muchacho?—preguntó al joven, saliendo de su meditación.

—Sólo de vista le conozco... Nada... Un abogadillo, sin posición, sin fortuna... Hablo por referencias, ¿sabe usted?...

—¡Diablo de chicuela!—exclamó D. José sin poder disimular la ira.—Me parece que habrá que atarla corto... ¡Ya lo creo! Porque á mí no me gusta que se me oculte nada, y le prometo á usted que todo se arreglará... ¡Vaya! Y si el pájaro quiere volar, yo me encargo de cortarle las alas... Felizmente no creo que habrá necesidad... No; ¡cosas de niñas! Ya verá usted cómo de aquí en adelante cambia la tortilla...

Y después, arrepentido de haberse expresado así, dijo sonriendo:

—Usted no ha probado el cognac... Pues no es de lo peor.

Siguieron hablando de cosas triviales, y al despedirse habló así el Sr. Hermida:

—Si por casualidad eso que usted me ha dicho resulta cierto, y la encuentro algo díscola, adelantaré el viaje á Rocamar,

querido Numa, á ver si olvida á ese mentecato... ¡No faltaba más! En fin; ya le escribiré... y usted supongo que no dejará de hacernos alguna visita...

Lo mismo fué quedar solo el viejo, y entrar Ana en el despacho diciendo:

—Si mañana está el día tan hermoso como hoy, debes de aprovecharlo para salir á paseo. ¿Te parece? Tanto estar sentado no puede ser bueno.

—Como tú quieras... Saldremos; tú has de acompañarme. De paso hablaremos como dos amigos...

Así quedó convenido. Aquella noche, antes de dormirse, pensó Ana cien veces en la frase de su padre «hablaremos como dos amigos»; y sin poderlo remediar sospechaba que había en ella un amago de ataque á sus quisicosas interiores, tal vez un atentado de Numa á la tranquilidad y sosiego de su corazón. Pensó en si turbarían aquel pobre amor, que había ocultado como cosa sagrada.

Durante cuatro meses, ilusión sobre ilusión, sueño tras sueño, había formado Ana en su pecho el nido del amor primero, como el pájaro hace el suyo, tejiendo y enmarañando hoy un hilo, mañana una hierba... Quizás peligraban sus horas de arrobamiento y de ensueños pasadas con la imagen querida en el rincón del alma, donde viven y mueren escondidos los sabrosos idilios de la juventud. ¡Amar á Numa, dejar á Raimundo!... Era lo mismo que arrancar de la pared de la sala el retrato de su padre y poner allí el de un cualquiera. No: las personas buenas no le exigirían un imposible...

Amaneció un día claro. A la hora en que Ana dejó el lecho, ya las riquezas del sol bajaban á la tierra, desde un cielo azul sin una bruma. Después de trajinar en la cocina, la joven salió al balcón, regadera en mano, y como de costumbre, roció con agua las flores que parecían colorearse y revivir bajo aquella lluvia fina y refrescante. Aún sentía Ana el temor á las palabras pronunciadas por su padre, «hablaremos como dos amigos;» pero la verdad es que al sentir en su rostro el

aire libre, cobró ánimos como si el sol de la mañana trajera en su luz imágenes alegres, y el aire le contara al oído cuentos muy sabrosos. Llegó á creer que su amor no corría peligro alguno. Todo estaba alegre y tranquilo. El vecino de enfrente salía á la hora acostumbrada, encendiendo un pitillo á la puerta de casa; en medio de la calle había un grupo de criadas, que reían y accionaban como locas. Ana se apoyó en el balcón un momento y envuelta en las delicias del ambiente, sintióse acariciada por una ráfago de dicha.....

A la una de la tarde, hora señalada para salir, halló á Don José más plácido y animado que de costumbre. Una vez en la calle cogióse suavemente del brazo de Ana, y dijo al criado:

—Tú vete detrás.....

Vestía la muchacha un traje azul, sin arrequives ni ringorrangos, y empuñaba una sombrilla color crema, llena de cairéles, y más fresca y risueña que el cáliz de una flor. Padre é hija caminaron despacio, hasta salir de la población, hablando de mil cosas. De vez en cuando, decía Ana:

—Si te cansas dímelo.

Don José procuraba adivinar los sitios por donde pasaban.

—Ahora estamos en la plaza..... Aquí á la derecha está el mercado..... Ese ruido es el de la fábrica de D. Fulano.....

De este modo, llegaron á un arrabal del pueblo; y después de caminar un rato por la carretera, el ciego se detuvo. El piso estaba seco y sin mucho polvo. Los árboles, desgarbados, sin hoja aún, no oponían gran obstáculo al paso del sol, que dibujaba en el suelo las sinuosas figuras de los pobres palitroques desnudos. En algunos, la hoja asomaba timidamente su verdor por las yemas entreabiertas.

—Debemos de estar cerca del canapé—dijo el ciego aludiendo á un largo asiento de piedra, para él lleno de recuerdos, que había al borde del camino.

—A cuatro pasos de aquí lo tenemos. Si te parece sentémonos..... Lo que es hoy estarás rendido.....

Sentáronse. Desde aquel sitio se veía amplísimo horizonte.

Tenían delante de sí un paisaje lánguido y monótono; grandes tierras de labor, extensas praderas, cuatro ó cinco caseríos muy blancos y allá muy lejos una sierra de montañas azules con crestería nevada.

—Aquí veníamos á estudiar de muchachos, cuando se aproximaban los exámenes—dijo D. José.—Ese castaño de Indias que debe de estar ahí al lado, le llamábamos nosotros el amigo de los vagos... porque nos daba sombra... ¡Qué tiempos!...

Y mientras Ana miraba con respeto la lozanía de aquel árbol que había prestado sombra á la niñez del anciano, éste, enfrascado en los recuerdos de su mocedad, permaneció callado hasta que preguntó:

—¿Está sano ese árbol, Ana?..... ¿Tiene ya hoja?

—Comienza á brotar..... Es un castaño muy hermoso.....

—¡Cuánto viven, cuánto viven!...—exclamó tristemente Don José.

Después de unos instantes, cambiando de conversación, dijo:

—Ayer hemos hablado de ti, Numa y yo.

Ana tembló de inquietud, sin poder remediarlo.

—Sí...—prosiguió D. José.—¿Sabes que eres mala y severa, chiquilla?..... A Numa le tienes muy disgustado y triste.....

—¿Triste?.....

—Sí, hija, al menos eso me ha dicho... y allá él..... Vamos, que el caso tiene gracia. Al verle tan desazonado, cualquiera creería que le había sucedido una desgracia irremediable ¡qué sé yo! Ahora, figúrate lo que me habrá chocado el saber por su boca, que la causante de semejantes pesadumbres eras tú, loquilla. En fin, que es para reirse..... El hombre está empeñado en que tú le pones la cara seria... y ahí lo tienes explicado todo.....

—Me parece que tiene gana de broma ese D. Numa..... ¡Seria, seria! Como siempre. ¿O espera que me eche á reir en cuanto le vea? ¡Bah!

—Pues sí; le tienes preocupado. El pobre, la verdad, es un muchacho muy sensible y á ti te quiere, ¡vaya si te quiere!

¡Y pocas veces me lo ha dicho! por cierto que no recuerdo si te he indicado yo á ti algo.....

—Sí, algo me has dicho.....

—Bueno, pues el chico, cada día se aficiona más á ti, y como es natural le pasa lo que á todos los enamorados, que no ven la realidad y se imaginan cosas que no existen... Ya se lo he dicho yo: amigo Numa, usted no ve más que visiones. Ana no tiene motivos para mirarle con despego, muy al contrario; estoy convencido de que le distingue á usted entre todos los jóvenes que conoce... ¿Pues querrás creer que no hubo medio de convencerle? Nada, erre que erre, que tú no le miras con buenos ojos, que le pones una cara que asusta, y en fin—dijo D. José haciendo esfuerzos para reir—¿qué creerás que se le ocurrió?

—No sé.....

—Pues bien... ¡que tienes un novio! ¡ja ja!

Ana se puso roja de indignación, como si aquello fuera una delación vergonzosa.

—Sí, hija, un novio oculto, secreto; una verdadera novela, ¿qué te parece?...

—Me parece—dijo Ana con entereza—que tiene razón, que ha dicho la verdad.....

No quiso mentir. D. José, al hacerse cargo de la confesión, volvió el rostro hacia su hija; y ésta, como si el viejo fuera á recobrar la vista de repente, y á expresar con los ojos su disgusto, dirigió hacia el suelo la mirada, mientras que sus dedos jugueteaban nerviosamente con los flecos de la sombrilla.

—¿Que ha dicho la verdad?... ¡Niña, niña! ¡Sin yo saberlo! Estás loca.....

—Pues es cierto... Ya sabes que no sé mentir—dijo Ana con voz agitada.

—Pero chiquilla, ¿tú ignoras la trascendencia de eso? ¿No sabes que has obrado mal... ¿me oyes? muy mal, al ocultárnoslo todo á mí y á Socorro....? ¿Acaso tienes tú la experiencia

necesaria para decidir en asunto tan serio, el más grave de la vida?...

D. José daba á su voz una entonación cada vez más cavernosa y severa. Prosiguió:

—¿Sabes tú acaso la importancia que tiene para la mujer la elección del hombre que ha de acompañarla toda la vida?... Ese Raimundo, por lo que me ha dicho Numa, es un abogadillo obscuro, sin posición, sin nada... mientras que Numa.....

—Dicen que juega—se atrevió á decir Ana.

—Jugará por pasatiempo, como todas las personas acomodadas, hija. Ese no es defecto teniendo fortuna para ello..... Pero en fin—dijo el ciego procurando no dar importancia al asunto—estoy diciendo cosas, y pronunciando sermones que no vienen al caso, porque todo eso, picarilla, no pasará de ser unos amoríos pasajeros, y á ti te sobran cordura y formalidad para no hacer caso de mequetrefes, y guiarte por lo que te digan tus padres... ¿verdad, loquilla?

Ana calló.

—Contesta, niña.....

Contestó con un sollozo. Y luego dijo en voz baja:

—Por Dios, papá... Si es que le quiero.....

—Pues hay que olvidar, olvidar—exclamó D. José con impaciencia.—Eres muy joven para querer al primero que llega.....

Y diciendo esto, se puso en pie el anciano y siguió así:

—Vámonos hacia casa, y piensa bien lo que he dicho, hija mía, que no es más que por tu felicidad. En esta vida, no puede uno dejarse llevar del primer impulso. Es preciso tener valor, luchar, reflexionar mucho; y cuando no se posee la experiencia suficiente para vivir, como te sucede á ti, que has nacido ayer, es necesario dejarse conducir por nosotros los viejos, los maestros probados en el combate, niña..... ¿Comprendes?

—Sí, papá.....

—Pues basta por hoy. Dame el brazo, si no te fatigas...

Dentro de unos días, lo más pronto posible nos iremos á Rocamar... Y á ver si allí entras en vereda y no das un disgusto á este vejestorio... Ahora dame un beso.

Enjugó Ana con el pañuelo la humedad de los ojos, posó sus labios en la frente del anciano, y ambos enderezaron los pasos hacia Nuvareda, la joven pensando en sus cosas, y don José disfrutando del sol que le prestaba fuerzas.

Encerróse Ana en su alcoba aquella tarde, sacó de la cómoda la *caja de secretos*, buscó papel y pluma y escribió largo y tendido. A veces levantábase del asiento, daba una vuelta por la habitación, quedábase mirando los dibujos del papel que cubría las paredes, se ponía ceñuda, meditaba como un hombre de Estado, y volvía á la brecha, á la carta, con nuevos bríos. En una de estas interrupciones, después de empañar con el aliento uno de los cristales del balcón, escribió en él un nombre que borró en seguida... Y vuelta á rasguear en el papel... Era preciso anunciarle á Raimundo el próximo viaje á Rocamar, pero sin decirle palabra de la escena que había tenido con su padre, ni dejarle comprender los proyectos de Numa. En los momentos de agitación y de impaciencia, Ana tenía por costumbre el juguetear con una sortija de oro que siempre usaba; y en ocasión tan grave, el anillo saltó de un dedo á otro cien veces en los momentos de vacilación, mientras la pluma descansaba en la mesa, hasta que al fin quedó en su puesto, tranquilo y reposado... La carta estaba escrita como Ana quería, sin tachaduras ni enmiendas, y con toda la perfección sintáxica que sólo tienen las mujeres cuando hablan de amor.

Finalizada la peliaguda tarea, Ana abrió de par en par el balcón. Eran las seis de la tarde, hora en que pasaba Raimundo. Esperó, esperó con impaciencia tal, que miraba con tirria á todos los transeuntes que cometían el pecado de no ser *él*... «Vaya un tipo... ¡Cuidado con el tonto aquél», decía Ana para sí, dando golpecitos con el pie en los hierros del balcón. Apareció el muchacho, y la verdad es que pese á todos los mira-

mientos, y á despecho de las opiniones de D. José, Ana, con el alma toda en los ojos, le besó con una mirada insistente, terca, muy honda, y no se quedó atrás el galán, que procuró sorber con la vista aquellos anhelos de amor, hasta que desapareció, volviendo siempre la cabeza.

Guardó la carta Ana para echarla al correo, y después intentó tocar el piano; pero volvieron á ella las ideas tristes, los presentimientos lúgubres, el miedo á la alegría..... Y no tocó.

Nadie en la casa volvió á hablar á Ana de sus amores. Don José seguía aislado y solo con sus pensamientos, y doña Socorro evitaba toda ocasión de recordar á Numa, el cual dos ó tres veces más había tenido cabildeos con el magistrado, pero sin ver á la joven. Este silencio en torno suyo interpretábalo Ana como favorable á sus deseos; pero ocasiones había en las que el temor le embargaba de nuevo, y pasaba las horas abatida y quejumbrosa.

Un día al anochecer D. José dijo á su costilla:

—Mira, Socorro, lo mejor es que nos vayamos á la aldea mañana mismo. El tiempo no puede ser más hermoso, y yo siento ganas de marcharme.....

—Así lo haremos si quieres.

Y aquella misma noche la casa se convirtió en un baturrillo. Los baúles mundos en medio de las habitaciones, los trebejos de la cocina invadiendo la galería, cuerdas que se arrastraban como culebras por los pasillos; aquí funcionaba la escoba, allá el plumero; cortinas que se venían abajo, armarios vomitando ropa, y al frente de tan complicada maniobra, doña Socorro dando órdenes, y Ana, que estaba muy á su gusto zambullida y arrebatada por aquel torbellino de cachivaches que pasaban de mano en mano.

Los viajes encantaban á Ana, y cuando se vió en el coche reclinada en los almohadones, abrió la ventanilla para contemplar el paisaje de aquel camino tan conocido por ella. Mientras D. José parecía dormitar, envuelto en el gabán, y

doña Socorro leía, la imaginación de Ana hizo sus correrías por los campos; trepaba á un monte para visitar una ermita lejana; encaramábase á un vericueto tapizado de musgo; bebía agua en la fuente de un castañar sombrío..... ¡Cuánta luz, cuánta hermosura, de la cual apenas nadie disfrutaba, vió Ana desde el coche! Lo que más le gustaba eran los bosques, no los de pinos tristes, sino los de encinas y robles de hojas bordadas, los de viejos castaños roídos, medio huecos, que sacando fuerzas de flaqueza, chupaban á la tierra el jugo, y lo convertían en el pobre fruto que nos ofrecen en sus últimos días. Apetecíale á la joven correr por las praderas, bien rapadas por la güadaña del aldeano, y luego después, sudorosa y jadeante, tumbarse á la bartola á la sombra de un bálago de hierba. ¡Lástima no poder hacerlo! ¿Qué valía la casa de Nuvareda comparada con aquel caserón inmenso, del cual disfrutaban los pájaros?

El carruaje corría cada vez más. El cochero animaba á los caballos con gritos brutales, y mientras doña Socorro y don José dormían, Ana seguía desarrollando su monólogo:

«¡Cuidado que es grande todo esto!... ¿Qué harán allí aquellos aldeanos?... ¡Ah! están sembrando... ¡Pobre papá, que no puede ver nada!... Nunca vi sembrar. Dios, que está en todo, de seguro que está metido en la tierra recogiendo la semilla... Después dirá: Bien, ya que este año fuisteis buenos, y oisteis misa, os daré mucho trigo, mucho trigo; pero con la condición de que habéis de pagar la renta al amo... cuidado conmigo... La verdad es que mejor era todo para los aldeanos, que son los que todo lo hacen; pero Dios lo manda, y chitón, se acabó. Y dirá Dios también: Si os portáis bien este año, ¡veréis qué vacas tan gordas y qué cerdos os criaré!... En cambio, ¡si me dais un disgusto, os seco todos los plantíos, ó á lo mejor, hago de modo que caiga una nevada tan grande, que habrá que hacer suscripciones en los periódicos... ¿Qué hará Raimundo á estas horas?»

Entretenida en estos comentarios acerca de todo lo habido

y por haber, y si á mano venía, enmendando la plana á la misma Providencia, á la muchacha se le pasó el tiempo volando, y comenzó á notar que el panorama cambiaba de aspecto. El paisaje verde, las tierras oscuras, recién labradas, el terreno fértil, había pasado poco á poco, diluyéndose allá lejos, apareciendo en su lugar los montes escarpados, muy escuetos y crespos, llenos de anfractuosidades, veteados con tintas azuladas. El cielo era más transparente y puro, el aire más fresco. Allí, muy cerca, respiraba el mar, inundando el espacio con la humedad de su aliento.

—Ahora, ahora pronto... en dando esa vuelta se verá—dijo Ana en alta voz.—¡Allí está, allí está!....

Y despertó á doña Socorro, que abrió los ojos diciendo:

—¿Qué pasa, niña?....

—¡El mar, el mar!... ¡Mira!...

—Es verdad, sí... Pero me has asustado... ¡Qué azul y qué hermoso! Al fin estamos en Rocamar.....

Comenzó el coche á subir una ligera cuesta. Se veía ya la casa. Asomó Ana la cabeza por la ventanilla, y en cuanto vió á la *Mandila* al balcón, agitó rápidamente el pañuelo.

Todavía la marinera ayudaba á D.ª Socorro á bajar del carruaje, y ya Ana, hecha una pólvora, había entrado en el jardín sin reparar en *Nolo*, que estaba en un rincón gorra en mano. Colóse en la casa como una racha de viento, abriendo puertas; todo lo anduvo y husmeó; y después de dejar el sombrero en una silla, salió con el pelo al desgaire encontrando en el portal á sus padres, á la *Mandila* y á *Nolo*.

—¡Hola, granujilla!... D.ª Ramona, pero ¿es este el hijo nuevo de que usted hablaba en una carta?... ¡Ven acá, chiquillo!...

Nolo, tieso como un huso, se apartaba de ella sin decir palabra. Corrió hacia él Ana, manoseóle la cara, y á pesar del brusco esguince del rapaz para desasirse, le plantó un beso en cada mejilla.

—Quite, que la empuerco...—se atrevió á decir *Nolo*.

—Creí que no tenías lengua...

—Le sobra la mitad, señorita—interrumpió la *Mandila*.—Es más prea y malo que Caín... Mire, mire cómo le rebullen los ojos y qué pinta se le ve... Pero ¿ónde te has metido, maldito, que voy á tener que fregarte esa cara de gorrino, con perdón de los presentes?...

Nolo no chistó.

—De ese lavatorio yo me encargo... Mañana te meto en el pozo del jardín, ¿oyes?—dijo Ana.

—¿Se pué hablar, señá Ramona?—preguntó con gravedad el pillete.

—Si te dan el permiso y la autorida...

—Güeno... ¡Quiero oir esa música!...

—El mismo demonio, mal año pa él—dijo la marinera—no se atreve á lo que tú, indino...

—¿Qué música es esa, Nolillo?

—La que está arriba metía en un armario...

Hasta que Ana prometió formalmente sacar cualquier día á relucir la música misteriosa, *Nolo* no quedó satisfecho, y después de obtener la promesa, hizo unas cabriolas sin atender á las amenazas de la señá Ramona, y se alejó silbando.

VII

Pasaron días. Las delicias de Mayo esparciéronse por la aldea, y había en los árboles hoja nueva y luciente, en el mar bonanza, murmullos dulces, y en el cielo mucha luz. Los marineros estaban contentos, y mientras la *Mandila* no se apartaba de sus señoritos y trabajaba en la casa, *Tolete* solía aparejar el bote y lanzarse al agua en compañía de *Nolo*; y tal ma-

ña se daban ambos, que raro era el día que no llevaban á don José pescado fresco, y á Ana una cestita de percebes, erizos, mejillones ú otros mariscos.

Nolo, á pesar de la severidad con que le amonestaba la *Mandila* por su desparpajo, ya no se mordía la lengua delante de los señores; antes bien, animado con la bondad y el cariño de Ana, andaba todo el tiempo que podía pegado á sus faldas como un perro de la casa. Tenían diálogos de este tenor:

—*Nolillo*, ¿cuándo me traes *bígaros?*

—Diez... ¡Haberlo dicho... Volando!

Y sin atender á razones ni esperar respuesta, echaba á correr, dando con los talones en el trasero, y al cabo de una hora volvía con la gorra llena de tan sabrosos moluscos. Ana se los engullía tranquilamente sentada en un banco de la huerta.

Cuando Ana observaba que *Nolo* tenía la cara sucia, cosa que era frecuente, le anunciaba un lavatorio en el alberque del jardín. Pero lo mismo era verla venir armada de pastilla de jabón y esponja, y ya *Nolo* ponía pies en polvorosa, y no era fácil darle caza, porque subía á los árboles con la rapidez de un mono.

—Baje usted ó llamo á *Tolete*...

—Eso no, que atiza...

—Pues al agua enseguida.

—¿Me ha de dejar *oler* el jabón?

—Sí; pero antes hay que lavarte.

—¿Y si me pican los ojos ¡diez! como el otro día?

—No tengas cuidado.

Ana encaminábase hacia el caño, y *Nolo*, ya blando y convencido, bajaba del árbol, corría hacia ella, y al poco tiempo ya estaba desnudo de medio cuerpo arriba, con la cabeza envuelta en copos de espuma que levantaban al frotar las manos de la joven.

—¡Dios, no aprieto!... ¡Por los ojos no, que arden!—exclamaba *Nolo* agarrándose al brocal, como si trataran de degollarle.

—Ya pasó todo—decía Ana riéndose.

Y luego poniéndole la mano en el cogote empujaba la cabeza del rapaz hasta tenerla cerca del agua; dábale tres ó cuatro chapuzones, soltábalo, y *Nolo* daba algunos respingos y corcobos como un perro de aguas después del baño.

—Ya eres otro, *Nolillo*... Ahora se te puede besar...

—Un día púsose *Nolo* muy serio y sin mirar á Ana, mientras que con un clavo se entretenía en hacer rayas en la pared, dijo casi entre dientes:

—*Tolete* diz que yo no tengo rispeto á naide... y que falto á toos... ¿usted qué diz?

—¿Yo?—contestó Ana.—Que no te falta nada de eso, *Nolillo*.

—Lo mismo que digo yo, ¡recontra! Pero él arrea ca morrá á mano vuelta...

—¿Y tú qué haces?

—Saltar patrás, por si hay madera...

—¿Qué es eso de madera, *Nolo*?

—¡Diez, y no lo sabe!—exclamó el granuja estupefacto.—Pues la estaca, señorita, la estaca... Quiero soltar una cosa... ¿Dígola?

—Di lo que se te ocurra...

—Quiero oir toa la música que usté tié guardada... ¡Ya está dicho! ¡Amuélate, *Mandila!*

—Bueno; pues la oirás esta tarde. Quédate por el jardín... pero cuidado con subir á los árboles. Cuando yo te llame, dentro de una hora, subes en seguida...

En tanto que Ana y el niño sostenían este palique, doña Socorro, no lejos de ellos, regaba sus plantas favoritas, y las escamondaba con unas tijeras.

—¿Qué hace papá?—le preguntó Ana.

—Ahora ha llegado el correo... Sube, sube, por si le hace falta algo.

Todas las tardes la joven leía los periódicos á su padre, sin perdonar el artículo de fondo; verdad es que á veces hastiada

de oirse á sí misma frases que no entendía, pasaba por alto los párrafos más enrevesados y enigmáticos, sin que el ciego lo notara. En cambio, cuando tropezaba con el relato de un crimen espantoso, no perdía ripio.

Aquella tarde, después de terminar tan escabrosa tarea, dijo á su padre:

—Quisiera tocar un rato; ¿te molestaré?

—Nada, hija mía.

Salió al balcón Ana, y

—Sube, *Nolillo;* pero límpiate los pies.

Apenas terminó la frase, ya estaba el chiquillo en el gabinete. Sentóse en el suelo, á respetable distancia del piano, y dijo:

—¡Ahora toa la maquinaria!...

—¡Toda!

Levantó Ana la tapa que cubría el teclado, y observó la sorpresa de *Nolo,* que creyó ver abrirse la boca de un animalote aterrador.

—¡La dentadura!—exclamó asombrado.

—¿Qué te parece?

—¡Por ahí canta! ¡Diez!—seguía Nolo como hablando consigo mismo.—¡Echala, échala, bocona!—dijo alegremente dirigiéndose al piano, como si éste le entendiera.

—Pronto la *echará*, *Nolillo*—contestó Ana llena de júbilo, tomando asiento en la banqueta.—Vas á oirle; verás, verás...

Y la joven tocó, tocó con entusiasmo. Parecíale que bajaba á sus dedos un flúido misterioso, que podía al piano acentos hondos, que dijeran algo sobre el amor; las teclas, electrizadas, respondían dócilmente, y vertían risas y lloros, que salían por el balcón abierto, atropellándose en el espacio y perdiéndose en las ejanías... El autor escogido al azar era Chopín... Ana olvidóse de *Nolo*, vivió en sí misma, oyendo notas, gozando de la hermosa sinfonía de su alma unida y enmarañada con el raudal de melodías que brotaba del instrumento... ¡Qué cosas decía aquella música! Era una voz extraña que cantaba

desde otro mundo, con arranques terribles, que inspiraban al alma una fuerza brutal, un ardor sublime para amarlo todo. Parecía aquella voz la de un héroe, un personaje de músculos de hierro y alma tierna, que vivía escondido en un sitio ignoto entre las nieblas del misterio, y desde allí nos cantaba los milagros de su vida y las energías de su alma... A veces este mistagogo hercúleo, que franqueaba caminos jamás soñados, como por arte endiablado de encantamiento, trocábase en un sér blando, risueño, que también sabía hablar del amor apacible y sonreir como un bendito. Y parecía entonces un buen señor, ameno y dicharachero, que le gustaba vagar por los prados, oler las flores y recoger con cuidado todas las cosas que se les ocurren cuando cantan á los arroyos y á los pájaros.

Zambullida Ana en aquel hervidero de notas, que revoloteaban á su alrededor, halagándola y dándole sahumerios de poesía, maldito el caso que hizo de *Nolo*, el cual, como un lagarto ipnotizado, se fué poco á poco arrastrando por el suelo, hasta ponerse á la vera del piano, con el oído pegado al instrumento... Después el muy zángano quedóse dormido al arrullo de aquel oleaje de armonía. Las cosas estupendas que *Nolo* vió en sueños, no son para dichas, porque jamás Morfeo inspiró á nadie epopeyas más espeluznantes, ni aventuras más extraordinarias... Vióse ¿dónde creerán ustedes? vióse en el patache, en el cual había navegado antes del naufragio; pero ¡diez! todo estaba de otra manera. En primer lugar, el patache era de color rojo, todo rojo, arboladura y casco; en la popa había dos sillones muy grandes, y en uno estaba sentado un señor que tenía la cara como una gaviota, y empuñaba una larguísima y descomunal pata de ganso marino, con la que ¡arreaba cada zurriagazo á *Nolo!* El otro asiento ocupábalo gravemente *Tolete*, el cual, reniego del pecado, si no estaba vestido de sacerdote, y el muy animal echaba por la boca toda clase de sapos y culebras, como si nada le importara la vestimenta... El único marinero que había era *Nolillo*; él solo para

todo el tejemaneje de á bordo... ¡y nadie echaba una mano!... Estaba lavando el suelo, y manejaba el lampazo con brío, bajo las miradas vigilantes del *señor gaviota*, cuando de pronto, el diablo, que no duerme, hizo que comenzara á oirse una música muy extraña en el mar; las olas cantaban cosas que daba gusto escucharlas, con un vozarrón que nunca se había oído... Dejó entonces la labor *Nolo,* y observó que sus compañeros estaban pasmados y medio lelos; y decía *Tolete* al *señor gaviota:* «Finómeno como éste, el demonio me lleve si lo han visto los nacidos... ¡Cristole! y desta, ó se acaba y embarulla el mundo too, ó yo no sé dónde tengo la mano derecha ni la zurda...»

Dejó de tocar Ana de repente, buscó al rapaz con los ojos, y vióle dormido al lado del piano; pero apenas se extinguió el rumor en la caja sonora estremecióse *Nolo*, se restregó los ojos, y dijo desperezándose:

—¡Diez! el mar cantaba cosas de sustancia.....

—Ya ves *Nolillo*, lo que es esta maquinaria. ¿Te gusta?

—¡Si quisiera él cantar conmigo igual que con usté!.....

—Acércate á ver.....

El chiquillo oprimió una tecla con un dedo, y al ver que el piano no le desairaba bailó como un loco.

—Ya puedes decirle á la *Mandila* lo que has visto.

—Que se amuele.....

Estando en esto, Ana oyó claramente un toque de silbato dado por el ciego, y dejando á *Nolillo* acudió con presteza á la habitación del enfermo. Lo halló en la cama vestido; hablaba débilmente:

—Tengo fatiga, me ahogo Ana..... ¡No sé qué es esto, Dios mío!..... Hace días que siento una opresión aquí, aquí en el pecho..... Llama á Socorro.

Angustiada la joven al ver la cara lívida y sombria del anciano, bajó al jardín á llamar á su madre, y un instante después *Nolo*, más veloz que un corzo, avisaba á D. Laureano, el médico del pueblo. Llegó el buen señor, y encerróse con el

enfermo para examinarlo atentamente, mientras D.ª Socorro y Ana se quedaron en otra habitación gimoteando.

Nolo, que andaba por la casa sin que nadie se fijara en él, comprendió que allí ocurría algo muy serio; aquello de venir el matasanos tan apurado, y meterse en el cuarto con el señor, no le daba buena espina.

—¿Qué hará con él D. Laureano?—pensaba *Nolo*.—A lo mejor lo raja por el ombligo, le saca las mantecas y ya está... ¿Pero y después?..... Después ¡ris, ras, pun! le güelve lo mismo que estaba.....

Y andando cautelosamente, logró acercar los ojos á la rendija de la puerta del aposento misterioso, teatro de operación, tan espantosa; vió á D. José completamente despechugado, y al médico que le arrimaba el oído encima del corazón..... De pronto incorporóse D. Laureano, registróse los bolsillos y cuando *Nolo* estupefacto, esperaba ver relucir la hoja de un cuchillo descomunal... sacó el estetóscopo que el rapaz tomó por una trompeta.

—¡Diosla, va á tocar!.....

Sintió *Nolo* éntonces una mano poderosa, que agarrándole por la trasera del pantalón, lo arrastró hasta las escaleras. Quiso protestar, pero le dejó mudo, la cara iracunda de *Tolete*, que se acercó á la suya hasta tocarle casi con los bigotes, por debajo de los cuales salieron como bocanada de fuego estas palabras terribles:

¡Tas llamado á morir á mano airada! ¡Crístole!

VIII

—Veremos, veremos..... Por ahora no es cosa de cuidado... Mucho reposo..... Cada dos horas la cucharadita esa, y mañana Dios dirá...—dijo D. Laureano, y se despidió de D.ª Socorro.

Apoderóse del magistrado un aplanamiento que le dejó sin pizca de energía. Amodorrado, vuelto hacia la pared, oía lo que hablaban en la habitación inmediata, oía el gargoloteo del caño del patio, murmurando el soliloquio eterno que había escuchado él en su niñez. La imaginación del enfermo, aguijoneada por la calentura, sacaba á la escena mil hechos heterogéneos y raros; tan pronto entablaba un diálogo con una persona á quien D. José no había visto hacía muchos años, como dejaba al interlocutor con la palabra en la boca para visitar y recorrer una población lejana. Aparecíansele á lo mejor rostros sonrientes, que se hundían en la sombra. Y estas visiones de panorama misterioso, mescolanza de realidad y sueño, no mortificaban, no herían al enfermo, el cual veía aquella pantomima de espantajos que le bailaban en la cabeza, como cosa ajena á él.

Así pasó el magistrado la noche del día que cayó en cama. Al amanecer D.ª Socorro le llevó un caldo.

—¿Qué tal se presenta el día?—interrogó el enfermo.

—Muy claro... ¿Cómo te sientes?

—Así, así... algo sofocado... ¿No podrías abrir esa ventana?...

—Puede ser malo, muy malo... el fresco del mar, Pepe... Cuando venga el médico le preguntaré...

Aproximó D. José la taza á los labios, y después de beber un sorbo de caldo, quedóse atento como quien escucha. Oíase el tañido de una campana que venía de lejos.

—¿Qué día es hoy, Socorro?

—Domingo... tocan á misa de alba.

—Verdad, verdad... Estoy en babia.

—Procura dormirte un rato... Ana y yo iremos á esa misa. Entretanto aquí quedan *Tolete* y Ramona por si algo se te ofreco...

D.ª Socorro abrió la contraventana, y la claridad de la alborada acoquinó la luz que ardía en un vaso colocado encima de una silla.

Un instante después el enfermo quedó solo. La campana seguía tañendo á lo lejos, sembrando por los campos los ecos de su voz que llegaban á oídos de D. José, amortiguados, sin sonoridades alegres, como ecos de un lamento, como suspiros cansados de recorrer el espacio en busca de un oído amigo. El ciego escuchaba como si un antiguo conocido le hablara en voz baja, de cosas para él muy olvidadas. Aquella voz le llamaba á misa, y él hacía muchos años que no había oído ninguna... Apesar de su desvío, la campana le había llamado año tras año con el mismo cariño, con amor idéntico. Todas las mañanas aquel tañido triste que era una súplica tierna, salía de la iglesia y corría, corría, atravesando el aire, deslizándose entre los ruidos del Cantábrico, y no paraba hasta llegar casi sin alientos, hasta la alcoba del magistrado para decirle: «¡eh, arriba!; yo soy la de antes ¿no te acuerdas? Todos los días al rayar el alba me cuelo en este cuarto; á veces no te encuentro; andas por sitios lejanos adonde yo no llego, pero me consuela el pensar que otras compañeras mías te llamarán como yo, donde quiera que estés. Hoy en cambio sé que estás aquí, sé que me oyes, y que me desairas, que desprecias mis consejos volviéndote hacia la pared... ¡Cuántos años de súplica! ¿Quién te dice que he de perdonarte?»

Sintió D. José viva inquietud y dió una vuelta en la cama. La voz continuó diciendo quedo, muy quedo: «¿No te acuerdas cuando eras niño, y dócil á mi acento venías con tu madre á mi iglesia?... ¡Cuántos años pasaron y cuántas cosas tristes! Recuerdo aún, como si fuera hoy, cuando tú subías al balconcillo del campanario acompañado del tagarote del sacristán, que te enseñaba á repicar... Y poco me has tirado tú de la lengua, haciéndome decir mil disparates que sacaban de sus casillas al señor cura!... ¡La verdad es que parece mentira, Pepe, las vueltas que da el mundo!... ¡Cuántas veces volteé alegremente al impulso de tu mano de niño! ¡Parece que te estoy viendo; eras un chiquillo ágil y espigado, que trepabas por la escalera, tirabas de la cuerda, y llamabas por mi boca á los

pescadores de Rocamar, para congregarlos en la casa de Dios! ¡y hoy, qué diferencia! Parece un sueño... Eso de que tú, el incrédulo, el indiferente, el hombre mundano, hayas sido en un tiempo tan sumiso á mis ruegos, tan dócil á mis consejos, me parece imposible... Yo siempre aquí, atada á mi hogar, canta que canta, toca que toca, dando al aire mis regocijos, murmurando mis penas, y tú en cambio, el diablo sois los hombres, corriste el mundo, olvidásteme, como si no existiera la pobre campana de la aldea, que para ti no tiene más oficio que alborotar el pueblo y quitar el sueño á las gentes... Yo sigo aquí, ya ves, siempre igual, llamando, llamando á los devotos... ¿Qué quieres! ¿No es verdad que tengo razón al quejarme?

Sintió el ciego una agitación, un estremecimiento como si le asaltara el miedo. Se revolvió en el lecho, y entre la obscuridad que le rodeaba, vió claramente el campanario de la iglesia, y oyó la voz que le hablaba desde lo alto de la espadaña. De pronto la voz delicada se convirtió en un vozarrón rudo, que vomitaba cosas tremendas, doblando lentamente: «Estás viejo y enfermo, y aún no piensas en las cosas que más te importan, desdichado. Has gastado la vida; y dentro de poco tendrás que entenderte con la tierra y con Dios..... Fíjate en tus años pasados, examina tu conciencia, si aún la tienes, y mira á ver si hallas un asidero para tu alma..... Piénsalo bien. Aquí no termina todo... Si vas al jardín y coges un puñado de barro, puedes decir: esto es mi cuerpo, pero no mi alma. ¿Oiste tú á Dios decir que aquí terminaba el drama de tu espíritu? Sólo bajo su palabra pudiera creerse eso... Tal vez morir es nacer en la eternidad. Tú creerás que la materia no se pierde nunca, como dicen los sabios; que nada es inútil, que todo cambia y se transforma... Esa vela que se agota ¿adónde va? ¿qué fué de ella? En el universo quedan sus partes; no lo dudes. Ahora dime, ¿por qué ha de ser menos un alma que una vela?... ¿Por qué crees en la eternidad de una piedra, y no en la del espíritu?... Quisieras tú que todo se extinguiera aquí; que la tumba aniquilara todos tus pecados, para hallar en la nada el eterno

descanso... La fe que niegas á Dios la tienes en la nada... ¡La nada! Créeme á mí: no existe. En todas partes hay algo. En la naturaleza todo es movimiento, energía, *algo*, y sin embargo, tienes esperanza de zambullirte en lo que nunca has visto, y crees que ha de darte el descanso, apagando tus remordimientos, matando tus dolores, consumiendo tus ideas, y destruyendo tus picardías! Mírate bien, y no te fíes de ti mismo, que otros más linces que tú vieron flores donde sólo había cardos. Desconfía de ti, porque el inventor de la mentira es el hombre. No creas en quien puede equivocarse; cree en Dios, que te habla desde mil partes, y si te estremeces de espanto pensando en la historia de tu alma, piensa en esta casa, donde aún no te hemos olvidado..... Acércate, hombre, acércate; eres ya muy viejo, estás hecho un vivero de achaques y de alifafes, por lo cual no me negarás que es cosa de pensar en la muerte. Más vale un por si acaso, que un quién lo creyera. Si te presentas ante quien ha de juzgarnos á todos con ese bagaje de pecados de todas clases y categorías, desde luego te digo que estás aviado, Pepe, y que mal año para ti; porque de nada te han de servir tu aplomo y hábitos mundanos, en que siempre has sido un maestro; así es, que haz lo que te digo, y ya que te sientes resbalar hacia el sepulcro, ruega á Dios, pídelo con fervor la suavidad de sus bálsamos, y no te guíes por tus locuras. Tienes un camino recto y seguro, que es la oración... ¡Orar! ¿Sabes lo que es eso? Es dirigirse á Dios, es hablarle... En el fondo del alma hay unos ojos, Pepe, que pueden ver á nuestro Padre. Orar es ver con esos ojos, es despojarse de pensamientos terrenales, y dejar que el alma pura y sola suba hasta el Creador, para verle y adorarle... ¿Recuerdas?... Viviste ¡ay! al ras del suelo, pastando vicios, y educaste á tu alma como una esclava de tus placeres carnales... ¡Qué lástima da ver unas alas entumecidas!... Además, ¿no te avergüenza tu egoismo? ¿Has pensado cristiana y noblemente en el porvenir de tu hija, el día que Dios te llame á sí? Tu obra fué esta: en vida hiciste una mártir, y á la muerte harás dos pobres.....»

Un sudor frío humedeció la frente del magistrado; sintió opresión en el pecho, y haciendo un esfuerzo, sentóse en la cama, buscó el cordón de la campanilla, y después de tirar de él, reclinó la cabeza en la almohada. No tardó en oir las pisadas de unos rudos zapatones, que pretendían ser ligeros y suaves; después presentóse en la habitación *Tolete*, con la pipa en la boca, y una blusa muy limpia, que olía á jabón. El sol alumbraba ya claramente la estancia.

—¿Manda algo, D. José?

—Nada, *Tolete;* siéntate... Llamé por si acaso... no estoy tranquilo.....

—Na, en total... Dentro de dos días se ha de ver el señorito como un roble.

—Dios te oiga, *Tolete.*

—¿Pos no ha de oirme, D. José? ¿En qué día vivimos?... Hoy domingo, güeno. Lunes, martes... Pal miércoles ya estamos andando por la carretera palante, con la fiambrera en una mano, y unas lágrimas de vino en la otra... ¡y ande que preste! ¿Se acuerda, D. José, de aquellas langostas que nos zampábamos solicos, después de dar un *saleo* pol agua?

—Eran otros tiempos, *Tolete*.....

—Pero siñor, á este tiempo otro le arrrea, D. José... Si el hombre, es un decir, se siente estremecío, y por mor de una lacería le tembla una pierna ¿tá bien que el hombre temble too él como la pata? Una cosa ¡recristole! es la pata y otra el individuo... En fin, yo me entiendo, y si se me salió de la boca alguna animalada, no es chocante; porque como icen son más los burros que nacen que las albardas que se hacen... No sé si me habrá entendío... En resúmene: na de melecina, y como decía un capitán mío, con aire limpio en el pecho y güena tajada en el pellejo se marcha viento en popa...

Y *Tolete* después de propinar al viejo consejos tan sabios y profundos, se dejó caer en una silla muy satisfecho. D. José volvió hacia él el rostro, y la verdad es que el marino quedó sorprendido. Nunca había visto al señorito tan demacrado y ali-

caído. Aquellos ojos sin vista parecían dos ventanas cerradas, detrás de las cuales un alma prisionera pugnaba por asomarse.

—¿Y si me muero, *Tolete*?—dijo el enfermo.—Yo nunca tuve la vida en peligro ¿oyes? Y ahora ¡quién sabe! Estoy muy débil... Tú ya *la* has visto de cerca ¿no es verdad? ¿De qué te acordabas, qué sentías?...

– Déjese de esos pensares y no haga caso del cerebro, que siempre da en lo peor... ¿Qué tien que ver usté, ahí en la cama, conmigo cuando andaba pol mar?

—Dime, contesta, ¿qué pensabas?...

—Bah, señorito, ¡pos en Dios!...y en la *Mandila*... ¡Cristole! paecía que allí estaban los dos conmigo, de tan fijos y claros como yo los veía en la cholla. Júrolo. Paecía que los dos me decían á un tiempo: ¡hala, *Tolete*, aférrate á ese madero con las uñas, hombre, miá que la mar es el mismo demonio en persona, y cuando se empeña en dar de beber á la gente, le cura á uno los cólicos pa *sicula siculor*...

—Dices que Dios te animaba?—dijo D. José—¿le viste tú?

—Tan claro como esa luz que da en la ventana... Estaba allí con la *Mandila*, mientras yo braceaba pol mar...

—De modo que tú estás seguro que hay un Dios...

—Acabara de verlo de broma como antes, señorito... ¡Güena siñal es!—interrumpió *Tolete* alegremente—Cuando yo digo que el miércoles ó jueves nos zampamos una...

—No es broma, *Tolete*... Hay hombres que no creen en Dios...

Quedóse *Tolete* pensativo, con la pipa ladeada en la boca, y luego dijo:

—Basta que usted lo diga, y ahora me ricuerdo oir hablar de tierra de moros... Pero acá, por la costa, en jamás oí tal... Blasfemas, sí las soltamos, porque too el mundo se acalora, y entonces el pico charla cuando el corazón no lo manda... y así va ello...

—Pues es cierto, *Tolete,* hay hombres para todo...

—Cosas de desocupados, señorito... Cuando el diablo no tiene que hacer, con el rabo espanta moscas...

D. José no contestó. Habló consigo mismo un buen rato.

—¿Tardarán mucho en venir Socorro y Ana?—preguntó al fin el enfermo.

—Ni dos Jesuses. D. Gregorio despacha toa la misa volando...

—Tú no la has oído...

—No, señorito, pero cuando el hombre tiene la intención... Alguno se había de quedar en casa.

—Mira, *Tolete*... ¿Y el médico cuándo vendrá? Esto va de mal en peor...

Incorpórose el marinero, dió un paseo por la alcoba murmurando entre dientes:

—Enseguida, D. José... ¡Cristole con las melecinas y los facultativos que se usan!

JUAN OCHOA.

(*Se concluirá.*)

UN INSIGNE PINTOR DE HISTORIA, APENAS CONOCIDO

DON JOSÉ DE MÉNDEZ

de la Academia de Bellas Artes de San Fernando.

(CONCLUSIÓN.)

IV.

La elección de asuntos, cosa de no escasa entidad, es indicio del propósito de hacer llano, popular y hasta casero el arte.

He aquí varios ejemplos de pinturas ó esculturas que .han tenido algún éxito:

Una joven, que engreída con la pequeñez de su pie, lo enseña á una amiga.

Una cocinera pelando una gallina.

Un cura, retardado, que anda de prisa.

Dos jóvenes que abanican á una señora que tiene calor.

Una criada planchando.

Dos albañiles, tendidos, descansando.

Coloquio amoroso entre un patán y una mujer que friega un caldero.

Etcétera, etc., etc.

Toda la vulgar llaneza de estos asuntos y otros de semejante índole, en número infinito, queda á distancia del citado cuadro de Murillo, *La Vieja espulgando á un galopín.*

Nadie niega á los pintores y escultores la facultad de entregarse deliberadamente en la concepción de sus obras á la

más sandia é inocente trivialidad. Algunas de estas obras son admirables por el primor de ejecución, por la verdad imitativa; pero ¡qué lástima que tanta habilidad se emplee con preferencia en obras sin emoción, sin pensamiento, sin asomo de elevación moral!

En París un artista eminente, Meissonier, cuyos cuadros han sido llamados en Francia *microscópicos*, contribuyó con la perfección extraordinaria de su pincel, á suscitar el entusiasmo del público vulgar en favor de lo primoroso y de lo pequeño.

Ciertamente, el fiel trasunto artístico de escenas, de actitudes y de situaciones comunes de la vida, cautivan siempre la atención, y no es dable negar que

Le joueur de flûte;
Le graveur;
L'amateur de tableaux;
La partie d'échecs;
Le liseur;
Jeune homme jouant de la basse;
Un fumeur;
La partie de boules;
Jeune homme choisissant une épée;
Jeune homme qui lit en déjeunant;
Le jeu du tonneau;
Un homme à la fenêtre;
La rixe; (se vendió en 20.000 francos).
Cavaliers se faisant servir à boire;
Charge de cavalerie; (se vendió en 150.000 francos.)
Le maréchal ferrant;
La partie de piquet;
Le corps de garde;
Un homme en attente;
Joueurs de luth;
Etcétera, etc., etc.

Y otras muchas pequeñas, pero lindísimas obras de Meis-

sonier tienen la magia de la verdad, aunque esta sea insignificante.

Pero algunas de sus obras deben convencer á los que han dado en la mala doctrina de sacrificar la idea á la ejecución, y se atreven á sostener que el triunfo del arte estriba exclusivamente en la exactitud plástica, y no reconocen que las fuerzas morales (por ejemplo la significación histórica) dan á las pinturas especial valor y prestigio.

Une lecture chez Diderot perdería gran parte de su atractivo sin la resonancia del nombre del filósofo enciclopedista. Pero donde se ve más patente el realce que da la significación moral á las obras de arte, es en los cuadros de mayor alcance del mismo Meissonier, que representan las fases características de la epopeya imperial: 1806, 1807, 1814.

Cuando llegó á su colmo la apasionada admiración que inspiraban á sus compatricios las obras del famoso artista, no había bastante oro para comprarlas. Un entusiasta millonario, fuera de toda proporción entre el precio y el mérito, no titubeó en adquirir por la enorme cantidad de 850.000 francos, el cuadro titulado «*1814*» (la retirada de Rusia). (1)

---

(1) Sólo en los tiempos del entusiasmo helénico y de la vanidad romana se encuentran ejemplos de tan inverosímil largueza en la adquisición de las obras de arte.

Cuando Roma, después de haber desdeñado las artes de la Grecia como indicios de afeminación, comprendió su envidioso error, los magnates (Pompeyo, Cicerón, etc.), cifraron su gloria en transportar á sus ostentosos palacios, á costa de verdaderos tesoros, las obras maestras de los artistas griegos... El opulento cónsul *Scaurus*, para adquirir algunos cuadros de un solo pintor, *Pausias*, pagó las crecidas deudas de la ciudad de Sycione. (*Plinio*, lib. XXXV, cap. XI.)

Entre los cuadros famosos vendidos en los tiempos modernos á exorbitantes precios, pueden recordarse en primer lugar, los siguientes:

Esta pintura es maravilla de minucioso esmero y de destreza en la factura. Botones, ribetes, agujetas, dragonas, todos los pormenores están pintados con tan prolija exactitud que, según el juicio de un crítico francés, llaman demasiado la atención, y dañan de este modo á la impresión general del cuadro.

Los modernistas cifran el mérito esencial y casi exclusivo de los pintores en la perfección técnica y en la fidelidad con que retratan los objetos; pero en este cuadro «1814» no pueden menos de reconocer que el pensamiento moral é histórico ha debido ser el mayor atractivo de los admiradores de la pintura, y probablemente el avasallador incentivo que ha llevado hasta la exageración el entusiasmo de los millonarios compradores.

Quitad á Napoleón su sombrero y su tradicional levita, al-

AUTORES.	TÍTULOS DE LOS CUADROS.	PRECIO DE LA VENTA, EN FRANCOS.	ACTUALES POSEEDORES.
Rafael.....	*La Virgen de Ansidei*.....	1.750.000	National Gallery, de Londres
Rafael.....	*Las tres Gracias*.....	625.000	Duque de Aumale.
Rafael.....	*La Virgen de los candelabros*	500.000	.....
Rafael.....	*Retrato de César Borgia*....	600.000	Alfonso de Rothschild.
Rémbrandt....	*Retrato del burgomaestre Day de Alkmar*..... ambos	750.000	Gustavo de Rothschild.
Rémbrandt....	*Retrato de su mujer.*		
Rémbrandt....	*Dos retratos de mujer*, ambos	1.200.000	Sra. de Guinness, de Londres.
Rúbens.....	*Retrato de Rúbens y su familia*.....		
Rúbens.....	*Retrato de la familia de Rúbens*..... ambos	1.250.000	Alfonso de Rothschild.
Van Dyck.....	*Retrato de la Marquesa de Spínola*.....	500.000	M. Sutton, de Norte-América
Murillo.....	*La Asunción*.....	600.000	Museo del Louvre.
Gainsborough.	*Tres retratos de mujer*, (los 3)	1.875.000	Alfonso de Rothschild.

terad los detalles característicos de los uniformes del Imperio francés, de modo que el ejército que tristemente camina, no se refiera á nación determinada, y pierde la prestigiosa significación que le da el inmortal caudillo; el cuadro sería igualmente admirable, pero entraría en la categoría de los estudios escrupulosamente fieles á la verdad, como *Los jugadores de bolos* y casi todos los de Meissonier, y no se habría encontrado ciertamente un Mr. Chauchard, que, en un vertiginoso arranque de ilusión artística, no titubeó en dar con visible heroismo una cantidad tan exorbitante por un cuadro *de género*, precioso sin duda, pero que ni es creación sublime, ni en la ejecución misma, aunque delicada y primorosa, aventaja á los Dow, los Breughel, los Teniers, los Terburg, los Metzu y los Van der Meer.

Cuadros de artistas muy posteriores al ilustre pintor inglés Gainsborough, que, como paisista, no tuvo rival en su época, se han vendido también en elevadísimos precios. Como ejemplo nada más, pues son innumerables, citaré algunos:

J. F. Millet....	*La Pastora*.....	1.000.000	M. Chauchard, de París.
J. F. Millet....	*L'Angelus*.....	750.000	M. Chauchard.
Munkaczy	*Cristo ante Pilatos*.....	500.000	Fué á América.

Obras de David, Ingres, Delacroix, Corot, Th. Rousseau, Troyon, Daubigny y otros fueron enagenados en precio desde 150 mil á 350 mil francos; pero ninguna venta de pinturas contemporáneas pareció más sorprendente que la del exiguo cuadro de Meissonier «*1814.*» (75 centímetros de ancho, 43 de alto.) El opulento Vanderbilt ofreció 400 mil francos. Según las noticias propaladas entonces en París, el engreído y afamado artista juzgó insuficiente la oferta. Mr. Bagne lo adquirió en 500 mil francos. Al día siguiente lo vendió en 850 mil á Mr. Chauchard, antiguo dueño de los almacenes del Louvre.

V.

Al hablar del malhadado *modernismo*, es imposible no traer á la memoria las injustas y deslucidas consecuencias que al prestigio del arte español acarreó la obcecación vanidosa de la flamante escuela. A causa de un despótico alarde de Meissonier, pontífice entonces del *modernismo* francés, hermosos cuadros españoles de eminente valía fueron con desdeñosa frialdad juzgados en la última Exposición Universal de París. Su tacha principal consistía en que eran lienzos de gran tamaño, históricos ó religiosos, y contenían demasiados reyes católicos, frailes y guerreros de los antiguos tiempos. ¡Singular criterio, que no aplican por cierto ni áun los más intransigentes *modernistas* de la nación vecina á los cuadros en que asoma alguna gloria del suelo francés!

¿Son por ventura de traza más simpática y de significación histórica más interesante y provechosa que nuestros monarcas, nuestros ilustres capitanes y nuestros sabios religiosos, los sanguinarios corifeos y los feroces energúmenos revolucionarios de la nación vecina, que no pocas veces han sido reproducidos en obras de artistas franceses?

No habían de desalentarse por ello los cultivadores de las bellas artes en España. No cabe más genuina y fecunda inspiración que la que emana de los sentimientos y de los recuerdos de la patria. Este sello de nacionalidad y de peculiar cultura se advierte en todas las obras de los grandes florecimientos del arte.

¡Bueno fuera que, por ser reyes ó héroes, no pudieran entrar en las composiciones artísticas Alfonso VIII el de las Navas, héroe principal del gran cuadro del Sr. de Méndez, ni el

(Dios y Mahoma). El ayuno lo observan no comiendo desde el amanecer al ponerse el sol. En su mayoría descienden de los expulsados de España, conservan los apellidos de García, Jiménez, Salas, Vargas, etc.; se dividen en moros andaluces, castellanos y aragoneses; se consideran nobles comparándose con los originarios de Berbería. Indolentes, sobrios, siempre sentados en las calles, orgullosos, indiferentes á todo, jamás levantaban la vista cuando desfilaban escuadrones de coraceros ó batallones de cazadores, moviéndose sólo para evitar les atropellasen. Simpaticé con muchos vecinos de la ciudad morisca, pasé buenos ratos con ellos enterándome de sus costumbres, muchos hablaban el castellano, y creo que si perteneciera á España dicha población, me habrían nombrado diputado á Cortes. Varias veces en el Zoco (mercado) situado á la derecha de Guad-el-Jelú, se acercaron diciéndome al oído: «Hascar Sultán» (soldado de rey), «Montañero» (kábila) *Mucho, mucho ladrones: Arágon, ten cuenta, kábila mucho robador.* Al Zoco iba con frecuencia; en él se juntaban cristianos civiles y militares, judíos, soldados moros, rifeños, árabes y berberiscos. El referido mercado se hallaba entre el río Martín y el campamento marroquí. Al bajá que lo mandaba cuando lo visité por primera vez lo relevó Sid-Alí, negro, de nariz afilada, facciones regulares, noble ademán y franca fisonomía. Vestía con elegancia, siempre de blanco; llevaba una preciosa gumía con adornos de plata y tenía un hermoso caballo del mismo color que el ginete; me convidó á comer, colocaron sobre la alfombra que cubría el suelo de su tienda un pequeño taburete de madera redondo, pintado de verde, encarnado y oro; en él pusieron una gran sopera de china llena de alcuzcúz (seku) condimentado con manteca de vaca, cebolla y pedacitos de carne. El alcuzcuz es una sémola de trigo, de granos muy gruesos, que se sirve como el arroz á la valenciana.

Sid-Alí, como todos los moros, no usaba cubiertos, comía el alcuzcuz á puñados. Observó que no me determinaba á meter la mano en la sopera, dió un grito, vino su asistente y me

trajo una cuchara de metal blanco. Me gustó la comida nacional de Marruecos y los ojaldres que con miel nos sirvieron para postre; en lugar de vino ó agua, bebimos leche agria en un cantarillo de barro. La poesía de la vida patriarcal me hizo olvidar que por el brebaje y el ser curioso me exponía al cólera, en aquellos días muy desarrollado. Por la frugalidad del banquete de un Bajá ó General, se comprenderá la sobriedad de los soldados.

El segundo de Sid-Alí era el Caid-Galifá, natural de Marrasch (Marruecos) blanco, que no hablaba el castellano ni necesitaba intérprete; con la expresión de su mímica me dió á entender perfectamente se había hallado en toda la campaña, que le mató su caballo una bala de cañón, que no temían á nuestra caballería, que eran inútiles las lanzas, y se burlaba cómicamente de los kábilas como nosotros lo hacemos de la milicia nacional, los cuales al oir tocar ataque á los cornetas cristianos se quitaban las babuchas muy deprisa, ejecutándolo él imitándolos poniéndolas debajo del brazo, bajaban la cabeza y corrían por las montañas sin que el viento pudiera alcanzarlos.

También me hice amigo de un oficial negro, arrogante, soberbio, que llevaba turbante encarnado, túnica corta de lana blanca, jaique terciado luciendo sus desnudos brazos y piernas de color de ébano. Me pidió guantes como los que yo usaba, los cuales le gustaban mucho, y al día siguiente le di unos de cabritilla color de caña; se los puso tan contento como chico con zapatos nuevos; los iba enseñando á todo el mundo y se empeñó en regalarme un gran pedazo de carne de vaca que compró á un renegado valenciano. Rehusé el obsequio, se enfadó, sus ojos echaban chispas y no cedió hasta que le dije:—Los oficiales de la reina de España (áskar qui vir sultana hispania) no pueden llevar carne en la mano. Los renegados españoles no se distinguen de los moros berberiscos. La raza es igual.

Yo era muy popular entre los moros de la ciudad y del cam-

pamento; me hacían probar el café, y las moras que vendían higos secos en el Zoco, sentadas en el suelo, embozadas en sus jaiques, mirando por los agujeros de un lienzo asemejándose á postes de piedra berroqueña, querían las enseñase la fotografía de mi familia, exclamando al verla: *Mujera*, *muchachos*.

En Tetuán algunas viejas, también tapadas, pedían limosna.

Saltando terrados me llevó un capitán de cazadores de Tarifa á contemplar como cosa rara las caras de dos mujeres, madre é hija. Hablamos con ellas á muy larga distancia.

El joven alférez del mismo batallón, Gorostiza, herido gravemente en la batalla de Wad-Ras, enamoró á la niña y bajó varias veces á la galería donde las moras estaban.

Mi compañero las dijo que el mencionado oficial había muerto en Málaga. Al oirlo exclamó la chica cubriéndose la cara con las manos.

—¡Pobre, pobre muchacho!

En prueba de lo ocultas que tienen los moros á sus mujeres, nos contó el Alcalde de Tetuán que hacía 30 años se había casado su hermano y no conocía á su cuñada, viviendo en la casa inmediata á la suya. Al manifestarle que era demasiada exageración, añadió: «Así se evita pecar con el pensamiento.» ¡Hilan delgado los sectarios de Mahoma!

Les admiraba que yo conociese por la cara los que eran bereberes, árabes, ó de Sus; oían que á la espingarda la llamaba amcojela, al frasco de pólvora duaya, al sable sequin, y exclamaban muy contentos: «Sab la arabia.» Ni siquiera sabía yo la algarabía. Observé que jugaban á las cartas con naipes españoles, dándoles los mismos nombres que nosotros á los palos, con pronunciación castellana muy pura, única civilización que entre ellos hemos introducido por medio de los presidiarios escapados de Melilla y Ceuta.

Es un adelanto para cuando España se extienda como debe, si ha de ser grande y poderosa, por el imperio Marroquí.

Me propusieron varias veces los moros sirviera al Sultán,

me harían bajá y les enseñaría el arte militar. Al manifestarles que los que reniegan de su patria y religión son siempre despreciados, abrían los ojos, colocaban la mano sobre el pecho y repetían: *Arágon, bueno, bueno.* No son, inclusos los de las provincias del Sur, semisalvajes, tan malos como creemos los españoles.

En el campamento moro pregunté á un árabe por señas si me proporcionaría una espingarda; contestó mímicamente que al otro día. Para manifestar la hora señaló con el índice al Oriente, trazó el curso del sol, describió un arco en el cielo y lo terminó expresando que se hallaría en el sitio de la cita cuando el astro luminoso llegase al punto que marcó con el dedo. Fué puntual á la cita sin necesidad de reloj.

Cuenta Salustio: «Los romanos engañados con el incierto modo de pelear de los Númidás, recibían de lejos las heridas sin poder herir al enemigo ni llegar á las manos. Cuando cargaban á la caballería de Yugurta, ésta no se juntaba en cuerpo, dividiéndose en muchas partes, y como era superior en número, cuando cesaban de seguirla, cerraban con ellos por los lados y espaldas, y mejor si era escabroso el terreno, porque los caballos de los númidas enseñados á esto, pasaban fácilmente por las matas, mientras quedaban embarazados los romanos con la aspereza y poca noticia del lugar. Corrían esparcidos los africanos. Se retiraban, seguían el alcance, peleaban y resistían mezcladas las armas, caballos y hombres enemigos y romanos; no se hacía caso por consejo ni orden, pues gobernaba todo la fortuna.»

Lo mismo que refiere dicho historiador sobre el modo de pelear de los númidas con los romanos, lo verificaba la caballería marroquí con la nuestra en la guerra de Africa. Nunca esperaban el choque. Montada en caballos más ligeros, sin otro equipo que la silla ni más peso que el jinete, volvían caras, marchaban delante evitando el alcance de las lanzas y sables, siendo inmensamente mayor en número, dejaban las alas que las rebasasen nuestros escuadrónes, y cuando éstos recibían la

conquistador San Fernando, ni el Gran Capitán, ni Hernán-Cortes, ni el caballeresco Carlos V; ni tampoco pudieran tener cabida en creaciones pictóricas ó esculturales el gran Jiménez de Cisneros, el sabio Fray Luis de León, ó los insignes auxiliadores de la sublime empresa de Colón, Fray Diego de Deza y Fray Juan Pérez, porque vestían el tosco sayal de los frailes!

Con respecto á la perfección técnica hay siempre mucho que aprender en las obras exóticas de cualquier tiempo; pero si se trata de la sincera creación del arte, de la misteriosa intuición de la belleza, no hay que buscarlas en la imitación y en la enseñanza: sólo se encuentran en el fondo del alma, donde el genial espíritu del artista se forma, con las influencias ó impresiones de la raza, del clima y de la educación. Patente ejemplo hallamos en Murillo. Dió en Madrid mayor ensanche á su estilo con el estudio de los grandes maestros italianos; pero quedó siempre el inimitable pintor de la idealidad mística y de la fantasía religiosa que constituían la esencia moral y fisiológica del pueblo sevillano, cuyo poético influjo fué el principal despertador de su genio.

El *cosmopolitismo*, en el sentido de la fraternidad humana, es un hermoso sentimiento cristiano; pero aplicado al deleite estético, es mera ilusión. Cada raza ve y siente la belleza de diferente modo, y como no puede existir en el mundo unidad antropológica, resulta de ello que ni la creación ideológica, ni las fuentes de emoción fantástica ó moral, ni áun la perfección de las formas externas de los seres humanos pueden ser iguales ni tener carácter absoluto en todas las naciones. En unas produce grima y aversión lo que en otras causa admiración ó embeleso, y esto en dogmas, en costumbres, en artes y en ideas. ¿De qué serviría el famoso *cánon* artístico, de proporción y de armonía, de los escultores y pintores de la Grecia antigua, entre los kalmucos, los etiopes, los tártaros y los lapones?

Jamás romperá el hombre por completo las poderosas raí-

ces que le sujetan al territorio donde vió la luz primera, donde en el dulce regazo de su madre aprendió la amada lengua de la patria. Las naciones de progenie indo-europea nunca verán, á despecho de la ley divina, ni en la raza amarilla del Asia, ni en la cobriza de América, ni en la atezada de Africa, tal unidad de genealogía humana, tal íntima y sincera hermandad entre estas razas y la suya, que las decida á confundirse con ellas y á considerarlas como absolutamente iguales á los pueblos semíticos en jerarquía moral, intelectual y estética.

«Genio y figura hasta la sepultura», dice con relación á los individuos la filosofía instintiva del pueblo. Aplicarse pudiera también esta máxima, sin impropiedad ni violencia, á la personalidad de las naciones.

Ved lo que ocurre en nuestra España. El torrente transformador nos arrastra. Nosotros mismos, como renegando de nuestra raza y de nuestra historia, nos afanamos por *extranjerizarnos* en usos, ideas, idioma y costumbres. Y sin embargo, nuestra obra destructora, si bien nos quebranta y desnaturaliza algún tanto, no ha logrado arrancar todavía de nuestros corazones el vigoroso sentimiento de nacionalidad que nos hizo tan grandes en los días venturosos de nuestra preponderancia y de nuestra gloria.

Si en el curso de los siglos futuros Dios dejase de su mano á la gran familia española de ambos mundos, hasta el punto de que se apagase la santa hoguera de su fe, de su honor y de sus épicas tradiciones, ¿qué sería España? Una nación transformada; esto, es, desvirtuada, y para valerme de un símil literario, sería una nación *refundida;* y ya se sabe lo que suelen ser las refundiciones: antipáticas á la sana crítica, porque con pretexto de adaptar las obras á las nuevas ideas, formas y costumbres, no se consigue por lo común, al *modernizarlas*, sino alterar su legítima traza; su espontaneidad, su íntimo sentido, su primitivo encanto.

Por temerarios antojos de falsa estética no han de desmayar los artistas que en España cultivan el arte elevado, ni han

de dejar de inspirarse en las grandezas de nuestro antiguo carácter y en los heroicos hechos de nuestra historia. Pero deben escoger con acierto: deben buscar lo que en los patrios anales es verdaderamente hermoso, consolador ó ilustre; deben meditar con más ahinco de lo que en España suele hacerse, la composición de las obras en su parte psicológica y en su disposición material. Conviene, además, apartarse de la tendencia, adoptada en los últimos tiempos por insignes pintores, de traer á la memoria de las gentes escenas sangrientas de contiendas civiles; trasunto antipático de azarosas y amargas pasiones, que deben quedar, para triste enseñanza, en las inexorables páginas de la historia.

Los sofistas del arte dicen que, perdido éste en esferas ideales, en devaneos simbólicos y en nebulosas abstracciones, habían cerrado la puerta los pintores de la religión, de la historia y de la mitología, al retrato de la realidad contemporánea, de las costumbres populares, de la verdad inmediata y visible de la vida humana; y que esto había hecho indispensable una reacción en la estética de las bellas artes. Y la reacción se imponía ¡pretensión irrisoria! para dar mayor libertad, ensanche y atractivo á la escultura y á la pintura.

Ya hemos indicado que el rumbo nuevo que se atrevían á presentar como escuela reformadora nada tenía ni de novedad ni de reforma. Movidos por el impulso anti-espiritualista y vulgar de la época, no se contentaban con ensalzar la superioridad, según ellos, de los cuadros de *género*, con perfectas representaciones plásticas de asuntos de interés prosaico y baladí, sino que condenaban, denigraban y hasta proscribían las pinturas de gran tamaño, y las creaciones sublimes de la gloria histórica, de la idealidad mística y de la libre fantasía. Imaginaban que no debe entrar en el arte lo que no es materialmente terrestre y *humano*.

¡Pues qué! ¿no son también *humanos* los peregrinos frutos intelectuales que, en esfera *suprasensible*, produce el genio de los artistas privilegiados, con las facultades supremas que Dios

les concede para gloria y elevación de la especie humana.

Porque son metafísicas, ideales y grandiosamente subjetivas, ¿habría que considerar como errores del arte, la pintura de los *Héroes que se embarcaron con Jason para ir á la conquista del Toisón de oro* (1); la *Destrucción de Troya*, asombrosa composición de Polygnoto, inspirada por Homero (2); la *Disputa del Sacramento* y *El Parnaso*, de Rafael; *La Destrucción de Jerusalem* y *La Torre de Babel*, de Kaulbach; *El ciclo de los Nibelungen*, las ilustraciones de la *Divina Comedia*, los frescos de *Los Héroes* y de *Los Dioses*, de Cornelius (Glyptoteca de Munich) y otras innumerables creaciones, de elevada y poética fantasía?

¡Ni religión, ni historia, ni creación dramática, ni fantástico ó pintoresco simbolismo, ni nada de lo que saca al hombre del triste prosaismo de la realidad terrestre y material!

Cerrando así todos los caminos del arte grande y elevado, diríase que intentaban cerrar los veneros de la verdadera inspiración.

Uno de los preceptos más aventurados era el del tamaño de los cuadros, que, para mayor perfección, había de ser pequeño. Risa causó esta caprichosa doctrina al Sr. Méndez, que estaba acabando de pintar un lienzo de doce varas de largo (*La batalla de las Navas*).

Las dimensiones de las pinturas deben acomodarse al asunto, al sitio donde han de estar colocadas, al objeto para que son creadas. Por regla general, las pinturas decorativas no pueden ser pequeñas. En esto, como en todo, la proporción y la armonía dependen del tino y del buen gusto del artista. Y en verdad que en esta parte no quedó ni pudo quedar triunfante en las Exposiciones la imposición arbitraria y materia-

(1) Esta celebrada pintura mitológica era obra del pintor ateniense *Micón*. Estaba en el templo de los Dioscuros. (Pausanias, *Descripción de la Grecia. Atica*, cap. XVIII.)

(2) Pausanias describe detenidamente esta obra. (Fócida, cap. XXV y siguientes.

lista. Siempre grandes pinturas de los artistas eminentes fueron motivo de admiración y aplauso, porque sólo en ellas cabe el desarrollo de asuntos de excepcional amplitud y grandeza.

Sin acudir á las antiguas pinturas colosales, como el *Juicio final*, de Miguel Angel, el *Juicio final*, de Rubens (Pinacoteca de Munich), la *Escuela de Atenas*, de Rafael, la *Gloria del Paraiso*, del Tintoretto, (Venecia) y otros innumerables, bastará recordar algunos de gran tamaño que en Exposiciones de París han alcanzado premios y despertado en alto grado el entusiasmo público.

Munkaczy. El techo colosal para el Museo de la Historia; de Viena. Grandiosa alegoría del Renacimiento italiano.

Mackart. *Entrada de Carlos V en Amberes* (Gran medalla de honor, 1878.)

Jean Paul Laurens. Inmensa pintura decorativa destinada al palacio municipal de Tolosa. *Defensa de los tolosanos contra Simón de Monfort.* (Salón de Paris, 1890.)

Roybet. *Carlos el Temerario entrando á caballo en la iglesia de Nesles.* Cuadro desmesurado: figuras de tamaño natural. (Salón, 1893.)

Munkaczy. *Arpad, primer duque de Hungría, recibiendo los homenajes de sus súbditos.* Lienzo asombroso por la composición exuberante, por la belleza, por la inagotable inspiración. Mide 60 metros. Fué pintado para el salón de Sesiones del Parlamento de Hungría. (Salon de los Campos Elíseos, 1893.)

Pubis de Chavanne. Inmenso *panneau* decorativo destinado al Hôtel de Ville de París. Composición simbólica: el *Invierno.* (Salón, 1892.)

Munkaczy. *Cristo ante Pilato.* Obra de profundo estudio etnográfico y de extraordinario sentido psicológico; no el que se busca con pedantesco dogmatismo, sino el que natural y virtualmente emana del fiel retrato de las pasiones de raza y de doctrina, de la ira de un populacho desalmado, y de las demás circunstancias especiales que daban tan singular carác-

ter á la vida de Jerusalem en aquellos terribles momentos.

Munkaczy. *Antes de la huelga.* Cuadro sorprendente por la verdad y el interés. Página admirable de la *realidad* moral de nuestra época. Ese es el realismo artístico que cabe y se aplaude en cualquiera edad, porque en él campean, hermanadas, la fidelidad material y la penetrante emoción de la sensibilidad y del pensamiento.

También merecieron recompensas y fervientes encomios, innumerables cuadros de asuntos místicos, mitológicos, antiguos, simbólicos y fantásticos, que contrastaban con las tendencias del inexorable materialismo de la descaminada escuela. Basta recordar algunos ejemplos:

Lhermitte. *L'ami des humbles.* Cuadro magistral, inspirado por el sentimiento cristiano.

Gervex. *Venus y el Amor.* Hermosa pintura mitológica.

Parrot. *Flora y Céfiro.* Precioso cuadro alegórico, delicadísimo é ideal.

Burnt Jones, imitador de Mantegna. Asunto místico; pintura arcaica.

Leighton. *La cautividad de Andrómaca.* Cuadro mitológico.

Munkaczy. *Las santas mujeres al pie de la Cruz.*

Munkaczy. *La Crucifixión.*

Alma Tadema. *El festín de Eliodora,* y los demás cuadros de este insigne pintor, todos de antiguas costumbres romanas y griegas, etc., etc., etc.

El resultado de aquellas varias Exposiciones artísticas demostró palpablemente cuán caprichoso é injusto fue el desdén de Meissonier para con los hermosos lienzos españoles, únicamente porque eran religiosos ó históricos y no correspondían á las exiguas medidas y á los asuntos de escaso vigor moral del arte pequeño, que el mismo Meissonier, más que nadie, había acreditado con su peregrina destreza.

Erró indudablemente el gran *modernista* en su infecundo ó intolerante espíritu. Reinó la libertad del arte en aquellas Ex-

posiciones, y allí brillaron todas las escuelas, todos los estilos: visiones místicas, inocentes idilios, realidad de modernas costumbres festivas y burlescas, escenas históricas de íntimo y profundo sentido, variedad infinita de asuntos.

Los grandes triunfos, por la fuerza misma de la necesidad y del buen sentido, fueron principalmente para las pinturas históricas del húngaro Munkaczy y de otros artistas excelentes, aunque no tan admirables como él.

No faltaron ciertamente aplausos para los cuadros *de género*, amenos y primorosos, cabal reproducción de escenas frusleras y divertidas de la vida común; pero allí, como en todas partes y en todos tiempos, las más gloriosas palmas del arte fueron tributadas á las obras en que más claro resplandece un pensamiento elevado y se presenta más viva y profunda la impresión de la vida moral.

VI.

De esas manifestaciones del arte en que brilla ante todo la fidelidad perfecta de la imitación material, se paga grandemente, y no sin razón, el vulgo de las gentes; pero las almas poéticas no se satisfacen con la reproducción de las cosas plásticas y de las escenas de prosáico linaje que continuamente se hallan á nuestra vista. Aun reconociendo y admirando el gran valor de la habilidad práctica en las artes, quieren algo más que no se encuentra en la mera reproducción de la verdad tangible; quieren ver con los ojos del alma, al través de lo externo, algo que levante el espíritu á más alto nivel que el de las comunes impresiones; quieren, en una palabra, la *inspiración;* y ¿quién la encuentra con modas y sistemas?

La inspiración es don de esencia misteriosa y divina. Fuera insensato pretender imponerle leyes ó señalarle en forma estrecha y temeraria el sendero de su desarrollo y de su gloria.

Cosa secundaria, aunque importante, fué siempre para el genio lo técnico, lo aprendido. ¿Qué son las perfecciones *científicas*, por decirlo así, tan admiradas en las obras de Leonardo de Vinci, de Rembrandt, de Rafael, de Miguel Angel, de Rúbens, de Murillo y de tantos otros, en comparación de la fascinadora y original grandeza psicológica de sus concepciones ideales?

El idealismo ha sido siempre una necesidad del espíritu humano, y áun en estos tiempos de prosáico materialismo, así lo sienten y lo declaran almas escogidas que Dios pone al abrigo de la fuerza enervante con que el interés y el egoismo apagan la llama del sentimiento estético en las sociedades decadentes.

Un simpático marino que no sigue más escuela que la observación de la naturaleza, ni más impulso doctrinal que el noble instinto de su mente, no ha titubeado en proclamar solemnemente (á despecho de la popularidad del *realismo*, poco amigo de los esplendores de la fantasía), que el *idealismo* es inmortal (1).

---

(1) Este marino es el celebrado novelista *Pierre Loti* (Julien Viaud). Ha pasado gran parte de su vida en la soledad de los mares, y no se han viciado sus sanas ideas en el contagio literario que ahogaba el buen gusto en París. Al entrar, con no poca sorpresa suya, en la Academia Francesa, se apresuró á declarar paladinamente, sin temores ni afectados miramientos, cuán odioso le parecía el *naturalismo* triunfante. He aquí las vigorosas palabras de Viaud, que constituyen un hecho importante de historia literaria, por haber sido pronunciadas con aplauso ante un Instituto de tanta autoridad como la Academia Francesa (7 de Abril de 1892):

«Le *réalisme* et le *naturalisme* qui en est l'excès, je suis loin de contester leurs droit; mais, comme de grands feux de paille impure qui s'allument, ils ont jeté une épaisse fumée par trop envahissante. La condamnation du *naturalisme* est d'ailleurs en ceci, c'est qu'il prend ses sujets uniquement dans la lie du peuple des grandes villes. N'ayant jamais regardé que cette flaque de boue... ils se trompent outrageusement... Et voilà

En los poetas es todavía más fácil encontrar entusiastas del idealismo. Citaremos uno sólo: Víctor Hugo. Al paso que se presentaba gloriosamente en la palestra literaria, rompiendo con brios de reformador las cadenas, las rutinas y los artificiales atildamentos de la escuela clásica, y dando ejemplo de *realismo* á su manera, no concibe el arte sin idealidad, y sin las grandezas de la religión y de la historia.

Bien claramente lo manifiesta en sus hermosos versos *Al Estatuario David*. Citaré sólo algunos de ellos, aunque la inspiración ideal rebosa en la composición entera:

«La forme au statuaire!—Oui, mais, tu le sais bien,
la forme, ô grand sculpteur, c'est tout et ce n'est rien:
ce n'est rien sans l'esprit; c'est tout avec l'idée.....

. . . . . .

Il faut, si l'art chrétien anime le sculpteur,
qu'avec le même charme elle ait plus de hauteur;
qu'Âme ailée, elle rie et de Satan se joue;
que, Martyre elle chante à côté de la roue;
ou que, Vierge divine, astre du gouffre amer,
son regard soit si doux qu'il apaise la mer.

. . . . . .

Les grands hommes, héros ou penseurs,—demi-dieux!—
tour-à-tour sur le peuple ont passé radïeux,
les uns armés d'un glaive et les autres d'un livre:
ceux-ci montrant du doig la route qu'il faut suivre:

. . . . . .

Ce roi, juste et profond, pour l'aider en chemin,
a pris la liberté franchement par la main;
ces tribuns ont forgé des freins aux républiques;

---

pourquoi le *naturalisme*, tel qu'on l'entend aujourd'hui, est destiné à passer, quand la curiosité malsaine qui le soutient se sera lassée.

»L' *idéal*, au contraire, est éternel. Il ne peut qu' être voilé, ou bien sommeiller momentanément,—et déjà, sur la fin de notre siècle, il est certain qu'il reparaît, avec le mysticisme son frère: ils se réveillent ensemble, ces deux berceurs très doux de nos âmes... On recommence à plus nettement les voir, derrière ce nuage du *réalisme* qui s'est levé sur eux, des bas-fonds effroyables.»

ce prêtre fondateur d'hospices angéliques,
sous son toit, que réchauffe une haleine de Dieu,
a pris l'enfant sans mère et le vieillard sans feu.....
. . . . . .
Le sculpteur ébloui contemple ces figures!—
il songe à la patrie, aux tombeaux solennels,
aux cités à remplir d'exemples éternels.»
. . . . . .

Así vibra el arte en el alma de los grandes poetas, así anteponen á la imitación servil de la materia el mágico poder con que saben expresar los grandes artistas los encumbrados vuelos de la mente y las nobles emociones del corazón.

Si asaltan á los insignes artistas de espíritu creador las ideas puras y grandiosas de la piedad, del heroismo, del patrio fuego, del amor sublime, de cuanto aparta al hombre de las miserias de la vida, ¿habrán de cerrar los ojos ante aquel cielo de luz y de ilusión, donde resplandece la hermosura ideal? ¿Habrán de bajar desde las altas esferas donde se recrea y vigoriza su mente, á la región prosaica de lo vulgar y de lo positivo, sólo porque una evolución doctrinal, sin fundamento filosófico, desdeña los más nobles impulsos de la fantasía, y únicamente admite lo trivial y lo externo como gloriosa aspiración del arte? (1)

No calumniemos á las gentes que no han cultivado su sentido estético, y *miran* las obras de arte sin *ver* su oculto he-

(1) El alto sentido de las pinturas siempre se ha considerado esencial en el arte magno. Estas palabras pone un curioso libro en boca de un extranjero que visitaba la pinacotheca de Scaurus:

«Si les peintres célèbres que vous venez de me nommer, n'ont produit que des imitations serviles de la nature, comme cette vieille qui boit dans un verre..... je les tiens pour des hommes qui, par la faiblesse de leur génie, ont trahi la dignité de leur art. La peinture, ainsi que la poésie doit parler à l'âme; sa destination est de transmettre à la postérité le souvenir des grandes actions, les traits de personnages célèbres, etc.

(*Le Palais de Scaurus*, ou *Description d'une maison romaine.*)

chizo, sin sentir el embeleso de sus perfecciones ideales en épocas en que la frivolidad, el positivismo ó la política embotan la sensibilidad artística; pero en las grandes épocas del arte, el pueblo (la nación entera) era quien promovía el arranque creador, quien fomentaba la emulación, quien encendía la llama del entusiasmo en el corazón del artista.

Aquellos pueblos no habían aprendido doctrina estética, pero instintivamente la sentían, la adoraban, y sin sospecharlo, imperiosamente la imponían.

Cuando el desarrollo del arte es inmenso, el impulso que le da vida no puede ser individual, y es crítica pobre y menesterosa censurar las tendencias artísticas de una civilización determinada: ya la profusión ostentosa de los asirios y de los judíos, ya la rigidez hierática de los egipcios, ya el antropomorfismo heróico y religioso de los griegos, ó ya el espíritu místico del arte italiano y español en los siglos XVI y XVII. Las tendencias morales de cada nación y de cada época son las que despiertan, encaminan y galardonan la inspiración de los grandes artistas.

Consecuencia del extravío doctrinal, que llega como hemos visto hasta el punto de desdeñar los asuntos históricos ó religiosos de alta inspiración, es considerar como cosa *anticuada* y enfadosa, inadecuada para hacer sentir la vida y la emoción, las creaciones sublimes que en tan distintas edades y naciones han sido objeto de la admiración universal.

Con la intención despectiva y la indiferencia que implica la calificación de *anticuado*, intentan, al parecer, amenguar ó desvirtuar el culto unánime, rendido sin tregua á las creaciones de los artistas inmortales. Polygnoto, Fídias, Praxiteles, Scopas, Miguel Angel, Rafael, Murillo, Rúbens y varios otros de igual poder artístico, son unos infelices desdeñados, que se atrevieron á llegar con su intuición celestial á donde los modernistas no llegarán jamás.

¡Anticuado! ¡Cuán ridícula paradoja! Las obras de arte que tienen visiblemente estampado el sello humano con fidelidad

y nobleza, no envejecen jamás. Por más que, á causa de circunstancias accidentales, pertenezcan á una civilización ó á una época determinada, como hayan entrado en las leyes universales de la belleza esencial y verdadera, bien pueden desafiar la trastornadora carrera de los siglos. ¿Qué persona culta ha de hallarse tan exhausta de sensibilidad estética, que, al contemplar las peregrinas obras del arte griego (nacidas en una atmósfera moral y religiosa tan diferente de la nuestra), no se sienta arrebatada de admiración, poseída de inefable embeleso, ante aquellos frutos sublimes de una inspiración sobrehumana?

Pueden cambiar las caprichosas tendencias del gusto, pueden abrirse al arte nuevos rumbos con nuevas ideas, instituciones y costumbres; pero su esencia metafísica, hija de las ideas puras é inmutables de la belleza primordial, emanación del cielo, no puede ser alterada, y menos todavía suprimida por sistemáticos antojos doctrinales de las épocas de decadencia.

¡*Anticuados* el Júpiter de Olimpia, la Minerva y los frisos del Paternón, los mármoles de Egina, etc.! ¡Qué desvarío!

El arte de aquellos hombres que á nivel tan alto levantaban la inspiración, no era sólo el arte contemporáneo: era el arte de la humanidad.

No cabe ofuscación en materia tan luminosa y elevada. Las leyes fundamentales de la belleza son de origen divino, y no menos universales y constantes que las leyes de la moral.

Si el arte ha de ser conmovedor, sublime, cabal expresión de las facultades creadoras del hombre, es indispensable que abarque al hombre entero, y no se contente con el mero retrato de lo material y de lo objetivo, cuya acción no va mucho más allá de los sentidos.

El arte de trascendental y fascinadora belleza, es patrimonio del genio, y el genio no envejece jamás. Las obras maravillosas de los siglos de oro, por su hechizo perenne y verdadero, vivirán admiradas mientras haya civilización en el mun-

do. Siempre será *moderno* lo que lleva impreso el sello de la naturaleza y de la humanidad.

El Marqués de Valmar.

De las ideas estéticas que aquí he expuesto (con desaliño y rapidez, pues ya me falta aliento para estudios de mayor detenimiento y meditación) participaba en un todo mi digno amigo el académico D. José de Méndez, á cuya gloria consagro las presentes páginas. No debo terminar sin rendir á su memoria el homenaje que merece; y me complazco en declarar que jamás he conocido varón de alma más recta y delicada, y que resplandecían en él, de un modo excepcional, prendas que valen aún más que la aptitud artística: la nobleza del carácter, y la pureza de los sentimientos morales.

Valmar.

APÉNDICE.

Debo á la bondad del Sr. D. Francisco de Asís Méndez, canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Madrid, las siguientes interesantes noticias de la vida y obras artísticas de su ilustre padre.

Datos para la biografía del Sr. D. José de Méndez y Andrés, fallecido el día 9 de Noviembre de 1891.

Nació en Madrid el 30 de Septiembre de 1818. Desde muy niño empezó á estudiar el dibujo, asistiendo á la Academia de San Fernando, teniendo por profesor á D. Vicente López, Ribera y Ferrant.

Era tal su afición, que pasaba muchas noches sin dormir

más que dos ó tres horas, dedicando las demás á copiar á pluma estampas. Muchas de estas copias se conservan aún en sus carteras.

Cuando ya sabía componer, para ejercitarse más, tenía costumbre de echar sobre un papel cinco bolitas de papel, y donde caían hacía otros tantos puntos, colocando en ellos los cinco extremos de una figura, y variando después sucesivamente el sitio de la cabeza, los pies y manos; de suerte que unos puntos le servían para hacer cinco figuras con distintos escorzos. De estas figuras se conservan algunas.

En 1851 fué á París, donde trató á Paul Delaroche, dibujando y pintando bajo su dirección.

En 1852 fué nombrado pintor de cámara, y empezó á pintar, por encargo del rey D. Francisco, el cuadro de la *Batalla de las Navas de Tolosa*, que mide diez metros de largo, por cuatro de alto. Este cuadro, que por su composición y estudio llama la atención de cuantos le ven, ha quedado sin terminar. Lo dejó en suspenso durante treinta y ocho años, y cuando ya al fin de su vida se dedicó á concluirlo, le sorprendió la muerte.

En 1855, el Gobierno le propuso enviar, por cuenta del Estado, á la Exposición Universal de Bellas-Artes de París, los cartones de la mencionada batalla. El Sr. de Méndez no accedió por temor de que los cartones se extraviasen.

En 1858 fué comisionado por carta autógrafa del rey don Francisco para copiar la imagen del Pilar de Zaragoza.

En 1862 próximamente le fué encargado el decorado de la capilla del Real palacio de Madrid, habiendo dejado concluído el cuadro del *Triunfo del Arcángel San Miguel* (ocho metros de alto por tres cincuenta de ancho) para el altar mayor, y dibujadas las composiciones y hechos los cartones de los demás lienzos, llamando la atención la pureza del dibujo y la disposición de las figuras en estrechos límites. No llegó á colocarse el primer cuadro, ni se concluyeron los demás por haber ocurrido la revolución de 1868, en cuyo año estaba trabajando en esta obra.

Formó parte del jurado en las Exposiciones de Bellas Artes de los años 1864 y 1867.

En 1886 fué elegido individuo de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Escribió su discurso de entrada, para cuya contestación fué designado el Académico de número Sr. Marqués de Valmar. La inesperada muerte del insigne Académico electo impidió que se realizara el acto solemne de su recepción en aquel ilustre instituto.

OBRAS DE D. JOSÉ DE MÉNDEZ.

Dejó terminadas las siguientes obras, entre otras muchas que no recuerdo:

Capilla del Sr. D. Jaime Girona.—Calle de Fuencarral, número 117.

Cuadro de ánimas.—Iglesia de San Luis, de Madrid.

Cuadro de ánimas.—(Composición distinta de la anterior.) Iglesia parroquial de Valdepeñas.

Cuadro de ánimas (distinto).—Salamanca.

Cuadro de varios Santos.—Convento de Sor Patrocinio, en Guadalajara.

Cuadro de la Cena.—Palacio del Sr. D. Francisco Maroto, Madrid.

Sagrados Corazones de Jesús y María.—Capilla del Santísimo Cristo de la Salud.—Plaza de Antón Martín, Madrid.

Sagrados Corazones (distinto del anterior) para la iglesia de San Isidro.

Una Virgen del Pilar.—Para el Real Palacio.

La Sagrada Eucaristía.—Palacio Arzobispal de Toledo.

Un techo y oratorio.—Excmo. Sr. Conde de Cerrajería, calle Quintana, Madrid.

Techo y tapices.—Señora viuda de Gallo, calle del Arenal, Madrid.

Techos y tapices.—Sr. Céspedes, calle de Atocha, números 57 y 59, Madrid.

Techo de iglesia.—Convento de las Reparadoras, Paseo del Obelisco, Madrid.

Retablo de la iglesia de San Jerónimo formado de composiciones distintas. En el Prado, Madrid.

Una imagen de San Ligorio.—Capilla Real de Madrid.

Una Purísima Concepción, para el templo de San Jerónimo.

RETRATOS.

Del Emmo. Sr. Cardenal Moreno.—Palacio Arzobispal de Toledo.

Del Sr. D. Demetrio Goyri.—Calle de la Colegiata, Madrid.

De la familia del médico Sr. D. Alfonso Pellico.

De la Excma. Sra. D.ª Josefa Page.

Del Ilmo. Sr. Lluch, Obispo de Salamanca.

Del Excmo. Sr. ..... San Román.

Del Sr. D. Miguel Gallo.

De la venerable Madre Agreda.

De Sor Patrocinio.

De los Sres. Marqueses de Arenzana.

Además, otros muchos, cuyos nombres no recuerdo.

Entre los muchísimos dibujos que existen en sus carteras hay más de novecientas composiciones distintas, y más de dos mil quinientos estudios y dibujos.

Pueden verse en la calle del Marqués de Urquijo, núm. 16.

FRANCISCO DE ASÍS MÉNDEZ.

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO

NATURAL DE BORJA

(CONTINUACIÓN.)

Sucesos de la Rápita.—Paz.—Corrida de toros.—Judíos.—La circuncisión.—Campamento marroquí.—Mis amigos los moros.—Númidas antiguos y modernos.—Anécdotas.—En pago de tus servicios te arrimo este puntapié.

El hijo mayor del infante D. Carlos, pretendiente á la corona de España, se tituló conde de Montemolín, y en su cronología fantástica se llamó Carlos VI. En lugar de ayudar á sus partidarios en la guerra de Cataluña de 1847 á 49, llegó á la frontera española con el ridículo nombre de alférez Lirio, avisó á la policía francesa, y lo arrestaron. No acabaron aquí sus hazañas: convino con Napoleón III en cederle la izquierda del Ebro si le ayudaba á apoderarse de la corona de España, reconociendo sus fuerzas como beligerantes después que tomase una plaza fuerte. Crimen de lesa nación, hallándonos en guerra con Marruecos. Los carlistas ganaron á Jaime Ortega, capitán general de las islas Baleares; éste las abandonó, desembarcó en la Rápita con tres batallones, los cuales al comprender que los engañaban, vitorearon á Isabel II. A los hijos de D. Carlos los cogieron dentro de una tartana, renunciaron á sus derechos al trono, protestaron en el extranjero al verse libres, y murieron á poco de sarampión.—Unos caballeros.—A Ortega lo fusilaron.

La noticia de sucesos tan antipatrióticos llegó al Campamento de Tetuán el 3 de Abril de 1860. Recordé que hablando

del referido general en 1846 con un hermano de mi madre, antiguo oficial de la guerra de la Independencia, dijo con la exaltación que en los aragoneses produce siempre la memoria de la conducta infame y vil que observó Napoleón I con España en 1808: «Ortega no puede ser bueno. Es hijo de su padre; éste servía con el tuyo en granaderos de Palafox, lo comisionaron entre el primero y segundo sitio de Zaragoza para que fuese á Madrid á comprar vestuario para los oficiales de dicho cuerpo, al volver encontró la ciudad cercada y se quedó con el odiado enemigo. Después se arrepintió, pero la mancha era indeleble.» Hallándose la nación en guerra con el extranjero, ni á Montemolín ni á Ortega ni á cuantos en la conspiración los ayudaron, que se cree eran muchos y muy favorecidos por la reina, perdonará jamás la historia. Todos debieron sufrir el castigo que la antigua y sabia ordenanza militar señalaba á los parricidas.

En 20 de Abril entraron en Tetuán los plenipotenciarios marroquíes. Uno era el siervo del emperador, representante y confidente, el abogado Sid-Mohamet-el-Jetif, y el otro el Caid de la caballería Sid-el-Hadch-Asinad-Chablí-Psem-Abd-el-Melek. Este último, alto, joven, de fisonomía agradable, conocido porque varias veces se había presentado como parlamentario, y el primero, ya célebre siendo ministro en Tánger de relaciones exteriores del Sultán de Marruecos; anciano venerable, de cutis sonrosado, barba blanca, envuelto siempre en un jaique de finísima lana. Montaba una hermosa mula, perfectamente enjaezada, con adornos de seda verde.

Precedían á los embajadores cinco moros á caballo, con espingardas, vistiendo todos caftán de diversos colores; marchaban con su característica seriedad, seguían detrás ocho negros con túnicas blancas, conduciendo otros tantos caballos que el emperador regalaba á O'Donnell y á los principales generales, varias acémilas cargadas, cubiertas con alfombras, en seguida algunos moros y una sección de lanceros de Farnesio.

Las negociaciones comenzaron al siguiente día, con el ge-

neral García, jefe de E. M. G., y un individuo del cuerpo diplomático.

Los calores aumentaron el cólera, muriendo en Tetuán el virtuoso padre Sabaté, prefecto de nuestras misiones en Africa; el que dijo la primera misa en la expresada ciudad.

En el llano que se extiende desde el puente de Buceja al valle del Fondak, se hallaba situada el 25 de Abril una magnífica tienda blanca, adornada con florones de paño azul. Detrás formaban media luna más de doscientos jinetes moros, con armas y estandartes; á derecha é izquierda de la entrada de la tienda estaban una porción de magnates del imperio; dentro de ella se veían sentados, conferenciando por última vez, á Muley-el-Abbas y O'Donnell, mientras tocaban dos músicas del ejército. La escolta de los cristianos, en batalla, daba la espalda á Tetuán.

Los enemigos se mezclaron, como harían en igual caso nuestros ascendientes; y para que en todo se pareciesen, los antiguos y modernos, un moro de Tánger, que montaba un hermoso caballo atigrado, corrió con el capitán de caballería marqués de Valmediano, saliendo éste vencedor, con gran satisfacción de los españoles.

El contraste de los flotantes trajes africanos con nuestros desairados uniformes europeos no podía ser más notable; el todo constituía un cuadro interesante, pintoresco, original, magnífico. Siempre lo tengo presente.

A poco llegó el sherif de Wassan, descendiente de Fatima-Zora, hija del profeta ó del tío de éste Alí-Psen-Taleb, al cual, como á todos los de su prosapia, recomienda el Korán sean respetados por los creyentes, y más si son virtuosos. Dicho personaje, uno de los más notables de Marruecos, era de estatura mediana, fisonomía simpática, color moreno, ojos grandes y negros, sus maneras graves y finas. Prim le dió la mano y dispuso le proporcionaran una silla de tijera. Su traje se diferenciaba completamente de los demás, á excepción del gorro ó fez. Usaba calzón y chaqueta á lo argelino, de paño

azul celeste, con adornos de seda negra, botas altas de charol, y gabán azul turquí á la europea. Le acompañaban dos pajes ó ayudantes, con trajes de igual corte, bordados de oro, armados de revólver, que sujetaban á la cintura con correa de charol, en cuyas chapas se veían las armas de Inglaterra. Los dos tendrían unos dieciocho años, blancos, hablaban perfectamente el español. El sherif se cansó de esperar á que acabara la conferencia, preguntó la hora á sus pajes, que ambos usaban relojes iguales, y el descendiente de Fatima montó en una buena jaca con silla de terciopelo, bordada de oro, y seguido de sus elegantes criados, se marchó por el camino de Tánger; muchos moros, ricos y pobres, le besaron respetuosamente el hombro.

Los moravitos ó sacerdotes observan con el mayor rigor la ley de Mahoma, la intepretan, la explican, enseñan el Korán á los que después llegan á Tolvas ó letrados, los cuales intervienen en matrimonios y divorcios, sirviendo de maestros de escuela ó escribientes del Cadí ó juez; aquellos son considerados como santos, elevándoles, á los que llegan á adquirir más fama, monumentos que generalmente son edificios pequeños y cuadrados.

En prueba de que la nobleza religiosa se hereda, un armero moro de Tetuán, de alegre y bella fisonomía, señalándome á un joven de aspecto pobre y cara triste, me dijo con ademanes de mucho respeto y admiración levantando los ojos al cielo: «Este es santo, santo; hijo de santo grande, grande.»

Se firmó el tratado definitivo de paz entre España y Marruecos en Tetuán el 26 de Abril de 1860 de la Era Cristiana, que corresponde á cuatro del mes de Chual del año de 1266 de la Egira.

El 29 de Abril formaron los ingenieros con tablas en la plaza de España un circo taurino. Los oficiales se colocaron, para presenciar la función, de espaldas á la Iglesia, la tropa á la derecha de dicho edificio, los moros á la izquierda, y los judíos al frente en los terrados de su barrio.

Se lidiaron tres toros de muerte por los soldados disfrazados de toreros con los corpiños de las hebreas. Los picadores montaban en camellos; causaba risa ver correr á escape tan desgarbados y pacíficos animales cuando los becerros les pasaban por debajo arañándoles la barriga con los cuernos. Un guardia civil, gitano de pura raza, fué el que más se lució.

A pesar de las escenas originales, ridículas y grotescas que hubo durante la lidia y la corrida de vacas que después se verificó, capaces de excitar la hilaridad á un muerto, los moros las miraron impasibles, sin dar muestras de curiosidad ni de alegría, formando gran contraste con los gritos, animación y algazara de los cristianos. Como los berberiscos estaban sentados con las piernas cruzadas y llevaban caladas las capuchas de sus parduscas chilabas, parecían maderos puntiagudos clavados en tierra.

El último espectáculo que presencié en Africa era pintoresco en extremo por la diversidad de trajes, formas y colores de la apiñada muchedumbre que ocupaba la gran plaza de Tetuán alumbrada por el esplendente sol de Africa.

Los soldados de infantería, con sus ponchos pardos, formaban una masa oscura sobre la que brillaban los cascos de lanceros y coraceros. Algunos jinetes africanos envueltos en sus blancos jaiques, al atravesar la calle entre la valla y la judería, miraban un instante la función con desprecio y seguían su camino. A los acemileros que en escuálidas mulas llevaban provisiones á los campamentos, era preciso echarlos para que no interrumpieran la comunicación. Fatalidad es que tales escenas no se hayan repetido por causa de los mercaderes políticos civiles y militares. Ellos son los responsables de que España no se haya extendido por el Sur y unido al pedazo que se desprendió por el Oeste.

En un ejército hay de todo; músicos, danzantes, cómicos, toreros, anticuarios y coleccionistas. Conocí uno de éstos durante la corrida. Nos burlamos de la indumentaria tauromáquica y nos reimos de la facha que hacían los picadores mon-

tados en camellos. Pocos días después me dijo mi colega en la puerta de la judería: «Voy á buscar un magnífico candil que he ajustado; como los judíos son como los ropavejeros de España, temo que si han ofrecido más...» «¿Es este?» le interrumpí, enseñando un candil colosal que yo ocultaba con un pañuelo. No quise cedérselo. Por poco me pega. Conforme yo perdía el entusiasmo militar, me entraba el furor por las antigüedades.

La mayoría de los judíos expulsados de España en 1492, se establecieron en las costas del Mediterráneo, y conservan más ó menos corrompido el idioma y las costumbres de sus antepasados.

Los hebreos de Tetuán hablan el árabe con los moros; entre ellos y con los españoles el castellano antiguo, adulterado, por el estilo:

«¡¡Malogrados de mosotros!! Mos han baldonado los morios; dempues todo lo han rompido y robado. ¡¡Viva España!! ¡¡Viva la Reina y la Señora!!»

Para que no los entiendan ni unos ni otros, se valen de la algarabía, mezcla de las dos expresadas lenguas. Al entrar en alguna casa de su barrio, gritaba un sucio chiquillo:

«¡Madre, un cristiano!»

Tan persuadido me hallaba de serlo, que me chocó mucho la primera vez que me lo llamaron.

El rabino Bendaján me enseñó con gran misterio varias monedas romanas, después de hacerme esperar mucho rato figurando que no las encontraba. La principal sabiduría de los sabios consiste en saber vender mejor que los demás. Bendaján era el tipo más perfecto encanecido en el oficio. Me pidió por ellas cien veces su valor, sin desconcertarle la carcajada que dí al escuchar tan exagerado precio, metiéndolas muy de prisa en un canuto de hoja de lata, diciendo le darían doble los ingleses. Al ofrecerle más de lo justo, cuando observó me marchaba, me las vendió, inclusa una de Juva II de Mauritania, que reinó 53 años antes de J. C., y que en Roma ahogaron en un albañal.

Bendaján, viejo, seco, de barba larga cana, manchada con el rapé que le caía de su encorvada nariz, de ojos maliciosos, de aspecto bajo y repugnante, llevaba en casa el abrigo negro recogido en el hombro á manera de antigua clámide, y cubría su cabeza con un pañuelo asqueroso atado por debajo de la barba en la forma que lo usan las españolas; horrible tocado que distingue entre los hebreos á los intérpretes de la ley, rabinos ó sacerdotes. La mujer del mencionado judío, joven, gruesa, de color enfermizo y con los pechos al aire, amamantaba á un niño que, como todos sus hijos, padecían tiña. No puede imaginarse cuadro más asqueroso que el de dicha familia. Al manifestar su jefe ser también médico, le pregunté por qué no la curaba, y me contestó encogiéndose de hombros era imposible porque la producía el país. No exagero al pintar sabio tan sucio.

Otro hebreo colosal, Abraham Guajanón, poseía una moneda romana de oro; encareció su mérito, diciendo la estimaba su difunto padre, considerándola como alhaja de familia; me pidió por ella 50 duros, y se quedó frío al decirle no la vendiese por tan poco precio, en atención á que los objetos procedentes de personas queridas no deben enajenarse nunca.

El más instruído de la judería era Samuel Coriat. Hablaba francés, inglés y escribía perfectamente el árabe; en su casa había sofá, sillas y mesas; como todos los de su raza, le dominaba la avaricia; se le juzgó en un consejo de guerra después de dos meses de prisión, acusado de exigir dinero por los pases que extendía como secretario del alcalde moro de Tetuán.

También conocí á Judá Bem Mergué. Al oirme decir su mujer Jándara, de rostro hermoso, en el que se retrataba la bondad, que su hijo, guapo chico de quince años, haría un gallardo soldado de la reina de España, replicó:

«¡Ah, señor! Los judíos no sirven para la guerra; todos, todos gallinas.»

No asistí en Tetuán á ninguna ceremonia de religión mosáica; describiré la que vi en Algeciras, refugio, durante la

guerra, de muchas familias hebreas de Tánger y otros puntos de la costa marroquí.

La pequeña sala baja donde se celebró la ceremonia de la circuncisión, estaba cuajada de judíos y cristianos. Unos por cumplir la prescripción religiosa y otros por curiosidad, asistimos á un espectáculo nunca visto, poco moral y edificante para el pudor de las cristianas.

Colocaron sobre una mesa cubierta con un mantel, cinco velas encendidas, dos botellas de rom, un vaso, una copa y el libro de los Salmos. Encima de la mesa se formó un dosel con fajas de seda y oro de las que usan las hebreas, colgando en la pared un cuadro con la lista de los que componen la hermandad de hebreos de Tánger, cuyo objeto es sufragar los gastos que ocasiona la principal ceremonia de su antiguo rito, que es la circuncisión.

Un judío muy pobre se había convenido con el padre del niño en ser el padrino, recibiendo cinco duros para los gastos; pero exigía que su mujer llevase al incircunciso desde los brazos de la madre hasta los suyos, á lo cual se oponía el padre, deseando lo verificase un pariente inmediato. El sabio ó rabino dió la razón al padrino, multando al contraventor de la ley en cinco duros, amenazándole con la cárcel; el público se impacientaba porque no comenzaba el acto; el calor aumentaba; los hebreos gritaban en una mezcla de árabe y castellano, armando endemoniada y verdadera algarabía; las judías chillaban en un cuarto interior. Hasta que el auditor de guerra del campo de Gibraltar no tomó, como autoridad, parte en el asunto, no pudo restablecerse el orden.

Los judíos entonaron los salmos, avisó el rabino que sacasen al niño; el padre, atropellando á todos, se sentó á la fuerza en el sillón que debía ocupar el padrino durante la circuncisión; se interrumpió el canto; se alborotaron los hebreos; volvieron á chillar las mujeres; el rabino pidió auxilio á la autoridad, protestando del acto; el auditor mandó al comisario de policía que llevase á la cárcel al padre de la criatura, previ-

niendo inútilmente á un cabo de cazadores, que estaba de curioso, auxiliase á la justicia; las voces y confusión aumentaban; levantaron á la fuerza del sillón al que contravenía á la ley, y en nombre de ésta, á empujones lo echaron de su casa, conduciéndole la policía á la cárcel. Volvió poco á poco la calma; el sabio, después de limpiarse varias veces el sudor de la frente con la mano, recordó que no podía proseguir tan solemne acto sin la presencia del asendereado padre del niño, que pesaroso, no quería volver al lugar de donde le habían arrojado.

En el momento que se desocupó el sillón, se sentó el padrino, y su mujer le trajo corriendo el niño sobre una almohada, manifestando los dos el mayor interés en llevar á cabo su propósito; entre judíos tienen por gran acto de caridad, muy meritorio á los ojos de Dios, lo que los cristianos en el sacramento del bautismo hacen las más de las veces por compromiso. Tales incidentes interesaban y divertían por lo originales, sufriendo con paciencia el baño ruso que tomamos al presenciarlos.

Por fin el pobre padre cedió; el padrino, que llevaba sobre la frente en un bolsito los mandamientos escritos en pergamino, arregló bien al niño en la almohada, el rabino le descubrió el bajo vientre, y mientras los hebreos rezaban y las hebreas daban alaridos, cogió el prepucio del niño, estiró la piel contra una chapita de plata, en la que se leían caracteres hebraicos, y se lo cortó con una grosera navaja de afeitar. Los hebreos permanecían impasibles, los semblantes de los cristianos manifestaban lástima al oir los lloros del niño, que se trocó en repugnancia, cuando el rabino, después de rociar con rom la herida de la que manaba abundante sangre, la chupó varias veces al circuncidado, echando desde la boca en un vaso rom y sangre, asquerosa mezcla con la que se lavó los ojos: bendijo una copa de vino, lo probó, derramó unas gotas con el dedo en los labios del niño, apurando el resto con ansia el padrino, los judíos y judías. Estas olían ramitos de arrayán.

La ceremonia terminó con una larga súplica que el sabio, con los ojos cerrados, dirigió á Dios en muy mal español, rogando al Rey de los reyes, al Santo de los santos, y al Señor de los señores, protegiese, ensalzase, hermosease y alegrase á la reina, al Gobierno, á su familia, al ejército y armada, á las autoridades, médicos, boticarios y vecinos de Algeciras, por su caridad, amabilidad, y porque les ponen buena cara á los pobres hebreos; cada vez que se repetía la súplica, contestaban todos: «Amén, amén.» Los infelices agradecían que los mirasen, acostumbrados á ser siempre despreciados, especialmente por los moros. Cuando éstos hablan de ellos, escupen al suelo.

El desgraciado padre pidió perdón al rabino llorando; recibió con alegría la gracia de conducir á su hijo desde los brazos del padrino á los de su mujer.

A los judíos en Marruecos no les permiten usar gorro encarnado, ni babuchas amarillas; al pasar por delante de las mezquitas les obligan á descalzarse. Durante la ocupación de Tetuán por los españoles, sus hijos y los de los moros jugaban y corrían en la plaza de España; unidos siempre, atacaban á los muchachos de los hebreos, haciéndoles retirar á su barrio, áun cuando éstos fueran en mayor número. La servidumbre los convierte en cobardes y bajos, vengándose de sus opresores con la astucia y el engaño. La raza dista mucho de ser bella, aunque las judías, con sus hermosos ojos, rostro bondadoso, pálido, negro cabello antes de casarse, después lo llevan siempre oculto, son muy agradables. A nosotros nos parecían mejor, porque no veíamos ni moras ni cristianas.

En los últimos días de Marzo, según las bases del armisticio, los moros de rey ocupaban la derecha del Guad-el-Jelú desde el puente Buceja hasta el mar; pusieron destacamentos en los vados y colocaron un campamento en el centro de la línea compuesto de unos 500 marroquíes al mando de un bajá, responsable de impedir á los kábilas que robasen y asesinasen como lo ejecutaron varias veces durante la guerra.

Supongo que á ningún oficial se le ocurriría antes que á mí

excitado por la curiosidad, visitar dicho campamento. Salí de Tetuán por la puerta Bab-el-Okla (de la Reina,) tomé la calzada á trozos empedrada que por entre huertos cercados de altos vallados conducía al expresado punto distante media legua de la ciudad. Expuesto era recibir un balazo sin poder adivinar dónde se ocultaba el que lo disparase. Encontré cuatro moros segando hierba, uno de ellos mulato, alto y fornido, que por la chaqueta encarnada con vivos verdes que llevaba debajo de la chilaba, conocí pertenecía al ejército imperial. Un caballo color flor de romero estaba trabado, levantó la cabeza y relinchó al ver el mío y el del ordenanza que me acompañaba. Los moros no se dignaron imitarlo, ni mirarnos. Me acerqué á un kábila y señalando al cuadrúpedo dije: «Bueno, bueno.» Contestándome: «Aut muchacho» (caballo joven.) Los otros tres continuaron su tarea como si no hubiera cristianos en el mundo.

Llegué á la orilla del río, pregunté á la guardia marroquí si podía pasar, sirviéndome un judío de intérprete, porque deseaba ver á un jefe moro con quien había hablado al día siguiente que se concluyó la guerra junto al puente de Buceja. No se me ocurrió otro pretexto; era buscar á un estudiante vestido de negro en Salamanca.

Me permitieron vadear el río, previniéndome lo verificara solo; lo ejecuté siguiendo al mulato de la chaqueta encarnada que llegó con una carga de hierba, el cual se levantó la chilaba para no mojarla, que con la chaqueta y babuchas componían todo su uniforme, como se vió al inclinarse á beber en mitad de la corriente, imitando á la mula, su compañera. Oí que me gritaban: «Guadalquivir» (río grande). Mojándome las piernas atravesé con exposición al otro lado donde estaba gravemente sentado en el suelo el Comandante de la guardia, junto á una tienda pequeña y á un pabellón formado por seis fusiles ingleses con cajas pintadas de encarnado. Era oficial, pues llevaba jaique y albornoz de paño azul. Los soldados dormirían al raso.

Un morito muy listo me condujo por entre huertos al campamento, compuesto de tiendas de diferentes formas y chozas construídas con ramaje. Echados ó sentados habría unos 200 moros de rey y kábilas, teniendo éstos siempre sus espingardas entre las piernas, dirigiéndome algunos miradas amenazadoras; la mayor parte no salieron de su natural indiferencia. Sólo entre aquellos salvajes de variadas y sucias vestimentas, atezados rostros y feas cataduras, temí que me costara cara mi curiosidad; de buena gana me hubiera vuelto atrás; sonriendo, disimulé el miedo; la procesión iba por dentro; reflexioné que si tuvieran intención de cortarme la cabeza, no habrían impedido pasar el río á mi ordenanza. A Mahoma sería más grato el presente de dos que de una.

El guía por señas dijo me apease junto á una tienda de mejor aspecto que las demás, detrás de la cual se hallaban seis caballos trabados. Encontré en ella al joven moro del puente de Buceja, que me reconoció enseguida, me dió la mano y me hizo sentar á su lado, presentándome á su anciano padre Sid-Hadch-Hamet, Bajá del campamento.

El suelo de la tienda, era cónica, se dividía en dos partes iguales; la opuesta á la entrada medio palmo más alta que la otra estaba cubierta de alfombras, y colchonetas forradas de seda. En medio se sentaba el Bajá, á la derecha su hijo, y á la izquierda su segundo Sid-Abdalá, árabe de agradable presencia, y cosa rara entre ellos, hablador y preguntón; encargado del dinero para socorrer la tropa, lo entregaba á un morazo colosal de aspecto feroz: había otros dos oficiales también sentados; parecían estatuas de bronce por su inmovilidad y color. El Bajá hizo venir á un soldado muy joven natural de Tánger, que hablaba perfectamente el español; nos sirvió de intérprete.

Les gustó mucho mi sable, admirándose de la brillantez de la hoja; de debajo de las colchonetas sacaron los suyos y las espingardas que eran de lujo.

Al querer saber cómo me llamaba, entendí me pregunta-

ban de dónde era, y contesté de Aragón; como una de las familias principales de Tetuán tiene este apellido, me creyeron pariente de ella, se alegraron y hasta se empeñaron en ver en mi cara semejanza con un joven de la referida estirpe, añadiendo que era también rubio. Desde entonces los moros, inclusos los de la expresada ciudad á los que comunicaron la noticia, me llamaban *Arágon* cargando el acento en la segunda sílaba; muchos decían señalándome: «Arágon, Arágon.» En Tetuán me paró en la calle un moro venerable vestido de blanco, que llevaba el rosario á la cintura y en lugar de cruz un peine que le servía para arreglar su canosa y enorme barba. Dijo se llamaba Aragón como yo, y que éramos primos. Nos dimos la mano y no le vi más. El pariente, aunque infiel, me hizo menos daño que otros más próximos, y según ellos muy católicos.

Los mahometanos celebraban el Ramadán (cuaresma) y ayunaban. No pudiendo obsequiarme con café ó thé, se empeñaron en regalarme una gallina y siete huevos; me resistí, mas tuve que aceptarlos. La tienda, los trajes, la fisonomía de los árabes y su noble hospitalidad, me hacían pensar en los tiempos bíblicos. Los soldados moros, al entrar en la tienda, se dejaban las babuchas en la puerta y saludaban llevando la mano derecha á la cabeza, besándose el dedo índice.

Quise marcharme y Sid-Abdalá me dijo: «Poco á poco» (que me esperase). Mandó poner la silla á su caballo y me acompañó hasta cerca de Tetuán. Ya me había olvidado de la gallina y los huevos, cuando al despedirme de mi nuevo amigo, un moro que le acompañaba sacó de la capucha de su sucia chilaba el regalo, que yo di á mi ordenanza, quedándome reflexionando si á pesar de tener por poco civilizados á nuestros tradicionales enemigos, son ó no mejores que nosotros. Dudo que un oficial francés en la guerra de la Independencia, hallándose en mi caso, hubiera vuelto sano y salvo á su campamento.

Para toda especie de ventas y compras necesitan los moros un documento en el que conste la firma de la autoridad. Los es-

cribanos se sientan en el suelo junto á la puerta del Alcalde; sobre la rodilla extienden el contrato en un pedazo de papel, escribiendo de derecha á izquierda, sirviéndose de un pequeño tintero largo, cilíndrico, de latón y de una cañita para pluma. En la cesta donde llevan el papel recogen los blanquillos (monedas) que les dan por su trabajo, meten en la faja el tintero, y trasladan su oficina á otro punto. Menos ladrones, no tienen necesidad de los inmensos registros que llevan sus colegas europeos; más religiosos, tienen mejor fama. La imprenta es desconocida en Marruecos. Por los preciosos manuscritos con arabescos de oro y adornos del mejor gusto encontrados en Tetuán, se conoce que hay iluminadores de mucha habilidad.

El canto monótono de unos muchachos me hizo entrar en una casa. Una docena de ellos, sentados sobre las piernas, cantaban á coro lo que habían escrito sobre tablillas apaisadas barnizadas de blanco que les servían de pizarra, borrando después con saliva las letras. Al verme los niños musulmanes cesaron de cantar; al maestro (tolva) que dormía sobre una tarima le despertó el silencio, se incorporó, me miró atentamente como preguntándome el objeto de mi visita, se volvió á acostar, contemplé la escena, dos moritos que conocía se sonrieron y salí á la calle.

Mahoma nació en la Meka; huérfano, pobre, con talento, redactó el Korán, mezcla de las religiones cristiana y judía, presentándose como profeta enviado de Dios.

El Islamismo prescribe la contemplación, la caridad, el amor al prójimo, la pureza del cuerpo, rezar cinco veces al día, ayunar en el Ramadán, visitar la kaba ó sepulcro de Mahoma en la Meca, creer en un sólo Dios y santificar el viernes, día que el profeta huyó á Medina, el 21 de Julio de 622 de J. C.- En él comienza su era ó egira (fuga). El Korán prohibe las imágenes, beber vinos y licores y comer animales inmundos; les promete las delicias del paraíso y las huríes siempre vírgenes.

Los moros de Tetuán muy religiosos, pasaban las cuentas de su rosario diciendo entre dientes: «Mohamed-Alá»

orden de rehacerse, eran atacados por los flancos sufriendo el fuego que les hacían con las espingardas, mientras los que habiendo huído delante los acuchillaban por detrás. El mismo historiador dice que los romanos hacían pocos prisioneros, y que los númidas se valían más de los pies que de las manos. Contados fueron los moros que los españoles cogieron en toda la campaña.

La infantería morisca sin organización ni instrucción, sólo servía para el combate individual, en el que dió muestras de gran valor y arrojo. Un oficial moro al decirme que nosotros durante la guerra habíamos tenido más pérdidas que ellos, le repliqué: «Cierto, y os hemos vencido siempre.» Se exaltó el marroquí y añadió con viveza: *Verdad, verdad, nosotros no sabemos atacar en montón como los gusanos, y vosotros sí.* Al mismo tiempo, muy deprisa, juntaba varias veces los dedos de la mano. Por instinto comprendía que á las masas disciplinadas marchando en orden ó en columna, como él quería dar á entender al unir los dedos, no pueden resistir las que no lo están.

En todas las acciones los moros se batían en desorden y atacaban en forma de cuña yendo delante el más valiente. Después que se firmó la paz, nunca los vi ejercitarse en maniobras militares, y sólo en el Ramadán los kábilas tiraron al blanco. Presencié la aplicación de un castigo á un moro de rey que volvia de Tetuán completamente borracho. Le colocaron tendido en el suelo boca abajo, abierto de brazos y piernas, y sujetándolo cuatro soldados fuertemente por los pies y las manos, le pegó un oficial con las bridas de su caballo cincuenta azotes. A los gritos del paciente, sus compañeros contestaban con carcajadas, echándole pullas por haber faltado al precepto del Korán, que prohibe no sólo la embriaguez sino las bebidas que la producen.

El resultado de la campaña fué glorioso; además de los terrenos que nos cedieron al frente de nuestras plazas de la costa de Africa, infundimos respeto al Gobierno marroquí y á sus vasallos; dimos á conocer al mundo que no han degenerado

nuestros soldados ni carecemos de elementos para hacer la guerra fuera de la Península. Esto compensa la sangre vertida en los campos africanos; el vencido indemnizó los gastos.

El ejército español, desde la guerra de la Independencia, no podía enorgullecerse con sus triunfos conseguidos en discordias civiles; el que pudiera ostentar en su pecho la medalla de Africa sería envidiado de los demás; no siempre había tenido la desgracia de batirse con los hijos de su misma patria.

El ejército de Africa se componía de 45.000 infantes, 1.600 caballos y 135 cañones.

Al comenzar la campaña de Africa, preguntaron á un soldado en Cádiz: «¿Está muy malo el sultán de Marruecos?» «El día que salí de Ceuta le dieron el viático», contestó.

Un capitán andaluz decía: «En el Serrallo maté un moro con el revólver, en el boquete de Anghera á un kábila de una estocada, y á un centinela marroquí le tiramos un oficial y yo; ignoro si también lo maté.» «Cuente usted dos muertos y medio, le interrumpí. Me encargaron la venta de un caballo, lo llevé desde Algeciras á Gibraltar, quisieron comprarlo unos hebreos, lo montaron cien veces, me preguntaron el precio, pedí 80 duros, hablaron en secreto unos con otros, me ofrecieron ocho, salté sobre el jaco, los llamé canallas, y exclamé exaltado: ¡Judíos habíais de ser! y sin hacer caso de los gritos que daban, salí á escape de la maldita plaza.

Un soldado aragonés decia: «Cuando entremos en la corte del rey moro, he de robar hasta el copón.»

Preguntó una vieja á un cabo andaluz después de la guerra de Africa: «¿Cuál ha sido el mayor trabajo que habéis tenido?» «Enterrar los moros que matábamos», respondió.

Recomendaron á un médico un soldado herido en la batalla de Wad-Ras, fué al hospital, olvidó el nombre, y al oir que uno exclamaba impaciente: «¡Rediós, á mí no me curan!» le preguntó: «¿Eres de Ainzón?» «Y no me *pena*», contestó el aragonés.

Un oficial durante la guerra de Africa supo habían robado

y asesinado á su padre. No tenía madre, y desde entonces no quiso recibir más cartas, pensando: «Mis parientes me dirán que ha muerto alguno, me pedirán dinero ó me darán disgustos.» Tenía razón.

El valor se tiene según las circunstancias. Al comenzar la guerra de Africa, á un oficial le entró un miedo cerval. Pidió la licencia absoluta, volvió á la Península, su novia le despreció, su familia lo echó de casa, y avergonzado, solicitó lo destinasen de soldado al ejército. En el resto de la campaña se portó muy bien, y le devolvieron el empleo.

A un teniente duelista, que no daba en una acción pruebas de energía, durante la guerra de Marruecos, le dijo su jefe: «Señor oficial, aquí se conocen los valientes.» Ofendido, se pasó á los moros, se arrepintió, y manifestó á éstos que lo considerasen prisionero. Regresó á España, no lo admitieron en el ejército, los muchachos se burlaban de él, y murió loco.

Era grande el entusiasmo que había durante la guerra de Africa. En Algeciras los chicos repetían los mandamientos siguientes:

1.° Amar mucho á España, y no armar cizaña.

2.° Jurar meter mano á Muley Abbas y á su hermano.

3.° Santificar las fiestas, persiguiendo á los moros por llanos y cuestas.

4.° Honrar á la española gente, siendo noble y valiente.

5.° Matar moros mil, con sable ó fusil.

6.° No fastidiar, dejando al moro escapar.

7.° Robar al moro de Mequinez el tesoro.

8.° Mentiras no echar, como la *Crónica de Gibraltar*.

9.° Desear las moritas, si son muy bonitas.

10.° Codiciar los bienes ajenos, si son agarenos.

Estos diez mandamientos se encierran en dos. Matar muchos moros, y que rabie Drumond (ministro inglés en Tánger).

Escribí en 1860 lo que observé en Marruecos: pensaba dedicarlo á uno que creía amigo, se enteró mi mujer, y me dijo: «Te ciega el cariño; serás recompensado con el desprecio; rom-

pe esos papeles.» Lo verifiqué. Quince años después que enviudé me convencí de que tenía razón.

En el campamento de Tetuán, hablando de los ideales de nuestra patria, dije: «Si no se repiten los motines militares y las asquerosas guerras civiles, si hay gobierno, antes de diez años se buscará otro pretexto para que el ejército venga á Marruecos.» «¡Qué desatino!» exclamó interrumpiéndome un jefe de los que no toleran les ocurra una idea á los de inferior categoría. Otro de más graduación, que encargaba al primero la facultad de pensar, añadió irónicamente: «Entonces vendrá usted solo». «Soy el único de los presentes que sale de aquí como entró, y es probable no vuelva», repuse incomodado. Ya sabía que, á pesar de las promesas, seguiría de capitán. No hay mal que por bien no venga. Los dos expresados compañeros de glorias y fatigas son responsables de que muchos años después diese yo trabajo á los impresores. Redacté nuevamente lo que ahora publico sobre la guerra de Africa, se empeñó en leerlo la esposa de uno de los anteriores colegas, ya general, y éste, al escuchar me elogiaban cuando él y otros de su ralea habían tratado de rebajarme, dijo en tono sentencioso: «Adelantó usted mucho en escribir». Tenía yo más de cincuenta años, me sonreí, y por llevar la contraria, como buen aragonés, me metí á *literatero*. También en mi pueblo contribuyeron á que yo fuera *escribidor* varios envidiosos de raza semítica. Miserias de la humanidad.

Nunca he olvidado la prueba de afecto que me dió el rico armador D. Miguel Martorell. En cuanto supo me habían destinado al ejército de Africa, me remitió la siguiente orden: «A los capitanes de los vapores *Tharsis*, *Pelayo* y *Vifredo* recomiendo á mi amigo D..., capitán del batallón cazadores de Tarifa.—Barcelona 24 de Febrero de 1860.»

El general que ofreció ascenderme no quiso, no pudo, ó era menor su influencia que la del que me honró echándome de su regimiento. Sé positivamente que éste me recomendó al que en la guerra de Marruecos llamaban el Arco Iris, porque siem-

pre aparecía cuando se acababan las batallas, para que yo no fuese comandante.

Durante la campaña fueron pródigos en dar empleos, sobre todo á los de E. M. y ayudantes de campo. Me propusieron por Wad-Rás para dar el grado de T. C., sin antigüedad. Nada. Tenía el de comandante desde 1854. No hay voluntad fuerte que pueda luchar con la mala ventura. Me preguntaron al disolverse el ejército á qué regimiento deseaba me destinaran de capitán. «A situación de reemplazo», contesté.

El 2 de Mayo, fecha notable en la historia de España, me embarqué en Tetuán, y mientras las tropas eran recibidas justa y merecidamente en todas las poblaciones á su regreso á la península con frenética alegría, abrumándolas con coronas y obsequios, yo llegué el mismo día á Algeciras, donde se encontraba mi familia, desengañado, desilusionado, perdido completamente el gran entusiasmo que tenía por la milicia; no la abandoné, por las circunstancias en que entonces me encontraba.

Los brazos de mi mujer y los besos de mis hijos me consolaron.

UN SOLDADO VIEJO.

LAS GENERACIONES POLÍTICAS.

Todas las transformaciones que se indican en el artículo *La evolución de los partidos políticos en España* (1), comprenden un período histórico de desenvolvimiento, en cuyo período influyen varias generaciones.

La generación política ha sido estudiada más de una vez, y en ocasiones con tendencias positivas.

En el orden natural, la generación política no puede ser considerada como entidad aparte, sino como un aspecto de la misma generación que, colectivamente estudiada, tendría que apreciarse en otra infinidad de manifestaciones, constituyendo cada manifestación un estudio aislado.

Lo que ocurre es que ninguno de los aspectos de una generación es tan general como el aspecto político, y lo es, no solamente porque en la política interviene, de una manera mediata ó inmediata, toda ó casi toda la colectividad, sino porque es resultado de muy variadas influencias de la vida colectiva de cada generación y porque trasciende á muchos pormenores de esa vida.

Sin detenernos en otro género de análisis, que no constituye propiamente la especialidad del estudio que intentamos acometer, admitiremos, para entrar en la investigación de

(1) Véase *La España Moderna* del mes de Junio último.

las generaciones políticas españolas durante este siglo, dos principios ya formulados.

El primer principio manifiesta que toda generación política se distingue por iniciar y desenvolver en una de sus fases, y casi nunca totalmente, una tendencia que de ordinario corresponde á la evolución de tendencias anteriores.

El segundo principio indica, con bastante probabilidad, que la vida de cada generación política debe estimarse en treinta años.

Retrayéndonos ahora al estudio de las generaciones políticas españolas durante este siglo, aparece una dificultad considerable para la determinación del comienzo de la primera de esas generaciones, obligándonos á un estudio de precedentes é influencias políticas en el siglo XVIII que, sobre no constituir nuestro objeto, nos obligaría á un estudio retrospectivo, separándonos del objeto inmediato que nos guía.

Para obviar ese inconveniente, elegiremos el punto de partida más determinado por una manifestación que singularice de un modo esencial nuestro modo de ser político y que involucre todas las tendencias de los movimientos políticos posteriores. Esa manifestación es, incuestionablemente, la Constitución de las Cortes de Cádiz.

Todo el carácter de las generaciones políticas del siglo XIX en nuestro país, se condensa en el movimiento constitucional que plantea la Constitución de 1812 y que termina la Constitución de 1876, con las leyes complementarias establecidas posteriormente y cimentadas en 1890 con la ley del sufragio universal.

La Constitución de 1812 puede ser considerada como fecha de nacimiento de una generación política que inicia una tendencia, correspondiente á la evolución de tendencias anteriores, legándola como programa político á las generaciones venideras.

De este modo, admitiendo que cada generación política dura treinta años, nos resultaría una división, que luego ve-

remos si es caprichosa ó si corresponde á la realidad de los hechos, que reparte el ciclo constitucional en las generaciones políticas siguientes:

1.ª De 1812 á 1842.
2.ª De 1842 á 1872.
3.ª De 1872 á 1902.

Un estudio superficial de las tres generaciones conduciría á suponer que entre ellas no había caractéres esencialmente distintivos, pudiendo ser consideradas como generaciones naturales en que influye una misma tendencia política.

Considerando las tres generaciones políticas como un todo, no habría inconveniente en admitir el hecho, pero en ese todo se observarían determinadas gradaciones en la evolución de la tendencia influyente, y el estudio de esas gradaciones nos conduciría á establecer límites que, en suma, tenderían á determinar las influencias parciales de cada generación, dentro del desarrollo de la influencia colectiva.

Por ejemplo, en la primera generación, los elementos que luchan entre sí, representativos de lo *arcaico* político y de lo *moderno*, son los «constitucionales» y los «absolutistas,» predominando estos últimos en el desempeño del poder.

En la segunda generación, los elementos que luchan entre sí—descartado el elemento absolutista, que lucha como tendencia independiente—son los «progresistas» y los «moderados,» predominando también estos últimos en el desempeño del poder.

En la tercera generación, los elementos que luchan entre sí son los «liberales»—comprendida toda la serie liberal, desde los antiguos progresistas á los modernos demócratas—y los «conservadores,» no pudiendo señalarse ningún predominio en el desempeño del poder.

Bajo otro aspecto, si se estudia cada generación como obra natural, en cuyo desarrollo podemos admitir los preceptos clásicos de las obras escénicas, resultará que en la primera gene-

ración la exposición es *constitucional*, el nudo *absolutista*, y el desenlace incierto entre *progresista* y *moderado*. En la segunda, la exposición es *democrática*—declaraciones republicanas en las primeras Cortes de la regencia de Uzal, Mendez Vigo y Olavarría—el nudo *moderado* y el desenlace *republicano*. En la tercera, la exposición es *restauradora*, el nudo *democrático*, y el desenlace aún está por conocer.

En este esbozo, cada generación, por más que esté ligada á su antecedente, se manifiesta con rasgos peculiares que indican el esfuerzo parcial que cada una realiza en la obra que las tres generaciones cumplen.

Se distinguen por caracteres esenciales, y para precisarlos admitiremos que en el carácter de cada generación hay dos elementos: uno fundamental y otro adventicio. El elemento fundamental nos lo representaremos por el modo de ser histórico de nuestro carácter político, hasta que se manifiestan las influencias revolucionarias; y el elemento adventicio lo referiremos á las influencias revolucionarias con las primeras ideas de reforma constitucional.

En la teoría de Sergi, para la explicación del carácter de cada individuo, el elemento fundamental lo representa el esfuerzo acumulador de sucesivas generaciones que en cada período de formación del carácter ha constituído por acúmulo un estrato. Hay estrato que personifica la vida de la tribu, y hay estrato que personifica la vida de la familia. Formado el estrato superior, asume en sí casi toda la vida del individuo, y el inferior queda con su constitución orgánica adquirida, pero no funciona, y los estímulos de la vida no le afectan. De este modo resultará representativamente, que bajo el carácter de un hombre civilizado duerme el salvaje que fué, salvaje que puede despertar si un proceso degenerativo destruye los estratos más modernos, y pone en función el estrato más remoto. Así se demuestra que en la vida lo más inferior es lo más consistente, como en las construcciones materiales lo más consistente es el cimiento.

Probablemente, los historiadores que tengan sentido de biólogos, descubrirán en el carácter político nacional tres estratificaciones: representativa la una de nuestro modo de ser durante la edad media; la otra, de nuestras transformaciones durante la monarquía absoluta, y la tercera durante la monarquía constitucional.

Este último estrato simboliza todo el proceso de acumulación de un elemento adventicio, que empieza á formarse en el siglo XVIII, y que en la actualidad, con parecer definitivamente organizado, no ofrece la necesaria consistencia para afirmar que ya no pueda disgregarse. De este modo podemos decir que la formación de ese elemento político adventicio es lo que constituye el esfuerzo de las tres generaciones políticas que nos ocupan, esfuerzo que se conoce en dos manifestaciones concurrentes, siendo la primera la acentuación cada vez más especificada de ese elemento nuevo, y siendo la segunda la relegación, cada vez más creciente, del elemento antiguo ó fundamental.

Enumerando los sucesos culminantes de cada generación se demuestra una y otra ley.

La generación política de 1822-1842 empieza con una radical transformación de la monarquía absoluta y termina con una regencia genuinamente popular. La de 1842-1872 empieza con las declaraciones republicanas á que antes aludimos, y termina con la instauración de la república, después de haber derrocado y renovado el trono. La de 1872 en adelante realiza una doble obra restauradora, singularizándose por la restauración democrática que cierra el círculo que podría llamarse de 1812-1890.

A este incremento de los principios revolucionarios, hasta conseguir enseñorearse definitivamente en las leyes, corresponde una relegación acentuada de los que en el siglo pasado eran principios esenciales de la constitución política española. Lo demuestra el modo de reacción del elemento fundamental á cada incremento del elemento adventicio. En la primera ge-

neración, reacciona en sentido absolutista, y ese es el término medio del gobierno en los primeros treinta años. En la segunda, reacciona en sentido moderado, y ese es también el término medio del gobierno. En la tercera, reacciona en sentido conservador, y ya este sentido constituye nada más que un término concurrente.

De aquí dos series en los partidos políticos derivados de una ú otra tendencia, siendo decreciente la serie arcaica, que progresivamente se moderniza, y demostrando su incremento la serie liberal, que también progresivamente alcanza el logro de sus fines iniciales. El absolutista decrece en moderado y el moderado en conservador, con el apelativo liberal. El constitucional se acentúa en progresista y el progresista en demócrata. Aquellos, defienden gradualmente sus posiciones hasta transigir, siendo, desde el Estatuto hasta la Constitución de 1876, todas sus reformas contitucionales cada vez más transigentes, hasta transigir con las leyes democráticas. Estos, no decrecen de su abolengo constitucional, mostrándose tan resueltos como en 1812, en 1836, en 1869 y hasta en 1890. Así consiguen que el elemento adventicio se sobreponga al elemento fundamental, llegando á la formación del nuevo estrato que suplanta en gran parte la vida de su estrato inferior.

No obstante, la lentitud de este trabajo de fusión, que constituye las luchas de casi tres generaciones completas, indica una de dos cosas: ó que el empuje de la fuerza adventicia fué inicialmente tan pequeño que necesitó acrecentarse en el transcurso de tres generaciones, ó que la energía *misoneica* de la fuerza fundamental era poderosísima.

Las dos hipótesis son exactas. Cuando se estudie el carácter esencial de las revoluciones españolas, se advertirá que les falta el radicalismo que distingue á las revoluciones de otros pueblos de que hemos sido imitadores. En ninguna ocasión hemos llegado ni al radicalismo de la revolución inglesa, ni mucho menos al de la francesa. El revolucionario español ha llevado siempre dentro de sí y sin darse cuenta, una especie de

freno histórico que lo contuvo en los momentos en que sin trabas le era permitido dar expansión á sus más vehementes aspiraciones. Apenas si entre todos nuestros revolucionarios puede señalarse uno que ataque las raíces de lo que se propuso extirpar. A veces, creyendo destruir, poda y garantiza un retoño más lozano. La lealtad monárquica no ha sido entre nosotros una locución puramente palaciega. Dígalo la conducta de los constitucionales de 1820-1823 con Fernando VII, y dígalo la permanencia del mismo sentimiento monárquico, que hubiera podido sobrenadar en la misma revolución de 1868, y que quedó todavía á flote para poder ser un poco más tarde restaurado.

Si se descubre esta endeblez de la energía revolucionaria, se descubre á la vez é inversamente que la energía reaccionaria no adolece de ese género de tibieza. Comparadas las revoluciones y las reacciones en la política española, las segundas han sido casi siempre mucho más radicales que las primeras. En ninguna de las dos épocas constitucionales de la primera generación hay figuras que se puedan equiparar á lo que en las reacciones absolutistas representan Calomarde y el Conde de España. En cuanto á dictaduras, compárese la dicta dura liberal de San Miguel con la dictadura moderada de Narvaez.

De aquí un hecho que explicará seguramente la lentitud en el desarrollo de nuestra reforma constitucional, y que explicará también otra cosa más saliente, y es, que no obstante todo lo transcurrido, al final de la tercera generación subsisten, con las atenuaciones propias de los tiempos, las mismas, absolutamente las mismas representaciones políticas que inician la primera, sin haberse quebrantado fundamentalmente los factores que han intervenido en la lucha.

La coincidencia política de liberales y conservadores, hijos ambos del tronco constitucional, aunque con diferentes parentelas en los enlaces con partidos afines, viene á representar algo semejante á la intimidad entre progresistas y moderados, cuando se establece esta distinción en 1814 entre los

antiguos y los nuevos doceanistas, y á la fusión, también entre progresistas y moderados, cuando triunfa en 1843 el movimiento que derribó á Espartero y se forma el ministerio Olózaga. Es una coincidencia cíclica y más completa que en ninguna ocasión, pero que tiene el precedente de otras muchas coincidencias semejantes, demostrándose que las afinidades se realizan, aunque fuerzas contrarias lo estorben, en el transcurso de los tiempos.

Pero esta afinidad no es única. En el orden evolutivo se procede con suma lentitud y las manifestaciones nuevas aparecen ligadas con su antecedente inmediato y á veces no son más que un aspecto de ese antecedente. Mil ejemplos lo demuestran en el orden puramente natural, y más de un ejemplo puede demostrarlo en el orden puramente político.

En la serie constitucional de los partidos españoles, el elemento fundamental absolutista de nuestro carácter no desaparece por completo, sino que se ingiere y se transmuta en el partido más afin. De este modo el partido moderado fué expresión de una parte de las tendencias del partido absolutista, como más tarde lo ha sido, lo es y puede serlo el partido conservador, que, por su misma naturaleza conservadora, se distingue por una doble afinidad: la que lo liga con los partidos arcaicos, y la que lo liga con los partidos modernos.

Esta afinidad parece en cierto modo equilibrada para mantenerse establemente entre las dos tendencias, pero no es así. Por de pronto, hay desequilibrio de energía entre la consistencia del elemento fundamental y la endeblez del elemento adventicio; y de aquí que no sólo sean los partidos moderados expresión de parte de las tendencias de los partidos absolutistas, sino que los partidos liberales, aparentemente intransigentes, resultan partícipes en esa representación. Estudiando lo verdaderamente orgánico de la constitución nacional, que no está precisamente en las conquistas legislativas, la restauración de las tendencias del elemento tradicional es enorme,

mientras que la creación de tendencias correspondientes al elemento adventicio es casi insignificante.

De otro lado, ese elemento tradicional se mantiene constituído como fuerza política, dispuesto siempre á resurgir en cuanto se altere la compensación que hace innecesaria su intervención violenta. Es un factor tan poderoso, que vencido siempre, nunca ha sido verdaderamente derrotado. Del fondo de cada generación política ha salido armado de todas armas, y ha arrojado el guante de desafío. Lo han conocido las tres generaciones de ese modo, y lo puede conocer la venidera, si á la que está para morir, y en parte ha muerto, no le sucede una que con conciencia exacta del medio político, encauce el verdadero progreso, creando una fuerza mucho más poderosa y mucho más fundamental que la que ha alimentado las discordias civiles que distinguen este verdadero período plutónico de las tres generaciones políticas que representan nuestro esfuerzo constitucional.

¿Y qué es lo que representa en conjunto cada una de esas tres generaciones? Podría decirse que las tres edades evolutivas de un proceso político: la adolescencia, la juventud y la virilidad. Para demostrarlo sería indispensable un estudio minucioso de las manifestaciones de cada generación, que no cabe en las líneas generales de este somero apunte. Baste decir, como carácter distintivo, que según los progresos de nuestra edad política, se van manifestando los fenómenos de compensación de que hemos hablado en otro artículo, que fusionan las tendencias encontradas, determinando la creación de caracteres compuestos que atenúan progresivamente la violencia de las revoluciones y las reacciones, hasta conseguir establecer un carácter que, dentro del símil que nos guía, representa la incorporación del elemento adventicio al elemento fundamental, ó de otro modo, la formación del nuevo estrato de nuestra política.

Pero ni el proceso está cumplido enteramente, ni la estratificación reune los caracteres de solidez de una obra acabada

y permanente. Para que esto ocurra se necesitaría, por lo menos, el esfuerzo de una generación bien penetrada de los fines que la incumben.

La generación actual no puede ni siquiera iniciar esa tendencia, no sólo porque está en lo más pendiente de su descenso, sino porque se educó en tendencias anteriores y se incapacitó para acomodarse á tendencias nuevas. Cada generación nace con una determinada capacidad para los problemas políticos, y con una determinada energía para desenvolverlos; y al agotarse estas energías en la lucha, aunque la generación subsista, sin que la dispute el poder la generación que ha de heredarla, su actividad no es otra cosa que la acción refleja de su vida anterior, acción que se manifiesta con muchos fenómenos de parálisis senil.

Y adviértase que ese agotamiento no es distintivo de los partidos gobernantes, lo es de los partidos oposicionistas, entendiéndose que una generación política la constituyen todos los partidos y todas las tendencias que tienen una misma fecha de nacimiento, y que tendrán, por lo tanto, una misma fecha de defunción. Los fenómenos de parálisis senil lo mismo se observan en los partidos ministeriales, que en los partidos de oposición; en los de tronco arcaico, que en los de tronco moderno; en los que representan lo pasado, lo actual y lo porvenir, porque no son las ideas las que envejecen y mueren, sino sus mantenedores. Las ideas que parecieron viejas, reviven al empuje de generaciones vigorosas, y las ideas jóvenes no consiguen prevalecer cuando las sustentan generaciones decrépitas.

Así ocurre, y ocurre entre nosotros al presente, que se confunden las manifestaciones de la vida nacional con las manifestaciones de una generación política, y cuando ésta se manifiesta decadente, se habla de una decadencia de todo el organismo. No es extraño, porque la solidaridad de la actual generación política, emparentada con las dos generaciones anteriores, hace que todo adolezca del mismo abatimiento, y que en

ninguna parte se descubra un acúmulo de energía que constituya una esperanza. Pero esto no quiere decir que en el organismo nacional ocurra lo propio. En política sucede lo que en el teatro, en las relaciones entre los actores y el público. El público del teatro, como el público de la política, sólo protesta en ciertos períodos de pasión y de lucha, pero ordinariamente procede por retraimiento. Un teatro de que el público se retrae, ó unos comicios á que los electores no concurren, no significa ni puede significar en modo alguno la decadencia del espectador. El público, cuando concurre á un espectáculo, lo apadrina, y en tal caso es colaborador y cómplice de la obra. Cuando se retrae de un espectáculo, no lo alimenta, aunque el espectáculo se mantenga artificiosamente. Pedirle al público que se convierta en creador de actores buenos ó de obras meritorias, es pedirle lo que no puede hacer ni jamás ha hecho. No se le puede pedir otra cosa que su colaboración, y para esto es indispensable que el escenario del teatro ó el teatro de la política le presente autores y actores que consigan congregarlo.

Al presente, el público español está enteramente cansado del repertorio político constitucional, de todas sus variantes, géneros, episodios, efectísimos é intrigas. Le ha prestado su concurso mientras la obra representó un interés, acompañando resueltamente á los actores, animándolos, exaltando sus triunfos y fortaleciendo su ánimo en las derrotas. Esto hizo sin interrupción desde 1812 á 1890. Esto es lo que ha dejado de hacer posteriormente, porque el público, en el teatro y en la política, gusta de asistir á los estrenos y á las repeticiones, pero jamás ha velado á ningún agonizante.

Y es tan exacta y tan constante esta tendencia, que por el público se conoce si hay algo que está para morir ó hay algo que está para nacer. De este modo, si la nueva generación política aparece, lo sabrá todo el mundo, aunque nadie se cuide de anunciarlo.

El público entonces dejará su retraimiento y se apiñará en torno de la pila bautismal. RAFAEL SALILLAS.

LA PRENSA INTERNACIONAL.

EL CELIBATO MODERNO.

En un periódico, á quien su culto por las mejoras conduce á menudo á las antiguas ideas, leíase últimamente esta reflexión, después de una estadística exacta de nuestro estado civil:

«No puede menos de advertirse que el número de matrimonios disminuye en una proporción alarmante para las buenas costumbres.»

En efecto, tanto han predicado los Sansimonianos lo absurdo de un vínculo sobrehumano, puesto que es eterno; lo han infamado con nombres tan odiosos como los de escuela de la hipocresía, padre del adulterio, perjurio, blasfemia; han gritado tan alto al oído de las mujeres que la naturaleza y la misma sociedad se indignaban al verlas hace tanto tiempo (á pesar de los progresos de la civilización) víctimas de un yugo tiránico, que reducía sus facultades físicas, espirituales, políticas y militares á los viles trabajos caseros; han tronado con tanta elocuencia contra aquella sumisión de ilota conyugal, de que tantos ejemplos se ven, que el pobre matrimonio, acostumbrado á las cuchufletas cándidamente maliciosas de nues-

tros cuentos en verso, á los monótonos chistes de zarzuelilla, á las canciones eróticas de la Regencia, á las burlonas sonrisas de los maridos en agraz, el inocente matrimonio se sintió de pronto anonadado bajo una tromba de acusaciones, la menos criminal de las cuales merecía todos los suplicios copiados por nuestros jóvenes novelistas de los furores de la Edad Media. Sólo las mujeres tuvieron compasión del matrimonio; sea que su alma, naturalmente generosa, no pudiera ver sin horror el desencadenamiento de toda una juventud desenfrenada contra ese honrado viejo; sea que estuviesen más en autos acerca del partido que se podía sacar de él, las esclavas coligáronse con el tirano, y vemos todos los días languidecer muchas de ellas por sus rigores é implorar su despotismo.

No sucede igual con la joven Francia masculina. Con la cabeza muy encalabrinada por la lectura de novelas, memorias y cuentos, etc., en que los maridos no tienen más remedio que matarse para vengarse del amante de sus mujeres, dejándoselas en los brazos, nuestros jóvenes célibes van á la representación de las piececitas cómicas, donde hay burlas contra los maridos, de los dramas en que los asesinan; vuelven en seguida á nuestros salones, atraviesan el grupo de maridos que charlan de política, y van á sentarse junto á las mujeres, á quienes el despotismo conyugal no les impide coquetear. Allí se dicen y proyectan muchas cosas; y el menos fatuo, al regresar á su casa, dice para sí, con el corazón henchido de esperanza.

—¿Por qué he de cargar con una mujer legítima, cuando las de mis amigos son para mí tan bondadosas?

Antes de dormirse vuelve á leer algunas páginas de la *Fisiología del matrimonio;* y entre tantas locuras ingeniosas, observaciones alegres y desconsoladoras, detiénese en esta frase seria, y la medita como un sagrado versículo de la Biblia conyugal:

«El sistema de leyes y costumbres que rigen hoy á las mujeres y al matrimonio en Francia, es fruto de antiguas creencias y de tradiciones que ya no están en relación con los eter-

nos principios de razón y de justicia desarrollados por la inmortal revolución de 1789» (1).

Las desconfianzas que habían hecho nacer los tan regocijados capítulos de *La aduana* y *Las ratoneras* trocáronse en resoluciones positivas; tanto es lo que en el espíritu de nuestros jóvenes pedantes puede una frase con pretensiones de moralidad. Este no vaciló ya; y sin miramientos por las ofensivas aplicaciones que pudieran resultar de ahí, desde el día siguiente declaró á su madre que rechazaba el matrimonio que ella se había tomado el trabajo de ajustar para él, y que haría lo mismo con cuantos le propusiera. Insiste la madre. Entonces el hijo le traza con los colores del siglo el triste cuadro de la suerte de los maridos pasados, presentes y futuros. La madre cita excepciones, entre las cuales coloca, como es natural, al padre de su hijo; pero él muy terco, lejos de dejarse convencer por un ejemplo tan palpable, habla de él como de uno de esos milagros que no se repiten. Su madre, desesperanzada de traerle á buen camino, se vuelve á su provincia, á su castillo ó á su barrio, resuelta á no inquietarse más por la suerte de un hijo tan aferrado á su locura.

Por fortuna para el joven acaba de entrar en la mayor edad, y las riquezas que le ha dejado su padre le dan medios de desafiar el mal humor materno.

Sin embargo, su odio contra el matrimonio no se extiende á las mujeres; las ama con todo el ardor y la poesía propios de su edad. En primer término, su gusto por los modales distinguidos le induce á dirigirse á una de esas lindas mujeres que adornan nuestros salones; pero esas damas exigen asiduo cortejo, grandes miramientos con las conveniencias, algunas atenciones con su marido y una falta absoluta de celos de sus rivales; y todo esto, junto con múltiples obstáculos, es en extremo fastidioso. Sólo una gran pasión puede comunicar fuerzas para hacer frente á tantas contrariedades aburridas; pero

(1) *Fisiología del Matrimonio*, por M. de Balzac.

¿quién es hoy bastante doctrino para dejarse arrastrar por una gran pasión?

Después de algunas tentativas felices y hastiadoras en la buena sociedad, el joven célibe piensa en elegir una ventura más cómoda y divertida. Los bastidores de un regio coliseo le han suministrado ya varias distracciones agradables; pero como no tiene drama, comedia, baile ni ópera que hacer representar, no se cree obligado á consagrarse á la joven ó vieja primera actriz de cualguier teatro. Hay otra clase de bellezas fáciles, menos célebres por su talento, pero más convenientes á los hombres de mundo, quienes de ordinario tienen más amistad que amor á las artes. Además, todo joven se tiene por un Otelo, y la idea de que su bien, de que su querida haga todas las noches ostentación de sus encantos ante todo un público, le haría echar mano maquinalmente al yatagán que un amigo acaba de remitirle desde Argel.

Por tanto, el célibe se decide por una joven y linda cortesana. Como los padres de la señorita han *venido á menos*, no tiene un cuarto; esto es de cajón. Ante todo hay que alojarla, vestirla, mantenerla y recrearla. Nada tan fácil: se da dinero, se alquila habitación, y bien pronto se la ve pavonearse delante de los grandes espejos de la sala. Solamente que los elegantes cortinajes, los muebles de seda, los marcos dorados de ese salón semigótico forman caprichoso contraste con las frases burlescamente modernas de la nueva locataria.

Los placeres de la vanidad tienen todo el delirio del amor; equivócase en esto sin cesar, y la griseta, ascendida al grado de mujer entretenida, es capaz de todos los transportes de la pasión más verdadera, á pesar del recuerdo del modesto comisionista á quien abandona y al que aún ama.

¿Cómo no creerse adorado viéndose objeto de una gratitud tan delirante?

—He aquí el verdadero vínculo que conviene á la dignidad del hombre y á la ventura de la mujer—exclama el joven célibe:—una cadena de afecciones, de goces sin obligación, sin

deberes, sin ninguna de esas exigencias que constituyen el suplicio de los matrimonios. ¡Viva la esclavitud de que una palabra puede manumitiros! Pero esa palabra no se pronuncia, porque el sentimiento de su libertad basta al hombre para ser feliz en el seno de la más dura servidumbre, desde el momento que la cree voluntaria. Puede resistir un siglo de tormentos, diciéndose á sí propio: «Todo esto acabó en cuanto yo quiera.»

Pero todo eso no se concluye cuando se quiere. Una vez que la griseta salió de su oscuridad, hace tantas carocas bajo su sombrero, adornado de plumas, que atrae las miradas de una multitud de amables ociosos, siempre dispuestos á agradar gratis á las hermosas espléndidamente sostenidas.

El amante propietario se vuelve celoso, y la necesidad de vigilar más de cerca á su coqueta le determina á acercarse aún más á ella, yéndose á vivir á la misma habitación.

Apenas ha tomado este partido cuando comprende sus inconvenientes; ya no dispone de un momento. Si quiere salir, le sigue ella; si coge un libro, dícele ella en su lenguaje que no hay nada tan *cargante* como ver á alguien leyendo al lado de una; si quiere escribir, le rompe sin misericordia los cuadernos, exclamando que de seguro serán borradores de cartas amorosas que dirige á sus grandes damas, y que no aguantará esa traición.

Impacientado por otras mil quisquillas, sin contar con las visitas de los parientes proletarios de su Eugenia, el desventurado joven medita con frecuencia proyectos de viaje para librarse de su *felicidad*. Pero ¿hay medio de abandonar á la mujer que va á haceros padre? Su estado requiere atenciones é indulgencia; y además hay que saber qué son esas emociones paternales, ese orgullo de creador del cual hablan con tanta elocuencia ó énfasis los hombres y los libros; en los mejores sentimientos hay siempre su poquillo de curiosidad.

¡Ya es padre! Y padre voluntario, puesto que nada le obliga á reconocer ese hijo; le da su nombre con todo el poder de

su libre albedrío. ¡Cuánto aumentarán con tanta generosidad el respeto y la ternura de ese hijo, cuando sepa que ningún contrato obligaba á su padre á imponerse por él los deberes y las cargas de la paternidad!

El matrimonio ilegal se entretiene todavía algún tiempo con estas dulces ilusiones. Se pone al niño en ama; y la madre, á quien un mes de reclusión hace más ávida de placeres, exige que la lleven todas las noches al teatro para reparar el tiempo perdido. Allí comienza un pequeño suplicio de amor propio que el célibe no había previsto. Su palco está inmediato al de una mujer distinguida, en cuya casa encontraba el año antes la mejor sociedad. Se inclina para saludarla, pero la manera brusca con que aquella señora se vuelve para evitar ese saludo, le prueba la inconveniencia que ha cometido.

—En efecto—piensa él;—me acuerdo de que esas gazmoñas del gran mundo no permiten á un hombre aparentar conocerlas cuando da el brazo á una... pero Eugenia no es una mujer pública... Es mía, sólo mía; y los maridos de esas damas quizá no puedan decir de ellas otro tanto...

Después de descargar su mal humor con este epigrama mental, el amante de Eugenia se esfuerza en pensar nada más que en ella y en la función que se está representando; pero, á la vez que se exalta contra las preocupaciones, propónese no llevar otra vez á Eugenia á los primeros palcos para evitar la vecindad de los mujeres que la desprecian.

No conducirla más á las primeras localidades de un teatro... ¡Insensato, como si estuviera esto en su poder! Las injurias, los enfados, hasta los lloriqueos, ¿no llegan á demostrarle bien pronto lo imposible de ese propósito? Hacerla renunciar á lucirse con un traje nuevo en el proscenio de un teatro, es un acto bárbaro que ningún marido se atrevería á permitirse.

Después de haber llevado así su querida todo el segundo año de paseo en paseo, de teatro en teatro, el célibe advierte que esta especie de placer no carece de monotonía. Encuentra parecido en casi todas las obras escénicas, que para un actor

bueno hay que aguantar una docena de actores detestables; que los palcos son tan estrechos, los asientos tan duros y las representaciones tan largas, que se queda uno derrengado todas noches al volver á casa. Y después, ha hecho aprender un poco de ortografía y de geografía á su Eugenia, y el sin número de dramas, melodramas y cuadros históricos que hacen sus delicias de espíritu, la han dado algunas falsas ideas de nuestra historia y de la de Inglaterra; pero toda esa erudición que le suministra observaciones burlescas ó neciamente formales, no la pone en condiciones de seguir una buena conversación, y, á menudo, el entusiasmo de su amante por alguna hermosa escena, se ve interrumpido por cualquiera de estas exclamaciones vulgares:

—¡Calla, mira qué rozagante viene hoy la amiga de Saint-Elme! ¡Lleva puestos, Dios me perdone, un rico encaje de Bruselas y un broche con piedras de colores! Preciso es que Saint-Elme tenga en ensayo alguna pieza de la que espere muchos cuartos... ¡Pero si ni siquiera la miras! Está ahí, enfrente de nosotros, en las primeras filas, junto á un viejo condecorado.

Y aunque le cautive el interés del espectáculo, es preciso que el célibe, so pena de ser acribillado á preguntas, mire el encaje y escuche todas las insinuaciones astutas que han de comprometerle á regalar un encaje parecido.

Regala el encaje y el broche de pedrería. Esto le asegura dos días de buen humor; pero á Saint-Elme se le ocurre dar un carruaje á su querida, y desde ese momento, á la aburrida tranquilidad que disfrutaba el célibe, sucede un infierno tan rico en tormentos como el de las Danaides.

La víctima llama en su socorro á sus amigos y cuenta con la alegría de éstos para romper el dúo abrumador. Pero la griseta, que ve declinar el amor de su esclavo, trata de reconquistarlo convirtiendo en rivales á todos sus amigos. Después de inducirle á batirse con uno de ellos, le hace reñir con todos los demás. Queda dueño del campo, pero ese campo desierto y pedregoso no le parece más que un lugar de destierro.

Quisiera reanudar sus antiguas relaciones, pero el modo como las ha abandonado hace difícil su vuelta. Sin embargo, una mujer de ingenio á quien le da lástima su aire de tedio, le acoge con benevolencia; tiene una hermana encantadora y rica, con quien quisiera que él se casase. El corazón del célibe palpita de gozo, siente doblegarse su altiva filosofía, su feroz independencia. Pero, tranquilizaos: está á cubierto de todo peligro, pues á la primera sospecha que inspira á su Eugenia, ésta le manda cesar en sus visitas á la que denomina su rival... Primera escena.

Promete él todo cuanto se le exige, y falta á su palabra... Segunda escena.

Sublévase él, y entonces ella se tira de los pelos, habla de asfixiarse, de inmolar á su venganza la segunda prenda de un amor pérfido... Tercera escena.

Por fin capitula el célibe, y esparce una lluvia de oro para calmar la tormenta.

A favor de esta tregua cree poder seguir en secreto su proyecto de enlace; pero las cartas anónimas, las advertencias caritativas producen su efecto, y bien pronto el pretendiente se ve despedido con la mayor finura del mundo.

—Bien pensado, no me conviene el matrimonio—se dice para consolarse de su fracaso. Entonces pone sus miras en la mujer de un hombre grave, distinguido por su rango y su mérito, y celosísimo de su consideración en sociedad.

La mujer, joven y apasionada, corresponde en secreto al amor del célibe; pero la contienen aún el miedo á comprometerse, el de incurrir en las iras del marido á quien respeta. Sólo el más profundo misterio puede acarrear el triunfo tan ardientemente deseado por el pobre joven. Durante ese tiempo, espíanle los pasos, le sorprenden su secreto, y la dulce Eugenia se dispone á instruir al marido acerca de toda la intriga. Ella tiene derechos que sabrá sostener, si es preciso, á expensas del reposo y del honor de toda una noble familia. ¿Qué hacer? ¿Expondrá á la mujer á quien ama á ser denunciada y

hasta insultada por la griseta pagada? El escándalo que pierde á la una es la gloria de la otra. No, no puede vacilar. El sacrificio es cruel, pero el honor y el terror lo ordenan... Así pues, amor, amistad, ambición, consideración social, ¡todo se ve inmolado ante el celoso capricho de la querida que le engaña! ¡Pobre célibe!

Esta historia particular ¿no es la de la mayoría de los enemigos del matrimonio? ¿No da lástima ver con qué aire triste arrastran el grillete amoroso los célibes de todas edades? ¿Hay abatimiento conyugal parecido al de que se los ve abrumados por todas partes donde el placer atrae ó admite á sus queridas? ¡Cuánto tedio se retrata en sus ultrajadas frentes!... ¡Y cuánta sangre fría hace falta para no reirse al oirles pregonar su independencia, atados de pies y manos! ¡Ah! ¡Si los más testarudos se atreviesen, de qué buena gana cambiarían su esclavitud escandalosa por la libertad del menos libre de los maridos!

Madama S. G.

LA AÉREA

(TRADUCCIÓN DE DON LUIS MARCO.)

Cuando tu nombre melodioso vibra
en mi laúd, con lágrimas ¡PROVENZA!
te ven mis ojos. El azul del cielo
y el olivo del Atica, gemela
te hicieron ser de la esplendente Italia
y de la antigua, deleitosa Grecia.
Te duermes al rumor del oleaje,
ámbar el pino llora en tus laderas.
¡Oh región del amor, de luz y aromas,
«madre mía» decirte es dulce idea!
¡Cuán dulce, si al echarme enardecido
sobre el árido surco, en larga siesta
de un sol de plomo, á la mezquina sombra
del almendro, en que al aire lanza sueltas
la cigarra sus notas, escuchase
el soplo de tus vientos, que me besan
en la frente, llamándome «hijo tuyo!»
¡Cuán dulce, al refulgir de tus estrellas,
ya si trepo á tus cumbres desoladas
pisando absorto tus olientes hierbas,
ya si tomo el sendero entre zarzales
que cruza en giros mil por las praderas,
sentir bajo mis pies, temblar tu pecho,
cual seno maternal vibra y retiembla

al recibir del inocente niño
el ósculo sediento con que besa!
Me han dicho que á menudo vas en busca
del frescor y el silencio de la selva,
y que tendida sobre el verde césped
duermes al Mediodía ¡oh mi Provenza!
Los sátiros ocultos en la fronda,
lujuriosos de lejos te contemplan,
mirando con afán tu tez tostada
donde del sol los rayos juguetean,
y tu cuello robusto en que la brisa
esparce tu ondulosa cabellera.
De rama en rama el divinal silvano
conteniendo el aliento á ti se acerca,
se inclina y con las manos temblorosas
tu ceñidor y tus cendales suelta.
Al caerse los velos desceñidos,
temblando, con un beso te despierta;
ambos, el dios del bosque y tú la diosa
de las doradas y flexibles hebras,
os hacéis las caricias fecundantes
con que los cielos aman á la tierra.
¡Oh madre! son eternos tus amores,
y son de un dios los hijos que procreas.
Mas ¡ay! que al Mediodía no la diosa
por mí, lasciva, en la feraz ribera
se abandonó un instante entre los brazos
de un dios, á quien deberle mi existencia.
Jamás por mí tu ceñidor perdiste,
ni me engendraste en la enramada espesa,
cuando el sol y amoroso escalofrío
enardecen la sangre de tus venas.

. . . . . .

Aunque nací bajo brumoso cielo,
tus ojos vi desde la edad más tierna;

y sediento, al calor de tu regazo,
mamé la leche de tus blancas tetas.
Madre indulgente tú, toda sonrisas,
no me negaste la bendita ofrenda;
á compás de tus besos, en los brazos
me meciste al rumor de la floresta,
entre tus propios celestiales hijos;
y tu mirada, que de amor destella,
hizo entrar en el fondo de mi pecho
un ténue rayo de tu gloria excelsa.
Hijo yo de la sombra, tu mirada
fué el sol que disipó mi obscura niebla;
y sentí de mis labios escaparse,
subiendo al cielo, armónica cadencia.
Tu mirada me dió lira y corona,
el amor á los bosques y á las bellas;
y me mostró los indelebles pasos
que siguieron un tiempo tus troveras.
¡Oh cuán de menos echo, madre mía,
ante el regalo de la gaya ciencia,
de tu sol ardoroso los efectos;
y el no ser hijo tuyo cuál me pesa!
No hay en Aix la Romana ni un barranco,
ni en sus colinas hay ninguna peña,
ni en el valle entre flores hay sendero
que de mis pies no guarden hartas huellas.
En tus campos jugué de pequeñito,
de su verdor sobre la alfombra fresca;
y de escolar, con risas y cantares
huyendo del presidio de la escuela.
Bajo tus sauces, soñador mancebo
que persigue á la ninfa en la cual piensa
y ve sus blancos hombros torneados,
tus espesuras recorrí ¡Provenza!
hasta los más recónditos lugares.

Pueden mis labios reseñar tus piedras
y decir cuántas son todas las matas
perdidas en los claros de tus selvas.
¡Tánto he jugado en tus floridas lomas,
que amigos míos son guijos y hierbas!

. . . . . .

EMILIO ZOLA.

La Comedia Amorosa (*fragmento.*)

CRÓNICA LITERARIA.

Un estudio sobre la lengua española en Italia.—B. Croce y A. Farinelli.—El concepto de la historia en su relación con el del arte.—El materialismo histórico.

Al azar, ayudado después por la benevolencia de un amigo, debo el haber tenido conocimiento de tres interesantes folletos del escritor italiano Sr. Benedetto Croce.

El principal de ellos, ó el que me parece á mi más importante, versa sobre el uso de la lengua española en Italia en los tiempos de nuestra preponderancia europea, asunto que trata el Sr. Croce con erudición y amenidad, sirviendo de valioso complemento á su estudio, unas extensas notas del docto hispanólogo A. Farinelli, reunidas al final del folleto.

No son raros hoy estos estudios de autores extranjeros acerca de nuestra lengua, de nuestra literatura ó nuestra historia. Desde hace algún tiempo nos estudian más los escritores de otros países, y son, á la vez, más leídos y comentados entre nosotros sus trabajos.

Para la gran mayoría de estos escritores extranjeros, aficionados á cosas de España, somos *asunto histórico*, en el sentido en que habitualmente lo histórico se entiende, ó sea en el de realidad pasada.

No hay en esto motivo de extrañeza ni de ofensa para nosotros. Esa manera de pensar responde á un hecho indudable.

Nuestro pasado es superior á nuestro presente, y como tal, más digno de estudio. Así, no sólo los extranjeros, mas también los naturales que profundizan en la investigación de los asuntos españoles, dedícanse por lo común más á los pasados que á los presentes, cosa notoria para quienquiera que con alguna atención siga el curso de los estudios históricos y literarios acerca de la España tradicional.

Mas en la manera de juzgarnos los críticos, historiadores y literatos extranjeros, nótase un progreso visible, favorable para nosotros, y también, en último término, para la imparcialidad histórica. Nuestro pasado, del que podemos con razón enorgullecernos, si atendemos más que al papel y á la dirección que nos dió en el mundo el juego de los hechos y circunstancias históricas, á las virtudes del carácter nacional que entonces manifestamos por modos eminentes, ese pasado nuestro, no ha sido juzgado, ni con mucho, de la misma manera en todos tiempos y lugares. La opinión injusta que nos pintaba cual un pueblo bárbaro y bravío, que gastó sus fuerzas en la defensa de las peores causas, como el fanatismo religioso y el despotismo monárquico, quedando después para ejemplo de decadencias y escarmiento de naciones, ha estado muy extendida por Europa, y es dudoso que se haya desarraigado todavía. Recuerdo, como muestra del extremo á que se llegó en estos juicios sobre España, haber leído en un moderno historiador inglés, notable como investigador, y como crítico y hombre de grandes conocimientos, y de inteligencia muy clara, que la lucha de Felipe II con los holandeses, era comparable, para el interés de la civilización, á la de Xerxes con los griegos.

Mayor gratitud merecen por lo mismo estos hispanólogos modernos, que nos juzgan con amor, ó al menos sin odio, y que en lugar de guiarse por aquellas prevenciones históricas, tan arraigadas y generales, procuran conocernos y ponen en ello estudio y diligencia tales que superan á veces á los propios investigadores españoles. Hombres como Morel Fatio y A. Fa-

rinelli, por ejemplo, no sólo han contribuído á hacernos conocer en el extranjero, sino que han aclarado puntos importantes de nuestra literatura y nuestra historia.

*
* *

En su estudio sobre la lengua española en Italia, á más de mucha lectura, muestra el Sr. Croce arte en la manera de agrupar y exponer los datos. Siendo el suyo un trabajo de erudición, formado en gran parte de citas y referencias, se lee con interés y agrado, y estimula mucho más la fantasía de lo que suelen excitarla los escritos de este género.

Leyendo el estudio de B. Croce viene á las mientes la frase de Nebrija: «La lengua sigue al imperio». Aunque en la historia se ven casos contrarios (v. gr., el predominio del idioma griego en Roma cuando los romanos dominaban el mundo y Grecia era una provincia vencida), no puede negarse que el poderío de las naciones ayuda en gran manera á la difusión y estima de sus lenguas.

Hoy sigue siendo el castellano, por la masa de población que lo habla, uno de los idiomas principales del mundo, uno de los que tienen porvenir en la futura selección de las lenguas. Mas, sin embargo, es seguro ó poco menos que en nación alguna extranjera habrá quien le estudie por moda. La situación actual de los pueblos de lengua española, empezando por la natural metrópoli y cabeza de todos ellos, no es tal que excite el interés de los naturales de otros países, como puede despertarlo el idioma francés, el inglés, el alemán, ó áun el ruso.

Cierto que no todo depende de la preponderancia política de las naciones. Otros factores hay en esta cuestión difícil y compleja del por qué de la propagación y estima de un idioma más allá de sus fronteras naturales. El desarrollo científico y

literario de que es órgano una lengua entra también por mucho en el aprecio que de ella se hace y en el estudio que los extranjeros la consagran. Mas acaso este florecimiento de las ciencias y las letras supone un vigor en el espíritu colectivo, que rara vez se da en naciones decaídas.

***

Ello es que el español tuvo en un tiempo en tierras extranjeras la importancia que hoy se concede comunmente á otros idiomas. Y la tuvo en época en que desempeñábamos gran papel en Europa y en el mundo, como si á nuestro poderío acompañase como natural consecuencia, según las consideraciones anteriores, el lustre y estimación de nuestro lenguaje.

Morel Fatio, por lo que toca á Francia, Farinellí en lo referente á Alemania y ahora B. Croce en cuanto á Italia, han estudiado el uso y desarrollo del castellano en tierras extranjeras.

No lo era en absoluto Italia para nosotros por entonces, por cuanto en ella había provincias españolas. Mas no sólo en los dominios de las ya unidas coronas de Aragón y Castilla, era donde nuestra lengua se hablaba. La moda la extendió entre las clases aristocráticas de las repúblicas y señoríos italianos.

Como muestra de su difusión cita Croce el hecho de que mientras el embajador de Francia, potencia rival constante nuestra en los negocios italianos, se entendía con el Senado de Venecia por medio de intérprete, el de España era comprendido en su idioma sin necesidad de mediadores.

La infiltración de palabras españolas en la lengua italiana daba ocasión á las protestas de los escritores de aquel país, análogas á las de nuestros puristas contra los galicismos.

Las impresiones de libros españoles en las imprentas de

Italia, dan también muestra de la generalización de nuestro idioma. En los siglos XVI yXVII imprímense en Venecia y en Milán, no pocas obras españolas, figurando entre las primeras la *Celestina* y los *Diálogos* de Juan de Valdés. En la edición milanesa del *Quijote*, de 1610, se dice que la lengua española «es muy familiar á los caballeros de aquesta ciudad, y que no se traduce (*El Ingenioso hidalgo)* al toscano, para que no pierda la gracia y para que de este modo se haga más popular la lengua española.»

Las traducciones de obras castellanas eran mal miradas, según Croce, en el sentido de considerarlas sólo necesarias para personas de cultura incompleta, como sucede hoy, por ejemplo, con las traducciones francesas.

Otro hecho, también elocuente, que da asimismo idea de la generalización del castellano es la representación de obras dramáticas españolas en su idioma original. Compañías de cómicos españoles iban, no sólo á Nápoles, sino á otros puntos de Italia, no sujetos á nuestro dominio, realizando, salvas las naturales diferencias de los tiempos, campañas artísticas semejantes á las que hoy efectúan por España las compañías francesas é italianas, que frecuentemente nos visitan. Ante públicos de Italia representáronse en la lengua de sus autores, las farsas de Juan del Encina y Torres Naharro.

Hallándose tan extendido el castellano, no es de extrañar que de las prensas italianas salieran con frecuencia gramáticas, guías de conversación y diccionarios españoles. Y es curioso en verdad el caso de supervivencia de uno de esos antiguos manuales, que cita B. Croce. Todavía en el *Pequeño manual de conversación castellana*, ó sea *Diálogos españoles-italianos*, publicado en 1893 por el conocido editor milanés Sonzogno, subsiste en gran parte uno de los *Diálogos apacibles* de Lorenzo Franciosini (el primer traductor italiano del *Quijote*.) Es un viaje á España en que muchos particulares referentes á las costumbres son propios de la España de principios del siglo XVII, y conservan en la edición moderna, el sabor arcáico ya,

de lo que era de actualidad y uso corriente en la época en que escribió Franciosini.

Otras muchas noticias interesantes y curiosas, además de las que he ido entresacando, contiene el opúsculo de B. Croce. Habla de los escritores italianos que escribieron en castellano, de la introducción de los tratamientos de cortesía españoles, ridiculizados por algunos escritores de aquel país, que los juzgaban reflejo de la hinchazón y orgullo castellanos, y pinta por último cómo en el siglo XVIII al predominio de nuestra lengua sucede el de la francesa, quedando relegado el castellano á las cortes más apegadas á lo antiguo, y por último, cuando ya se había extinguido por completo la moda que le encumbró, al reino de las Dos Sicilias, donde imperaban los Borbones españoles.

Al que quiera conservar íntegra la impresión *sugestiva* que produce el estudio del Sr. Benedetto Croce, no le aconsejaría yo que leyese las eruditas notas de Farinelli, pero sí al que desee formarse cabal idea del asunto, aunque padezca y disminuya la representación imaginativa que un lector, no muy versado en estos asuntos, puede formarse de lo que fué el uso de nuestra lengua en Italia, á juzgar por el estudio del primero de los citados escritores.

Sin desvirtuar por completo los datos reunidos en tan amena forma por el Sr. Croce, las notas de A. Farinelli reducen el alcance y la significación de muchas de las noticias recopiladas en este folleto á las verdaderas proporciones que en realidad tuvieran los hechos. Ponen de manifiesto lo que fué excepcional y lo distinguen y separan de lo general y ordinario. Limitan así la importancia de algunos datos sobre lo que sería aventurado fundar inducciones, por tratarse de casos singulares y aislados; explican otros, y llevan á todas las cuestiones que son asunto de estas notas un sentido de justa medida, de exacta apreciación histórica, perceptible hasta por el más lego en estas cuestiones.

Farinelli juzga que fué menor de lo que se desprende de

las observaciones de B. Croce la difusión é influencia del castellano en Italia. La del italiano en la literatura y en la lengua española fué indiscutiblemente superior. El país vencido se impuso á los conquistadores, como Grecia á Roma, por la excelencia y superioridad de su cultura.

Realmente el Sr. Croce da una prueba plausible de imparcialidad, de desinterés, de esa disposición de ánimo *objetiva*, tan rara en los eruditos, y tan necesaria para la investigación histórica, al publicar á continuación de su estimable trabajo las notas de A. Farinelli. Y en verdad ambas partes del folleto, aunque discrepen en algunos particulares, se completan en beneficio del lector, como dije al principio.

***

Los otros dos folletos del Sr. Croce, á que he hecho antes alusión, no versan sobre asuntos españoles y serían de menor interés para nuestro público si no formaran su objeto cuestiones que, dado el auge que hoy alcanzan los estudios históricos, no pueden menos de solicitar por su actualidad, la atención de las personas cultas de cualquier país.

Uno de estos folletos (el más extenso) lleva por título *Il concetto della Storia nelle sua relazioni col concetto de ll'arte* y está en gran parte consagrado á discutir si debe considerarse á la historia como ciencia ó como arte. El Sr. Croce se decide por lo último y fundamenta razonadamente su opinión.

Otro autor italiano, Cimbali, citado por el de los opúsculos que vengo examinando, sostiene que en último término el saber si la historia es ciencia ó arte no produce utilidad alguna, ni tal discusión puede conducir á otro resultado que el de aumentar las cuestiones inútiles.

Aparte de la crudeza excesiva de estas proposiciones y de su carácter demasiado absoluto, parece que en efecto, es mu-

cho más interesante la historia en sí, que la investigación acerca de su naturaleza. Mas si á guiarnos fuéramos exclusivamente por el criterio de la utilidad práctica que puede esperarse de las inquisiciones del espíritu, habría que suprimir una porción considerable de la labor intelectual y encerrar ésta en límites relativamente estrechos.

No hay, en realidad investigación inútil, ni es perdido el discurso aunque recaiga sobre los más frívolos objetos ó las materias más apartadas del terreno firme en que pueden asentarse conclusiones positivas. Cuando se discurre con arte é ingenio, con saber y agudeza de entendimiento levántanse los objetos más livianos, y aunque el asunto principal sea insignificante, punto menos que incognoscible ó ageno á la utilidad humana (si puede serlo del todo lo que excita la curiosidad del espíritu, puesto que el satisfacerlo es ya una utilidad) todavía lo que pone de suyo la inteligencia del que de estas materias trata, puede sacar de ellas amenos é interesantísimos trabajos.

A más de esto basta considerar lo que puede influir en la conducta de un historiador, el concepto que de la historia tenga para advertir que no es tan baladí ni tan inútil la cuestión de si es aquella obra científica ó artística, ó á la vez ambas cosas. La concepción de la historia, como ciencia, inclinará sin duda á subordinarlo todo en ella á la averiguación y esclarecimiento de la verdad, ya que ésta es el fin de toda disciplina científica. En cambio, la representación de la historia como mero arte, puede conducir á la historia retórica, que cuide más de presentar dramáticas escenas y pintorescos relatos, que de inquirir la realidad íntima de las cosas que efectivamente sucedieron.

Natural es también, por otra parte, que habiendo los estudios históricos alcanzado la preferencia y el desarrollo extraordinario en que hoy los vemos, se preocupen las gentes estudiosas con la naturaleza de la historia, por ser conocimiento que ven tan cultivado, y filosofen acerca de esta materia, no

más vana ni más insignificante que otros objetos de las disquisiciones filosóficas.

Raro sería, en verdad, que obteniendo gran predicamento una rama cualquiera de los conocimientos humanos, no volviera sobre sí el espíritu para investigar lo que ese ejercicio intelectual representa, cuál es la importancia de sus resultados, cuáles sus métodos y procedimientos, qué fin el suyo y qué lugar el que le pertenece en la clasificación de las diversas ramas del conocimiento.

***

Todo esto y más que podría decirse justifica la oportunidad del trabajo emprendido por el Sr. Croce, oportunidad que queda además demostrada por el número y calidad de los autores que tratan hoy de estos y otros asuntos semejantes, relacionados con la historia, considerada en sí misma como un conocimiento que á su vez pasa á ser objeto de estudio.

En Alemania hay una abundante literatura de este género. En aquella tierra clásica de la metafísica, donde dieron las especulaciones filosóficas tan espléndidos frutos en período aún no muy lejano, se ha verificado tal cambio en las aficiones de los sabios y en las mismas enseñanzas universitarias, que hoy apenas hay en las Universidades germánicas cátedras de metafísica ó de filosofía pura (1). En cambio, los estudios históricos que también tienen honrosa tradición, aunque no tan brillante, en Alemania, presentan allí extraordinario florecimiento.

Entre los alemanes predomina la opinión de que la historia es principalmente ciencia, y áun algunos no admiten que el

(1) Véase *La crisis de la metafísica en Alemania*, por Mr. Levy Bruhl. *Revue des Deux Mondes* del 15 de Mayo de 1895.

arte tenga mayor relación con ella que con cualquiera otra de las ciencias reconocidas unánimemente como tales. Esta doctrina de la naturaleza científica de la historia la exponen, entre otros autores, Droysen en sus *Elementos de historiografía*, y Bernheim en su *Manual del método histórico*, citados ambos por el Sr. Croce.

Sostiene éste el parecer contrario, aunque siente tal admiración por la sabiduría germánica, (como les ocurre ahora á muchos de sus compatriotas) que le lleva á ser injusto con los sabios de otros países. En esta injusticia incurre, en mi opinión, cuando califica desdeñosamente á Spencer de representante de la mediocridad filosófica. Miradas las cosas desde el punto de vista de B. Croce, lo mismo podría decirse de Aristóteles, y pocos pensadores han ejercido influencia igual y tan duradera en las especulaciones filosóficas. También me parece que rebaja excesivamente el escritor italiano la importancia del libro de Freeman, sobre el estudio de la historia.

Frente á la opinión de Bernheim, que sostiene que la historia es ciencia por cuanto es un saber conexo, orgánico y cierto de una esfera especial del mundo fenoménico, y la define como la ciencia del desenvolvimiento de los hombres, en su actividad de seres sociales, defiende B. Croce la teoría escolástica, que es en el fondo la misma que sostiene Schopenhauer. No puede haber ciencia de cosas particulare . Donde no hay elaboración de conceptos, de *universales*, no hay ciencia; y la historia, cuya materia la forman hechos singulares, es, por tanto, un saber, pero no una ciencia.

En esta parte no encuentro novedad alguna en el opúsculo del señor Croce. Más fácil es hallarla en el nexo que busca y establece entre los conceptos del arte y de la historia.

El fin de esta última, es, según él, *narrar* los hechos. Así lo entendieron, en efecto, los antiguos, que fueron grandes narradores de sucesos históricos, verdaderos maestros en este género literario. Es, pues, la historia para B. Croce, un arte: el arte que expresa lo acaecido realmente, mientras el otro, el

arte propiamente dicho, el que todos entienden ser tal, expresa lo posible. La conexión entre el objeto del arte y el de la historia, está en que lo bello, asunto del arte, es en último análisis lo interesante, y esto mismo es lo que forma la materia de la historia, obligada á hacer una selección en la multitud innumerable de los hechos.

A mi entender, hay alguna nebulosidad y falta de método en este opúsculo del señor Croce, si bien son de alabar la erudición del autor y la profundidad filosófica con que examina y discute algunos particulares.

Aunque la claridad sea condición tan estimable en toda exposición de hechos ó de ideas, debe reconocerse que cuando el pensamiento ahonda en cualquiera de los problemas de la filosofía, es difícil ser claro, á menos de satisfacerse con una exactitud relativa. Hay algo de inefable en las ideas que no acierta á traducir el lenguaje. Las palabras, más que un eco preciso ó una reproducción fotográfica del pensamiento, son signos ó símbolos que hay que interpretar y áun que adivinar. En la filosofía se necesita leer entre líneas.

***

Pocas me quedan ya en esta crónica para dar noticia del último de los tres folletos del señor Croce que me han dado materia para este artículo, y la podrían dar seguramente para más extensos y detenidos comentarios.

Titúlase *Sulla concezione materialistica della storia* y es un discurso leído ante cierta Academia italiana, en el cual reune el autor noticias bibliográficas y observaciones críticas acerca del llamado materialismo histórico.

Por materialismo histórico (denominación que Croce juzga inexacta, proponiendo que la sustituya la de concepción realista de la historia) se entiende generalmente la teoría de los so-

cialistas, y principalmente de Carlos Marx y de su amigo, colaborador y editor de sus obras póstumas Federico Engels (1), fallecido hace poco, según la cual el *substratum* de la historia lo forman las relaciones de la producción, debiendo buscarse en las causas económicas la explicación de los sucesos y vicisitudes de los pueblos.

El Sr. Croce, que inserta al final de su folleto una extensa nota bibliográfica de los autores que tienen, en mayor ó menor escala, este sentido de la historia, entiende que hay exageración en reducir ó subordinar toda la materia de ésta á lo que forma propiamente la historia económica.

El historiador tiene ante sí documentos y relatos; no lo acaecido en realidad, sino una pequeña parte de ello, signos de los sucesos más que los hechos mismos, cuya variedad y complejidad escapan hasta á los propios observadores contemporáneos. Para llenar los vacíos y lagunas que presenta el objeto necesita valerse de una serie de supuestos, que son las noticias é intuiciones que posee del medio cósmico, de la naturaleza humana, de la sociedad, etc.

Con estos materiales ha llegado la historiografía, según el Sr. Croce, á la formación de la doctrina de los factores históricos (físicos, sociales, instituciones políticas, influencia de la personalidad individual, etc.) El problema de la interpretación de la historia está en la combinación de estos factores, en inquirir la relación mutua que guardan entre sí, y el papel que cada uno representa. Y este problema del historiador, dice acertadamente el escritor italiano, es el mismo del hombre de Estado: comprender en sus causas y en su mecanismo la condición de un pueblo en una época dada. Lo que el gobernante aplica en la práctica á lo presente, es aquello mismo que el historiador aplica, en teoría, á la inteligencia de lo pasado.

(1) En la *Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia* de La España Moderna se ha publicado una de las principales obras de Engels: *Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado.*

La parte débil del materialismo histórico, como de toda filosofía de la historia que pretenda explicar por una sola causa predominante los hechos, es, á mi juicio, (y creo coincidir en esto con el pensamiento del Sr. Croce) el olvido de la complejidad de los sucesos, reflejo de la del individuo humano y la sociedad. De los futuros progresos de la historia puede esperarse que reduzcan á un sistema orgánico estos factores históricos, ya definidos y estudiados, y áun que descubran y expliquen otros nuevos, no que los reduzcan todos á un motor único de las sociedades, á menos de remontarse como lo hacen los *providencialistas* á la causa primera, fundándose en razones religiosas. Aun así, esta fórmula de unidad es más aparente que real y positiva, pues los que tal opinión profesan, han de verse obligados á reconocer que la Providencia se vale de muy diversos medios é instrumentos, con lo cual reaparece la variedad de las causas históricas.

Aparte del interés que en sí misma ofrece esta cuestión, tiene otro, y es el de mostrar cómo la filosofía de la historia, que se juzgó fracasada y muerta, reaparece y toma nuevos vuelos, presentándose con diferentes formas de las que en lo pasado revistiera.

Por mucho que hayan desacreditado esta ciencia, ó acaso más su nombre, el dogmatismo hegeliano, y las exageraciones de los Bossuet, los Herder, los Buckle, de todos, en fin, los que han pretendido dar una clave fija y única de los sucesos históricos, la aspiración á explicarse el por qué de las transformaciones de las sociedades humanas no podía desaparecer. El hombre, que filosofa acerca de todo (hasta cuando niega la filosofía), era imposible que renunciase á hacerlo respecto de la historia, recuerdo de su vida pasada, explicación de la presente y anuncio, aunque enigmático, de la por venir.

E. Gómez de Baquero.

CRÓNICA INTERNACIONAL.

Los chinos.—Muerte de la celeste emperatriz.—Juicio de su reinado.—Su primer ministro de paseo por Europa.—Fiestas republicanas en Francia.—El sistema parlamentario.—La Asamblea constituyente francesa.—Las enciclicas del papa sobre la unidad religiosa.—Respuestas dadas por las iglesias orientales.—Los asuntos de Cuba.—Un ridículo atentado por el amor á la fama.—Las crisis italianas.—La muerte de Goncourt y de Curtius. -Reflexiones.—Conclusión.

I.

Los muertos encuentran en la gente china un culto, á la verdad, religioso. Las familias más pobres guardan los nombres de sus antepasados, y con los nombres los hechos, en tablillas, mediante las cuales conocen su genealogía natural y toda la historia de los suyos. Duran los duelos años y años. Y es piadosa costumbre tener por lo menos el cadáver de su padre diecisiete meses al lado, cuidándolo como si, en vez de muerto, sólo estuviera enfermo. Al entrar en una casa, el mueble mejor con que topáis es el ataúd, apercibido y preparado de larga fecha para recibir y encerrar al jefe de la familia. Hijo hay que se vende por esclavo, tan sólo para comprar un rico ataúd á su padre. De aquí muchas otras costumbres, como esa propensión al infanticidio, verdaderamente criminal. Deshácense los padres con la mayor facilidad en toda China de sus pequeñuelos, si le resultan demasiado gravosos, cohonestando tal proceder con su miseria y con la imposibilidad completa

de sustentarlos. Algunos los exponen y los dejan á merced y arbitrio del acaso, pero muchos otros los matan. ¡Cuántas veces cogen al recién nacido y lo sumergen dentro de un cubo, ahogándolo en agua! Padres hay que, imposibilitados de dotar á sus hijas y no conformes con el temor de las desgracias que van anejas para las infelices al marro de un buen matrimonio, las matan, creyéndose á sí mismos los cuitados mucho mejores por razón de tal sacrificio que si las guardaran vivas en la exposición de un seguro deshonor y de una irremediable miseria. Todos los viajeros notan cómo supera en China el número de hombres al número de mujeres. Una parte de éstas perecen al nacer por mandato de sus padres, los cuales se creen, allá en sus supersticiones, con derecho á darles muerte, porque antes les dieran vida. Y eso que tienen una salida segura, la venta. En casi toda China, el servicio está en manos de mujeres. Y las mujeres que sirven están en verdaderas condiciones de siervas.

II.

La familia china se instituyó tres mil cuatrocientos sesenta y un años antes de Jesucristo, y fué su autor Fou-hí, quien reguló el matrimonio, combatiendo así la poligamia como la poliandria, es decir, la terrible promiscuidad, imperante por costumbre allá en edades prehistóricas. Y también se dice que había entre los chinos una institución, llamada el matriarcado. Con escribir su nombre se escribe la naturaleza de tal institución, que significa jefatura del sexo femenino en las familias. Antes de Fou-hí, cuentan las antiguas historias chinas, los

hombres conocían á sus madres, pero desconocían á sus padres por completo. Esta revelación indica bien claramente la diferencia entre los tiempos de las familias constituídas y los tiempos en que los hombres se hallaban tan abajo por las gradas del mundo animal, que admitían para la difusión de su especie hábitos propios de las especies inferiores. Al constituir el Imperio la familia, constituyóla sobre bases imperiales; y como en estas bases no podía entrar una desconocida igualdad, quedó la mujer sujeta de suyo al hombre, cual quedó el hombre sujeto de suyo al emperador. Los proverbios chinos declaraban que, así como la hembra del ave suele volar con su macho, la hembra del hombre debe vivir inseparable con su marido. No le quedaba en aquella dura legislación al sexo débil ningún recurso: ni las instituciones ni las magistraturas lo defendían. El esposo puede proceder como quiera con su esposa. Y si procede mal, ésta debe dirigirse al cielo, invocar á los espíritus, refugiarse allá en sus capillas y en sus santuarios, hacer ofrendas, colgar exvotos, recurrir á sacrificios y librarlo todo en manos de la diosa misericordia, porque las leyes no tienen fórmula en su favor, ni la sociedad entrañas para ella, desde los días en que la entrega por casamiento á merced y arbitrio del marido. En los símbolos chinos, la mujer está representada por una teja y por un ladrillo, á causa de que á un ladrillo todo el mundo lo pisa, y de que una teja se halla expuesta de suyo á las injurias de los elementos. Si el hombre piensa, la esposa debe ser afirmación de su pensamiento; si cree, áncora de su fe; si habla, eco de su palabra; si anda, sombra de su cuerpo; si reza, repetición de sus oraciones; y hasta si muere, muerta; porque no existiendo aquellas hogueras, en cuyo fuego solían las viudas indias desaparecer abrasadas, existen otros muchos medios de seguir hasta más allá del sepulcro y en los senos de la eternidad á su marido, emperador y dios, según las tradiciones y las costumbres chinas.

III.

Todos sabemos que estas costumbres impiden á las chinas el salir de casa y el comunicarse frecuentemente, no sólo con la sociedad exterior, sino con el mundo exterior también. Por todo cuanto nosotros tenemos de orientales, guardamos frases y modos de decir cual éste que sigue: «La mujer honrada, la pierna quebrada y en casa.» Y los chinos, para cumplir mejor con la supersticiosa creencia de que la mujer no puede á sí guardarse, y necesita estar guardada por grande vigilancia, que oponga obstáculos materiales á su libertad, mutilan sus pies, hasta reducirlas á triste inmovilidad, aunque sirvan oficios los cuales necesiten ó pidan agitación y movimiento. Lirio de oro llaman á las extremidades inferiores así mutiladas los que se dejan tiranizar en los pueblos orientales por la costumbre, cosa no extraña ciertamente para los tiranizados hoy mismo por la moda en los pueblos modernos. A la edad de seis años las pobres niñas ven el desarrollo de sus pies enteramente suspendidos por ligaduras que los aprietan de un modo extraordinario, y que los disponen á manera de arco, estropeándolos y reduciéndolos á una terrible atrofia, mediante la cual ni pueden caminar rápidamente, ni estar de pie, ni sostener ningún peso, ni entregarse á ninguna faena; teniendo que servirse de los brazos como de un balancín para no caerse, y que sacudir su cuerpo en bruscos y contrarios movimientos, que les dan aire de ave más ó menos herida, cuyas alas se arrastran por el suelo, y de vela más ó menos agitada por el marino viento. Dígase lo que se quiera en libros múltiples por los apologistas, que hoy el pueblo chino encuentra en todas las literaturas europeas, aquejadas de retrogradaciones extra-

vagantes á lo pasado; si bien es cierto que la mujer toma parte muy activa en los oficios familiares, hasta el punto de no emprenderse trabajos manuales sin su concurso, ni celebrarse tampoco ceremonias religiosas sin su cooparticipación, la inferioridad respecto del hombre por tal manera se patentiza, que vive y muere la infeliz en perpetua tutela, no asentándose á la mesa nunca jamás en los días solemnes y en las fiestas mayores, no mostrándose al huésped y al extraño, encerrada, como un instrumento de trabajo, en los almacenes, ó como un ave canora, en las jaulas, dentro de aquella parte del hogar que les pertenece, la más recóndita cárcel, no santuario.

IV.

Dicho, recordado esto, paréceme bien añadir la causa y motivo que han ocasionado ahora mi dicho y mi recuerdo. Acaba de morir en Pekin una señora, que ha derogado por sí, para sí, en sí, estas leyes, y hecho singular excepción á estas costumbres, ejerciendo una tiranía, la cual, movida del miedo, y escudada por la debilidad, ha superado en crueldades y en fuerzas á las tiranías más varoniles y poderosas. Refiérome á la emperatriz, madre del emperador celeste, muerta el mes pasado. Simple comparsa de favoritas en harenes recatados y silenciosos, la belleza nativa que adornó su rostro le atrajo á los brazos, y la gracia indecible que adornó su alma le fijó á los pies el emperador celeste: cosa frecuentísima en la poligamia, que suele saciar los apetitos animales, y despertar á esta inevitable saciedad afectos puros, y vivos y singulares hacia una sola mujer en los corazones cariñosos. Durante todo el califato de Córdoba, la sultana favorita reluce como el califa,

estrellas dobles de aquel cielo deslumbrante. Al oir el nombre de Sobeya, diriais que huele á rosa la Historia cordobesa, y el aire canta como henchido por pespunteos de guzlas melodiosísimas, y la poesía erótica del semita soñador y soñoliento abre sus alas, que penetran por las áureas celosías, lo mismo en el haren de los amores, que en el serrallo de los cónsejos. Una sultana favorita determinó las acciones más gloriosas del primer guerrero árabe, de Almanzor; y una sultana madre sostuvo como canéfora gigantesca el reino de los nazaritas sobre su cabeza de maga en la triste desgracia de Boabdil.

V.

Tsou-Hsi llamábase la emperatriz recién muerta. Tres generaciones de monarcas ha gobernado á su guisa la difunta, moviéndolos cual el titiritero en los teatros de títeres mueve á los obedientes polichinelas. Ese imperio, que llega desde Mongolia y Tartaria, en su inmensa extensión, hasta el mar amarillo, se ha dejado gobernar por la débil mano de una pobre mujer. Influyente con su esposo, influyente con su hijo, no cumplió la máxima de Maquiavelo, que aconseja en su apotegmas políticos á los príncipes la retirada del trono, cuando muere aquel ó aquellos por cuyo graciosísimo favor ó cesión reinan y gobiernan. Muertos el esposo y el hijo de la emperatriz, recayó primero en su cuñado y después en su sobrino la corona china. El parentesco entre afines parece ocasionado á disturbios domésticos. Pues la emperatriz coreinó con su cuñado, y cuando creyó que no la obedecía y acataba éste, lo puso en la calle, sin que chistara el destituído, y se alzó ella sola con la gobernación pública. O debían ser ellos muy débiles, ó

debía ser ella muy fuerte, cuando reinó sobre su esposo primero, sobre su hijo después, más tarde sobre su cuñado, y lo que parece imposible, sobre su imperial sobrino, quien vivió resignado á parecer pupilo suyo, hasta hoy mismo, en que ha recogido su postrer aliento y encerrándola en su ataúd, reinando de nombre antes y por mera honra.

VI.

Francamente, no tiene muchas razones el sobrino para estar obligado á su tutora. No fuera tan excelsa tía una Blanca de Castilla, ni una Isabel la Católica, ni una Isabel de Inglaterra, ni una María Teresa de Austria, ni una Cataliua de Rusia: en su tiempo los moscovitas han ido sustituyendo á los tártaros, padres de la dinastía, por los linderos boreales del imperio; la Mongolia, con sus estepas heladas y sus tradiciones áureas se ha ido desgajando poco á poco del celeste dominio que se imaginaba la cúpula de nuestro planeta; los títulos de propiedad suprema sobre Corea se han borrado con caliente sangre; se han visto los irruptores triunfantes entrar á cañonazos por tierra y mar en el golfo de Petchili, arteria principalísima de tan vasta región; las dos capitales, Mugden y Pekín, ésta capital política, y religiosa capital aquélla, han estado amenazadas de asedio; la isla de Pescadores, marítima estación de primer orden, luce bandera del Japón; y no se ha librado China de terribles desmenbraciones y quizás de segura muerte, sino recibiendo, con hierro candente sobre sus carnes vivas impreso, el clavo de la servidumbre que le ha puesto Rusia, y que si le conserva la existencia es á cambio del honor.

VII.

Voltaire decía que mandan las mujeres cuando reinan los hombres, y cuando reinan las mujeres mandan los hombres. El dueño de Pekín y sus numerosos dominios durante todo el reinado de la muerta fué un estadista, cuyo nombre, difícil de pronunciar, hay que aprender, como el nombre de Bismarck, ó de Crispi, ó de Gladstone, ó de Cánovas, en el europeo continente, por haber él determinado la política del continente asiático años y años, rigiendo de virrey, ó de vice-dios, el más vasto imperio de la tierra. Se llama el favorito Li-Hung-Chang, quien, después de asistir como figura impelida por mecánico movimiento á la coronación del czar, se pasea hoy por Berlín; se asienta muchas veces á la mesa del emperador, aunque no le ofrezca perro asado y nidos de golondrinas, siendo además, en esta misma hora, huésped festejado y atendido del glorioso Bismarck. Como supo dominar el ánimo de la emperatriz, nadie hoy atribuye á ésta las desgracias del imperio chino; todos se las atribuyen al privado. Los que imperan sobre los hombres desde tronos absolutos, acaban por odiar su propia grandeza ó autoridad, y gustan de cederlas á cualquier favorito, para declinar en sus espaldas la pesadumbre de los negocios, y en su nombre, por consiguiente, la responsabilidad. Y si el celeste continental imperio se ha dejado sobrepujar por los isleños japoneses y vencer en Mandchurria y en Corea, en tierra y en mar, nadie pide cuentas á la emperatriz fallecida; todo el mundo se las pide á su torpe ó infeliz privado, creyendo iba éste á recibir el cordón de sus señores para inmediatamente ahorcarse, y maravillándose de que aún impere y prive. Pero nadie sabe qué hará el sobrino, libre de la in-

sufrible tutela impuesta por su tía, predominando á este respecto, al respecto de la política imperial futura, un misterio tan espeso y obscuro como el que predomina en los reinos de la muerte.

VIII.

El tiempo y la experiencia, que tanto desengañan y escarmientan al mayor número de los mortales, no han hecho en mí otra obra sino robustecer y afirmar los principios capitalísimos á que prestara culto en mis lejanas juventud é infancia. Hoy creo, como ayer creía, en la libertad individual; hoy creo, como ayer creía, en la justicia y necesidad de reconocer y asegurar por el Estado esta libertad en todos los ciudadanos, como está reconocida y asegurada por Dios en todos los hombres; hoy creo, como ayer creía, no existir gobierno superior al gobierno parlamentario, contenido y encerrado en la forma republicana. Los cambios de mi vida, tan cacareados, hanse reducido á preferir, entre la República federal, objeto de mis ansias cuando por los encrespamientos revolucionarios temí la dictadura militar, y la República unitaria, que me parece la Nación en acto y en ejercicio completando la independencia nacional con el gobierno de sí misma, esta segunda forma de gobierno, mediante la cual tan sólo podría servir á mi patria yo mañana, como la he servido ayer, por hallarse á la República unido el culto político mayor de mi alma y la historia entera de mi vida. Y no solamente persevero en mis principios, persevero en mis hábitos de celebrar aquellos aniversarios, conmemorativos de beneficiosos hechos en la humana historia y trascendentes al progreso universal y á la realización de los ideales progresivos. Así no dejó nunca de conmemorar el ca-

torce de Julio, que recuerda una fecha tan gloriosa como la expugnación y toma de aquel bastión formidable llamado Bastilla, cuyas piedras servían de base á todas las instituciones y á todos los privilegios abominables, desde aquella Realeza tradicional que pesaba con su régimen despótico sobre nuestras espaldas de siervos hasta la inquisición, que penetrando con sus humaredas y sombras en el alma, suprimía su pensamiento y su conciencia. De aquel hecho provino el régimen parlamentario con que hoy nos gobernamos; de aquel hecho la libertad de que hoy vivimos. Y bien merece día, como este glorioso, en que aquistamos bienes tan excelsos, una conmemoración regocijada y sincera. No ignoro yo cómo el régimen parlamentario, por lo mismo que vive y gobierna, sufre los combates dirigidos en su contra por aquellas inteligencias que sueñan á una con el advenimiento en los tiempos futuros de locas y fantaseadas utopias. Hace pocos días un respetable diputado de la nación decía en las Cortes nacionales que jamás tomaría en serio su partido el régimen parlamentario. Hace poco más de tres semanas que otro respetable diputado monárquico presagiaba en la tribuna francesa con agoreros acentos la destrucción del régimen parlamentario, creyendo que con él se vendría también á tierra todo el régimen democrático moderno. Y no es lo peor esto; lo peor en sentir mío es observar como régimen, de suyo tan perfecto, donde la estabilidad y el movimiento se combinan de modo tan maravilloso, pues bien montado, no puede precipitar el movimiento de avance, ni retroceder hacia ninguna reacción, recibe hoy el embate de aquellos que dicen amar la democracia, la libertad, la república, proponiendo para contenerlas un poder ejecutivo muy parejo con el antiguo régimen y una representación á su vez nacional muy pareja con las antiguas Cortes. Yo conozco las causas ocasionales de un estado mental semejante y las creo todas pasajeras. Los abusos del poder legislativo por los diputados franceses anulando la presidencia y el gobierno han traído sobre las Cámaras ó Parlamento

un descrédito é impopularidad tan enormes como los que sintió el régimen cesarista cuando, en la omnipotencia de su orgullo, pusiera sobre todo el poder ejecutivo, y anulara el poder legislativo, y el régimen salvador de las dos Cámaras, á que debe hoy Europa entera, quien lo practica en todos sus pueblos, con excepción de Rusia y Turquía por un sí, de Suiza por otro sí, la libertad y la paz. He nombrado á Suiza, y nombrando á Suiza, he nombrado también uno de los factores que más contribuyen al descrédito del régimen parlamentario, tal como lo comprendemos y lo practicamos nosotros, ya sea bajo la monarquía, ya sea bajo la República. El estado de perfecta dicha, en que tan feliz tierra se halla y la estabilidad completa de sus gobiernos, amovibles á plazo breve y perdurables por la reelección, como el gobierno más monárquico, de tal suerte contrastan hoy con la incoherencia de los programas parlamentarios franceses, innumerables como las hojas y con la movilidad voluble de sus mayorías, tumultuosas y cambiantes como las ondas, que piden muchos demócratas á voces una división de poderes igual á la helvética, sin alcanzar que así como un referendum sería un plebiscito, y un plebiscito sería entre nosotros la dictadura, si lo trasladásemos á Francia y España desde Suiza; la encarecida y alabada división de poderes, en esta última república tan saludable, traeríamos á España el absolutismo y á Francia el imperio. Por eso, porque toda la felicidad política y social, que podamos allegarnos, está unida con el régimen parlamentario, lo proclamo yo como la forma de gobierno más perfecta que han obtenido las sociedades humanas y celebro los días de sus triunfos con la devoción y el entusiasmo con que puedan celebrar los fieles cristianos una festividad religiosa. Recuerdo haberme yo hallado en Francia, cuando mis amados correligionarios y amigos, los jefes de las escuelas republicanas, escogieron un día de fiesta nacional que sustituyese al quince de Agosto, la fiesta del Imperio. Predominó el catorce de Julio, en que tomaron la Bastilla nuestros padres para sal-

varnos y redimirnos á todos, según deseaban Gambetta, Spuller, Ferry con muchos eminentes republicanos; pero Julio Simón y Thiers hubieran preferido el cuatro de Agosto, en cuya noche, ¡bendita noche! se proclamaron los derechos humanos, mientras en el seno de la confianza, con el influjo que me daba el afecto de mis amigos, yo les aconsejaba prefiriesen, por amor al régimen parlamentario, por culto á la tribuna de Mirabeau y de Barnave, por consideraciones á la Europa continental toda, que le debió el régimen liberal moderno, la fecha en que concluyera y rematara sus creadores trabajos en Francia la inmortal Asamblea Constituyente.

IX.

La fecha de esta voluntaria disolución, 30 de Septiembre, año 1791, permanecerá en la memoria humana entre las más gloriosas fechas de sus largos anales. Quizás no hay Asamblea, sobre la cual se hayan más anatemas lanzado y que los haya menos merecido; al contrario, un laurel de inmortalidad brotará sobre su tumba, extendiendo imperecedera sombra en las sienes de cuantos la compusieron y honraron. Estruendosa es la tempestad, asesino el rayo, pavoroso el trueno, deslumbrador el relámpago, una calamidad terrible mientras dura, que agita los nervios y aterra los ánimos; pero ved sus efectos después de haber pasado: el suelo húmedo, el aire puro, vívidos los resplandores del día, despejado el horizonte y de una transparencia increible, los pájaros garridos, las flores aromáticas, la savia redoblada, intensa la vida; y decidme cuántos motivos hay para loar aquel fuego celeste que os aterrara, y bendecirlo como si fuese una directa emanación de Dios. La reacción de todo lo ideal contra todo lo real; el disgusto de lo presente,

á cuya virtud creemos que cualquier pasado tiempo fué mejor y será mejor también cualquier venidero tiempo; la prueba diaria recibida por los hechos de las impurezas connaturales á toda vida y con toda vida coexistentes; los innumerables abusos que han maleado las costumbres en el régimen parlamentario; la existencia misma de tal perdurable sistema, traen terrible descrédito sobre los Parlamentos, á pesar de que ninguno, entre los condensadores de las ideas humanas, se le acerca en beneficios; y no existe libertad posible, ni orden regular, sino allí donde los Parlamentos reinan, legislando dentro de sus atribuciones propias y esclareciendo con el resplandor de su palabra y con la sabiduría de su consejo el espíritu general y todos los poderes públicos.

X.

Maestros de filosofía y literatura, creyendo dirigir los hechos con el imperio y desembarazo con que se dirigen las ideas; acostumbrados á teorizar y exponer fórmulas abstractas, como el algebrista sus letras combinadas, en la pizarra de sus entendimientos dados al culto de las abstracciones, abominan del Congreso Constituyente francés, por la incoherencia de sus propósitos y proyectos, por el atropello de sus resoluciones, por la falta de lógica en su sistema político semejante al caos, por su triste sumision al influjo todo poderoso de las tribunas, por el calor de las discusiones, por la contradicción de los acuerdos, como si fueran los diputados números de Pitágoras y entelequias de Aristóteles, nacidos á lo Minerva de la cabeza de cualquier Júpiter metafísico, dotados del don de los milagros y aptos para cambiar y remover el mundo al fiat salido de sus labios; como si tan de grado el barro de la mate-

ria ó de la sociedad, que da lo mismo, se sujetase á los decretos del espíritu. Que hicieron una obra de difícil aplicación, cierto. No llegaban en tiempo de armonía, llegaban en tiempo de combate. No crearon el estado mental donde se inspiraron, recibiéronlo formado por el transcurso de todas las pasadas edades y por el movimiento de todas las humanas ideas. Para destruir el régimen absoluto antiguo tuvieron que oponerle sin remedio la nación soberana. Sucedia en este tiempo lo mismo que sucedía en el término y fin de los tiempos medio evales: no dejándose gobernar los pueblos, sino por medio del delegado de Dios, por el derecho divino, pasaba el derecho divino, fórmula de semejante estado mental, desde la frente del Pontífice, como corona delegable, á la frente del Rey, como desde la frente del Rey pasó en los períodos revolucionarios á la frente del pueblo. La ciencia llegó desde el derecho divino de los antiguos jurisconsultos ó de las romanas Universidades al derecho humano de los filósofos modernos y de la moderna filosofía. El sistema ó idea de que las naciones existen por sí, en sí, oponíase al sistema ó idea de que realeza existe por sí ó en sí, como algo anterior y superior á la sociedad misma. El Rey había heredado este último sistema y lo encarnaba en su persona, representante de los muertos, con quienes vivimos por el recuerdo; la inmortal Asamblea por su parte representaba ó encarnaba el sistema opuesto, el sistema nacido del desarrollo de la ciencia cada día más racional, del desarrollo de la religión cada día más tolerante, del desarrollo de la idea del derecho cada día más humano, del desarrollo de la sociedad cada día con mayor confianza en que llevaba su dirección propia y su gobierno natural dentro de sí, como dentro de los cuerpos está el cerebro y dentro de los espíritus la conciencia, y no dentro de instituciones juzgadas celestiales y puestas en cielos altísimos, que se creen generar la sociedad misma; y así, mientras la idea del Rey miraba siempre á lo pasado, sin acordarse de lo presente, y menos de lo porvenir, la idea del Congreso miraba siempre á lo porvenir, sin acor-

darse para nada de lo presente, y menos de lo pasado; por cuya razón, las generaciones, vivas entonces, quedaron aplastadas entre tan grandes contrarias moles chocando entre sí, pues ambas se curaban de los tiempos pretéritos y de los tiempos futuros, sin circunspección de ningún género, con la implacable indiferencia de los llamados á levantar y sostener obras eternales.

XI.

Muchas y muy gloriosas Asambleas ha tenido el mundo. Atenas y Roma no brillaron, sino mientras la elocuencia brilló en ellas; el pueblo germánico mereció, magüer bárbaro, heredar al mundo antiguo, porque callaban los senadores romanos, y en el campo de las floridas mayas alemanas se oía resonar, sobre los cuchillos y los escudos, la palabra; no fuera, no, religión de religiones el Cristianismo, si no presentase aquellos concilios, que difundieran desde la unidad del hombre hasta la dividad del Verbo en la conciencia universal; más que por sus ejércitos, por sus oradores, hanse inmortalizado en el mundo las gentes galas, afluentísimas; el protestantismo se hubiera trocado en desarrollo natural del catolicismo, si al Pontificado se le ocurre oir la voz de los grandes pensadores eclesiásticos reunidos en Basilea y en Constanza; por una dieta se afirmó el dogma de los pueblos alemanes y sajones, por la dieta de Ausburgo, y por una grande Asamblea, el dogma de los pueblos latinos, por el concilio de Trento; más hermoso que aquel espacio de la señoría en Florencia, el recuerdo eternal de los comicios celebrados entre tantas obras del arte; mayor Venecia, como Inglaterra, que por su navegación y por su trabajo, por su Parlamento; imperecedera la memoria del si-

glo XIX español por su tribuna; mas entre tales grandezas, levántanse aquellos representantes de los Estados Generales, que se truecan, desde simples consultores, en diputados soberanos; que cierran la edad del absolutismo y abren la edad del derecho; que arrancan al brazo del siervo la marca infame del esclavo servil; que reconocen el fondo común religioso en las diferencias de cultos; que á la idea le quitan su mordaza, el censor; que para siempre apagan la hoguera de los sacrificios, donde ardiera la sangre nuestra, extinguiendo las llamas voraces del tribunal de la Inquisición; que hicieron á todos libres, á todos iguales, á todos hermanos, al aplicar los axiomas del divino Evangelio con los pensamientos del humano saber, á la sociedad y á la vida. Tras todo esto, decid que Mirabeau se vendía, que Robespierre conspiraba, que las sesiones eran tumultuosas y los oradores garrules, y el público insolente, y la Constitución disparatada, y el Rey esclavo, y el pueblo anárquico y el terror eterno, ignorando cómo empieza toda la creación por el caos, y no podía exentarse de tal período la creación revolucionaria. Cuando Taine se pone, como Buffón, sus vuelillos de catedrático, ase con los dedos sin mancha su muy académica pluma de gran escritor; y dentro de su biblioteca, sin polvo y sin ruido, colocados los piés sobre un calentador, y los ojos en volúmenes encuadernados perfectamente, analiza el Código de la grande Asamblea, exigiéndole una distribución de poderes á lo Spencer y sus sociologías, aparéceseme como un fisiólogo fantaseador, pidiendo al feto en su período claustral aquellas armonías de huesos, y aquellas distribuciones de humores, que sólo pueden dar el desarrollo natural de los seres y el tiempo creador de las cosas, al aire libre y á la luz vivificadora. Yo lo declaro; yo no puedo pasar los ojos por la Asamblea de Versalles en 1789, y por la Asamblea de Cádiz en 1812, no, sin experimentar el escalofrío producido al contacto de la red nerviosa nuestra con lo sublime y con lo sobrehumano. El mundo francés y el mundo español, que fueron antes de tales Asambleas, se diferencian tanto del mundo

español y del mundo francés, que serán después de tales Asambleas, como se diferencia el mundo antiguo, que cae antes de la Cruz, del mundo cristiano, que cae después de la Cruz. Quienes abolieron la horca del señorial Castillo, la monarquía del abominable absolutismo, la Inquisición del clero teocrático, la servidumbre del trabajador, la esclavitud del negro, la barca del negrero, bien merecerán que lo porvenir les erija templos y les presente altares, como las mitologías clásicas á sus bienhechores semidioses.

XII.

Parece imposible que nos fijemos tan poco en todos los hechos superiores del espíritu, y tanto en los brutales hechos del mundo. Que un robo se comete, que una bomba estalla, que riñen dos chulos navaja en mano, que aparece una mujer asfixiada en su lecho; los telegramas y los relatos de tales acaecimientos no cesan un minuto, y los comentarios á ellos puestos, llenan las hojas diarias y las diarias conversaciones, en tanto que nadie se acuerda del hecho científico que ha revelado un sabio y de la obra inmortal que ha producido un artista. No está entre mis achaques la propensión al pesimismo, y sin embargo, me desespera y me hace renegar de mi sociedad y de mi tiempo, la indiferencia general ante sucesos, que importan á la humanidad de manera tal, como el impulso dado por nuestro Pontífice León XIII á la unión entre los pueblos cristianos y sus respectivas comuniones religiosas bajo la ecuménica Iglesia romana. Todavía no hace dos años que se reunieron en la Ciudad Eterna los delegados de las Iglesias orientales ortodoxas idos allí en busca de inteligencias entre ritos y rituales y liturgias que pudieran preparar la unión á su vez entre los

dos grandes fragmentos del cristianismo, el occidental ó romano, el oriental ó griego. En este período de tiempo la inspirada inteligencia del Pontífice ha tendido, no solamente al fin y objeto de unir Constantinopla con Roma, separadas por muy poco, al fin y objeto de reincorporar al mundo romano el mundo germánico y el sajón, que se apartaron por motivos tan trascendentales como los que resultan en la revolución religiosa del siglo décimosexto; y cual en los tratos con las iglesias orientales el Pontífice llevó tan lejos respecto de todo lo canónico su tolerancia, que llegóse á creer permitiría el matrimonio á los clérigos, en esta parte de la disciplina eclesiástica rebeldes, y en todo lo dogmático espiritual ortodoxos; durante los tratos con las iglesias occidentales el Papa oyó tanto al religiosísimo inglés Halifax que pudo éste prometerse y conseguir del gran orador Gladstone publicara en magistral revista un magno artículo religioso pidiendo la validación por el Sumo Pontífice y el romano clero de las ordenaciones anglicanas. Imposible haya fenómeno espiritual tan importante como estos tratos, cuya virtud no se halla en el resultado, se halla en el intento. Y sin embargo no hemos querido comentarlos ni con una sola palabra en dos consecutivos años; ni siquiera conocerlos en sus fases y en sus circunstancias. E igual sucede ahora. En comienzos de Junio León XIII publicó una encíclica diciendo por medio de fórmulas generales cómo podrían uniformarse las iglesias cristianas y aduciendo las demostraciones persuasivas de que sólo en Roma y por la Iglesia ortodoxa con su pontificado sería posible la indispensable unidad. Y con esta ocasión y este motivo háse armado una polémica entre los órganos de las iglesias latinas y griegas demostrando el poco camino que hace la unión en los espíritus, pagados de sus respectivas creencias y apegadísimos á sus seculares tradiciones. La encíclica del Papa no puede ser más perfecta por la profundidad insondable de sus pensamientos y por las coordinaciones de estos pensamientos en una ordenación matemática, la cual no excluye ni el arte inspirado, ni la elocuencia en el

estilo. Desde la niñez los católicos viejos aprendemos todo lo capital aducido por el Papa en pró de la Iglesia católica y lo llevamos en el alma por la doctrina cristiana y por la educación religiosa como llevamos en el cuerpo las asimilaciones de átomos debidas á la nutrición y á la respiración. Pero, alejados del oriente continental, nosotros, los últimos occidentales de la sacra Europa, no conocemos apenas los argumentos opuestos por la Iglesia griega siempre á las pretensiones de Roma y ahora con especialidod á la encíclica reciente del Papa. Los paralelos entre ambas iglesias han abundado en copiosa excepcional abundancia. Y debemos estudiarlos, aunque ofendan nuestros sentimientos religiosos, primero porque nacen de una obra tan importante como la encíclica romana, y después porque patentizan con cuál género de obstáculos tropezará el Pontífice para su obra divina de la reconciliación universal entre todos los cristianos.

XIII.

Ante sus paralelos entre la Iglesia latina y la Iglesia helena, los griegos se extasían y declaran que Iglesia de tal naturaleza, como la suya, tiene grandes probabilidades de renovar por sus dogmas y por sus prácticas la moderna civilización. Su gobierno y su administración parécenles á sus principales sectarios el gobierno y administración de los tiempos evangélicos, por las felices combinaciones entre su principio de variedad y su principio de unidad. En lo antiguo, el patriarca de Constantinopla nombraba los obispos á su arbitrio; y este nombramiento llenaba, como es natural, de lumbreras suyas todos los Estados. Y dentro del Oriente, como dentro del Occidente, se había producido por precisión, en la rica variedad

de nuestra vida, la variedad también de necesarias nacionalidades. El espíritu, que en diversos grados de desarrollo se encarna, el espíritu aparece como espíritu de nación antes de ser espíritu de raza y antes de ser espíritu universal de la humanidad, donde terminan sus progresiones. Y al espíritu nacional de cada uno de los pueblos cristianos nacidos en Oriente, repugnaba tener obispos extranjeros, fuera de los límites de su nacionalidad, y sometidos para mayor desgracia por completo á un jefe de infieles, al sultán de Constantinopla. Bajo este inmenso peligro no hubo más remedio que constituir un jefe espiritual dentro de cada Estado; rodear este jefe de un Sínodo religioso que lo esclareciera y le auxiliara; mantener estrechas relaciones con la sede primera del helenismo, con la ciudad de Constantinopla y con su jefe el patriarca ecuménico, á fin de que á la individualidad de los griegos y á su nacionalidad correspondiese un elemento que completase todas las evoluciones en la universalidad de la Iglesia griega, cuyo seno debió confundir Dios con la humanidad por una difusión del espíritu divino en las venas del hombre y una exaltación del hombre hasta lo eterno y lo perfecto. Así, por medio de los Sínodos existentes en cada una de las nacionalidades helénicas, desde Petersburgo hasta Belgrado, y desde Belgrado hasta Atenas, se realiza el principio de variedad nacional, y por medio del patriarca el principio de unidad cristiana, cumpliéndose de esta suerte una ley misteriosa que obedece á los elementos universales del Espíritu, de la Naturaleza y de la Historia.

XIV.

Y en esta idea nacional se funda su sentimiento último de superioridad verdadera sobre los demás pueblos cristianos.

Poseídos de esta idea de superioridad respecto á los latinos, inútil decir qué pensarán y creerán respecto á los musulmanes. El helenismo es el sólo poder moral, según ellos, bastante fuerte á desarraigar el islamismo y sustituirlo con una idea más progresiva y más santa. Cuando divisáis una iglesia oriental ó moscovita; cuando veis sus cúpulas áureas rematadas por la cruz griega; cuando penetráis en su vestíbulo misterioso; cuando una vez dentro del edificio advertís los santos litúrgicos, destacándose en su rigidez y en su austeridad del fondo de oro; el santuario cerrado por puertas lujosísimas, á través de cuyas celosías, en crepúsculo verdaderamente místico, se celebra el sacrificio de la misa, acompañado por salmodias severas, realzado por ceremonias orientales, vistosísimo á los ojos por causa de las dalmáticas esplendorosas, de los hábitos de mil colores, de los incensarios de oro, de los ropajes y preseas; si advertís que las cabezas de los fieles se inclinan hasta tocar con la frente en tierra, mientras los brazos del sacerdote se elevan como si quisieran tocar con su esmaltado cáliz bizantino la bóveda del cielo, tened por cierto que en todas aquellas manifestaciones del arte, en aquellas notas del cántico primitivo, en las plegarias de las almas, en los rumores de los rezos, se oculta la eterna incontrastable aspiración, transmitida de siglo en siglo, á restaurar la sede cristiana del imperio bizantino y á rematar con la cruz griega á las orillas del Bósforo de Tracia la maravillosa cúpula de Santa Sofía, verdadero Vaticano del Oriente.

XV.

Esta basílica se aparece á los ojos deslumbrados de los fieles entre arreboles legendarios, tal como la ideó Constantino

al romper la tierra de Bizancio para fundar la Alejandría de Europa; tal como la construyó y la ornó el buen Justiniano, circuído de sus compañías de masones que llegaban del iniciador Oriente, y traían reminiscencias de las fábricas de Salomón; mística iglesia levantada entre las ruinas del mundo antiguo, como la nave de Noé, flotante en el universal diluvio; mística iglesia que han compuesto los ladrillos de Rodas, que han ornado los despojos de las romanas conquistas; en cuyas paredes se veían las ocho columnas de mármol verde de Epheso, guardando aún el reflejo de Diana, y las otras ocho de obscuro pórfido traídas del templo de Balbek, consagrado al sol; las lápidas de frigio jaspe blanco, atravesado por vetas de rosa, y las de libio jaspe celeste; los mosaicos y los cuadros de la más ortodoxa escuela bizantina, todos resplandecientes de oro y de cristales, rompiendo y reverberando la luz desprendida de las mil lámparas, cuyas mechas alimentadas por olorosos aceites, iban á formar juntamente con los cirios como puntos de mágicos colores en las facetas de los brillantes y demás piedras preciosas, sembradas por los altares y por los santuarios, dignos todos del soberbio esplendor y del fastuoso lujo de la antigua Asia, la cual jamás vió en sus colosales monumentos una rotonda como esta rotonda, á la que se prenden todavía las místicas oraciones y las consoladoras esperanzas de toda la raza griega. Y estas esperanzas se exaltan á impulsos del dolor cuando recuerda el corazón despedazado la profanación del templo, la caída de sus altares, la desaparición de sus mosaicos, la ruina del santuario, la sustitución de la cruz griega por la media luna muslímica, la entrada de Mahomet á caballo en el templo ensangrentado, recordando la entrada de Tito en Jerusalen, y la desolación y la servidumbre de la Iglesia, señora de las iglesias y de la ciudad, soberana de las gentes. Una tradición antigua, consuelo de todos estos dolores, una tradición que los griegos cuentan á los griegos en todas sus generaciones. Era el día de la conquista. Los fieles que no pudieron ir hacia las murallas á pelear y morir

heroicamente con el último de los Constantinos, se refugiaron en el templo á impetrar la divina misericordia. Decíase la misa como si nada al exterior pasase. El aroma del incienso se mezclaba con el hedor de la sangre; el cántico de los sacerdotes con el grito de los heridos y de los moribundos; el rumor de los rezos con el estruendo de las armas; y de pronto, en la ceremonia más solemne de la misa, el conquistador aparece como si fuera montado en el caballo fantástico del Apocalipsis, asemejándose á los ángeles exterminadores, con la cimitarra chorreante de sangre en las manos, y los relámpagos de la cólera guerrera en los extraviados ojos. El sacerdote interrumpe el Santo Sacrificio y huye con los fieles. La puerta por donde ha huído se tapia milagrosamente y desaparece. Mas pronto caerá la media luna, y entonces el sacerdote fugitivo se levantará de su sepulcro para celebrar esta pascua de su raza. La misa que había dejado interrumpida por cuatro siglos, se reanudará en el mismo instante. Las lámparas de oro vendrán como un enjambre de estrellas á beber en el santuario su lumbre. Y Santa Sofía, resucitada, será más hermosa que en tiempos de Constantino y de Justiniano, como María en su asunción á los cielos, ó como Cristo en la mística montaña del Tabor.

XVI.

La ortodoxia griega se muestra, pues, á la manera del antiguo rito mozárabe español, como la más formidable enemiga de la religión musulmana y como la más viva encarnación del Cristianismo. Pero no cabe dudarlo. Hasta la hora de su separación definitiva del Catolicismo, la religión griega estuvo llena de vida, de ideas, con esa profunda interioridad psicológica

que anima las religiones vivas y les da verdadera virtud para saciar la sed del espíritu y calmar sus acerbos dolores. Todas las ideas de la filosofía entraban á una en su seno como ricos manantiales filtrados desde la razón humana en la fe sobrehumana. Todos los pensadores iban á su regazo completando las ideas platónicas con las ideas cristianas. Como aquella rica lengua griega no parece capaz de ninguna debilidad, ni de ninguna decadencia, la literatura heleno-cristiana competía con la antigua literatura clásica y continuaba su inmortal hermosura. El Crisóstomo hablaba una lengua tan dulce y San Basilio una lengua tan enérgica como los primeros escritores, bien al revés de esa literatura latina, tocada desde el principio de los tiempos eclesiásticos de una irremediable decadencia y de una hinchazón de muerte. Mas digamos toda la verdad; en cuanto el divorcio se consuma entre la Iglesia de Oriente y la Iglesia de Occidente, el helenismo eclesiástico decae, la antigua idealidad se extingue, y una vida mecánica y una fuerza temporal sustituyen al vigor de los dogmas y á la riqueza y á la variedad de las ideas. La ortodoxia griega se somete al Estado y se convierte en puro instrumento del Estado, en rueda de su máquina. El patriarca no dependerá de los Papas de Roma, pero pasará á cortesano primero del emperador. Las grandes discusiones sobre Dios, el Verbo, el Espíritu Santo, se reemplazarán por las disputas y los ergotismos teológicos acerca de obscurísimos puntos é intrincados é indescifrables problemas. Los circos sucederán á los concilios, y los azules y los verdes á los sabios elocuentes y á los Padres virtuosísimos. Por el trisagio, por el pan de la cena mística, por otras mil cosas teológicas, se empeñarán batallas en las cuales una mitad de los vencidos caerán muertos y la otra mitad esclavos, no quedando más recurso que el sepulcro ó el mercado. La pasión religiosa encenderá los ánimos, y los ánimos encendidos de ira incendian los templos y hospitales, donde mueren carbonizados millares de creyentes y millares de enfermos. La Iglesia latina podrá servir de ejemplo para demostrar cuán débil es un estado que se somete al clero;

pero la Iglesia griega servirá de ejemplo para enseñar cuán débil es un clero que se somete al Estado. Poco á poco, los emperadores bizantinos concluyeron por hacer de la religión una rueda mecánica del Estado.

XVII.

Y esta rueda llegó más tarde á caer en manos de los turcos, que la aprovecharon para montar la máquina de servidumbre donde debía languidecer el espíritu cristiano. Reprodújose muchas veces aquel tristísimo espectáculo de la España árabe, tan deplorado por todos los escritores cristianos y mártires, aquel espectáculo de un califa cordobés presidiendo sínodos cristianos, firmando símbolos y declaraciones de fe, árbitro de nuestras diferencias, juez de nuestras herejías, jefe de nuestra Iglesia, que hallaba fácilmente por la simonía obispos dóciles y fácilmente por el terror cristianos debilísimos, para que aquéllos decretaran y éstos cumplieran cánones opuestos á la fe de Cristo y á los dogmas de la Iglesia, sobre cuya santidad se sobreponían las exigencias de la política y las cábalas del Gobierno. La religión, por su naturaleza, no es el miedo, como suponían los antiguos al idear que el hombre alzó la cabeza á las alturas y prestó culto á lo desconocido el día que oyó bramar el huracán ó rugir el trueno; la religión es la idea humana que tiende á lo infinito como la planta tiende á la luz; el amor inmenso que se sobrepone y vence á las sombras de la muerte; la elevación del alma á las alturas inaccesibles del Eterno, desde donde baja en lenguas de fuego la revelación con todas sus sacrosantas inspiraciones sobre nosotros; la tendencia incontrastable de nuestro frágil y deleznable ser á unirse con el ser perfecto y absoluto; la nota divina que hay en todas las

artes; la melancolía infinita que hay en todos los amores; el vuelo místico hacia otro mundo mejor que hay en todas las grandes aspiraciones; la nostalgia del cielo, que hay en todas las almas; el deseo de convertir la vida entera en una nube de incienso que se eleve á las alturas y se disipe en la eternidad. No hay manifestación alguna del espíritu humano que tanto necesite de la libertad como las manifestaciones religiosas. Nacidas de lo más íntimo de nuestro ser; ligadas con toda la parte moral y toda la parte espiritual de nuestra naturaleza; las manifestaciones religiosas buscan á Dios, y en Dios encuentran toda su satisfacción. Si las sometéis al Estado, si las sujetáis á su arbitrariedad, si las resumís en los fines puramente mundanales, manchái el alma, y con el barro que ponéis sobre sus alas casi la imposibilitáis para lo infinito. Nada tan profundamente íntimo; nada tan espontáneo como la religión, que se confunde en esta espontaneidad y en esta intimidad con el amor. Desde el día y hora en que la sometéis á la fuerza, le quitáis toda su naturaleza. Así sucedió en Bizancio; y así el bizantismo ha sido proverbial en todas las lenguas de la tierra.

XVIII.

Han terminado ambos Cuerpos Colegisladores en España los debates acerca del Mensaje á la Corona, y con esta saludable terminación se han terminado también los debates acerca del magno asunto, nuestro por excelencia, del asunto de Cuba. Llenas de peligros estas controversias candentes, empeñadas entre guerras materiales, en que la sangre corre y el incendio arde, temiamos con razón incidentes desagradables sobre las causas de nuestras desdichas é imputación del origen y motivo

de ellas por unos partidos á otros partidos, estando todos en lucha. Por nuestra fortuna, el sentimiento nacional supera y sobrepuja todos los sentimientos en el corazón de los españoles y les arrastra, cuando cualquier peligro amenaza la nación, áun al sacrificio más difícil en pueblo elocuentísimo y amante de la elocuencia y de todas sus manifestaciones, al sacrificio de la palabra y de la frase. Tras la circunspección, á que ha obedecido toda la parte del elemento liberal, deseosa de reformas en Cuba, y las palabras elocuentísimas del Presidente prometiéndolas así que lo permita el honor de nuestras armas y el estado de nuestra guerra, no hay lugar á vacilaciones respecto del unánime afecto patrio y liberal, sobre todos los españoles imperante hoy en este gravísimo problema. Ni los liberales pretenden, según las declaraciones de sus primeros oradores, acabar sólo con reformas la guerra, ni los conservadores coronarla sólo con violencias. Los primeros comprenden que no se pueden hacer actos de soberanía en un territorio sino teniendo sobre él una dominación incontestada; y comprenden los segundos que no se puede continuar un régimen demasiado tirante allí donde por todas partes se respira el oxígeno de la libertad. Por fortuna el partido conservador español, con su ilustre jefe y amado amigo mío, el Sr. Cánovas, no adolecen de inflexibilidad y de intransigencia. Por el experimento saludable de las reformas democráticas, hecho en la península, generador aquí de una paz profunda y de una libertad sin límites, han sacado la cuenta de los bienes expectables en las Antillas á su aplicación, y no pueden retardarlas, y menos combatirlas. Así resulta lo que no podía menos de resultar, en la real viviente lógica de los hechos: resulta que todos tomamos como punto de partida el sistema progresivo, unánimemente votado en ambos Cuerpos Colegisladores, y todos miramos en este sistema un punto de partida necesario para futuros progresos. No desconfiemos, pues, de la democracia y de la libertad, en todo el mundo próvidas, en todo el mundo salvadoras. Cuba podrá merecer un castigo por haber desco-

nocido nuestro sumo derecho y haber lanzado sobre nuestra paz el brulote de su insurrección parricida; pero hasta en el castigo hay elementos regeneradores, los cuales acabarán por librar de monstruos aquella tierra, empapándola en la vívida luz de nuestro espíritu nacional.

XIX.

Muchas nubes pasan por el horizonte de nuestra España y una ligerísima por el horizonte de Francia en este minuto ha pasado. Cierto loco se ha permitido llamar el interés público sobre su persona, disparando un pistoletazo con pólvora y sin balas, al presidente de la república. No es mal recurso el disparar un tiro para despertar interés y atención en el público. Por las vías que todo lleva, y dadas así la curiosidad que provocan las fuerzas destructoras como la indiferencia con que todo acto bueno es acogido en esta fase pesimista del espíritu público, habrá necesidad previa de ser criminal para ser interesante. Así comprendo que por veto, no coercitivo, ya que á la necesaria libertad se oponga éste, por veto moral, convengan las gentes poco á poco en divertir la vista de los escándalos, resolviendo no leer sus noticias y relatos. Caserio mató al bueno é inocente de Carnot, movido del amor al renombre y á la gloria. Si entendiera que sólo conseguía el público menosprecio, sin vidas trazadas por los Plutarcos del crimen y sin retratos puestos en todas las Ilustraciones europeas, acaso no matara el cuitado á su víctima infeliz. Yo no digo se lleven las restricciones á la divulgación del crimen hasta los extremos donde las lleva Portugal, quien suprimiera casi todos sus periódicos por entender son reos de lesa moral pública cuando refieren las hazañas de los anarquistas barceloneses. El dere-

cho coercitivo no consigue fruto si están pervertidas las conciencias y las costumbres; se impone la coacción moral, nacida del consentimiento y del asentimiento de todos, por su virtud y por su eficacia. El exceso de interés prestado al crimen prospera éste; y tal exceso no puede curarlo quien escribe, sino por advertencias ó imposiciones de quien lee. Así el pobre loco parricida para su capote habrá dicho que si le hubiera pasado por el caletre la idea de hacer bien á alguien, quizás no lo notara el mismo beneficiado, mientras pasándole por el caletre la idea de atentar á un jefe de Estado francés en la fecha gloriosa del sitio y rendición de la Bastilla inspiraba todas las plumas, movía todos los telégrafos, animaba todas las conversaciones, y se hacía célebre. Pues que goce de su fama infame toda la vida en un manicomio. Y si con él pudieran encerrarse así el instinto de imitar lo perverso como el despotismo de la moda, iríamos ganando mucho.

XX.

Muchas y muy graves cuestiones se van aglomerando en Italia. El exceso de armamentos, á que la triple alianza y la política colonial condenan al pueblo italiano, trae dispendios, bajo cuya pesadumbre toda economía en las funciones mercantiles é industriales se perturba y se rompe ó desesquilibra todo presupuesto, no por excesivo, por incalculable. Ha querido el ministro de la Guerra ocurrir al mal del gasto dispendioso rebajando altos puestos con plazas numerosas en el estado mayor, y la corte le ha mostrado su disgusto querellándose de que olvidara como hay dos departamentos intangibles, uno y otro cortesanos por modelarse al pensamiento del Rey, los departamentos de Guerra y Estado, pues en el segundo,

en extranjeros negocios, ningún ministro puede salir de la triple alianza, y en el primero, en múltiples armamentos, ninguno salir de un ejército numeroso y muy pagado, sin tropezar con regias repugnancias. Ha tropezado con ellas el general Ricotti, por lo cual ha tenido que retirarse. Y las economías no saldrán por ninguna parte pudiendo asegurarse que si Crispi no gobierna, reina, siguiéndose por este reinado indudable toda su política. ¡Extraño fenómeno! El tiempo de la organización del reino italiano todos los jefes de grupo y de partido eran piamonteses generalmente; hoy las dos cabezas de las dos grandes fracciones, así Rudini como Crispi, son de Sicilia, isla casi griega por su antigua historia y casi española por su historia moderna, en la entrada del Mediterráneo heleno y oriental, tan próxima de Italia como de Africa, y expuesta lo mismo á estremecimientos volcánicos que á estremecimientos revolucionarios. Uno y otro siciliano han tenido que mostrar interés por Sicilia, y Rudini se ha resuelto á establecer un vir-reinato como el existente allá en los tiempos de nuestra dominación, con un vir-rey, que parecerá el alma en pena de los antiguos soberanillos destrozados por el triunfo y el poder de la unidad italiana. Que no salga la federación por ninguna parteahora en estas dificultades, pues acabaría con la nacionalidad.

XXI.

Toda crónica tiene que ser por fuerza una necrología, y toda necrología tiene que pecar por fuerza de tristeza. Cosas tristes las guerras de Cuba y Abisinia, las desgracias de Italia y España, el contratiempo último en la república francesa de su digno presidente. Y cosas no menos tristes la muerte del

escritor alemán Curtius, y la muerte del escritor francés Goncourt. Yo no conocí personalmente ni á uno ni á otro. Goncourt en su libro último, dice que nos encontramos un día casa de Julio Simon. No lo recuerdo yo. ¡Y añade que cambiamos los sombreros al irnos. Tampoco lo recuerdo. Desconozco, pues, cómo era su sombrero; pero mis frecuentes lecturas de sus obras hame dado á conocer cómo era su cabeza. Por regla general el estilo y el lenguaje se hallan en Francia muy bien trabajados. Y se parecen sus escritores á los artistas florentinos del siglo décimoquinto, desiguales en genio, pero iguales en gusto, y todos con un aire á la Ciudad-Musa, que da gloria. Luego en arte de hacer libros y arreglarlos todos los franceses son maestros. Ni alemanes, ni sajones, ni nosotros ni nuestros hermanos de Italia saben disponer y arreglar un libro como los vecinos de allende el Pirineo. Así Goncourt hizo libros tan bien dispuestos y los esmaltó con estilo tan sabio cual todos los franceses. Y no obstante la regularidad nacional, cometía muchas extravagancias. Por grandes y extraordinarias tengo sus preferencias del arte japonés, á un ritual sujeto como las antiguas artes hieráticas, con prototipos sin expresión y sin variedad, muy deslumbrador á causa del brillo de sus lacas, algo parecido al arte semita en esto de reproducir mejor las cosas inanimadas que las animadas, precioso como los joyeles, pero sin verdadera inspiración libre, ni verdadera vida real. El arte japonés habla mucho á los sentidos y recrea la vista. Por consecuencia debían holgarse con él escritores más dados que á expresar ideas á expresar sensaciones. ¡Cuánto les gustaban las minucias á estos gemelos, al muerto hace diez años y al muerto ahora! Parecían los hermanos siameses de las letras. Así, ni uno, ni otro, pintaban al fresco en colosales paredes; uno y otro hacían acuarelas ó miniaturas. A la vista, en mi estudio tengo la historia de Antonieta y el volumen sobre la sociedad francesa en el período revolucionario. Nadie supera en reproducir minucias y detalles á estos dos escritores. Mas no veían el cielo infinito y menos aún las estrellas

fijas que se llaman ideas eternales. Parece imposible traten asuntos como el terror y hagan reir en todas las páginas. Parece imposible recorran un espacio de tiempo cual el período revolucionario y no vean los pensamientos mayores, verdaderos ó no, que por todas partes allí relumbran ó relampaguean. Si ven alguno, pasa como un bólido. Renan decía de los Goncourt que nunca se habían podido elevar á la contemplación de un ideal superior, que lo veían todo con microscopio, encontrando muchas fealdades ocultas á la vista serena y propia del entendimiento, que sus almas no habían penetrado en ideal ninguno. Sea de todo esto lo que fuere, una originalidad casi extravagante, una lengua fácil, un estilo galano, un mariposeo continuo sobre todas las florestas que tentaban su gusto han caracterizado á estos dos hermanos, verdaderas curiosidades hasta en el ingenio francés.

XXII.

Todo lo contrario, Curtius había pasado su vida en comercio perpetuo con los modelos más acabados de las letras clásicas, y había en ellas aprendido la correctísima serena perfección. Su *Historia de Grecia* pasa por uno de los monumentos que ha levantado el siglo en letras y ciencias históricas. Comprender la vida griega, tan varia y rica en sistema lógico encadenado perfectamente, y reproducirla en forma que no desmerezca de aquellas esculturas perfectísimas, y de aquellas líneas armoniosas, ha parecido á todos un prodigio tan extraordinario, que Curtius pasa como uno de los primeros en la pléyade luminosa de nuestros escritores máximos y eximios. Atenido al sistema hegeliano que hace asunto del historiador y de la ciencia suya toda manifestación del espíritu, lo mismo encon-

tráis en tan brillante museo una historia de las letras, que una historia de las ciencias, todo enlazado con la vida social y con sus fases diversas. Mas no brillaba solamente Curtius por su erudición sistematizada en armoniosa filosofía; brillaba por sus ideas de progreso y de reforma social. Crecido bajo el imperio de las armas, no hizo caso del timbre de las victorias, y se consagró á predicar la paz perpetua. Quizás el anfictionado griego le dió la idea del anfictionado europeo. Quizás evocando aquellos congresos coronados por los laureles del arte, soñó con otros congresos coronados con todas cuantas ideas diera de sí la ciencia moderna. Lo cierto es que todo el mundo le atribuye la filosofía dulce y serena del pobre y malogrado Federico III, á quien llamaban sus contemporáneos y sus compatriotas como á Tito, delicia del género humano. Cuanto más padecemos al gravamen de la guerra, más de prisa convertimos los ojos arrasados de lágrimas á cuantos sistemas y á cuantos pensadores han proclamado y mantenido la paz universal. Y como la guerra es fuerza, violencia, incendio, matanza, devastación, aniquilamiento, y por ende un despotismo opuesto á otro despotismo, predicando la paz, predicamos también la idea capital de nuestra vida, la santa libertad.

EMILIO CASTELAR.

San Sebastián, 26 de Marzo de 1896.

SOBRE LA POESÍA

DE LOS

ROMANCES DE LOS ESPAÑOLES

(CONTINUACIÓN.)

En esto ve Durán la causa de por qué lo aventurero y maravilloso que él hace derivar del oriente, el «orientalismo,» adquirió carta de naturaleza antes y más general en la poesía caballeresca feudal que en la española, que antes de imitar á aquélla, se mantuvo, á pesar de su trato con los árabes, completamente libre de tal orientalismo, porque representaba un caballerismo nacional y propio que arraigaba en la realidad y en el suelo español y cuyo más preeminente héroe era el héroe nacional, el Cid.

Aun cuando hay mucho de verdadero y perspicaz en estas opiniones, me he de permitir presentar á ellas algunas reflexiones, ó por lo-menos limitaciones. Así me parece que necesita ser atenuada la suposición de que los romances caballerescos hayan sido sacados casi exclusivamente de fuentes extranjeras por tradición literaria, atenuación fundada aquí en el desarrollo formal y según el principio de que proceden los romances, criterio que es en todos los casos el más seguro. Durán tiene razón, sin duda alguna, por lo que hace á los roman-

ces que provienen del principio artístico y que se formaron artísticamente; no puede menos de reconocerse que los romances juglarescos que tratan en gran parte de leyendas del citado ciclo carolingio tienen por fundamento modelos literarios extranjeros, las *chansons de geste* francesas; y aún más, que estas tuvieran en general, como lo he mostrado más arriba, una influencia esencial sobre el desarrollo de la actual forma del romance. Es además innegable que muchas de ellas pasaron á España por tradición oral, las trasplantaron los errantes *jongleurs* franceses, y en España se enlazaron con leyendas análogas indígenas (v. gr., la de Bernardo del Carpio, de Gaiferos, etc.) Finalmente, que entre los romances caballerescos que cantan aventuras de amor, hay algunos que llevan el sello de la tradición por boca del pueblo y del nacimiento en suelo español, apenas lo pondrá nadie en tela de juicio por descansar en la naturaleza misma de las cosas, lo cual él mismo ha reconocido en lo especial de este género, contradiciendo lo que dijo al caracterizarlo en general.

Pero que en España las leyendas caballerescas no hayan ido más allá que el cultivo rapsódico en romances; no se hayan encadenado, como por ejemplo en Francia, para formar conjuntos encíclicos, epopeyas populares; que hayan quedado los romances libres de todo lo místico-maravilloso que Durán designa como «orientalismo,» habiendo de buscarse la causa de ello exclusivamente en el caballerismo antifeudal especial de España; todo esto me parece que necesita una modificación, áun cuando halle yo muy notable el desarrollo y característica que Durán le asigna y no niegue su influencia sobre la poesía caballeresca popular española. Descansa, como lo he dicho ya antes, la causa capital de la falta de condiciones fundamentales de una épica pura, originaria, verdaderamente popular en España, en la falta de aquella continuidad de un heroismo místico y de una creencia popular pre-cristiana, en la falta de una más elevada unidad épica («un pensamiento de unidad trascendente propia del poema épico,» como dice el mismo Durán). Por esto

podían y debían constituirse desde un principio, entre los españoles, en la forma épico-lírica de cantares populares, de romances, y permanecer en ella, no sólo las leyendas caballerescas, sino también las históricas; por esto los elementos míticos (de ningún modo meramente «orientales» sino también de origen céltico y germánico) fueron siempre extraños á los españoles, no sólo por arrancar del extranjero, sino por extraños á todo su modo de pensar y de ver las cosas, de tal manera que precisamente por estas causas, entre todos los pueblos de Europa, es tal vez entre los españoles donde se hallan menos cuentos populares peculiares de ellos, como lo ha observado también Durán (pág. 22) (1); por eso los romances hechos ya desde el siglo XVI, siguiendo á libros de caballería extranjeros ó á imitaciones indígenas de ellos (Amadís, etc.), adoptaron todo el aparato de hadas, encantadores, gigantes, etc.; y, lo mismo que sus fuentes, jamás llegaron á ser verdaderamente populares en España.

Durán ha clasificado los romances caballerescos: primero, en caballerescos sueltos y varios, que caracteriza de esta manera:

«Es la más interesante, porque casi toda se compone de ro»mances de época tradicional; porque se aproxima al orienta»lismo que recibimos inmediatamente de los árabes; porque »áun así carece de pretensiones literarias; porque expresa bien »y sencillamente las pasiones íntimas y las creencias popula»res; porque está libre de exageración y de amplificaciones es»tudiadas; porque es más dramática que las otras, y en fin,

(1) V. J. Thoms (*Lays and legends of Spain*, Londón, 1834) se lamenta de esta falta de cuentos y leyendas españolas propias, y se pronuncia contra la sentencia de un *distinguished writer in the* (distinguido escritor de la) *Quarterly Review*, que con toda la imparcialidad de un revistero y todo el espíritu limitado de un inglés, echa la culpa sólo á la Inquisición de haber comprimido el desenvolvimiento de los cuentos y leyendas en España.

»porque conserva ciertas tradiciones de creencias orientales »que proceden ó han dado origen á aquellos cuentos maravi- »llosos, que en el hogar doméstico entretenían largas horas á »nuestros antepasados. Algunos de sus romances son quizá los »únicos vestigios en que se presenta más puro y menos modifi- »cado aquel espíritu narrador, aquella necesidad, tan irresis- »tible entre los pueblos de Oriente que carecen de teatro, de pa- »sar las largas horas de la vida escuchando cuentos poéticos »que las hagan apacibles. La mayor parte de ellos parecen »fragmentos de largas historietas que no han llegado comple- »tas á nuestra época, si no que sea en las fábulas orales, que »las ancianas suelen referir aún á los niños y gente crédula: fá- »bulas en todo muy semejantes en su esencia y en sus formas »á los cuentos maravillosos que los árabes nos han trasmitido, »como los aceptaron de otros pueblos más antiguos del Asia.»

En todo este modo de caracterizarlos hay, junto á mucho muy notable y verdadero, algo concebido de manera muy parcial y expuesta, por lo tanto, á error. Los prejuicios nacionales ante todo y el escaso conocimiento que de la mitología céltica y la germánica tiene el autor, tan docto y perspicaz por otra parte, le han llevado á tomar como de origen «oriental» por mediación de los árabes, todo lo que se aleja de las creencias en hadas y encantamientos; parece, además, no haber establecido diferencias bastante estrictas entre romances de tan diferentes orígenes como los comprendidos en esta subdivisión, mezclando casi caprichosamente, podríamos decir, notas que caracterizan su heterogeneidad en origen y forma, y trasladando á los antiguos, legítimamente populares, las que sólo sirven á lo sumo para algunos posteriores ó totalmente artísticos, y hasta presentándolas por notas fundamentales de todo el grupo. Pues es cosa verdadera y basada en la naturaleza misma de las cosas que precisamente entre los romances de este género hay algunos «los más interesantes precisamente» por ser los más legítimos y populares; pero en los cuales apenas descubrirá un conocedor despreocupado traza alguna del

llamado «orientalismo,» apenas nada fabuloso; porque son la expresión lisa y llana del más íntimo sentimiento nacional y de la fe popular, tan privativos y propios de los españoles y que se separan tanto de los sentimientos y creencias de los pueblos vecinos (franceses y árabes) que el mismo Durán, como lo he mostrado, ha hallado en lo que él llama «orientalismo» un recurso para presentar el caballerismo español en su oposición al feudal y al culto de éste por lo místico-maravilloso, y explicar así lo patente de este fenómeno. Sólo se hallan huellas de creencias en hadas y encantamientos en un par de romances caballerescos populares de los más antiguos, pero que son á luces claras de origen francés; en algunos romances juglarescos hechos sobre las novelas de caballería impresas en el siglo XVI (como por ejemplo; de Floriseo, cuya fuente impresa, que ha escapado á Durán, he mostrado en mi memoria sobre la colección de Praga), ó completamente artísticos (como en los ampulosos romances que Lucas Rodríguez compuso sobre Albanio y Felisarda.) Se hallan ya elementos fabulosos en los pocos que Durán ha publicado aquí por primera vez tomándolos de la tradición oral ó arreglados por él mismo de fragmentos tradicionales, pero sacados de las leyendas populares generales en Europa, que se extendieron en tiempos modernos hasta en España, leyendas contenidas en algunos romances vulgares de los que hemos de hablar más adelante. (1) Así, el romance de *El Conde Sol*, por ejemplo (núm. 327, *Pri-*

(1) A pesar de las conocidas colecciones de apólogos pertenecientes á la Edad Media, del judío español Pedro Alfonso, del infante D. Juan Manuel y de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, y del arreglo catalán de una leyenda fabulosa de la «doncella sin manos» («Historia del rey D'Ungría;» véase sobre ella la *Biblioteca de autores españoles* III, 9, y mi ensayo sobre el *Pentamerone* en los *Jahrbüchar der Litteratur* de Viena) no se ha conservado rastro alguno de ellas en los más antiguos romances populares, sin que adquirieran los españoles conocimiento de los cuentos de otras naciones hasta el siglo XVI, y esto por los franceses ó italianos, siendo entonces cuando fueron penetrando en el pueblo español.

mavera, núm. 135) publicado tomándolo de tradición oral (de Andalucía, en el distrito de Ronda) tiene rasgos que recuerdan el cuento, conocido de todos, del gato con botas, y más aún el del rey Barbazul. Si en este romance no se reconoce este último cuento más que en algunos rasgos, se halla por el contrario su contenido esencial completo y exornado además con otros accesorios tomados de otros cuentos, en los romances núms. 308 á 316, refundidos por el mismo Durán y cuyo original pretende haber leído en su juventud en un manuscrito, perdido ya, del siglo XV (?) aunque le parece haber sido compuestos más remotamente, y que ha procurado reproducirlos de memoria con la mayor fidelidad que le ha sido posible, habiéndolo hecho con gran acierto. Pero podría dudarse y no poco de que los originales, áun cuando el manuscrito fuera efectivamente tan antiguo, hubieran sido anotados en forma de romance, pues entonces apenas se creían todavía dignos de ser puestos por escrito los romances (1). Pudieron más bien haber sido *romances* (si es que efectivamente llevaban este título en el sentido más antiguo de esta palabra) esto es, poemas caballerescos, según la manera del *Libro de Appolonio*, de la mencionada *Historia del rey d'Ungría*, etc., compuestos igualmente sobre modelos franceses. El mismo Durán considera la tradición francesa como fuente inmediata de sus romances fabulosos, publicados en el lugar citado, haciéndolos derivar de las mismas fuentes que la conocida novela de Alamanni, que concuerda con ellos (2).

(1) Dice Durán de este manuscrito: «De todas maneras, la pérdida del »códice que contenía el original de éste y más de otros cuarenta roman»ces (?), á lo que recuerdo (!), es irreparable; pues si, según presumo, era »de la primera mitad del siglo XV, sería el único documento que contra la »regla general acreditase la existencia de una colección manuscrita de »romances viejos y populares anterior al siglo XVI, de los cuales roman»ces alguno tomaba su asunto de las fábulas de origen sanscrito (?).»

(2) Acerca de los cuentos que hallamos también en el *Pentamerone*, (IV, 10: *La soperbia castecata*) véase mi reseña de éste (l. c., pág. 243).

Por lo demás, hállase en esta sección, como ya se ha dicho y es natural, la mayor variedad, romances de casi todas las clases, desde los pocos y preciosos restos de la antigua poesía

---

Durán cita (Prólogo, pág. 22) otros cuentos que llegaron á España por transmisión oral, como v. gr. «El cuento de la reina convertida en paloma», (probablemente el del mismo nombre, que se halla en el *Pentamerone*, II, 7), y el «del negro Gafitas de la Luz, cuya amada, perseguida por »sus padres, y sometida á trabajos imposibles, llamaba á las aves, que »con sus lágrimas lavaban, y con sus picos planchaban la ropa que la »joven debía preparar», ¿tal vez de un cuento análogo, el de «la raíz de oro», que se halla en el *Pentamerone*, V, 4, y en el *Wathuman*, sueco?) Durán tiene estos cuentos por de origen oriental; pero no sabe admirarse bastante de que no se hallen en España ni originales arábigos de ellos, ni redacciones españolas, habiéndolos él conocido tan sólo por tradición oral: «Yo me acuerdo que en mi niñez, en mi edad adulta, y áun ahora »en mis viejos años, oía y oigo en boca de las ancianas rudas una multitud »de estas narraciones, con un inmenso placer, y que aún excitan mi anhe»losa curiosidad. Pero ¿en qué tiempo nacieron? ¿Cuándo se populariza»ron? ¿Por qué no se convirtieron en romances, ni se han escrito?» Yo creería que porque estos cuentos desde el siglo XVI empezaron á emigrar á España, en gran parte desde Francia é Italia (el *Pentamerone* puede haber suministrado algunas de ellas), habiendo sido recibidos entre el pueblo más tarde, hallándose refundidos muchos de ellos en los romances vulgares de los siglos XVII y XVIII. A pesar de lo cual, sería muy de desear que Durán no desistiera del cuidado de hallar el verdadero tono de la narración para publicar los cuentos que han llegado á su conocimiento mediante la transmisión oral; pues áun cuando apenas aumentara por ello con nuevos materiales nuestro tesoro de cuentos, es sumamente interesante el ir conociendo cada vez mejor el modo y manera de las versiones españolas. Durán sería un hombre enteramente á propósito para ello, y si necesitara modelo, lo hallaría á medida del deseo en los *Cuentos domésticos y de niños*, de los hermanos Grimm. Nuevas pruebas del origen *extranjero* de los cuentos que entraron en España por medio de la tradición francesa é italiana, las dan los cuentos de la ya citada *Leyenda de las tres toronjas*, en que Durán ha seguido, al arreglarlos más artísticamente, el *Pentamerone*, (V, 9) así como los cuentos narrados en Cataluña, siguen los más á la misma fuente, (v. mis *Proben portugiesischen und catalanischen Volksromanzen*, pág. 37 y sigs.) V. también: W. Grimm, *Spanische Märchen*, en el *Zeitschrift f. deutsch. Alterh.*, de Haupt, tomo XI, págs. 210 y sigs.

popular, hasta los ingeniosos y aliñados romances artísticos de Góngora, y los ampulosos y afectados de un Lucas Rodríguez; y al lado de los romances del período de transición los más antiguos romances juglarescos, los de los poetas artísticos del siglo XV, los refundidos á la manera de Sepúlveda y Timoneda, y los romances de ciegos de fines del siglo XVI, y hasta romances de la tradición oral del presente.

La segunda subdivisión contiene los romances compuestos siguiendo á las novelas caballerescas españolas, y los que Durán intitula *Romances caballerescos de las Crónicas galesas*, por reposar, lo mismo que sus fuentes, en puras ficciones de un supuesto origen galo ó griego (fábulas galo-grecas). Son cuatro romances (uno en el apéndice, núm. 1.890) según el *Amadís de Gaula*, (yo he dado uno quinto sacado de la colección de Praga, y que ha quedado desconocido para Durán), y trece romances de Lucas Rodríguez, que narran las aventuras del caballero del Febo, siguiendo al *Espejo de príncipes y caballeros*. Durán cree que los romances de Amadís fueron compuestos ya en la primera mitad del siglo XVI, y se admira de su poco número, dada la gran difusión que alcanzó esta novela. Pero esto es una nueva prueba de su poco arraigo y de su falta de verdadera popularidad, por lo cual había quedado circunscrita nada más que á ser la lectura de moda del círculo galante y cortesano. Los romances de Lucas Rodríguez no pasan de ser meras curiosidades literario-históricas. Podrían añadirse á esta sección todavía un par de romances caballerescos de los que Durán incluye en la primera, como el de Gil Vicente de *Don Duardos y Flérida*, (núm. 288) basado en la novela de *Palmerín de Inglaterra*, y el que Andrés Ortiz hizo (núm. 287) de *Floriseo y la reina de Bohemia*, sacado también de una novela impresa de la misma familia.

La tercera subdivisión: *Romances caballerescos de las crónicas bretonas* no da aquí tampoco más que tres del *Cancionero de romances*, los conocidos de Lanzarote (dos), y de Tristán (para la variante de este último, que se halla en el núm. 1891

y que hemos publicado también Geibel y yo, v. la colección de Praga, pág. 99) Durán juzga con razón que estos romances no están compuestos antes del siglo XV. Pero también aquí se maravilla de que, á pesar del conocimiento que de las leyendas bretonas tenían los poetas artísticos de la Edad Media, como lo prueban sus frecuentes alusiones (sobre todo en el *Cancionero de Baena)*, á pesar de que habían sido ya traducidos é impresos en español á fin del siglo XV y principio del XVI varias de las novelas en prosa de este ciclo (*Lanzarote*, *Tristán*, *Baladro de Merlín* y *Jufre*), sin embargo existan tan pocos romances de ellas y parezca que hallaron tan poco eco en el pueblo español tales leyendas. Remito al intento de explicación de este fenómeno que se ha dado más arriba, con el cual casi concuerda el mismo Durán, á saber, que sucedió eso porque tales leyendas no tenían interés alguno ni nacional ni religioso para el pueblo español, á quien se destinaban en primer lugar los romances, y le eran heterogéneas por su carácter erótico y místico; y podría añadir, que porque servían de preferencia para glorificación de la caballería que Durán llama «feudal», habiendo demostrado que no llegó á ser en España tan popular como en otros países.

Es mucho más rica la cuarta subdivisión, la de los «romances de las crónicas caballerescas de Carlo Magno y los Doce Pares de Francia», como los denomina Durán, que en general los cree nada más que de tradición literaria, tomando por sus fuentes la crónica de Turpín, los «Reali di Francia», las novelas francesas de los hijos de Haymón, Reinaldo de Montalván y Malagis. Yo los habría llamado mejor «romances del ciclo de leyendas carolingias», porque, como ya he hecho notar más arriba, creo hallar en ellos rastros de tradición oral y de una formación propiamente española de leyendas (1).

(1) En pro de mi manera de ver habla también, como el mismo Durán lo ha mostrado, el que no se hallen romances más antiguos de leyendas de este ciclo, á pesar de que las novelas en prosa que las contienen habían

He mostrado ya antes con toda extensión que, áun entre estos romances (fuera de algunos pocos completamente populares pertenecientes á la primera clase,) deben distinguirse dos clases característicamente diferentes, según su origen y su forma, la de los antiguos romances juglarescos y la de los refundidos posteriormente por poetas artísticos ó hechos conforme á las novelas caballerescas. Durán cree con razón, que aún los «romances viejos hechos por los juglares en su actual redacción,» no fueron compuestos mucho antes de la primera mitad del siglo XV; pero en todo caso hállanse precisamente entre éstos los señalados, en general, como más antiguos por su forma y por su lenguaje, los cuales, sin duda, fueron confiados á la escritura mucho más pronto á causa de su extensión (1).

---

sido traducidas al español, impresas en España, y más tarde difundidas aún en libros populares, como *Flores y Blancaflor*, *Clamades y Claremunda*, etc. Hasta de la conocida leyenda de *Fierabrás* fuente del tan extendido libro popular de Carlo Magno no hay más que romances vulgares de tiempos recientes, mientras que de los más, y precisamente los más antiguos romances juglarescos, como el del Conde d'Irlos, de Gaiferos, Guarinos, Grimaltos, Montesinos, Claros de Montalbán, Calaínos, no han sido hallados hasta hoy ni arreglos españoles, ni siquiera los originales franceses. Pero cuando Durán se admira de que no se halle romance alguno de una leyenda caballeresca que tiene por genuinamente española, á saber, la novela de caballerías de *Tirante el Blanco*, podría hacérsele observar acerca de ello lo mismo que se aplica también á la novela de *Amadís;* pues Ticknor, á pesar de la rectificación de sus traductores españoles, tiene completa razón cuando considera el *Tirante* como una pura ficción de origen portugués, (*a*) lo mismo que el *Amadís de Gaula;* con lo cual puede compararse lo que dice Ritsón en la docta noticia que en la larga nota al artículo *Tirante* de la *Bibliotheca Greenvilliana* da acerca del catálogo manuscrito de los *romances now in the British Museum*.

(1) He reunido los romances populares y juglarescos del ciclo legendario carolingio en la *Primavera* bajo el título de: *Romances caballerescos del ciclo carolingio*, porque se circunscriben en cuanto á su materia á un solo ciclo, y se diferencian en parte, áun por el carácter formal, de los demás romances caballerescos.

(*a*) De origen catalán, y de pura invencion de su autor Juan de Martorell.—(M. M. P.)

Con razón ha reunido Durán en una subdivisión especial, la quinta, los «romances caballerescos, cuyos asuntos están tomados de novelas ó de poemas italianos » áun cuando se encadenen al ciclo legendario carolingio, pero que no contienen más que puras ficciones faltas de toda base tradicional ó arreglos paródicos hechos igualmente por poetas artísticos del siglo XVI y XVII, siguiendo á las epopeyas artísticas y á las novelas caballerescas italianas (sobre todo al *Orlando furioso* del Ariosto). Es, empero, digno de ser tenido en cuenta y cosa que comprueba el profundo sentido de los españoles por lo legendario, el que estos romances sacados de fuentes tan turbias sólo tomaran de ellas las partes tratadas más en serio con exclusión de todo elemento paródico, evitando de paso el colorido irónico tan propio de esos poemas. Entre ellos se hallan dos que no se presentan en las más antiguas colecciones, como el núm. 413 que procede de un manuscrito del siglo XVI, y el del número 1892 del suplemento de una hoja volante.

Tales romances de un caballerismo huero ó inflado, desfigurados por los poetas artísticos, aunque en serio, con un patético falso y de caricatura, están denunciando á voces un origen igual al de los satíricos entre los moriscos. Forman aquí la sexta subdivisión: «Romances caballerescos doctrinales, satíricos y de burlas.» No hay de ellos más que tres, dos de la leyenda de Durandarte y Belerma (uno muy olvidado, pero muy ingenioso, de Góngora), explotado especialmente por los poetas artísticos, que contiene un sabio consejo que Beltrán participa al recién casado Roldán (los dos anónimos y del *Romancero general*.)

Como meros productos de la poesía artística, se caracterizan por su forma y su contenido los *romances moriscos*, llamados así para distinguirlos de los históricos y legendarios de las guerras y del trato con los moros. Ya al tratar de la historia romántica de las guerras civiles de Granada, de Pérez de Hita, en mi trabajo acerca de la obra de Bouterwek, mencioné la moda que á fin del siglo XVI (entre 1575 y 1585), se extendió

entre los caballeros cortesanos y poetas artísticos españoles, de cantar en disfraz morisco sus aventuras amorosas y sus juegos y fiestas; y expresé allí mis conjeturas acerca de lo que dió ocasión á tal moda, cuyo inventor no puede haber sido el mismo Hita, es cierto, pero que de seguro la dió considerable difusión y provocó imitaciones merced á su historia, que llegó á ser muy gustada. La multitud misma de romances de este género, que como por ensalmo brotaron de una vez, hizo de moda su producción, pues mientras en las más antiguas colecciones apenas se halla rastro alguno de ellos, aparecen de repente en grandes masas en las *Flores* y en el *Romancero general*, y desaparecen, como por cambio de moda, no menos repentinamente, en las subsiguientes colecciones desde la mitad del siglo XVII.

Denuncian también por su contenido y forma su verdadero origen. Aquí no se encuentra ya casi ningún rastro de base legendaria, de historia idealizada; todo se reduce á intrigas de amor completamente ordinarias, celos, fiestas de corte, cabalgatas, torneos; con un ropaje descrito, es cierto, con gran riqueza de detalles y que se da por morisco, pero tan caricaturizado y recargado, que se sofocarían con él no poco los pobres moros que, bajo el cálido cielo de España, tenían que envolverse, por ejemplo, en marlota, albornoz y alquicel, es decir, en una triple cubierta de ropa exterior (1); con nombres moriscos

(1) Véase sobre las danzas y fiestas en traje morisco en la corte portuguesa del siglo XV las *Memorias da Academia de Lisboa*, tomo V, 2, páginas 44-45. El conde de Circourt ha parodiado muy bien en su *Histoire des Mores Mudejares*, tomo III, págs. 325 y siguientes estas mascaradas: «Ces pauvres Mores des romances sont bariolés comme Arlequín, empanachés comme des saltimbanques, emblasonés de devises comme un livre de Saavedra: et quelles devises! des vaisseaux dont *pensée* forme la poupe, à qui *ferme foi* sert de pilote, et dont les écoutilles sont les deux yeux d' un amant, etc.» indicando aquí mismo, págs. 326-327, el traje real y efectivo de los moros de aquel tiempo conforme á las autoridades que conservamos. P. de Madrazo en los *Recuerdos y bellezas de España*, Córdoba (Madrid, 1855, 4, pág. 249), ha hecho observar que era también cos-

muy sonoros, es verdad, pero conduciéndose estos Gazul, Tarfe, Azarque, Lindaraja, Fátima, Zaida, con una galantería tan refinada, llevando en su boca y en sus armas y vestidos conceptos tan sutiles, divisas y sentencias tan conceptuosas que, á pesar de la triple cubierta, se reconoce á los legítimos galanes españoles y á las damas de la corte de Felipe, por cualquiera que no esté inficionado de la misma monomanía. Sirven para ello la forma enteramente artística, el lenguaje elegante, pero rebuscado, los ingeniosos, pero afectados juegos de antítesis, las frecuentes alusiones mitológicas—pues estos moros no invocan á Alah, ni á Resul-Alah, sino á Júpiter y á Venus—la versificación flúida, pero que suena muellemente, la asonancia cultivada con arte, aunque á menudo con rebuscado artificio. (Casi todos los romances moriscos tienen asonancia perfecta ó sonante y división estrófica regular.) Precisamente estos encantos de la forma son los que han deslumbrado á los nacionales, que, como todos los de los países del Mediodía, no pueden resistir á la magia de las melodías dulces y de las imágenes seductoras, áun cuando los mismos críticos españoles más sesudos consideren estos «romances moriscos» como «castellanos y cristianos puros,» y nada más que como juegos y mascaradas de sus poetas artísticos del siglo XVI y XVII, de Góngora y de sus contemporáneos (1). Es cierto

---

tumbre de la corte de los reyes castellanos Enrique III, Juan II y Enrique IV servirse en fiestas, torneos, juegos, etc., de trajes moriscos. Véase también *Des böhmischen Herrn Leo's von Rozmital, Ritter—Hof—und Pilger-Reise durch die Abendlande 1465-1467*, en la Biblioteca de la Unión Literaria de Stuttgart, tomo VII, pág. 172.

(1) Por ejemplo, las notas en que Alcalá Galiano rectifica la Introducción de Depping, tomo I, págs. 80-81.—Saavedra, duque de Rivas, en sus *Romances históricos*, París, 1841, 8, págs. 6-7, dice: «Entonces nacieron »los romances moriscos, engañándose mucho los que, escasos de erudi»ción, juzgan estas composiciones originariamente árabes. Error que se »nota con solo considerar que ni las costumbres, ni los afectos, ni las »creencias que en ellos se atribuyen á personajes moros son los de aque»lla nación; advi tiéndose desde luego que son cristianos enmascarados »con nombres y trajes moriscos, etc.»

que los mejores de estos romances tienen prerrogativas estéticas peculiares; cierto que merecen en el respecto de la forma ser puestos sobre aquellos viejos populares (un buen número de ellos, sin embargo, está desfigurado por todas las faltas y excrecencias del culteranismo, y pertenecen á los «romances más ridículos, estrafalarios y culterizantes;») pero ya es tiempo de que al tratar de ellos no se cuente entre lo tradicional romántico, ni se alabe como oro de ley, lo que no es otra cosa más que brillante oropel; que de una vez se deje de buscar tras estas máscaras la realidad de la historia ó de la leyenda, y de considerar estas puras ficciones y estos productos de la poesía artística como si fuesen cantares populares ó siquiera imitaciones de originales arábigos. En vano han buscado el buen Depping y todos los que con él se han dejado engañar por el afeite de los romances moriscos tales originales moros; en vano, como lo ha confesado honradamente él mismo (tomo I, págs. 45-48), pues es muy fácil volver á poner blancos á estos moros lavándolos con algo de legía crítica. Tampoco se denuncia en ellos una imitación de romances moros, como en la forma romancesca en general un modelo arábigo, y sería difícil apoyar con hechos el llamado «orientalismo» de la poesía española, frase que se ha hecho corriente desde Bouterwek. Pues la poesía arábiga era ya desde un principio más lírica, y cuando los árabes conquistaron á España poseían una poesía artística lírica, completamente formada ya, con una dirección retórico-panegírica predominante, en que, por lo tanto, en vano se buscarían baladas populares que se asemejen, ni áun de lejos, á los romances. La manera de rimar de los romances tiene, como he mostrado, una semejanza meramente externa, casual, con otra arábiga, siendo, como la rima en general, una forma que brotó por desarrollo espontáneo de la poesía vulgar latina y románica.

Para dar una significación real á la frase, que ha quedado ya, del orientalismo de la poesía española, se debería probar que ha sido influída por tal orientalismo directa ó indirecta-

mente, ya en cuanto á su materia, ya en cuanto á su forma. Pero como he mostrado la inconsistencia de semejante influjo directo en el respecto formal, del mismo modo, resulta de un examen despreocupado del contenido material y hasta del tono y colorido de la poesía española en su conjunto como en sus partes, que sus peculiaridades características sólo pueden y deben explicarse por una evolución espontánea de elementos nacionales é intereses del tiempo. De tal manera es esto así, que la derivación inmediata de fuentes orientales se limita en toda la poesía española de la Edad Media á algunos apólogos del Conde Lucanor y de las poesías del Arcipreste de Hita, imitación y derivación que son por lo demás comunes á todos los relatos del mismo género de la Edad Media. Por el contrario, no se halla en los restantes productos de la poesía española de aquel tiempo, popular ó artístico, y sobre todo en los más antiguos romances, *ni rastro de orientalismo;* fenómeno que, dado el persistente comercio y trato con los árabes, podría chocar si no se reflexionara que este trato fué también persistentemente de enemistad; que no sólo la lucha por la existencia y la posesión del suelo, sino que también el fanatismo religioso de ambos pueblos los mantuvo en oposición y odio que los separan; y finalmente, que los españoles quedaron vencedores. Pues bien, bajo tales circunstancias y en pueblos por otra parte tan heterogéneos, es cierto que el menos culto habría de recibir del más civilizado ventajas materiales, procurando apropiarse conocimientos y ciencias y algunas comodidades de la vida, pero habría de guardar tanto más celosamente de la influencia extraña y enemiga su propio ser espiritual, sus creencias, su pensar y su poetizar. (1)

(1) Díez, en su *Gramática de las lenguas románicas*, dice refiriéndose á la influencia de la *arábiga* sobre la española: «Ni una sola palabra de la »esfera del ánimo se ha derivado al español del árabe, como si la relación »entre cristianos y mahometanos se hubiera circunscrito al solo trato ex»terno, como sucedió entre romanos y godos.»—Esto está demostrado y desenvuelto muy bien en la muchas veces mencionada y notable obra del

Si se reflexiona en esto, ya no aparecerá soprendente el que estén libres de todo lo maravilloso oriental y de la creencia en hadas, no sólo los romances populares, sino también los más antiguos caballerescos; que los romances históricos de guerras con los moros (romances fronterizos) estén igualmente tan puros de toda ampulosidad y pompa orientales como los restantes histórico-legendarios, y que sólo respiren odio y desprecio hacia los «perros moros»; que hasta los romances moriscos, á pesar de todo aquel disfrazarse y coquetear con nombres y trajes moros, hayan seguido siendo, en cuanto á los sentimientos y costumbres que expresan, tan innegablemente cristianos y españoles, que se podría aplicarlos el conocido chiste de Voltaire: *Grattez un peu, et l'Espagnol reparaîtra.* No se puede, por lo tanto, ni atribuir un orientalismo inmediato á los

---

señor conde de Circourt, tomo III, páginas 302-332, el cual lo comprueba con hechos contundentes mostrando las consecuencias y resultados que saca de ellos tan sin esfuerzo como agudamente.—También Damas Hinard, l. c., tomo I., pág. 19 y sigs., se explica contra la exagerada influencia que sus compatriotas atribuyen á la poesía arábiga sobre la española, y cree con razón que más bien se verificó lo contrario. Igualmente Bruce-Whyte en su á menudo muy admirable «*Histoire des lenguas romanes et de leur littérature*», etc. París, 1841. 8. t. II., p. 115 y siguientes, ha mostrado independencia y despreocupación al no atribuir á la literatura arábiga influencia alguna sobre la española y la provenzal antes del siglo XII, y después de esta época sólo sobre escritos doctrinales y apologéticos, y esto limitado en gran parte por la mediación de los judíos. Le ha seguido un discípulo de Fauriel. *Etuile de Laveleye, Histoire de la lengue et de la littérature provençales, Bruxelles,* 1845. 8. pág. 201 y siguientes. Finalmente, áun entre los orientalistas mismos uno de los más eruditos y á la vez gran conocedor de la historia y la literatura españolas, el señor Dozy (l. c., tomo I. pág. 609) ha roto lanzas de la manera más decidida contra el pseudo-orientalismo en la poesía española y los supuestos originales arábigos de los romances moriscos, diciendo que... «quant ā des romances arabes, *on n'en trouve »pas la moindre trace*, et l'on peut regarder comme tout *à fait surannée*, »l'opinión d'après laquelle les *Romances moriscos* auraient été traduits de l'arabe.»—Es cierto que Gayangos (en las adiciones á Ticknor) Pidal (en la Introducción al *Cancionero de Baena*, p. 58 59), y Malo de Molina (*Ro-*

últimos ni que se verificara mediatamente por ellos una entrada de elementos orientales en la poesía española, como implica la frase tradicional de los arabomaniacos, todos los cuales sea por un orientalismo parcial, como por ejemplo Andrés, Conde, etc., sea por un falso liberalismo como Sismondi, Viardot y hasta Fauriel, prefieren explicarlo todo antes derivándolo de lo arábigo que del desenvolvimiento espontáneo de lo cristiano-nacional. Pues hasta el orientalismo de los gongoristas y los dramáticos posteriores, como v., gr. el de Calderón, tan realzado de ordinario, no es otra cosa que desarrollo y reforzamiento de elementos indígenas, cuyas premisas hay que

---

drigo el Campeador, apéndice XXII, pág. 146 y siguientes) han procurado probar en contra de Dozy, la existencia en España de una *poesía popular arábiga*, pero concediendo su poco influjo sobre la española.

Otro docto crítico español, el señor don Eustaquio Fernández de Navarrete, se expresa completamente libre de este prejuicio nacional acerca de la influencia arábiga en su interesante *Bosquejo histórico sobre la novela española* (que sirve de introducción á su edición de los *Novelistas posteriores á Cervantes* en el tomo 33 de la *Biblioteca de autores españoles*, pág. 21): «En punto á la influencia del estilo árabe en los escritos castellanos, ha habido mucho de aprensión; la influencia fué *mayor en las cosas que en el modo de expresarlas*. Dígasenos en prueba, ¿qué orientalismo se encuentra en los rudos poemas del Cid, de Fernán González, ni en las más limadas poesías de Berceo y de Juan Lorenzo de Astorga, en donde los rasgos de imaginación son tan escasos y tan natural y prosaica la expresión? El pueblo español por su origen, por su religión, por los climas que habitaba y áun por la rudeza misma de las costumbres, era un pueblo del Norte; y hasta que vivió por largos años bajo el hermoso ardiante sol de Andalucía como señor de toda la península, no tomó algo, aunque poco en verdad, del estilo hiperbólico de los árabes... Esto basta para acreditar que la literatura española tenía ya entonces un carácter peculiar.» Esta opinión se enlaza estrechamente con la de los críticos familiarizados con las más recientes investigaciones y no perturbados por prejuicio nacional alguno, como Lemcke, l. c., parte I, pág. 19, II, 16 y siguientes.—Du Méril, «*Revue germanique*», pág. 226-227, etc.—No debería haber por lo tanto, ningún historiador de la literatura que suscribiera juicios tan ramplones como los de Ochoa, etc., ó tan anticuados como los de Bouterwerk.

ir á buscar al *Cancionero general* y á Torres Naharro, en que difícilmente puede acusarse imitación de modelos arábigos. Lo que á lo sumo puede admitirse es que, merced al trato pacífico y á la mezcla con los moriscos después de la conquista de Granada, tomó un colorido oriental el carácter de los andaluces y en tanto también el de la poesía popular del mediodía de España y las escuelas poéticas de Granada, Córdoba, Sevilla, etcétera, áun cuando, por la inversa, la literatura de los moriscos, á pesar de su apego fanático á las creencias de sus padres recibió aún más la influencia de la española, sobre todo en el aspecto formal (1).

El orientalismo de la literatura española no puede sostenerse más que el origen del caballerismo y de la rima ante la crítica serena, que sin dejarse adormecer por este opio de los orientalistas, prefiere á la cómoda y superficial explicación por mera influencia externa, la mostración más laboriosa sin duda, del desenvolvimiento interno espontáneo y orgánico—no puede sostenerse tal orientalismo mejor que el que los «caballeros granadinos» de los romances moriscos sean de linaje moris-

(1) Véase acerca de la literatura de los moriscos en las *Notices et extraits des manuscrits de la bibliothèque royale*, tomos IV y XI, el artículo de Silv. de Sacy; *The british and Foreign Review or European Quaterly Journal;* núm. 15. January, 1835, vol. VIII, págs. 63-95; el artículo sobre el *Essai sur l'histoire des Arabes et des Mores d'Espagne*, de Viardot. Adolfo de Castro, *De la poesía morisca*, introducción á su edición de los *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII* en la *Biblioteca de autores españoles*, tomo XLII, págs. 13-16, y las poesías de los moriscos editadas por Gayangos en los apéndices al tomo IV de la traducción española de Ticknor, págs. 247-330. En ellos se han dado á conocer muchos escritos de los moriscos en lenguaje español (aunque en escritura arábiga en los manuscritos), escritos poéticos que fueron compuestos en las formas españolas de su tiempo; como v. gr., el ya citado relato poético de Yusuf y Suleica, compuesto á mediados del siglo XVI por un aragonés en cuartetas alejandrinas, una vida de Mahoma escrita igualmente por un moro aragonés hacia 1603 en la forma ordinaria de los romances. Los asuntos son, pues, orientales, pero las formas derivadas de los españoles.

co, sino «aunque moros, hijosdalgo», esto es, aunque estén en traje moro, verdaderos nobles, españoles y muy españoles.» Pues en este sentido irónico—y no tomándolos con seriedad histórica por hechos fidedignos, como han hecho Sismondi y otros—me permito explicar este verso y todos los de la «ropería mora».

A pesar de todo lo cual, no puedo, sin embargo, pasar en silencio que en tiempos recientísimos, y en el más grande conocedor de la poesía romancesca, en el mismo Durán, ha hallado un defensor—aunque de manera mucho más moderada—el orientalismo, ó por lo menos, la influencia arábiga sobre los romances fronterizos, y hasta sobre los moriscos. No ha de ser, pues, superfluo después de todo lo dicho el exponer más al detalle y someter á prueba las opiniones de un crítico de tanto peso, así como la división que ha hecho de los romances que ha recogido en la nueva edición de su *Romancero*, bajo el título de *Romances moriscos novelescos*, y esto ha de ser tanto menos superfluo, cuanto que los obstinados partidarios de la opinión antes difundida y los semi-conversos—áun cuando no se hiciera caso de tal autoridad—podrían hallar en ello suficiente justificación para persistir en su tema, ó para volver á él (1).

Ni áun Durán ha podido libertarse por completo de la opinión que ha llegado casi á ser prejuicio nacional, de que se muestra en la poesía española, y en los romances moriscos en particular, un elemento oriental y el influjo de la poesía arábiga, ó por lo menos del modo de pensar y de las costumbres de los moros. Llega hasta á hallar precisamente en estos romances el «caballerismo propiamente español», formado ya, surgido de la fusión de los espíritus oriental y español, preparado por largas luchas seculares, y acabado por la completa sumisión de los moros, concediendo á los romances moriscos

(1) Lo siguiente ha sido intercalado aquí tomándolo de mi ya citada reseña de la obra de Durán, teniendo que disculpárseme, por lo tanto, algunas repeticiones inevitables.

objetividad y carácter popular precisamente en tanto en cuanto busca y halla en ellos expresión perfecta de este proceso de refundición.

Pero para reducir á su verdadero contenido y á recta medida estas doctrinas de Durán, aparentemente favorables al orientalismo, estereotipado, ya de la poesía española, y á la objetividad «espiritual» (no ya sólo fingida) de los romances moriscos, no hace falta más que aplicar el contrapeso que él mismo, con la nunca bastante alabada ingenuidad de un honrado investigador, nos ofrece en su «Prólogo». El mismo admite (pág. 22) que en los romances populares más antiguos «en los »históricos primordiales nada de árabe se percibe, nada de »oriental, y son puramente castellanos»; que los romances moriscos nacieron mucho más tarde, y que «con efecto (pág. 10, »nota 8) poco antes de la conquista de Granada, y quizá hasta »algunos años después, se hallan pocos romances moriscos no»velescos que tengan vestigios muy señalados de la poesía »árabe», que «sin embargo, si nos atenemos á los romances, »parece cierto que sólo después de la expulsión de los moros »se desarrolló con brío entre nosotros aquella parte de poesía »que nos dejaron», y hasta que los romances moriscos, que parecen contener el resumen de la poesía arábigo-española, no sólo proceden de tiempo muy posterior á las novelas caballerescas francesas, y á muchos de los poemas caballerescos italianos, sino á los romances cuyos asuntos parecen derivados de éstos (pág. 21) (1).

El mismo está conforme con estas observaciones, perfectamente ajustadas: la absoluta falta de un influjo demostrable de la poesía arábiga sobre la más antigua de los españoles, sobre todo la popular; la pequeña influencia de la misma sobre

(1) Así, por ejemplo, en el famoso romance morisco de Gazul se alude á poemas caballerescos italianos:

«No de tal braveza lleno
Rodamonte el africano, etc.»

los pocos romances genuinamente populares que cuenta entre los moriscos; el nacimiento muy posterior, y la formación artística de los romances llamados moriscos en sentido más estricto, y áun en éstos, su conformidad en cuanto al asunto con modelos occidentales; de tal modo, que hasta el tantas veces realzado, y de tan inmoderada manera exagerado orientalismo de los romances propiamente moriscos se reduce á un ligero barniz, á un traje y unos nombres que quieren ser moriscos, y cuando más á algunas costumbres efectivamente recibidas de los moros, con todo lo cual vertían y ponían á la moda los productos de su fantasía los poetas artísticos posteriores cuando querían imitar el tono popular de los romances. Esta es de hecho la verdadera medida del tan ponderado orientalismo de los romances moriscos, éste el tiempo de su nacimiento y la manera de su formación en cuanto cabe demostrarlos con hechos. Es muy notable para los dos últimos puntos el romance popular histórico publicado por Durán en el núm. 1.198, tomándolo de un pliego suelto (impreso en Sevilla, 1610): «De cómo y por qué el rey don Felipe III expelió »á los moriscos de España, y de la pena que les causó este des»tierro», romance que nacido bajo la fresca impresión de la tan trascendental expulsión de los moriscos por él cantada, muestra que poco antes, esto es, al mismo tiempo que se ponían de moda los romances moriscos, los moros bautizados (moriscos) recibidos en la sociedad española, se habían hecho los gallitos del día por su bienestar, su lujo y su presunción, provocando así la envidia y el odio de la población cristiana vieja, hasta tal punto, que al decretar el Gobierno la expulsión de aquéllos, no hizo más que obrar en el sentido de un voto que cada vez se hacía más general. Así, después que los españoles habían desterrado hasta el espíritu del enemigo secular de su nación y sus creencias, se entretuvieron por algún tiempo en jugar irónicamente con sus vestiduras.

En los romances moriscos—producto en gran parte de este juego, (pues precisamente los más hermosos proceden, como

se ha dicho, de Lope de Vega, Góngora, y sus coetáneos y compañeros de arte)—apenas puede verse, por lo tanto, fusión alguna de los espíritus arábigo y español, no más que en su coqueteo con la galantería caballeresca, el caballerismo propiamente español, que al tiempo del nacimiento de aquéllos hacía ya mucho tiempo que había cedido el campo al gusto cortesano. Por haber muerto ya para entonces, fué mostrado por Cervantes, con amarga ironía, como un anacronismo, poniendo en ridículo el intento de resucitarlo mediante su oposición con la vida ordinaria (1).

Esta lucha entre convicciones mejores y un prejuicio nacional no del todo domado se muestra mejor en las subdivi-

(1) Durán mismo, en la nota 11, (págs. 12 y 13) ha caracterizado con mucha fortuna, y desenvuelto genéticamente la diferencia entre la antigua caballería genuinamente española y natural, y la posterior caricatura de la misma (desde fin del siglo XV) en las novelas de caballería y en los juegos con formas caballerescas, y cómo precisamente este contraste entre el ser y la apariencia pudo inspirar á una naturaleza tan sencillamente grande como la de Cervantes una obra de indignación, en la cual con instinto de genio pintó magistralmente, no sólo una locura de moda, sino lo falso en toda la sociedad de entonces, y hasta en la naturaleza humana en general, y esto hasta tal punto, que ha quedado como espejo del suyo y de todos los tiempos. Dice Durán muy acertadamente á este respecto: «Entonces fué cuando el inmortal Cervantes, admirador de »los antiguos héroes, hirió de muerte á los nuevos, y á guisa de destruir »los libros caballerescos, encarnó el puñal de la sátira, ya seria, ya festiva, en el corazón corruptor y corrompido del siglo XVI. El instinto, si »acaso no la razón filosófica, obrando sobre el ingenio divino del poeta, »le hicieron adivinar los resultados que tendrían los increibles, pero mal »empleados esfuerzos, de sus compatricios. Cervantes caricaturó en su »obra el espíritu ridículamente exagerado de las altas clases, contraponiéndole el sesudo y razonable de las medias, y el prosáico de la gente »vulgar, cuyo carácter tímido, receloso, desconfiado y egoista se formó »bajo el despotismo y la Inquisición. Don Quijote, el cura y Sancho Panza »forman la unidad complexa de la sociedad española en aquel tiempo: »todos los demás incidentes son el desarrollo y las combinaciones y gradaciones de los tres principales tipos.»

siones que Durán establece entre los romances que reune bajo el título de moriscos y en sus notas á los mismos.

Después de haber excluído con razón de este título los romances de guerras fronterizas con los moros (fronterizos) áun cuando contengan elementos muy legendarios (histórico-fabulosos) y los compuestos siguiendo á los poemas caballerescos italianos, remitiendo los primeros á los históricos y los últimos á los caballerescos, divide los moriscos en: 1.°) «sueltos, »es decir, que no forman series de historias fabulosas ó nove»lescas; 2.°) que son una sucesión de novelas más ó menos »completas; 3.°) los satíricos, jocosos y burlescos;» y 4.°) las imitaciones de los romances citados en las tres secciones precedentes.

Entre los de la primera sección se hallan algunos de los cuales en la forma en que han llegado á nosotros, apenas, áun cuando hayan podido ser compuestos antes de la mitad del siglo XV, puede decirse que «pertenecen sin duda á la época tradicional» y llevan el carácter de «muy populares, aunque ya impregnados del colorido »oriental que los árabes nos iban lenta y escasamente comu»nicando.» Como esta sección sólo comprende seis romances y estos en gran parte muy conocidos, bastará mencionarlos para decidir si han sido contados con razón entre los moriscos y reunidos como una sección especial de ellos. Son los dos del infante Bovalías; el hermoso fragmento: *Yo me era mora Moraima*; el de Alfonso Ramos (todos del *Cancionero de Romances*;) el de la infanta Sevilla y Peranzules, y el rey Búcar (los dos últimos de las *Rosas*, de Timoneda; en la *Primavera*, números 118, 126, 127, 128, 132 y 197.) Pero todos estos romances—de los cuales el primero el de Bovalías, *(Durmiendo está el rey Almanzor)*, (1) el frag-

(1) J. Grimm ha insertado no sin razón estos romances en su *Silva*, precedente que ha seguido también la *Primavera*; pues parecen pertenecer al mismo ciclo de leyendas que el del Sultán de Babilonia y el Conde de Narbona: *Del Soldán de Babilonia* (igualmente en el *Cancionero de romances*), ciclo de leyendas cuyo héroe es el conde de Almerique, este

mento de Moraima y el de Alfonso Ramos llevan todavía en general el sello de los viejos populares—no ha de haber persona despreocupada que dude en colocarlos entre los caballerescos, á los que pertenecen por su origen y su desarrollo formal, sin que tengan más elementos y colorido orientales que muchos otros de esta clase; diferenciándose, por el contrario, en cuanto á su principio y su forma de los propiamente moriscos.

Estos forman la segunda sección de Durán. (1) Los caracteriza muy notablemente con las siguientes palabras(*Prólogo*, página 13):

---

es Aimeri de Narbona (Véase *Primavera*, número 196). También Durán (I, 157) ha colocado el último de estos romances bajo el título de *Romances caballerescos sueltos*, observando á este propósito que: «parece de »origen provenzal y de asunto contemporáneo á las Cruzadas.» El mismo origen provenzal ve Durán en el romance del rey Búcar; siendo además este como el segundo de Bovalías una refundición artística muy posterior, aunque no mucho más antiguo que los propiamente moriscos.

(1) Durán abre esta sección con los conocidos romances del ciclo de leyendas de Moriana y Galván, pero pertenecen—con excepción de uno (propiamente no más que una glosa del *Romancero general*) los restantes son de la *Silva*, del *Cancionero de romances* y de las *Rosas* de Timoneda. (V. *Primavera*, núm. 121-123)—todos ellos por su origen y por su forma á los viejos populares, por el contenido, tono y colorido á los caballerescos (Durán ha hecho que les acompañe el conocido romance caballeresco *Arriba, canes, arriba*, con alteraciones arbitrarias del *Julianesa* que figura entre los caballerescos en *Moriana*) entre los cuales, áun tomando como criterio capital el contenido, hallarían mucho mejor su lugar que entre los moriscos, entre los cuales están tan aislados y heterogéneos en cualquier respecto, que el mismo Durán ha notado que: «Así este como »los demás de Moriana tienen un carácter caballeresco muy marcado y »particular que los distingue, con algunos otros de esta sección, de los »demás romances moriscos.» Le toca, sin embargo, el mérito de haberlos dado, según un manuscristo del siglo XVI, más completos que como se hallan en las fuentes impresas. Que han existido otros romances de esta leyenda no hallados hasta ahora, lo muestra la *Ensalada* publicada por mí, tomándola de la colección de Praga:

¿Qué me distes Moriana,
Qué me distes en el vino?

«Representan los de la segunda sección una época subje-
»tiva y lírica, llena de cultura, pero políticamente corrom-
»pida; Una poesía rica, brillante y perfecta, inclinada y afi-
»cionada á la novela, pero caminando muy temprano á la
»exageración y al mal gusto. Hay en ella multitud de compo-
»siciones inspiradas y con un lenguaje puro, correcto, vigo-
»roso, lleno de harmonía y capaz de expresar toda clase de
»pensamientos, y de describir con vivísimos colores todos los
»objetos físicos y morales que la naturaleza puede contener.
»Los romances de esta acción son la idealización completa de
»los histórico-fabulosos, tales como los que tratan de las haza-
»ñas, empresas y hechos atribuídos á los Vargas, Pulgares,
»Garcilasos, etc. El espíritu de moda influyó mucho en la boga
»que tuvieron y en la cansada monotonía que á muchos les im-
»puso la necesidad de repetirlos por acomodarse al gusto pú-
»blico y facticio de la época. Así se observa que entre los ro-
»mances moriscos novelescos hay muchos que sólo lo son en
»sus aparentes formas, cuando en realidad pueden, con mudar
»los nombres de los protagonistas, convertirse en otro género
»de los eróticos ó descriptivos.»

Hasta aquí cualquiera estará de perfecto acuerdo con su caracterización, pero precisamente por estarlo se sorprenderá más de que el autor prosiga inmediatamente;

«Pero esto no impide que los genuinamente moriscos no
»sean descendientes y no contengan todos los vestigios del
»orientalismo árabe que los caracteriza. Los cuadros que for-
»man los romances moriscos novelescos no son ciertamente la
»poesía árabe pura, ni la castellana primitiva, sino la fusión
»de ambas en las nuevas formas que adquirió la civilización
»por el roce y trato de ambos pueblos. Desde los romances
»fronterizos á los histórico-fabulosos, y desde éstos á los mo-
»riscos novelescos, se percibe una graduación continua que se-
»ñala sus transformaciones, é indica lo que influyó en ella, el
»espíritu que las anima y la moda que las aceptó y corrompió.
»Esta clase de romances y los de las dos siguientes secciones,

»representan la época en que el pueblo, apartado enteramente »de los negocios públicos, abatido y sin un interés vivaz y he»róico que lo animase, dejó á los poetas el cuidado de diver»tirle, ya que no podía ni pensaba hacer otra cosa.»

Aquí la vista, otras veces tan perspicaz, de Durán, se ha cegado tanto de ilusiones ópticas debidas á prejuicios nacionales mamados con la leche materna y á apariencias exteriores, que ha considerado decoraciones como si fueran la naturaleza y ha persistido en el engaño contra su propio y mejor sentimiento. Pues admitido que los romances moriscos—entre los cuales, empero, sólo puede entenderse ese género de romances artísticos que se puso de moda—admitido que no sean otra cosa más que una «graduación» de los romances fronterizos é histórico-fabulosos de las guerras con los moros, en cuanto la poesía artística á las veces toma y procura imitar objeto, tono y colorido de la popular, no podía la imitación artística reproducir en grado más elevado lo que no estaba contenido en su modelo, el producto natural espontáneo. Pues Durán mismo, según lo he citado con sus propias palabras, ha admitido que los viejos romances fronterizos populares nacidos durante la guerra contienen tan pocos vestigios de la influencia del espíritu oriental y de la poesía arábiga como los restantes romances históricos, y en realidad no podían contenerlos porque son la expresión inmediata de la oposición entre enemigos; y un pueblo que pelea con otro en guerra destructiva secular por su existencia y sus creencias, se guarda seguramente de la influencia espiritual del mismo, manteniendo libre de ella su más ínmo santuario, la poesía, enardecida con el odio contra el elemento enemigo. Los histórico-fabulosos nacidos inmediatamente antes de la conquista de Granada, en ella y después de ella, contienen, es cierto, una graduación de este odio hasta llegar á la fe en los milagros, que es precisamente el elemento fabuloso de la misma, pero de ningún modo un grado más elevado de «fusión» con el espíritu del enemigo hereditario. Se necesitó todavía casi un siglo, hasta después de su completa su-

misión, hasta que los moros cesaron como pueblo independiente y hallaron acogida y tolerancia en la sociedad de los españoles de sangre azul y antiguas creencias, como moriscos, esto es, como descendientes de los moros, españolizados y cristianizados aunque sólo fuera en la apariencia exterior, para que nacieran y pudieran nacer romances moriscos en el sentido mencionado, romances que, como he mostrado, tomaban á préstamo la forma externa de los viejos populares, el ropaje de los moros; pero eran, según los ha caracterizado el mismo Durán, productos de la lírica artística subjetiva con fingida objetividad, juegos artísticos de la fantasía, sugeridos y llevados á cabo por el espíritu de la moda, é inventados tan arbitrariamente «que en realidad pueden, con mudar los nombres de los »protagonistas, convertirse en otro género de los eróticos ó »descriptivos.»

Y en tales productos, ¿se ha de haber cumplido la fusión del espíritu español con el espíritu arábigo? ¿Han de contener todos los vestigios del orientalismo árabe, se les ha de atribuir más legitimidad que á los pastoriles y picarescos que se pusieron en moda después de ellos?—Y sin embargo, los mismos poetas son los que cantaron en sus romances aventuras amorosas, ya como moros, ya como pastores, tan poco inspirados del espíritu del orientalismo como del del idilio. No estaban inspirados más que del «espíritu de la moda» (1),

(1) He mostrado ya anteriormente cómo la novela histórica de Ginés Pérez de Hita acerca de las guerras civiles de Granada, que llegó á ser tan gustada, contribuyó á poner en moda estos romances moriscos, y qué relación guardaba con ellos, de tal modo que, según este dato, puede ponerse con bastante verosimilitud la introducción de esta moda entre 1575 y 1585. Después de la aparición de la novela, empero, creció tan considerablemente, casi hasta la total expulsión de los moriscos (1610), que se escribieron entonces á porfía romances *á lo* Hita, como en nuestros días novelas *á lo* Walter Scott, sin que fuera el orientalismo en aquéllos como no es el pragmatismo histórico en éstas más que un capricho romántico ó un traje plausible para invenciones puramente subjetivas.

con sus cambiantes disfraces. Si se quiere llamarlos idealizaciones en el sentido de imágenes idealmente realzadas de una objetividad sublimada arbitrariamente por la fantasía subjetiva, puede ser; pero es esencial no poner estas ocurrencias del humor artístico, áun cuando sean geniales y encantadoras, en íntima conexión con las voces naturales, sencillas é ingenuas de la poesía popular que arraiga en el suelo firme de la realidad, presentándolas como diferentes nada más que cuantitativamente; antes bien se debe en las colecciones poner de relieve teóricamente con todo cuidado la divergencia cualitativa, la diferencia genética y de principios de ambos géneros, áun cuando se los comprenda en grupos separados, como ha sucedido á Durán, con pocas excepciones. Entonces se establecerá claramente que entre los romances fronterizos, los histórico-fabulosos y los moriscos ni existe ni puede existir más que una conexión casual; entonces se mostrará que de aquel tan ponderado orientalismo en los primeros sólo podrá expresarse lo opuesto, y en los últimos no podía ser más que un disfraz.

De aquí nació una clase propia de romances, la tercera subdivisión de este título, la de los *satíricos*, *jocosos* y *burlescos*, que Durán caracteriza como «parodias de los romances »moriscos, sátiras contra la moda de hacerlos, y exageraciones »para ridiculizar sus formas y pensamientos.....» Ahora bien; ¿se habría hecho entonces esto si hubieran sido más que moda, si hubieran tenido verdadera objetividad y popularidad? Seguramente que no; así como no se parodiaron ni pusieron en ridículo los antiguos, populares, históricos y genuinos romances fronterizos de guerras con los moros (1).

(1) Entre estos romances burlescos es singularmente notable el «valga el diablo tantos moros» (*Romancero general*, ed. de 1614, fol. 465; en Durán, núm. 256), porque muestra no sólo la ilegitimidad de esta morería, si no también la ridícula exageración en la imitación de trajes y costumbres, para lo que se suelen citar como apoyo los romances moriscos.

Por la fingida objetividad de los romances, se engendra finalmente la cuarta subdivisión que sin más que el cambio de los nombres de los protagonistas y el de los trajes contiene imitaciones de los mismos. Pues cuando empezaron á cansar Gazul y Muza, se tomó como protagonistas á Dragut, Ochali y Arnaute Mahami; se cantó alternando en vez de las inacabables guerras de Granada y las fiestas en la Vivarambla, las rapiñas de los berberiscos, los padecimientos y el heroismo de los cristianos cautivos *(Romances de cautivos y forzados);* teniendo estos romances, á pesar de la amanerado y lo muy artificioso, más verdadera objetividad y trajes más fieles, pues por lo menos eran ocasionados por sucesos y sentimientos contemporáneos y que tocaban de cerca (1).

Por lo tanto, si de lo dicho resulta, para toda persona despreocupada, que apenas puede hablarse con seriedad científica de orientalismo y de influencia de la poesía árabe en los romances propiamente populares; si apenas puede ponerse en duda que cabe aplicar el mismo principio á toda la poesía popular española en general, con excepción acaso de algunos cantares de baile (2), sólo queda como fundamento de la fra-

(1) Durán, sin embargo, ha puesto en esta sección un viejo romance popular, el conocido del *Cancionero de romances* y de las *Rosas* de Timoneda: «Preguntando está Florinda» ó «Mi padre era de Ronda» que pertenece sin duda alguna á los legítimos tradicionales, como lo muestran las diferentes versiones, debiendo haber sido agregado ó á los *fronterizos* ó por lo menos á los romances caballerescos populares (v. *Primavera* número 131). Tales trasposiciones se cometen fácilmente en una coordinación hecha simplemente según el contenido y la apariencia externa, pero apenas son posibles si se toman como fundamentos de división criterios internos, el origen y la formación. Así es que el mismo Durán ha referido estos romances en el índice á la quinta clase, ó sea la de los «romances antiguos popularizados.»

(2) Baste á este propósito citar las propias palabras de Durán (*Prólogo* pág. 21, nota 16): «Difícil si no imposible, será explicar cómo habién»donos visto en contacto inmediato con los árabes mucho antes y algunos »siglos después que las otras naciones; cómo habiendo vivido entre ellos

se de esta influencia de la poesía árabe y del colorido oriental por ella producido, frase que ha persistido no sólo en escritos de bellas letras, sino hasta en obras científicas, la posibilidad de mostrarla en la poesía artística. Creo haber demostrado suficientemente con qué limitaciones puede aplicarse esto á los romances artísticos moriscos, con lo cual queda dada la recta medida de la validez de la frase preindicada respecto á la literatura posterior de los españoles, en especial la dramática, puesto que el tan celebrado colorido oriental se reduce nada más que á una acción del tono de los romances moriscos. Queda, por lo tanto, como última trinchera de los obstinados defensores de este orientalismo la afirmación de que la más antigua poesía artística de los españoles, que se formó antes de la introducción de la nueva dirección en el siglo XVI, tomó en sí considerables elementos arábigos por la influencia de la poesía artística arábiga y se fundió de tal manera con la autóctona, que conservó un colorido oriental peculiar y duradero. Pero los hechos tan elocuentes traídos por el mismo Du-

---

»la inmensa mayoría de la antigua nación; cómo habiendo ésta aceptado »la lengua de sus conquistadores, asistido á sus escuelas, estudiado sus »libros y participado de sus costumbres, sólo tal vez en los palacios de los »reyes cristianos, y *no en la poesía popular*, se hallan algunos vestigios »de la ciencia que los moros cultivaban. Sin embargo, esta es la verdad, »si documentos perdidos para nosotros no aparecen para desmentirla..... »Aunque extraño, no es menos cierto que hasta muchos años después que »comenzó el siglo XV, no se hallan en nuestra literatura popular profun»dos vestigios de aquella poesía tan brillante en color etc.» (á saber, la oriental). Yo me explico, como queda dicho, este fenómeno sorprendente y admirable á primera vista del muy pequeño influjo que ejerció la poesía oriental sobre la española, menor aún que sobre la francesa (por ejemplo), por haber surgido la poesía popular de los españoles precisamente de la oposición y enemistad con los árabes, siendo su rasgo fundamental este espíritu de contraste, la repugnancia de los elementos hostiles; y como la más antigua poesía artística se formó también por lo general sobre esta base, jamás pudo haber sido considerable sobre ésta la influencia de la literatura arábiga.

rán (pág. 21, nota 16), hablan en pro de lo insostenible de tal afirmación, que á pesar del largo trato de los españoles con los árabes y á pesar de la acción tan estrecha de la literatura científica, y de la poesía artística de los árabes sobre la de los españoles, ésta no lleva vestigio alguno inmediato de la primera antes del siglo XVI; que además las tradiciones del oriente difundidas por todo el occidente en la Edad Media hallaron menos acogida entre los españoles que entre otras naciones de Europa que se hallaban más alejadas de los árabes; y que de los pocos mitos y apólogos del oriente tomados por los españoles, el mayor número puede probarse que no los recibieron de los árabes inmediatamente, sino por mediación de los judíos, franceses meridionales é italianos; y Durán no oculta su admiración por este fenómenos y confiesa que apenas ha podido hallarle fundamento de explicación suficiente en el arraigado odio nacional y en el fanatismo religioso. (Véase la nota precedente.)

Es de notar que bajo este título de romances moriscos en la nueva tirada de la obra de Durán, se da este género completo con presencia de todas las fuentes conocidas hasta hoy (con excepción acaso del «Jardín de amadores.» El núm. 54 es una versión moderna andaluza, que prueba cómo sobreviven los más antiguos en boca del pueblo.)

Casi al mismo tiempo que los romances moriscos se pusieron de moda los *pastoriles,* de los cuales contiene ya un número considerable el *Romancero general.* Por este tiempo se habían introducido en la literatura española las églogas merced á la imitación de los italianos, y por el portugués Montemayor la novela pastoril; y desde que los poetas artísticos se pusieron á porfía á hacer romances, este género de poesía se convirtió en un verdadero figurín de todas las nuevas modas literarias; pues la forma de romance desterrada en un tiempo del dominio de la poesía artística, por su ligereza y flexibilidad y por sus elementos lírico-épicos, podía aquí en que faltaba el instinto de la poesía popular para su aplicación natural,

desviarse fácilmente al uso arbitrario y falso y hasta al abuso. Dice muy bien el conde de Circourt que «*le romance fut le genre populaire; il était heurensement à la portée des hommes de génie peu lettrés, et malheureusement à celle des lettrés sans talent.*» De aquí el que los romances pastoriles sean otra especie de juego de disfraces para las *mismas* personas, que sin más que trocar la marlota por el pellico y llamarse Belardo y Lisardo en vez de Adulce y Gazul, dirigieron sus amorosas quejas, los desbordamientos galantes y encelados de su corazón, á la «querida Belisa» y á la «ingrata Filis,» que habían sido cantadas poco hacía como Zelindaja y Jarifa. De aquí el que estos romances pastoriles tengan un tono todavía más acentuado de sentimentalismo falso, menos apariencia de objetividad todavía, más conceptuosidades y lentejuelas alegóricas y mitológicas. Que haya entre ellos muchos de gran perfección formal y técnica y de gran valor estético, sin duda alguna no se le ocurrirá negarlo á nadie que sepa que gran número de ellos son de Lope de Vega (Belardo), Cervantes (Elicio), Góngora, etc. Por esto y como momento literario-histórico merecen por lo menos algunos modelos de ellos lugar en todo *Romancero* que tenga pretensiones de ser completo (1). Lo mismo son, sin más diferencia que el ropaje, los romances piscatorios, venatorios y villanescos. Por lo demás, están todos estos romances respecto á la poesía villanesca cortesana de los siglos XIV y XVI, á las *Serranillas* del Arcipreste de Hita y del marqués de Santillana en la misma relación que la galantería refinada y sentimental hacia las disfrazadas damas de los cortesanos de los siglos XVI y XVII respecto á las bromas sencillas y rudas con

(1) Depping los ha excluído casi del todo sin razón alguna.—En Durán se halla en el segundo tomo, págs. 460 á 515 una selección bien entendida y bien ordenada bajo el título de *Romances pastoriles, piscatorios, venatorios, villanescos y festivos.*—Quintana, por el contrario, que tenía presente, sobre todo las preminencias formales, ha llenado sus *Romanceros* de tales romances pastoriles más de lo debido. Véase también Clarus, l. c. parte I, pág. 166 y siguientes.

serranas efectivas y á la charla familiar con aldeanas, de aquellos trovadores eclesiásticos ó caballerescos, charlas en que había, lo mismo que en sus modelos, las *Pastourelles* francesas, más naturalidad y verdad, y que tenían efectivamente un tono popular aún. Lo falso de los romances moriscos y pastoriles, el mismo genial Lope de Vega, á pesar de haber sido uno de los más fructuosos autores de tales romances, lo parodió en unos romances pastoriles *burlescos* (en Durán, II, pág. 516, número 1632-1633) que muestran el punto culminante de la moda.

Y así fué. Pues apenas se introdujo el «género picaresco» por las novelas picarescas de Mendoza, Quevedo, Alemán, etc., y por las novelitas gitanescas, como por ejemplo, las de fama universál *Gitanilla* y *Rinconete y Cortadillo*, de Cervantes, hallaron los romances pastoriles peligrosos rivales en los *gitanescos*, *picarescos* y *jácaras* ó romances de bribones. También esta fantasía se puso tan de moda que puede dar ocasión á colecciones propias de «romances de germanía» y llevar á su composición á poeta tan distinguido como Quevedo, así como hemos ya visto en la primera parte, núms. 17 y 23, como carecían de toda base sólida éstos lo mismo que los demás *mock-romances* (romances en chanza (1). Por lo demás, también hay muchos ejemplares de este género de romances que merecen ser aceptados en las colecciones modernas, como lo ha hecho con razón Durán (tomo II, págs. 570-597.)

Todas las clases de romances enumeradas hasta aquí han procurado darse cuando menos la apariencia de la objetividad bajo un disfraz épico; las restantes, puramente subjetivas y puramente líricas, como son de contenidos tan diversos y generales, como los sentimientos humanos en general no pueden

(1) Así es que Durán tratando de la jácara núm. 1659, tomo II, página 589 hace notar lo siguiente:

«Así como hubo tiempo en que los caballeros y poetas se *disfrazaron* »para cantar sus amores y hazañas etc., con las costumbres y hábitos mo»riscos y pastoriles, este romance prueba que llevaron su manía hasta el »punto de tomar por *modelo de imitación* á los jaques y rufianes.»

reducirse á un título, tenemos que valernos del recurso de llamarlos «romances sobre varios asuntos». Su número es considerable; pues cuanto menos se consideraba la naturaleza originaria y los elementos épicos de los romances, cuanto más se les alejaba de sus límites populares nacionales y sólo se apreciaba y cultivaba en ellos por la poesía artística sus formas líricas, tanto más frecuente y arbitrariamente eran empleadas, tanto más se ajustaban por la elasticidad de la forma á todo asunto, y cuanto más perdían por lo mismo de su conexión orgánica interna entre la materia y la forma, de su consistencia ó intensidad, tanto más ganaban en extensión, variedad de acción y en expansión (1).

Así es que sólo nos queda como criterio disyuntivo—para separar conforme á sus asuntos la restante masa de los romances lírico-subjetivos—la divergencia de las dos disposiciones fundamentales del ánimo humano, las dos maneras capitales de concebir la vida; los que podemos contar entre los *serios*, que se elevan hacia el cielo, ideales, y los *cómicos*, que se hunden en las apariencias terrenales y ponen de relieve su con-

(1) En la nueva edición del *Romancero* de Durán, el último título capital incluye dos: Romances varios, que él ha tomado en mayor extensión y aplicándolo á más clases de romances que yo lo he hecho, separando muchas de él para limitar este título de expediente á la menor masa posible en cuanto se caracterizan como una clase especial, no sólo por el asunto, sino también por su principio reformador y el tiempo de su nacimiento. Su título de *Romances varios* es en realidad un título bajo el cual se aglomeran abigarradamente romances de origen el más diverso unos de otros, de las más variadas formas y de tiempos los más separados, los cuales han intentado, es cierto, introducir una especie de organismo y conexión interna, resolviéndolos en pequeños grupos, pero que no pueden estar ni articulados con precisión ni distinguidos con claridad desde el momento en que ha tomado por fundamento de división señales de materia y de tendencia meramente externas y casuales. Creería yo, sin embargo, si se introdujera más luz en este caos, si ante todo se separaran tan estrictamente como fuera posible los romances populares de los artísticos, y después se enlazaran cada uno de estos dos géneros periódica y sincrónica-

traste con el ideal. Pueden á lo más tenerse en cuenta muy especial las potencias del sujeto que predominan en estos modos de concebir, reflexión ó sentimiento. Conforme á esto voy á citar, más bien por vía de ejemplo que de clasificación entre los romances del primer género: los de contenido religioso, como los que se refieren al sacramento del altar y como los *Romanceros espirituales*, compuestos por Lope de Vega y José de Valdivielso;—los moralizadores *Romances doctrinales* que á menudo son también de alegoría con reflexión predominante;

---

mente, ganaría una profunda significación el hecho de que se trataran más á menudo ciertas materias y el aparecer y desaparecer de las tendencias en determinados períodos, significación que, arrancada de esta complejidad y conexión, aparece nada más que externa y casual.

Ha dividido esta masa difícil de ordenar en *tres* grupos capitales: 1.°) romances con tendencia didáctica (doctrinales); 2.°) eróticos ó amatorios; y 3.°) jocosos, satíricos y burlescos. A los doctrinales se les agrega como apéndice en una subdivisión á propósito un par de modelos de romances *descriptivos y heróicos* (estos últimos llamados así, como es natural, sólo en relación á su contenido, como por ejemplo, el famoso romance de Lope de Vega *Lisardo y Alcida*, núm. 1370; pues de los muy posteriores romances llamados heróicos por su metro, (versos endecasílabos,) no ha sido tomado aquí ninguno, y con razón, puesto que estos puros productos artísticos, imitados de modelos extranjeros, no merecen el nombre nacional de romances).—Los romances eróticos han sido agrupados por Durán en las siguientes subdivisiones: 1.°) *alegóricos de amor;* 2.°) *anacreónticos;* 3.°) *urbanos*, esto es, cortesanos ó ciudadanos; presentándosenos entre éstos junto á las canciones de amor cortesanas de los trovadores y á las villanescas de los posteriores poetas artísticos algunos de los más viejos y genuinos romances populares (como *Fonte frida*, *Rosa fresca*, *Por el mes era de Mayo*, etc.); 4.°) *pastoriles;* 5.°) *piscatorios;* 6.°) *venatorios;* 7.°) *villanescos y festivos*.—En el tercer grupo capital de los jocosos y satíricos forman subdivisiones propias los *picarescos* y los escritos en jerga de germanía, *jácaras*. Finalmente, van añadidos á estos grupos capitales algunos *cuentos* en forma de romance, y entre ellos uno relacionado con leyendas medio-evales (núm. 1772: *Un lencero portugués*; pertenece á la leyenda de la mujer que de acuerdo con su marido se arregla de modo que castigan al amante; v. las observaciones de Hagen al cuento alemán de *Los tres monjes de Kolmar*, en el *Gesammtabenteuer*, III, 35.)

—los elegiacos (*Endechas* la mayor parte en versos de seis ó siete sílabas).—Pero el mayor número lo constituyen como es natural los «amorosos,» ya forzosamente tiernos, ya sentimentales, pero á menudo afectadamente galantes; los de versos eptasílabos (llamados también «italianos quebrados,» porque lo mismo que los «endecasílabos» ó «italianos enteros» fueron empleados con más frecuencia por primera vez en España después de la introducción de las formas poéticas italianas) se llaman anacreónticos;» pudiéndose también contar entre estos los amorosos mitológicos, áun cuando aparezcan objetivos, como las eróticas de Villegas. Muchos de estos romances eróticos, sobre todo los más de cháchara y broma, están en versos de redondilla menor. (*Romances amorosos cortos*, V. el primero y segun lo apéndice de Durán) sin que se diferencien de las «letrillas» apenas más que por el nombre. Es muy rica la sección de romances cómicos, puesto que lo cómico ocupa un lugar considerable en la literatura española en general; por lo mismo que tenía que surgir bastante á menudo el contraste entre los serios esfuerzos de los españoles por realizar el ideal y sus formas de vida selladas con tanta precision, gustan de conservar en broma la apariencia de la seriedad, teniendo por lo tanto el mayor número de los romances cómicos colorido irónico; á las veces se eleva la burla por sí propia hasta el humor trágico, pero jamás se convierten la «sal y donaire» españoles en destrucción propia por desprecio de sí mismo. En los «romances jocosos, festivos y satíricos» se ríen y fustigan las locuras y los vicios humanos en general y los españoles en particular, pero jamás se arrastra el hombre y el español por el fango con la frivolidad del *esprit railleur* francés. Los romances burlescos parodian toda excentricidad de la vida y de la literatura, hasta la de hacer romances y los mismos géneros diferentes de romances, como hemos hecho notar á menudo; pero no es la falta de popularidad y originalidad en la vida y la literatura, como entre los italianos, sino más bien su exceso lo que engendra aquí la parodia (como v. gr. la galantería caballeresca y el espíritu

aventurero tan persistentes en España que fueron parodiados en muchos romances) y hasta los romances llenos de relajada sensualidad, que no faltan, conservan todavía un *gracejo* que los eleva muy por encima de los ordinarios y sucios *blasons* y *capitoli*. Entre estos romances cómicos hay muchos con base objetiva ó por lo menos en forma narrativa (cuentos) que debo mencionar aquí porque no pueden enumerarse propiamente bajo ninguno de los anteriores títulos. Una clase especial son las parodias de los romances viejos y las *ensaladillas*. La mayor parte y los más notables de los romances cómicos han sido compuestos conocidamente por Góngora y Quevedo.

Como es natural, entre estos romances de asuntos varios, sobre todo entre los amatorios y burlescos, hay muchos en tono popular y hasta algunos populares viejos (*Primavera*, números 141-145). Pero el mayor número de estos romances de asuntos varios—que forman la mayor parte del contenido de los *Romanceros* más modernos, desde el «General»—procede sin duda alguna de poetas artísticos (1) y junto á muchos distinguidos por lo acabado de su forma, la ingeniosa invención y el modo gracioso de tratar el asunto se hallan muchos amanerados, desfigurados por todos los defectos del conceptismo y culteranismo y huecos de contenido, que no tienen otras ventajas que las de forma comunes á todos los productos artísticos.

En lo hasta aquí tratado acerca de los géneros de romances, desde el punto de vista de su carácter y división, según el asunto, he prescindido casi por completo de los llamados romances *vulgares*, áun cuando he tenido que mencionarlos repetidas veces en la parte bibliográfica y en la clasificación, según el principio de que proceden. Y de hecho es tan predo-

(1) Fuera de los nombrados, pertenecen á los más antiguos poetas de romances, v. gr, Alcazar, Castillejo, Esquilache, Cristóbal Suárez de Figueroa, Padilla, Rebolledo, Rodríguez Lobo, Cueva, Félix de Arteaga, Lemaco de la Vega, etc. (V. *Ticknor II*, pág. 194-196.

minante en ellos este carácter dependiente del principio de que proceden, se subordina á él y por él se condiciona hasta tal punto el interes del asunto, que Durán, como ha sido notado muchas veces, ha hecho excepción de ellos sin distribuirlos, como á los demás, conforme á la titulación por asuntos, que es lo que mantiene como fundamento de división, sino que los ha recogido bajo un título propio, que comprende *esta clase como tal*, (esto es, su sexta clase) á saber, la de los *Romances nuevos vulgares que cantan los ciegos*.

Estoy muy lejos de censurarlo por ello, antes bien me alegro de que no le haya impedido un espíritu sistemático cerrado hacer esta concesión al ordenamiento de los romances, según los fundamentos mucho más seguros de división, el genético, y según el principio de que proceden y el cronológico-formal, ordenación no sólo posible, sino en muchos casos necesaria. Hay más aún, y es, que creo que á pesar de lo dicho hasta aquí sobre este género de romances, en el ejemplo de Durán, y en los materiales y resultados recientemente adquiridos por la conexión que ha establecido entre aquéllos y por sus notas, se halla suficiente autoridad para presentar en una ojeada de conjunto esta clase de romances, notable en más de un respecto (1).

Con razón llama Durán á estos tardíos romances populares

(1) Lo que sigue ha sido intercalado aquí tomándolo igualmente de mi ya citada reseña crítica acerca de la obra de Durán. Creo tanto más necesaria esta repetición, cuanto que un crítico tan indulgente y hábil como Huber (*Gött. Anz.*, 1857, pág. 455 y sig.), teniendo presente, sin duda alguna lo que dije acerca de los romances vulgares en la *Primavera*, muy de pasada y sin agotar el asunto, ha hallado desfavorable y parcial más de lo debido la manera como Durán y yo hemos caracterizado y estimado tales romances, y al pueblo de que salieron y para el que se destinaban, y en cuya defensa ha expuesto sus opiniones dignas de reflexión, tan finas como perspicaces, pero que concuerdan con las aquí reproducidas hasta tal punto, que por ellas reciben la mejor confirmación las de Durán y las mías.

que desde mediados del siglo XVI, poco más ó menos, nacieron en boca del pueblo, ó fueron compuestos para el pueblo por sus cantores, los «ciegos», *nuevos vulgares*, para diferenciarlos de los *viejos populares*, con los que tienen de común el principio popular y el popularismo de la forma, perteneciendo al mismo género que ellos, pero que son hasta tal punto desfiguración de estos últimos como el pueblo español de la edad moderna (desde el siglo XVI) lo es de el de la edad media. Desde que el pueblo español no participó ya por sí mismo de la vida nacional interna, desde que dejó de ser, por lo tanto, la historia nacional política objeto y contenido de su conciencia poética, desde que no sólo la aristocracia del nacimiento y de la riqueza, sino también la de la inteligencia y la educación se fué separando de aquél y persiguiendo intereses particulares, desde que sucedió todo esto fué cayendo cada vez más en España, como en todas partes, en el «pueblo» en el sentido moderno y en el *vulgus* en él comprendido (1); en España más aún que en otras partes, en que frente al enemigo se conservó el sentimiento nacional, y á pesar de su posición social, y «dentro de los límites de la ordenación legal», un heroismo popular, aunque muy distante en general del primitivo, análogo á él, sin embargo, y por lo tanto, popular en su sentido (2). Conformes á semejante pueblo tenían que ser sus can-

(1) Huber (l. c., 452-453) ha demostrado muy bien que entonces todavía se comprendía en ese término no siempre el populacho, y que en este *vulgo* español se incluía una parte muy respetable de la nación, «toda la población del campo y de los pequeños lugares por oposión á la de las grandes ciudades.»

(2) En todos nuestros manuales llamados históricos se halla como frase consagrada sobre este punto de la historia española: «El pueblo español tenía que ser arruinado política y espiritualmente por el absolutismo y la Inquisición, etc.» Léase, por el contrario, la opinión de Durán (pág. 29, nota 20) que perteneciendo, como es sabido, al partido del progreso racional y orgánico, desenvuelve con espíritu verdaderamente filosófico y con la elocuencia de un Jovellanos, cómo no han de buscarse las causas de esto en el despotismo eclesiástico y laico, sino en parte en la situación

tos los romances vulgares. Durán ha descrito muy vivamente *este* pueblo y *sus* romances.

«Supersticioso, se dedicó á contar los falsos milagros: es»clavo en su pensamiento, todo lo creía sin examen; pero va-

---

del mundo entonces, y en la marcha de la civilización en general, tal como en la formación coetánea de la monarquía española y del sistema político europeo, en la posición de España respecto á la Reforma, etc.; en parte en la transformación interna de la sociedad española por su propia culpa, v. gr.: por las disensiones desgarradoras cada vez más profundas entre los comunes y la aristocracia, el odio irreconciliable entre los viejos y los nuevos creyentes, etc; á consecuencia de lo cual tenía que hacerse cada vez más absoluto y despótico el poderío del rey y de la Iglesia, que no eran más que el producto de la voluntad popular, y la expresión de su pensamiento. La concepción histórica de Huber (l. c., páginas 457-458) concuerda en lo esencial con ésta: «No es preciso más que »comprender y juzgar sin prejuicios de ninguna clase tanto rasgo cono»cido y significativo de la historia española *desde* el principio del si»glo XVI hasta la última gran guerra de la Independencia, y ante todo la »fisonomía y el contiuente social, moral y religioso del pueblo español »(en el sentido más estricto de la palabra) tal como surgen del complexo »de los más variados testimonios; basta comprender y juzgar esto des»preocupadamente para convencerse de que, tanto *á pesar* como *á causa* »de las instituciones que excluyen al parlamentarismo de España, el »pueblo español se identificó con plena conciencia y amor y fidelidad »enérgicos con la vida eclesiástico-política, y la vocación por ella condi»cionada, que se decidió precisamente en aquel período, *después* de la »batalla de Villalar, después de haber sido preparada en lo esencial por el »precedente gobierno. Es lo cierto que no habrá casi nadie que tenga »algún conocimiento de la historia *efectiva* que niegue á los Reyes Católicos el carácter de popularidad en el más digno sentido. Pero aún Car»los V y hasta Felipe II, todo eran menos impopulares. El error domi»nante en este respecto arranca sencillamente del prejuicio, de la preocu»pación que no sabe formarse representación alguna del carácter, de la »conciencia popular, de la opinión pública, que en España había salido »condicionada por la historia toda del pueblo. Su señal característica no »era la *libertad* moderna ó parlamentaria y reformadora, sino la *unidad* »monárquica y católica.» Me creo, por lo demás, obligado á hacer notar que el anterior pasaje del texto ha sido modificado y completado no poco conforme á la aguda concepción de Huber.

»liente todavía, y no teniendo héroes de buena ley que cele-
»brar, celebraba los malhechores y bandidos que burlaban la
»justicia de los hombres. Así retoñaban áun contra la tiranía
»los instintos del fiero carácter castellano. Privado de cuanto
»estimula y engrandece el alma, extraviada su imaginación y
»su razón torcida, olvidado de sus antiguas glorias, se corrom-
»pió y degradó hasta el punto de apasionarse de lo que era
»más deforme y despreciable. Demasiado abatido para que
»desde su bajeza alcanzase á mirar las clases más altas de la
»sociedad en que vivía; entregado al desaliento y la pereza;
»contento entre la inmundicia que le rodeaba; indiferente
»á los asuntos públicos con relación á sí propio, sólo venera-
»ba al través del prisma de sus errores, á la hipocresía como
»virtud, á la barbaridad como valor, al desenfreno como he-
»roismo, á la charlatanería como ciencia, y á las creencias fal-
»sas como parte integrante del dogma verdadero. La mentira
»más absurda era para él la verdad más evidente, si se aco-
»modaba á sus instintos supersticiosos, y desde luego creía
»con toda su alma cuanto era imposible y absurdo. Este cena-
»gal de corrupción, de falsa ciencia y de fe extraviada, sirvió
»de materia á los romances que los ciegos empezaron á pro-
»pagar desde mediados del siglo XVII, y que simpatizan tanto
»con el vulgo alucinado, que constituyen su catecismo, su en-
»canto, sus delicias, y puede decirse que hasta su único mo-
»delo ideal y su verdadero retrato. Gratos le eran estos ro-
»mances, porque personificaban el denuedo en un contraban-
»dista vencedor de un regimiento, y que se burlaba de las
»autoridades que persiguiendo el crimen lo hacían bajo las
»formas odiosas del despotismo: interesábanle aquellos cua-
»dros lascivos, donde una dama resuelta dejaba la casa, y ul-
»trajaba la autoridad paterna por seguir á un valentón rufian,
»á quien encubría en sus robos y favorecía en sus asesinatos;
»batía las palmas de gozo cuando se le presentaba un enjam-
»bre de alguaciles huyendo de un desaforado malhechor con
»visos de valiente; se entusiasmaba en pro del ladrón que so-

»corría á los pobres con los despojos de los ricos; placíale verle »subir animoso al cadalso, donde después de confesado, echaba »un sermón muy tierno á los espectadores, y moría, tan per»suadido como ellos de que iba á gozar de Dios, cual si »fuera un santo; y en fin gustaba con desatino de hallar en »estos romances un diluvio de milagros, de brujerías y en»cantamientos, una gaceta de terremotos y tempestades, »incendios, pestes y castigos extraordinarios de la Providen»cia contra personas y pueblos enteros, sobre todo si eran »judíos, moros ó herejes (1).

---

(1) Con qué pueblo contaban estos romances se ve ya por las introducciones de muchos de ellos, en que el cantor ó ciego procura ganarse al auditorio. Es sobre todo característico el siguiente principio del romance núm. 1263:

Todo el mundo me esté atento,
Alargando las orejas,
De manera que los hombres
Mulos manchegos parezcan;
Dejen de mentir los sastres,
De presumir las mozuelas,
De hilar y arrojar gargajos
Las descomunales viejas;
No escupan los fumadores,
Y los borrachos con flema
Estén con el vaso en mano
Hasta caer en la tierra;
Cesen de hablar los soldados
Refiriendo en las tabernas
Las batallas y combates
Que ellos á su salvo inventan;
Los jugadores de naipes
Dejen las barajas quietas,
No sacando vaticinios
De las vanas apariencias;
Los loteros cavilosos
No miren á las estrellas,
Y de ambo y terno se olviden,
Y las cábalas suspendan;
En fin, repito, me estén
Todas las almas atentas, etc.

A pesar de que, por lo tanto, estos romances, mirados desde el punto de vista meramente estético, amenudo aparecen muy bajos y no pueden compararse en cuanto á su contenido poético con los viejos populares, tienen, sin embargo, para la historia de la literatura y de las costumbres gran interés, pues son para su tiempo lo que aquellos antiguos eran para el suyo, sin que dejaran de ejercer influencia sobre la poesía artística de su tiempo, sobre todo la dramática, así como ellos por su parte llevan los más claros vestigios de la influencia de aquella y hasta coquetean con erudición pedantesca. También hallamos en ellos, como hemos de ver, elementos fabulosos y ejemplos de emigraciones de cuentos. Durán los ha recogido en once grupos (1).

1.° Los que se compusieron siguiendo á las novelas caballerescas (caballerescos); pues aún vivían en este pueblo las antiguas leyendas caballerescas, áun cuando sólo por mediación de las novelas en prosa y de los libros populares prosáicos. Así, por ejemplo, aquí nos ha dado Durán un arreglo de la fábula de Fierabrás, en ocho romances (núms. 1253 á 1260) de Juan José López, siguiendo al libro popular *Historia de Carlo Magno*.

2.° Los novelescos y fabulosos; son con mucho los más interesantes. Hallamos entre ellos arreglos de antiguas leyendas y hasta de fábulas conocidas por todos, que finalmente se introdujeron en España. Así son, v. gr., los tres primeros romances de este grupo, núms. 1263 hasta 1265, cuentos españolizados á saber, los dos primeros: *Las princesas encantadas*, de Alonso de Morales, que concuerdan en sus rasgos capitales con los cuentos alemanes *Del licor de vida* y *El pájaro de oro*, (v. los *Cuentos de niños y de casa* de Grizmm) y todavía más próximos al de *La hija del rey en la montaña de Montserrat* (*Deu-*

(1) Esto en la obra misma; en el *Prólogo* los ha dividido en seis, ordenándolos de otra manera. El entrar en detalles ha mejorado también aquí la teoría.

tsche Hausmärchen, de Wolf, Göttingen, 1851.) El tercer romance *El violín encantado* concuerda por completo hasta en los detalles con nuestro cuento *El judío en la espina* (Grimm, l. c.) De las antiguas fábulas hallamos aquí en forma modernizada, por ejemplo, la de Rosimunda (núm. 1266); de Crescencia, (números 1269-12-70); de Griseldis (núms. 1273-1275); de Valentín y Urson (núms. 1281-1282); núms. 1271-1272: *El estudiante de Córdoba*, que se abstiene de seducir á una monja porque se ve á sí mismo muerto y enterrado, parece ser una leyenda peculiar española. (Se halla en el *Jardín de flores curiosas*, de Torquemada, y tomándolo de aquí en los *Lays and legends of Spain*, de Thomas, pág. 63: *The Hell-hounds*, y como novela consta en las *Soledades de la vida y desengaños del mundo*, de Gaspar Lozano Montesinos, v. la vida de Juan de Mañara en *Hijos ilustres de Sevilla*, 1850. 8).

3.° Los de cautivos y renegados. Aun cuando este grupo regularmente numeroso tiene una razón local de nacimiento en la vecindad hostil de los berberiscos, hállanse entre ellos algunas antiguas leyendas nada más que localizadas; así, v. gr., en el núm. 1291-1292 *La princesa cautiva*, es la conocida leyenda que se nos presenta en muchas nociones, de una muerta insepulta ó mal enterrada, de la que uno se compadece procurándole cristiana sepultura, por lo cual el espíritu ya aquietado se le muestra agradecido y servicial en peligrosas aventuras y en la consecución de una novia rica (arreglada en inglés en el *Romance of Sir Amadas*, fundado sobre uno francés, en el *Metrical romances*, de Weber, III, 241 y siguientes; en alemán el relato de la *Fidelidad caballeresca*, en la *Gesammtabenteuer*, de Hagen, I, 6; y en español tratada también dramáticamente en *El mejor amigo el muerto*, de tres ingenios, entre ellos Calderón, y *Don Juan de Castro*, de Lope de Vega; véanse tambien los cuentos alemanes: *El hijo del mercader*, en Meier; *Deutsche Märchen aus Schwaben*, Stuttgart, 1852. 8, núm 42; Wolf, *El agradecimiento del muerto*, pág. 243; Pröhle, *Kinder- und Volksmärchen*, Leipzig, 1853, pág. 239, núm. 78, etc. Véa-

se sobre todo Simrock, *Der gute Gerhard und die Dankbaren Zodten*, Bonn, 1856, 8, pág. 46 y siguientes.

4.° Romances vulgares históricos. Durán no ha dado aquí más que seis, y tales, que tienen por objeto leyendas nacionales que sobreviven en boca del pueblo (dos de la conquista de Sevilla por San Fernando; dos de la sultana de Granada; una del triunfo del Ave María y de Garcilaso de la Vega y una de doña Inés de Castro), para mostrar de un modo claro y preciso en objetos tan amenudo cantados la diferencia en la manera de concebir y tratar los asuntos entre los viejos romances populares y los nuevos vulgares. De los vulgares sobre sinceros, modernos no contemporáneos, que Huber denomina muy acertadamente «romances de boletín,» de los cuales hay muchos, Durán insertó bastantes bajo el precedente título capital de los históricos.

5.° Los de leyendas, vidas de santos y de casos milagrosos, uno de los grupos más ricos, como es natural tratándose de un pueblo como el español, é interesante porque nos ofrece muchos puntos de comparación con un género propio del drama nacional, las *comedias de santos*. (Compárese, por ejemplo, los romances núms. 1311 y 1312, *Carlos y Lucinda*, esto es, la leyenda de San Julián, con *El animal profeta*, de Lope de Vega; los núms. 1314 y 1315, *La linda deidad de Francia*, la leyenda de *Abraham*, arreglada ya por Rosvitha, la monja de Gandersheim, con *El ermitaño galán y mesonera del cielo*, de Mira de Mescua.) También aquí nos encontramos fabulosos, así el número 1323: *La baraja*, que concuerda hasta en los detalles con el cuento de *Un fanfarrón expone la baraja por buena parte*, que se halla en Pröhle, pág. 219, núm. 68.

FERNANDO WOLFF.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

El concepto de organismo social, discurso de D. Vicente Santamaría de Paredes en la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Madrid, 1896.

Encargado el Sr. Santamaría de Paredes de llevar la voz de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en la solemnidad celebrada por esta corporación el 24 del pasado mes de Mayo, día en que se conmemoraba la fundación del cuerpo, tuvo la acertadísima idea de elegir como tema de su discurso *El concepto de organismo social*. En cierto modo puede decirse que en el problema sobre si la sociedad es ó no un organismo, y de qué especie lo sea en caso afirmativo, se hallan contenidos todos los demás problemas sociológicos, grandes y pequeños, que hoy se discuten, y que la solución que al primero se dé tiene forzosamente que influir en la que se dé á los últimos. Sin duda por eso el Sr. Santamaría, queriendo dar á conocer á los miembros de la Academia referida, y al público estudioso en general, su concepción sociológica, ha escogido el tema indicado, como el que mejor se prestaba para la realización de sus propósitos. Yo no puedo menos de alabarle por ello, y ojalá hicieran lo mismo, cuando se les presentara ocasión, todos los escritores de materias sociales.

Revélanse perfectamente en este trabajo del Sr. Santamaría las mismas cualidades que en todos los restantes del propio autor: una gran claridad y mucho orden en la exposición de las materias, no muy poco conocimiento de la literatura refe-

rente al asunto, singularmente de los libros y escritos de uso más general y de los tocantes á las direcciones científicas de mayor significación; cierto empeño, laudable seguramente, pero á mi modo de ver de no fácil realización, por hacer compatibles, sin más que aproximar unas á otras, las ideas madres tradicionales, procedentes de concepciones primitivas, casi infantiles, con los resultados de la investigación moderna y con las concepciones consiguientes á tales resultados; y acaso, acaso también, no tanta dosis como fuera de apetecer de ese espíritu verdaderamente filosófico, orgánico y sintetizador que, ayudado por una sólida y amplia cultura, distingue por modo tan marcado la obra, lo mismo positiva que crítica, del hombre realmente de ciencia, de la del simple *amateur*.

El discurso se halla dividido en tres partes: general, histórica y crítica; además, contiene una introducción consagrada á demostrar la necesidad que hoy tenemos de definir lo *orgánico* por la vaguedad en que aún se halla este concepto, y el abuso que de la palabra se hace.

La parte general está, en efecto, dedicada á definir, en dos capítulos, los conceptos expresados por las voces «órgano» y «organismo», y la noción de ser «orgánico y de materia orgánica en las ciencias naturales». Por cierto que, á mi juicio, ni el trabajo del Sr. Santamaría nos enseña el concepto de lo orgánico de manera tal que el lector se quede perfectamente satisfecho, ni la idea que da de organismo me parece acertada, más que nada, por lo estrecha. Para el autor, «organismo es el *sistema de órganos* de un todo vivo»; lo orgánico supone «la diversificación de una actividad común entre *varias partes componentes*», ó sea la *cooperación de órganos específicos;* los seres orgánicos tienen que ser pluricelulares, no siendo orgánicos los unicelulares; «el organismo no existe en los seres desprovistos de órganos ó dotados de uno solo»..... Estas y otras afirmaciones semejantes que se hacen en el curso del trabajo del ilustrado catedrático de la Universidad de Madrid, demuestran que concibe de un modo harto limitado, y erróneo por consi-

guiente, el organismo. Pues, según lo que de aquí resulta, no es organismo sino el ser que ya está diferenciado, con órganos específicos, en un momento bastante avanzado de su evolución, ora ontogénica, ora filogénica, no siéndolo en los momentos anteriores. Por ejemplo, es organismo el hombre cuando ya tiene órganos; pero no lo será cuando el embrión está completamente indiferenciado en los instantes primeros de su vida. Ahora, ¿cómo es que se cambia de inorgánico en orgánico? ¿Y en qué momento ocurre esta metamorfosis? ¿Cuándo y de qué manera se verifica el tránsito desde la actividad anergálica (como la llama el Sr. Costa en *La vida del derecho*, obra que me extraña no cite el Sr. Santamaría) á la actividad realizada por órganos? Y cuenta que lo mismo que de los seres fisiológicos, se puede decirde los sociales, pues también aquí hay organismos rudimentarios, sin órganos específicos, y organismos ya más desarrollados. Todo esto exigiría mayores explicaciones y consideraciones de las que se pueden hacer en una nota bibliográfica, y que hubieran podido tener lugar muy bien en un discurso como el del Sr. Santamaría.

Tengo que abreviar. La parte histórica es bastante completa. El autor ha recogido en ella lo más saliente y conocido acerca de la consideración de la sociedad como organismo, tanto en el antiguo régimen (del que da escasas noticias) como después de la revolución francesa, señalando las capitales direcciones que se han producido tocante al particular, lo mismo en la esfera de la filosofía puramente especulativa y abstracta que en la esfera de la investigación naturalista, antropológica y sociológica. Creo, sin embargo, que quedan fuera del cuadro algunas escuelas y bastantes escritores que merecían muy bien figurar en él.

Y finalmente, en la parte crítica se ocupa el Sr. Santamaria de la posible aplicación de la idea de organismo á los conceptos de Estado y sociedad, y de la conciliación entre el organismo social y la libertad individual. La posición del autor en este punto es muy parecida en la forma á la de la dirección

intermedia ó crítica (de Fouillée y tantos otros), en cuanto admite á la vez el organismo social y la libertad individual; pero en el fondo es la misma posición de los escritores antiguos, la posición tradicional, pues las ideas capitales sobre que se asientan sus concepciones (las ideas de la libertad, el Estado, etc.), son más bien las del idealismo clásico y del llamado «liberalismo orgánico» (de Krause y sus discípulos), que las del «organismo contractual», que es en realidad determinista y naturalista. No me es posible, dentro de los límites en que tengo que encerrarme, dar ulteriores explicaciones.

En conjunto y en resumen, el discurso del Sr. Santamaría me parece un trabajo digno de que fijen en él su atención nuestros estudiosos de cosas sociales, mucho más teniendo en cuenta la escasa producción literaria de esta clase que suele haber en España.

P. Dorado.

Tratado de economía política, por Carlos Gide, traducido de la quinta edición francesa y prólogo por Ramón de Olascoaga, Profesor de la Universidad nacional del Paraguay.—Vol., 602 páginas. Madrid, 1896. —Librería de Victoriano Suárez.—Precio, 7 pesetas.

El Sr. Gide, uno de los sostenedores más constantes de la *Revue d'Economie politique* francesa, economista científico de gran empuje, representa en Francia la rotura más completa con las tradiciones de la escuela que por rara y extraña manera de intepretar las palabras, se ha llamado ortodoxa, individualista y liberal. Aunque, como advierte el distinguido economista español, honra del profesorado del Paraguay, Sr. Olascoaga, el *Journal des Economistes*, que no envejece y que como las solteronas se *plantan* en los treinta años, no pasó de Bas-

tiat—calificó de peligroso el espíritu que informa sus ideas; sin embargo, éstas se han abierto camino en la vecina república de un modo muy expansivo, sin que por fortuna ocurriera catástrofe alguna. El libro probablemente más importante del Sr. Gide, del cual se han agotado respectivamente hasta cinco ediciones desde 1884 en que se publicó por primera vez, es el *Tratado de Economía política* que hoy se publica entre nosotros traducido al español por el distintiguido economista, nuestro querido amigo el Sr. Olascoaga.

El corte exterior del libro del Sr. Gide es el de un manual, verdadera obra didáctica, en forma de resumen sistemático del contenido de la ciencia que, con no muy exacta propiedad, se llama economía política, y que seguramente estaría mejor llamada *Economía* á secas, ó bien *Economía humana*, pues del contexto del libro del Sr. Gide se infiere que no se trata de la economía del Estado—política—sino de la economía en general, individual y social. El plan desenvuelto por el economista francés es el siguiente: en primer término comprende bajo el epígrafe de *nociones generales* algunos—no todos—de los problemas que suelen constituir el contenido de la *Introducción* á la ciencia, historia de la economía política, su objeto, divisiones; si la Economía es ciencia, el método y las escuelas económicas liberal, socialista, católica é histórica. Después, en libros sucesivos, estudia por su orden las cuestiones relativas: 1.°, al valor: las necesidades, el valor y el precio; 2.°, á la producción: el trabajo, la naturaleza y el capital, los sistemas de producción, sus formas, la asociación, la división del trabajo, el cambio, la moneda metálica y de papel, el cambio internacional, el crédito; 3.°, á la repartición, *a*) los partícipes, el productor económico, el patrono, el asalariado, el rentista, el indigente; *b*) sistema de repartición, sistema socialista, sistema individualista; y 4.°, el consumo, el gasto y el ahorro.

Sin entrar á criticar las ideas y el plan bajo que el Sr. Gide las expone, no vacilo en considerar el *Tratado de Economía política* del distinguido profesor francés, como uno de los mejor

pensados y más completos, dada la extensión, creyendo firmemente que el Sr. Olascoaga ha tenido muy buen acuerdo al acometer la tarea de traducirlo y publicarlo en español para difundirlo, tanto por la madre patria como por las repúblicas hispano-americanas. No ignoro que en España hay algún economista aventajadísimo capaz de hacer obra original del empuje de la del Sr. Gide; pero mientras los Piernas y los Buylla se contentan con escribir y publicar introducciones, y no se decidan á condensar en ordenadas exposiciones sistemáticas, didácticas, los resultados de su labor como profesores peritísimos, el *Tratado* del Sr. Gide puede desempeñar admirablemente el papel á que lo dedica nuestro compatriota el economista señor Olascoaga.

En cuanto á la traducción de este querido amigo nuestro, como tal traducción, sólo diré una cosa, que me ha parecido exacta, correta, en suma, con todas las cualidades y condiciones apetecibles en una traducción de un libro de ciencias morales y políticas. Además, su prólogo, excelentemente escrito, es de gran interés. Sabemos que el Sr. Olascoaga pensaba poner al frente del libro de Gide, en lugar del prólogo, un trabajo de otras proporciones, acerca del *estado actual de los estudios económicos en España*, y que no lo ha hecho por no retardar la publicación del *Tratado* y porque iba esto á resultar demasiado voluminoso, proponiéndose hacer con él un libro independiente. Lo único que deseo es, que el Sr. Olascoaga, á quien felicito por su trabajo de buen traductor, nos dé á conocer pronto su obra original, que seguramente nos ha de procurar nueva ocasión de aplaudir su talento y laboriosidad (1).

ADOLFO POSADA.

(1) Esta obra del Sr. Olascoaga se ha publicado ya. De ella hablaremos en otro número de LA ESPAÑA.

Annales de l'Institut International de Sociologie publiès sous le direction de *Renè Worms*, II. Travaux du second congrès, tenu á Paris, en Septembre-Octobre de 1895.— París, Giard y Briere, un vol. de 462 páginas.—1896.—Precio, 7 francos.

I.

Merced á la iniciativa entusiasta de varios sociólogos, especialmente del Sr. Worms, constituyóse en París en 1893 una asociación con el nombre de *Instituto internacional de Sociología*, cuyo fin no es otro que agrupar los sociólogos de los diversos países al efecto de estudiar en común las graves cuestiones sociológicas. El Instituto se compone de cien miembros y doscientos asociados, como número máximo. Los principales medios que dicho Instituto emplea para cumplir su misión, altamente científica, son las reuniones periódicas—ordinariamente anuales—de los miembros y asociados en Congresos, y la publicación de los *Anales*. En los días 29 de Septiembre á 4 de Octubre de 1894, celebróse en París el primer congreso del Instituto. Fué un verdadero éxito, tanto por el número y calidad de los congregados, como por la importancia de los problemas debatidos y la elevación científica que presidió sus deliberaciones. Prueba palmaria de esto, la tenemos en el volumen primero de los *Anales*, publicado por la casa editorial Giard y Briere en Julio de 1895. Contiene este volumen trabajos de los Sres. Lubbock, Tarde, Simmel, Worms, Gumplo-

wicz, Novicow, Kovalewsky, Dorado y otros, habiéndose estudiado entre otros los problemas del método en sociología del derecho criminal, del socialismo, del anarquismo, del arte, etcétera, etc.

El segundo Congreso de tan importante asociación científica, celebróse también en París, en los días 30 de Septiembre á 3 de Octubre de 1895, y si lisonjero fué el resultado obtenido en el primero, el del segundo quizá le superó por todos conceptos. Asistieron á él veintiocho miembros y asociados, enviando diez más, memorias para ser leídas. Entre los asistentes estaban los Sres. Kovalesky (presidente en ausencia de Schäffle, enfermo), Letourneau, Worms, Lestrade, Espinas, Manouvrier, Novikow, Raffalovich, Steimetz, Tavares de Medeiros, Araujo, Bonnet, Collinet, Coste, Decugis, Golver, Grasserie, Heriot, Jaffé, Kergall, Kraus, Lambert, Limousin, Monin, Minzés, Rappin, y Zeltner, remitiendo memorias los Sres. Gumplowicz, Ferri, Garófalo, Lelienfeld, Toenies, Westermarck, Abrikossoff, Piche, Puglia y Posada. Además, á las sesiones del Congreso asistió numeroso público de personas de todas las clases y profesiones sociales. Ahora bien, el volumen cuyo título va al frente de estas líneas, segundo de los *Anales del Instituto internacional de Sociología*, contiene gran parte de los trabajos leídos y discutidos en el referido congreso. No van en él todos, porque habiéndose acordado no celebrar congreso este año, se decidió publicar hacia el próximo mes de Noviembre un tercer volumen que comprenderá los trabajos no publicados y otros nuevos que los miembros y asociados preparan.

He aquí en breves términos los asuntos tratados en el congreso de sociología de 1895, y que el volumen de que hablamos contiene.

II.

Figuran en primer término los discursos del Presidente, Sr. Kovalewsky, y del Secretario, R. Worms. A continuación insértanse las memorias y discusiones relativas á los puntos siguientes: 1.° Concepto de la Sociología. 2.° El método en Sociología. 3.° La lengua de la Sociología. 4.° Matrimonio y familias. 5.° Formas de la propiedad. 6.° Evolución de las formas políticas. 7.° La ley de retrospección revolucionaria. 8.° Origen de las razas. 9.° El crimen como fenómeno social. No todos los temas que quedan copiados despertaron idéntico interés. Sobre cada uno de los temas primero, segundo, tercero, quinto, séptimo y octavo, sólo se presentó una memoria. Verdad es que todas ellas son de verdadera importancia, no siéndolo menos las discusiones á que su lectura dió lugar. Sobre las concepciones de la sociología escribió el Sr. Worms; acerca del método disertó el Sr. Steinmetz; el Sr. Combes de Lestrades trató de la Lengua; estudió el Sr. Kovalewsky el paso de la propiedad colectiva á la individual; el Sr. Krautz la Ley de la retrospección revolucionaria, y el Sr. Golberg el Origen de las razas y la división del trabajo. Acerca de los temas cuarto, sexto y noveno se presentaron varias memorias. P. Lelienfeld y Raul de la Grasserie escribieron respectivamente sobre si hay una evolución de las formas políticas, y acerca de la evolución de la vida de la aristocracia. Los temas más ampliamente tratados fueron los cuarto y noveno. Acerca del cuarto presentaron las memorias siguientes: una del señor Abrikossoff sobre el individualismo y las formas del matrimo-

nio; otra interesantísima de Ed. Westermarck sobre el matriarcado, y otra de Luis Gumplowiez sobre la familia, su génesis y su evolución. Por último, acerca del tema noveno, el crimen como fenómeno social, escribiéronse hasta cinco memorias de los Sres. J. Toenis, Ferri, Garófalo, Tavares de Medeiros, y Pughlia.

El carácter necesariamente sumarísimo de estas notas me impide detenerme más en estas indicaciones acerca del importante libro de que doy cuenta; libro que bien merece estudio detenido, tanto por la variedad de asuntos en él tratados, cuanto por la importancia de estos, la talla científica de los autores de las memorias insertas y de las discusiones habidas, y en fin, por ser la expresión sintética de las corrientes filosóficas reinantes entre los principales sociólogos, acerca de los más capitales problemas de la ciencia nueva, esto es, de la Sociología.

A. Posada.

OBRAS NUEVAS

Balaguer (V.)—Instituciones y reyes de Aragón. En 8.°, 311 páginas. En tela: 4 pesetas.

Blasco Ibáñez (V.)—En el país del arte. (Tres meses en Italia.) En 8.°, 288 páginas: 1 peseta.

Campos Hidalgo (A.)—Sor María (poema filosófico en verso libre.) En 8.°, VI-30 páginas: 0,75 pesetas.

Cebrián (P.) y Los Arcos (A.)—Teoría general de las proyecciones geográficas y su aplicación á la formación de un mapa de España. En 4.°, 2 hojas, 270 páginas, 2 láminas y un mapa: 8 pesetas.

Cuentos y chascarrillos andaluces, tomados de la boca del vulgo, coleccionados y precedidos de una introducción erudita y algo filosófica, por Fulano, Zutano, Mengano y Perengano. En 8.°, XXI-271 páginas: 3 pesetas.

Datos relativos á la organización, mando y distribución del ejército. En 16.°, 119 páginas.

Echegaray (J.)—Amor salvaje; bosquejo dramático en tres actos, original y en prosa. En 8.°, 74 páginas: 2 pesetas.

Idem.—La cantante callejera; apropósito lírico en un cuadro y en prosa, escrito para la señora Guerrero. En 8.°, 16 páginas: 1 peseta.

Edo (C.)—Y va de cuentos. En 8.°, 309 páginas: 3 pesetas.

Gómez Ocaña (J.)—Fisiología humana, teórica y experimental. En 4.°, 939 páginas: 16 pesetas.

Greus (V.)—Idealismo. (Poema). En 12.°; XV-151 páginas: 0,50 pesetas.

Guesalaga (A.)—Derecho internacional. Estudio de las leyes de la guerra. En 4.°, 164 páginas: 4 pesetas.

López Tuero (F.)—Valoración de materias agrícolas. En 8.°, 65 páginas: 1 peseta.

Malvert.—Ciencia y religión. En 8.°, 166 páginas: 2 pesetas.

Manduca (F.)—El procedimiento penal y su desarrollo científico: traducción, prólogo y notas de Angel Pintos y Pintos, profesor de derecho en la Universidad de Santiago. En 4.°, 307 páginas: 5 pesetas.

Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.

Martí y Folguera (J.)—Poemas catalanes. En 8.°, 194 páginas: 3 pesetas.

Menéndez y Pelayo (M.)—Antología de poetas líricos castellanos, desde la formación del idioma hasta nuestros días. *Tomo VI.* En 8.°, CDI páginas: 3 pesetas.

Montalvo (J.)—Capítulos que se olvidaron á Cervantes. Ensayo de imitación de un libro inimitable; obra póstuma. En 4.°, CXXXIX-433 páginas y el retrato del autor.

Montseny (J.)—Sociología anarquista. En 4.°, 203 páginas: 1 peseta.

Muñoz Cuéllar (M.)—Prontuario de legislación militar. En 8.°, 271 páginas: 2 pesetas.

Muñoz del Castillo (J.)—Filtros de porcelana de amianto. En folio, 23 páginas á dos columnas, con grabados: 1 peseta.

Navarro Reverter (J.)—Proyectos de ley de Presupuestos generales del Estado para el año económico de 1896-97. En folio, 228 páginas y 6 hojas.

Olmedilla y Puig (J.)—El sabio médico portugués del siglo XVI, García da Orta. En 4.°, 4 hojas.

Oloriz y Aguilera (F.)—Discurso leído en la Real Academia de Medicina. Contestación de D. Benito Hernando y Espinosa. En 4.°, 131 páginas y ún mapa.

Ortí y Brull (V.)—Doña María Manuela Pignatelli de Aragón y Gonzaga, duquesa de Villahermosa. En 8.° mayor, 2 tomos, 287 y 413 páginas con 13 retratos, 3 láminas y 42 hojas de facsímiles diversos.

No se ha puesto á la venta.

Ortiz Cañavate (F. y M.)—Problemas agrícolas; cereales de secano; por D. Fernando y D. Miguel Ortiz Cañavate, ingeniero agrónomo. En 4.°, 99 páginas: 2 pesetas.

Ossorio y Gallardo (A.)—Legislación mercantil terrestre. En 4.°, VIII-671 páginas: 8 pesetas.

Palacio Valdés (A.)—Obras completas. *Tomo III.* El señorito Octavio. En 8.°, 295 páginas: 4 pesetas.

Palau y Dulcet (A.)—El año artístico y literario en Barcelona, 1895. En 8.°, 224 páginas. 2,25 pesetas.

Pedrell (P.)—Hispaniæ schola musica sacra. Opera varia (sæcul. XV. XVI, XVII et XVIII), diligenter excerpta, accurate revisa seculo concinnata. Vol. IV. *Antonius a Cabezon.* En folio, IX-71 páginas: 8,50 pesetas.

Idem. idem.—Vol. V. *Joannes Ginesius Pérez.* En folio, XXI-59 páginas: 8,50 pesetas.

Pérez Nieva (A.) Por la montaña; notas de un viaje á Cantabria. En 4.°, VIII-158 páginas: 1 peseta.

Perogrul.—Insomnios (poesías). En 12.° apaisado. 100 páginas.

Tirada de 40 ejemplares.

Pí y Margall (F).—Diálogos y artículos. En 12.°, 189 páginas: 0,50 pesetas.

Picón (J. O.)—Tres mujeres. (La recompensa, prueba de un alma, amores románticos.) En 12.°, 183 páginas: 2,50 pesetas.

Ponte (M. M.)—Tratado elemental y práctico de patología y cirugía ginecológicas. *Segundo volumen.* En 4.°, XLIII-528-VII páginas.

Puerta y Escobar (R. de la.)—Guía ilustrada de aguas minerales y balnearios de España. En 8.°, 135 páginas: 2 pesetas.

Ramón y Cajal (S.)—Manual de anatomía patológica general. En 4.°, VIII-495 páginas: 15 pesetas.

Reina (M.)—Poemas paganos. La ceguedad de las turbas.—El poema de las lágrimas.—El crimen de Héctor. En 8.°, 52 páginas: 1 peseta.

Restrepo (V.)—Los Chibchas, antes de la conquista española. En 4.°, XX-239 páginas y un Atlas: 30 pesetas.

Ríos y Serrano (D. de los).—La catedral de León. Monografía. *Tomo II.* Madrid. En fol., 244 páginas con grabados intercalados y 5 fototipias. En tela con plancha en oro: 12,50 pesetas.

Robles Pozo (J.)—El Código Civil y su jurisprudencia hasta 1.° de Enero de 1896, 2 tomos. En 4.°, XXI-678 y 966 páginas: 22,50 pesetas.

Rojas (F. P.)—La luz eléctrica y sus aplicaciones. Obra práctica y popular. En 8.°, 179 páginas: 3 pesetas.

Ros Biosca (J. M.)—Legislación penal y procedimiento sobre contrabando y defraudación. En 12.°, 403 páginas: 1 peseta.

Rovira y Rabasa (A.)—Tratado de gnomónica. En 4.°, XXI-271 páginas y un atlas de 24 láms. En fol.

Sanz y Escartin (E.)—El individuo y la reforma social. En 4.°, 448 páginas: 6 pesetas.

Sarasate de Mena (F.)—Cuentos vascongados. En 12.°, 181 págs., 0,50 pesetas.

Sardiña y Flores (F.)—Ensayo de economía política exterior. La ecuación económica. En 4.°, 215 páginas: 5 pesetas.

Sasselli y Collar (J. M.)—Legislación fabril é industrial: estudio del derecho vigente. En 4.°, VIII-304 páginas: 4 pesetas.

Serrano García Vao (M.)—Toreros, toreritos y torerazos: 202 semblanzas. En 12 °, 144 páginas y 32 retratos: 1 peseta.

Slocker (M.)—Enfermedades simuladas y disimuladas; medios de reconocerlas. En 8.°, 600 páginas: 7 pesetas.

Solemne acto religioso, literario, musical, celebrado en el Convento de la Merced de Lima. En 8.°, IV-80 páginas.

Tineo Rebolledo (J.)—Rosa y Negro (Cuentos). En 8.°, 192 páginas: 1,50 pesetas.

Torres Campos (M.)—Bases de una legislación sobre extraterritorialidad. En 4.°, 440 páginas: 8 pesetas.

Tovar (C. R.)—De todo un poco. Quito. Impr. de la Universidad. En 8.°. 200 páginas.

Ulecia y Cardona (A.)—Ensayos poéticos. En 8.°, 110 páginas. 2 pesetas.

Uriel Hancok (A.)—Historia de Chile. En 4.°, 446 páginas: 8 pesetas.

Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.

Valbuena (A. de).—Ripios ultramarinos. *Monton 3.°* En 8.°, 289 páginas: 3 pesetas.

Vargas (J.)— Viaje por España, *Alicante y Murcia.* En 4.°. 363 páginas: 5 pesetas.

Vergara de Prado (A.)—El peluquero; deberes para el cumplimiento de la profesión. En 12.°, 31 páginas: 0,50 pesetas.

INDICE

Págs.

Los señores de Hermida, novela, continuación, por Juan Ochoa... 5
Un insigne pintor de historia, don José de Méndez; por el Marqués de Valmar..... 35
Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja, por un Soldado viejo..... 57
Las generaciones políticas, por Rafael Salillas 80
La prensa internacional.—El celibato moderno, por S. G.—*La Aérea*, por Emilio Zola..... 91
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 104
Crónica internacional, por Emilio Castelar, de la Academia Española..... 117
Sobre la poesía de los romances de los españoles.—III. Del carácter principal y la base material de los romances, continuación, por Fernando Wolff, con notas de M. Menéndez y Pelayo..... 150
Notas bibliográficas, por P. Dorado y A. Posada..... 195
Obras nuevas..... 205

AP
60
E8
año 8
no.91-93

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY